UNIVERSIDAD NACIONAL JORGE BASADRE GROHMANN

Facultad de Educación, Comunicación y Humanidades

Escuela Profesional de Historia

TACNA NARRADA POR VIAJEROS: CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES Y PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO EN EL SIGLO XIX (1821-1878)

TESIS

Presentada por:

Bach. Alonso Anibal Villanueva Quispe

Para optar el Título Profesional de:

LICENCIADO EN HISTORIA

TACNA – PERÚ

2025

Universidad Nacional "Jorge Basadre Grohmann"
FACULTAD DE EDUCACIÓN, COMUNICACIÓN Y HUMANIDADES
ESCUELA PROFESIONAL
DE HISTORIA
E-mail: eshi@unjbg.edu.pe

ACTA DE SUSTENTACIÓN

En Tacna, a los 31 días, del mes de diciembre del año 2025, siendo las 8:10 hrs se reúne en el Salón de Grados de la Facultad de Educación, Comunicación y Humanidades, el Jurado Calificador de sustentación de tesis, presentado por el Bachiller de la Escuela Profesional de Historia: ALONSO ANIBAL VILLANUEVA QUISPE, con código N° 2016 - 179011

Cuyo título: Tacna narrada por viajeros: construcción de identidades y perfil sociodemográfico en el siglo XIX (1821-1878)

El jurado nombrado con Resolución de Facultad N° 9973-2025-FECH/UNJBG, está presidido por:

MGR. NELLY CLEMENCIA VILLACAQUI JULCA	PRESIDENTE
MGR. ABEL FERNANDO SOTELO CALDERÓN	SECRETARIO
MGR. PEDRO PABLO PERALTA CASANI	VOCAL
MGR. LUIS ROBERTO ZEGARRA PONCE	ACCESITARIO

Luego de la presentación, la Presidenta del Jurado dispone se inicie la sustentación por parte del señor Bachiller.

Acto seguido, se procede a formular las preguntas por parte del Jurado, las cuales el bachiller ALONSO ANIBAL VILLANUEVA QUISPE, respondió con conocimiento de su trabajo de investigación.

A continuación, la Presidenta del Jurado invita al Bachiller ALONSO ANIBAL VILLANUEVA QUISPE, y al público asistente, a abandonar el salón de Grados, para la deliberación, y proceder a la evaluación correspondiente; de acuerdo, al Reglamento de Grados y Títulos de la ESHI/FECH.

Acto seguido, se invita al interesado a conocer el resultado de la evaluación obtenida, aprobado por unanimidad con el calificativo de QUINCE (15).

Siendo las 9:45 horas, el Presidente del Jurado Calificador, dá por concluido el acto de sustentación, dejando constancia del mismo con sus respectivas firmas.

Mgr. NELLY CLEMENCIA VILLACAQUI JULCA
Presidente del Jurado

Mgr. ABEL FERNANDO SOTELO CALDERÓN
Secretario del Jurado

Mgr. PEDRO PABLO PERALTA CASANI
Miembro del Jurado

Bach. ALONSO ANIBAL VILLANUEVA QUISPE
Sustentante

CERTIFICADO DE SIMILITUD

Pedro Pablo Peralta Casani, asesor docente adscrito al Departamento Académico de Historia de la Facultad de Educación, Comunicación y Humanidades de la Universidad Nacional Jorge Basadre Grohmann, que suscribe:

CERTIFICA:

Que, la tesis titulada: **TACNA NARRADA POR VIAJEROS: CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES Y PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO EN EL SIGLO XIX (1821-1878)**, presentado por el bachiller **Alonso Anibal Villanueva Quispe**, para optar el título profesional de Licenciado en Historia, tiene 19% de similitud, según el software TURNITIN (UNJBG), nivel permitido en el reglamento de originalidad y de similitud de trabajos de investigación y producción intelectual; igualmente por lo señalado en el Reglamento de Grados y Títulos de la Escuela Profesional de Historia.

Por tanto, se emite el presente certificado para los fines convenientes, adjuntando el reporte de software de similitud de la tesis.

Tacna, 12 de enero de 2026

Mg. Pedro Pablo Peralta Casani
Asesor

Bach. Alonso Anibal Villanueva Quispe
Tesistas

Agradecimiento

A mis padres, Juana Quispe y Hugo Villanueva, y a mis hermanos, por su apoyo constante.

A mi pareja, Alejandra Canque, por su amor y paciencia; y a mi hijo Esteban, quien me impulsa cada día.

A mi colega Alejandro Flores Romero, por su orientación y su ayuda durante el proceso.

A mi asesor Mgtr. Pedro Pablo Peralta Casani y docentes, por sus enseñanzas y acompañamiento académico.

Dedicatoria

A la memoria de mis maestros, Luis Cavagnaro Orellana y Manuel Fernández Canque, cuyo ejemplo y enseñanza siguen guiando mi rumbo.

Y a mi querida Tacna, inspiración permanente de esta investigación

Índice

Agradecimiento.....iv
Dedicatoria.....v
Índice.....vi
Índice de imágenes.....ix
Resumen.....x
Abstract.....xi
INTRODUCCIÓN.....1
CAPÍTULO I:.....3
1.1. Descripción del problema.....3
1.2. Formulación del problema.....4
1.2.1. Problema general.....4
1.2.2. Problemas específicos.....4
1.3. Justificación e importancia.....4
1.3.1. Justificación.....4
1.3.2. Importancia.....5
1.4. Alcances y limitaciones.....5
1.4.1. Alcances.....5
1.4.2. Limitaciones.....6
1.5. Objetivos.....7
1.5.1. Objetivo general.....7
1.5.2. Objetivos específicos.....7
1.6. Variable.....7
1.7. Hipótesis.....8
1.7.1. Hipótesis general.....8
1.7.2. Hipótesis específicas.....8
CAPÍTULO II:.....10
2.1. Antecedentes de la investigación.....10
2.1.1. La historiografía de los viajeros y su aporte al conocimiento del Perú.....10
2.2. Bases teóricas.....13
2.2.1. Tacna en la mirada de los viajeros nacionales y extranjeros.....13

2.2.2. Los viajeros como mediadores culturales en la construcción de la historia 13
2.2.3. La mirada del viajero en la formación de identidades y narrativas históricas 14
2.2.4. La mirada republicana de los viajeros: transformaciones e identidades en Tacna en el siglo XIX (1821-1878) 15
CAPÍTULO III: 16
3.1. Tipo de investigación 16
3.2. Diseño de investigación 16
3.3. Población y muestra 17
3.3.1. Población 17
3.3.2. Muestra 17
3.4. Técnicas e instrumentos de recolección de datos 17
3.4.1. Técnicas 17
3.4.2. Instrumentos de recolección de datos 18
3.5. Procesamiento y análisis de datos 18
3.5.1. Procesamiento 18
3.5.2. Análisis de datos 18
CAPÍTULO IV: 19
4.1. Presentación de los resultados 19
4.1.1. General William Miller (1821) 19
4.1.2. William Bennet Stevenson (1821) 37
4.1.3. Jean Lartigue (1822) 39
4.1.4. Capitán Joseph Andrews (1825) 40
4.1.5. Heinrich Witt (1828) 52
4.1.6. Alcides D'Orbigny (1830) 65
4.1.7. Franz J. F. Meyen (1831) 91
4.1.8. Anónimo (1833) 122
4.1.9. Mathie Hamilton (1833) 123
4.1.10. Anónimo (1833) 127
4.1.11. John Reid (1833) 130
4.1.12. Coronel Camilo Carrillo (1833) 134
4.1.13. Johann Moritz Rugendas (1844) 158
4.1.14. Léonce Angrand (1849) 161
4.1.15. Hugh A. Weddell (1851) 166

4.1.16. William Bollaert (1854) 191
4.1.17. E. W. Middendorf (1855) 193
4.1.18. Ernest Grandidier (1858) 195
4.1.19. Mateo Paz Soldán (1860) 203
4.1.20. Antonio Raimondi (1864) 210
4.1.21. E. George Squier (1865) 296
4.1.22. Frederick James Stevenson (1868) 329
4.1.23. J. W. Sloan (1868) 370
4.1.24. Sebastián Ramón Sors (1869) 401
4.1.25. Eugenio Bobillier (1869) 420
4.1.26. André Bresson (1872) 435
4.1.27. Santiago Estrada (1873) 438
4.1.28. Charles D'Ursel (1876) 444
4.1.29. Charles Wiener (1877) 446
4.1.30. William Taylor (1878) 452
4.2. Contrastación de hipótesis 461
CAPÍTULO V: 545
5.1. Conclusiones 545
5.2. Recomendaciones 546
Fuentes de Archivo 547
Bibliografía 547
APÉNDICE 553
MATRIZ DE CONSISTENCIA 553

Índice de imágenes

Imagen 1: Tacna, 21 de octubre de 1844. 159
Imagen 2: Templo y casas de Tacna. 159
Imagen 3: Plaza y mercado de Tacna. 160
Imagen 4: Indígena de Tacna. 160
Imagen 5: Chola tacneña a caballo. 161
Imagen 6: Esbozo de una joven con ropaje típico. 162
Imagen 7: Vista de Tacna desde el alto del camino de Sama. 162
Imagen 8: Perspectiva de Tacna. 163
Imagen 9: Estudios sobre ropajes de mujer de Tacna. 163
Imagen 10: Mujer de Tacna a caballo. 164
Imagen 11: India de Locumba. 164
Imagen 12: Mujer sobre un borrico. 165
Imagen 13: Tipos de vestimentas de Tacna. 165
Imagen 14: Una doncella aymara, con atuendo típico. 166
Imagen 15: Plano topográfico de la ciudad de Tacna. 210
Imagen 16: Tutupaca (volcán) 244
Imagen 17: Cerros de Pomarapa y Parinacota, de Pentland. 290
Imagen 18: Pico de Caracara, de Pentland. 290
Imagen 19: Cerro nevado Chipicani visto de Tacora. 291
Imagen 20: La Alameda de Tacna. 301
Imagen 21: Equipados para la Cordillera. 307
Imagen 22: Chulpa o torre sepulcral. 312
Imagen 23: Cráneo aymara. 313
Imagen 24: La llama. 315
Imagen 25: Los Nevados de Tacora y Chipicani, desde el paso de Guaylillos. 319
Imagen 26: La vicuña. 321
Imagen 27: Nevado y tambo de Tacora. 323
Imagen 28: Las casitas de Uchusuma. 327
Imagen 29: Dormitorio en Uchusuma. 328
Imagen 30: Calle principal de Tacna 379
Imagen 31: Madre e hijo indígenas – Perú. 389
Imagen 32: Tacna, mujer india adinerada de las fronteras peruano-bolivianas. 438
Imagen 33: India casada de Tacna. 447
Imagen 34: Negras rabonas, mujeres soldados de la guarnición de Tacna. 449
Imagen 35: Mulata casada de Tacna. 450
Imagen 36: Tocado de india de Tacna 451
Imagen 37: Paño, tela con que se cubrían las indias de varias regiones, y se cubren indias de hoy. Tacna. Ayacucho. 451

Resumen

La investigación analiza los relatos de viajeros que recorrieron Tacna y sus diversos pueblos entre 1821 y 1878, con el objetivo de comprender cómo estas descripciones contribuyen a reconstruir el perfil sociodemográfico departamental y a interpretar las representaciones identitarias configuradas durante el siglo XIX. A partir de un enfoque cualitativo basado en el estudio descriptivo de fuentes documentales, se identificaron percepciones externas que revelan la presencia de diversos grupos sociales y étnicos, como indígenas, mestizos, criollos y migrantes vinculados a circuitos comerciales del sur andino. Del mismo modo, estos relatos aportan información sobre costumbres, actividades económicas, dinámicas de sociabilidad y características del entorno urbano y rural que definieron la vida cotidiana en una región marcada por el tránsito y la interacción constante. Aunque sus observaciones estaban influidas por experiencias personales y referencias culturales ajenas, su análisis crítico permite comprender cómo estas miradas contribuyeron a construir una imagen histórica de Tacna como un espacio diverso, móvil y estratégicamente integrado al sur andino. Los resultados permiten reunir información dispersa y ofrecer una visión más completa y contextualizada sobre la región tacneña en el periodo republicano.

Palabras clave: Tacna – viajeros – identidad departamental – perfil sociodemográfico.

Abstract

This research analyzes the accounts of travelers who journeyed through Tacna and its various towns between 1821 and 1878, aiming to understand how these descriptions contribute to reconstructing the department's sociodemographic profile and interpreting the identity representations shaped during the 19th century. Using a qualitative approach based on the descriptive study of documentary sources, external perceptions were identified that reveal the presence of diverse social and ethnic groups, such as Indigenous people, mestizos, Creoles, and migrants linked to trade networks in the southern Andes. Likewise, these accounts provide information on customs, economic activities, social dynamics, and characteristics of the urban and rural environment that defined daily life in a region marked by constant transit and interaction. Although their observations were influenced by personal experiences and external cultural references, their critical analysis allows us to understand how these perspectives contributed to constructing a historical image of Tacna as a diverse, mobile space strategically integrated into the southern Andes. The results allow us to gather scattered information and offer a more complete and contextualized view of the Tacna region during the Republican period.

Keywords: Tacna – travelers – departmental identity – sociodemographic profile

INTRODUCCIÓN

La historia de Tacna en el siglo XIX puede comprenderse desde una perspectiva más amplia si se consideran los testimonios de los viajeros que recorrieron el departamento entre 1821 y 1878. Sus relatos – provenientes de observadores nacionales y extranjeros – permiten reconstruir aspectos esenciales de la vida cotidiana, la composición social y las prácticas culturales de una ciudad que, por su ubicación fronteriza, se convirtió en un punto estratégico de tránsito e intercambio. A través de crónicas y descripciones, es posible apreciar una Tacna dinámica, abierta al comercio y marcada por la diversidad étnica y social que caracterizó al sur peruano en la etapa republicana.

El objetivo de esta investigación es analizar de manera crítica las narraciones de viajeros como William Bollaert, Alcide d'Orbigny, Antonio Raimondi, Ernst Grandidier, Mateo Paz Soldán y André Bresson, entre otros, para identificar cómo sus percepciones contribuyeron a la construcción de imaginarios e identidades locales. Se busca, además, reconstruir el perfil sociodemográfico y cultural de la ciudad a partir de las observaciones contenidas en crónicas, diarios y memorias que ofrecen una lectura rica sobre los procesos de movilidad, encuentro y transformación social.

El trabajo adopta un enfoque cualitativo e histórico-descriptivo, sustentado principalmente en la revisión y el análisis documental. Se emplean fuentes primarias -como crónicas, diarios, memorias, correspondencia y publicaciones de la época- junto con fuentes secundarias provenientes de estudios históricos y socioculturales, con el objetivo de identificar los discursos, categorías y percepciones que configuraron la imagen de Tacna en el siglo XIX.

Finalmente, con respecto al contenido, el estudio se divide en cinco capítulos: el problema de investigación, el marco teórico, la metodología, los resultados, y las conclusiones y recomendaciones.

CAPÍTULO I:

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1.1. Descripción del problema

En el transcurso del siglo XIX, Tacna se convirtió en un punto fundamental dentro de las rutas que conectaban la costa sur con el altiplano y con diversas redes comerciales internacionales. Esta condición fronteriza favoreció la presencia constante de viajeros de distintos orígenes –científicos, comerciantes, exploradores, diplomáticos y militares– que dejaron testimonios sobre la ciudad y su población. No obstante, aunque estas narraciones constituyen un conjunto de fuentes valiosas, los estudios departamentales han privilegiado la historia política y los acontecimientos bélicos, relegando el análisis de cómo estos viajeros describieron y representaron a la sociedad tacneña.

La ausencia de investigaciones que reúnan y examinen de manera conjunta estas descripciones limita la comprensión de la estructura social de Tacna entre 1821 y 1878. Los relatos contienen información relevante sobre los aspectos como la organización demográfica, los grupos étnicos presentes, las actividades económicas, las costumbres locales y el paisaje urbano; sin embargo, dicha información permanece dispersa y sin un tratamiento comparativo que permita reconstruir un perfil sociodemográfico consistente. Esto genera un vacío historiográfico en torno a cómo se configuraba la vida cotidiana en la ciudad y cómo era percibida por los visitantes.

A ello se añade que los viajeros observaron Tacna desde perspectivas condicionadas por sus experiencias, culturales y propósitos particulares. Muchos de ellos interpretaron la realidad local a partir de parámetros europeos, lo que produjo descripciones que combinan datos objetivos con apreciaciones subjetivas, idealizaciones o juicios de valor. Estas distorsiones y sesgos, lejos de restar importancia a las fuentes, demandan un análisis crítico que permita comprender cómo se

construyeron ciertas imágenes sobre Tacna y cómo estas influyeron en la manera en que la ciudad fue interpretada dentro del contexto republicano.

Así, el problema fundamental se encuentra en la falta de un estudio que analice los relatos de viajeros como un conjunto articulado, capaz de explicar tanto la construcción de identidades como el perfil sociodemográfico de Tacna durante el siglo XIX. Abordar esta carencia permitirá recuperar la información dispersa en estas narraciones y, al mismo tiempo, comprender el papel que tuvieron en la formación de representaciones sobre la ciudad. Esto resulta indispensable para obtener una visión más equilibrada, profunda y contextualizada de la Tacna republicana.

1.2. Formulación del problema

1.2.1. Problema general

¿Cómo los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) contribuyeron a la reconstrucción del perfil sociodemográfico y a la construcción de identidad en la ciudad de Tacna?

1.2.2. Problemas específicos

¿Qué aspectos sociodemográficos de Tacna -composición étnica, social y migratoria- se pueden identificar en los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878)?

¿De qué manera los viajeros representaron las costumbres, actividades económicas y dinámicas sociales de la población tacneña en sus descripciones durante dicho periodo?

1.3. Justificación e importancia

1.3.1. Justificación

La presente investigación encuentra su justificación en el análisis basado en relatos por viajeros durante el siglo XIX (1821-1878), reconstruir la composición sociodemográfica de Tacna y conocer cómo fue representada su población, sus costumbres y sus actividades económicas,

temas que aún han sido poco explorados en la historiografía local. A pesar de que estos testimonios reflejan la mirada particular de quienes visitaron la ciudad, ofrecen información valiosa para entender la diversidad étnica y cultural de Tacna durante el periodo republicano. Su estudio permite mirar la historia local desde una perspectiva más social y cultural, mostrando cómo las impresiones de los viajeros ayudaron a formar una imagen de la ciudad como un espacio trabajador, patriótico y abierto al intercambio con otras culturas.

1.3.2. Importancia

El estudio resulta relevante porque reivindica los relatos de viajeros como fuentes históricas que permiten complementar y enriquecer el conocimiento sobre Tacna en el siglo XIX, al revelar información sobre su estructura social, económica y convivencia intercultural en una etapa decisiva de su desarrollo republicano. A través de estas descripciones externas se contribuye a reconstruir la memoria colectiva de la ciudad, mostrar su función estratégica como espacio fronterizo de tránsito y articulación comercial en el sur andino, y fortalecer las investigaciones de historia departamental orientadas a explicar la construcción de identidades locales. Del mismo modo, los resultados de esta investigación pueden servir como base para promover iniciativas de difusión histórica y valorización cultural que refuercen el papel de Tacna como un espacio históricamente diverso y fundamental dentro del proceso de formación nacional.

1.4. Alcances y limitaciones

1.4.1. Alcances

El análisis se centra en relatos producidos por viajeros que visitaron la ciudad de Tacna entre 1821 y 1878, periodo que corresponde al siglo XIX y al desarrollo de la etapa republicana anterior a la Guerra del Pacífico. El estudio se centrará en identificar los aspectos sociodemográficos de la ciudad -como su composición étnica, social y migratoria-, así como en

examinar la forma en que los viajeros describieron sus costumbres, actividades económicas y dinámicas sociales. Este enfoque busca ofrecer una visión más amplia de Tacna como un espacio de tránsito, intercambio y articulación en el sur del Perú.

Del mismo modo, la investigación se basará en un análisis cualitativo de los relatos seleccionados, valorándolos como fuentes históricas que permiten comprender percepciones y representaciones sobre la realidad tacneña del siglo XIX. No se pretende realizar una reconstrucción demográfica exacta a partir de datos estadísticos, sino interpretar cómo los viajeros percibieron y narraron la vida social y cultural de la ciudad. En ese sentido, el alcance del estudio radica en ofrecer una lectura crítica de estas narraciones, reconociendo su carácter subjetivo, pero también su valor para entender la formación de una memoria colectiva y de una identidad local en el contexto republicano del siglo XIX.

1.4.2. Limitaciones

Una de las principales limitaciones de esta investigación está relacionada con la disponibilidad y el acceso a los relatos de viajeros del siglo XIX. Muchos de estos textos se encuentran dispersos en bibliotecas y archivos, tanto nacionales como extranjeros, y en ediciones antiguas o de difícil acceso, lo que limita la posibilidad de reunir un corpus completo. Además, no todos los viajeros que pasaron por Tacna dejaron testimonios extensos o detallados, por lo que ha sido necesario seleccionar aquellos relatos que aporten información relevante para los objetivos del estudio.

Otra limitación importante radica en la diversidad de idiomas en que fueron escritos los relatos – principalmente inglés, francés e italiano-, lo que requiere procesos de traducción y revisión que pueden implicar ligeras variaciones en la interpretación del texto original. Estas condiciones, lejos de restar valor al estudio, evidencian el carácter fragmentario y subjetivo de las

fuentes, y al mismo tiempo representan un desafío metodológico orientado a rescatar de ellas la mayor cantidad posible de información histórica y cultural sobre Tacna durante el siglo XIX.

1.5. Objetivos

1.5.1. Objetivo general

Analizar cómo los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) contribuyeron a la reconstrucción del perfil sociodemográfico y a la construcción de identidades en la ciudad de Tacna.

1.5.2. Objetivos específicos

Identificar los aspectos sociodemográficos de Tacna (composición étnica, social y migratoria) presentes en los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878).

Examinar cómo los viajeros del siglo XIX representaron las costumbres, actividades económicas y dinámicas sociales de la población tacneña en sus testimonios.

1.6. Variable

Operacionalización de Variables	Definición Conceptual	Definición Operacional	Dimensión	Indicador
V1: Viajero	Es quien se traslada para observar y describir otros lugares, dejando testimonios que revelan visiones	Construcción de identidades	Costumbres y prácticas sociales	• Vestimenta y modos de vida • Costumbres y gastronomía • Festividades y prácticas religiosas observadas

	culturales y sociales de su tiempo.	Perfil sociodemográfico	Composición social y étnica	• Presencia de población indígena, criolla y mestiza • Presencia de migrantes extranjeros

1.7.Hipótesis

1.7.1. Hipótesis general

Los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) contribuyeron a construir una imagen de Tacna como una ciudad fronteriza de notable dinamismo económico, diversidad cultural y valor estratégico en el sur peruano. A través de sus descripciones, es posible reconstruir un perfil sociodemográfico compuesto por indígenas, criollos, mestizos y migrantes, así como comprender cómo estas narraciones reflejaron las costumbres, actividades económicas y dinámicas sociales de la época, aportando a la configuración de una identidad departamental propia antes de la Guerra del Pacífico.

1.7.2. Hipótesis específicas

Los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) revelan que la población de Tacna presentaba una composición social heterogénea, en la que convivían comunidades indígenas, grupos criollos y mestizos, junto con migrantes extranjeros que impulsaron el desarrollo urbano y comercial de la ciudad.

Las descripciones de los viajeros reflejan las costumbres, prácticas culturales y actividades económicas de la sociedad tacneña, construyendo representaciones sociales que, pese a sus sesgos y miradas externas, contribuyeron a la formación de una identidad departamental diferenciada en el contexto del sur peruano.

CAPÍTULO II:

MARCO TEÓRICO

2.1. Antecedentes de la investigación

2.1.1. La historiografía de los viajeros y su aporte al conocimiento del Perú

En *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables, siglos XVI-XIX* (Fernández Canque, 2016), se reúne una valiosa selección de testimonios de viajeros que visitaron la región de Arica antes de la modernidad. A través de sus descripciones, el autor rescata aspectos de la vida cotidiana, el comercio, las costumbres y el paisaje, revelando la percepción extranjera sobre una zona clave del sur peruano. Esta obra permite comprender cómo las narraciones de viaje contribuyeron a conformar imaginarios sociales y culturales sobre el espacio fronterizo, estrechamente vinculados con la realidad tacneña de la época.

De igual modo, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)* (Riviale, 2015) examina las motivaciones, percepciones y aportes de los exploradores franceses que recorrieron el Perú durante el siglo XIX e inicios del XX. A través del análisis de crónicas, dibujos y estudios arqueológicos, Riviale demuestra cómo estos viajeros construyeron una imagen del Perú asociada a su pasado prehispánico y a la búsqueda de una identidad nacional basada en la antigüedad andina. Este enfoque resulta relevante para la investigación, pues evidencia cómo la mirada extranjera ayudó a configurar representaciones culturales y sociales también presentes en los relatos sobre Tacna.

Finalmente, *La ruta de la Plata: de Potosí al Pacífico* (López Beltrán, 2016) analiza la importancia económica y social de las rutas comerciales entre el altiplano y la costa, subrayando el papel de Tacna como punto estratégico de conexión. Esta obra aporta al estudio de la dinámica

regional y del intercambio cultural que acompaño el tránsito de bienes, personas e ideas, fundamentales para comprender el perfil sociodemográfico del sur andino.

En *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* (Núñez, 2013), Estuardo recopila crónicas, relatos y apuntes de exploradores, artistas y científicos que recorrieron el país entre los siglos XVI y XIX, explorando cómo describían la geografía, la población y las costumbres. El autor contextualiza históricamente estas narraciones, mostrando los intereses y prejuicios que influyeron en sus percepciones. Como señala, aún existe un "ingente caudal de libros referentes al Perú, sobre todo de viajeros, que están a la espera de su reedición o traducción al castellano" (p. 36), lo que resalta la vigencia de este campo de estudio.

Por su parte, en *La imagen francesa del Perú (siglos XVI-XIX)* (Macera, 1976), Pablo Macera analiza cómo los viajeros franceses imaginaron y describieron al Perú, explorando los prejuicios, idealizaciones y distorsiones que acompañaban sus representaciones. El autor sostiene que hasta fines del siglo XVII el conocimiento que Francia tenía del Perú era más una "leyenda" que una realidad empírica, lo cual permite entender la construcción mítica de regiones como Tacna dentro del imaginario europeo.

Asimismo, *Viajeros e independencia: la mirada del otro* (O'Phelan Godoy & Lomné, 2017) aborda los relatos de viajeros que recorrieron América Latina durante el proceso de independencia, mostrando cómo estos observadores extranjeros interpretaron las tensiones sociales, políticas y culturales del periodo. La obra destaca el papel del viaje como medio de conocimiento y representación, siendo especialmente útil para comprender cómo la mirada del "otro" ayudó a construir discursos sobre identidad y nación, también perceptibles en los relatos vinculados a Tacna.

Por otro lado, *Memoria para la Historia de Arequipa* (Barriga, 1952) constituye una obra fundamental para comprender el desarrollo histórico y social del sur peruano. A través de fuentes documentales y crónicas, Barriga reconstruye los procesos de formación urbana, económica y cultural de Arequipa desde la época colonial, permitiendo identificar dinámicas regionales compartidas con otras ciudades como Tacna, especialmente en torno a la movilidad población, el comercio y la configuración de identidades locales.

En esa misma línea, *Arequipa, visita general, siglos XVI-XX: Crónicas, testimonios, reseñas* (Carrasco, 2021) presenta una amplia recopilación de fuentes documentales y testimonios que describen la transformación urbana y cultural de Arequipa a lo largo de cuatro siglos. Este enfoque ayuda a establecer paralelos con otras ciudades del sur peruano, como Tacna, en la construcción de identidades regionales.

De forma complementaria, *Arequipa y los viajeros: Antología básica* (Biblioteca Juvenil Arequipa, 2010) reúne fragmentos de crónicas y relatos escritos por viajeros nacionales y extranjeros que visitaron la ciudad desde la época colonial hasta el siglo XIX. Estas narraciones permiten conocer cómo se configuraron percepciones sobre la sociedad, la arquitectura y el entorno del sur andino, ofreciendo un marco comparativo útil para analizar las representaciones culturales de Tacna.

Asimismo, *Impresiones de viajeros sobre Puno* (Universidad Nacional del Altiplano, 2015) reúne crónicas y descripciones de viajeros que visitaron dicha región desde la época colonial hasta el siglo XIX. Las fuentes ofrecen información sobre demografía, costumbres, geografía y relaciones sociales, aportando una base comparativa para examinar cómo se construyeron identidades y percepciones en espacios andinos cercanos a Tacna.

Finalmente, la *Serie: Historia de Tacna (Viajeros)* (Instituto Nacional de Cultura, 1992) constituye una fuente fundamental para el estudio de la identidad tacneña. Esta colección compila relatos, crónicas y testimonios de viajeros que transitaron por Tacna entre los siglos XVI y XIX, destacando descripciones del paisaje, la población, las costumbres y las relaciones sociales. Su relevancia radica en que permite contrastar las percepciones foráneas con las realidades locales, aportando a la comprensión del proceso histórico de construcción de identidades en la frontera sur del Perú.

2.2. Bases teóricas

2.2.1. Tacna en la mirada de los viajeros nacionales y extranjeros

Los relatos de viaje constituyen una fuente fundamental para comprender cómo fue percibida Tacna durante el siglo XIX, tanto por observadores nacionales como extranjeros. Raúl Porras Barrenechea, en *Los viajeros italianos en el Perú* (1957), destaca la relevancia de estas crónicas no solo por sus descripciones del paisaje o las costumbres, sino porque permiten entender la estructura social, económica y cultural de las distintas regiones del país. En este contexto, las referencias a Tacna adquieren un valor especial al presentarla como una ciudad fronteriza en constante transformación, marcada por el tránsito de personas, mercancías e ideas. A través de sus observaciones, los viajeros del siglo XIX revelaron una urbe diversa y dinámica, donde coexistían comunidades indígenas, mestizas y migrantes, cuyas interacciones dieron forma a una identidad local propia dentro del sur peruano, previa a la Guerra del Pacífico.

2.2.2. Los viajeros como mediadores culturales en la construcción de la historia

Los relatos de los viajeros han llegado a ser una fuente esencial para entender la historia, porque ofrecen una mirada distinta y, muchas veces, más directa sobre la realidad social, económica y cultural de las regiones visitadas. Estrada Turra (2022) destaca que estos testimonios

permiten dimensionar el aporte histórico de los observadores extranjeros, aunque recuerda la necesidad de analizarlos con cautela, ya que sus juicios suelen estar condicionados por el tiempo limitado de su estadía, las barreras del idioma o sus propios prejuicios. Aun con estas limitaciones, sus descripciones revelan valiosa información sobre las costumbres, la vida cotidiana y la percepción que Europa construyo acerca de América Latina. En esa misma línea, María del Carmen Fuente (2021) muestra que los viajeros del siglo XIX, especialmente ingleses, franceses y alemanes, jugaron un papel importante en la difusión del conocimiento sobre el Perú independiente, registrando aspectos de la vida política, económica y urbana de Lima en un momento de transformación. En conjunto, ambos autores coinciden en que el viajero no fue un simple espectador, sino un intermediario cultural cuya mirada contribuye hoy a reconstruir procesos históricos y a comprender la formación de identidades en el mundo latinoamericano.

2.2.3. La mirada del viajero en la formación de identidades y narrativas históricas

La identidad, entendida como un proceso dinámico y en constante reconfiguración, ocupa un papel esencial en la interpretación de la historia y en la comprensión de las sociedades latinoamericanas. Jorge Larraín (1994) sostiene que la identidad cultural surge, sobre todo, en contexto de crisis o transformación, cuando las certezas sobre el colectivo se ven desafiadas. Desde la conquista hasta los procesos de independencia y modernización, América Latina ha experimentado sucesivos momentos en los que la pregunta por "quiénes somos" se ha vuelto central, dando origen a distintas síntesis entre lo indígena, lo europeo y lo mestizo. En esta misma línea, Guamán Gómez et al. (2021) subrayan que la enseñanza de la historia cumple un rol decisivo en la consolidación de la identidad nacional, pues fomenta el sentido de pertenencia, la memoria colectiva y los valores que vinculan a los ciudadanos con su comunidad. Ambos enfoques coinciden en que la historia no solo registra los hechos del pasado, sino que contribuye

activamente a la formación identitaria, permitiendo a los pueblos reconocerse en sus orígenes, resistir influencias externas y proyectar una visión compartida de futuro. En ese sentido, la identidad y la historia se retroalimentan: la primera da significado al pasado, y la segunda fortalece la conciencia de lo propio frente a la globalización y la pérdida de referentes culturales.

2.2.4. La mirada republicana de los viajeros: transformaciones e identidades en Tacna en el siglo XIX (1821-1878)

Durante la etapa republicana, Tacna atrajo la atención de diversos viajeros que exploraron el sur peruano y su zona costera. Las crónicas elaboradas entre 1821 y 1878 ofrecen una mirada múltiple sobre una ciudad en proceso de transformación, marcada por el dinamismo del comercio, la movilidad poblacional y las características propias de la vida fronteriza. A partir de estas descripciones se pueden identificar los cambios urbanos, sociales y culturales que definieron a la región, así como las percepciones e identidades que rugieron en torno a ella. Más que simples observaciones geográficas o costumbristas, estos relatos evidencian cómo Tacna fue concebida como un espacio de tránsito, interacción y pluralidad dentro del contexto republicano del siglo XIX.

CAPÍTULO III:

MÉTODO

3.1. Tipo de investigación

El enfoque metodológico corresponde a carácter cualitativo e histórico-descriptivo, orientado a análisis e interpretación de fuentes primeras —relatos de viajeros— con el fin de reconstruir las percepciones sobre la realidad sociodemográfica y cultural de Tacna entre los siglos XVI y XIX. Este enfoque permite comprender los discursos en su contexto y explicar cómo los observadores externos representaron a la población, las costumbres y la dinámica social de la región.

3.2. Diseño de investigación

El diseño de la investigación es cualitativo, histórico-descriptivo y documental, dado que se orienta al análisis e interpretación de testimonios escritos por viajeros que visitaron Tacna durante el siglo XIX, comprendido entre los años 1821 y 1878. Este enfoque permite reconstruir a la representación de identidades, prácticas culturales y características sociodemográficas.

El estudio se apoya en la revisión sistemática y el análisis crítico de crónicas, diarios, memorias y relatos de viaje, los cuales constituyen testimonios de primera mano sobre la región. A partir de estos documentos se busca identificar los discursos, imaginarios y valoraciones que los viajeros sobre la población, la vida cotidiana, las costumbres, la economía y el entorno urbano y rural de Tacna.

El carácter descriptivo e interpretativo del diseño permite no solo reconstruir hechos y perfiles, sino también comprender las formas simbólicas mediante las cuales se construyó una imagen de identidad tacneña y de su papel dentro del espacio fronterizo sur peruano del siglo XIX.

3.3. Población y muestra

3.3.1. Población

La investigación está constituida por los viajeros, exploradores, científicos y cronistas que visitaron o describieron la región de Tacna entre los años 1821 y 1878. Sus escritos, conservados en bibliotecas, archivos y colecciones digitales, constituyen los testimonios fundamentales para el análisis histórico y sociocultural.

3.3.2. Muestra

De tipo no probabilística e intencional, se seleccionó en función de la relevancia, pertinencia y disponibilidad de las fuentes primarias. Se priorizaron aquellos relatos que contiene observaciones detalladas sobre la población, la vida cotidiana, las costumbres, el comercio, la geografía y la interacción cultural en Tacna.

3.4. Técnicas e instrumentos de recolección de datos

3.4.1. Técnicas

La técnica central empleada el estudio es la revisión documental, aplicada a fuentes primarias y secundarias relacionadas con los viajeros del siglo XIX. Se empleará fichas bibliográficas y de contenido para registrar datos relevantes de cada documento (autor, fecha, procedencia y observaciones principales). Además, se elaboraron matrices temáticas que organizaron la información según ejes de análisis como identidad, estructura social, economía, cultura, vida urbana y percepciones del entorno. Este proceso permitió sistematizar los datos obtenidos y facilitar su comparación.

3.4.2. Instrumentos de recolección de datos

Se utilizarán diversas plataformas digitales y repositorios virtuales para acceder a versiones originales o facsimilares de las obras, complementadas con estudios historiográficos contemporáneos que aportan contexto y respaldo interpretativo al análisis.

3.5. Procesamiento y análisis de datos

3.5.1. Procesamiento

El estudio adopta carácter cualitativo, histórico-descriptivo, con énfasis en análisis e interpretación de fuentes primarias, desarrollado en tres etapas: codificación, categorización e interpretación. En la primera, se identificaron fragmentos de los textos que contienen descripciones sobre la sociedad, las costumbres y las percepciones identitarias. En la segunda, se agruparán los datos en categorías temáticas que facilitarán el estudio comparativo entre distintos autores, periodos y enfoques. Finalmente, en la etapa interpretativa se aplicará una lectura hermenéutica e histórica, contrastando los relatos con investigaciones académicas recientes para contextualizar los discursos y representaciones.

3.5.2. Análisis de datos

Este método permitió reconocer tanto los aspectos objetivos (perfil social, actividades, migraciones) como los aspectos simbólicos (imaginarios, valoraciones y estereotipos) que conforman la visión de Tacna en los textos de los viajeros. Además, se recurrió a la triangulación de fuentes, lo que fortaleció la validez de los resultados y la coherencia de las conclusiones.

CAPÍTULO IV:

RESULTADOS

4.1. Presentación de los resultados

4.1.1. General William Miller (1821)

Breve biografía:

General británico que participó activamente en las guerras de independencia de Sudamérica. Integró campañas en el Perú y el Alto Perú, realizando desplazamientos militares por el sur andino como parte de sus misiones libertarias. Su estancia en la región obedeció a operaciones estratégicas vinculadas a la causa republicana.

Descripción:

> Los soldados se trasbordaron enseguida a dos pequeñas goletas y marcharon al morro de Sama, puerto sumamente miserable, diez leguas al norte de Arica. Las goletas tenían únicamente timones provisionales, que aún a favor del viento gobernaban con dificultad.
>
> Pusieron a bordo agua y provisiones para veinticuatro horas, pero se pasaron cuarenta y ocho antes que el jefe de las tropas avistara el morro de Sama y pusiera su gente en tierra. Después tuvieron que marchar ocho leguas antes de hallar una sola gota de agua potable, pues la primera que encontraron fue en un pequeño pozo o manantial en el morro, pero era salobre y escasamente había para apagar la sed de media docena de hombres. Al desembarcar, les temblaban las rodillas a los soldados, pues aún no habían recuperado sus fuerzas de los efectos de las calenturas intermitentes que habían padecido, y no podían andar de seguida media hora sin echarse en la arena para descansar. (p. 123)

Al llegar a lo alto de la montaña (el morro de Sama, tan escarpado que no puede subirse ni bajar por él a caballo, y que tiene de subida por los rodeos del camino tres millas), un vientecillo suave y vivificador les dio de frente, refrescó a los fatigados y todos sintieron aumentarse sus fuerzas a proporción que iban adelantando. El guía era un soldado que había pasado algunas veces por aquel camino y frecuentemente temía haberlo perdido. La ansiedad de aquella noche fue una verdadera agonía, pues atormentados por la sed, sabiendo que no podían hallar agua en todo el camino que habían andado e inciertos si el que llevaban era el verdadero, su situación se empeoraba con el conocimiento de que muchas personas habían perecido en aquellos desiertos inmensos, donde en muchas leguas cuadradas no se ve sino un mar de arena sin marcas de vegetación. Nada, pues, pudo exceder a su júbilo cuando el guía descubrió por algunas colinas, que iban por la senda verdadera. (pp. 123-124)

Una penosa marcha de trece horas condujo al fin a los patriotas a la entrada del valle de Sama, a cuyo punto llegaron a las nueve del día, en un estado lastimoso. Un sol fuerte y abrazador que les aplanaba, al mismo tiempo que reflectando en aquel arenal inmenso les dejaba sin respiración, les había privado de las fuerzas que el aire vivificador de la noche anterior les había dado; pero tan pronto como vieron signos de vegetación, todos corrieron en busca de agua y algunos que con dificultad podían moverse hasta aquel instante, corrieron al valle como galgos.

En Sama, sacaron caballos para el comandante y algunos pocos más, y al día siguiente avanzó la división a Tacna, distante doce o catorce leguas, y cerca de veinte del sitio en que desembarcaron. Tacna contiene una población de cuatro mil almas. El teniente coronel Miller entró en él con diez o doce soldados montados y fue recibido con el mayor

entusiasmo por el clero, el ayuntamiento y los habitantes, que salieron a recibirle fuera de la villa.

Desde el morro de Sama se había dirigido a Arica por la costa el mayor Soler, cuya guarnición abandonó la ciudad a la noticia de su proximidad; pero él la alcanzó en el valle de Asapa e hizo cien prisioneros, la mayor parte de los cuales con cuatro oficiales realistas fueron admitidos al servicio de los patriotas por Miller, a quien se reunió en Tacna el mayor Soler. (p. 124)

Un destacamento enviado por Soler se apoderó cerca de Locumba de ciento veinte mil duros, y esta suma con cuatro mil duros más encontrados en la aduana y sobre trescientos mil además en mercancías de propiedad española, lo trasladaron a bordo. En los archivos de Tacna se hallaron documentos originales, bastantes para condenar los cargamentos de los buques Lord Cathcart, Colombia y José que estaban dentro del puerto; tanto que la falsedad de los papeles suministrados por los comerciantes ingleses de Río de Janeiro para cubrir estos cargamentos se hizo innegable, y por este medio se descubrió el sistema fraudulento de encubrir la propiedad española que iba al mar Pacífico. (pp. 124-125)

Por este tiempo, se presentó a Miller don N. Landa, peruano de unos cincuenta años de edad. Tenía cinco pies y once pulgadas de alto, era algo delgado y huesos abultados, de rostro encendido, despejado y penetrante. Después de ofrecer sus servicios dijo:

Usted oirá hablar mucho acerca de mi persona a mis vecinos, partidarios de usted, pero nada que sea en mi favor. Sin duda dirán a usted que he sido en otro tiempo un atroz perseguidor realista, y dirán a usted la verdad. Algunos de ellos dudarán de la sinceridad de mi conversión y procurarán infundir desconfianza; pero usted tiene necesidad de un hombre

como yo. Usted no conoce las localidades de este país, cuando yo por el contrario conozco a todo el mundo y sé a palmos todo el terreno en los puertos intermedios. Contando con la sagacidad de usted yo le ofrezco la oportunidad de aprovecharse de mis conocimientos locales, y le empeño la palabra de un soldado, de que jamás tendrá motivos de arrepentirse de la confianza con que tenga usted la bondad de honrarme.

Landa había sido teniente coronel al servicio realista y subdelegado de una provincia. Miller le admitió en su empleo en el ejército independiente y nunca tuvo motivo para arrepentirse de la confianza implícita que depositó en él, desde el día en que se le presentó y le habló en los términos anteriormente indicados. El capitán Abal y su hijo, que eran indígenas del país, tomaron también partido en esta época y se distinguieron mucho por su celo y decisión: el hijo murió en acción de guerra un año después. Durante estas operaciones de los patriotas, el general Ramírez había mandado salir en su busca tres destacamentos. Uno de ciento ochenta hombres se dirigió desde Arequipa por el camino de Moquegua, donde fue aumentado por cien hombres; otro de doscientos ochenta desde Puno; y otro desde La Paz, ambos por el camino de Tarata. Todos tres debían juntarse en Tacna y luego «echar al mar a los insurgentes». Pero contra los cálculos del general Ramírez, los patriotas habían avanzado ya desde Arica al interior, como se ha dicho antes. (p. 125)

La mayor parte de los ricos cargamentos de los tres buques ya citados consistían en crespones de Cantón y otros géneros de la India, junto con una gran cantidad de vinos y aguardientes franceses; cerveza inglesa de diversas calidades, y otras cosas no menos apetitosas: todo propiedad realista hallada en la aduana de Tacna. Una parte la enviaron a Arica y embarcaron en el San Martín; pero los soldados patriotas en Tacna tuvieron

escasamente tiempo para gustar aquellos golosos incitativos, cuando entregaron las llaves al comisionado, para enviar los efectos apresados a la fragata capitana y marcharon inmediatamente. Tal era el entusiasmo de la tropa que la idea de ir a cruzar sus bayonetas con el enemigo no dejó arrancar una sola expresión de sentimiento por dejarse a retaguardia cosas tan deliciosas. (pp. 125-126)

Tan pronto como el teniente coronel Miller supo los movimientos de los destacamentos realistas determinó atacarlos separadamente, y con este objeto avanzó desde Tacna para encontrar el mandado por el coronel La Hera, que venía de Arequipa. Las fuerzas que acompañaron a Miller ascendían a trescientos diez hombres de infantería, setenta de caballería y sobre sesenta paisanos voluntarios bien montados, con los que llegó el 20 de mayo al lugarcillo de Buena Vista, situado en un romántico sitio al pie de la cordillera, la cual un poco más arriba está cubierta de nieve. Las cercanías de las montañas y las sensaciones de un tiempo casi de invierno eran deliciosas a hombres que hacía tan poco que habían atravesado arenales que parecían de fuego. Habiendo sabido en aquel punto el jefe de los patriotas que el coronel La Hera había cambiado de dirección desde Locumba y marchaba hacia Ticapampa, resolvió dirigirse rápidamente a Mirave, para impedir que los destacamentos realistas de La Paz y Oruro se reunieran con el de Arequipa. La marcha desde Buena Vista a Mirave, distante quince leguas, es por un desierto pedregoso enteramente destituido de agua y vegetación; pero habiendo tomado Miller afortunadamente la precaución de sacar de Tacna diez mulas cargadas con ochenta cajoncitos, que contenía cada uno cuatro frascos de excelente aguardiente de Holanda, hicieron alto y repartieron el licor vivificante con la parquedad que convenía al caso. Muchos individuos de la columna habían probado rara vez licores espirituosos; pero todos

en aquella ocasión se bebieron ansiosamente su pequeña ración de una cuarta parte de cuartillo, como si fuese el néctar más exquisito. Confortados así moderadamente, estos centenares de hombres continuaron su marcha con paso firme y ánimo resuelto, unidos y en excelente orden, aun cuando la obscuridad de la noche vino a aumentar lo espantoso de aquellos sitios tenebrosos, sin caminos ni senda conocida en un desierto intransitable, cuyo conjunto de ideas melancólicas ocupaba la imaginación de toda la columna. Aquella marcha fue de un profundo y romántico interés para cuantos la ejecutaron. Para precaverse contra la posibilidad de que los emisarios de los realistas adquiriesen noticias exactas, Miller al principiar su marcha no dijo a nadie a donde se dirigía sino al coronel Landa, y siguiendo por espacio de algunas leguas en una dirección incierta, volvió repentinamente a la derecha y tomó la senda que conducía a Mirave. Aún en aquel caso nadie sino Landa sabía la dirección ni cuanto tardarían en tener que abrirse paso por medio del enemigo. Meditando los oficiales sobre la probabilidad de tener que atacar un doble número, no sabiendo dónde ni cuándo, conocieron la singularidad de su posición, y recordando que no tenían retirada, más de una vez echaron mano al puño de la espada, como si tomasen ánimo con ello o confirmasen su noble resolución. Puede que aparezca extraño o exagerado este relato; pero es exactamente como ocurrió, y los que se han visto en circunstancias semejantes no rehusarán su apoyo y su creencia. (pp. 126-127)

Las dos últimas leguas de marcha fueron por una continuada bajada, serpenteando por medio de precipicios y rocas inclinadas que amenazan desprenderse llamada el Mal Paso, y es tan estrecha que no puede pasarse sino uno a uno, y a pie. Al cabo de una penosa marcha de dieciocho horas, llegaron los patriotas a medianoche a la áspera orilla de un arroyo que corre por el valle de Mirave. Los realistas se habían posesionado la noche anterior de las

cercas de las tierras cultivadas del lugarcillo de Mirave, situado en una hondonada del otro lado u orilla derecha del río, donde esperaban la llegada de los refuerzos que debían unírseles, y los cuales en aquel momento habían hecho alto a solo tres millas de distancia más arriba en el valle, y en la orilla izquierda del río.

Como el camino de Sama a Mirave se consideraba impracticable para tropas, los realistas no tenían la más remota idea de la proximidad de sus enemigos; pero el celo indiscreto de un oficial patriota que iba al frente anunció a los españoles su inesperado arribo. (p. 127)

Este oficial recibió orden de adelantarse desde el Mal Paso con cinco soldados y otros tantos paisanos, todos bien montados, para reconocer a vanguardia de la cabeza de la columna; pero desobedeció las órdenes, avanzando demasiado rápidamente y a demasiada distancia al frente. En la obscuridad de la noche tropezó inopinadamente con un piquete realista, encargado de cuatrocientos o quinientos caballos y mulas que estaban pastando en un cercado. Un oficial realista, el teniente Callao y dos soldados fueron hechos prisioneros, pero los otros escaparon y dieron la alarma, cuando la división realista a las órdenes del coronel La Hera, en posición a muy corta distancia a retaguardia, despertando de un profundo sueño, rompió un fuego vivísimo, pero desacertado. Habiéndose adelantado inadvertidamente con demasía uno de los paisanos patriotas, fue hecho prisionero; y el resto de la partida después de descargar sus fusiles dos o tres veces se retiraron, y con toda la rapidez imaginable treparon el lado del valle, por cuya escabrosa senda acababan de bajar con tanto cuidado. Al acercarse los paisanos voluntarios, los más adelantados de ellos gritaban del modo más descompasado y ridículo: «¡Auxilio! ¡Auxilio!» (pp. 127-128)

Estos gritos, añadidos al fuego de fusilería cuyo estruendo repetía y retumbaba en aquellas solitarias montañas, promovían una justa ansiedad que mitigó, sin embargo, la presentación

a Miller de los prisioneros españoles, el cual se aseguró por ellos de la exacta posición de los realistas. Determinando atacarlos antes que tuviesen tiempo de reflexionar, aceleraron la marcha: los tambores batían calacuerda, las cornetas tocaban y la caballería al mando del mayor Soler se arrojó al frente, seguida inmediatamente por la infantería, todos dando el grito de guerra indio, hasta que la última fue detenida en su marcha, por el río anteriormente descrito. El valiente capitán Hill con diez marinos atrevidos fueron los únicos que pudieron atravesarlo, y aun estos fueron llevados por la corriente; pero el torrente era estrecho y afortunadamente alcanzaron la orilla opuesta, sin otro accidente que haberse inutilizado sus municiones. La caballería patriota que había continuado avanzando fue rechazada, pero no la permitieron repasar el río y formó sobre el vado. Una partida de coheteros a las órdenes del capitán Hind fue destacada a una eminencia a la izquierda, desde donde llamaba la atención del enemigo, y con el mismo objeto se envió otra pequeña partida a la derecha. El teniente coronel Miller permaneció abajo con el resto de su tropa, la cual se mantuvo en batalla sobre la orilla del torrente, sin haber sido vista ni percibida por el enemigo que se hallaba tiro corto de pistola porque el espacio que los separaba estaba cubierto de malezas. (p. 128)

Mientras que los realistas mantenían un incesante fuego contra las partidas de los coheteros, Miller llevó su infantería al otro lado del torrente, haciendo montar un infante a grupa de cada dragón, los cuales al dejarlos en tierra volvían a coger otro hasta que todos pasaron por este medio. Durante esta operación, se colocó el capitán Hill en el bosque inmediato a los realistas y permaneció oculto, con orden de no permitir disparar un tiro sino en el caso en que el enemigo le atacase, y que sostuviese su puesto a toda costa. No es dudoso que habría perecido hasta el último individuo antes que retirarse, tal era la

resolución y valentía con que Hill y sus marinos estaban animados. Al atravesar Miller el río que divide el valle en dos partes desiguales vio un relámpago de luz; y entonces un bizarro guía paisano que le acompañaba y que había sido herido en un brazo dijo en el acto: «Es preciso que estemos cerca de alguna casa». Dirigiendo sus pasos hacia la baliza o señal que habían divisado, treparon los patriotas por varias cercas, pasaron uno a uno por entre viñas espesas y enmarañadas, y se apoderaron de aquel lado del valle. Emplazados ya de aquel modo, mezclando oportunamente el capitán Plaza el buen humor y valentía que acostumbraba, y rebozando de alegría, dijo a sus soldados que pues habían echado plantas al agua, debían echárselas también al enemigo. Este oficial fue enviado con un destacamento para romper el fuego al enemigo, el cual no habiéndose movido de su posición ni de detrás de los parapetos que ocupaba, no sabía que los patriotas habían pasado el río. Viéndose inesperadamente atacados, huyeron a una corta distancia y toda la noche se mantuvo el fuego de una y otra parte, aunque esencialmente sin dirección fija. Sin embargo, los patriotas perdieron un oficial y diecisiete hombres. (pp. 128-129)

[…]

Mientras tanto, Miller colocó su infantería en una meseta, lindando por un lado con el borde escarpado del valle, y por el otro con una fila de alturas, a cuyo pie formó su tropa. La caballería quedó abajo en unos campos de alfalfa, quitaron bridas y pusieron a pacer los caballos. Aquella noche fue una de aquellas de un interés y ansiedad particular, pues el jefe patriota ignoraba la naturaleza del terreno, donde al día siguiente había de batirse, ni sabía la posición que ocupaba el enemigo. Una hora antes de romper el día, se adelantó a pie con un oficial y un ordenanza para reconocer el terreno. Los tres continuaron avanzando hasta que un leve ruido de la espada del ordenanza alarmó a un centinela español, que les dio el

«¿quién vive?». Sorprendidos los tres, quedaron sin movimiento y aun sin respiración para no ser percibidos, por lo que el vigilante centinela no oyendo más ruido supuso que no había novedad, y no dio aviso. Miller se retiró unos cuantos pasos y se mantuvo echado en tierra, hasta que los crepúsculos empezaron a aclarar hacia el oriente. La primera cosa que pudo entonces distinguir fue lo que se le figuró una línea de montaña gredosa; pero en proporción que el objeto se veía más claro, percibió que la línea tenía movimiento y, por lo tanto, infirió que debían formarla las fundas de lienzo con que los realistas llevaban cubiertos los morriones. Hecho este descubrimiento, se retiró sin ser visto.

Afortunadamente para los patriotas, no llevaban nada blanco en sus uniformes; su correaje estaba sucio y el brillo del cañón de sus fusiles había desaparecido por el moho que habían criado en sus penosísimas marchas anteriores. Además estaban cubiertos por la sombra que hacían las alturas que tenían a la espalda, de modo que los realistas no los vieron hasta muchos minutos después que sus enemigos los habían visto a ellos. La caballería patriota subió inmediatamente del sitio donde tenía pastando sus caballos, y descansada y alegremente entró en la arena en tiempo bastante para formar con la infantería en una línea paralela a la de los realistas. La aurora del 22 de mayo descubrió las tropas combatientes del uno y del otro bando, unas frente de otras y a dos tiros de fusil de distancia, en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenían a su izquierda. Su retirada por donde habían subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle la tenían también cortada. Desalojados de su posición y arrojados a la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio de quince minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Noventa y seis

murieron en el sitio que ocupaban y ciento cincuenta y seis, la mayor parte de ellos heridos, fueron hechos prisioneros. También tomaron cuatrocientas mulas. Solo escaparon sobre sesenta infantes y ochenta caballos. Así que los realistas habían desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y La Paz montado en mulas se presentó a la vista en su ayuda. Los patriotas se reunieron en el acto y se prepararon a hacer frente a un nuevo enemigo que venía de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron a atravesar el río que los patriotas habían pasado durante la noche, estos les dirigieron algunos cohetes; pero los realistas percibiendo que habían llegado demasiado tarde, inmediatamente contramarcharon. (pp. 130-131)

Uno de los que perecieron gloriosamente en la acción de Mirave fue Mr. Welsh, cirujano particular del lord Cochrane, y que voluntariamente ofreció sus servicios para acompañar a Miller. La pérdida de este joven apreciable e interesante fue generalmente lamentada, pues la gentileza de sus maneras y la bondad de su corazón, manifestada en su asidua atención a los heridos y enfermos, le atrajo la estimación y aprecio de todos. Los soldados derramaron lágrimas sobre sus restos, y era tal la idea de su merecimiento entre los habitantes de Tacna que la noticia de su muerte produjo en las principales familias un sentimiento mucho mayor del que habría podido creerse, atendido el corto tiempo de su conocimiento. El lord Cochrane escribió que habría preferido perder su brazo derecho, y Miller lamentó la pérdida de un amigo, cuyo constante cuidado había endulzado las horas fastidiosas del lecho de dolor y largos sufrimientos de resultas de sus graves heridas. Welsh fue llorado con el mismo interés por los soldados y por los marinos que por sus paisanos y americanos, y su temprana muerte fue una gran pérdida para los patriotas.

En la tarde del 22, Miller continuó la derrota de los pocos soldados de caballería e infantería de la división de La Hera, que habían podido escapar a Moquegua, treinta leguas al norte.

Al llegar a Locumba hicieron alto y los habitantes amantes de la causa de su patria les sacaron raciones; pero los soldados estaban demasiado cansados para ocuparse en guisarlas y se echaron sin comer a la sombra de unos árboles. A las tres horas los despertaron y continuaron su marcha en persecución del enemigo. […] [p. 131]

[…]

Moquegua está rodeada de altas colinas y es muy propenso a tercianas. La posición como defensiva era también defectuosa, y no considerando Miller sus fuerzas suficientes para atacar al general Ramírez que ocupaba a Arequipa con setecientos cincuenta y cuatro realistas, se replegó el 4 de junio con la caballería a Santo Domingo, dos leguas de Moquegua, y envió la infantería a la Rinconada, cinco leguas a retaguardia.

El mismo día supieron que La Hera avanzaba desde Santiago de Machaca con nuevos refuerzos hacia Tacna para cortar la retirada de los patriotas. En su consecuencia, los patriotas enfermos se dirigieron a Ilo. Los habitantes de Moquegua se alarmaron algún tanto con estos preparativos de retirada, pero se serenaron viendo una partida de guerrilla y unos cuantos soldados marchar hacia Arequipa y aproximarse a ella cuanto el teniente La Tapia creyese prudente y oportuno.

El 7 de junio, la infantería patriota marchó de la Rinconada, y el 8 se unió a ella el teniente coronel Miller en Sitana, pueblo que se compone de una docena de chozas a dos leguas a

poniente de Locumba. El 9 llegó la caballería desde Santo Domingo y toda la división campó en una heredad cerca de Sitana. (p. 134)

El 10 marchó a Ilo el teniente coronel Miller: una caminata de diez leguas por un desierto montañoso le llevó a Olivares, célebre por la buena calidad de las aceitunas que produce, las cuales son generalmente tan grandes como huevos de paloma y están reconocidas ser superiores en el gusto a las de Sevilla. Estas aceitunas las aderezan poniéndolas en aceite, el que las hincha y ablanda. Comúnmente las comen con cebollas dulces picadas muy menuditas, y cuando se añade buen pan, forma el todo un plato no despreciable, particularmente después de una larga caminata por el desierto. Continuando Miller su jornada cuatro leguas más por la orilla de la costa, llegó a Ilo que como la mayor parte de los lugarcillos de pescadores está construido de barro y tiene una apariencia miserable. En el acto tomó un botecillo y pasó a bordo de tres barcos pequeños que había enviado el lord Cochrane desde Arica para permanecer en Ilo como un recurso, en caso de apuro o necesidad. (pp. 134-135)

[…]

En la noche del 19, Miller hizo marchar su infantería desde Tacna, donde se hallaba, a Arica. Diez patriotas no podían moverse del hospital por el estado de su salud. Cuando Miller fue a despedirse de ellos y a darles unos cuantos duros, los infelices lloraban amargamente, asegurándole que morirían fieles a la causa de la patria. (p. 140)

Los sastres, zapateros, herreros y otros artesanos que habían sido empleados por requisición, recibieron orden de reunirse una hora después de puesto el sol en casa de Miller, para recibir los jornales que les correspondían por su trabajo empleado en el

servicio público. Todos ellos habían manifestado tanto celo e interés, que como muestra de lo satisfecho que Miller quedaba de su buena conducta, dio a cada maestro unos cuantos duros, además de la cantidad que les correspondía. Bajo el gobierno del virrey era costumbre embargar los artesanos que necesitaban y pagarles a jornales inferiores de los que ordinariamente ganaban o no pagarles nada cuando los empleaban en el servicio público. Por consiguiente, la propina que Miller les dio la recibieron con tanto gusto como sorpresa les causaba su generosa conducta. No contentos con dar vivas y vivas repetidos, abrazaban al comandante y a sus oficiales y prometían una y mil veces que serían siempre patriotas verdaderos. Al populacho le dieron unas cuantas cajas de mercadurías, pertenecientes a los realistas y que no habían podido transportar, las cuales colocaron desclavadas en diferentes parajes y permitieron a todo el mundo tomar lo que quiso. (pp. 140-141)

A las dos de la tarde del 20 siguió Miller el movimiento con la caballería. Los habitantes de Tacna sintieron vivamente la salida de los patriotas y continuaron sus bondadosos oficios hasta el último momento, y no hubo soldado que no diera al menos veinte veces la mano a sus conocidos, conforme iban desfilando de la ciudad por el camino de Arica.

El venerable don Agustín Zapata, natural de Moquegua, las respetabilísimas familias de Landa y Lazos, la de Potrillo y otras muchas personas habían salido el día antes para Arica, prefiriendo emigrar a sujetarse nuevamente al yugo español. No pocos más querían seguir la suerte de los patriotas; pero careciendo de medios para hacerlo, teniendo hijos pequeños o por otras causas, tuvieron que permanecer bien a su pesar y sujetarse a lo imperioso de las circunstancias. Entre ellos estaban don Enrique Solar y don N. Boteler que ambos se habían comprometido admitiendo destinos al servicio de los patriotas. Aunque Miller les aconsejó

sincera y repetidamente que procurasen reconciliarse con los realistas hablando contra los patriotas, no pudieron contenerse y salieron a despedirle del modo más expresivo y triste, lo que unido al llanto de sus desconsoladas familias hacía más y más dolorosa la despedida. Tres horas después entraron los realistas en Tacna. (p. 141)

[…]

El 9 de diciembre, la legión, el regimiento del Río de la Plata y los granaderos a caballo avanzaron tres leguas al frente al valle de Lluta, posición preferible a la de Arica, bajo todo punto de vista. Desde Lluta hasta Tacna hay once leguas de distancia por un desierto arenoso. El 14, habiendo recibido noticia el general patriota que Valdez estaba en las inmediaciones de Sama y se preparaba a avanzar, las fuerzas patriotas se concentraron en Chacalluta, que está situada en la embocadura del valle de Lluta inmediato a la mar; y aunque no se presentó el enemigo, creyó prudente el general Alvarado retirar sus tropas a Asapa, un valle ancho y abierto a una legua al oriente de Arica. Desde estas medidas de precaución, si precaución puede únicamente llamarse, principiaron los realistas a tomar confianza y concebir la esperanza de poder resistir a los tímidos libertadores. Algunos de los hombres que dirigían las operaciones de los últimos parece que tenían demasiado respeto a Valdez, el cual, creyeron al principio, tenía a lo menos cuatro mil hombres consigo, cuando solamente llevaba los batallones de Gerona y Centro, cinco escuadrones de caballería, cuatro piezas de campaña y una compañía de zapadores, que formaban mil setecientos sesenta y cinco infantes y setecientos cincuenta y siete caballos, en todo dos mil quinientos veintidós hombres. Estas tropas ocupaban en escalones los valles de Moquegua, Locumba y Sama, teniendo un piquete avanzado en Tacna. Pero lo que principalmente contribuyó a animar a los realistas fue la noticia de que Canterac estaba en marcha desde

Huancayo, para socorrer a Valdez con un batallón de Cantabria y otro del Infante, cada uno de ochocientas plazas y ochocientos caballos; y que Carratalá con el batallón de partidarios de ochocientas setenta y una plazas, y Burgos con quinientas cuarenta y ocho se hallaba también en las inmediaciones de Puno y marchando al mismo punto. Así pues, si nuevas dilaciones se originaban, tendría Alvarado que lidiar con las divisiones reunidas de estos tres generales que formaban un total de cuatro mil ochocientos setenta y cuatro infantes y mil quinientos cincuenta y siete caballos; pero aún tenía una buena oportunidad para atacar a Valdez o a Olañeta, en posiciones aisladas. (pp. 205-206)

[…]

Al fin marcharon a Tacna, el 23, el regimiento del Río de la Plata y el de granaderos a caballo a las órdenes del coronel Correa, a donde llegaron al día siguiente. (p. 207)

El activo Valdez estaba en el valle de Sama con cuatrocientos hombres de caballería, cuatrocientos de infantería montados en mulas y dos piezas de campaña. Su tropa le era adicta personalmente y sabía que podía contar con su valor en cualquiera circunstancia. Su objeto era asechar una oportunidad favorable para dar un golpe de mano. Valdez recibió noticias que le aseguraban de un modo positivo que los patriotas existentes en Tacna no pasaban de mil hombres; en su consecuencia salió de Sama a las cuatro de la tarde del 31 con su división volante, para sorprender aquella noche a los independientes en Tacna; pero perdieron el camino por más de cinco horas en el desierto y habiendo vagado de una parte para otra y andado cerca del doble de la distancia verdadera, no llegaron a vista de Tacna hasta después de amanecido del 1 de enero de 1823. En lugar de encontrar el pueblo ocupado por mil patriotas, como se creía, vio no solamente la brigada de Correa que salía a recibirle, sino también al batallón de la legión y al número 11, que iban avanzando a él y se

hallaban a menos de una legua hacia el lado de Arica. Con el refuerzo patriota iba el general don Enrique Martínez (que había seguido la expedición desde Trujillo), y el cual al reunirse a la brigada de Correa tomó el mando de todas las tropas. La situación de Valdez era sumamente crítica; su gente y sus caballos estaban demasiado fatigados para atravesar nuevamente el desierto, no tenía fuerzas para arriesgar un ataque y no podía permanecer en los ardientes arenales en que se hallaba. En tal situación, adoptó el único partido que le quedaba de oblicuar sobre su izquierda y situarse en Calaña, pequeño lugarcillo dos leguas a oriente de Tacna y dentro del valle. A las diez de la mañana marchó valle arriba el general Martínez con sus tropas con dirección a Calana. Valdez al principio no manifestó ninguna apariencia de intentar retirarse y principiaron algunas escaramuzas. Martínez destacó un batallón y alguna caballería a las alturas de la derecha del enemigo; pero no bien percibió Valdez este movimiento, que se retiró a Pachía, dos leguas más arriba en el valle, sin casi ser molestado por los patriotas. Parece que Martínez se creyó tan seguro de hacer prisionero a Valdez que no consideró necesario hacer un serio ataque contra sus fatigados enemigos; los cuales descansaron ocho horas para reponerse de su cansancio y después continuaron su marcha a Tarata, catorce leguas de Tacna. El general en jefe Alvarado no se había aún movido a este tiempo de Arica. Valdez, que después ha confesado que lo consideró todo perdido, aseguró que su pérdida había ascendido solo a trece hombres entre muertos, heridos y extraviados. (pp. 207-208)

El general Alvarado al fin se reunió a sus fuerzas en Tacna, y colocándose a su cabeza, avanzó por el camino que conduce a Arequipa y en la noche del 13 de enero llegó al valle de Locumba. El coronel Ameller, que mandaba la vanguardia de los realistas cerca de Moquegua, teniendo razón para suponer que Locumba estaba ocupado por solo doscientos

o trescientos patriotas, se adelantó con sus cuatrocientos realistas en la esperanza de sorprenderlos. Para lograrlo mejor y más completamente, atravesó el valle y se colocó sobre el lado de Locumba que va a Tacna. Al amanecer del 14, se encontró Ameller con gran sorpresa suya bajo tiro de cañón, no de doscientos o trescientos hombres como creía, sino de todo el ejército de Alvarado. Inmediatamente adelantó cuanto pudo a las alturas de Candarave. Alvarado envió en su seguimiento un batallón de infantería y un escuadrón de caballería; pero no le molestaron mucho porque Ameller verificó su retirada por un camino tortuoso, a Moquegua. Este jefe se condujo con suma firmeza y sangre fría, y su escape en situación tan crítica honra tanto a sus talentos, como a su valor. Es singular que Ameller hiciese un movimiento arrojado sobre Locumba, precisamente igual al de Valdez sobre Tacna, ambos originados por falta de exactas noticias, y nada puede probar más claramente el incorruptible patriotismo de los habitantes de aquellos distritos. No es menos singular que hubiesen permitido escapar a ambos de tan extraña manera, pues aunque puede llamárseles con grande justicia los dos mejores y más emprendedores oficiales al servicio realista, las probabilidades estaban de tal modo contra ellos que nada, sino la inercia e irresolución de Martínez y de Alvarado pudieron salvarlos del compromiso en que se vieron. (pp. 208-209)

El ejército a las órdenes de Alvarado llegó el 18 a las inmediaciones de Moquegua e hizo alto casi a tiro de la división de Valdez, ya reunida y acampada en unas alturas inmediatas. En la mañana del 19 avanzaron los patriotas; Valdez principió a retirarse, disputando el terreno a palmos a las alturas de Tarata, donde a las tres y media de la tarde se le reunió el general Canterac, que había hecho marchas forzadas desde Puno. Canterac llegó

acompañado solamente de un pequeño destacamento de caballería, pues el resto de su división aún se hallaba algunas millas a retaguardia. (p. 209) (**Fuente:** Miller, J. (2020)).

4.1.2. William Bennet Stevenson (1821)

Breve biografía:

Funcionario y cronista, su presencia en el sur del Perú se debió a desplazamientos propios de sus funciones diplomáticas y a su interés por documentar la vida política y social de los nuevos Estados sudamericanos.

Descripción:

En cuanto llegamos a Arica, el almirante mandó a tierra un parlamentario para intimar la rendición a los habitantes, asegurándoles el respeto de todas las personas y propiedades individuales, excepto las pertenecientes a hombres enemigos de la causa libertadora de la América del Sur. Contestóse al parlamentario que todas las personas y propiedades estaban bajo la protección de las armas de su majestad muy católica, cuyos derechos serían defendidos por sus fieles vasallos, contra sus súbditos rebeldes y los piratas extranjeros. No quedó, por lo tanto, otro recurso que someter la ciudad por la fuerza, y como desde el lugar en que había anclado el San Martin no se dominaba la plaza, se acercó a la orilla el 6, y lanzó unas cuantas bombas a la ciudad; pero como esto no intimidase al enemigo, se decidió efectuar un desembarco, y se buscó por la noche un lugar favorable al Norte. Esta investigación no surtió ningún resultado útil, y una parte de las tropas fue embarcada en la goleta Aranzazu, bajo el mando del mayor Soler, con orden de dirigirse al norte de Sauza, desembarcar allí con las tropas y marchar sobre la ciudad. Continuóse mientras tanto el intermitente bombardeo de Arica, para mantener en alerta a las tropas españolas en cuanto

a los movimientos del buque, y hacer que nuestras tropas apareciesen de repente en la costa, lo que se realizó el 11 por la mañana. Al punto, habitantes y soldados abandonaron la población. (pp. 149-150)

El capitán Wilkinson desembarcó con mucho trabajo sus marinos é izó el pabellón patriota en lo alto de la pequeña batería. El mayor Soler cogió al enemigo 58.000 dólares y seis barras de plata, enviadas con escolta á Arequipa.

El 14, las tropas y los marinos pertenecientes al San Martín, en número de 260 hombres, bajo el mando del teniente coronel Miller, salieron de Arica y marcharon hacia Tacna, distante doce leguas de Arica, y tomaron posesión de la ciudad sin experimentar ninguna resistencia; incorporáronse dos compañías de Infantería desertoras de la causa real. Lord Cochrane ordenó que formasen la base de un nuevo regimiento que se llamaría el primero independiente de Tacna, y como aún no se había designado en el cuartel general la bandera particular de las tropas del Perú, S. S. les presentó una con un sol en el centro sobre campo azul. Por los documentos originales hallados en la Aduana de Tacna, resultaba que las grandes cantidades de mercancías almacenadas en Arica pertenecían á comerciantes españoles residentes en Lima; en consecuencia, se ordenó que fuesen embarcadas en el San Martin. (p. 150)

Inmediatamente después de su desembarco, lord Cochrane convocó a los habitantes para que pudieran establecer un Gobierno civil que protegiese sus propiedades contra un gran número de individuos que empezaban a acudir de las comarcas circundantes con el designio de entregarse al pillaje, y les dio al mismo tiempo la seguridad de que, aun cuando no habían atendido a su invitación de no abandonar sus casas, no tenía la intención de abandonar la población al saqueo, cosa que no había hecho; pero que no podía responder de

los robos cometidos, a menos que los habitantes no concurriesen con todos sus medios a proteger sus casas y sus propiedades y a prender a todas las personas sospechosas de cometer desórdenes. Prometió también que todas las propiedades particulares pertenecientes a los americanos amigos de la causa del país les serían devueltas si las reclamaban, y en consecuencia de esta promesa, la goleta Los Amigos y otras propiedades fueron entregadas a sus dueños.

El coronel Miller avanzó con su división hacia Moquegua y tuvo un encuentro muy vivo en Mirave con un destacamento de las tropas reales mandadas por el coronel Sierra, que fue hecho prisionero. A la mañana siguiente llegó otro destacamento para unirse con el que estaba en Mirave; pero cuando los soldados supieron la suerte de sus compañeros, creyeron que lo más conveniente era retirarse mejor que entendérselas con fuerzas victoriosas y con su valeroso jefe. Al saber esto, lord Cochrane bajó a Ilo con el San Martín para acercarse al cuartel general del coronel Miller. (p. 151)

[…]

La ciudad de Tacna se encuentra en un valle muy grato y muy fecundo; es mucho más considerable que Arica y su aspecto es más riente. Algunas de las casas son grandes, cómodas y bien amuebladas; he visto en ellas varios pianos. La principal fortuna de los habitantes consiste en sus grandes rebaños de mulas, empleadas en el transporte de las mercancías de Arica al interior y de algunas partes del Alto Perú a Lima; Tacna es á Arica lo que Piura es á Paita. (p. 152-153) (**Fuente:** Stevenson, W. B. (s. f.)).

4.1.3. Jean Lartigue (1822)

Breve biografía:

Como indica Núñez Hague (2013), Lartigue recorrió el Río de la Plata, Chile, Perú y posteriormente el Pacífico y Oceanía entre 1821 y 1824. En calidad de oficial de la fragata francesa Clorinde, realizo un estudio detallado de la costa peruana entre Ocoña y Arica, levantando la carta marina y los planos de los puertos de Quilca y Mollendo como parte de su labor hidrográfica.

Descripción:

Morro de Juan Días

Desde Arica se distingue el morro de Juan Días hacia el N.O. ½ O., a una distancia de 28 millas; parece formar una punta redonda y poco saliente; hay allí algunos peñascos muy cercanos a este. (p. 20-21)

Morro de Sama

Del morro de Juan Días al morro de Sama, la costa es elevada, pero no escarpada. El morro de Sama forma también una punta redondeada, pero más alta y más saliente que aquella de Juan Días, se puede distinguir a 12 leguas; está rodeada de rocas que están cerca de la orilla. La costa no forma ninguna sinuosidad notable entre esos dos lugares.

Del morro de Sama a la punta de Coles

En los alrededores del morro de Sama la costa tiene una coloración negruzca; es elevada, pero baja rápidamente hasta la punta de Coles, donde es muy baja y parece arenosa. (p. 21) (**Fuente:** Lartigue, J. (s. f.)).

4.1.4. Capitán Joseph Andrews (1825)

Breve biografía:

Explorador enviado por asociaciones mineras británicas en 1825-1826 para evaluar rutas, recursos y posibilidades de inversión en Sudamérica. Su paso por el sur del Perú se enmarca en este viaje comercial-exploratorio.

Descripción:

> […] A las 8 p. m., como el arriero deseara llegar a Tacna lo más pronto posible, propuse marchar con él de noche, dejando a Mr. Menoyo que siguiese con nuestras mulas, que, en un paraíso de buena alfalfa merecían disfrutarlo un poco.
>
> Mi viaje nocturno todavía fue por una sucesión de montaña y valle, a lo largo de una garganta profunda, en que la luna solamente nos favorecía cuando, en alguna vuelta de la senda, de repente iluminaba nuestro lóbrego camino. Mucho lamenté no haber pasado de día por este escenario. En una angostura profunda se levantaba el Pacífico al frente y de través, como oscura muralla, aunque distaba veinte leguas. Parecía amontonada en las nubes una vasta barrera para mi viaje. (p. 209)
>
> Arriba, o más bien aparentemente colgado contra ella, y cerca de mí, había un objeto redondo, negro, con aspecto de sombrero y tan cerca que lo tocaría según imaginaba. Esto, me dijo el guía, era una isla en forma exacta de Sombrero de Fraile y por ello así llamada. Apenas podía imaginar que no estuviese junto al océano; tan maravillosa era la ilusión desde el hueco en que estábamos; no era menos grandiosa que extraordinaria.
>
> A eso de las 3 a. m. alcanzamos la casa de un amigo de los arrieros, cerca de Tacna, donde dos o tres horas de profundo sueño cerraron veinticuatro de grande esfuerzo corporal, pero en manera alguna destituido de placer mental, por la novedad y grandiosidad del paisaje recorrido.

La producción vegetal del desierto, aunque no numerosa es muy singular y su carácter general respecto a forma es globular. Así, matas de musgo, aglomeradas con aspecto de colinas musgosas vistas en los terrenos planos de esta comarca, se observan en muchas partes, pero casi matemáticamente esféricas. Estas matas globulares de musgo se componen de hojas verdes y diminutas estrelladas o de flores en la punta de tupidos tallos o fibras, de fragancia resinosa y aromática. Toda la masa es suave y cede con facilidad, y para mejilla y miembros es muy grata, y se utiliza a guisa de cama por el fatigado viajero en mula, de modo que nada en tales circunstancias puede ser más lujoso. El aspecto verdeante de estas colinas alivia la mirada en medio del desierto, cuando se observan nada más que rocas y médanos, exceptuando el carbón, su mismo reverso en aspecto, o pocos algarrobillos. Las espinas de estos últimos tienen tres o cuatro pulgadas de largo y los nativos las convierten en clavos o agujas de tejer.

Cerca de los arroyos y arroyuelos o pantanos del desierto crecen junquillos, sumamente agradables para descansar en ellos. También crecen en la forma circular que toma todo en estas regiones elevadas.

En las faldas de las montañas veíamos una especie singular de zarza, desarrollándose como bolas. Las espinas eran en forma de cuerno, interceptándose entre sí, con las puntas invertidas, de manera que se podía oprimir su superficie con la mano sin herirse. Estos globos de espinas se podían arrancar enteros del terreno con el pie, tan poco adheridos estaban a la tierra por las raíces. (p. 210)

El solo aspecto de arbusto florido que vi en el desierto fue un resinoso producto ramoso, llamado tola por los arrieros. Este, aún verde, nos daba magnífico fuego por la noche, cuando éramos bastante afortunados para hacer alto donde crecía. Desprende olor agradable

cuando se le frota entre las manos, algo semejante al del sauce llamado molle, en su fuerte olor aromático. Lo utilizan los indios para tintura. Tiene una serie de flores de diferentes tintes y muy bellas. Abunda en los distritos despoblados donde ya he mencionado haber visto numerosos cementerios antiguos.

Aquí debo anotar, entre otras observaciones inconexas del camino del desierto, algunos fenómenos curiosos. Después de cruzar una de las travesías o llanuras desiertas al legar a una eminencia fue que los vi. Calculamos haber una población considerable en el terreno a que nos acercábamos por las columnas numerosas que se levantaban delante, al parecer de humo. Pero se elevaban en el aire perpendicularmente y de esto no podíamos darnos cuenta pues soplaba un ventarrón al mismo tiempo. Todavía creyendo extraño que el humo ascendiese así, bajamos a las llanuras mismas donde se levantaban. Luego descubrimos que eran remolinos de área. Llegando a los torbellinos, lo que ocurrió varias veces, hallamos la cosa no muy agradable, pues, independientemente de la entrada que amenazaba a cada momento hacer perder pie a la mula, eran acompañados de un ruido aturdidor, desconcertante, zumbante, que aturdía al ginete, mientras la mula no sabía si detenerse o avanzar. Cerrar los ojos y espolear la mula era el único modo de escapar a su fuerza. Estos vientos deben operar a un tiempo en una vasta superficie, pues barrían adelante con nosotros, a veces, conservando su forma circular, espiral. De lejos las columnas nunca parecían moverse lateralmente, sino remontarse como el humo del fogón de un rancho. Es probable que sean llevadas lejos por el viento y que, por este medio, muchas comarcas, antes fértiles, hayan sido reducidas a desiertos estériles, siendo impelidos irresistiblemente, los chaparrones de arena de los remolinos. Algo por el estilo quizás fue causa de que el país

en contorno de los antiguos cementerios indios se haya convertido en desierto, pues allí deben haber existido ciudades y fertilidad. (p. 211)

CAPITULO XV

Llegada a Tacna. -Regocijos por el aniversario de Ayacucho. -Entretenimiento y baile. -Llegada de Mr. Scott a Tacna. -Población de la ciudad. -Jardines y plantaciones. -Modo de conceder tierra. -Indios. -Corrida de toros. -[…]

El 6 de diciembre, al salir el sol, después de dos horas de sueño, me levanté con el arriero y llegué a Tacna a las 7 a. m..

Inmediatamente visité a Mr. C. Stevenson, a fin de conocer el resultado del plan que había formado, para utilizar una parte, sino toda la fuerza (que mi hijo me escribió desde Arequipa, estaba ya en viaje a Chile) en los compromisos que yo había contraído, este informe me llegó cuando estaba en Jujuy y me habilitó para dirigir carta a Mr. Barnard, de Santiago de Chile, con tiempo para asegurar este objeto deseable y preparar el camino por correspondencia con el caballero antes nombrado, para el esperado arribo del barco a Tacna, con las instalaciones mineras que se consiguieran de Chile.

Mr. Stevenson me informó que noticias de reciente data llegadas de Valparaíso, que acababan de recibirse, no traían nuevas de Mr. Barnard, y que el «Auriga» de la Compañía, con su instalación minera, no había arribado cuando el barco zarpó. Consideré favorables estas noticias, esperando todavía estar dentro del tiempo conveniente en terreno chileno. Debo expresar mi contrariedad, al mismo tiempo, al saber que un antiguo amigo, el capitán Bowers, que me podría haber admitido inmediatamente como pasajero, se había hecho a la vela para el sur solamente el día anterior. Tuve además la mortificación de saber que no

había probabilidad de ninguna verosimilitud de buque con destino a Valparaíso por algún tiempo, a menos que entrase en el puerto alguna barca que por casualidad procurase flete del norte. (p. 215)

No habiendo posada en Tacna, Mr. Stevenson finamente me ofreció alojamiento en su casa y acepté. (p. 215-216)

La mañana siguiente de mi arribo, Mr. Menoyo llegó felizmente con el equipaje y las mulas remanentes, que apenas podían poner una pata detrás de otra. Me ocuparon la parte principal del día, las usuales visitas de cumplimiento a Mr. Butler, al gobernador y otros.

Hallé allí tal influencia de mis compatriotas que Tacna parecía más colonia inglesa que española. Es asombroso lo pronto que todo emporio abierto a nuestro comercio se abate; es de lamentar el encontrar nuestras energías comerciales destruidas por la competencia nacional, los comerciantes y manufactureros comiéndose unos a otros, especialmente los últimos, yendo a la ruina por abarcar los tres ramos de armador, comerciante y manufacturero, en vez de circunscribirse a su negocio particular. Nada fuera de calamidades periódicas serán el resultado de tal sistema. (p. 216)

Los días intermedios hasta el 9, pasaron en la rutina acostumbrada de procurar noticias y oír ofertas de minas, los comerciantes aquí, como en los otros lugares, se ocupaban en aumentar la suma de estas dificultades, con monopolios de minas que deben al presente estar en sus manos en extensión ruinosa. El día del aniversario de la batalla de Ayacucho, acompañé a la señora de mi amigo el capitán Macfarlane, residente en el lugar, a los fuegos artificiales; la ciudad estaba toda alegre con la celebración de un acontecimiento que decidió el destino de Sud América, como país independiente. El espectáculo tuvo lugar en

la plaza, y fue despliegue agradable de alegría y esparcimiento. Los oficiales de un regimiento allí estacionado, que tomaron parte importante en la batalla hicieron papel prominente en la ocasión. Se dio una comida a los oficiales por el coronel, y los ingleses dieron a las damas un baile por la noche. Nunca vi grupo tan abigarrado de mestizos, ni aun en las reuniones indio-mineralógicas de Potosí. El día, por lo que a mí toca, fue empleado bastante tontamente, en compañía no muy atrayente, y entre danzas no muy graciosas; pero la cena fue buena y la cantidad consumida parecía demostrar el buen apetito, al menos, de los convidados. Parecía que la gente no hubiese visto un banquete. No hay escolares que nunca se hayan atracado más desordenadamente, o con menos ceremonia, metiendo en los bolsillos lo que no podían comer. (p. 216-217)

El día siguiente, domingo, oí misa. No había, como de costumbre, candeleros de plata maciza y platería. La «patria», o en otros términos, los proveedores militares, les habían encontrado un uso muy diferente; regresé a mi alojamiento para meditar sobre el pasado y el futuro. El fastidio empezó a apoderarse de mí, y de obtenerla, habría zarpado para Chile en una ballenera. Comí con mis buenos amigos, los Macfarlane, y después los acompañé al paseo general vespertino, un cuarto de milla afuera de la ciudad, el que, como abrigo del sol, es el retiro más delicioso. Vides, palmeras, granados y bambúes y anchas higueras, extienden sus ramas lozanas tan apretadas que hacen un biombo completo. El sitio es un cauce arenoso bien regado por los indios, que lo han trazado, con parsimoniosa atención, al monto de agua, desde la grande acequia, demostrando plenamente la industria infatigable de esta raza inofensiva. En el curso de mi trato con don N. Téllez, para quien tenía cartas de recomendación, oí de muchas minas excelentes no trabajadas y, entre ellas, las de estaño en Oruro, y hallé que serían más dignas de atención que las de oro y plata. Pocas personas

discretas aún conservan en sus manos este lucrativo comercio. Hay gran demanda de estaño de este lugar, pero la cantidad obtenida ha disminuido materialmente desde la guerra.

El 16 llegó Mr. Scott, a quien recordará el lector, dejé lejos a retaguardia con las mulas más débiles; seis de las mulas de que se había encargado quedaron atrás; dos habían perecido por la intensidad del frío. Trajo varias muestras de minerales de las montañas de Caranja.

La ciudad de Tacna está en la provincia de Arica, siete leguas del mar y diez del puerto, de donde se halla al N. N. E. La población es de unos siete mil habitantes, la tercera parte indios. (p. 217)

El país vecino a Tacna es de arena muerta o fango, reluciendo con el cultivo doquiera se lleva el agua, pero más especialmente en aquellas plantaciones o chacras donde se ha utilizado un poco de abono. Este se trae en grandes cantidades de las islas de barlovento y consiste de excremento de pájaros, empleándose constantemente en el tráfico más de cincuenta buques de vario tonelaje, y se hace comercio muy lucrativo. Por fanega o dos y medio bushels ingleses se vende a razón de dos y medio duros o cuatro chelines el bushel. (p. 217-218)

Las principales producciones son maíz, alfalfa, papas y algodón, pero éste solamente en cortas cantidades cerca de la ciudad. Las principales frutas higos, melones, peras bergamotas, uvas, bananas, naranjas y granadas; también son abundantes y baratas las legumbres.

La admirable industria y hábitos pacientes de los indios, en ninguna parte se muestran mejor que en las chacritas de la vecindad, en donde se forma la tierra y habitación del poseedor. Después de contribuir al gasto de irrigación, tiene posesión mediante el pago de

un arrendamiento de ocho duros, antes pagadero al rey; pero ahora, por nuevos arreglos, redimible, de modo que esta clase industriosa se convertirá en propietarios y hombres libres. La tierra así entregada al cultivo no excede mucho de una legua a cada lado, y es regada enteramente por acequias sacadas del río que bordea la ciudad a distancia conveniente. Desde allí se subdivide en canales menores, adaptados a las necesidades de todos y con la más rígida consideración de economía, ni una gota se desperdicia. Se fijan períodos determinados para llevar el agua a cada parcela de terreno y las disputas sobre cada pinta son quizás las únicas que tiene esta gente inofensiva. El cacique principal, que cobra el canon anual, tiene por su garantía del riesgo en el pago, toda la corriente el jueves, y el segundo cacique la misma ese día por la noche. El primero se dice percibe una renta de seis o siete mil duros por la cantidad que reparte, además de las necesidades de sus propias tierras. Se emplea tanto cuidado en adjudicar a cada propietario su porción de agua, como Whitebread o Barclay usarían para envasar su cerveza. (p. 218)

Se dice que la tierra ha sido originariamente concedida por «topo», medida de setenta yardas por veinticinco, teniendo cada indio topo y medio cerca de la ciudad, y la misma extensión en la pampa más distante. Lo avalúan en general como: un topo con alfalfa o pasto, cincuenta duros; con pasto y plantación de café, setenta; y un topo de frutales todavía más. Si se han plantado olivos en el terreno, se acostumbra valuar cada árbol en pleno desarrollo en diez duros. De toda propiedad raíz en esta provincia, la con viña y caña de azúcar produce más dinero. El viñedo se estima por vid, de tres reales a tres duros la planta, conforme al tamaño y producción; en lugares más fértiles, el topo calculado para plantar de mil doscientas a mil trescientas vides vale de doscientos a quinientos duros la tierra pelada y dos a tres reales la yarda. De aquí que pagaría bien el capital, llevando el arroyo de

montaña, llamado Ancomarca, al extenso, pero ahora inculto valle de Tacna, que quizás sea de catorce leguas en cuadro. Se hizo antes una valuación en doscientos mil duros y se empezó un canal, pero se abandonó por completo por falta de dinero para completarlo. Los cerros de la vecindad abundan en azufre, y la minería así ofrece doble ventaja a los especuladores. Los indios son más vigorosos y algo menos abyectos que los del Alto Perú y hay aspecto de decencia y limpieza en sus viviendas, que también se acercan a la comodidad, más de lo que se observa en otras comarcas. Esto debe atribuirse a su vecindad a puerto de mar con tráfico considerable, en que constantemente se derrama una superfluidad de mercaderías británicas. En el Alto Perú el largo transporte en mula encarece el precio más allá de los medios del indio, y no existe un intercambio similar. Sin embargo, aun con estas desventajas, no hay rancho, aun en la ruta desierta que recorrí, sin algún adorno o utensilio de fabricación inglesa. Por esto se puede juzgar la importancia del Perú para nuestro comercio. (p. 218-219)

Las regiones más ricas del país en la vecindad de Arica son los valles de Sama y Locumba.

El primero, distante ocho leguas, produce grandes cosechas de algodón de primera clase y generalmente vale en el sitio, en tiempo de cosecha, de cinco a seis reales la arroba, conteniendo semilla que toma casi la mitad del peso. Especuladores de Liverpool en tiempo que yo estaba allí habían subido el precio a doce reales en Tacna, equivalentes a diez en Sama. (p. 219)

Locumba, diez y ocho leguas de Tacna, es valle extenso y fértil, célebre por sus lozanos viñedos, de que se destilan grandes cantidades de espíritus para el mercado del Alto Perú, originando un tráfico activo con el transporte a lomo de mula y llama. Tropas inmensas de

estos lindos animales se emplean constantemente en el tráfico de una u otra clase de aquella provincia para el interior. (p. 219-220)

El vino para consumo interno se asemeja en calidad y perfume al de Málaga, y si se tomaran cualquier molestia en clasificarlo y refinarlo, se convertiría en artículo de considerable exportación.

En el valle mencionado abunda también la caña dulce del mejor crecimiento y calidad, pero los ariqueños se contentan solamente con extraer melazas y una especie de dulce llamado chancaca. El 19 presencié una especie de corrida de toros, y vi el modo adoptado para reclutar el ejército de Bolívar. El regimiento acantonado en la ciudad mantuvo el terreno en esta ocasión. Poco antes de terminar la corrida, cuando casi toda la población se había congregado para presenciarla, los soldados, a una señal dada, aseguraron las avenidas y esquinas y echaron el guante a todos los vagos y mal entretenidos de la turba que estaban asegurados. Uno de éstos, buscando amparo, se refugió en el palco donde yo estaba, seguido por un oficial que parecía tener tirria contra él. Interponiéndose una persona que dijo ser esposa del hombre, el oficial la empujó rudamente, ultraje que ella se cobró administrándole una feroz trompada en las quijadas, que le sacó sangre, con no poca diversión y aplauso de los espectadores.

El 20, 21 y 22 los ocupé principalmente en negocios de minas sin ningún interés para el lector. El 23, al arribo de un barco norteamericano en lastre, visité al Cónsul para saber su destino. Como se esperaba al capitán el día siguiente, le vi y supe que venía buscando flete, y pensaba salir para el norte, si no se le ofrecía ninguno de Arica. Esto fue un infortunio. (p. 220)

Los dos o tres días siguientes los ocupé en escribir cartas, y oír ofertas de minas. La llegada del barco norteamericano me indujo a pedir pasaje para Chile, esperando decidir al capitán a dirigirse a barlovento hasta Valparaíso. Con este objeto el cónsul norteamericano fue tan amable que él mismo se empeñó con el sobrecargo que, afortunadamente llegó de Arica al otro día. Después de mucha discusión el sobrecargo convino por quinientos duros hacerse a la vela conmigo, conduciéndose muy lindamente en la ocasión, ofreciendo devolverme parte del dinero si encontraba otros pasajeros, y con la cercana perspectiva de tender velas, el año 1825 se cerró sobre mí. El comienzo del año nuevo, con un poco de tiempo desocupado, me sugirió una vista retrospectiva de los pasados acontecimientos de mi vida, de las vicisitudes que había sufrido y escenas porque había pasado. Pensamientos de aspecto melancólico se me vinieron en tropel. Poco pensaba un año antes de pasar el año nuevo en Sud América y en la misma mísera ciudad de Tacna, después de atravesar tal distancia sobre el continente americano. Con todo, la ociosidad es período para la reflexión, y un intervalo de ella de cuando en cuando es útil para mirar atrás de nosotros mismos, y examinar nuestros corazones. Pasé el día con mis amigos, el capitán Macfarlane y su esposa, brindando por todos los amigos del hogar, desde las orillas del Pacífico y bajo la sombra occidental de los Andes. (pp. 220-221)

El día siguiente contraté mulas para nosotros, las maletas y el bagaje hasta el puerto de Arica y salimos a las 4 a. m. del 3. Y aquí tengo ocasión de recordar mis obligaciones hacia las familias de Stenvenson y Macfarlane, por su hospitalidad durante mi estada en Tacna.

La jornada hasta Arica es generalmente un galope de cuatro o cinco horas, por una cadena de cerros arenosos, sin una sola hoja verde de ninguna clase. Mi ruin mancarrón de alquiler haraganeó ocho roras; el intenso calor solar de estos cerros arenosos no es para ser

> superado, sus efectos sobre mí fueron más que usualmente severos; pensé que para tan corta distancia podía prescindir de mi casi inservible sombrero quitasol, disparate mayúsculo, según supe a mis costillas. (p. 221) (**Fuente:** Andrews, J. (1920)).

4.1.5. Heinrich Witt (1828)

Breve biografía:

Empresario y comerciante radicado en el Perú durante más de sesenta años. Recorrió constantemente distintas zonas del país mientras supervisaba negocios mercantiles y actividades comerciales, motivo por el cual viajó también hacia el sur peruano como parte de sus desplazamientos laborales.

Descripción:

> Viernes 31 de octubre de 1828. A las 11 a. m., salí de Arequipa para mi primer viaje a Tacna y Arica. (p. 265)
>
> Lunes 3 de noviembre, cuando partimos. Apenas habíamos salido del valle de la Pampa cuando se desató una densa niebla que ocultó todo lo que nos rodeaba. La consecuencia natural fue que nos perdimos y no tuvimos nada mejor que hacer que tumbarnos en la arena; con el pelón debajo y abrigado con mi poncho, dormí profundamente hasta el amanecer. Entonces montamos y a las diez estábamos en el valle de Sama. Tras dos horas de descanso, continuamos nuestro viaje y a las 17 h llegamos a Tacna, a 20 leguas de Sitani y 83 de Arequipa. Este pueblo, visto desde la cumbre desde donde descendimos a la llanura donde se encuentra, no me causó ninguna impresión agradable; a su alrededor, hay poca vegetación y está rodeado por el árido desierto arenoso. Al recorrer las calles, me impactó el aspecto miserable de las casas. Había pocas casas con patios y balcones, todas

construidas con adobes y encaladas, en su mayoría como las chinganas arequipeñas con techos pintados. La población apenas alcanzaba los 5000 habitantes; solo había una iglesia y el patrono, San Pedro. Pregunté cómo llegar a la casa del Sr. Christian Hellman, director del establecimiento de Huths Gruning & Co. en Tacna. Desafortunadamente, él se encontraba en Arica; sin embargo, me presenté a su dependiente y le escribí unas palabras explicándole el motivo de mi viaje. Le envié esta carta inmediatamente por medio de Beltrán; me sirvieron una buena cena [328], a la que hice los honores debidos, y luego me acosté, feliz como es de suponer por haber descansado bien. (pp. 266-267)

Martes, 4 de noviembre de 1828. Apenas me había levantado cuando Beltrán me entregó la respuesta de Hellmann. Mientras yo dormía, el «volador» había recorrido no menos de 28 leguas, catorce leguas hasta Arica y la misma distancia de regreso, además de permitirle a Hellman el tiempo necesario para leer y responder mi carta. Siguiendo las instrucciones de Hellmann, entregué la orden del Prefecto de Arequipa al Subprefecto de Tacna, quien, conservándola en su poder, me dio otra orden por la misma suma de 36.000 $ al Tesorero de Arica. Con esta orden en el bolsillo, partí hacia el puerto a las 10:30 h. Arica no está situada en el mismo valle que Tacna, por lo que, aproximadamente a mitad de camino, hay una pequeña loma de colinas arenosas que divide ambos valles. Por supuesto, tuve que cruzarlo y, con la excepción de la pequeña subida, se trata de una de las típicas llanuras arenosas que se extienden hasta Chacra de Lluta, a dos leguas de Arica, desde Chacra de Lluta la carretera discurre cerca del mar y el suelo está cubierto de una hierba verde y suave. […] (p.267)

Del miércoles 5 al sábado 8 de noviembre. […] El sábado, Hellmann, Atherton y yo salimos de Arica hacia Tacna a la 1 p. m. y recorrimos las 14 leguas en 5 horas. Inmediatamente me fui a dormir. [330] (p. 268)

Del domingo 9 al martes 11 de noviembre de 1828, Hellmann, con su habitual amabilidad, me presentó a varios ingleses que por aquel entonces residían en Tacna. Eran, más o menos, los siguientes: Atherton, entonces socio de John Begg, de Lima. En 1843 lo volví a ver en Liverpool, pero del resto desconozco su destino; tampoco sé qué ha sido de Swinburne, entonces administrador de Withington Crooke & Co., ni de Martindale. Hellmann era íntimo amigo de Horatio Bolton; por aquel entonces vivía fuera de la ciudad y estaba casado con una nativa de la Isla de Francia, la viuda de Mac Farlan, a quien en vida apodaron «el tata de los ingleses». Bolton nunca amasó una gran fortuna, pero siempre se mantuvo a flote; ignoro si sigue vivo o muerto. Joseph Hegan era entonces un joven muy apuesto, y poco después fundó un negocio en Lima, primero bajo la firma Hegan Hall & Co. y luego bajo la de Joseph Hegan & Co. Diez o doce años después se casó con la viuda de John Edwards, de Halifax, cuyo apellido de soltera era Waterhouse. Era tal la opinión general sobre el carácter egoísta de Hegan que se creía que había contraído este matrimonio únicamente para afianzar sus vínculos comerciales con los dos grandes fabricantes Edwards y Waterhouse. Sin embargo, su negocio no prosperó. Tras una larga ausencia de esta costa, reapareció en 1852 acompañado del general Manuel Mendiburu, quien había sido ministro peruano en Londres. Gracias a su influencia, obtuvo del Gobierno la construcción del ferrocarril entre Tacna y Arica, con todas las ventajas que conllevaba esta transacción (véase mi diario de ese año). También le compró a José Visente Oyague su tercera parte del ferrocarril de Lima al Callao por un tercio de millón de dólares, lo que resultó ser una

ganga extraordinaria, y así, hacia el final de su vida, se convirtió en un hombre rico. John Hegan, el hermano menor, es un hombre de carácter más franco que Joseph, con quien ahora mantiene relaciones comerciales. Fue con él con quien arreglé un asunto muy desagradable el 24 de diciembre de 1851 en su oficina de contabilidad en Liverpool, y lo vi por última vez el 1 de abril de 1856, cuando durante dos horas paseamos por la cubierta del vapor en nuestro viaje de Boulogne a Folkstone. Thomas Mac Laugh- [331] lin, quien estuvo relacionado durante un tiempo con Tayleurs de Liverpool, se casó con una dama de Tacna, tras lo cual se estableció durante muchos años en Arequipa. Se ha retirado de los negocios y vive a veces en Inglaterra y a veces en Valparaíso. Es de esas personas que nunca están satisfechas donde están y siempre piensan que serían más felices donde no están. Hugh Wilson, un hombre de escasos recursos, prosperó bastante, quién sabe cómo; llegó a ser cónsul inglés y lo volví a ver a principios de 1846, casado con una dama inglesa extremadamente amable, demasiado buena para él; visitaba con frecuencia su casa en Tacna. Cometió una insensatez al participar activamente en la política peruana, por lo que perdió su puesto como cónsul inglés y ahora, según me han dicho, vive en algún lugar de Inglaterra, si no en la miseria, al menos no muy lejos. Con estos caballeros recién mencionados, cené el domingo en Atherton's, el lunes en Joseph Hegan's y el martes en Hellmann's. Sin embargo, como mis pensamientos volvían continuamente a la orden sobre la Aduana de Arica, de la que solo logré vender 9000 dólares a Bolton, no disfruté de esta cordialidad como de otro modo lo habría hecho. El aspecto exterior de Tacna, al conocerlo más de cerca, no alteró la primera impresión desfavorable que me había causado. Encontré las calles solo parcialmente pavimentadas, había una gran escasez de tiendas, casas de aspecto respetable, pero pocas, y aquellas habitadas principalmente por extranjeros, ni

siquiera una gran plaza o «plaza mayor» en el centro de la ciudad, con la que contaba el pueblo más pequeño al que había llegado hasta entonces. (pp. 268-270)

[…]

Lunes 24 de noviembre de 1828. Tuve que firmar una anotación en los libros de la Aduana, lo cual me retuvo hasta la 1:30 p. m. Partí entonces hacia Tacna y, pensando que no podía perder el camino, no llevé guía. Hasta Chacalluta no tuve dificultad en encontrar el camino, pero apenas pasé este lugar, me desvié del camino real hacia la derecha. Tras algunas dificultades, volví al sendero correcto y, tras haber cabalgado aproximadamente una legua, descubrí que mis alforjas se habían caído del lomo de la mula. En ellas llevaba todos mis papeles, pagarés, conocimientos de embarque, en resumen, muchos documentos importantes, y es fácil imaginar mi disgusto y molestia al hacer este descubrimiento. Inmediatamente volví sobre mis pasos, buscando en cada rincón, en cada arbusto, pero en vano. Tan pronto como llegué a Arica, envié a varias personas a buscar las maletas y me fui a la cama sin ningún estado de ánimo satisfactorio. (pp. 270-271)

[…]

Viernes, 28 de noviembre de 1828. Ese día emprendí mi viaje de regreso a Arequipa. Tras haber despedido a Beltrán poco después de mi llegada, había contratado en Tacna a otro arriero y otras bestias; dos de ellas resultaron estar mal domadas, lo que nos causó muchos problemas en el camino y, aunque salimos de Tacna inmediatamente después del desayuno, debido al retraso ocasionado por ellas, eran apenas las 3 1/2 cuando llegamos al valle de Sama. Después de preparar mi frugal cena en un chupe, me acosté, pero el calor sofocante y la infinidad de insectos me impidieron dormir bien. (pp. 271-272)

Sábado, 29 de noviembre de 1828. Salimos a las 2:00 a. m. Con las mulas tuvimos la misma dificultad que el día anterior y llegamos al valle de Sitana al mediodía. Normalmente sopla un viento fuerte en estos valles por la tarde, lo que refresca la temperatura, mientras que por la noche apenas se siente brisa. (p. 272)

[…]

Regreso de Witt a Tacna en 1846

Domingo, 18 de enero de 1846. Después de desayunar, subí a cubierta. Habíamos fondeado en el puerto de Arica, […]. El Sr. Eulert nos proporcionó caballos y partimos a las 14:00 junto con un carpintero alemán y un criado de Schwartz. Este último montaba un caballo de paso. Le pedí que me lo diera y así recorrimos las catorce leguas hasta Tacna sin mucha fatiga. A unas dos leguas de Arica, el camino bordea la playa sobre una fina y dura turba. Allí llegamos a uno de los desiertos arenosos, tan comunes en la costa peruana, sin la menor vegetación. Cruzamos unas dunas de arena de poca altura, nos detuvimos a las 5:00 en punto, a mitad de camino, en una cabaña de caña desocupada, y a las 8:00 en punto, nos topamos con la casa de Schwartz. Cerca del pueblo hay unas granjas que pasamos, pero que no vimos en la oscuridad. Schwartz nos recibió amablemente; no pude evitar observar que sus atenciones se dirigían más a mí que al Sr. Schutte. Tomamos el té con sus dos empleados: Charles Eggert, de Dantzic, recién llegado, y Jefferson, un inglés. Después de […] la sala de estar [765], donde nos ofreció un excelente bistec para cenar, nos pusieron a nuestra disposición un amplio dormitorio. Un simple vistazo me bastó para comprobar que Schwartz vivía muy bien y que todo su entorno era limpio y cómodo. (pp. 541-542)

Lunes, 19 de enero de 1846. Durante las primeras horas del día me entretuve leyendo el hermoso poema de Campbell, «Gertrudis de Wyoming». Después de desayunar, di un paseo por el pueblo y las Chacras, pero no encontré nada interesante. Tres largas calles bien pavimentadas discurrían paralelas, atravesadas por otras más cortas; algunas casas, habitadas por comerciantes extranjeros y nativos más respetables, tenían un aspecto decente y dos pisos, pero en general eran estructuras muy sencillas: solo el segundo piso tenía una gran puerta que dejaba entrar la luz y el aire; no tenían ventanas, ni pisos de tablas ni de ladrillo, sino de barro compacto. El calor era intenso; no vi rastro de agua. Este fue uno de los cuatro días en que los pequeños riachuelos de la zona, que abastecen de agua a Tacna y sus alrededores tres días a la semana, irrigaban las fincas más lejanas. Tan escaso era el suministro que ni una gota llegaba al mar, pues cada partícula era absorbida por la tierra sedienta. En el transcurso de la mañana tuve muchas visitas: el Sr. Hugh Stevenson, un conocido arequipeño más bien brusco; George Hellman, un joven agradable, agente de la casa de Huth, un londinense hijo del hermano mayor de Christian Hellman; Ainsworth, socio y gerente de la firma Joseph Hegan & Co., más tarde Hegan & Co. [766],hermano de la Sra. Hachmann, bastante aburrido; Hugh Wilson, más agradable de lo que jamás pensé que podría ser; él, hasta entonces cónsul británico, acababa de ser reemplazado por el joven Nugent, uno de los agentes de Lima de la Pacific Steam Navigation Company. Me acompañó a su oficina, donde me mostró varias cartas del Sr. Wm. Pitt Adams, aprobando la conducta observada por él en el momento de su disputa con Iguaín, prefecto de Tacna, que condujo al bombardeo de este lugar por el barco de Su Majestad, el Cormorant, a mediados del año anterior. Alexander McClean visitó a Schutte; en la cena, George Hellman se unió a nosotros. Schwartz no solo era un vividor, sino también un glotón: su

cocinero era de primera y la comida estaba a la altura. Más tarde, nos acompañó a casa de la Sra. Wilson, una mujer muy atractiva, en cuya casa tuvo una relación muy íntima. Jefferson me contó que esta señora nació a bordo de un barco frente a la costa de África, pero que sus padres eran irlandeses; a juzgar por su tez oscura y sus brillantes ojos negros, me pareció que no pertenecía a la raza caucásica pura, sin mezcla ni adulteración; su hermana era la esposa del Sr. Guerra, de La Paz. Tras nuestro regreso a casa, Schwartz tuvo que ir a la oficina a escribir su correspondencia a Europa. Jugué dos partidas de ajedrez con el Sr. Eggert, que era un buen jugador, y cada uno de nosotros ganó una partida. Esta mañana. (pp. 542-543)

El martes 20 de enero de 1846, leí otro excelente poema de Campbell, «Los placeres de la esperanza». Después, […] su oficina, Schutte y [767] dimos un paseo por las calles del pueblo, que, como ya he dicho, no me resultó interesante. Al regresar, recibí varias visitas: Salkeld, de la casa de Naylor, y el doctor Vance, recién casado con la señorita Emily Higginson, a quienes consideré personas insignificantes; el doctor Hamilton, un escocés corrupto. Después de cenar temprano, Schwartz, Schutte y yo, junto con el señor y la señora Wilson, salimos a caballo del pueblo. Como no conocía bien mi caballo y, siendo un mal jinete, al principio no me parecía bien, poco a poco superé mi timidez; el entorno es árido. Tacna y sus alrededores ocupan una llanura seca y árida, rodeada de colinas a ambos lados, que se extienden aproximadamente de este a oeste. Es cierto que aquí y allá se cultivan algunas extensiones de tierra, con árboles y arbustos entre los que se encuentran plantas de algodón. Sin embargo, la mayor parte de su superficie está cubierta de arena y piedras, como era al menos en 1846; con toda probabilidad, la labranza ha aumentado desde entonces. En esta misma llanura se encuentra el cementerio británico o protestante,

rodeado de muros de barro encalado. A cierta distancia, hacia el sur, una cadena de altas montañas limita el horizonte, cuyos picos más elevados son los picos nevados de Tacora, en cuyas faldas discurre la carretera a La Paz. Aún estaban iluminados por los rayos del sol poniente, mientras que las montañas más bajas y la llanura ya estaban envueltas en el crepúsculo. En casa tomamos té, y yo, tras retirarme a mi habitación, pasé una o dos horas leyendo «El último de los barones» de Bulwer, en mi opinión, una de sus obras más interesantes, Earl Warwick the King maker da […] [768] a la obra. (pp. 543-544)

Miércoles, 21 de enero de 1846. Mientras desayunábamos, que ese día se sirvió mucho más tarde que la mañana anterior, pues Schwartz y su empleado habían estado trabajando en la oficina de contabilidad hasta las 4:30 a. m., Schwartz nos dijo que tenía la intención de dar un pequeño baile por la noche y nos rogó que lo acompañáramos a casa de la Sra. Wilson, con quien debía consultar a quiénes invitaríamos. Fuimos, y una vez resuelto este asunto, Schwartz mandó llamar, y supongo que nadie respondió negativamente a su invitación. Así pues, a primera hora, sobre las 8:00 p. m., pues la costumbre, bastante absurda en años posteriores, de no presentarse antes de las 10:00 o las 11:00 o incluso de medianoche, no prevalecía entonces en la Costa Oeste. Los invitados llegaron; enumeraré a las damas. La Sra. Wilson, a quien se podría considerar la Patrona, muy superior al resto de la compañía; la Sra. McLean, esposa de Alexander McClean, oriundo de Tacna; la Srta. Jack, pariente de McLean, una joven escocesa, regordeta, sonrosada y vivaz, que disfrutaba mucho del baile, pero en la conversación no tenía mucho que decir; la Sra. Pividal, una señora mayor y respetable, con sus dos hijas —la mayor, aunque al estilo de la familia, bailaba alegremente—; la menor, Juanita, una jovencita radiante, esto es todo lo que puedo decir de ella; la Sra. Ariaga, oriunda, bastante vulgar, de edad avanzada, apodada «Cara de

Brandy»; su hija mayor, guapa, morena y colorada; la menor, insignificante. De los caballeros que […] había algunos […] [769] Varios jóvenes, empleados de las casas extranjeras, con aspecto más o menos caballeroso; en mi opinión, deberían haber prestado más atención a las damas en lugar de apiñarse tanto como lo hicieron; se sirvió ponche y otros refrigerios. Más tarde, se sirvió la cena, a la que dirigí a la señorita Jack. Bailé todos los valses, aunque no pude bailar la polca. En las cuadrillas, levanté una o dos veces a mis compañeras, la señorita Jack, con quien bailé varias veces, la señora Wilson, la señora Vance y el mayor Ariaga. Con la señora Pividal tuve una larga y sensata conversación. Schwartz había pedido dos músicos, pero tocaron tan mal que tuvo que sentarse al piano y tocar toda la noche, lo cual fue sin duda muy amable. Se dispuso una mesa de juego para los jugadores de whist en la habitación de Schutte y la mía a las 3 en punto. La fiesta se disolvió; quedé muy satisfecho con la diversión de esa noche. (p. 544)

Jueves, 22 de enero de 1846. La Sra. Wilson me había pedido que le tradujera poesía alemana al inglés. Esta fue una tarea bastante difícil que me ocupó durante más de dos horas. Finalmente lo logré, aunque no del todo a mi entera satisfacción. Mientras tanto, el Sr. Schutte estaba redactando un contrato con el Sr. McLean relacionado con una importante transacción mercantil. Más tarde, devolví varias de las visitas que me habían hecho los días anteriores; recibí una larga visita del Dr. Armstrong, un médico muy inteligente que creo que era […] [770] en ese momento, si no recuerdo mal. Pehmüller, agente de Hincke & Co. de Hamburgo, llegó de Arica. El viaje lo dejó completamente inconsciente y se acostó de inmediato. Lo conocí en Lima hacía varios años. Después de cenar, fuimos a ver la obra, donde la representación fue mejor de lo que esperaba, pero la frecuente aparición del apuntador no contribuyó a la ilusión. El teatro en sí no era mucho

mejor que un granero, con un espacio abierto cubierto con un toldo en el centro y lleno de bancos que hacían las veces de foso. Alrededor se erigía un tosco andamio, al que ascendían escalones igualmente toscos. Sobre él se colocaban bancos y sillas separados por tabiques bajos; los compartimentos así formados eran los palcos; todo estaba iluminado con velas de esperma. Uno de los palcos fue ocupado conjuntamente por Wilson, Schwartz y Hellman, en cuyo centro se reclinó la señora Wilson en un amplio sillón, tras el cual se situó el señor Schwartz, diligente en sus atenciones a la bella dama. Schutte y yo fuimos al palco del señor McLean (al señor Schutte le interesaba ser muy cortés con la señora McLean); mi inclinación me impulsó a sentarme cerca de la señorita Jack. Terminada la obra, acompañamos a la señora Wilson a casa. (pp. 544-545)

Viernes, 23 de enero de 1846. Esta mañana, Pehmüller, por supuesto, se unió a nuestro desayuno. Schutte finalizó su contrato con el Sr. McLean. Yo terminé [771], el último de los Barones; y a las once y cuarto nos despedimos de Schwartz, agradeciéndole sinceramente la amable recepción que nos había brindado. Antes de irme, diré algunas palabras sobre la trayectoria de Schwartz y Eggert: ambos eran de un nivel respetable, bien informados, con talento musical, de modales caballerosos y se convirtieron en buenos hombres de negocios. Sin embargo, en todos los aspectos, opino que Eggert era superior, excepto en agudeza comercial, que en Schwartz, si podemos creer, algunos de los compradores de Arequipa rozaban la falta de buena fe. Herman Schwartz era hijo de un comerciante de vinos de Thorn y, al mismo tiempo, junto con mi hijo Juan, empleado en la oficina de contabilidad de Bane, Altona. Algunos años después, Gibbs de Londres lo envió a su casa en la costa oeste. Cuando Hayne lo puso a cargo de Pflücker en la tienda de Lima, pronto fue trasladado a Tacna para asumir la administración de la recién establecida

sucursal de Gibbs' Crawley & Co. De Tacna fue enviado a Arequipa, y finalmente a Valparaíso. Dio resultados en todas partes, y como su conexión con la casa había caído en la época del negocio de Huano, en menos de 20 años pudo retirar cerca de medio millón de dólares. Está establecido en Hamburgo, donde lo vi en 1863, no se ha casado y es un gran amigo de Chase. Chas. Eggert era hijo de un respetable comerciante de Dantzic que, durante el desastroso gobierno de Napoleón I, perdió su fortuna. Como muchos de los comerciantes, sus hijos, bien educados, tuvieron que forjarse su propio futuro […] [774] de otra firma en Tacna y acababa de incorporarse a Schwartz cuando yo lo visité. En aquel entonces, sabía muy poco inglés, aunque lo aprendió rápidamente; todo lo que hacía era excelente. Como ya he comentado, entendía la música a la perfección, tocaba el piano y cantaba. Era un buen jugador de rocambor, también un buen ajedrecista y, creo, un buen tirador, y por último, pero no menos importante, para las damas, un buen bailarín. Además de su propio idioma, hablaba varios otros, como francés, español e inglés. Mientras estuvo al frente de la casa en Lima, organizaba agradables fiestecitas y se hacía popular entre todos. Cuando Schwartz fue destituido de Tacna, Eggert permaneció en su lugar. No recuerdo si alguna vez estuvo a cargo de la casa de Gibbs en Arequipa, pero sé que llegó en el período entre Stubbs y Henry; sin embargo, para su desgracia, el negocio de huano de Gibbs había cerrado. Era costoso en sus hábitos, así que imagino que llevó consigo a Alemania solo una suma moderada de dinero como prueba de lo cual puedo mencionar la circunstancia de que aunque al salir de Lima fue a Berlín como Encargado de Negocios ad honorem del Perú, abandonó este puesto para unirse a una empresa de poca importancia en Hamburgo, al menos en comparación con Gibbs, de quien se separó por su propia voluntad. Estaba casado con una dama en Valparaíso de ascendencia alemana, la señorita Asthaus.

Schutte y yo no teníamos […] una cabeza [775] a una legua de la ciudad, mi caballo, una bestia sorprendentemente perezosa, no se movía ni un centímetro, tuve que bajar y tirar de él detrás de mí; por casualidad, Schutte miró hacia atrás, y él, a pesar de su cojera, habiéndose roto la pata unos meses antes, era mucho mejor jinete que yo; cambiamos de caballo, pero incluso él, tuvo mucha dificultad para llegar hasta la cabaña a mitad de camino; Allí nos encontramos con un muchacho a caballo que conducía ganado a Arica. Como recompensa, le entregó su animal a Schutte, y así logramos llegar al puerto a las seis y media. Cenamos en casa de Eulert y con él y su esposa, una tacuna, tomamos el té. Al retirarnos a descansar, encontramos dos camas preparadas para nosotros en una habitación bien amueblada de su compañero Pividal. Sin duda, todos nos trataron con gran hospitalidad. (pp. 545-546)

Sábado, 24 de enero de 1846. A la hora del desayuno, apareció la Sra. Eulert; fue tan amable que conversamos hasta las 12:00. El clima era espléndido, atenuado por una ligera brisa; el Sr. Booth, de Filadelfia, sobrecargo de una barcaza norteamericana, consignado en Tacna al Sr. McLean (a Alsopp & Co. en Lima), accedió a proporcionarnos un pasaje a Islay, por lo que subimos a bordo con nuestro equipaje. La cubierta estaba abarrotada; las cuerdas estaban tiradas por todas partes y todo parecía desordenado, nada elegante, como dicen los yanquis; sin embargo, debajo, el camarote estaba decente. Booth iba acompañado de dos jóvenes, lo cual me agradó; no así el capitán de ascendencia holandesa, quien, alardeando de no tener ni una gota de sangre inglesa en las venas, tras levar anclas, se rompió un cabo, percance que nos retrasó un poco […] [776] Antes de que pudiéramos zarpar del todo, soplaba un viento suave del sur. Cenamos, conversamos y paseamos por

cubierta. Empecé a leer «La conquista de México» de Prescott y a las 11:00 me acosté. (pp. 546-547) (**Fuente:** Witt, H. (2015)).

4.1.6. Alcides D'Orbigny (1830)

Breve biografía:

Naturalista enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una expedición científica por Sudamérica (1826-1833). Recorrió el sur peruano dentro de su misión científica, dedicada al estudio de la geografía, flora, fauna y poblaciones andinas.

Descripción:

VINE Y ESTADIA EN TACNA

Partí a las cinco de la tarde, después de un día de calor agotador y pasé en medio de ruines cabañas de la extremidad norte de la ciudad, junto a reducidas plantaciones, y más lejos atravesé el río de Arica, cuyas aguas cristalinas cavaron un lecho de una capa de cantos rodeados de tres a cinco metros de espesor, dejando de tanto en tanto, algo de tierra, que se aprovecha para plantar higueras y algunos otros árboles. Más allá se extiende un pantano, bordeado, del lado del mar, de dunas móviles que cambian con los vientos. Se camina por él antes de entrar en el desierto arenoso. Creía que sólo teníamos que franquear arenales, y sin embargo, vi una palmera en el horizonte. Temí que fuera una ilusión a causa del espejismo, pero mi compañero de viaje me aseguró que nos acercábamos a un valle fertilizado por un riacho, el valle de Lluta, en el cual hay algunas cabañas de agricultores, algo de vegetación y dos palmeras, únicos representantes, en esos lugares, de la vegetación de los trópicos. Ese río distante dos leguas de Arica, y que desciende del pie mismo del Tacora, es difícil de franquear en ciertas estaciones; corre por un lecho de cantos rodados;

sus aguas, aunque claras, límpidas y repletas de una especie de grandes camarones, muy apreciados en la región, son sin embargo, por lo que se asegura, muy poco sanas, porque reciben, de la cumbre de la Cordillera, un arroyo tan cargado de sulfuro, que los animales que beben sus aguas mueren casi de inmediato. Abandone ese valle, y desde allí hasta Tacna, en un espacio de doce leguas, no abandone el desierto, desprovisto de todo vestigio de vegetación. (p. 947)

Lanzado al galope en medio de ese mar de arena movediza, donde los vientos borran a menudo los rastros del viajero, que, perdido, no sabe hacia dónde dirigirse, no vi más que numerosos esqueletos de mulas y asnos, como testimonio de lo difícil del camino. Los arrieros parten por lo general de tarde, marchan todas la noche y llegan al día siguiente, hacia las nueve de la mañana; pero, obligados a hacer catorce leguas de un solo tirón, hollando una arena que se levanta en polvo sucio bajo sus pasos, las acémilas deben sufrir doblemente la fatiga y la sed; por eso sucede a menudo que se paran, incapaces de seguir marchando; entonces los arrieros, que llevan siempre algunas de cambio, las descargan y las abandonan en el camino. A menudo el fresco las restablece y llegan poco a poco a valle de Tacna; pero están fatigadas a tal punto por la mañana y dominadas por el calor, que difícilmente escapan a los picos acerados de los cóndores, que acompañan siempre al viajero para vivir de sus desperdicios. Esos animales cuando las ven acostadas no las dejan descansar; les arrancan los ojos y apresuran su muerte, después de una vida llena de sufrimientos. Se encuentran tantos de esos restos de animales cuando que se conservan durante siglos, en medio de la arena, con la piel tendida y seca sobre los huesos. (pp. 947-948)

En muchos lugares hay, bajo la arena, un suelo bastante firme, no formado de arcilla endurecida, como lo creyó Meyen, sino más bien de una composición peculiar. Son arenas groseras, pequeños cantos rodados y hasta piedras unidas entre sí por la sal marina, formando un cemento entre las diversas partes. Varias excavaciones practicadas me han demostrado de un modo completo esas características; por otra parte, es de allí que se extrae la sal que se emplea en el país. Basta cavar algunas pulgadas en las colinas, bajo la capa arenosa, para hallar sal blanca rodeada de cantos rodados.

En medio de esa llanura se ven tres antiguos lechos de torrentes actualmente secos, y que trazaron un curso en la arena, formando, de cada lado, pequeños ribazos perpendiculares. El primero se llama la Quebrada de los Gallinazos; el segundo, distante cinco leguas de Arica, es la Quebrada del Escrito; el tercero, la Quebrada de los Malos Nombres y está a nueve leguas de Arica. Esta última se llama así a causa de los pensamientos de los viajeros escritos en las arenas de las colinas. Es evidente para mí que esas torrenteras, hoy secas por completo, y que lo están desde los tiempos históricos más antiguos, están en el mismo caso de las que he descrito en Cobija. Es la mejor prueba de que la existencia de antiguos cursos de agua distribuidos en todas partes de la costa del Perú y en nuestros días completamente secos, se debe a causas generales que actuaron sobre la ladera occidental de los Andes. Debía volver a hallarlos todavía en muchos puntos del interior. Ascendí la cuesta de Muelles; descendí en el valle de Tacna, atravesé otra torrentera sin agua, la Quebrada de Muelles, a dos leguas de Tacna, luego, después de franquear trabajosamente, a causa de la oscuridad, una llanura cubierta de cantos rodados de todos los tamaños, algunos de los cuales son muy grandes, llegué finalmente a Tacna, hacia las once de una noche magnifica,

aunque sin luna, con un cielo puro, cubierto de brillantes estrellas, que se dibujaban en un hermoso fondo de color azul pronunciado. (p. 948)

Al día siguiente me levante antes que los cóndores hubieran comenzando sus correrías matinales. Toda la naturaleza parecía sumergida en el más profundo reposo. Ese suelo desecado parecía menos árido, privado como estaba del calor solar. Se respiraba un aire fresco y dulce de lo más agradable. Todo el paisaje, entonces cubierto uniformemente de una ligera bruma, era encantador. La hermosa vegetación del banano no contrataba menos con el azul glauco del olivo, y las flores y los frutos purpuras del granado, mientras que se podía todavía, sin temor, contemplar fijamente esas arenas blanquecinas, esas colinas polvorientas, que se convierten en fuego al mediodía. Vi sucesivamente a los seres despertarse alrededor mío. El cóndor descendió de la montaña y planeo en los aires; el horrible gallinazo sacudió sus alas sobre la casa donde había pasado la noche; la quejumbrosa tórtola arrulló sus amores, mientras que el ligero pájaro-mosca comenzó a zumbar en torno de la flor que se complacía en cortejar. Sin embargo, yo estaba todavía solo; nadie aparecía en la ciudad complemente desierta. El sol, que alumbraba ya el horizonte detrás de esa vasta cortina de montañas de la cordillera, se elevó al fin poco a poco. Vi los picos nevados del Tacora recibir los primeros reflejos dorados, que se destacaban entonces mucho más claramente sobre toda la cadena por su blancura brillante, contrastando con la sombra difundida en el valle; pero, en el momento en que el astro parecía franquear esa elevada barrera, lanzó primero algunos rayos sobre los puntos culminantes, luego difundió rápidamente sus olas de luz sobre toda naturaleza, que, en el mismo instante, como por arte de magia, se revistió de los más vivos colores. Comenzó entonces el día para los habitantes. Por todas partes se inició el movimiento. Ya no estaba

solo; hallé en todos partes importunos que turbaban la especie de soledad de que yo gozaba en torno mío. El encanto desapareció; debí regresar, para preparar los viajes que tenía que hacer. (pp. 948-949)

La ciudad de Tacna que, en el momento en que la vi, contaba de diez a doce mil almas, se ha desarrollado mucho a expensas de Arica. Por ella se realiza hoy todo el comercio del puerto; allí se venden las mercaderías aportadas por los diversos navíos. Apenas ancla un barco, se descargan muestras, que son inmediatamente transportadas a Tacna, a casa de los consignatarios. El capitán o el sobrecargo se va allí en seguida, y se operan las transacciones con los comerciantes del interior, que llegan a ese efecto. Recién entonces se descargan los bultos comprados, para enviarlos a Tacna. A pesar del activo comercio que se efectúa por Cobija, Tacna no ha pedido su importancia. Hay todavía una docena de casas de consignación, de todas las nacionales, francesas, inglesas, alemanas o del país, y el tráfico internacional es tanto más frecuente cuanto que la gran distancia de Cobija a las ciudades más importantes y el precio de las mulas, sólo permiten el transporte de las mercaderías de gran valor, pasando las restantes por Tacna. (p. 949)

La ciudad, de cerca de una legua de largo, está a cuatro leguas de los últimos contrafuertes de los Andes, a siente del mar, en un valle que corre nor-este, en dirección transversal a la cordillera. Este valle, de una media legua de ancho, limitado, a derecha e izquierda, por colinas traquiticas blancuzcas, está cubierto, de los dos lados, de arenas movedizas; sólo el medio, en el espacio que pueden fertilizar las aguas del río, está ocupado por diversos cultivos, que contrastan con la aridez de los alrededores. La parte cultivada se compone de quintas bien cuidadas, donde se ve, al lado del algodonero de copos blancos, el fruto purpúreo del granado. La higuera y el olivo contrastan con el banano del follaje elegante,

no lejos de los matorrales de cañas enroscadas, la planta más útil del país o viñas enlazadas, cargadas de racimos dignos de la tierra prometida. Esas plantas sirven de setos y separan los cuadrados o manzanas de la ciudad, ellos mismo subdivididos a infinito, a fin de poder aprovechar la irrigación artificial. Cada uno de esos pequeños compartimientos está cubierto sea de suculentos melones, de sabrosas sandías y de pimientos para el alimento de los hombres, sea de alfalfa para las bestias de carga. Esa vegetación, curiosa mezcla de plantas de todos los países, ofrece no sólo contraste con los desiertos de los alrededores, sino también con las casas de la ciudad, que nada tienen de pintoresco. Imaginemos algunas anchas calles trazadas en dirección longitudinal respecto al valle, empedradas de cantos rodados, por supuesto muy toscos, y rodeadas de casas muy blancas y desiguales, de un solo piso, cubiertas de un techo muy inclinado y presentando una pared delantera en la que se abren una puerta y una ventana, y se tendrá una idea de casi todas las construcciones del país. Salvo algunas casas construidas por extranjeros y que tiene un aspecto más confortable, salvo también esas chocitas, apenas cubiertas, donde viven los mulatos de los barrios, las casas de la ciudad responden casi todas a ese feo modelo. ¿No podemos preguntarnos qué motivo ha decidido a los primeros habitantes a construir esos techos inclinados en un país donde nunca llueve, en el cual, por lo demás, así no se contribuye a defenderse del sol? (pp. 949-950)

El calor es muy intenso a mediodía, sobre todo en el momento en que desaparece esa bóveda de nubes, que se muestra por lo común hasta las diez de la mañana e intercepta hasta los rayos solares. Por la tarde, la brisa desciende de las montañas y trae de la cumbre de los Andes un aire frio, que procura una agradable sensación de frescura. Esa temperatura poco elevada trae algunas nubes durante la noche, pero que se disipan cuando el sol

adquiere fuerza. En resumen, el clima de Tacna[1] es muy sano y ocupa un término medio entre el de los países cálidos y el de los países templados. (pp. 950-951)

Los días corrientes la ciudad está casi desierta. Cada uno se queda en su casa, sobre todo las mujeres, y resulta difícil juzgar la población; sin embargo, dos días a la semana, el domingo y el jueves, uno puede hacerse una idea.

He dicho que nunca llueve en la costa del Perú; por eso las plantas solo crecen mediante la irrigación artificial. Existe, a ese efecto, una administración muy complicada, encargada de distribuir el agua en los diferentes villorrios del valle y, en particular, a los propietarios de cada uno de esos villorrios y de la ciudad, de acuerdo a la extensión del terreno que ocupan o en proporción a la contribución territorial que pagan[2]. Resulta así que días y horas fijas, el agua pertenece a determinado lugar o determinado campo. Los villorrios disponen de toda el agua durante cinco días de la semana; los otros son reservados a la ciudad. Nada más curioso que lo que sucede. A una hora determinada, la campana de la iglesia anuncia que el río, completamente seco minutos antes, recibe las aguas desviadas los otros días. Todo el mundo sale precipitadamente y va a aprovisionarse, llenando todos los recipientes de la casa; y hombres, mujeres y niños corren al arroyo, a fin de extraer el precioso líquido, tanto más apurados cuanto que correrá solo dos horas por su lecho, porque el resto de la jornada será dedicado al riego de los jardines. Pronto, con las aguas, los habitantes abandonan el río y van al campo, donde una multitud de canales conducen el agua, distribuyéndose, reloj en mano, tantos minutos a uno y tantos a otros. Cada propietario tiene uno que mide su volumen de agua, se ocupa luego de dirigir sus pequeños conductos hacia tal o cual punto,

[1] Nota original: Tacna esta alrededor de 560 metros sobre el nivel del mar.

[2] Nota original: Esa suma es a veces muy elevada, y mil o mil doscientos francos al año son por lo general la tasa que un propietario paga por una simple quinta.

de acuerdo a sus plantaciones, quejándose siempre de que sólo le alcanza para la mitad de sus necesidades.

Esa carencia de agua ha originado un trabajo inmenso. Se ha formado una sociedad para desviar, en la cumbre de la cordillera, el curso del río de Uchusuma o de Ancomarca; a fin de hacerlo descender en un valle que los Andes abren en Tacna; pero ese canal cuesta enormes sumas y sobre todo exige el empleo de gran cantidad de brazos. Esperemos que hallará en la gente perseverancia y que lo siglos futuros aprovecharan lo que los habitantes actuales hacen por el bien del país. (p. 951)

Después de asistir a algunos días de riego, después de ver a los habitantes en la iglesia el domingo, pude darme fácilmente cuenta exacta de la población de Tacna y sus alrededores. Vi algunas mujeres bastante bonitas, aunque sin llegar, empero, a ese hermoso conjunto de rasgos y formas de las de Buenos Aires. La población está muy mezclada: hay poca sangre española pura y mucha mezcla con las razas americanas y africanas. Los hombres son de pequeña estatura; las mujeres han adoptado el vestido peruano. Muchas llevan la amplia falda de lana y todos los cabellos divididos en una multitud de trencitas que caen por atrás. Se cubren la cabeza con un sombrero de fieltro blanco, traído del interior de Bolivia. Cuando se acaba de dejar a las elegantes porteñas y chilenas, impresiona el contraste que presentan sus vestidos y aliño con los de las peruanas, contraste que, hay que confesarlo, no favorece a estas últimas. Sólo se habla español en Tacna. (pp. 951-952)

Permanecí en esa ciudad quince días, durante los cuales declaré la guerra a toda la gente alada, por lo general tan tranquila en ese lugar. Explore los alrededores en sus aspectos zoológico, geológico y geográfico. Recorrí el valle para levantar un mapa, disponiéndome a partir luego al interior. Alquile cuatro mulas de carga y dos mulas de montar, a razón de

veinte pesos o cien francos; lo que, contando los dos arrieros, elevó mis gastos a ochocientos francos en un solo viaje de ocho a diez días, sin hablar de la comida. Era enorme para mis recursos; y, fijando mi partida no sabía cómo aseguraría mi regreso; pero lo mejor en estos casos es cerrar los ojos al porvenir, lo que hice, confiando por completo en la Provincia. (p. 952)

Capítulo XXV

Viaje de Tacna a La Paz, atravesando la Cordillera de los Andes – Estadía en La Paz

[margen izquierdo: 1930, 19 de mayo]

Una vez terminados mis preparativos, aguarde hasta el 19 (dos días) a mis arrieros, que llegaron recién a mediodía. Hice cargar de inmediato mis efectos, y dejándolos con mi criado, tomé la delantera. Mi dirigí hacia Pachia, donde debíamos dormir. No puedo expresar con que placer me lance a las regiones elevadas de los Andes y cuantos descubrimientos me prometía hacer en ese viaje. El campo que recorría era apropiado para mantenerme en esas condiciones favorables. Halle, a una legua de Tacna, el caserío de Pocolualle. cuyas casas, ubicadas unas sobre una prominencia estéril, y las otras a orillas del río, en un lugar bien cultivado, son sencillas como la naturaleza de los alrededores. Más lejos se extienden los caseríos de Casa Blanca y Calana en medio de una vegetación activa, aunque artificial, donde los hermosos sauces representan, por su forma elevada, a los álamos del Viejo Mundo. Después de Calana, el valle se divide en dos ramificaciones: una, que se extiende a la derecha, está desierta; mientras la otra, siempre cultivada, sigue a la izquierda. Las colinas, al principio muy bajas, se elevan poco a poco, a medida que se

avanza, y terminan por formar verdaderas montañas; pero siempre son arenosas, secas, y solo dan nacimiento a algunos cactus trepadores[3] (p. 953)

Después de dos horas de marcha, llegue a Pachia, hermoso villorrio situado en medio del valle, junto al río: se compone de una gran iglesia y de numerosas casas, dispersas en medio de campos cultivados, habitados por agricultores o arrieros. Me presenté ante el cura, que, con una franqueza muy cordial, me invito a participar de su comida, lo que acepte con placer. A la tarde, llegaron mis equipajes, y busque un albergue, siendo los hoteles o posadas cosa desconocida en toda la República de Bolivia. Me establecí con mis maletas en una sencilla cabaña de cañas, sin puerta y cubierta de paja, donde fui perfectamente acogido por sus pobres moradores, mientras que al lado un propietario muy rico me dijo, cuando le pedí que me dejara vivir en su casa: Estará usted mejor en casa del vecino. En efecto, tenía razón: él me hubiera recibido con altanería y en cambio lo fui con esa cándida hospitalidad que caracteriza, en América, a los habitantes del campo.

Por la tarde, pasee por los alrededores, respirando un aire frío y vivo. Contemple con placer el aspecto majestuoso de esa cadena abrupta que se eleva por gradas, de esas montañas negruzcas y desgarradas, coronadas del pico nevado del Tacora, perdido en las regiones de las nubes. Me lance con la imaginación más allá de esa barrera, que debía comenzar a franquear al día siguiente. Por debajo veía, al norte, la desembocadura de la torrentera de Calientes, de donde surgen las aguas que fertilizan el valle y donde hay una fuente termal[4]; al lado, en una llanura desierta, cubierta de bloques de rocas rodadas, se elevan poco a poco

[3] Nota original: Esas colinas son conocidas con los siguientes nombres: la de la izquierda como Cuesta de Caraca y la otra se llama Cuesta de la Hiesera, a causa del yeso que se halló allí.

[4] Nota original: Esa fuente, distante dos leguas de Pachia, es frecuentada por los enfermos, que, dicen, experimentan una gran mejoría.

los últimos contrafuertes de las montañas; a la derecha, finalmente, la entrada de la torrentera de Palca, por donde debía pasar para dirigirme a la cumbre de la Cordillera: era toda la extremidad del valle de Tacna, no habiendo arriba más que las rocas. Me volví hacia la entrada, para despedirme, así como de las costas del océano; luego, después de haber visto la sobra extenderse alrededor mío, me extendí en tierra hasta el día siguiente, renunciando a las comodidades de las ciudades, para volver a mis costumbres de viaje.

El sol no había aun alumbrado el valle, cuando yo ya estaba de pie. No sucedió lo mismo a mis gentes. Fui a pasearme a mi gusto largamente. Observe que junto a cada casa había montones de ramas o de espinas, que servían de refugio a una multitud de chanchillos de la India, que se los deja crecer, así como para comerlos después. (p. 954)

[margen izquierdo: 20 de mayo]

A las ocho me puse en camino. Abandoné los campos cultivados para atravesar dos leguas de una llanura sin rastro de vegetación, cubierta de bloques de rodados de pórfido y granito, y me dirigí hacia la entrada de la Quebrada de Palca. Allí se veía, en la montaña, una estrecha abertura, cuyos lados eran muy escarpados. Era el camino que debía tomarse; empero, a la salida del valle, existe una pequeña cabaña habitada por indios que venden a los viajeros chica[5], último lugar de descanso antes de entrar en los desfiladeros. Junto a esa humilde choza crecen también algunas higueras sin hojas y molles[6] de hojas plumiformes, restos mezquinos de la vegetación de las montañas. Mi tropa entró en la quebrada, donde la naturaleza está muerta y descolorida. En medio de los cantos rodados se sigue a intervalos el lecho seco del torrente, que tiene a lo sumo al ancho de una mula, entre dos murallones

[5] Nota original: Bebida hecha de maíz pisado, y fermentado.
[6] Nota original: Schinus molle.

gigantescos, dando mil rodeos, pasando de un lado a otro, de acuerdo a las posibilidades locales; la naturaleza construyó ese camino, que es empero uno de los más frecuentados del país. La primera impresión que recibe el viajero está llena de tristeza. ¡Qué contraste, en efecto, el de esas montañas secas, áridas, sin vegetación, con esos valles alegres de Suiza o de los Pirineos, que animan y coloran, de todos lados, cascadas y abetos de color verde sombrío! Aquí un camino horrible, una sequía desoladora, y ni un paisaje pintoresco. Apenas se ve, delante de uno, una extensión de algunos centenares de metros, y no siempre. (pp. 954-955)

Un viajero debe tratar de interesarse por todo, sea que la naturaleza sea generosa, sea que se muestre avara de sus bellezas. A la entrada del valle en la cima de cada colina, noté, en toda la ruta, montículos de piedras más o menos voluminosos, coronados por lo general de bosques, y cubiertos de manchas de una materia verdusca; quise saber que era. Supe, y tuve oportunidad de comprobarlo más tarde, al volverlas a ver en la parte de la República de Bolivia habitada por los indios, que eran apachetas[7]. Esos montículos existían antes de la llegada de los españoles. Eran formados por los indígenas cargados que, trepando trabajosamente las cuestas escarpadas, daban gracias al Pachacamac o dios invisible, motor de todas las cosas, por haberles dado valor para llegar a la cima, al mismo tiempo que le pedían nuevas fuerzas para continuar su camino. Se detenían, descansaban un instante, arrojaban al viento algunos pelos de sus cejas, o bien coca[8], sobre el montón de piedras, que ellos mastican, como lo más precioso que poseen, o bien todavía se limitaban si eran pobres, a coger una piedra de los alrededores y agregarla a las otras, Hoy nada ha

[7] Nota original: Véase Garcilaso de la Vega, Coment. real de los Incas, p. 38. Hoy se dice apachetas.
[8] Nota original: Hablare de la Coca y de su empleo en el país, al referirme a los lugares donde se cultiva.

cambiado; solo que el indígena no agradece más al Pachacamac, sino al Dios de los cristianos, cuyo símbolo es la cruz. ¡Curiosa mezcla de antiguos recuerdos confundidos con las creencias religiosas actuales! (pp. 955-956)

Agregaré que, esa antigua costumbre, con su ingenua sencillez, tiene algo que toca el corazón. ¿Qué más emocionante, en efecto, que ver al hombre consciente de su debilidad por el desfallecimiento de sus fuerzas, pedir y aguardar que vuelvan sus energías, al Ser Supremo, que todo lo hace reconocer como su creador de su padre?

A tres leguas de la entrada de la Quebrada, observé, a orillas del camino, muchos bloqueos de granito, coloreados exteriormente de óxido de granito, y sobre los cuales los indígenas habían esculpido figuras groseras, tal vez alegóricas. No osaría empero afirmar que sean antiguas. Esas figuras representan hombre, soles, llamas y perros. ¿Son los signos de antiguos recuerdos, o se deben simplemente al pasatiempo de algunos viajeros indígenas?

Al comienzo de la quebrada se observa una esterilidad completa. Algunos cactus en forma de candelabros[9], de un aspecto raro, representan toda la vegetación, en medio de las rocas caídas de las partes más altas de las montañas. Al principio no aparece ninguna capa; pronto pórfidos y granitos se muestran de tanto en tanto. Al acercarse al lugar conocido con el nombre de Choluncoy, un resto de humedad en el fondo del arroyo hace nacer algo de verdura y flores encantadoras[10], de vivos colores rojos y amarillos, que contrastan con la aridez de las montañas; hay también algunas cabañas indígenas. Antes de llegar a Palca, se

[9] Nota original: Cereus candelaris, Meyen. Su tallo, recto leñoso, se eleva dos a tres metros, destacando, en la copa, cinco a diez ramas en forma de candelabro, de un metro de alto y de color verde tierno, contrastando con las espinas negras del tronco. Su altitud es más o menos de dos mil metros sobre el océano.

[10] Nota original: Los Isolepis fuscata, Meyen; Bowlesia diversifolia, Meyen; Loranthus acuminatus, Ruiz y Pavón; el Lycium distichum, Meyen; el Echeveria peruviana y muchas soláneas.

asciende una cuesta elevada en línea recta de la quebrada, y de la cumbre de la cual se domina el villorrio y las plantaciones. Las montañas no son aquí tan áridas como antes. Muchas especies de cactus aparecen, así como algunas otras plantas, en los lugares recubiertos de algo de tierra vegetal; y, en el fondo de la quebrada, cien a ciento cincuenta metros de ancho, de cada lado, reciben agua de riego, y están sembrados de alfalfa, maíz y hasta de papas[11]. Un seto cubierto de arbustos de la familia de las soláneas, adornado de flores, separa esa parte de las colinas incultas y abruptas. Las altas montañas que dominan el conjunto, lo hacen bastante pintoresco. (p. 956)

Descendí a Palca[12], situada en anfiteatro a la orilla izquierda[13] de la quebrada. Ese pequeño villorrio, compuesto de una iglesia, de algunas casas esparcidas y de un Tambo[14] o casa común para los viajeros, es también un oasis en medio de las crestas desgastadas de las montañas y la última reunión de hombres en la ladera occidental de las cordilleras. Es también un lugar de descanso para las recuas de mulas que ascienden o descienden de la costa del Perú a las ciudades elevadas de ese país y de Bolivia. Puede decirse que es obligación detenerse; de Pachia hasta cumbre de la cordillera, el trayecto es demasiado

[11] Nota original: Es el primer punto ascendiendo en que se cultiva esa planta tan útil, porque siendo los valles inferiores mucho más cálidos, se convierte en el principal cultivo de todas las mesetas elevadas. La papa, hoy de tan enorme consumo en nuestra Europa, y que la emancipa de todo temor de hambre, tiene su origen en las mesetas de Bolivia y Perú; se le llama papa en los idiomas aymara y quichua, denominación que se conserva en España.

[12] Nota original: Palca, o mejor dicho Pallca, palabra aymará, significa confluencia de rio, bifurcación de valles, quebradas, caminos o hasta de ramas de árbol. Los numerosos villorrios que llevan ese nombre están ubicados en la confluencia de los ríos o torrentes.

[13] Nota original: Meyen (Annales des voyages, p. 155) dice orilla derecha. Es indispensable entenderse en esa cuestión. Ese viajero pudo decir orilla derecha empleando la acepción de los marinos, que la aplican al ascender las aguas; para mí, como para todo el mundo, orilla izquierda es la que está a mi izquierda, descendiendo los ríos; y es siempre en ese sentido que tomo la expresión.

[14] Nota original: Tambo es también una expresión quichua corrompida de Tampu. Desde la época de los Incas, se aplica a las casas construidas en los caminos sólo para los viajeros (véase Garcilaso de la Vega, Coment. real de los Incas, p. 140; Agustín de Zárate, lib. 1°, cap. 14). Se ponen en esas casas provisiones de todo género. Los españoles, después de la conquista, conservaron esas mismas casas con el nombre de Tambo, no sólo en los caminos, sino también en los villorrios y ciudades. Son hoy galpones sin ninguna comodidad, los mismos que se llaman Casas del Rey, en la ruta de Chile a Mendoza.

largo y sobre todo demasiado cansador, para que no sea necesario acostarse en el camino. Palca está a siete y ocho leguas de Pachia, y a la misma distancia del lugar donde se puede parar en la cumbre de los Andes. (p. 957)

Antes de llegar a Palca, vi, sobre la altura, muchas pirámides de tierra. Las volví a ver en gran número alrededor del villorrio. Supe pronto que eran las Chulpas[15] o tumbas de los antiguos aymaras, anteriores a la conquista; especies de obeliscos, de seis a diez metros de elevación, un tercio más altos que anchos, cuadrados y oblongos, de lados rectos, coronados de una superficie inclinada como techo. Están perfectamente orientados, presentando al este, una abertura triangular muy pequeña. Esas tumbas, construidas de tierra[16] y a veces de paja picada, parecen que fueran de piedra tallada; están cerradas en todas partes; cuando no han sido profanadas, su interior contiene varios cadáveres sentados en círculo, con los vasos y utensilios característicos del sexo de los difuntos. Pude más tarde ver mucho en la provincia de Carangas y al cavarlos, observé todas sus partes. En cuanto a los de Palca, eran todavía respetados por los indígenas actuales, que son duda no habrían permitido que se los tocara. Hasta entonces, en mis viajes, no había hallado ningún rastro de antigüedad; nada que remontara más allá de la época actual; por eso experimente una verdadera sensación de felicidad, al hallar, el mismo día, las Apachetas, las piedras esculpidas y las Chulpas; eran por lo menos monumentos históricos, indicios seguros de

[15] Nota original: Chulpa, o mejor dicho Chullpa, quiere decir tumba, en la legua aymará y ese nombre está consagrado en toda Bolivia. Cuando un viajero no habla la lengua del país que recorre, cae necesariamente en una serie de errores sobre las cosas y sus usos. He hallado muchos ejemplos en el relato de Meyen (loc. cit., p. 156). Ese viajero, por lo demás muy exacto, y cuyos interesantes trabajos aprecio mucho, no habría dicho, sin duda, de haber hablado español, que los habitantes las llaman Casas del Rey; sino que habría sabido de inmediato que eran tumbas; y se hubiera evitado el trabajo de remontarse a las conquistas del Inca Yupanqui, para hacer de ellas obeliscos, monumentos del conquistador. También por error Meyen dice que en Palca hay indios esclavos comprados en la cordillera. Se lo ha engañado, sin duda, porque nunca un indio de las mesetas venden a sus hijos.

[16] Nota original: No son piedra, como creyó Meyen. He comprobado positivamente que se trata de tierra seca. Su conservación se explica en una tierra donde no llueve.

que el hombre algo civilizado existió en ese suelo; era el primer punto de la tierra clásica del Perú, del antiguo dominio de los Incas. La ubicación de las Chulpas es a veces muy pintoresca. Los antiguos indígenas reverenciaban al sol como la imagen visible del dios Pachacamac. Creían al colocar a sus parientes muertos en la dirección más conveniente, exponiéndolos en las puntas de rocas[17] que recibían, en el valle, los rayos del astro fecundador para que entrando en la otra vida pudieran de inmediato contemplar el sol. (pp. 957-958)

Pasé el resto de la jornada recogiendo plantas y cazando en los alrededores. Tuve la suerte de hallar muchas especies nuevas de pájaros[18], entre otras una cotorrita muy pequeña, del taño de nuestros gorriones, de un hermoso color verde, con la cabeza gris y una larga cola; los pájaros-moscas gigantes son también muy comunes. Por la tarde sentí un frio bastante intenso, lo que no me impidió acostarme en tierra a pleno aire. Acunado por mil pensamientos diversos, me dormí con el ruido monótono del arroyo. (p. 958)

[Margen izquierdo: 21 de mayo]

Al día siguiente, después de explorar de nuevo la vecindad, me puse otra vez en camino. Seguí, durante dos o tres leguas, las orillas más pintorescas de la Quebrada, cubierta, en el fondo de espesos matorrales, de flores diversas[19]; en la parte cultivada, aquí y allí, había pequeñas cabañas; y, sobre las alturas, Chulpas diversamente colocadas. Después de los desiertos de la víspera, hallé esa quebrada de lo más agradable. Al placer de ver el paisaje se unía el de hallar, por primera vez, esas pequeñas chozas redondas[20], construidas de tierra

[17] Nota original: Véase la plancha N° 8, derecha.
[18] Nota original: Arara aymara, d'Orb.
[19] Nota original: El Cactus peruvianus, Mutisia hirsuta, según Meyen.
[20] Nota original: Plancha N° 8, a izquierda.

hasta una altura de uno a dos metros, luego recubiertas de ramas cruzadas y con una sola abertura baja y estrecha; chozas en un todo semejantes a lo que eran en la época de la conquista. Al ruido del arroyo se mezclaba el silbido de algunos indígenas que guardaban sus majadas en la cumbre de las colinas vecinas. Además, hallé numerosas tropillas de llamas descendiendo de la montaña, conducidas por indios ocupados en hilar o tejer la lana. Esas bestias de carga son tan apacibles y dulces como sus conductores; reunidas en tropillas de quince a veinte, compuestas sólo de machos, llevan de sesenta a setenta y cinco libras sea de carne seca, sea de papas o de chuño[21]. Hacen así de cuatro a cinco por día, marchando muy lentamente, sin nunca separarse del camino; van casi siempre precedidas de un niño o de una mujer y seguidas de un indio, que lleva sobre sus espaldas, con sus provisiones, consistentes en maíz tostado y coca, un paquete de lana que hila mientras camina. La pequeña caravana desciende así con pausa, evitando, en la medida de lo posible, los caminos trazados, temiendo ser asaltada por los arrieros o hasta por los viajeros, que no tienen el menor escrúpulo en robarle una parte de lo que transporta; por eso los pobres indios los saludan con una humildad extrema. Las llamas marcha al principio bastante bien; pero cuando una de ellas comienza a fatigarse, se la oye quejarse con tristes lamentos, y si su guía no se apresura a descargarla se acuesta pronto y nada consigue hacerla andar de nuevo; entonces el conductor, siempre con la mayor dulzura, aligera a sus bestias, cualquiera sea el lugar donde se halle, y las deja pacer en libertad. No menos sobrias que sus amos, se contentan con poco y viven hasta en medio de las rocas más abruptas, donde otros animales morirían de hambre. Me agrada verlas andar con la cabeza alta, el aire

[21] Nota original: Se llaman chuño, en aymara, a las papas que se dejan helar en las mesetas se las hace secar y que se conservan entonces años, Es un alimento muy apreciado por los habitantes de las regiones elevadas, pero que no me agrada mucho.

sumiso, levantando las orejas en señal de asombro al acercarnos nosotros, o si nos acercamos demasiado, las bajan en señal de miedo y escupen, cuando se las atormenta algo, lo que constituye su única defensa. (pp. 958-959)

Llegué al punto de la quebrada de Palca con otra quebrada sin agua, confluencia que ha hecho dar el nombre de Palca al villorrio donde dormí. Allí abandoné la vegetación con humedad y me alejé, no sin lamentarlo, de ese brazo, que desciende de la cordillera, para entrar en la quebrada desprovista de vegetación o no presentando más, sobre pórfidos o si sienitas desnudas, que algunos cactus, unos grandes, otros muy pequeños, cubiertos de un velo blanco. Las plantas estaban secas. Apenas hallé algunas crucíferas de flores blancas; por lo demás, la vegetación que veía, a medida que me elevaba, cambió dos o tres veces, desde mi entrada en la quebrada, siendo entonces completamente distinta de la de la quebrada de Palca. El sendero, apenas trazado, presenta pendientes más abruptas. Se asciende por él con trabajo, en medio de terrenos de lo más difíciles. Experimenté un fuerte calor en la quebrada, pero pronto comencé a ascender la cuesta de Cachun y sentí en su cumbre, al mismo tiempo que los primeros efectos de la rarefacción del aire, un frio muy penetrante, a causa de la elevación. Allí, de un lado, veía esa multitud de crestas desprendidas, que bajaban poco a poco hacia la cuesta, presentando el aspecto de un mar agitado; y, a más de mil metros debajo de mío, una zona de nubes me ocultaba, sin duda, el océano; del otro lado, tenía enfrente, una segunda montaña, más elevada que aquella donde estaba, y a mis pies, un vallecito muy estrecho, tapizado de ese césped verde y corto como terciopelo, que caracteriza las altas regiones de todos los valles del mundo. Descendí y vi en las hendiduras de las rocas los primeros hielos respetados por el sol; me asombraron tanto más cuanto que estaba muy lejos del nivel de las nieves y con una temperatura

bastante elevada[22]. La pendiente se hizo todavía más rápida. Serpenteamos en medio de rocas puntiagudas, encima de terribles precipicios, teniendo delante nuestra una muralla que franquear. Sentía, cada vez más, los vivos efectos de la rarefacción del aire, un dolor de cabeza muy violento y gran dificultad en la respiración; mis arrieros, mis bestias y hasta mi perro, mi fiel Cachirulo, se veían obligados a detenerse cada veinte a treinta metros, para respirar atormentado como yo por el soroche[23], que no me impedía, empero, dedicarme a la historia natural. Después de muchas fatigas, llegamos a la cima de la última cuesta; me halle finalmente en la cresta de la cordillera. (pp. 959-960)

Ninguna expresión podría concretar las sensaciones que experimentaba cuando, desembocando, me vi de golpe frente a Tacora, coronada con sus nieves perpetuas; a Tacora, ubicado en medio de una vasta llanura, así como muchos otros picos cónicos, cuyas cumbres gigantescas, igualmente blancas, se dibujan en un campo de lo más extenso, de un aspecto grisáceo. Ese cambio de decoración de toda la naturaleza produjo en mí tal efecto, que quedé como en éxtasis, sin distinguir nada, impresionado sólo al principio por la inmensidad del cuadro y su aspecto severo, y dominado por un movimiento de respeto hacia la mano poderosa que lo trazo. Descendí de mi mula para admirarlo mejor; y quise, como los pobres indígenas, arrojar mi piedra al monumento de los siglos, sobre una enorme apacheta[24] coronada de una cruz, que había en la cresta; modesto altar, testigo mudo de las

[22] Nota original: Debe atribuirse ese hecho a causas idénticas a las que el señor de Saussure ha observado (Voyage dans les Alpes, p. 1406).

[23] Nota original: Cada vez que se experimenta esa enfermedad debida a la rarefacción del aire, los habitantes dicen que tienen el soroché. Desconocen la verdadera causa, la gran elevación por encima del nivel del mar, para atribuirlo a las emanaciones minerales del antimonio, llamadas, en español, soroche. Ese mismo sufrimiento, esa misma dificultad de respirar en las regiones muy elevadas de la cordillera, recibe el nombre de Puna Brava. Algunos viajeros aplican a las cordilleras peruanas la palabra páramo, desusada, seca y sin árboles.

[24] Nota original: El ascenso exige por lo menos dos días desde el mar, y se concibe así el placer con que el indígena llega; puesto que ese montículo tiene más de veinte pies de altura.

fatigas y de la gratitud religiosa de muchos millares de hombres. Frente a mí, tal vez a una o dos leguas de distancia se elevaba el Tacora, formado de dos picos algo separados. Esa masa, que me parecía tan cercana que casi con la mano podía tocarla, me mostraba sus anfractuosidades, sus nieves perpetuas, sus diferentes zonas de vegetación, al descender el valle. Tenía a la izquierda una inmensa planicie, bordeada de picos cónicos formando una cadena dirigida hacia el norte; a la derecha, la misma planicie; y, en lontananza, otros picos menos elevados; todo bajo un cielo sin nubes y de una admirable pureza. (pp. 960-961)

La vegetación de esa región, más elevada que el paso de Gualillas, en consecuencia, de más 4.500 metros arriba del océano y 300 solo por debajo del Monte Blanco, es muy peculiar y me pareció completamente distinta de la que había visto hasta entonces. No hay árboles, ni siquiera arbustos; no se ven, con algunas gramíneas, más que plantas que viven en familia y de un aspecto de lo más original. Ninguna se eleva; todas crecen sobre las rocas, formando una masa compacta, redondeada, a menudo de algunos metros de diámetro, de un hermoso color verde, pero cuyas ramas están a tal punto apretadas que sólo el hacha puede abrir claros. Cada masa representa una sola planta, provista de una sola raíz, y que, durante muchos siglos, no ha podido adquirir más de un medio metro de altura[25]. Esos troncos se emplean como combustibles cuando están secos. (p. 961)

Mientras buscaba plantas, observe gran número de pequeños montículos, formados de cuatro o cinco piedras colocadas de canto unas junto a otras. Supuse que debían tener una finalidad supersticiosa. No me equivoque, como me di cuenta más tarde, al hallar en todas partes esas mismas piedras de canto y como en equilibrio. Uno estaría lejos de creer que la

[25] Nota original: Meyen vincula esas plantas al Selinum acaule, a las diversas Fragosa y a la Verbena mínima, Meyen.

paz de un hogar dependa de esas piedras misteriosas, que sólo el viento puede voltear, lo que sin embargo es verídico para los indios aymaras. El indígena que parte de viaje, a menudo obligado (puesto que todos están expuestos a ser enviados como correos) y que abandona su mujer durante algunos días, coloca, al irse, algunos de esos montículos de piedra al borde los caminos que recorre. Si, a su regreso, los halla todavía parados, se siente el más feliz de los hombres; su mujer piensa en él y no le fue infiel. Si por desdicha, al contrario, esos montoncitos de piedra han caído su pobre compañera recibe vivos reproches; es una prueba de que traiciono sus deberes. El viajero aymara respeta siempre esos signos, en los que cree; pero los arrieros y viajeros, sea por descuido, sea por malicia, se divierten en destruirlos, y son así causa de desavenencias y altercados domésticos. Desde que me enteré del riguroso significado, me abstuve de tocarlas e impedí, en la medida de lo posible, a las personas que me acompañaban, deshacerlas. ¡De que poca cosa depende la reputación y bienestar de una pobre mujer! (pp. 961-962)

Descendí a la llanura, por donde corre un arroyo conocido con el nombre del Río de Azufre: desciende de la ladera occidental del Tacora, sigue el valle del sur al suroeste, pasa al oeste de la cadena y se dirige hacia el valle de Lluta y hacia el océano. Ese arroyo está a tal punto saturado de sulfato de hierro y aluminio, que las bestias de carga, que, engañadas por su aspecto límpido, beben su agua, mueren poco tiempo después, presas de terribles calambres. Los esqueletos de muchas de ellas yacen en tierra, revelando la verdad del hecho. Los bordes del arroyo están cubiertos eflorescencias aluminosas amarillentas, que los habitantes toman por azufre. Puede ser que su nombre provenga de su fuente, donde hay, en los flancos del Tacora, mucho azufre nativo, lo que podría hacer pensar que esa montaña, cubierta de viene desde los tiempos históricos, fue antes un volcán. Durante más

de una legua seguía las orillas de arroyo, en una llanura cubierta de cantos rodados y de una vegetación fuera de común. La abandoné luego para dar vuelta alrededor del Tacora; después, finalmente, me detuve junto a otro curso de agua, en medio de una meseta cubierta de eflorescencias salinas, en el espacio que separa el Tacora del Niyuta, en el paso de Gualillas, a una altura de cuatro mil quinientos veinte metros[26] sobre el nivel del océano. (p. 962)

Desde mi llegada a la cima de la cordillera, sufría al último extremo de la rarefacción del aire. Sentía dolores atroces en los tímpanos; tenía un malestar al corazón semejante al que produce el mareo en el mar; respiraba con dificultad. Al menor movimiento, experimentaba palpitaciones de lo más fuertes y un malestar general, junto a una debilidad que todos mis esfuerzos no lograban superar. Tuve una prueba muy evidente de lo que produce el hábito. Mientras sufría así, veía a dos indígenas, enviados como correos[27], trepar ágilmente a pie con facilidad, para acortar su camino, puntos incomparablemente más elevados de aquellos donde yo estaba, y en los cuales, pastores, ligeros como las cabras de los Pirineos, se ocupan en medio de los valles húmedos a las nieves perpetuas, de vigilar sus rebaños de llamas. Están, empero, a una elevación igual a la del Monte Blanco. Por la tarde tuve una fuerte hemorragia nasal, que me alivió algo; sin embargo, pasé una noche tanto más mala

[26] Nota original: Annuaire du bureau des longitudes, 1834, p. 151.

[27] Nota original: Los indígenas están exentos, en Bolivia, del servicio militar; pagan solamente una contribución personal proporcionada, por lo general, al valor de sus tropillas, y esa contribución se eleva, a veces, a algunos centenares de francos. Los indios privados de recursos y que no pueden pagar la tasa, son obligados a prestar un servicio personas. Se los emplea en él envió de despachos a todas direcciones, llenando la función de correos regulares. Cada quincena, dos indígenas parten, a ese efecto, de La Paz a Tacna. La distancia de una ciudad a la otra es de alrededor de ochenta y cuatro leguas, lo que hace ciento sesenta y ocho leguas de ida y vuelta. Se me ha asegurado que esos correos hacen el trayecto a pie en diez días a lo sumo, marchando noche y día. Cortan a través de las montañas, a fin de acortar camino; pero entonces tienen que luchar, al pasar la cordillera, contra las asperezas naturales de un suelo que no puede ser más accidentado y cubierto de precipicios.

cuanto que no tenía abrigo y estaba expuesto a un frío vivo y penetrante, que helaba el agua de todos los alrededores. (pp. 962-963)

Acampe en una vasta llanura entre el Tacora al oeste y el Niyuta a este. Tenía al sur el villorio del Tacora, uno de los más elevados del mundo, puesto que está a 4.344[28] metros arriba del océano. Veía debajo de mí, a una legua de distancia, su humilde capilla, y sus diez o doce casas de indígenas, ocupados solamente de pastar las llamas, tan pacificas como las regiones heladas que los rodean. Vi las primeras tropillas de vicuñas que, de diez a doce, pacían junto a nuestras mulas sin parecer asustadas. Quise tirarles, pero no me dejaron acercarme a menos de doscientos a trescientos metros, y no pude matar ninguna. Su forma es muy elevada, su cuello largo, su cabeza pequeña; sus patas son delgadas; su color es amarillo-moreno con la garganta blanca. Esos animales, antes tan numerosos, hoy han disminuido mucho y terminaran por desaparecer del todo. Nada puede ocultarlos en medio de esas vastas mesetas. Desde que el comercio puso precio a su hermosa piel, se hace una caza regular en el despoblado de las mesetas de las cordilleras, en el espacio comprendido entre las provincias argentinas y el Perú; pero los especuladores, menos previsores que los antiguos Incas, no se contentan con esquilarlas para tener su lana, las matan y las despedazan, vendiendo su piel con su parte interior. En el tiempo de los Incas[29], cada cuatro años una cacería reglamentada se realizaba en cada cantón, y su territorio, dividido en cuatro partes, era teatro de una hermosa batida todos los años. Esa caza, llamada Chacu[30], se hacía por todos los hombres de una provincia, siempre reunidos en varios millares.

[28] Nota original: Annuaire du bureau de longitudes, 1834, pág. 152.
[29] Nota original: Zárate, Histoire de la conquete du Perou. Véase también Garcilaso de la Vega, Comentarios reales de los Incas, p. 179.
[30] Nota original: Es esa palabra, que quiere decir cerco, circulo, que dio origen a la palabra española Chaco, designando un lugar cultivado y cercado; y el nombre del Gran Chaco, comprendido entre Corrientes y Tucumán.

Marchaban en fila en una dirección dada, abarcando una inmensa superficie de la llanura y de la montaña, arriaban la caza delante de ellos, luego formaban un vasto cerco, que cerraban cada vez más, a fin de concentrar todo lo que hallaban; mataban después a los animales dañinos, el excedente de machos apropiados para la producción de los ciervos, los guanacos y las vicuñas; luego esquilaban a las hembras de esta última especie y les devolvían la libertad. Se repartían las bestias matadas y la lana entre los plebeyos. Los incas y su familia se reservaban, como hijos del sol, toda la lana de vicuñas destina a la confección de los vestidos; y, en cada provincia, se conservaba, por medio de los quipos, la cuenta de esos animales salvajes, por sexos y por especies, a fin de conocer los recursos del Estado. A la llegada de los españoles, los cazadores hallaron mucho que hacer; y, en poco tiempo, mataron tantos que hoy casi no hay ciervos. No se encuentran actualmente guancos más que en algunos lugares de los Andes orientales, y las vicuñas son bastante raras. A imitación de los Incas, los españoles, y actualmente los especuladores, hicieron y hacen una cacería más fácil, en la que emplean muchos indígenas. Trazan un vasto circulo con pequeños postes fijados en tierra de tanto en tanto y a los cuales atan, a medio metro sobre el suelo, un hilo de lana, de manera de formar un cerco, cuya entrada presenta un vasto embudo formado de hilos. Muchos indios persiguen a las vicuñas en dirección de la embocadura, luego las obligan a entrar presionando tras ellas. Los pobres animales son tan tímidos que no franquean esa débil barrera, y se dejan matar antes de tratar de romper el hilo o saltar por encima; pero si, entre las vicuñas, hay un guanaco, este, más hábil, rompe la barrera, y las vicuñas lo siguen en seguida; por eso hay que tener el mayor cuidado en matar en tiros de fusil o cazar los guanacos, cuya presencia destruirá la esperanza del cazador. (pp. 963-964)

El frio extremo de las mañanas, en que la helada se complicaba para mí con el sufrimiento que experimentaba a causa de rarefacción del aire, me obligaba a levantarme temprano. Por lo demás, no podía dejar de contemplar esa imponente meseta donde me hallaba, aunque todo estuviera helado alrededor nuestro. El hielo del arroyo era tan espeso que podía caminarse encima sin romperlo; y esto (¿podrá creerse?) dentro de los trópicos, en la zona tórrida.

En ese país los hombres son tan sobrios como los animales y el almuerzo de mis arrieros me lo demostró. Mientras sus mulas pacían, en el campo, la hierba seca tan rara, poco susceptible de darles fuerzas para continuar llevando sus pesadas cargas, ellos sacaban de una bolsa granos de maíz tostado y compartían ese alimento con su perro, reducido también él a ese pobre alimento; bebían después un poco de agua helada para terminar esa frugal comida, disponiéndose a marchar de nuevo toda la jornada; pero les di una parte de mis provisiones más substanciales, consistentes en carne salda, recibieron con placer. Siempre me ha asombrado que los americanos, a pesar de su sobriedad, puedan soportar las fatigas. Todos los viajeros han observado igualmente que uno de nuestros campesinos o de nuestros obreros consume por lo menos el doble de alimentos que un indígena o hasta de los hombres de trabajo de esas comarcas. (p. 964)

[Margen izquierdo: 22 de mayo]

Remonté el arroyo, las mulas marchaban penosamente en medio de un campo cubierto de grandes cantos rodados porfiricos, o atravesaban, de tanto en tanto, partes revestidas de une espesa capa de florescencias salinas y de composición turbosa; esas partes más pantanosas son los afluentes del arroyo y descienden de las pendientes del Tacora. Ascendí así, poco a

poco, una colina que une la cadena del Tacora a la Niyuta; me detuve a recoger plantas[31] y nuestras de asperón silícico. Un aspecto interesante apreció entonces delante de mí. A la izquierda, las cadenas del Tacora y del Ancomarca, pobladas de llamas y de pastores, en los valles vecino de las nieves; al norte, las llanuras hasta perderse de vista; y a la derecha, una ancha depresión sin salida, cargada de florescencias salinas blancuzca, parecidas a la nieve, y en medio de las cuales está el lago de Aracoyo, de media legua de ancho, más o menos. Vi con placer, en sus apacibles orillas, muchos pájaros acuáticos, con las bandadas de una hermosa especie de pato, casi tan grande como nuestros cisnes, teniendo igualmente un color blanco y las alas negruzcas, Descendí en esa depresión, pasé tres brazos de afluentes del lago, turboso y cubierto de eflorescencias, como los del arroyo del otro lado, ascendí un poco y descendí luego hacia el río de Uchusuma o de Ancomarca. Este río, de alrededor de quince metros de ancho, es muy rápido, muy poco profundo y puede ser atravesado a vado en todo tiempo; allí se quiere torcer su curso para llevar sus aguas al valle de Tacna[32]. A ese efecto, han cavado un canal en la pendiente de la montaña. Pasé todavía otro río más pequeño, afluente del mismo, y me detuve en un vallecito rodeado de colinas traquíticas escarpadas, y junto a un laguito repleto de agua límpida. (pp. 964-965)

Ese alto era tanto más favorable cuanto que de él se eleva, por la tarde, un viento del suroeste terrible y tan violento, que apenas uno puede mantenerse a caballo. (p. 965)

[31] Nota original: Meyen cita los Baccharis entre otros una especie vecina del B. humifusa, Kunth; Lecidea bullata, Parmelia perforata, Parmelia perforata, Parmelia conspersa, Ach.; Chamacalamus spectabilis, Ambrosia tacorensis, Meyen, etc.

[32] Nota original: En esto también Meyen fue mal informado. El rio no se dirige al suroeste y no se arroja por la ladera occidental de la cordillera, junto a Tacna. Va, al contrario, por la ladera oriental, a reunirse con el río Maure.

> Me acerque al cerro de Chipicani[33], el punto más elevado de la cadena de Ancomarca, y podía hallarme, por lo menos juzgando aproximadamente, a una distancia de legua y media. Es una cima cortada, cónica, de cuya pendiente el lado oriental está cavado, cortado casi perpendicularmente en los bordes, y presenta rocas rojizas al desnudo, debajo de las nubes, contrastando con la raquítica vegetación que se levanta sobre las laderas. Aunque sufría por la rarefacción del aire, pasé la tarde preparando los animales muertos en dos días y haciendo por los alrededores una excursión geológica. Vi por primera vez, en las colinas traquiticas, las vizcachas, especie de mamíferos vecinas de las marmotas, pero con largar orejas y larga cola, viviendo en los agujeros de las rocas y trepando con una agilidad extraordinaria, hasta por los lugares más escarpados. Mate, en esa exploración, un pájaro, que sólo vive en las rocas y dos hermosas especies de roedores, que practican sus galerías subterráneas en las llanuras húmedas. Las rocas de los alrededores están llenas de pequeños cristales de cuarzo; esas rocas se descomponen y dejan los cristales en tan gran número sobre el suelo que brillan al sol y presentan un aspecto original. (pp. 965-966) (**Fuente:** D'Orbigny, A. (1945)).

4.1.7. Franz J. F. Meyen (1831)

Breve biografía:

Viajó por Sudamérica entre 1830 y 1832 en una expedición científica para estudiar botánica, zoología y geografía. Su presencia en el sur del Perú formó parte de su itinerario de investigación naturalista alrededor del continente.

[33] Nota original: L'Annuaire du bureau des longitudes, 1834, p. 150, le da, según Pentland, creo, 5.760 metros arriba del océano, o 950 metros arriba del Monte Blanco.

Descripción:

Ya en la tarde del 28 de marzo salimos del puerto, y en compañía del capitán Wendt emprendí el viaje a Tacna, desde donde queríamos determinar nuestro futuro viaje. El camino de Arica a Tacna tiene una longitud de 7 a 8 leguas, cercano a la playa. A una distancia de media legua a una legua de la orilla del mar, se extiende una cadena de colinas de arena y grava, que se elevan hasta una altura de 2.300 pies. En ninguna parte de esta pampa, desde Arica hasta Tacna, algunas rocas quedan expuestas; por todas partes está cubierto de gravilla (arena con grava). Aquí y allá la arena se ha endurecido formando una costra, probablemente a causa de la arcilla que contiene, y allí el camino es mejor que en la carretera más bonita. No se puede imaginar nada más triste que el viaje de Arica a Tacna: no se veía en él nada vivo, ni una sola planta, ni un insecto, ni un pájaro. A pocas leguas del valle del río de Arica hay una quebrada por donde corre algo de agua; se llama valle de Lluta, y sólo en él aparecen algunas plantas. Un Eupatorium arbustivo ostentaba sus racimos de flores rojas, y a su lado se alzaban el Ricinus communis y la Argemone chilensis. Más adelante, desde la distancia, se ven dos palmeras cerca de la orilla del mar; ellas solas recuerdan al viajero que está en los trópicos, pero de todos los escarabajos coloridos, las grandes mariposas, los colibríes y las flores brillantes que pensamos que pertenecen sólo a estas regiones, nada había aparecido todavía. El calor en esta pampa no es tan grande como se podría pensar, a causa del fuerte viento marino, y sin embargo los habitantes de los alrededores temen transitar por ella durante el día, y suelen preferir la noche. Los esqueletos de las mulas caídas, aún cubiertos con su piel reseca como pergamino, son los únicos objetos que proporcionan material de conversación a lo largo de

este camino; son los monumentos de los siglos de la historia moderna de este país. (pp. 436-437)

El camino es tan monótono que incluso los nativos a menudo se pierden y terminan en las montañas. Hace poco, un comerciante alemán, en compañía de un arriero ariqueño, tuvo una experiencia similar. Llegó a las cordilleras que se extienden al sur de Tacna hasta la alta Cordillera, y vagó durante dos días sin comida ni agua; finalmente, atormentado por una sed extrema, se abrió una vena en el brazo con los dientes y sació su sed con su propia sangre. (p. 437)

El valle del pequeño río de Tacna es muy ancho, a menudo de media legua o incluso más. Aquí la vista se posa con placer en los árboles individuales y en la vegetación arbustiva, ya que todo alrededor está muerto y no se puede ver nada más que arena y paredes de roca desnuda. La ciudad de Tacna es extensa, probablemente de una legua de largo, y una bonita ciudad provincial para el Perú, aunque a menudo tiene el aspecto de un montón de ruinas de alguna antigua ciudad inca. Sus edificios están construidos con piedras porosas, difusoras de aire, como los de Copiapó; pero hay calles largas y rectas en las que hay piedras grandes y pequeñas que sirven de pilastras, de modo que incluso de día se puede caminar por ellas con gran dificultad. Las casas son muy pequeñas, de una sola planta, con techos puntiagudos, y en el centro de la ciudad están todas pintadas de blanco, lo que da a las calles un aspecto increíblemente monótono y muerto. Aquí rara vez hay patio, como en las casas de otras ciudades de estos países, sino que normalmente el salón da directamente a la calle, y el transeúnte ve las camas a través de la puerta, sobre las cuales las mujeres yacen durante todo el día. A veces las habitaciones de estas casas sólo están cubiertas con ropa de cama. Los techos tejidos con juncos son extremadamente decorativos en las casas

de los ricos; también forman el techo de la habitación. En algunas casas donde se vendía pan y fruta, vimos cerdos y otros animales deambulando. (pp. 437-438)

Las damas de Tacna son generalmente muy feas; sólo unas pocas de aquellas famosas bellezas peruanas fueron vistas y entonces fueron consideradas como seres extraños, incluso por los habitantes de la ciudad. Llevan grandes sombreros hechos de paja, o más a menudo de lana de vicuña, que se importan de Atacama y cuestan entre 10 y 15 piastras. Su cabello cuelga hacia adelante en innumerables rizos, mientras que la trenza está dividida en 20 a 30 trenzas, una tarea que les lleva casi la mitad del día. Ya en Arica se ve el cabello largo, medio rizado, descendiente de los negros, colgando en rizos; pero han trenzado la trenza en la parte superior y han dejado que los extremos cuelguen libremente; un disfraz muy extraño y de mal gusto. En ningún lugar es más común montar a caballo que aquí: todos van a caballo, los pobres en burros; incluso las damas, cuando tienen visitas u otros pequeños asuntos que atender en la ciudad, aprovechan este tipo de comodidad. (p. 438)

Tacna es uno de los lugares de Sudamérica donde el costo de vida es más alto; se trata de un pueblo de 10.000 habitantes (9.000 según un censo de hace dos años), que sufre una grave escasez tanto de agua como de leña. A 8 leguas del puerto y a 6 o 7 días de viaje desde La Paz, realiza el comercio de tránsito con Bolivia, que es muy rentable. Los pueblos populosos de la meseta de Chuquito están mejor servidos desde Arequipa que desde Tacna, pues el paso por los Altos de Toledo es menos arduo que el de los Páramos de Tacora. Allí también vimos, con alegre asombro, las primeras manadas de llamas, que trajeron para la venta los artículos de lana gruesa fabricados por los indios de las tierras altas; pero no bajan más a la costa, porque el calor abrasador del sol en las pampas les resulta muy perjudicial. Desde aquí hasta Arica el transporte se realiza en burros y mulas. El pequeño arroyo,

llamado río de Tacna, sobre el cual se ubica la ciudad de Tacna, tiene tan poca agua que ni siquiera puede abastecer de forma constante a la zona circundante. En el momento de nuestra presencia en Tacna, la ciudad recibía agua del río sólo dos veces por semana; los días restantes lo utilizaban las dos poblaciones situadas 2 y 3 leguas arriba de Tacna. Se han excavado pequeños canales en el valle para dirigir el agua del río hacia las calles y las distintas propiedades de los alrededores. El coste de mantener el orden en este sistema de riego artificial es tan elevado que el agua debe comprarse a un precio alto. El señor Bolten, dueño de una chacra en cuya casa nos alojamos en Tacna, pagaba 6 piastras cada vez, por lo cual le abastecían de agua durante 3 o 4 horas para regar sus huertas y para uso doméstico; el agua le costaba entonces más de 300 piastras al año. La gran animación en las calles de la ciudad es sorprendente los días de agua, porque el resto del tiempo reina un verdadero silencio. (pp. 438-439)

A pesar de la falta de agua, en este país todavía crecen las granadas más hermosas, y las aceitunas, las uvas, los melones y las sandías rara vez son tan deliciosos como en este lugar. Aquí los jardines están dispuestos en todas partes al estilo de los arrozales, de modo que el agua puede dirigirse entre los macizos. En estos jardines no se ve nada más que alfalfa, melones, sandías, granadas, aceitunas, plátanos y algodón. También existen grandes plantaciones de Arundo donax, que juega un papel importante en la economía de los habitantes de esta zona. La escasez de leña es extremadamente grave; se importa mayoritariamente de Arica. Una carga (es decir, una carga de burro), que en Arica se paga con un real y medio, en Tacna cuesta una piastra debido al transporte. Esta deficiencia difícilmente se podría remediar tan pronto, pero la falta de agua podría ser resuelta con la

construcción de pozos artesianos, que probablemente sólo se perforarían a una profundidad muy superficial, ya que aquí hay agua en las profundidades casi en todas partes. (p. 439)

El clima en Tacna es bastante agradable y más saludable que en Arica, donde la Febris tertiana es tan común. Aquí ya hace mucho calor por la mañana temprano, pero durante el día el calor aumenta sólo ligeramente, lo que probablemente se debe a la influencia refrescante de la cercana cordillera. El 30 de marzo, al final de la temporada cálida, medimos con el psicrómetro:

> A las 11:00 a.m. 19° R. cálido y 14.4° R. frío húmedo,
>
> A las 11:30 a.m. 20° R. y 14.8° R.
>
> A las 12:00 a.m. 20,8° R. y 15,2° R. (pp. 439-440)

Solo por la tarde, entre las tres y las cinco, se levanta un viento fresco que arrastra las capas de aire frío de los neveros de la Cordillera y nos vuelve muy sensibles. Crea niebla y nubes que cubren todo el cielo y solo se disipan por la noche. Mucho después del atardecer, cuando el viento ha amainado, el frescor ya no es tan perceptible como por la tarde. Si el cielo permanece nublado durante toda la noche, hará mucho calor temprano a la mañana siguiente. Debemos lamentar profundamente que se haya perdido una larga serie de observaciones con termómetros que habíamos realizado allí. La altura de Tacna, según la medición del señor Pentland, es de 1.795 pies ingleses sobre el nivel del mar.

Con el tiempo, Tacna creció a expensas de Arica; los habitantes de esta última ciudad la abandonaron y huyeron hacia tierras más altas a causa del mayor calor y de la fiebre reinante. Así, Arica se ha hundido en una miserable ciudad portuaria, donde hasta los comerciantes de Tacna tienen sus comisionistas y sus almacenes temporales de mercancías.

Tan pronto como un barco ancla en Arica y tiene mercancías a bordo para ese puerto, las cajas de muestras de las mercancías a vender son inmediatamente llevadas a tierra y enviadas a Tacna. El comisionista allí —y esto incluye a casi todos los comerciantes extranjeros— ofrece las mercancías del barco de acuerdo con las muestras que se le presentan, y luego hace descargar en Arica los productos comprados, o cualquier otra cosa que crea que puede vender. Los artículos de exportación de Tacna y Arica consisten en metales preciosos en forma de dinero remitido, algo de cobre y corteza de quina. (p. 440)

Tacna, con una población de unos 10.000 habitantes, es una verdadera ciudad comercial, y en vano se buscarían allí artes y ciencias. Un médico italiano, desterrado de Chile por sus opiniones políticas, se hizo muy famoso en aquella época por sus tratamientos con magnetismo animal. Quizás este curioso método de curación nunca haya encontrado un terreno más fértil que entre las mujeres de este país. Con una gama muy limitada de ideas y una tendencia natural a creer en lo milagroso, se apoderan con su viva imaginación y su irritable sistema nervioso de todo lo que es nuevo para ellas, de lo que les proporciona entretenimiento y de lo que las hace parecer más amables y admirables a los ojos de quienes las rodean. Aquí todo el mundo hablaba de estas curas milagrosas, quizá incluso con más viveza que hacía unos doce años; pero este método de curación seguramente será olvidado allí aún más rápidamente que en otros lugares. (pp. 440-441)

Entre las curiosidades que vimos en Tacna estaban los ejemplares de cobre nativo, en cuya superficie aparece ocasionalmente cristalizado en cubos perfectos. El señor Bolten estaba en posesión de estos especímenes, pero no los entregaría a ningún precio. Este cobre nativo se encuentra en cantidades notables en la Cordillera de Bolivia; concretamente, cerca de Corocoro, a unas veinte leguas de La Paz. Los pequeños trozos de este cobre que vimos

estaban fuertemente recubiertos con carbonato de cobre, pero al reducirlos, dieciséis onzas habían producido más de catorce onzas de cobre bastante puro. Pronto se intentó transportar este mineral, pero aunque es casi completamente puro, esto parece ser de poca o ninguna utilidad, ya que se encuentra en las altas montañas y a una distancia de siete días de viaje desde la costa; los costos de transporte a lomos de mula superarían fácilmente el valor del metal. Hasta el momento se han vendido alrededor de 150.000 quintales de este cobre sólido, y están listos para ser transportados. (p. 441)

Varios de los famosos artículos de lujo que se fabrican en las populosas ciudades de Bolivia y son muy valorados en toda América del Sur se pueden comprar con mayor frecuencia aquí en Tacna. Entre ellos destaca el admirable trabajo de filigrana en plata, del que aquí vimos vasijas de gran tamaño. En las casas de los ricos, los braseros que se utilizan para encender los cigarros suelen estar hechos con esta técnica. Estas piezas son muy caras; en el continente europeo se contarían entre las mayores rarezas, pero su precio sería exorbitante. Con frecuencia llegan a Inglaterra como regalos. El trabajo de filigrana de los artesanos chinos supera al de los bolivianos tanto en delicadeza como en gusto, y es increíblemente barato en comparación. Además de estas obras de plata, son famosas las magníficas mantas bordadas que se elaboran en La Paz y sus alrededores; también deberían considerarse solo como curiosidades más que como verdaderas obras de arte. En un país donde la plata es un producto y nadie quiere trabajar fuera de la industria minera, el precio de este tipo de piezas debe ser muy alto, y de hecho supera nuestras expectativas. También queremos mencionar los coloridos abanicos y frondas que se hacen con las plumas del avestruz americano. Los indígenas bolivianos tiñen estas plumas de colores muy vivos y llamativos, las atan en manojos y les colocan tallos de color negro que recubren con

diversos materiales. Las hojas más pequeñas se utilizan para quitar el polvo en las casas de la nobleza, pero las más grandes se emplean como sombrillas. Por ejemplo, vimos un médico en Santiago de Chile que, como los demás médicos de allí, hacía sus visitas a caballo y llevaba en la mano un gran abanico de plumas de avestruz teñidas, para protegerse del sol abrasador. (pp. 441-442)

Antes de dejar Tacna en esta narrativa y comenzar nuestro viaje a través de la Cordillera, daremos una idea de la actual división del Perú. La república está actualmente dividida en siete departamentos, que a su vez se dividen en provincias.

La república está actualmente dividida en 7 departamentos, que a su vez se dividen en provincias.

Arequipa, con 136.812 habitantes según el censo de 1795, está dividida en 7 provincias:

Arica	Cercado
Gaylloma	Condesuyos
Camaná	Moquegua
Tarapacá	

Ayacucho con 150.608 habitantes, se divide en 9 provincias:

Andahuaylas	Huancavelica
Congallo	Huanta
Castrovireyna	Lucanas
Huamanga	Parinacochas
Tayacaja	

Cusco con 216.382 habitantes y 11 provincias:

Albancay	Cumbivilcas
Aymares	Paruro
Calca	Paucartambo
Cercado[34]	Qunpicanchi
Catabambas	Tinta
Urubamba	

(p. 442)

Junín con 200.839 habitantes y 8 provincias:

Cajatambo	Huanuco
Conchucos	Huari
Huaycas	Jaujas
Huamalies	Pasco

Libertad con 250.970 habitantes y 10 provincias:

Cajamarca	Lambayeque
Chachapoyas	Maynas
Chota	Pataz
Huamachuco	Piura
Jaen	Trujillo

Lima con 149.112 habitantes y 8 provincias:

Cauta	Huarocheri
Cañete	Ica
Cercado	Santa
Chancay	Yanyes

Puno con 156.000 habitantes y 5 provincias:

Azangaro	Chuquito
Carabaya	Huancane
Lampa	

Algún tiempo después de nuestra llegada a Tacna, el señor Bolten, el comerciante a quien iba dirigido nuestro barco, decidió que éste debería permanecer en Arica unos 14 días y luego subir a Islay. Decidimos inmediatamente hacer un viaje a través de la Cordillera Occidental hasta el lago Puno, y luego regresar vía Arequipa hasta el puerto de Islay, donde esperábamos encontrar nuevamente al Princess Louise. Nuestro estimado amigo, el capitán Wendt, apoyó este plan con todas sus fuerzas, por lo que inmediatamente se hicieron los arreglos necesarios para este viaje. La obtención de caballos y mulas, así como la compra de provisiones para todo el viaje, fue tan difícil y los costos tan altos, que casi tuvimos que abandonar todo el viaje. La comida para el viaje consistió en carne, pan, dulce, queso, chocolate, café, cerveza negra, cebolla y papas. Una tetera de cobre y un recipiente para cocinar alimentos son los elementos principales en tales viajes. Fue sólo cuando compramos estas cosas que nos dimos cuenta del enorme aumento de precios en Tacna. Las patatas se vendían por pieza, y 24 o 26 piezas costaban una piastra. El café tostado y

molido es tan escaso allí que tuvimos que pagar casi media piastra por gran parte del mismo. (p. 443)

El Jueves Santo, día 31 de marzo, a primera hora de la mañana, estaba prevista nuestra salida. Unas horas después de la hora señalada, por fin apareció el arriero, pero antes pidió una onza de oro para poder herrar los tres caballos y las dos mulas, dinero que, explicó, había que entregar además del salario convenido. Pagamos 17 piastras por el alquiler de cada animal hasta Puno, contando también el arriero como animal, como es costumbre general aquí. También teníamos que cubrir el coste de la comida durante el viaje, que ascendía hasta 3 piastras al día. (pp. 443-444)

Finalmente, al mediodía, justo en el momento de mayor calor, abandonamos Tacna. El cielo estaba tan puro y claro que no se veía ni rastro de vapor, y los rayos del sol ahora parecían aún más poderosos. El camino nos condujo hasta la Cordillera en el valle del río Tacna, que tiene media legua de ancho y está encerrado a derecha e izquierda por importantes cadenas montañosas. La ruta discurre por el norte de estas cordilleras vía Moquegua hasta Arequipa. El día anterior había sido lluvioso, por lo que todavía había algunas manchas húmedas en el lecho del río. La vegetación cerca del lecho del río era escasa; además de algunos arbustos xingenesistas, Baccharis y Eupatorium[34], crecía una Ambrosia[35], en cuyas raíces encontramos dos especies diferentes de Orobanche. Las paredes de las cordilleras circundantes estaban completamente desprovistas de vegetación,

[34] Nota original: Vernonia octangularis n. es. — Vernonia de hojas ovadas, cordadas, acuminadas, dentadas o aserradas, alternas, rígidas; tallo erecto, alto, octogonal, estriado y surcado. Cabezuelas axilares y terminales, pedunculadas, dispuestas en numerosos corimbos; corimbos largamente pedunculados, agregados en una espiga laxa. Flores rosadas.

[35] Nota original: Ambrosia orobanchifera n. es. — Ambrosia de tallo angular, surcado y pubescente; hojas alternas, bipinnadas, subuladas, grisáceas; pecíolos laxos, subulados; pinnas con dientes aserrados. Racimo terminal denso.

lo que daba a la zona un aspecto desolador. Al este, el valle estaba cerrado por la alta cadena de la Cordillera, y el Nevado de Tacora estaba constantemente a nuestra vista; desde nuestra ruta se encontraba a 45° noreste. A una distancia de dos leguas se encuentra el lindo pueblo de Caleo [Calana]; algunas haciendas están adornadas con largas hileras de árboles altos, que tienen casi la apariencia de nuestros álamos pirenaicos y animan el entorno de una manera extraña pero muy agradable. Desde lejos parecía un sauce, probablemente Salix humboldtiana. Estos árboles obtienen su forma cortándoles las ramas, especialmente las inferiores, tan pronto como han alcanzado cierta altura, lo que les obliga a crecer constantemente hacia arriba y a extenderse hacia los lados. El hermoso Gynerium sagittatum y el Baccharis de color amarillo dorado de Copiapó, la Nolana de Coquimbo, la Datura arborea y varias otras plantas interesantes crecían aquí junto a los olivos, granados e higueras que bordeaban las pequeñas acequias de agua. Este pueblo tiene más de una legua de largo, es decir, aquí y allá hay unas cuantas chozas y luego alguna hacienda. Poco después de Caleo [Calana], en el lado izquierdo del valle, se encuentra el pequeño pueblo de Pachia; por allí pasa el camino a los baños termales de Calientes, que se encuentran a 1½ leguas y 6 leguas de Tacna, al pie de la Cordillera. Nos detuvimos en una casa unifamiliar habitada por un sastre. El sastre acababa de montar en su caballo y se disponía a visitar los baños de Calientes; nos dio permiso para usar su casa para dormir por la noche y se fue. Las casas de esta zona no tienen puertas; la gente duerme en una antesala, al aire libre, protegidos únicamente de la niebla nocturna. Aparte de la cama y una mesa, no había ningún otro mueble en toda esta choza de barro. Mientras desensillaban y cuidaban a nuestros animales y el arriero preparaba la cena, exploramos los alrededores. Nos llamó

especialmente la atención un Spartiumde[36] extraordinaria altura, casi enteramente sin hojas, pero cubierto de cientos de grandes flores amarillas. El Phytotoma bloxami Jard era muy común aquí; se posaba en las copas de los pequeños arbustos, agitaba sus alas mientras se ponía el sol y cantaba su sencilla pero dulce canción. (pp. 444-445)

Antes de irnos a dormir, ocurrió una pequeña discusión en nuestro alojamiento: el sastre había dejado solos en casa a sus dos hijitos, quienes, cuando oscureció y ellos también disfrutaron de nuestra cena, quisieron irse a la cama. Trajeron una vieja piel de oveja, la colocaron en un rincón de la habitación y se sentaron sobre ella; el mayor de los dos muchachos tomó demasiado espacio, y el más pequeño tuvo que quedarse tirado en el suelo. Este último, descontento con ello, comenzó a discutir, y sólo después de una pequeña pelea se pusieron de acuerdo en la división, con lo cual el perro grande se unió a ellos, y ambos, acurrucados juntos, durmieron tan bien en la sencilla piel de oveja como nosotros en nuestros preciosos pellones (mantas de silla de montar hechas de pieles de cabra) que habíamos traído con nosotros desde Chile. (p. 445)

Temprano a la mañana siguiente emprendimos nuevamente nuestro viaje y gradualmente subimos hasta el pie de la Cordillera. Algunas hermosas plantas arbustivas de la familia de las Leguminosae[37] y Bignoniaceae fueron todo lo que vimos en este camino; ni una sola planta herbácea cubría el paisaje salvaje y árido, desprovisto de agua y cubierto de escombros por todas partes. Finalmente, a cuatro leguas de nuestro campamento, encontramos una pequeña casa, pero tampoco había agua. Aquí todo estaba quemado por el

[36] Nota original: Spartium americanum n. es. — Se diferencia de Spartium junceum por tener hojas alternas, oblongo-cuneadas, con pecíolos agudos, y flores de mayor tamaño.

[37] Nota original: Mimosa pellacantha n. es. — Mimosa arbórea con tallos y pecíolos acuminados, pubescentes; hojas geminadas, bipinnadas; pinnas opuestas con 20–26 pares de folíolos lineares, obtusos, pubescentes por el envés; cabezuelas axilares pedunculadas.

calor persistente del sol de verano; las grandes higueras estaban sin hojas, su vida sólo era visible en los brotes y en las puntas de las ramas. Sólo el Schinus molle L. (var. foliis integris) estaba en flor y fruto; había conservado sus hojas plumosas de color gris ceniza. Este árbol, llamado Mulli en lengua peruana, es muy importante en los hogares de este país. Su fruto consiste en bayas que cuelgan en racimos, semejantes a las uvas; su masa carnosa es dulce, pero el núcleo tiene un sabor muy amargo. Los nativos preparan una bebida con estas bayas, dejándolas en agua durante varios días; luego cuelan el líquido y lo dejan reposar hasta que adquiere un sabor agradable. Este jugo se utiliza contra cólicos, dolores lumbares y padecimientos por cálculos; pero cuando se mezcla con chicha (la bebida de Mays), su sabor mejora notablemente. Si se espesa el jugo, puede obtenerse una miel sabrosa, y si se expone al sol, se transforma en vinagre. Se dice que las semillas de Mulli son buenas para curar heridas, y que la decocción de las hojas de este árbol alivia diversas dolencias. (pp. 445-446)

Fue curioso observar cómo todos los cerdos criados aquí sufrían de bocio, mientras que los humanos no mostraban signo alguno de ello. Nunca encontramos esta enfermedad en personas durante todo nuestro viaje; sin embargo, en el lado oriental de la Cordillera, en los valles cerrados, se dice que es muy común, incluso en Mendoza y sus alrededores, como informan los señores Miers y Miller[38]. No obstante, el bocio en Mendoza no se asocia al cretinismo. (p. 446)

Aquí sólo permitimos a nuestros caballos y animales de carga un breve descanso, durante el cual preparamos nuestro desayuno, que consistió en chocolate y cordero asado. Cuando

[38] Nota original: Miembro del Perú I. p. 143.

reanudamos la marcha, el sendero ascendía con gran rapidez y, al cabo de unas horas, llegamos a una zona donde, en lo profundo de las gargantas de las montañas, corría agua que proporcionaba escasos nutrientes a unas pocas plantas. La roca de la zona pertenece a la formación Flötz[39], y está dispuesta en capas casi horizontales, con una roca rojiza[40] formando la capa superior. Se intercalan enormes masas de pórfido[41], también estratificadas y casi verticales; más tarde aparecen conglomerados pórfidos que alternan varias veces con las sienitas y alcanzan un espesor considerable. Pronto el calor se hizo insoportable; allá arriba, al aire libre, el termómetro marcaba ya 24° R. a las 10:30 de la mañana, y el calor abrasador irradiaba desde las piedras desnudas. Entramos en la región de los Cactus, lo que daba al paisaje un aspecto singular: no había más que masas desnudas de piedra, sin rastro de otra vegetación. Un nuevo Cactus[42], ciertamente el más bello por su forma, cubría las laderas de las montañas. Su tronco grueso y recto crece hasta 6 a 8 pies de altura o más; es casi sin bordes y densamente cubierto de espinas de color marrón oscuro. A medida que envejece, las espinas de la base del tronco se desprenden, dejando la parte inferior completamente desnuda. Desde la parte superior del tronco se extienden de 5,8 a 12 ramas, de color verde claro y cubiertas de pelos finos, de 2 a 3 pulgadas de diámetro y 2 ½ a 3 ½ pies de longitud, que crecen en diversas direcciones, algunas hacia arriba, otras hacia abajo, y otras serpenteando como serpientes. La presencia de este cactus es muy limitada: sólo aparece en la provincia de Arequipa, a una altitud entre 5.000 y 7.000 pies. Cuando

[39] Nota original: Roca gris, arcillosa y algo porosa, similar a la matriz de algunos pórfidos arcillosos.
[40] Nota original: Esquisto, roca grisácea-negra, que reacciona con bastante fuerza con los ácidos y es opaca en las superficies estratificadas.
[41] Nota original: Pórfido fresco y no descompuesto de masa fundamental de color gris amarillento con pequeños cristales de feldespato opaco de color blanco nieve y pequeños granos de cuarzo muy translúcido de color blanco grisáceo. La masa fundamental es la que predomina y en ella se encuentran los cristales de feldespato sólo en pequeñas cantidades y los granos de cuarzo en cantidades aún menores.
[42] Nota original: Nuez de Cereus candelaris.

regresamos de Arequipa al puerto de Islay, volvimos a verlo en la cordillera del Alto Primero, y nunca más. No logramos observar sus flores de este hermoso cactus. Encontramos otros cactus[43] en flor y los describimos de inmediato, pues no fue posible conservarlos. (pp. 446-447)

Más arriba llegamos a una quebrada que, aunque con escasa agua, albergaba una vegetación extremadamente rica y hermosa. Allí crecían Isolepis fuscata n. sp., Bowlesia diversifolia n. sp., varias crucíferas y magníficas Solanaceae de grandes flores. Muy a menudo hallamos una gran araña que había tejido una tienda de campaña tubular en el centro de su red, donde se ocultaba del sol abrasador. Un magnífico Loranthus[44] formó parte de nuestro botín, y más arriba encontramos un hermoso nuevo Lycium[45] y una elegante Echeveria[46]. (pp. 447-448)

A eso de las 2:30 a. m. llegamos a Palca, un pequeño pueblo donde queríamos pasar la noche, porque el rápido ascenso a las faldas de la Cordillera significaba que los caballos y las mulas solo podían ser sometidos a un pequeño esfuerzo, al menos durante los primeros días. Aunque nuestro viaje de hoy fue de solo siete leguas, resultó, sin embargo, muy cansado, dada la difícil ruta; por eso fue muy agradable para nosotros llegar al campamento tan temprano, ya que ahora podíamos dedicar algún tiempo a explorar los alrededores. Palca se encuentra en la ladera de la margen derecha de una quebrada angosta pero muy

[43] Nota original: Cactus fascicularis n. es. — Cactus erecto, de 4–6 pies de altura, con tallo de 16 ángulos, subarticulado (artículos de 3–4 por planta); con 8–9 espinas radiales dispuestas en círculo; flores blancas, 9–10 por areola, de aproximadamente 3½ pulgadas de largo, situadas en el ápice de los tallos.
[44] Nota original: Lycium acuminatum R. & Pav.
[45] Nota original: Lirio distichum — Lirio espinoso, con ramas alternas, subuladas, subramosas; hojas alternas, sésiles, ovadas, agudas y coriáceas.
[46] Nota original: Echeveria peruviana (vel nov. gen.?) — Echeveria con hojas radicales obovado-agudas, carnosas; hojas caulinares lanceoladas, agudas; espiga terminal laxa, bracteada; corola mucho más corta que el cáliz; folíolos obovado-agudos, glabros; estambres tan largos como la corola; corola de color púrpura.

profunda, que está en todas partes cubierta de una vegetación muy rica y hermosa. Aparte de la fonda (la taberna del pueblo) y algunas cabañas muy pequeñas, hay un monasterio de San Francisco, ubicado en un paraje muy agradable. Una multitud de colibríes y un zorzal negro animaban los arbustos. En la altura de Palca vimos el primer cultivo de papa en el Perú, y el maíz y la alfalfa formaban las otras ramas de la agricultura. Aquí y allá pastaban las llamas, y manadas enteras de ellas bajaban por el gran camino desde Potosí y La Paz. Cuando pensamos en carreteras y caminos en estas zonas del país, no deberíamos imaginar otra cosa que senderos sencillos que atraviesan las montañas más intransitables y los valles más profundos. (p. 448)

Son muy notables las torres cuadradas que se encuentran en esta zona: son estructuras de 6 metros de alto y 2,4 metros de ancho, hechos enteramente de piedras porosas que dejan pasar el aire; ocasionalmente se insertan bandas de metal para darles mayor resistencia. Uno de estos obeliscos de cuatro lados se había derrumbado hacia un costado en su base, y se veía claramente que no estaba hueco, sino construido completamente sólido. Si se pregunta a la gente de la zona qué significan estas construcciones, simplemente responden: «Es del tiempo del Rey» (es decir, del tiempo de los reyes, o sea, de los incas). En las inmediaciones de Palca contamos siete de estos obeliscos, tres de los cuales se encuentran casi juntos. No están coloreados artificialmente y su color de arcilla natural les da un aspecto uniforme y apagado. Otras personas los llaman «Casas del Rey», entendiendo con esto algún tipo de construcción que puede brindar al viajero cierta protección contra el clima; sin embargo, estos obeliscos solo sirven para ofrecer algo de sombra frente a los fuertes rayos del sol por la mañana y por la tarde, por lo que probablemente fueron erigidos con fines muy distintos. Es bastante curioso que en todas las nuevas obras sobre el Perú

nunca se mencionen tales edificios; nosotros hemos encontrado objetos similares en otras zonas, concretamente cerca del lago Puno, y esto nos ha llevado a una conjetura sobre su significado. Se sabe que bajo el reinado de Yupanqui, décimo Inca, estalló una rebelión entre los antiguos habitantes de la provincia del Callao. El mismo Inca, ya cansado de las constantes guerras, envió a su hijo, el Inca Topa[47], a derrotar a los rebeldes, lo cual logró pronto. En recuerdo de sus victorias, el Inca Topa mandó construir grandes moles de piedra[48] y otros magníficos edificios. Estos obeliscos, compuestos de simples piedras porosas, podríamos considerarlos como tales «bultas de piedra»; algunas de ellas se ubican cerca del río Chulañano, a seis o siete leguas de Puno, y aún más al sur, entre los pueblos de Pisacoma y Pichupiahun, aparecen construcciones similares. Quizás los obeliscos que se alzan en el valle de Palca fueron erigidos por el mismo Inca Topa, también en memoria de las batallas libradas y de los pueblos sometidos. De hecho, nuestra sospecha se hace aún más probable, ya que Yupanqui había derrocado primero al gran Quinín, gobernante de los pueblos desde Supe hasta Tumbes, y su hijo ciertamente extendió esas conquistas más al sur. Los lados de estas masas cuadradas de piedra están alineados casi exactamente con los cuatro puntos cardinales, por lo que su construcción puede haber estado relacionada con el culto al vencedor, ya que los incas a menudo expandieron su imperio con la intención de difundir su religión y, en lo demás, dejaban a los pueblos derrotados sus propias formas de gobierno. (pp. 448-449)

Durante nuestra estancia en Palca llegó una tropa procedente de Potosí; inmediatamente los músicos se tendieron en el suelo y comenzaron a tocar, aunque era un viernes tranquilo.

[47] Nota original: S. Herrera Dec. V. Lib. III. Cap. XIII.
[48] Nota original: Cuentas de piedra.

Más tarde, después de medianoche, nos despertaron los sonidos de estos archijugadores. Fieles a nuestra intención de llamar la atención sobre las costumbres de los pueblos que visitamos, sin juzgarlos, ocasionalmente informamos sobre incidentes que pueden contribuir particularmente al logro de nuestro propósito. La hija del posadero era una señora alta y fuerte, muy ocupada con los asuntos domésticos, algo poco común en este país. Durante mucho rato observamos a un apuesto joven que, con un cigarro en la boca, escuchaba atentamente a la dama y le hablaba con el mayor respeto y ternura. A menudo declamaba, recitaba los poemas más tiernos de sus compatriotas e incluso parecía tener gran habilidad para improvisar. La señora escuchaba todo con agrado y a menudo lo elogiaba por su amabilidad. Fue solo tarde en la noche cuando nos enteramos de que estas dos personas eran marido y mujer, y que llevaban varios años casados. Sí, el hombre incluso nos preguntó cómo nos parecía la señorita —su esposa— en su presencia. Dado que hombres y mujeres, tanto en Chile como en el Perú, se dirigen constantemente entre sí como Señor y Señorita, a menudo es difícil reconocer si están casados. En Chile a las mujeres las llaman Señora y solo a las jóvenes Señorita, pero en el Perú sería un grave insulto no llamar también Señorita a una mujer de ochenta años, al menos en las zonas que visitamos. Aquí en Palca había muchos indígenas que eran tratados como esclavos. Cuando son pequeños, son traídos desde la meseta, donde son comprados o regalados por sus padres por falta de alimentos. En Palca, estos niños aún son retenidos bajo el pretexto de la conversión por los monjes franciscanos, y probablemente a menudo son robados a sus padres por la fuerza. (pp. 449-450)

Acampamos para pasar la noche en una cueva natural entre las rocas cercanas[49]; casi constantemente caían fragmentos de piedra desde la ladera de la empinada montaña, y nos parecía que a veces era especialmente frecuente, quizá debido a pequeños terremotos. Hacia la tarde se oyó el croar de una rana[50]; salimos a buscarla y pronto la encontramos. (p. 450)

Hoy 2 de abril. La temperatura nos afectó mucho a la mañana siguiente, pues la noche anterior habíamos dormido en zonas cálidas de la costa. Aquí, a las 7:30 a. m., medimos la temperatura del aire y del agua que fluía: 7 ½ R. Unas cuantas leguas más allá de Palca, el sendero discurre constantemente por la ladera de la fértil quebrada, y es excepcionalmente agradable. La vegetación más exuberante, ricamente decorada con flores magníficas, nos acompañaba constantemente. El Cactus peruvianus, con sus grandes flores blancas, prospera aquí; y los arbustos, entre los que había varias especies de Lycium[51], están densamente cubiertos por la magnífica Mutisia hirsuta[52]. Aquí también crecía con frecuencia el Lycopersicon, que a veces formaba pequeñas montañas de su masa completamente cubiertas de flores amarillas. A lo largo de la franja de la quebrada aún se podían ver algunos de aquellos obeliscos de cuatro lados de los que hemos hablado anteriormente; al final del río, sin embargo, cesa toda el agua, y con ella desaparece la rica vegetación. Pronto hay que atravesar crestas rocosas desnudas, formadas por pórfidos y

[49] Nota original: Roca arcillosa de color amarillo grisáceo, pizarrosa, terrosa y efervescente con ácidos.
Caliza densa de color gris negruzco.
Caliza densa de color gris amarillento con vetas de calcita, que forman piezas de grano muy grande y claramente exfoliadas.

[50] Nota original: Telmatobius peruvianus nov. gen. — Tab. III, Pestana LVI, fig. 2.

[51] Nota original: L. distichum n. sp. etc.

[52] Nota original: Mimosa peluda (Mimosa fruticosa) — Tallo anguloso, subpubescente; hojas pinnadas; folíolos sésiles, decumbentes en la base, alternos, lanceolados, agudos, enteros, glabros; pecíolos subulados; cirros gemelos; flores terminales mayores; involucro hirsuto; folíolos inferiores ovales, agudos, los superiores linear-oblongos, mucronulados en el ápice; radios florales mayores, ovados, oblongos, enteros, obtusos en el ápice.

conglomerados porfiríticos; la sienita también reaparece más tarde. Los cactus altos, incluso el C. peruvianus, desaparecen, y aparecen formas más bajas, cubiertas en toda su superficie de pelos blancos y brillantes; aquí también se encuentran especies que se buscan en vano en los manuales sistemáticos. Las laderas de las montañas son extraordinariamente empinadas, y escalarlas resulta extremadamente difícil para nuestros animales; los esqueletos de mulas que yacen a derecha e izquierda, quizá desde hace siglos, lo demuestran aún más claramente. En la ladera de una pared rocosa aparecen dos pequeños manantiales, cuya agua fluyente ha dado origen a la vegetación más extraña por todos lados. Todas las plantas altas han desaparecido a esta altitud, y aun los arbustos que todavía crecen aquí se han vuelto enanos y atrofiados. La característica más llamativa es el crecimiento de pequeñas plantas alpinas que prosperan cerca de la línea de nieve permanente: grandes montones de Selinum acaule Cav.[53], varias Fragosa, una Verbena[54], un bonito Lycopodium[55] y otras. Al principio estas plantas se asientan sobre grandes rocas sobresalientes; con el paso de los años se vuelven tan abundantes que no es raro ver grupos cubriendo superficies de 12 a 20 m². Bloques enteros están recubiertos por su turba, tan endurecida en la superficie que incluso el cuchillo más fuerte difícilmente puede penetrarla. El tronco de este conjunto vegetal —sin duda un monumento de muchos siglos— rara vez alcanza la longitud de un pie, aunque a veces consigue un espesor de 5 o 6 pulgadas, y está infinitamente ramificado. Debido al constante engrosamiento del tronco, el césped se eleva

[53] Nota original: Laretia acaulis Hook.

[54] Nota original: Verbena minima n. sp. — V. sufruticulosa; tallo repentinamente muy ramificado, glabro; hojas minúsculas, lanceoladas, carinadas, coriáceas, muy rígidas, densamente imbricadas, glabras; flores solitarias, subterminales, tetrandras; boca del tubo hirsuta; cáliz apenas tan largo como la corola, con lóbulos elípticos, obtusos.

[55] Nota original: Lycium hastatum n. sp. — Tallo erecto, muy ramificado; hojas ovado-lanceoladas, densamente imbricadas, agudas y verrugosas en el ápice; ramas angulosas.

y acaba adoptando una forma curva; incluso crecen líquenes sobre estas plantas. En esta región, donde falta de todo, incluso pequeños arbustos para quemar, no es raro que se utilicen tales montones de plantas como combustible. Por las muchas sustancias resinosas que contienen, arden bastante bien, pero debido a su gran densidad lo hacen muy lentamente, de modo que una pila de este tipo, de 12 a 20 pies cuadrados, puede arder durante más de 24 horas. (pp. 450-452)

Probablemente una característica de la vegetación alpina en general es que las plantas que habitan las regiones más altas crecen de forma más sociable; al menos, en ningún otro lugar esto es tan evidente como aquí. Ya en la cordillera de Chile, durante la ascensión al volcán de Maipú, nos había llamado la atención la extraña forma de los boopides, que allí, a menudo en medio de las cenizas de lava, forman pequeños montículos redondeados compuestos por numerosos capítulos florales. Aquí, en la cordillera de Tacna, ocurre algo similar, lo cual resulta aún más sorprendente. A menudo se distinguen desde gran distancia pequeños montículos de entre 1 y 1 ½ pies de altura, de color rojo amarillento, que al principio engañan al viajero haciéndole creer que ve algún tipo de presa. Al observarlos más de cerca, se aprecia que este grupo corresponde a una Pereskia, cuyas hojas están muy juntas y cubiertas de espinas de color marrón amarillento de 2 a 3 cm de largo. Las flores se sitúan entre las hojas y no sobresalen de las espinas. En las alturas donde aparecen las Pereskia, los Cereus de pelos largos ya han desaparecido; dominan las cactáceas que se elevan hasta cerca de la línea de las nieves eternas (unos 500 a 600 pies más abajo), donde predomina la familia de las Crucíferas. (p. 452)

La flora de montaña de América del Sur se caracteriza por la gran cantidad de pequeñas y simpáticas umbelíferas que pertenecen a la división Mulinaceae DC., las cuales constituyen

un tesoro extraordinario. A medida que se avanza hacia el sur en este nuevo continente, más se acumulan los géneros y especies de estas plantas, y finalmente, como en latitudes superiores a los 50°, llegan a las llanuras, donde encuentran un clima similar al de las altas cordilleras del norte de Chile y Perú. Las Mulináceas de América están representadas por las Primuláceas en Europa; el género Androsace, especialmente la sección Aretia, suele cubrir grandes rocas en las montañas de Europa y presenta el mismo aspecto que algunas especies de los géneros Fragosa, Bolax, Azorella, etc., presentes en América. (pp. 452-453)

Estas llanuras monótonas, desprovistas de cualquier vegetación arbórea, se llaman páramos, y ocasionalmente yuncas. Las llanuras aún más altas, donde pastan las vicuñas, se llaman punas[56], y la Puna brava es uno de los páramos más fríos y áridos. En Garcilaso todavía encontramos el nombre de Anti-Suya para una región cubierta de nieves eternas. (p. 453)

A las 10:30 horas la temperatura del aire era de 14° R, mientras que ayer, a unos 100 pies por debajo de Palca, a la misma hora, era de 24° R; por lo tanto, habíamos subido al menos 6.000 pies desde ayer. Finalmente, alrededor del mediodía, después de una subida prolongada y ardua, llegamos a la cresta de las montañas y entramos así en el borde occidental de la inmensa meseta en la que se extiende la Cordillera. Aquí se abrió ante nuestros ojos un panorama inmensamente magnífico, aunque menos hermoso; todas las alturas y cadenas montañosas que habíamos superado desde la costa se encontraban a nuestros pies, y el gran océano aparecía a lo lejos como nubes de niebla. En vano la mirada buscaba bosques, en vano buscaba verdes prados: no se veía nada más que rocas desnudas

[56] Nota original: Herrera V. 4, 9.

y nieves eternas. No muy lejos de este borde de la meseta se encuentran los dos nevados, el Nevado de Tacora y el Nevado de Niula; ya los habíamos visto desde el mar, a gran distancia, y entre ellos corre el Paso de Guatillas, que conduce a La Paz y que también tomamos. Estos dos nevados se elevan en forma cónica perfecta sobre la llanura; el primero, es decir, el Nevado de Tacora, se encuentra al norte y es también el más grande; su cima está cubierta de nieve a una altura de entre 300 y 400 pies. El señor Pentland da al paso de Guatillas, que pasa al pie del cono, una altura de 14 830 pies ingleses, de modo que el Nevado de Tacora no puede alcanzar más de unos 15 200 pies. En la publicación de las determinaciones de altura del señor Pentland (Joseph Barchay Pentland) en el Annuaire de 1830, así como en el Edinburgh New Philosophical Journal[57], se dice que las montañas de Tacora y Chipicani son sinónimas, lo que no es el caso; la altura dada allí de 5 760 m (18 898 pies ingleses) pertenece al Chipicani, mientras que el señor Pentland no ha dado una altura para el Nevado de Tacora. En la información que el señor Alexander von Humboldt[58] obtuvo de los manuscritos del señor Pentland se afirma con total certeza. En nuestro mapa, que se adjunta a este cuaderno de viaje, encontrará la posición de estas montañas marcadas según los ángulos allí supuestos. (pp. 453-454)

Tan pronto como se asciende la cresta de las montañas, comienza una meseta interminable, que se extiende hacia el norte, noreste y este por más de 150 millas cuadradas; está casi totalmente desierta y se llama páramo. Mientras lo recorríamos, entre las 12 y la 1, se levantó un viento terrible, que sopló con gran violencia hacia las regiones costeras; su fuerza y su frío eran tan sensibles que tuvimos que vendarnos la cara con paños de lana.

[57] Nota original: 10. pág. 351.
[58] Nota original: Hertha de 1829. pág. 21.

Estos vientos fríos son los que nublan el cielo de Tacna entre las 3 y las 4 de la tarde; son ellos los que provocan la baja temperatura en las zonas costeras de estas latitudes, donde suele hacer bastante frío por las noches, aunque se trate de una latitud de 18° S. Sólo hacia la tarde, con la puesta del sol, estos fuertes vientos amainan y luego soplan, aunque con menos violencia, en dirección opuesta. Después de cabalgar unas dos horas por la meseta, nos acercamos al Nevado de Tacora, de cuya capa de nieve emerge un pequeño río, el Río del Azufre, que continúa su curso de sur a oeste. El agua del arroyo está fuertemente impregnada de vitriolo de hierro y alumbre, que a menudo forman costras a lo largo de las orillas. El señor Pentland considera que el Nevado de Tacora es un volcán extinguido, o más bien una solfatara, cuyos vapores se condensan en las aguas del Río del Azufre. No encontramos ningún rastro de erupciones recientes de esta montaña, ni vimos ningún rastro de un cráter, y por lo tanto podríamos suponer que, si alguna vez hubiera sido un volcán abierto, sólo podría haber pertenecido a tiempos prehistóricos. Incluso los habitantes de la provincia de Arica, que ven constantemente esta montaña, definitivamente la llaman Nevado y dicen que no es una montaña de fuego. Nos detuvimos en una depresión de la llanura, cerca de un pequeño arroyo, y cocinamos nuestro almuerzo. Ya habíamos recogido muchas plantas y piedras, y empaquetarlas nos llevó mucho tiempo, que se prolongó aún más por los fuertes vientos. (p. 454)

Fue aquí donde vimos por primera vez manadas de guanacos. Pastaban en grupos de tres a cuatro y en grupos de siete a ocho en las orillas de pequeños arroyos y ríos; no eran tímidos, por lo que a menudo pasaban cerca de los caballos y luego se quedaban quietos y nos miraban. Su carrera no es tan rápida como se podría suponer por su esbelta figura; con un buen caballo, estos animales son fáciles de alcanzar en la llanura. Cuando el guanaco es

perseguido por perros, cosa que hemos visto a menudo, siempre corre a un galope corto y rara vez se sitúa a más de diez pasos de distancia del perro; sin embargo, en muy raras ocasiones el perro logra alcanzarlo. Luego, el guanaco sube la cuesta y el perro se queda atrás. Si en la manada hay crías, las crías y las hembras corren delante y, si son perseguidas, los machos mayores las ayudan dándoles cabezazos. Sin embargo, los animales jóvenes suelen ser capturados y criados en cautiverio, donde se los mantiene en los hogares para el entretenimiento de las familias. La caza de estos animales es de gran utilidad tanto para los indígenas como para el viajero de aquellas regiones, que aquí sufre casi exclusivamente la falta de aquello que no ha traído consigo desde la costa. En la sección zoológica de nuestro libro de viajes hay un tratado detallado sobre la historia natural de este encantador animal, por lo que podemos remitir allí al lector interesado. (pp. 454-455)

La coloración del guanaco es marrón rojizo claro; la lana corta del animal es más rojo-amarillenta, mientras que los pelos más largos que cuelgan desde la espalda y los flancos del cuerpo son de color marrón rojizo más claro y también tienen una estructura más firme. Estos pelos más largos en el guanaco nunca llegan a ser tan gruesos como para colgar, como en la llama, ni tampoco adquieren el color marrón rojizo oscuro como en esta última. Hemos visto muchos miles de estos animales en las montañas de Chile y Perú, y consideramos que este pelo más corto, de color más claro, es una característica del guanaco silvestre. El pelo debajo del vientre, así como en la superficie interna de los muslos, es muy corto y de color blanco amarillento. La coloración de la cara es de tono negro azulado, y sólo en la frente, donde el pelaje también es algo más largo, la coloración es más negra,

mientras que el borde de las orejas es completamente blanco y las pestañas, de unas dos pulgadas de largo, son negras. (p. 455)

A pocas horas al este del Río del Azufre se encuentra el pueblo de Tacora, donde parece haber habido una gran población en tiempos pasados; pero ahora casi sólo queda el monasterio franciscano, cuyos monjes intentan convertir a los indios, que ya no existen aquí ni en los alrededores. Tacora es uno de los pueblos situados a mayor altitud; el señor Pentland estima que la altura de Tacora es de 14 275 pies ingleses. A unas tres leguas detrás del monasterio de Tacora hay un gran lago, en cuyas orillas había multitud de aves de gran tamaño. A medida que se avanza hacia el noreste, la meseta se eleva constantemente; ocasionalmente hay zonas pantanosas con costras de sal en su superficie. El camino pasa por ellas y varias veces los caballos se hundieron profundamente. Parece que estas estepas salinas se dan con mucha frecuencia en la extensa meseta, especialmente más hacia el sur. Cuenta la historia que el ejército de Almagro, al pasar por estos nevados de Despoblados y Puertos, encontró estepas salinas similares durante siete días de viaje. La meseta detrás del pueblo de Tacora está cubierta de masas de pórfido desnudo[59], que están algo estratificadas desde el SSO al NNE. En algunos lugares aparecen vetas de cuarzo, a veces conteniendo cornalina gruesa, y más tarde aparece arenisca roja, recubriendo un conglomerado constituido por trozos descompuestos de pórfido. Nada más que pequeñas crucíferas, pequeños Astragalus, Werneria y Singenesia arbustivas bastante achaparradas, entre las que se encuentran varias especies de Baccharis, parecidas a B. humifusa Kunth; a

[59] Nota original: Pórfido de masa fundamental de color blanco rojizo, similar a la traquita, con cristales de feldespato incrustados, a veces de 2 líneas de largo, pero generalmente más pequeños y a menudo completamente transparentes, así como con granos de cuarzo blanco transparente y escamas de mica negra.
Pórfido con masa fundamental de color blanco amarillento, granos de cuarzo blanco transparente y cristales de feldespato blancos opacos; La masa fundamental es muy predominante, los granos de cuarzo y los cristales de feldespato son muy pequeños y están presentes en pequeñas cantidades, especialmente estos últimos.

menudo tienen sólo una pulgada de alto y cubren únicamente las zonas húmedas de esta llanura. Una nueva Lecidea bullata cubría la tierra, en compañía de musgos de hojas, así como grandes masas de Parmelia perforata Ach. (P. vetusta). También Parmelia conspersa Ach. y Umbilicaria papulosa Ach. que encontramos aquí, y una Poa, muy similar a nuestra P. supina, y un Chamaecalamus spectabilis (nubigera) que recolectamos en este lugar, donde también una nueva Ambrosia[60] contribuía a formar el escaso césped. (pp. 455-456)

El sol estaba por ponerse, y ya habíamos recorrido doce leguas en constante ascenso aquel día, cuando vimos una Casa del Rey, a la izquierda del lago de Tacora. Era un muro de piedra uniforme que encerraba un pequeño espacio por cuatro lados y no superaba los tres pies de altura. Las piedras estaban colocadas una sobre otra sin ningún arte, y uno se pregunta por el gran nombre de esta posada pública. Nuestro arriero pensó que la siguiente Casa del Rey, una legua más al este, sería mejor, por lo que decidimos continuar. Pero pronto oscureció y empezó a hacer un frío muy intenso, todavía más desagradable por el hecho de que el camino estaba a dos leguas de distancia. Finalmente llegamos al río Uchusuma, en cuyas orillas encontramos la deseada Casa del Rey después de una larguísima búsqueda: se trataba de dos muros de piedra en ruinas, de unos 60 cm de altura, que ni siquiera eran capaces de protegernos del fuerte viento. Nos llevó mucho tiempo reunir suficiente leña para encender un pequeño fuego, calentarnos y preparar algo para la cena. La madera estaba húmeda y el viento era tan fuerte que nada de esto parecía funcionar. El viaje del día nos había afectado tanto a nosotros como a nuestro guía, el joven Philippi, que nos encontramos en un estado muy febril, acompañado de falta de gusto y una

[60] Nota original: Ambrosia tacorensis n. sp. — A. herbacea; planta herbácea con tallo flexible, surcado y glabro. Hojas lobuladas a pinnatífidas, irregularmente divididas, grisáceas en el envés, con lóbulos acuminados y subdentados. Racimos terminales laxos.

sed ardiente, y nos alegramos cuando pudimos acostarnos en nuestras camas. Era la noche de Pascua la que pasamos aquí, pero a pesar de todo nuestro cansancio fue una de las más tristes que hemos vivido: el frío era demasiado fuerte para que las escasas mantas pudieran calentarnos. Pronto cayó un espeso rocío, que inmediatamente se congeló formando hielo y endureció las mantas; entonces salió la luna y nos dio directamente en la cara, pues era imposible evitarla por su alta posición, y así transcurrió la noche sin dormir. El frío nos hizo abandonar el campamento temprano, y unas tazas de café caliente nos dieron fuerzas para el trabajo del día siguiente. Encontramos todas las aguas de los alrededores cubiertas por gruesas capas de hielo, tan sólidas que pudimos caminar sobre ellas con nuestros caballos temprano en la mañana. Incluso el río Uchusuma, con su curso poco profundo y una anchura de veinte pasos, también estaba cubierto por una gruesa capa de hielo; surge de la capa de nieve del Nevado de Chipicani, cuyo cono, a media legua de nuestro campamento nocturno, se eleva extremadamente abrupto. El río Uchusuma fluye hacia el suroeste y se precipita al oeste de la Cordillera, donde se dice que fluye no lejos de Tacna. Este es el río cuyo cauce se pretende desviar para dirigir sus aguas hacia el valle de Tacna. Este proyecto existe desde hace más de medio siglo y probablemente nunca se llevará a cabo, porque hoy en día la construcción de pozos artesianos facilitaría la consecución de este objetivo. Varios documentos afirman erróneamente que el río Maure fue el elegido para este propósito, pero el Maure está ubicado a medio día de viaje más al este y desemboca en el Desaguadero del lago Titicaca, al este de la cresta de esta meseta. Esa agua —dice el Mercurio Peruano— dista solamente 30 leguas de Tacna, de las cuales sólo se pueden cavar 12, es decir, las que están en medio, hasta el cerro que lleva el nombre de Huaylillas. Porque cuando el agua es llevada allí, cae por sí sola en la depresión de

Yungani, que está al pie, y hará su propio camino por los campos que la siguen hasta Tacna. Nosotros mismos no hemos podido seguir el curso posterior del río, pero es muy posible que se haya cometido un gran error en la ejecución de este proyecto. En esas enormes alturas, donde uno está rodeado únicamente de masas gigantescas, no tiene un verdadero sentido de la proporción y quizá por eso subestima las distancias y las alturas. Pero si sólo fuese necesario perforar doce leguas de esta meseta, sería una tarea que, en las condiciones existentes allí, tropezaría con obstáculos indescriptibles y requeriría quizá un tiempo de medio siglo. Faltan viviendas, madera y alimentos, sin los cuales la gente no puede sobrevivir, y también hay muy pocas manos trabajadoras. (pp. 456-458)

El Nevado Chipicani, de cuya cumbre se origina el río Uchusuma, es una de las montañas más altas de esta cadena cordillerana. El señor Pentland estima su altura en 18 898 pies ingleses y señala que en su cima, en el lado oriental, se ha formado un cráter. Habíamos montado nuestro campamento muy cerca del pie de esta montaña; la línea de nieve perpetua descendía hasta unos 200 pies sobre la llanura, y hasta esa altura se elevaban las pequeñas plantas propias de la meseta. En el lado oriental de la montaña había una pendiente muy pronunciada, desnuda de nieve y de un color rojo amarillento, lo que atribuimos a la traquita meteorizada, roca que compone también las demás montañas de esta región y que con frecuencia presenta tales pendientes.

Aun si Pentland realmente vio el cráter del Chipicani, esta montaña debe considerarse un volcán extinguido. En sus inmediaciones no hay rastro alguno de productos volcánicos recientes, y los habitantes de los pueblos cercanos desconocen que de su cráter haya surgido alguna vez fuego u otros materiales. En todas partes se asegura que nunca ocurren terremotos en este altiplano, incluso hasta el lago Puno.

> Recogimos muchas plantas alpinas pequeñas pero raras antes de abandonar nuestro campamento nocturno y cruzar el río Uchusuma. […] (p. 458) (**Fuente:** Meyen, F. J. F. (1834)).

4.1.8. Anónimo (1833)

Breve biografía:

Fernández Canque (2016) señala que este viajero británico había residido aproximadamente dos años en Arica y Tacna antes de regresar a su país. Tras enterarse del terremoto de 1833 por la prensa londinense, envió una carta al Mirror of Literature describiendo sus recuerdos de la ciudad y la dimensión del desastre. Aunque su identidad permanece desconocida, su testimonio constituye una de las primeras narraciones divulgadas en Europa sobre aquel sismo y refleja la presencia periódica de visitantes extranjeros en la región durante el siglo XIX.

Descripción:

Carta al editor del Mirror of Literature

1834

> La ciudad de Tacna, a cuarenta millas de distancia de Arica, se situaba en un valle similar pero por lo menos a unas nueve leguas del mar. Tenía una gran semejanza con Arica puesto que fueron construidas con el mismo estilo; casas blanqueadas y las mejores con un jardín en la parte delantera. Sin embargo, era considerablemente más grande y, pareciera extraño decirlo, sus habitantes se veían más ricos; también era más saludable y más cultivada en la parte circundante. Los comerciantes extranjeros normalmente residían aquí y la mayor parte de ellos tenía también establecimientos en el puerto. Las transacciones comerciales aquí efectuadas son importantes puesto que es el punto de encuentro de los comerciantes

quienes tienen un horror instintivo respecto a Arica.... (p. 443) (**Fuente:** Fernández Canque, M. (2016)).

4.1.9. Mathie Hamilton (1833)

Breve biografía:

Médico escocés que viajo a Sudamérica en 1825 contratado por una compañía minera británica. Tas la quiebra de la empresa continuó ejerciendo en la región andina para comerciantes extranjeros y desarrolló actividad médica independiente, permaneciendo varios años antes de retornar a su país.

Descripción:

Sobre la Topografía Médica de algunas partes del Perú, relativa a la Disentería y la Fiebre Intermitente. Por Mathie Hamilton, ex Cirujano de la Compañía Minera de Potosí, Paz y el Perú, etc.

La distancia de la ciudad de Arica a la de Arequipa, vía Tacna, es de unas trescientas millas inglesas. El camino, o mejor dicho, el tramo (pues en esa zona los caminos rurales son escasos), conduce al viajero a través de un desierto continuo, con la excepción de las siguientes franjas estrechas, o valles, como los llaman los nativos, donde se encuentra agua: Tacna, Sama, Locumba, Moquegua y Tomba. Tacna dista catorce leguas de Arica; de Sama, nueve; de Locumba, once; de Moquegua, veinticinco; y de Tomba, veinticinco leguas de Sama a Moquegua. En esta parte, como en otros lugares de la costa oeste de Sudamérica, no llueve ni se encuentra agua, excepto donde un torrente de montaña proveniente de los Andes da paso a la nieve derretida de la Cordillera de la costa, y a la lluvia que, en estas alturas, cae en inmensas cantidades durante la temporada de lluvias.

Varios de los cursos de agua antes mencionados deben ser cruzados por el viajero en su ruta de Arica a Arequipa, si va por el camino de Tomba. Durante la mayor parte del año, estos canales son fáciles de vadear; solo el de Tomba es siempre de suficiente importancia como para despertar la curiosidad y la aprensión del viajero que avanza hacia él, y para hacerle preguntar al primer río que encuentre: «¿Cómo está el río?». Arica se encuentra a unos 18 1/2 grados de latitud sur. Todos los lugares mencionados se encuentran al norte de Arica y, por consiguiente, dentro del trópico de Capricornio. (p. 233)

[…]

Partiendo de Arica rumbo a Tacna, el viajero continúa en dirección noreste, con el océano a su izquierda y el famoso valle de Sapo a su derecha. Aproximadamente a una milla al norte de Arica, es necesario cruzar el río San José, y cinco millas más adelante se encuentra el río Chaque Luta, que durante los meses más fríos, cuando las heladas son excesivas en las montañas, es solo un arroyo. Sin embargo, en la temporada de calor y cuando las lluvias caen en los Andes, suele ser peligroso para los viajeros, ya que se han perdido vidas en él. En febrero de 1827, el escritor, durante una visita profesional a Arica, casi se ahoga en este lugar; el animal en el que viajaba se desvió en su primer intento de cruzar. Al día siguiente, se dijo que varios reclutas militares se perdieron en el mismo lugar. Iban a pie, atados unos a otros para evitar la deserción, y, vencidos por la impetuosidad del torrente, fueron arrastrados y perecieron juntos. (pp. 237-238)

Las siguientes 36 millas presentan un desierto perfecto, sin una brizna de vegetación ni una gota de agua; en algunos puntos se oye un peculiar sonido hueco al pisar caballos o mulas. Al llegar a Equesta, una altura a seis millas de Tacna, se divisa este pueblo por primera vez, un espectáculo grato para el viajero exhausto, que ahora puede apartar la mirada de la arena

sin senderos del desierto hacia las casas y los árboles de hoja perenne de Tacna, que aparecen como un islote en medio de la inmensa soledad: otro Tadmor en el desierto.

Tacna es un pueblo indígena de cierta antigüedad, situado aproximadamente a medio camino entre la base de la Cordillera y el mar. El desierto aquí presenta un plano inclinado al observador, ya que el pueblo se encuentra a 450 metros sobre el Pacífico. El lugar se abastece de agua para todos los fines de un río que nace en los Andes por la gran quebrada de Palca, el principal paso a través de la Cordillera Occidental desde Arica hasta Bolivia o el Alto Perú. Es obvio que, en un lugar como este, el agua del río es indispensable para los habitantes del valle y debe ser muy valorada. Por consiguiente, el agua se distribuye a los propietarios o titulares de las chaquerías o plantaciones con rigor y puntualidad, por personas designadas para tal fin. El curso del río se modifica cada dos días para que el riego sea más completo. Salvo en caso de una inundación extraordinaria, ninguna parte del agua de este río llega al mar. La irrigación de las chaquerías del valle absorbe tanta corriente que el resto se evapora o es absorbido por el desierto. (p. 238)

La producción de Tacna consiste en una gran variedad de vegetales culinarios, con un poco de maíz y alfalfa, alimento principal de caballos, mulas y burros. Abundan los melones, las granadas, los melocotones y otras frutas. El olivo, la higuera y la vid también prosperan aquí. Gran parte de la producción vegetal del lugar, al no ser consumida por la gente, se descompone, generando miasmas con sus consecuencias habituales. El clima de Tacna es encantador, con temperaturas que oscilan entre los 70° y los 90° a la sombra durante la mayor parte del año. La proximidad de los Andes es la causa de este calor moderado. La montaña de Tacora se encuentra inmediatamente al este del valle de Tacna; su cima es un

cono cubierto de nieves perpetuas, que se eleva casi diecinueve mil pies sobre el nivel del océano. (pp. 238-239)

La fiebre intermitente es común en Tacna, pero más frecuente en algunas estaciones; generalmente es más frecuente durante el otoño. La forma terciana es la más frecuente. He visto casos muy antiguos y persistentes de fiebre cuartana, pero en todos ellos, tras investigar, supe que los pacientes habían estado expuestos a otros miasmas distintos a los de Tacna. De los cientos de casos de fiebre intermitente que observé en este lugar, ninguno presentó la forma cuartana de la enfermedad, salvo unos pocos cuyos pacientes habían estado expuestos a los miasmas de otros distritos. Sin embargo, esto no implica necesariamente que los miasmas de Tacna no puedan producir fiebre cuartana. La disentería es frecuente aquí, como en todos los demás lugares que visité en esta costa. En muchos casos, se determinó que era sintomática de una afección del sistema hepático; en otros, era idiopática.

La provincia de Arica abarca una extensión territorial mayor que la mitad de Escocia, y en el año 1828 su población ascendía a catorce mil habitantes, de los cuales cinco mil residían en el valle de Tacna.

Es un hecho singular que los terremotos no son tan frecuentes aquí como en Arica, ni tan severos cuando ocurren. El gran terremoto del 30 de marzo de 1828, que casi dejó en ruinas la ciudad de Lima, se sintió en Tacna, pero solo de forma leve[61].

Sama y Locumba son dos estrechos valles, separados de Tacna y entre sí por un desierto de unos cuarenta y ocho kilómetros. En ambos lugares hay agua de los Andes, vegetación y

[61] Nota original: La ciudad de Arica fue totalmente destruida por un terremoto, el 8 de octubre de 1831.

> miasmas, con sus habituales consecuencias, pero no merecen mayor atención, ya que su población es escasa, de apenas unos pocos cientos de habitantes. (p. 239)
>
> A pocas horas de salir de Locumba, por la ruta baja hacia Moquegua, el viajero, mientras avanzaba por una extensa planicie, divisó de repente una inmensa grieta o abismo en el terreno. Al llegar al borde del precipicio, este se desplomó abruptamente, con ambos lados perpendiculares al horizonte y extendiéndose longitudinalmente en ambas direcciones, más allá del alcance de la vista. (pp. 239-240) (**Fuente:** Hamilton, M. (1832)).

4.1.10. Anónimo (1833)

Breve biografía:

Según lo señalado por Fernández Canque (2016), este viajero estadounidense permanece sin identificar, aunque su testimonio ofrece una de las referencias más tempranas sobre el terremoto del 18 de septiembre de 1833. Su narración muestra que se encontraba en la región durante el evento y aporta detalles valiosos sobre los daños ocurridos en diversas localidades del sur andino.

Descripción:

Carta al director:

gran terremoto en Tacna y Arica. 1833

> Hemos sido favorecidos con la lectura de una carta recibida en nuestra ciudad de un señor residente en Lima que contiene un testimonio interesante relativo al gran terremoto en Arica y Tacna, como fue observado en el segundo lugar mencionado. El siguiente resumen será leído, sin duda, con interés.

Tacna, 18 y 19 de septiembre de 1833

Esta mañana fuimos visitados por uno de los más pavorosos terremotos que esta ciudad jamás haya experimentado, con consecuencias que han sido horrorosas tanto por la destrucción de propiedades como de vidas. Ocurrió alrededor de las seis de la mañana, mientras la mayor parte de la gente estaba en cama, y fue seguido quince minutos después por otro tan potente que se afirma que fue como el de Caracas en el que se perdieron tantas vidas. Se sintió el normal retumbar que precede el remezón pero se produjo repentinamente con toda su potencia, durando medio minuto o más. Si hubiese continuado por algunos segundos más o hubiese tenido lugar durante la noche o en cualquiera víspera del festival, cuando las iglesias generalmente están llenas, la mitad de la población habría perecido. Así como sucedió, muchos fueron enterrados bajo sus casas y en las iglesias durante la misa.

El gobernador convocó de inmediato a una sesión del municipio que había dado órdenes para que se demoliesen todas las casas que presentasen algún riesgo. Los soldados están ahora llevando a cabo tal tarea y han desenterrado una cantidad de cadáveres desde los escombros, principalmente de mujeres y niños. Muchas personas fueron rescatadas a través de hoyos hechos en las paredes puesto que las puertas quedaron firmemente bloqueadas. Otros que estaban heridos bajo las ruinas fueron rescatados más muertos que vivos. Fui testigo de varias escenas muy emocionantes: maridos que perdían a sus esposas; hijos que quedaban maltrechos y desfigurados en modo muy impresionante. Una mujer tenía a su infante, en el lugar que fue hallada, envuelto en una frazada. Se veía que había tratado de escapar pero se detuvo porque la puerta se había torcido y había quedado bloqueada. Dos mujeres fueron halladas bajo las ruinas de la iglesia ceñidas en un abrazo, habiéndose resignado de aquel modo a su triste destino sin poder escapar. Es lamentable que la pérdida

de tantas vidas resultara de la ignorancia y superstición de la gente que permaneció en el interior de la iglesia pensando que estaba segura. (p. 451)

El sub-prefecto estaba fuera de la ciudad pero llegó a mediodía y está usando todos los medios para aliviar las consecuencias de esta catástrofe. Los extranjeros, sin embargo, han iniciado una subscripción de ayuda para las pobres víctimas y la lista ya se ha completado, incluyendo la totalidad de ellos. Con una subscripción de tres escudos cada uno se obtendrá una cantidad considerable. La pérdida de propiedades ha sido muy grande. Solamente en este lugar se estima en 300.000 pesos y, en efecto, presumo que será más que eso puesto que escasamente alguna casa ha quedado con pocos daños. El número de cuerpos encontrados es de alrededor de veinte pero aún queda un volumen de unas 500 carretadas de escombros que se deben remover de las minas y de la iglesia, lo que tomará un buen tiempo. Sin embargo, hay pocas personas que faltan hasta ahora. (pp. 451-452)

19 de septiembre. Por el correo de esta mañana hemos recibido confirmación del informe que circulaba anoche sobre el derrumbe total de Arica donde no quedó ninguna casa en condición habitable. Dos vidas se han perdido hasta ahora, lo que es un consuelo. La elegante y nueva Casa de Aduana, que recién fue terminada con una gran inversión, se ha reducido a ruinas. Estamos profundamente agradecidos al Todopoderoso por nuestra preservación. Ninguna de las víctimas son extranjeras. Los comerciantes han sufrido severamente por el estado de pobreza en que han quedado sus deudores. Los negocios están interrumpidos por el momento. La mayor parte de los compradores de Arequipa, Moquegua, Cochabamba y otras partes del interior han partido para ver en qué condiciones están sus familias. De Calana, Pachía, Sama, Locumba y otros pueblos aún no hemos sabido nada aunque suponemos que han sufrido daños iguales a los nuestros en proporción

> al tamaño. En el último lugar mencionado la totalidad de producción de vino del año pasado se ha perdido puesto que los envases que lo contenían se han roto. Esperamos ansiosamente los pormenores de este desastroso terremoto en otras partes del país sobre las cuales se ha extendido en modo general. (p. 452) (**Fuente:** Fernández Canque, M. (2016)).

4.1.11. John Reid (1833)

Breve biografía:

Se dispone de muy poca información; no obstante, Fernández Canque (2016) señala que su apellido y los detalles presentes en su carta permiten inferir que se trataba de un inmigrante escocés vinculado a la comunidad británica dedicada al comercio o a actividades mineras en la región. Al momento del terremoto residía en Tacna y contaba con un espacio provisto de numerosas estanterías con frascos, lo que sugiere que pudo haber ejercido como farmacéutico, técnico analista o ensayador.

Descripción:

John Reid:

Señores: terremoto en Tacna y Arica, 1833

Tacna, 11 de noviembre de 1833

> Señores: El lugar desde el cual escribo está situado a cuarenta millas norte-noreste del puerto de Arica en la costa del Perú y a veinticinco millas desde el punto de la bahía del mismo nombre que figura en nuestros mapas como Morro de Sama. El paisaje circundante es un fragmento de aquella tierra sin esperanzas que corre desde las costas de Tumbes hasta

la frontera con Chile en la que la naturaleza, por negarle sus lluvias, ha impreso un sello de esterilidad eterna... (p. 452)

En la noche del 8 de octubre de 1831, a las 9:15 se produjo en este lugar el primer gran terremoto después de un intervalo de casi un siglo. Su llegada fue anunciada por un ruido subterráneo sordo y retumbante, no muy disímil pero más rumoroso que un trueno distante. Esto duró por 30 segundos y fue seguido por un violente movimiento vertical de la tierra que continuó por unos 20 segundos adicionales. Muchas de las casas se derrumbaron y las murallas de las demás se destrozaron en todas sus direcciones; en algunos casos cayeron algunos trozos de las partes superiores de las paredes dejando intactas las demás partes de los edificios. Este terremoto dejó en ruinas la infortunada ciudad de Arica, se sintió en cada extremo de la república hacia el sur y tan al norte como Camaná, en una amplitud que cubre siete grados de latitud a lo largo de la costa. También se sintió en el mar, a una distancia de 100 millas de Arica y hasta Chuquisaca, a 400 millas hacia el interior, sacudiendo centralmente no solo la inmensa amplitud de la gran Cordillera sino también la cadena lateral en Potosí, en la extremidad oriental de donde se sitúa Chuquisaca. El gran remezón fue seguido por otros dos a las 11 de la noche y a las 5 de la madrugada siguiente y la tierra continuó temblando en modo sensible por dos semanas posteriores y luego hasta el 7 de febrero de 1832. Pude contar noventa y siete remezones fuertes y, desde aquel día la mayor parte de los temblores que hemos sufrido han tenido lugar sin el ruido que usualmente los precede.

En este último 18 de septiembre [1833] precisamente a las 6 de la mañana se produjo otra terrible convulsión de tierra en este lugar [Tacna] la cual destruyó por lo menos 1000 de las 1200 casas de esta desgraciada ciudad, además de producir la ruina completa de Arica y de

otros pueblos de la provincia. Este terremoto comenzó con toda su fuerza y sin ningún ruido precedente. Duró por cuarenta y tres segundos y el movimiento de la tierra fue horizontal, con dos o tres oscilaciones ondulatorias que fueron las más alarmantes de todo. Aquellos que, al igual de quien escribe, han experimentado frecuentemente eventos similares estarán llanos a concordar conmigo que éste no es tiempo para cálculos exactos ni tampoco puedo hablar con precisión de la duración de esta convulsión en la que mi seguridad personal fue amenazada en modos diversos, pero como ocurrió que tuviese mi reloj en la mano en aquellos momentos, y conservando mi presencia de ánimo en modo suficiente como para registrar el momento de su fin, puedo afirmar que esas tres oscilaciones se produjeron en cada segundo. El ruido subterráneo era espantoso, mucho más sonoro que cualquier trueno que hubiese jamás escuchado –y he estado en muchas tormentas eléctricas en las cumbres de los Andes. Mucha gente pobre perdió la vida y todos trataron de moverse hacia el desierto circundante para buscar seguridad a la distancia de la peligrosa vecindad de las paredes y las casas.

En la noche anterior a cada uno de los dos terremotos a los cuales me he referido, la atmósfera estaba muy densa y parecía prevalecer una siniestra e inexplicable quietud que se rompía solo a intervalos por el soplido de la brisa o del viento que parecían no tener una dirección fija y esto se sentía tanto en las calles como en el interior de las casas. La atmósfera pareció tener un estado eléctrico muy alto y mucha gente que se dio cuenta de tales cosas en cierto modo estaba preparada para la calamidad que se aproximaba. Tampoco se dejó de considerar el aullido de los perros ni el rebuznar de las mulas durante la noche. En países expuestos a terremotos la gente adquiere el hábito de observar cualquier cosa que

se considere como un indicio y tienen también muy refinada la percepción del más pequeño remezón, lo que podría parecer a un visitante un ridículo temor. (p. 453)

Dos o tres circunstancias fueron sometidas a mi observación, las cuales parecieran comprobar que algún agente poderoso se mueve en la atmósfera además de aquel que se esconde bajo la superficie. El día siguiente encontré un gran número de frascos vacíos que permanecían en el lugar en que habían estado pero los corchos se habían desparramado en todas las direcciones dentro de la habitación. Otros pocos que contenían líquidos diversos fueron lanzados de sus estantes y se quebraron, pero ninguno de los vacíos se había siquiera volcado. En una mesa muy bien barnizada, sobre la cual había estado leyendo la noche anterior, el barniz se hizo tan fluido que se traspasó de la cubierta hacia varios libros y al día siguiente aparecieron pegados a la madera de caoba. Desde varias vasijas que estaban semienterradas el agua fue derramada en gran cantidad hacia afuera de los bordes, a pesar de que no estaban llenas y tenían un espacio vacío hacia arriba de 3 o 4 pies. Se debe notar una singularidad relativa al perro y se trata que, inmediatamente después del remezón, ya fuere que estuviese bien o muy débil, todos los perros del lugar corrieron a beber en el lugar más cercano con agua. (pp. 453-454)

Había escrito hasta este punto cuando llegó un mensajero desde Arica para informarnos que la nave que porta nuestras cartas para Inglaterra definitivamente zarpará en la mañana y que deben viajar inmediatamente. Me había propuesto entregar un breve recuento histórico de los principales terremotos que han tenido lugar en la costa del Perú desde la conquista, junto con una breve descripción de los volcanes principales en nuestra vecindad. Lo haré en la primera oportunidad, con la esperanza de que resulte algo interesante. Lamento

sobremanera que hace muchos años se me rompió el barómetro en el interior pero todos los días espero que me arribe aquel que hace tiempo encargué en Inglaterra. (p. 454)

Me suscribo, señor, como vuestro más atento servidor,

John Reid[62] (p. 454) (**Fuente:** Fernández Canque, M. (2016)).

4.1.12. Coronel Camilo Carrillo (1833)

Breve biografía:

Según Cavagnaro Orellana (2010), Carrillo llegó por primera vez a Tacna en 1822 como integrante de la Primera Expedición a Intermedios, participando luego en las campañas de Torata y Moquegua, y más tarde en Junín y Ayacucho. Continuo su carrera en el ejército republicano y, tras una estancia en Paita, fue nombrado en 1830 jefe del Regimiento Dragones de Honor, puesto que lo condujo nuevamente a Tacna para asumir funciones de mando y organización militar.

Descripción:

Representación que el Síndico Procurador General dirige al Supremo Gobierno.

EXMO. Sr. Presidente de la República—El Síndico procurador general de la Ciudad de Tacna Ciudadano José Benedicto Zabala ante la alta dignidad de U. E. con su mayor respeto y por el órgano correspondiente representa y dice: que apenas habían desaparecido las sombras de la noche del 17 de Septiembre presente y la aurora llorosa anunciaba el día 18 cuando en un minuto y medio de movimiento de tierra en esta Provincia dejó por su desigualdad cubierta la superficie de ruinas escombros y cadáveres ¡Terremoto falta é incomparablemente mayor que el del 8 de Octubre del año 31! Pues si en este se pudieron

[62] Nota original: John Reid, "Notice of an Earthquake at Sacna [sic] in Perú", pp. 174-177.

concebir las lisonjeras esperanzas que después de un par de años repararía Tacna en alguna manera sus quebrantos: por el presente han desaparecido enteramente aquellas y solo la funesta idea de una emigración local ocupa y solo la funesta idea de una emigración local ocupa hoy a sus habitantes; y para describir muy ligeramente el horroroso cuadro de la desgraciada Tacna séame permitido indicar á U. E. que a las 6 de la mañana del citado día se conmovió con tan furiosa violencia la tierra en esta parte que desde el Templo Santo, construido con solidez y firmeza hasta la más miserable cosa del país ocuparon su antiguo origen: arrastraron consigo más de 18 personas al sepulcro, sin contar muchas que deben existir sepultadas entre los escombros de la Iglesia; y un sinfín de heridos y contusos, que la mayor parte habría perecido entre las ruinas de los edificios a no ser por el infalible celo, actividad y vigilancia del benemérito Comandante del Regimiento Dragones de Honor 1. De línea D. Camilo Carrillo, quien personalmente con la recomendable tropa de su mando libró las vidas de muchas víctimas cubiertas ya entre los escombros. Los habitantes despavoridos huían del lance y en su fuga encontraban la muerte: otros en la casa santa dedicando sus primeros deberes al Ser Supremo quedaron sepultados en sus columnas: otros dejando sus habitaciones hallaron en su asilo la cruel segur de una pared vecina, que en su caída les cortó el hilo vital: otros por salvar a sus tiernas esposas, caros hijos y dulces amigos fueron también víctimas de sus propios hogares; finalmente, Sr. Exmo. en el semblante de los que por providencia divina hemos salvado, se ven retratados todos los horrores del llanto, desesperación, desconsuelo, y aun de la muerte misma, que nos amaga cada momento por los continuos y repetidos movimientos de la tierra, pues en los tres días transcurridos contamos más de 20 temblores consecutivos. (pp. 3-4)

El Templo magnifico capaz de competir con los mejores del departamento, en que se han debido gastar más de ochenta mil pesos, y con solo 50 días de su estreno, hoy se mira destruido, y las pocas columnas que existen causan horror y espanto, pues nadie quiere acercarse a derribarlas. Las propiedades públicas se han confundido con las particulares, pues que ya no se encuentra una calle que sirva de transito: todo se ha convertido en un gran montón de escombros; no hay una sola casa habitable; han venido abajo la mitad de ellas, y las están de pie, intimidan al propietario que desea acercarse para salvar algo de su fortuna, cubiertas con las ruinas y el polvo: los ricos muebles que el comercio libre había proporcionado, inutilizados al influjo de los techos y paredes que sobre ellos cayeron, sirven hoy de pábulo al fuego. Nada hay útil que el vecino pueda tomar para proporcionarse un abrigo, y en conclusión la perdida de los edificios de Tacna se gradúa imparcialmente en más de dos millones de pesos, e imposible de repararla con uno a la manera que estuvo antes del terrible estrepito. Fatal anuncio de la naturaleza para la primavera, inhumano movimiento que sin permitir al mortal la serenidad le intimido é igualo las fortunas, y sus condiciones abatiendo su más noble pasión. (pp. 4-5)

La población diseminada desde el funesto día ocupa el campo en cosas de madera, cañas y esteras de totora, que en manera alguna se preservan de la intemperie porque no cesa de llover, y con la estación calorosa que va a entrar está expuesto el vecindario a sufrir graves enfermedades por la falta de una habitación que les preste algún refrigerio. El Santo de los Santos tiene su mansión en la plaza mayor y en un recinto igual que la piedad del Párroco ejemplar ha formado para que no falte ese auxilio espiritual a los fieles, que reunidos allí con semblante macilento en total desgreño y cubiertos todavía del polvo de las ruinas

imploran gracias del Padre de las misericordias. Lo diré de una vez Sr. Exmo. Tacna ya no existe!!! (p. 5)

Se proyecta abandonar el sitio donde fue, y poblar en otro, que ahorre el trabajo, y gastos que ocasionaría aquel, solo para limpiarlo de sus escombros si se quisiere reedificar. Estoy cierto que el corazón paternal de U. E. se conmovería hasta verter lagrimas viendo por sus propios ojos tan lamentable estrago ¿Cuál será pues el dolor que aflige a los que lo experimentamos? Triste y continuados lamentos se oyen por todas partes desde aquel momento aciago, sin que se presente cosa alguna que los mitigue, á no ser la benéfica mano de U. E. que prodigando todos los bienes propios de su sensible corazón en favor de esta desgraciada población que por mi conducto se acoge a su paternal sombra, le haga sentir los poderosos y dulces efectos de su protección y amparo.

Ha muerto ya en nosotros la esperanza de nuestro alivio; no encontramos recurso capaz de libertarnos de la miseria en que nos vemos abismados, y el único que le hace revivir está cifrado en la piedad de un padre y de un buen peruano cual lo es U. E. que sin duda penetrándose de nuestra desgracia extenderá su mano benéfica en favor de Tacna y toda la Provincia. (p. 6)

Ojalá que U. E. mismo presenciase la ruina del país, volando como un ángel tutelar en nuestro amparo, entonces sí que las pasadas y presentes desgracias se calmarían porque ¿Cómo podrá U. E. no sentir y llorar a la par con los habitantes de esta Ciudad los males que los aquejan y que los han sumido en una total y absoluta miseria? ¿Y cómo no remediarlos pudiendo máxime cuando U. E. se halla animado de los más filantrópicos sentimientos? Si Exmo. Sr. la contribución de predios urbanos está de echo extinguida porque ya no los hay y los que han quedado se hallan tan ruinosos, que por bando mandado

publicar por esta Sub-Prefectura se nos ordena su demolición en el término de ocho días como consta del que original acompaño: la de los rústicos debe suspenderse por el gravísimo deterioro que han sufrido en los frutos que parecen cortados de propósito por una mano destructora, las acequias igualadas con el terreno principal, y las boca tomas derrumbadas a más de sus casas caídas todo lo que demanda crecidos gastos para su reparo. La personal y de industria la impiden nuestras urgencias y primeras necesidades de la vida; y por estos principios nos persuadimos que U. E. nos exoneré de toda contribución al menos por diez años con inclusión de la de diezmos. (pp. 6-7)

Más como está sola gracia no basta a reparar nuestros quebrantos y perdidas, tan considerables por su insuficiencia para sacarnos de la cima de la infelicidad en que yacemos sumidos, dígnese U. E. concedernos que se lleve á debido efecto la rebaja estipulada en los tratados de derechos pagaderos por los efectos de transito al 3 por ciento y que los productos líquidos de la Aduana de Arica tanto por los derechos de transito como de consumo para el país y exportación, queden a beneficio de este país y su provincia para reparar sus templos principales, oficinas y obras públicas, siendo enteramente libre toda internación de madera destinada a construir nuestras habitaciones, pues los dos estragos uno peor que otro que en menos de dos años hemos experimentado deciden por este plan a los pobladores, esperando al mismo tiempo que la benignidad de U. E disponga, que el buque transporte Monteagudo se dedique a este puerto para que pagada su tripulación con los mismo productos de la indicada Aduana y tomando las habilitaciones necesarias pase al de Guayaquil a cargar y conducir aquellas maderas que son las únicas capaces a formar los nuevos edificios proyectados. Las actuales circunstancias autorizan a U. E. para toda medida que ceda en favor de esta Provincia que compone una parte integrante de la Nación

Peruana de esta que fue la primera que en medio de la opresión y del despotismo, supo dar el grito de libertad e independencia y de esta en fin que ha hecho los mayores y más altos sacrificios para romper las ominosas cadenas del yugo Colonial. Todo esto reunido con las presentes desgracias y lo que es más apoyados en la notoria piedad de U. E. me hacen creer que persuadido eficazmente que al solicitar estas gracias en cumplimiento de mi deber y por el procomunal y urgentísimas necesidades de esta dicha Provincia debo esperar que sin desquiciar las bases constitucionales, sin perjuicio del Estado ni de tercero es exequible de las altas atribuciones de U. E., con tan justos motivos a U. E. ruego y suplico se digne en uso de sus bondades y por el mérito que prestan los adjuntos informes resolver como demando, pues es gracia que a nombre de esta infelice población imploro con el juramento de estilo &c.

Exmo. Sr. José Benedicto Zabala. (pp. 7-8)

14 DE OCTUBRE EN TACNA A NUESTROS HERMANOS DEL PERÚ

Este día amaneció para los Tacneños con el presagio de que en él debía apurarse su dolor y consumarse su desventura. En el anterior había anunciado su partida el Sr. Comandante Carrillo por medio de una nota dirigida a la Honorable Municipalidad. (1) Esta noticia consternó a todos los habitantes pues veían en este honrado y valiente jefe un genio benéfico a quien se acogieran en la desgracia: su marcha iba a poner el sello a nuestra desdicha porque él era nuestro alivio en la miseria, y en la calamidad pública—pero debía partir—órdenes superiores lo llamaban a otra parte, y nos despojaban del único amparo que el Cielo aun en medio de su colera no pudo negar al infortunio. Los que habitaban al Este de la arruinada población atravesaron pálidos, y silenciosas las solitarias calles para reunirse a sus hermanos que habían fijado sus cosas hacia el Oeste—Dragones de Honor se

hallaba en el campo de la Constitución (2) y su Jefe cuidando del soldado y proporcionándole cuanto podía necesitar celaba al mismo tiempo la observancia de la moral, y de la diciplina más apurada—falto alguna cosa—esta demora hizo asomar la esperanza en nuestros pechos, más la actividad del Jefe llamado a cumplir rápidamente su deber lo allanó todo, y se dio la orden de montar. Un secreto espanto se apodero de todos en aquel momento—pero el Comandante estaba ya a caballo—era preciso seguirle. Paso a paso andábamos alrededor suyo cuando un ligero incidente nos detuvo—El ojo observador descubrió en esto algo de misterioso—la suspensión fue precisamente a las inmediaciones, y al frente de la columna que él hizo levantar en memoria de nuestro primer grito de independencia en el año 11.—Se habría creído que el genio de los recuerdos nos detenía en aquel sitio para contemplar de cerca la obra de la amistad, y el trofeo de nuestro heroísmo—¡ah!—Único legado que en nuestra miseria dejaremos a nuestros desdichados hijos! En estos momentos la belleza fiel compañera nuestra en la desgracia como en el placer había ocupado las paredes de la alameda y al pesar el guerrero esparció sobre él la mistura que tenía preparada: estaba cuidadosamente compuesta de las flores que simbolizan la inocencia, y el pudor, el agradecimiento, y la ternura, y del alelí de nuestros sepulcros—Continuamos—Formaban nuestro acompañamiento Señoras respetables, y de las demás clases de la sociedad, hombres de todas condiciones, una juventud escogida, y también un venerada senectud en cuya cana cabeza y arrugada frente creíamos ver la marcha pausa y majestuosa de los siglos-las heridas en el fatal día a quienes una prolija asistencia pudo mejorar sostenidas, y apoyadas en los brazos de sus deudos seguían nuestro paso, y se hacían notar entre las primeras: los niños tiernos en el candor de la edad preguntaban ¿Por qué se va nuestro benefactor? Y el viejo octogenario en la madurez de la edad, y en el hielo

de las pasiones contestaba fríamente «cúmplanse, hijos míos, los mandatos de la autoridad, así como el Dios de las venganzas hace cumplir sus decretos de exterminio». Caminábamos lentamente con los ojos fijos en la tierra y sin desplegar nuestros labios, a la manera de aquellas antiguas tribus que en circunstancias iguales iban a visitar al desierto la huesa de sus padres, para buscar después un asilo en tierra extraña. Habríamos andado media legua cuando se mandó hacer parada—tomó la palabra el Gobernador del pueblo, y dirigió al jefe una alocución tan sencilla, como tierna y expresiva (3) quien la contestó en un lenguaje apasionado-el llanto siguió a este primer paso-Avanzábamos triste y abatidos el camino que nos llevaba al fatal termino.-En esto paró un momento el Comandante: mandó a sus bravos hacer alto, y volver caras-entonces los soldados saludaron los escombros donde en días más felices hubieron encontrado una hospitalidad afectuosa-Proseguíamos cuando inesperadamente se oyó el tono lúgubre de la campana de muerte: creímos fuese el eco de las tumbas en la soledad que respondía a nuestros ayer-pero no-eran los heridos que no pudiendo acompañarnos se habían arrastrado hasta las inmediaciones de movediza torre, y tomando las cuerdas que pendían de las campanas querían manifestar de ese modo su dolor, dirigiendo al mismo tiempo sus plegarias al Cielo porque el Dios de las misericordias no habitaba ya el tabernáculo do su templo. Al fin llegamos al funesto sitio-inmóviles y sin atrevernos casi a mirarnos permanecimos mustios por largo rato. —Teníamos en frente las ruinas, a la derecha el Océano, y a nuestra izquierda los elevados Andes cuyas eternas nieves había destrozado el sacudimiento y precipitado hasta sus faldas. (pp. 9-11)

Aquí debería el historiador interrumpir su narración; el corte que la mano del hombre da a la pluma no puede acercarse nunca a aquellos rasgos perfectos con que la naturaleza traza sus obras—no obstante haremos un esfuerzo y si nuestra débil mano no puede pintar un

cuadro acabado, delineará, siquiera un bosquejo de aquella dolorosa escena—formábamos un gran circulo en cuyo centro estaba nuestro héroe—el ardor juvenil interrumpió nuestro silencio: puesto aquel en pie con las manos cruzadas, y la vista clavada en el suelo escuchaba consternado las alocuciones que se dirigían—cuando uno de los jóvenes llegó a este paraje «caváis esas mansiones de muerte….y salváis mil infelices que gemían sepultos bajo sus ruinas» (4) le vimos estremecerse de un modo violento y convulsivo, y trémulos nosotros, y despavoridos nos creímos trasladados a los horrorosos lugares del día del terror—una conmoción extraña nos redujo otra vez al primer silencio, era más bien aquel estupor que el infortunio, y la ternura causan en el alma y que solo el corazón sensible sabe conocer—Pocos instantes después alzó á pausas su abatida frente el hombre del consuelo y dijo---«no os hablaré, amigos míos, en aquel estilo pomposo que casi siempre resiste la sinceridad—os hablaré el lenguaje de la amistad, y de la amistad pura, y tierna que se dirige al hombre desolado—ojala me fuese permitido habitar con vosotros! ojala llegase un día en que como hombre publico pudiese influir de un modo directo en vuestra suerte. Tengo una patria que me vio nacer—empero vuestros escombros son ahora mi Patria adoptiva, porque mi corazón respeta y ama el infortunio, porque siento en mí una natural tendencia al desdichado y por qué mi alma se goza en obrar el bien, ¡ah! si pudiese vivir con vosotros aun en medio de aquellos dolorosos restos!!!» La angustia oprimió su pecho, le faltó la palabra y cayeron las lágrimas del ojo del guerrero—hombres sensibles que presenciasteis ese cruel trance (5) ¡decidme cuales fueron vuestras conmociones al ver al hombre de nuestras plegarias con el rostro bañado en lágrimas y rodeado de un inmenso pueblo que lo estrechaba entre sus brazos y lo llamaba su tierno padre, su generoso protector! ¡Decidme que es lo que experimentasteis cuando visteis al inocente y desvalido niño llorar

amargamente por la separación de aquel hombre que lo había sacado de entre las ruinas y vuelto a una vida que el cielo quitó un momento antes a la madre! ¡Decidme lo que sentíais al ver acercarse al respetable viejo apoyado en su báculo y que le daba las más expresivas gracias por que le conservó una existencia que todo un siglo había respetado, y sobre la cual iba descargando ya el terremoto su peso mortal! Y vosotros crueles déspotas y estúpidos tiranos, vosotros que cifráis vuestra dicha en obrar el mal, que ensangrentáis vuestros mismos placeres, que como seres aislados en el universo no veis otra cosa que solo a vosotros, hijos del crimen, y obra también del crimen, venid acá, y veréis á un bravo pálido, trémulo, y lloroso, no al aspecto de un enemigo feroz que jamás le arredraría, sino a la vista de las inocentes manos del joven y de la encamisada cabeza del viejo, y también de los robustos brazos del hombre, pero del hombre animado de la ternura! Descended de vuestro elevado puesto, familiarizaos con el infortunado, y encontrareis más sosiego, y quietud habitando nuestros pobres ranchos, y comiendo el pan de la desgracia, ¡que tramando planes de sangre en vuestros soberbios palacios alrededor de vuestros aduladores! ¡Descended y veréis que una sola lagrima que arranca la gratitud vale más que todos vuestros obscuros, y efímeros placeres, y hallareis tal vez en la miseria esos goces porque os afanáis, y que inútilmente buscáis—dejareis entonces de ver la espada de Damocles amenazando siempre vuestras cabezas! Pero ¿para qué hablaros de compasión y de virtud cuando vosotros no conocéis el leguaje del corazón? Jamás visteis la cara al desgraciado, ni vuestras miradas, tan perspicaces por otra parte, penetraron una sola vez hasta la indigencia que mora en la humilde chosa del pobre—Quedaos en vuestra inmundicia, revolcaos en el cieno de donde salisteis, y al que os tienen como atados la maldad, y la depravación—nada bueno podemos esperar de vosotros. Mientras tanto, sabed que ni el horror de los sepulcros,

ni la desolación, ni la miseria con todas sus privaciones debilitarán en nosotros el firme propósito porque llegue a su término la marcha de los principios que la ilustración, y el bien estar del procomunal tienen demarcada, y que la filosofía reclama imperiosamente siglos ha—Sabed, que ni, el enajenamiento del placer con todos sus delirios se sobrepondrán nunca en nosotros a la adhesión y respeto por las instituciones liberales, y que ni los trasportes mismo de la gratitud nos harán olvidar jamás el amor a la Patria, dulce sentimiento de nuestras almas. Sabed en fin que cuando la libertad marcha asociada de la desgracia y de la desesperación….. Pero nos habíamos distraído—prosigamos. (pp. 12-15)

Todos á porfía se disputaban el placer de acercarse al hombre benéfico; le daban la mano de la amistad en prueba de su firmeza, lo estrechaban entre sus brazos en señal del eterno vinculo que os ligaba, y ambos lloraban enternecidos. Una ocurrencia llamó nuestra atención en aquel momento—un doméstico, hijo de la soberbia Albión pidió permiso para hablar—se acercó al Comandante, y en un estilo descompuesto, pero cariñoso y tierno le dijo—«Señor, yo quisiera abrirme el pecho para vieras mi corazón; aunque no puedo hablar bien, sé señor sentir bien; todos mis compañeros y todos los pobres de este pueblo te aman, y yo señor te amo muchísimo—vos nos habéis hecho muchos favores—Yo soy un pobre que no tengo como manifestaros mi cariño—pero leed aquí señor» le puso a la vista una especie de guirnalda en cuyo centro había colocado un papel, y echo dibujar un corazón; se leían en él palabras muy afectuosas (6) Este rasgo de sencillez y de ternura afectó en extremo nuestros ánimos agitados: el jefe le dio un abrazo.—Nuestra sensibilidad se conmovió de nuevo y derramamos lagrimas á torrentes. Así estuvimos por un pequeño espacio cuando en esto empezó a desfilar el Regimiento Dragones de Honor. Los distinguidos oficiales nos decían «amigos nuestros, quisiéramos participar de vuestras

penas, pero el deber nos separa de vosotros» y concluían con un tierno adiós. El soldado en su lenguaje siempre franco, pero expresivo decía «adiós camaradas, pobres camaradas adiós». El jefe montó a caballo, —quedó pensativo por algunos momentos. ¡Ha! ¡El enemigo jamás le vio baja su cabeza en el campo de batalla, y nuestras desgracias se la habían encorvado! Alzó un tanto su dolorida frente, las lágrimas corrían por sus mejillas: moviendo pausadamente el cuello fijaba la vista en todos nosotros, nos dio una mirada misteriosa y partió—Un secreto espanto nos enmudeció a todos: hijos nuestros ojos en él observamos que de cuando en cuando volvía el rostro hacia nosotros para mirarnos, y como si a fuerza de ternura, y de desgracias pudiéramos atraerle le extendíamos nuestros cariñosos brazos para significarle nuestra pena, y como para detenerlo—¡Ah! él lloraba también enternecido, y con amargo llanto regábamos el camino que lo alejaba de nosotros! algunos minutos permanecimos en esta angustiosa situación cuando desapareció el guerrero. (pp. 15-16)

Un movimiento involuntario nos hizo huir de aquel lugar de aflicción: bajábamos lentamente la elevada cuesta que domina el Valle y al poco trecho descubrimos unos bultos—eran inocentes jóvenes, e impedidos viejos que fatigados con la subida y con los abrasadores rayos del sol no habían podido seguir nuestra marcha: al vernos cobraron aliento, volaron hacia nosotros y nos preguntaron ¿se ha ido ya nuestro benefactor? y oyendo nuestra contestación exclamaron ¡ha! si al menos hubiésemos tenido el consuelo de abrazarlo y de llorar a sus pies! La vejes era imponente en aquel momento: las lágrimas que brotaban sus ojos se detenían en los surcos que el tiempo había hecho en sus mejillas, como para advertirnos que desde la cuna hasta la tumba no ve el hombre en la vida sino del dolor. Por lo demás nuestro camino era silencioso, ninguna voz perturbó nuestro pesar:

entregados a nuestras melancólicas contemplaciones solo nos entendíamos por sollozos—lo pasado y lo presente agitaban nuestra memoria y en el futuro no descubríamos sino un porvenir doloroso. Hasta entonces una mano benéfica nos sostenía en la desgracia y cuidaba de nosotros y de nuestros cortos intereses; desde aquel momento íbamos a quedar abandonados a nosotros mismo ¿Quién podría socorrer en la orfandad á los hijos del infortunio? la tierra nos había dado sin señal de exterminio y las copiosas lluvias y los impetuosos huracanes y el denso polvo que ocupaba la atmosfera nos hacían ver los elementos de muerte con que se preparaba el cielo a lanzar su rayo contra nosotros. En nuestro desvalimiento íbamos a ser presa del primer fuerte y ambicioso que aprovechándose de nuestra debilidad se propusiese dominarnos; dolorosa lección que nos trasmitieron los siglos y que por desgracia leemos en las páginas de nuestra historia!—llegamos a la llanura y tomando el camino del poblado dejamos a nuestros hermanos que habitaban la parte occidental en sus mal construidos ranchos que la lluvia de la noche anterior había inundado: allí nos despedimos con lágrimas y abrazándonos recíprocamente nos dábamos un tierno adiós, como si no hubiésemos de vernos más. ¡Ay! El pavor y el espanto, que inspiran las ruinas ponían una valla eterna entre el padre y el hijo, ¡entre el hermano y la hermana! Entramos segunda vez a la Ciudad arruinada—el no decía, mi madre murió en aquel sitio, y el otro anegados sus ojos en lágrimas repetía, mi mujer y mis hijos perecieron bajo aquellas caídas paredes ¡por qué no perecería yo con ellos! En compungido párroco que estaba en medio de nosotros hacia más seria nuestra comitiva con su ropaje de luto y derramaba cual otro sacerdote de Israel amargas lagrimas por la ruina del Templo del Señor. Proseguimos nuestro camino y el ruido de las calles desiertas se asemejaba a la marcha silenciosa de los dolientes que acompañan la carrosa lúgubre—

parecíamos el convoy de la muerte que precede a los cadáveres. De cuando en cuando dábamos una mirada fugaz sobre nuestras casas—todo lo había destruido el terremoto, la morada de nuestros padres, la alcoba donde respiramos por primera vez el aire natal, la cuna, los recuerdos, y hasta los queridos lugares que presenciaron los inocentes juegos de nuestra infancia. Pasamos al lado opuesto de la antigua Ciudad a descansar en nuestros ranchos situados a las orillas del rio—más el dolor y la ternura nos llevaron á un lugar descampado desde donde se podía ver el paraje en que nos separamos de nuestro bien hechos—no descubrimos en él sino la cuz de la muerte que anunciaba al viajero el espanto que debía encontrar en nuestros cementerios. Oímos entonces el sonido armónico de las campanas que anunciaban una alegría ajena de nuestro corazón. Era el Sacerdote del Altísimo que sacaba del desierto al Dios de las misericordias para llevar a la cama del pobre el pan de las Ángeles y el aceite místico: puesto de rodillas invocamos al Ser Supremos y unidos a él por el lazo con que el infortunio nos liga al Cielos, exclamamos—«Señor, ¡que el azote de vuestras venganzas se aleje de nosotros y que vuestra misericordia escuche los lamentos de nuestra tribulación!» Así acabó esta escena de amargura. (pp. 16-19)

NOTAS

(1) Nota dirigida por el Sr. Comandante D. Camilo Carrillo, a la Honorable Municipalidad

REPUBLICA PERUANA—Regimiento Dragones de Honor—Tacna octubre 13 de 1833—A la Honorable Municipalidad de Tacna—Honorable Municipalidad—Por razón de mi destino me veo precisado a dejar este país. Órdenes superiores me hacen marchar a la Ciudad de Arequipa, y sobre el inmenso sentimiento que llevo por la ruina que ha sufrido esta tierra, me sigue el incomparable de no poder prestar ya mis servicios, y dejar de ser

útil. Desde que ingresé en esta desafortunada Ciudad, un tierno sentimiento de cariño ocupó mi ánimo por los eminentes servicios que ha prestado a la causa de la independencia. El año 22, le había conocido, y los adelantamientos que desde aquella época había recibido, me hicieron advertir que carecía de un paseo público. Me comprometí a dárselo a mi costa, y aunque hoy no sea oportuno decirlo porque es recordar a los Tacneños, que cuando había personas que se interesabas en el bien de su país, un genio maléfico todo lo destruye, me veo en el caso de expresar a UU. Que mi promesa queda verificada. Dejo la Alameda concluida; y si mi intención fue dedicarla al recreo, que se convierta hoy en punto donde los desgraciados Tacneños se reúnan a llorar el infortunio de su país.—Para honor perpetuo de Tacna, he hecho esculpir en la base de la columna que la cierra, los honoríficos renglones que allí se leen, y que forman su inmortal gloria: gloria que ningún pueblo del Perú la tiene.—Que todo se destruya SS. pero os suplico que dediquéis vuestro conato a conservar este testimonio de patriotismo aun cuando la Ciudad no exista, ya que el terremoto lo respetó. Puede ser que algún día un curioso viajero de la edad futura venga a contemplar las ruinas, y cuando lea, y sepa que fuisteis que en el año 11, en medio del tremendo poder Español, disteis el sacrosanto grito de Libertad, y que, cuando sin fortuna, y sin hogar habéis desaparecido del Perú; llorara vuestra infausta suerte, y así la desgracia de Tacna, será llorada por la posteridad. —Mendigos seréis, empero mendigos ilustres. Si algún merito tiene la obra que os consagro, este es y nada más. Yo también me complazco, en la idea. —Tacneños: el dolor que mi alma siente, al expresarme de este modo, interrumpe mi pluma, y cuando considero que mañana os tengo que dejar, se me cae de las manos. La vuelvo a tomar para despedirme de vosotros; pero no esperéis que os diga más

que un triste adiós porque las grandes afecciones del ánimo, carecen de expresión para ser pintadas. —Adiós pues. (pp. 19-20)

Si me consideráis útil, ocupadme que quien supo con igual dolor vuestras desgracias y compadecerlas, sabrá también serviros en todas distancias. ¡Ojalá la suerte me dé influencia en los negocios públicos! Toda la emplearé eh favor de Tacna. —Así os lo asegura quien se subscribe vuestro muy humilde servidor—Camilo Carrillo. (p. 20)

Contestación dada a la anterior nota por los dos SS. Alcaldes, según acuerdo de la H. M.

REPUBLICA PERUANA

HONORABLE Municipalidad. —Tacna octubre 13 de 1833. —Al Benemérito Sr. Teniente Coronel, Comandante del Regimiento Dragones de Honor, D. Camilo Carrillo—Sr. Comandante—Hemos recibido y leído con dolor su nota de hoy comunicándonos la infausta nueva de su partida en cumplimiento de las ordenes venidas de la Prefectura. Este era, Sr., el último golpe que faltaba a nuestra desgracia: desde que para dicha nuestra pisasteis este suelo, vimos en vuestra persona al hombre llamado para hacer nuestra felicidad. A vuestras expensas hicisteis construir una Alameda en donde los vecinos se reunían al recreo, hicisteis también levantar una columna en la que se inscribió el día augusto en que a presencia de una dominación opresoras, proclamamos nuestra independencia; proyectabais otras obras de utilidad pública, y en toda vuestra conducta, nos presentabais sucesivamente nuevos motivos de agradecimiento. Al considerar el empeño con que procurabais nuestro bienestar en todo orden nos poníais a la vista al Jefe distinguido que siempre celoso por la moral de su cuerpo, é infatigable siempre en su diciplina, empleaba no obstante las horas del reposo en el cumplimiento de los deberes

sociales, y que con su recomendable civismo, nos hacía conocer a aquel guerrero filosofo que no distingue en la sociedad, otras clases que las que señala la virtud, ni conoce obligaciones más sagradas que las que prescribe la ley. Al mirarnos unos a otros nos decíamos llenos de gozo—¡Cuánto puede influir un solo hombre en la prosperidad de una Ciudad entera! y ¡Cuánto es dulce, y agradable la autoridad cuando la inviste el Ciudadano amigo del pueblo y de la ley! -Así decíamos Sr.; -pero nuestra desgracia estaba decretada, y ella se consumó. El horrible terremoto del 18 del pasado, destruyó para siempre la población, y en menos de un minuto, redujo a escombros la obra de dos siglos—¡Día falta!!!—pero interrumpamos tan triste narración—demasiados motivos de dolor tienen el corazón, para detenerse en recuerdos tan amargos. —Vos vistes Sr., nuestra desgracia…y ¡Vos llorasteis también con nosotros…! Fijaremos nuestra vista en vos que fuisteis nuestro ángel tutelar en aquel aciago día. Cuando las gentes huyendo de la muerte que las amenazaba en el poblado, se alejaban despavoridas de sus hogares abandonando sus deudos, vos Sr. con la oficialidad y tropa, despreciando el peligro inminente que corríais, sacabais de entre los escombros con mano bienhechora, a nuestros relacionados y amigos, a nuestros padres e hijos, y también a nuestras madres y esposas: sin este paternal auxilio ellas habrían quedado sepultadas entre las ruinas, y en nuestra angustia apenas habríamos tenido el triste alivio de derramar una lagrima sobre sus tumbas.—Sr.—estas víctimas vueltas a la vida por vuestro particular esmero, confundían entonces el sentimiento del espanto con los trasportes del agradecimiento, y ahora libres de aquel riesgo mesclan con los ayes del dolor, las lágrimas que arranca la ternura…..Y, nosotros que para desdicha nuestra sobrevivimos á desolación de nuestra querida Patria; nosotros que sin vuestro especial cuidado habríamos perdido nuestros intereses que el pavor nos hizo abandonar ¿de

qué señales nos valdremos para manifestaros nuestra estimación; ni como podremos acreditaros nuestra justa, é inmensa gratitud? Sr. el lenguaje que el corazón dirige en la desgracia a un bienhechor no puede pasar al labio—Léanlo vuestras miradas que han visto nuestro dolor y presenciado nuestra consternación. —Pero os vais Sr., y al darnos un tierno adiós nos encargáis conservemos la columna que levantasteis, y por la que se avisa a todos los pueblos del Perú la antigüedad de nuestro patriotismo; columna que el mismo terremoto respeto, y que el tiempo sabrá también respetar. Si Sr., será conservada, porque ni en el infortunio se abate nuestro entusiasmo patrio, porque el hombre en la adversidad, vive del recuerdo de sus acciones heroicas, y porque ella es la obra de vuestras manos, y de vuestro amor—marcháis Sr. y marcháis a pesar vuestro ¿podía vuestra sensibilidad abandonarnos? No: ¿demasiado conocemos vuestra sensibilidad abandonarnos? No: demasiado conocemos vuestro carácter—Cuando la tierra y el Cielo se han conspirado en contra nuestra, y cuando hasta nuestros mismos hermanos…cierran sus oídos por no escuchar nuestros lamentos, vos erais Sr. nuestro único consuelo: ¡pero os vais…! Idos pues, más sabed que en pos vuestra van todos nuestros corazones: que queda levantando en nuestros pechos un monumento de eterna gratitud por vuestras bondades, y que vuestro nombre, y vuestras virtudes serán la primera cosa que aprendan a repetir nuestros hijos balbucientes—Estos son, Sr., los sentimientos que tenemos el honor de trasmitiros a nombre del pueblo de Tacna, como comisionados al efecto por la H. M. que precedimos.—Dios guarde al Sr. Comandante—Juan Antonio Castañón.—José Santos Chocano. (pp. 20-23)

(2) Cuando a principios del año 31 se hallaba nuestra Republica en una posición desagradable con la de Bolivia se hizo entender a nuestros hermanos que en esta Ciudad había un gran número de personas que querían separarse de la asociación. Para desmentir

ese insolente reto que la cavilosidad y la maledicencia fraguaran en su negro encono, y en su estupidez, celebró este pueblo en 13 de marzo del mismo año una protesta solemne manifestando por ella que sus votos eran pertenecer siempre a la gran familia peruana. Entonces reunidos todos los habitantes en un lugar bastante descampado, y formados los cuerpos cívicos, en la expresión del entusiasmo nacional (que digan lo que quieran nuestros gratuitos enemigos, es el resorte poderoso de este pueblo veterano de la independencia) en fuerza de nuestro entusiasmo repetimos. Todos a una dimos a aquel sitio el sagrado nombre de «Campo de la Constitución.» Referimos a esos malquerientes nuestros del suplemento al republicano N° 14 de aquella poca, y al N° 257 de la miscelánea donde se reimprimió el acta. (p. 23)

(3) BENEMERITO Ciudadano. La heroica Ciudad de Tacna, aquella que en medio de las cadenas con que sus crueles opresores la hacían gemir bajo el yugo de la tiranía, supo dar el primer grito de libertad e independencia, ¡¡¡ya no existe!!! Triste ha sido y es su situación a impulso del fatal terremoto que ha sufrido; pero este contraste se hace más lamentable al separarse de su seno la benéfica y piadosa sombra de un Heroico Jefe, de un bien Varón, del virtuoso Carrillo, cuya filantropía, servicios y bondades se han extendido aún más allá de lo posible en alivio de sus desgracias. Se contrista, y con sobrada razón, porque la mano pródiga que en todas circunstancias ha sabido socorrer sus necesidades tanto en lo público, como en lo privado ya se ausenta: llora con ternura porque esa misma mano bienhechora que con desprecio de su existencia supo sobreponerse a los vaivenes y furias de un bravo elemento por dar vida a innumerables victimas que habrían perecido a no haber volado, trabajando a la par de sus valientes Soldados, quitando escombros y volviendo a la vida a los desgraciados que yacían sumidos entre las ruinas, ya se aleja. Tacna por fin llora y

llorará tamañas perdidas, sí: gemirá eternamente tu ausencia, piadoso Carrillo, porque en los lances más fatales de amargura y desolación fuisteis el consuelo de padres afligidos, que con ternura lloraban la perdida de sus caros hijos y estos la de sus amados padres. ¿Pero quién ha dicho Señores que el nunca bien ponderado Carrillo se aleja de nosotros, cuando en lo físico y material queda esculpida su memoria en los corazones y material queda esculpida su memoria en los corazones del último Tacneño, sellada con características indelebles, acompañados del más acendrado amor y gratitud? ¿Quién negara que a sus esforzados desvelos debemos la existencia de nuestras vidas y cortos intereses? ¿Quién no le será grato a los grandes servicios que desde su arribo a esta nos ha brindado y especialmente en aquellos momentos de nuestra amargura y aflicción? Nadie absolutamente será desconocido a las obras piadosas que ha ejercido en nuestro desgraciado país; ellas le hacen acreedor al más grande elogio y consideraciones de esta Ciudad, que ahora y siempre y en todas distancias le es y será su mejor y más grata amiga; y las inscripciones de esta Alameda publica trabajada por sus manos y a sus expensas para su recreo y ornato serán un monumento eterno que recuerden a nuestra posteridad la dulce memoria de nuestra bienhechor y su nombre se trasmitirá de generación en generación. (pp. 23-24)

BRAVO guerrero, constante defensor de los derechos del suelo Peruano, glorioso vencedor en los campos de Marte, en Junín, Ayacucho y Callao: estos son los votos que de todo corazón te tributan los hijos del desdichado Tacna, como justo compensativo a los relevantes servicios que les habéis prestado, deseándote que la mano poderosa y más prospera fortuna sea el norte de su suerte en todos tiempos; y supuesto qué solo por un deber nos dejas, recibe pues, Filantrópico Carrillo estos pequeños rasgos de un debido

reconocimiento, que nada dice en tu obsequio; cuanto tanto te debemos; como también los brazos de este vuestro caro amigo; que llenos de la más íntima gratitud te los brinda por ultima despedida a nombre del suelo a que pertenece.

José Rosa Ara. (pp. 24-25)

(4) Alocución al Sr. Comandante Carrillo por el Ciudadano Manuel Villeno

Un destino cruel se ha propuesto arrancaros del seno de nuestras desgracias. Este golpe asestado diestramente era lo que faltaba para apurar nuestro infortunio en medio de tanta agonía y de tanto duelo. Testigo de la horrorosa catástrofe del día 18 visteis convertirse este malhadado País en espantosos escombros, y en montones de cadáveres y de heridos: visteis desaparecer en un momento una de las poblaciones más ilustres de nuestra República: visteis en nuestros hogares nada más que abiertos sepulcros prontos a tragarse a los despavoridos habitantes que cayendo y levantando corrían sin saber dónde, implorando al Cielo la misericordia que la tierra les negaba. En semejante desastre sin reparar en los peligros y segundado de vuestros dignos compañeros de armas voláis en nuestro socorro, caváis esas mansiones de muerte, y extendiendo vuestra mano bienhechora salváis a mil infelices que gemían sepultos bajo sus ruinas. Al volver en si estas desgraciadas víctimas, observan en medio de sus angustias que es el comandante Carrillo, quien se disputa la gloria de darles una nueva vida. En aquel día, Señor, vimos en vos los Tacneños un fuerte muro donde encontrarán su asilo, y contra el cual parece se estrellarán los tremendos movimientos de la naturaleza—Más ¿para qué recordar nuestro dolor de aquel aciago día, cuando hoy se renueva con vuestra partida? Partís Sr., dejándonos sumidos en nuestra desdicha y entregados a las tristes contemplaciones de aquellas tumbas que veis…… (pp. 25-26)

Al despediros, llevad en premio de vuestros servicios las bendiciones de todas nuestras familias que diseminadas en aquellos campos, agobiadas con el peso de la miseria, y guarecidas de dos esteras sufren con resignación la dura suerte que les ha cavido. Llevad también estampadas en vuestro corazón las mal articuladas palabras con que os dirigen el último a Dios. Y a do quier que vayáis decid a nuestros hermanos, cual fue Tacna, cuando vinisteis a él, y cuál es el espantoso cuadro de lastimas, y de desolación, ¡y de llanto que ahora presenta! (1) Sr.—fijad de nuevo la vista sobre aquellas solitarias ruinas……

Despedida pronunciada por el Ciudadano Miguel Castañón el día de la partida del Benemérito Comandante D. Camilo Carrillo:

CIUDADANO COMANDANTE

NADA sería capaz de disculpar nuestra resolución si la gratitud no nos obligase imperiosamente a manifestar la triste situación de nuestra suerte, víctima de una separación que nos divide, que en el semblante que hoy traemos manifestamos el dolor y sentimiento con que os despedimos. Si generoso Militar, marchaos pues y decid a vuestros amigos que los desventurados Tacneños os consagran eterna gratitud y que jamás olvidaran al padre y consolador en nuestras desgracias.

Alocución del Ciudadano Miguel Arias

BENEMERITO Jefe, filantrópico Ciudadano. Ha llegado ya el momento en que te separas de nosotros—Una orden superior así lo exige. Te arrancan de Tacna, pero no del corazón de sus hijos: tu memoria para ellos será eterna, y su gratitud se extenderá hasta la más remota posteridad. (p. 26)

Esas inscripciones esculpidas en las pirámides del paseo público que nos habéis obsequiado, y al recrearnos en él diremos, Esta es una de las pruebas que el Comandante Carrillo dio a Tacna del deseo que le animaba por su adelantamiento, esta de su generosidad y desinterés. Este mismo Carrillo fue el que llenó tantas veces de gloria la causa de nuestra independencia. Moquegua, el Callao, y otros muchos campos han sido testigos de su valor, pericia Militar, y constantes servicios a la Nación. (pp. 26-27)

Jamás podremos recordar los funestos acontecimientos del 18 de septiembre, sin lagrimas del más tierno agradecimiento, y al trasmitir tan dolorosa relación a nuestros hijos, ¡nunca omitiremos decirlos «toda Tacna fue desolado!» Muchos infelices gemían bajo sus ruinas, y cuando oprimidos por el peso de los escombros iban a exhalar el último aliento, recibieron nueva vida de las manos bien hechoras de Carrillo, y su Regimiento, Si, hemos presenciado la heroicidad con que arrostrando peligros protegiste al desgraciado. No ignoramos que tu piedad se extendió a más, que nuestras vidas bajo tu protección enjugando de este modo nuestras lágrimas.

Estos motivos, y la belleza de tu carácter han hecho a Tacna tan sensible tu partida—¡No sé si llora más la ruina que ha padecido, o el desamparo en que queda! Pero en fin el deber te llama es forzoso dejes este miserable país: más, antes de separarte extiende los brazos a tus amantes Tacneños, a cuyo nombre tengo el honor de haber dicho. (p. 27)

(5) Al dirigirnos á las almas sensibles no podemos dejar de escribir dos líneas con respecto a los distinguidos extranjeros que residen en nuestro país. Sin hablar de su conducía anterior que siempre ha sido señalada por la urbanidad, y demás virtudes sociales, la que han observado después del terremoto merece toda nuestra gratitud—En el mismo día, fatal hicieron una suscripción para socorrer a las familias desgraciadas: las auxiliaron, y sus

casas eran miradas como los lugares de la misericordia, y de la compasión—allí el pobre encontraba el pan, y el herido la medicina. Pronunciamos siempre con enternecimiento los hombres de Hertzog y Casey, de Stevenson, y Hellmann, Wilson y Young de Vidal y Taennius, de los Valles y Crwfor, de Hegan y Hugues, y de otros muchos. (pp. 27-28)

(6) Este domestico merece sin duda nuestra consideración. Nacido en la Capital del más orgulloso y opulento pueblo fue obligado, según entendemos, a sentar plaza en un buque de su nación—Recorrió en la desgracia muchos Ciudades, vio la abyección del africano, y la superstición del indio, y vio también las desgracias de esos pueblos, y aprendió a ser compasivo. Con el provecho de sus economías levantó el mismo día del terremoto cuatro ranchos para abrigar a los infelices que no tenían donde acogerse—Cuando el Sr Comandante Carrillo marchó a Sama, primera jornada de su destino, le acompaño para cocinar a la tropa y al jefe ¡Así el hombre desdichado manifiesta su cariño con el trabajo de sus manos, y con el sudor que cae de su frente! No podemos omitir otra observación con respecto a este domestico—Hijos del infortunio viviremos siquiera de los recuerdos. En la campaña de Colombia era asistente del hombre honrado que vio Sud—América—del amigo que hubiera tenido Washington en su afortunada era—del vencedor de Ayacucho, del virtuoso Lamar…..Quería acompañarle hasta el destino que se le condenara a morir…..en que muriera la columna de nuestras libertades, en el que dolorosamente pereciera quien en defensa nuestra arrostraba los peligros y la muerte, y que ha sido de la constitución no veía otra, cosa que la ley, y la Patria de su corazón, y el decoro nacional! (p. 28) (**Fuente**: Anónimo. (1833)).

4.1.13. Johann Moritz Rugendas (1844)

Breve biografía:

Artista alemán que recorrió Sudamérica en misiones ilustrativas del siglo XIX. Su presencia en el Perú respondió a sus viajes artísticos orientados a producir imágenes etnográficas y paisajísticas.

Descripción:

Imagen 1: Tacna, 21 de octubre de 1844.

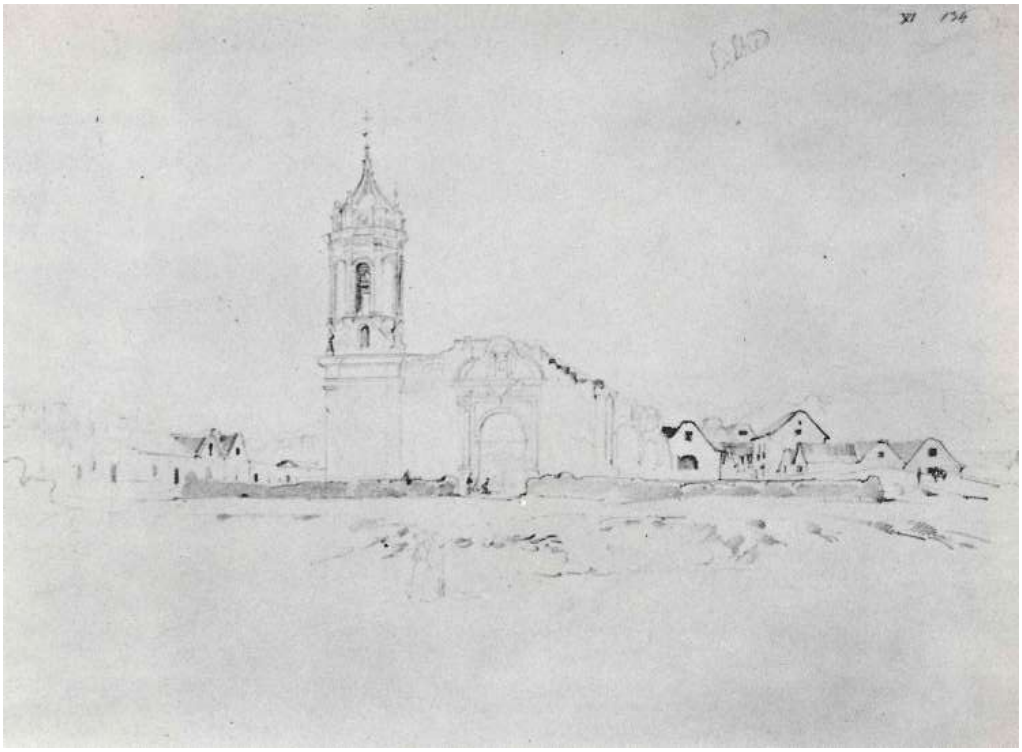

Imagen 2: Templo y casas de Tacna.

Imagen 3: Plaza y mercado de Tacna.

Imagen 4: Indígena de Tacna.

Imagen 5: Chola tacneña a caballo.

(**Fuente de las imágenes**: Rugendas, J. M. (1975)).

4.1.14. Léonce Angrand (1849)

Breve biografía:

Diplomático y artista francés que recorrió el Perú durante su servicio consular. En el marco de sus labores oficiales recorrió distintos puntos del sur andino, viaje que también aprovechó para desarrollar su obra gráfica, especialmente acuarelas y puntos de valor documental.

Descripción:

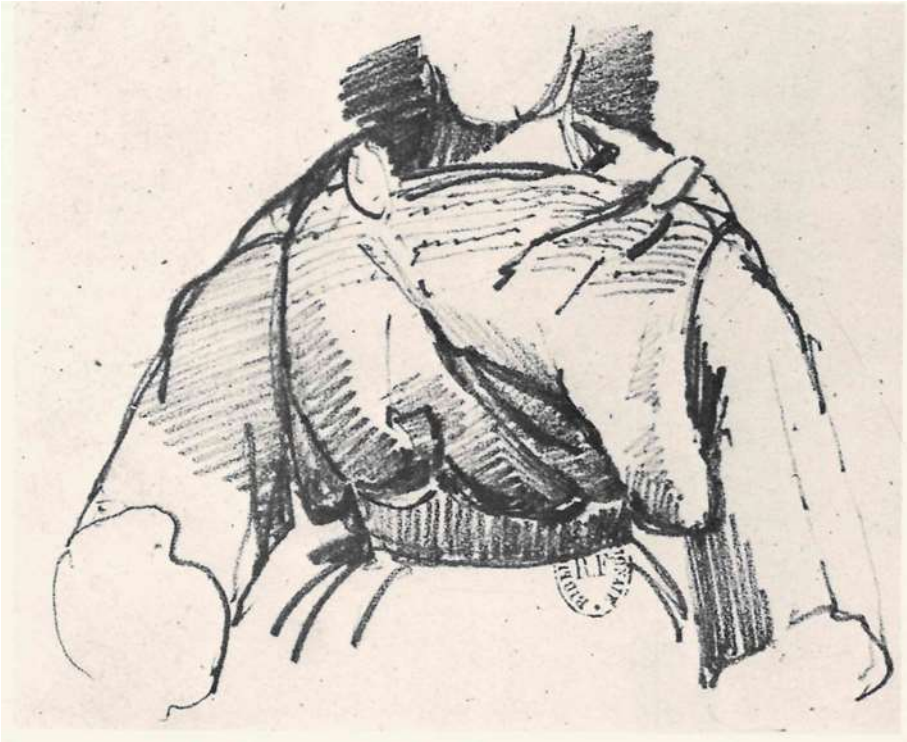

Imagen 6: Esbozo de una joven con ropaje típico.

Imagen 7: Vista de Tacna desde el alto del camino de Sama.

Imagen 8: Perspectiva de Tacna.

Imagen 9: Estudios sobre ropajes de mujer de Tacna.

Imagen 10: Mujer de Tacna a caballo.

Imagen 11: India de Locumba.

Imagen 12: Mujer sobre un borrico.

Imagen 13: Tipos de vestimentas de Tacna.

Imagen 14: Una doncella aymara, con atuendo típico.

(**Fuente de las imágenes**: Angrand, L. (1972)).

4.1.15. Hugh A. Weddell (1851)

Breve biografía:

Médico y botánico de origen británico, que recorrió Sudamérica en misiones científicas. Su presencia en el sur del Perú formó parte de expediciones destinadas a estudiar la flora andina y recolectar especie para instituciones científicas europeas.

Descripción:

El pueblo que teníamos delante no era tan atractivo a la vista como los que hemos mencionado anteriormente; Pero aterrizar allí fue mucho más fácil.

A los pocos minutos de la llegada del vapor, ya teníamos nuestro equipaje cargado en una barcaza y llegamos a una especie de embarcadero, cuya punta está ocupada por una pequeña oficina donde nos detuvieron para sellar nuestros pasaportes.

Luego vinieron las formalidades aduaneras, tan desagradables para los viajeros en todos los países civilizados. Sin embargo, debo declarar sinceramente que el trato que recibimos por parte de los funcionarios de aduanas peruanos fue muy suave. De hecho, apenas sabían que viajábamos con fines de instrucción, cuando dejaron pasar todos nuestros paquetes casi sin examinarlos. (p. 56)

No teniendo nada particular que hacer en Arica, decidimos partir inmediatamente hacia Tacna, capital del departamento de Moquegua, a unas 14 leguas de distancia; y, mientras esperábamos que nos prepararan las mulas que habíamos alquilado, partimos en busca del almuerzo. Un marsellés, algo oso, que se hacía llamar el Filósofo y que regentaba una especie de hotel en Arica, nos proporcionó lo que buscábamos, por un gran pago. Un comerciante al que visitamos después prometió encargarse de enviar los paquetes dejados en Panamá. (p. 57)

Como el calor era considerable, nos aconsejaron no salir antes de la tarde y viajar de noche, lo que hicimos. Montamos a las tres de la tarde, y al salir del pueblo nos acercamos a un gran desierto de arena que separa Tacna de la costa. Este desierto se eleva gradualmente hacia el interior y alcanza en Tacna una altura de unos 550 metros sobre el nivel del mar. No cae lluvia del cielo, ningún arroyo viene a humedecer las arenas de esta región que parece destinada a la eterna aridez. Sin embargo, dos hombres emprendedores tuvieron la idea de cambiar este estado de cosas. Un comerciante tacneño, don José Santiago Basadre, y el general Santa Cruz, convencidos de la inmensa utilidad que derivaría para este país la

presencia de una cantidad suficiente de agua, han tratado de obtenerla en los últimos años, por medio de un pozo artesiano; pero hasta el momento el sonido no ha abierto aún el paso a ningún manantial que brote, aunque ha penetrado hasta una profundidad de 160 metros. Creo que no intentaremos llevar más lejos el experimento y que nos contentaremos con explotar, mediante una bomba convenientemente dispuesta, el agua de la lámina que se ha encontrado a profundidades inferiores. (pp. 57-58)

Nuestros animales eran detestables y nuestras sillas de montar no lo eran menos, de modo que el viaje parecía intolerablemente largo. (p. 58)

Nos dijeron que a mitad de ruta había una especie de posada de madera, llamada «Hospicio»; pero nuestros animales, como dije, eran tan malos que perdimos la esperanza de volver a verla. De vez en cuando nuestro guía nos decía que esa casa tan deseada estaba «ahisito» (allí, muy cerca), pero esto sólo era para llevarnos de decepción en decepción. Por fin llegamos allí, y el dueño del lugar, a quien nos costó algún trabajo sacar de la cama, aunque sólo eran las nueve, nos sirvió, después de mucha discusión, una cena pasable. El anfitrión del Hospicio era también un francés, un personaje extraño que había conseguido varias veces amasar una bonita fortuna en aquellos países, pero que nunca había sabido encontrar la manera de utilizarla. Estaba en su último intento. Su criado, también francés, había llegado hacía poco de California y maldecía con todo el corazón las minas de placer, donde no había encontrado, como tantos otros, más que desilusiones. (pp. 58-59)

Terminada nuestra cena, nos pareció que soportaríamos fácilmente el resto de la carrera; Pero estaba lejos de eso. Apenas podemos formarnos una idea de la dolorosa sensación que nos producía la separación anormal y prolongada a que eran sometidos nuestros miembros, a consecuencia de la forma viciosa de nuestras heces. Para variar, fuimos a pie, pero la

arena era tan blanda que nos cansamos pronto, y más rápidamente todavía porque, para protegernos del frío, que era bastante amargo, nos habíamos visto obligados a cubrirnos con nuestros gruesos abrigos. El clima era maravilloso, y casi tan claro como el día, tal era la claridad de la atmósfera y el reflejo de los rayos de la luna sobre el suelo blanco. (p. 59)

A las dos de la mañana descendimos de la llanura a una hondonada que parecía ser el lecho de alguna gran corriente primitiva: un amplio barranco excavado por las aguas en el suelo aluvial que constituye toda esta región. (pp. 59-60)

Nos dijeron que estábamos en el valle de Tacna, creíamos que habíamos llegado pero teníamos que caminar dos largas horas más antes de llegar a la meta. Distinguimos por fin, sin equivocarnos, las grandes masas oscuras que los bosques de sauces, perales, granados y pacayas[63], forman alrededor de Tacna.

Pronto llegamos a un terreno más húmedo, cortado por canales de irrigación que cruzamos sucesivamente: nuestras mulas jadeantes tropezaban con ellos en largos tramos. Luego entramos en el pueblo, pasando junto a un canal más grande, a lo largo del cual se extiende un paseo público. (p. 60)

Pronto teníamos delante el Hotel Fonda de la Bola de Oro. ¡Con qué alegría vimos su puerta abierta para recibirnos! en un instante estábamos en la cama. Cerré los ojos. Ya me estaba quedando dormido cuando me sentí atacado por todo el cuerpo a la vez por picaduras que me resultaban demasiado familiares: estaba a merced de las chinches. Por más que me daba vueltas en la cama, cada nuevo movimiento parecía despertar una nueva banda de estas horribles bestias, que siempre han tenido una predilección particular por mí.

[63] Nota original: Árbol frutal del género Inga.

Finalmente, expulsado de mi lecho de sufrimiento, no tuve otro recurso que acostarme en medio de la habitación sobre mi colchón de viaje, donde terminé disfrutando de un poco de descanso, aunque todavía acosado en mis sueños por batallones de hemípteros. Estos insectos contribuyeron, debo decir, a aumentar mi deseo de hacer la estancia más breve posible en Tacna. (pp. 60-61)

Así transcurrió el primer día de nuestro viaje por el continente americano, un día que no fue de los más atractivos, como hemos visto; ni siquiera sé si la patria de las «Vírgenes del Sol» no ha perdido, desde estas primeras páginas, un poco de su fisonomía poética en la mente de muchos de mis lectores. Pero no abandonemos Tacna tan pronto. (p. 61)

Además del defecto que he mencionado, el Hotel de la Bola de Oro tenía otros que lo hacían inferior a una multitud de casas del mismo tipo en Francia; estaba lejos de valer los hoteles de Lima. Sin embargo, hace unos años habría sido en vano buscar uno similar en esta costa; y el viajero sería muy feliz si encontrara algo similar en los pueblos del interior. (pp. 61-62)

En mi opinión Tacna ha dado un gran paso adelante al establecer un establecimiento de este tipo dentro de sus muros.

No diré nada aquí sobre nuestra comida mitad europea, mitad peruana; este es un tema al que quizá tenga oportunidad de volver más adelante. En cuanto a nuestros vecinos de mesa, en su mayoría eran refugiados políticos de la República Boliviana, a donde nos dirigíamos. Eran partidarios del gobierno que precedió al del general Belzu, actual presidente de este país. (p. 62)

Las primeras visitas que hicimos, después de la que hicimos al Intendente de Policía, estuvieron dirigidas en primer lugar a MM. Charles Hertzog y Hugues Wilson, para quienes teníamos cartas de recomendación: uno francés, el otro inglés; tanto comerciantes como ex cónsules de sus respectivos países; ambos, finalmente, llenos de consideración hacia aquellos que tienen la ventaja de ser destinatarios de ellos. Gracias a ellos, pero en particular al digno Sr. Hertzog, pudimos ocuparnos, nada más llegar, de los preparativos necesarios para la continuación de nuestro viaje. Los pocos momentos que estas ocupaciones nos dejaban libres los pasábamos paseando por la ciudad y sus alrededores. (pp. 62-63)

La mayoría de las casas en Tacna tienen sólo un piso. Son casas encaladas y generalmente construidas con grandes ladrillos cocidos al sol, llamados adobes; pero también hay algunas viviendas de piedra, al menos en su parte baja, y otras son de madera, para resistir mejor los terremotos que son bastante frecuentes. Los techos están construidos con tablones y cubiertos con una capa de tierra amasada.

Las calles están pavimentadas con grandes guijarros enrollados, que se obtienen en abundancia del campo circundante; están decoradas en los laterales con aceras, formadas por una o dos hileras de losas. En el medio hay un pequeño canal (acequia) por donde fluye un chorro de agua extraída del río dos veces por semana como medio de saneamiento. Muy cerca del pueblo se han establecido unos baños fríos, alimentados por esta misma agua; son piscinas de unos metros de tamaño donde se sumergen hombres y mujeres juntos. (p. 63)

Pero la principal aplicación de las aguas del pequeño Río de Tacna es el riego de los cultivos que, gracias a ellas, se han establecido en las cercanías de la ciudad. El suelo allí es naturalmente tan árido que donde no se ha creado humedad artificialmente la vegetación es

casi inexistente. El preciado elemento se distribuye de tal manera que no se pierde ni una gota, y el río, agotado por sucesivos préstamos, acaba por desaparecer. Debajo de los últimos cultivos, todavía podemos ver claramente su lecho, pero la arena está apenas humedecida; más allá es tan árido como los campos que lo bordean. (pp. 63-64)

Desde hace varios años se ha intentado aumentar el volumen de agua del río Tacna agregándole agua de otro río, que tiene su nacimiento en la misma cordillera; pero las dificultades que habría que superar para lograr la comunicación entre ambos cursos han impedido hasta ahora la realización del plan propuesto. Las chacras que ocupan los suburbios de Tacna son hoy tan fértiles que cuesta creer que en el pasado quizás no había allí rastro alguno de vegetación. Con agua ilimitada, todos los desiertos que cubren la costa del Perú sufrirían la misma metamorfosis. (p. 64)

En estas fincas se cultivan principalmente hortalizas y árboles frutales; pero una buena parte de ella se dedica a la producción de alfalfa y maíz, que alimentan las tropas de mulas que llegan diariamente de la costa y del interior. (pp. 64-65)

En Perú, si quieres hacer algo rápido, es casi necesario hacerlo uno mismo. Siempre que uno se ve obligado a recurrir a la gente local, corre el riesgo de esperar indefinidamente. Ésta fue la razón por la cual los preparativos para nuestro viaje a La Paz, en lugar de tomar dos o tres días, apenas duraron cuatro veces más. Este retraso, sin embargo, tuvo su lado bueno: porque nos permitió asistir a una de las principales fiestas religiosas del país, y presenciar, en particular, la gran procesión nocturna que tiene lugar la víspera del Viernes Santo. Para poder contemplar mejor esta curiosa escena, un amigo nuestro farmacéutico nos invitó a ocupar, con su familia, una ventana que daba a una de las calles por donde pasaría la procesión. (p. 65)

Las ventanas de las casas antiguas de estos países parecen estar dispuestas expresamente para permitir la contemplación de este tipo de ceremonias. Su tronera es muy profunda, a causa del inmenso espesor de las paredes, y forma a menudo, en la habitación, una pequeña alcoba sobre el suelo elevado y elegantemente alfombrado, en la que las señoras muy comúnmente se acuclillan para trabajar, pero más a menudo aún para observar a los transeúntes y atraer su atención. (pp. 65-66)

El tema de la procesión de que he hablado era la crucifixión, y debo decir que no se había escatimado ningún cuidado para dar una idea lo más completa posible de ella. Decir que estamos satisfechos con el proceso en todos los aspectos sería ir un poco lejos; Pero el público parecía estarlo, y eso era lo principal: puedo asegurarles, además, que tuvimos cuidado de no parecerlo tampoco. (p. 66)

A la cabeza de la fila, a la luz de varios cientos de antorchas o velas, llevadas por todos los habitantes varones del pueblo, vestidos de gala y con la cabeza descubierta, estaba una figura de Nuestro Señor arrastrando su cruz. La seguía una banda de niños, cada uno armado con una monstruosa imitación de algún instrumento de pasión. A continuación, vino una representación completa de las diferentes fases de la crucifixión, en medio de la cual una tropa de indios disfrazados produjo un efecto bastante singular; por fin apareció la escena del entierro, de la que las demás parecían sólo el preludio. Fue la más brillante de las tres y despertó la admiración tácita de los espectadores más que ninguna otra. No puedo decir, sin embargo, qué contribuyó más a producir este efecto, si la fidelidad de las imágenes o el lujo de las gasas y los brocados de oro y plata que las envolvían. Pero a nuestros ojos, la procesión tenía su carácter más particular en sus largas filas de monjes con máscaras oscuras. Su presencia proyectaba un velo verdaderamente sombrío sobre la

escena, y nos habría recordado alguna antigua ceremonia de la Inquisición, si no fuera por las gesticulaciones. Las figuras grotescas de los indios no habían llegado casi de inmediato para destruir la ilusión y recordarnos que vivíamos en una época completamente diferente. - Una inmensa multitud de señoras de todas las edades, vestidas de negro, con la cabeza oculta bajo sus mantones, completaron la procesión. (pp. 66-67)

Los preparativos que tuvimos que hacer para partir de nuevo consistieron principalmente en comprar diversos artículos necesarios para equipar a nuestros animales de montar, utensilios de cocina, provisiones, etc. Primero pensamos que sería mejor comprar las mulas que íbamos a utilizar que alquilarlas; pero finalmente nos decidimos por la última opción. Sólo nos ofrecieron dos de estas bestias a un precio lo suficientemente bueno como para tentarnos; nos costaron 25 piastras cada uno. El alquiler de otras siete mulas, desde Tacna hasta La Paz, incluido el salario del arriero o arriero, nos costó 115 piastras; más unas quince piastras para la comida del camino. Nuestras provisiones consistían en cordero fresco, patatas, cebollas, arroz, pan, chocolate y azúcar, y finalmente, condimentos diversos, entre los que no habíamos olvidado el ají, elemento casi indispensable de ese tipo de sopa que forma la comida ordinaria del viajero en el Perú y que se conoce con el nombre de chupé. Se hace, dicho sea de paso, con patatas, cebollas y cordero cortados en trozos, hervidos juntos en abundante agua y convenientemente condimentados. (pp. 67-68)

En cuanto al traje, nuestros grandes sombreros de fieltro, nuestras botas colosales y nuestros ponchos (abrigos) rayados habrían bastado para hacernos, en Europa, pasar por bandidos; pero en Perú sólo teníamos el color local. (p. 68)

En cuanto a las armas, en este país se consideran casi inútiles; sin embargo, no lo hago. Por mi parte, no dejaba de parecer formidable, gracias a un par de instrumentos hipsométricos

con que estaba armado. Uno de ellos, un barómetro aneroide en su estuche, parecía una cartuchera; y mi barómetro Fortin, que llevaba como un fusil, suspendido del arzón de la silla de montar, muy bien podía ser confundido con una de esas armas mortales. Como todas nuestras fuentes, contenían, en lugar de pistolas, botellas de vino o de jarabe. (pp. 68-69)

Nuestro arriero nos contó que en el último viaje que hizo a La Paz había tenido a su cargo una suma de quinientas mil piastras en oro (dos millones y medio de francos). Por estas carreteras se realizan continuamente transportes similares y, sin embargo, nunca se sabe de accidentes que sufran las personas que están a cargo de ellos. Esto no quiere decir que en el Perú no se robe; allí se roban mucho, pero de poco valor: reales o medias piastras, pañuelos, cigarros puros y otros objetos similares. Tal vez sea la audacia lo que les falta a los ladrones para hacer cosas a mayor escala. Los asesinatos también son muy raros; y cuando ocurre un asesinato, generalmente es el resultado de alguna disputa, rara vez por cualquier otra razón. (p. 69)

Unos días antes de nuestra llegada, un individuo que había matado a una mujer en una de estas circunstancias fue fusilado. Esta mujer, que no era suya, le habría sido infiel. Tuvimos el cuidado de que nos dijeran, al respecto, que el autor del crimen no era peruano, sino boliviano. Cuando se ha cometido algún delito en una región del Perú fronteriza con Bolivia, siempre, se puede estar seguro, el culpable es un boliviano; en Bolivia, por el contrario, muy a menudo es el peruano quien soporta el peso de la acusación. (pp. 69-70)

CAPITULO V

Pueblo de Calana.- Cercado.- Dormitorio rústico.- Pachia.- Ascenso a la cordillera de Tacora, vegetación.- Apachetas.- Pueblo y tambo de Palca, soroche, terremoto.- Paso de Gualillos.- Punas, Tola, plantas sociales, pueblo de Tacora, vicuñas, muerte de uno de los animales, detalles de sus hábitos, como cazarlos, etc.- Río Uchusuma.- El Hospicio. Noche en la nieve, ratones, descenso al rio Maure.- Viscachas.- Llegada a la frontera con Bolivia

El 23 de abril partimos hacia La Paz, después de haber hecho transportar al señor Hertzog una parte de nuestro equipaje, que nos sería enviado más tarde.

Nuestras mulas, bien descansadas y casi juguetonas, pronto nos llevaron más allá del área cultivada alrededor de Tacna. Luego entramos nuevamente en el desierto, rumbo noreste hacia una cortina de montañas coronadas por varios picos nevados, que nos habían sido designados con el nombre de nevados de Tacora. Fue al pie de uno de estos picos que tuvimos que pasar. (p. 71)

En la llanura, nuestro camino se trazaba sobre un terreno aluvial enteramente cubierto de guijarros y grandes piedras rodadas y sembrado de arbustos de hojas resinosas pertenecientes al género Eupatorium, plantas suculentas y una pequeña hierba de hojas rígidas y espinosas que formaba, en algunos lugares, una especie de pasto que las mulas no desdeñaban en absoluto.

A la una de la tarde pasamos, sin detenernos, por el pequeño pueblo de Calana, que dista sólo dos leguas de Tacna; y un cuarto de legua más allá, nos detuvimos en una dependencia del mismo pueblo, conocida con el nombre de Cercado. El buen señor Wilson nos había dado una recomendación para su esposa, a quien los médicos habían enviado allí para

tomar el aire del campo (para tomar temperamento), y teníamos muchos motivos para congratularnos por haberla aprovechado. (p. 72)

Dejando a esta amigable familia, nos dirigimos lo más rápido posible hacia el lugar donde íbamos a pasar la noche. Este refugio que nos habían recomendado no era otro que el refugio de un gran árbol llamado Vilca[64], que se encuentra casi al borde del camino. Cuando llegamos allí todavía estaba oscuro. Las mulas ya estaban descargadas y los preparativos para la cena habían comenzado. (pp. 72-73)

Era verdaderamente un árbol magnífico que nos iba a prestar la cobertura de sus ramas y follaje, y bien merecía ser considerado una maravilla vegetal en un país donde los árboles son tan raros. Tuve la curiosidad de medir su tronco y encontré, a un metro del suelo, un diámetro de 240 centímetros. Sus ramas se extendían casi horizontalmente y sus extremos tocaban el suelo, de modo que encerraban un gran espacio circular perfectamente adaptado al uso que habitualmente hacían de él los viajeros. El único fallo importante que encontramos en este dormitorio rústico fue un ligero exceso de polvo. La temperatura, al principio muy agradable cuando el termómetro marcaba 17 grados, luego bajó un poco demasiado, hacia mitad de la noche, y bajó a 13 grados; entonces sentimos una sensación de frío muy marcada.

Al día siguiente, al amanecer, levantamos el campamento, después de haber desayunado cada uno una taza de chocolate caliente. (p. 73)

El terreno continuó pareciendo liso y abierto por un tiempo, luego se elevó considerablemente. «Estábamos entonces a unas cuatro leguas de Tacna». (pp. 73-74)

[64] Nota original: Acacia Angico?

Luego de pasar un pequeño caserío llamado Pachia, entramos en una quebrada bastante profunda, dependiente del Río de Tacna, que seguimos remontando. El camino se hacía cada vez más empinado y el país tenía un aspecto más desolado. Sin embargo, las orillas de la quebrada, aunque compuestas por los mismos elementos que la llanura, presentaban una vegetación ligeramente menos achaparrada, gracias a la proximidad del lecho del río. Las plantas que aparecieron con mayor frecuencia fueron una Bignoniaceae arbustiva[65] con flores en forma de trompeta, la Molle[66], en estado enano, y varias Eupatoriaceae. Un poco más arriba vimos una cantidad considerable de estos grandes Cactus a los que se les ha dado el nombre de Velas Peruanas. (p. 74)

A una altura de unos 3,870 metros sobre el nivel del mar, encontramos, al salir de la quebrada, uno de esos montículos de piedras levantados por la superstición de los indios, y que, como sabemos, marcan todos los puntos más altos o apachetas de los caminos del Perú[67]. Los cultivos de maíz, todavía visibles en varios lugares privilegiados del barranco que acabábamos de abandonar, dejaron entonces de mostrarse por completo. Un encantador arbusto de largas flores anaranjadas[68] vino al mismo tiempo a caracterizar con su presencia la nueva región vegetal en la que habíamos entrado. (pp. 74-75)

[65] Nota original: Tecoma fulva Don.
[66] Nota original: Schinus Molle de los botánicos. Es un árbol que se parece un poco, en su forma, a nuestro sauce llorón. Es muy común en el sur de Bolivia y la República Argentina, y se cultiva en el sur de Europa.
[67] Nota original: El origen de estos montículos parece deberse a la costumbre que tenían los antiguos indios, apenas llegaban con una carga a la cima de una montaña, de reposar allí y ofrecer al gran dios Pachacamac el primer objeto que veían: generalmente era una piedra. Al mismo tiempo, repetían repetidamente la palabra Apachecta, que contenía una especie de oración. Más tarde, esta palabra ligeramente modificada se utilizó para designar el propio montículo de piedras, y finalmente se aplicó al punto más alto de las montañas donde suelen verse estos montículos. Se dice que los fenicios tenían la costumbre de erigir montones de piedras en los caminos en honor a Mercurio.
[68] Nota original: Mutisia viciaefolia.

Continuando nuestra marcha, pasamos una segunda apacheta, situada aún más alta que la primera, antes de regresar nuevamente al barranco que habíamos abandonado momentáneamente. Nos llamaron la atención varias tumbas antiguas, de forma cuadrangular, pero ensanchadas en la parte superior y construidas en tierra. Construcciones de este tipo no son raras en Perú, donde se las conoce como chulpas. La vegetación se hace más abundante en esta parte del barranco, y aunque allí no hay árboles, no faltan grandes arbustos. El pueblo de Palca, que da nombre a la quebrada, ocupa la ladera derecha. Entramos a las dos de la tarde, y decidimos, por consejo de nuestro arriero, pasar allí el resto del día, instalándonos para este efecto en una de esas casas públicas o caravasares llamados tambos, cuya idea se remonta al tiempo de los Incas. (pp. 75-76)

Cuatro paredes, un techo de bambú y juncos, esa es la construcción general de nuestro hotel; sin tabique interior, una puerta que también hacía las veces de ventana y tres literas de tierra como las paredes, eso es para los detalles. La elevación de Palca sobre el nivel del mar es de aproximadamente 2.900 metros; así que encontramos allí un aire infinitamente más fresco que bajo nuestra acacia, y sentimos de manera muy marcada los efectos de su enrarecimiento. La sensación dolorosa que esta rarefacción produce sobre las funciones circulatorias y respiratorias se llama en el país soroche. Sólo que, en lugar de asignarle como causa una disminución de la presión atmosférica, se suele asumir que se debe a la presencia en el aire de emanaciones metálicas (antimonios). (pp. 76-77)

Mis compañeros, que desde su llegada al Perú tenían muchas ganas de presenciar un terremoto, vieron cumplido su deseo durante la noche que pasamos en el tambo de Palca; pero creo que sólo estaban moderadamente satisfechos. Era alrededor de la una y media de la madrugada cuando se oyó el ruido del metro, precursor del temblor. Al mismo tiempo,

nuestro arriero, que dormía en la calle, entreabrió la puerta gritando: «¡Señores! ¡Un temblor!». El señor de H., salió inmediatamente corriendo para ver el efecto de la conmoción en los objetos externos; pero llegó demasiado tarde; el temblor tuvo su principio y su fin en los pocos segundos que tardó mi compañero de viaje en llegar desde la cama a la puerta. Así que no vio nada ni sintió nada más; mientras que si hubiera permanecido tranquilamente acurrucado bajo su manta, podría haber analizado el fenómeno con tranquilidad. (p. 77)

Antes del amanecer partimos de nuevo y continuamos barranco arriba por un camino cada vez más empinado. Las mulas, aunque acostumbradas a realizar este recorrido, demostraron que sentían la elevación, deteniéndose a cada momento para respirar. La vegetación ya estaba caracterizada por plantas más puramente andinas[69] que las que habíamos encontrado hasta entonces. A las ocho habíamos llegado a una especie de meseta donde había un montón de piedras similares a las que habíamos encontrado anteriormente; dos o tres solanáceas arbustivas, los últimos arbustos que vimos, proporcionaban aún un poco de sombra en este bosquecillo, que aprovechamos para escapar un rato de los rayos demasiado ardientes del sol. El termómetro marcaba entonces 17 grados, lo que no impidió que todos los arroyos situados a cierta distancia de allí estuvieran cubiertos por una capa de hielo. En este nivel la vegetación estaba aún compuesta por un número bastante grande de especies, pero a medida que se subía más, estas se reducían a media docena, entre las que atraían casi toda la atención una Bolax glebaria, una Baccharis de hojas cortas e imbricadas y una Hierba cana. (pp. 77-78)

[69] Nota original: El Chuquiraga especialmente, el Bolax y algunas Baccharis de aspecto particular.

Finalmente nos encontramos en el punto más alto de esta parte de nuestra ruta, un punto conocido como Paso de Gualillos. Ni que decir tiene que tenía, como todas las demás apachetas, su montón de piedras. Pero la apacheta de Gualillos estaba aún más señalada por la presencia de numerosos esqueletos de burros, mulas y llamas que yacían alrededor de la pila central como restos de víctimas que habían sido sacrificadas al pie del altar de los dioses guardianes de la montaña. Fue la fatiga la que mató a estos pobres animales, justo cuando estaban alcanzando su objetivo. El señor B., me admitió, por su parte, mientras se dejaba caer de su silla sobre un montón de estos huesos blanqueados, que se sentía tan inclinado a añadir los suyos como a seguir adelante. Aproveché este nuevo momento de descanso para tomar la altura barométrica del cabestro. La cifra que encontré corresponde casi exactamente a la ya dada por el Sr. Pentland (unos 4.500 metros). (pp. 78-79)

Más allá del paso, el camino comenzó a descender; y poco después pasamos al pie de una de las urracas que habíamos visto desde Tacna; la nieve que los cubría descendía en algunos puntos a poca distancia del nivel en el que estábamos. El camino ya apenas tenía pendiente. Caminábamos por una de esas vastas llanuras de clima gélido que constituyen las mesetas de las Cordilleras, y que en el Perú se llaman punas. Algunas vicuñas, las primeras que habíamos visto, ocupaban el terreno delante de nosotros; pero, ligeros como rebecos, huyeron ante nuestra aproximación. (pp. 79-80)

En estas altas regiones crecían varias especies de gramíneas, entre las que destacaban los penachos grisáceos de la Deyeuxia, en compañía de una Baccharis resinosa llamada Tola. Este arbusto, un auténtico tipo de planta social, es tan abundante en estos lugares como el brezo en nuestros páramos. En mis viajes por los trópicos sólo he visto dos clases de plantas que se le puedan comparar: la brillante Microlicia de Minas Geraës y algunos

Arrayanes de los campos de Goyaz. Incluso las áreas cubiertas por estas plantas serían muy pequeñas si se colocaran junto a los vastos tolares del Perú. La tola interesa a otros además del botánico, porque es casi el único combustible vegetal que se produce en el país, y, como tal, se utiliza para calentar hornos en casi todas las regiones habitadas de las cordilleras de esta parte de América. En cuanto a la cocción en sí, generalmente se hace con los excrementos secos de la llama. (p. 80)

Después de pasar los picos nevados, continuamos nuestra marcha en la puna por el resto del día, y llegamos, alrededor de las cinco y media de la tarde, al pueblo de Tacora, que está a varios tiros de fusil del camino. Cuando digo que llegamos a un pueblo, me equivoco, debería decir los restos de un pueblo; porque Tacora estaba deshabitada desde hacía mucho tiempo, y sus casas, salvo pocas excepciones, estaban sin techo; éstas, estando techadas con paja, habían servido a su vez y durante varios años, para calentar la olla del viajero; y las vigas que formaban la estructura sin duda habían sido retiradas para ser utilizadas en la construcción de otras viviendas. Es difícil imaginar un lugar más triste que esta aldea desierta. La iglesia era el único edificio que había sido respetado plenamente. Acampamos en una pequeña cabaña cerca, intentando protegernos lo mejor posible del viento helado que entraba por sus enormes aberturas. (p. 81)

Mis compañeros, vencidos por el cansancio o soroche, apenas esperaban para acostarse a que sus colchones estuvieran extendidos en el suelo, y yo, por mi parte, sólo esperaba para hacer lo mismo la llegada del chupé, que no tardaba en aparecer, gracias a la abundancia de combustible que nos proporcionaba nuestro techo. Entonces cerré, lo más fuerte que pude, todos los huecos de mi celda y al cabo de un rato conseguí sentir casi calor. (pp. 81-82)

A la mañana siguiente, todavía estábamos todos durmiendo, cuando el arriero vino a avisarnos que cuatro vicuñas estaban pastando cerca del pueblo. El señor de H. y yo corrimos inmediatamente hacia un pequeño recinto contiguo a la iglesia, con la esperanza de que deslizándonos por sus paredes pudiéramos acercarnos lo suficiente a nuestra presa para que nuestros rifles tuvieran peso. Los pocos pasos que dimos para llegar a esta posición nos dejaron tan sin aliento, que si las vicuñas hubieran sido advertidas de nuestra presencia en ese momento, habrían tenido muy poco que temer. Pero ellos no tenían idea del peligro que los amenazaba, y continuaron pastando con total seguridad, dándonos todo el tiempo que necesitábamos para recuperar el aliento. Sólo cuando los cañones de nuestras armas apoyaron en el borde del muro, el delicado instinto de estos animales pareció revelarles la proximidad de un enemigo. Entonces sus lindas cabezas se levantaron del suelo como por acuerdo común, y cuatro pares de orejas se levantaron a la vez en nuestra dirección. Nuestros dos tiros se dispararon al mismo tiempo, pero sin ningún efecto aparente, excepto que tres de las cuatro vicuñas se pusieron a galopar y quedaron fuera de alcance en un abrir y cerrar de ojos, pero no lo suficiente para que el señor de H. sintiera que tenía que enviarles un tercer tiro que, como los anteriores, dio demasiado bajo. (pp. 82-83)

Sin embargo, la cuarta vicuña permaneció inmóvil en su lugar, y continuó mirándonos, cuando las otras ya estaban lejos; de modo que imaginé, aunque muy equivocadamente, que alguna lesión le impidió seguir el ejemplo de sus compañeras. Entonces tuve la esperanza de acercarme a él más de cerca. Salí de mi corral y corrí hacia ella. Su asombro parecía ser aún mayor, y sólo cuando había avanzado unos quince pasos ella emprendió el vuelo. Sin embargo, tuve tiempo de apuntarle antes de que recuperara el terreno perdido, y

esta vez mi bala tuvo efecto, porque la bestia cayó muerta por el golpe. La carga había llegado unos centímetros por debajo de la cabeza, cortando la columna cervical. El arriero corrió hacia mí y yo traté de llevar con él a mi víctima a la casa; pero su peso era tal que me quedé sin aliento en un instante. Tuvimos que esperar más refuerzos, gracias a lo cual finalmente la vicuña fue colocada en el patio de nuestra casa, y me dispuse a desollarla para quitarle la piel. (p. 83-84)

El motivo que indujo al animal a retrasar su huida para que yo pudiera matarlo no fue, como suponíamos, una lesión. Cuando una tropa de vicuñas es perseguida, los machos más vigorosos, que actúan como líderes, invariablemente permanecen últimos en el lugar del peligro, como para proteger la huida de los demás. Este es un hecho que presenciamos más de una vez durante nuestro viaje, y que es la razón por la cual es mucho más fácil conseguir vicuñas machos que del sexo opuesto. Pude acercarme lo suficiente a los machos veinte veces durante nuestro viaje para fotografiarlos, pero nunca pude hacer lo mismo con las hembras. (p. 84)

La vicuña[70] es, junto con el guanaco, el representante del género Camello de mayor distribución en el Nuevo Mundo. Se encuentra en casi todas las partes altas de los Andes, desde Ecuador hasta el Estrecho de Magallanes. Las regiones que más le gustan son aquellas donde sólo el hombre y el cóndor pueden seguirla; pero el pájaro, más aficionado al olor de la carroña que al de la presa viva, rara vez le hace la guerra; y el hombre, al menos hasta nuestros días, ha buscado fomentar la multiplicación de estos animales en lugar de ayudar a su destrucción. Esto explica por qué eran tan abundantes en la época de la

[70] Nota original: Camelus Vicogna Camel.

conquista. En tiempo de los Incas, la lana de vicuña se utilizaba especialmente para la fabricación de tejidos con que solían vestirse los nobles del país, y los animales que los proporcionaban, aunque salvajes, eran considerados como propiedad exclusiva del soberano. Nadie podría expulsarlos sin exponerse a severos castigos; y sólo en épocas fijas, es decir aproximadamente una vez al año, se realizaba una cacería general bajo la supervisión personal del Inca o de sus oficiales principales. Aun así, las cacerías sólo tenían lugar en el mismo distrito cada cuatro años, de modo que los déficits tenían tiempo de ser cubiertos. Estas cacerías se llamaban chacus, de donde viene la palabra Chaco. (pp. 84-85)

En la época referida, todos los habitantes de la provincia, que a veces eran cincuenta o sesenta mil, y a veces más, si hemos de creer a los informes, se armaron con pértigas o lanzas y se distribuyeron de tal manera que formaban un inmenso cordón que debía abrazar, dentro de su recinto, toda la extensión del país en que se iba a realizar la caza. Hecho esto, todos los individuos que componían el círculo marcharon hacia un centro común, recorriendo cuidadosamente el país, hasta que los consternados habitantes de la Cordillera se encontraron todos concentrados en algún espacio bien unido donde era fácil tomar control de ellos. Luego se produjo el sorteo. Se mataron animales exóticos, como venados, etc., especialmente sus machos, y muchos guanacos. Su piel era utilizada para diversos fines y su carne se distribuía entre quienes habían participado en la caza; cortado en rodajas finas y secado al aire, constituía, bajo el nombre de charqui, el único alimento animal de los habitantes de clase baja del Perú. En cuanto a las vicuñas, cuyo número a menudo alcanzaba treinta o cuarenta mil, fueron esquiladas cuidadosamente y se les dio la libertad. Su lana era entonces depositada en los almacenes reales y distribuida según fuera necesario: las de calidad inferior para la gente común y las más finas para los nobles, a

quienes solos se les permitía usar telas finas. Estos tejidos, dicen las crónicas, tenían todo el brillo de las más bellas sedas y la delicadeza de sus matices excitaba la envidia de los artesanos de Europa. (pp. 85-87)

Las medidas prudentes que acabo de describir ya no se observaron después de la conquista, y el número de vicuñas disminuyó en consecuencia de manera prodigiosa. Hoy en día, la forma habitual de cazarlos es bastante similar, salvo el resultado, a la que se utilizaba en el pasado. Consiste en preparar en un lugar convenientemente elegido un recinto de 2 o 300 metros de circunferencia, cuyas paredes están representadas por una red muy ligera sostenida por estacas plantadas a intervalos, o incluso por una simple cuerda de la que se suspenden copos de lana. Este recinto tiene una abertura de 15 a 20 metros de ancho, por donde se introducen las vicuñas por medio de un cordón de hombres similar al que hablé antes, sólo que es menos extenso. (p. 87)

La sola visión de la red o de la cuerda es suficiente para contener a los tímidos animales; luego se dejan rodear sin ofrecer resistencia y los indios los masacran fácilmente, ya sea noqueándolos con garrotes o rompiéndoles el cuello con las rodillas. Luego los despellejan para quitarles la piel, que llevan al mercado, donde se vende por unos 4 reales (2,50 francos). Aislada, la lana se vende en la costa del Perú hasta por 100 piastras (500 francos) las cien libras; pero vale la pena señalar que un individuo aporta muy poco. El mayor consumo de este artículo se da en el propio país, donde se utiliza para confeccionar sombreros y guantes de fieltro muy apreciados y con una suavidad muy particular. Su exportación es casi nula, si la comparamos con la de lana de oveja y alpaca; en Perú asciende como máximo a 2.000 o 2.500 piastras al año. (pp. 87-88)

La vicuña se domestica fácilmente desde joven; Ella es entonces extremadamente gentil y sigue a su amo como un perro. Este animal, sin embargo, tiene en su carácter un cierto elemento de travesura del que nunca está privado; Por eso tenemos mucho cuidado de no darle nunca demasiada libertad, ya que sus inclinaciones podrían ser perjudiciales. Cuando es atormentado, a menudo responde con una patada; Pero un medio de defensa que utiliza con la misma frecuencia es escupir el tema de su reflexión en la cara de su oponente. (p. 88)

Las mulas y los burros comen con mucho gusto las grandes Deyeuxias que constituyen, con algunas otras gramíneas, el pasto bravo de las punas; pero las vicuñas prefieren los pastos más bajos, de especies muy diversas, que forman el césped más fino de la llanura, el que los habitantes del país llaman pastito. (pp. 88-89)

El tamaño promedio de la vicuña es menor que el de la llama, lo cual todos sabemos, pero es casi igual al del Guanaco. El individuo que maté medía 126 centímetros entre el origen de la cola y el nivel de las orejas; la longitud del cuello, arriba, era de 38 centímetros; y la circunferencia del cuerpo, hacia la mitad del abdomen, de un poco menos de un metro. El color del pelo es en todas partes un marrón leonado u oxidado más o menos claro, excepto en el pecho, donde es (en el macho) de un hermoso blanco. Finalmente, los ojos de la vicuña, muy grandes y de una dulzura particular, dan a su rostro una expresión de inteligencia que, unida a la gracia de su porte, asigna a este animal un lugar entre los más bellos objetos de la creación. (p. 89)

A pesar del retraso ocasionado por el acontecimiento que he descrito, logramos ponernos en marcha poco después de las ocho. La región que teníamos frente a nosotros, bastante similar a la que habíamos recorrido el día anterior, estaba cubierta de grupos muy juntos de

Deyeuxia y Baccharis. Mis compañeros de viaje, ya medio aclimatados, sufrieron mucho menos el soroche que antes; pero por otro lado, el señor B. se quejaba doblemente de fatiga. (pp. 89-90)

A las dos de la tarde paramos a almorzar, a orillas de un río llamado Uchusuma, en un pequeño pantano salpicado de gencianas en flor. Pero las nubes que desde hacía un tiempo se acumulaban sobre nuestras cabezas adquirieron de repente un aspecto tan amenazador que rápidamente volvimos a montar y nos cubrimos con nuestros ponchos para protegernos del viento que cada momento se hacía más fuerte y gélido. Pronto grandes copos de nieve oscurecieron la atmósfera y la puna quedó cubierta por una inmensa sábana blanca, bajo la cual nuestro guía tuvo grandes dificultades para adivinar la dirección del camino. Estábamos ansiosos por llegar a algún refugio donde pudiéramos calentarnos y pasar una buena noche, pero el cielo había decidido lo contrario. Imaginad nuestra desesperación cuando al llegar al esperado refugio sólo vimos una fea ruina negra, más desnuda aún que las de Tacora. Creo que alguna vez hubo allí una especie de posada, pero el nombre de Hospicio que llevaba este resto de la casa nos parecía una amarga burla. Cuando llegamos, en gran tamaño parecía un trozo de pastel de miel, con la diferencia de que, en lugar de miel, sus numerosas celdas estaban llenas de nieve. (pp. 90-91)

Eran aproximadamente las cinco y media cuando nos detuvimos ante esta horrible guarida; pero la noche nos habría sorprendido mucho antes de que pudiéramos llegar a otra mejor, por lo que tuvimos que resignarnos. Además, ya casi no nevaba, y esperábamos que vaciando una o dos cabañas del material frío que las estorbaba, todavía pudiéramos pasar allí la noche de manera satisfactoria. Todos nos pusimos a trabajar y en un tiempo relativamente corto el lugar quedó despejado y nuestras camas hechas. No hace falta decir

que hacía frío; así que podemos adivinar fácilmente el sentimiento de satisfacción que experimentamos cuando nos enterramos bajo nuestras sábanas. En resumen, tratamos de olvidar nuestros problemas mientras dormimos, porque no era cuestión de cenar. Cansado como estaba, pronto me quedé dormido, echando una última mirada a unas estrellas que brillaban sobre mi cabeza y de las que había tenido el placer de sacar un presagio favorable. Pero las estrellas nos engañaron, como han engañado a tantos otros. Alrededor de medianoche, me desperté repentinamente, sintiendo una fuerte sensación de hielo en el cuello, sensación que rápidamente se extendió por mi espalda. Era un puñado de nieve que acababa de caer sobre mí, tras un movimiento que había hecho para darme la vuelta, habiéndose movido un poco el poncho que había extendido sobre mi cara. Al levantarme para ver el estado de la atmósfera, atraje otra avalancha a mi cama, y luego otra, pues estaba medio enterrado bajo la nieve que había caído durante mi sueño. El señor B. que ocupaba la misma celda que yo, también casi había desaparecido, pero de mejor humor que yo y más cansado también, continuó durmiendo. Después de algunas reflexiones bastante desagradables, decidí que lo mejor que podía hacer era volver a dormir, solo; y tuve la satisfacción de lograrlo. Esta vez cuando me desperté era pleno día. (pp. 91-92)

Luego dejó de nevar por completo y el tiempo prometía ser bueno. Sin embargo, el frío seguía siendo tan intenso (3 grados bajo cero) que, con cierto pesar, dejé mi colchón, aunque estaba casi empapado. Sin embargo, nuestro arriero jefe, a quien yo había compadecido interiormente, había salido mejor parado; había hecho un largo techo impermeable con las albardas de sus mulas, donde se sentía tan a gusto que nos costó trabajo hacerle salir. La nieve acumulada alrededor de este dormitorio improvisado solo lo hacía aún más seguro. (pp. 92-93)

Las mulas, al parecer, habían estado incluso menos satisfechas que nosotros con el lugar donde las habían obligado a pasar la noche, y una de ellas había ido a buscar fortuna a otro lado. El arriero estaba a punto de verse obligado a salir a buscar otro, cuando por una casualidad inesperada, acertó a pasar en ese momento otro arriero, del cual obtuvo lo que quería. Mientras tanto desayunamos chocolate con nieve y pasé el resto del tiempo, hasta la hora de la partida, cazando con uno de nuestros hombres los ratones que infestaban nuestros dormitorios. Cogimos varios de estos animales más pequeños y los derribamos con bolas de nieve; pero los mayores, menos atrevidos, acabaron por no dejarse tentar ya por las migajas de pan con las que iniciábamos la entrada a sus guaridas. Me sorprendió bastante, lo admito, encontrar estas pequeñas criaturas en estos lugares, porque no pensé que un alimento tan simple como la hierba de puna pudiera bastarles; aunque no sé dónde encontrarían otro a esa altura. (pp. 93-94)

Una vez cargado el equipaje, partimos nuevamente. Alrededor de las once, dejamos la llanura para emprender un descenso tan empinado como pintoresco, que nos lleva hasta las orillas del río Maure, que en este punto forma la línea de demarcación entre Perú y Bolivia. Las laderas del barranco en cuyo fondo discurría este arroyo estaban erizadas de grandes rocas de formas muy extrañas. Muchos de ellos eran más anchos en la parte superior que en la base y parecían haber sido desgastados por las olas de un mar embravecido. Sus cavidades huecas sirvieron de refugio a infinidad de roedores de cola larga, del tamaño de nuestro conejo, conocidos por el nombre de Viscachas, a cuya costa nos hubiera sido fácil procurarnos una abundante cena, pero el temor de una demora que nos obligara a pasar otra noche sin techo nos impidió hacerles daño. (p. 95) (**Fuente:** Weddell, H. A. (1853)).

4.1.16. William Bollaert (1854)

Breve biografía:

Trabajo en la región de Tarapacá en actividades mineras e industriales durante la década de 1850. Sus recorridos por el sur peruano respondieron a inspecciones técnicas y estudios relacionados con la explotación minera y la cartografía regional.

Descripción:

> Arica está a 18° 20' S. Frezier, quien visitó la costa en 1712, describe así las Huacas, o antiguas tumbas en Hilo y Arica: sus cuerpos están enteros, con telas, y a menudo se encuentran con vasijas de oro y plata. Las tumbas están excavadas en la arena a la profundidad de un hombre y rodeadas por un muro de piedras secas, cubierto con cañas, sobre el cual hay una capa de tierra y arena; esto lo vi durante mis primeras visitas a Arica, en 1825. En 1854, volví aquí, cuando se construía un ferrocarril a Tacna y se excavaba una parte del Morro o promontorio para rellenar la orilla. Mediante esta operación, al remover el terreno suelto de la ladera del Morro, se descubrió un antiguo cementerio entre los escombros, resultantes de la roca del Morro. Las tumbas estaban cerca de la superficie, revestidas de piedra, y algunas cerradas con una losa de piedra. Los cuerpos estaban sentados, completamente desecados (no embalsamados), y envueltos en mantas de lana y algodón; a veces se encuentra un perro en las tumbas. El clima era extremadamente caluroso y, mientras examinaba estas tumbas, enfermé de fiebre y paludismo, muy común aquí y de gravedad, por lo que no pude continuar mis investigaciones con el cuidado y la atención que esperaba. Dondequiera que un arroyo de la Cordillera llega a la costa, se ve vegetación densa justo donde corre el agua; la descomposición de esta materia vegetal produce terciana o paludismo. (p. 151)

[…]

Gilliss[71] observa que a diez millas de Arica hay un lugar supuestamente lleno de huacas. Un amigo le escribió que cerca de Tacna hay un antiguo cementerio indígena, en la ladera de la montaña, en cuya base se encuentran estas tumbas. Observó enormes caracteres trazados en la arena; se pueden percibir y leer a simple vista, si se los entiende, a una distancia de diez a quince millas. Toda la ladera de la montaña está cubierta de ellos. Parecen estar escritos como caracteres chinos, en líneas verticales. Algunos deben tener entre diez y mil doscientos pies de longitud; es decir, cada carácter es de ese tamaño y parece tan fresco como recién escrito; son antiguos registros indígenas, escritura pictórica gigantesca, probablemente emparentados con los pintados de Tarapacá. (p. 153)

[…]

El Dr. Hamilton afirma que, en el camino que atraviesa el desierto de Tacna a Arequipa, entre Locumba y Moquegua, se observan numerosas conchas marinas en la arena, a cierta distancia del mar y por encima de él. Son similares a las que se encuentran actualmente en esa costa, dentro de los límites de marea, lo que indica que en épocas muy remotas se ha producido en esa localidad una elevación del terreno o un hundimiento del mar. (p. 253)

[…]

Arica se encuentra en una llanura, una franja de aluvión que se extiende hacia el interior. La formación original del conjunto se debe sin duda a torrentes durante la historia geológica temprana de la vertiente occidental de la Cordillera. Aquí crecen naranjas, paltas, granadas, higos finos y mucho ají. Hay fiebre tifoidea causada por la descomposición de la

[71] Nota original: Expedición Astronómica de los Estados Unidos a Chile, I., 114.

vegetación. Este es el puerto marítimo de Tacna, a cuarenta y una millas de distancia, y ahora hay un ferrocarril que cruza el desierto entre ambos lugares. (p. 253)

[…]

El agua de Arica es tan salina y terrosa que, antes de poder utilizarse en las calderas de las locomotoras, debe ser destilada, al igual que el agua de Tacna para este fin. El agua utilizada para las locomotoras de la autopista de Copiapó se destila del mar, y la de los pozos es terrosa y salina. (pp. 253-254)

Meyen describe la vegetación de los Andes peruano-bolivianos de la siguiente manera: al ascender desde Arica, hay que recorrer muchos kilómetros, una estepa de grava y arena, un desierto sin plantas ni animales. En Tacna aparecen algunos árboles y arbustos; más allá, se ven ocasionalmente olivos, granados e higueras. A continuación se llega a la región de los cactus, entre 1500 y 2300 metros de altitud. Más arriba, la vegetación es de una belleza excepcional; pero en el paso de Guallilas (14 750 metros) la vegetación ha desaparecido, y la amplia cresta montañosa se convierte en un desierto desolado hasta que se desciende a la meseta del lago Titicaca. En esta meseta, compuesta principalmente por extensos pastos y campos de cereales, se encuentran cipreses. El camino de Chuiquito a Puno es como un jardín de flores. Maíz: 12.900, vizcachas: 15.000, flamencos: 13.000, nido de cóndor: 15.000 (su vuelo: 23.000). Límite de nieve de la cadena oeste: 18.500, y del este: 15.900. (p. 254) (**Fuente:** Bollaert, W. (1860)).

4.1.17. E. W. Middendorf (1855)

Breve biografía:

Médico y estudioso alemán que llegó al Perú motivado por intereses científicos y académicos. Recorrió diversas regiones del país mientras desarrollaba investigaciones sobre lenguas andinas, prácticas culturales y aspectos históricos del territorio.

Descripción:

> Aunque Arica era un puerto peruano, en aquella época todas las mercancías con destino a Bolivia se desembarcaban allí, pues el puerto de Cobija, el único punto de desembarque que Bolivia poseía en el Océano Pacífico, se encontraba varios grados más al sur y, por lo tanto, era tan desfavorable que no se utilizaba para el tráfico de mercancías. Las casas comerciales que gestionaban el comercio con el interior no se encontraban entonces, como todavía se encuentran, en Arica, sino en la pequeña ciudad de Tacna, situada a 40 kilómetros del puerto y a 550 metros sobre el nivel del mar, en la desembocadura de un valle irrigado por un arroyo de montaña. Esta agradable ciudad creció gradualmente a partir de una aldea habitada por pequeños terratenientes, ya que los arrieros indígenas temían venir a la costa debido a las fiebres malignas que antiguamente prevalecían en la región de Arica. A mi llegada al Perú, se estaba construyendo un ferrocarril entre el puerto y la ciudad de Tacna, obra de la firma inglesa Joseph Hegan & Co. para una empresa, pero cuya construcción fue confiada a un ingeniero norteamericano llamado Walton Evans. Entre las cartas que me había proporcionado el Dr. Ried había una dirigida al citado ingeniero y a la mañana siguiente de mi desembarco partí para encontrarme con ese hombre. (pp. 23-24)
>
> […]
>
> El autor ha tenido la oportunidad de visitar con frecuencia barcos de emigrantes chinos y puede dar fe del buen trato que recibían los culíes, especialmente en épocas posteriores,

pero también ha presenciado ejemplos aislados de la peor clase. En 1856, un barco llegó al puerto de Arica con trabajadores chinos para el ferrocarril que se construía desde el puerto hasta Tacna. El autor fue enviado a bordo como médico provincial para informar sobre el estado de los pasajeros. (pp. 243-244) (**Fuente:** Middendorf, E. W. (1973)).

4.1.18. Ernest Grandidier (1858)

Breve biografía:

Emprendió con su hermano Alfred un viaje de exploración por Perú y Bolivia (1856-1860) financiado por intereses científicos y académicos franceses. Su paso por el sur fue parte de esta travesía orientada al estudio de recursos naturales, etnografía y geografía sudamericana.

Descripción:

Por cuarta vez cruzamos la cadena principal de los Andes en el Paso de Tacora, última barrera que cerraba nuestro acceso a la costa; la aridez de la Cordillera nos causó una profunda impresión, pero no pudo contrarrestar la alegría que se había apoderado de nuestros corazones al pensar en el fin próximo de nuestra ardua expedición. Estábamos impacientes y felices de volver a ver pronto el Océano, y nos parecía, a medida que nos acercábamos a la orilla del mar, que veíamos desaparecer la distancia que nos separaba de nuestra tierra natal. Caminamos todo el día entre los precipicios, desafiando el calor y resistiendo la fatiga; sólo queríamos descansar en el lado que daba al Pacífico. La atmósfera ardiente se había enfriado poco a poco, el sol acababa de ponerse en el horizonte, la oscuridad cayó de repente sobre la tierra y nos envolvió en un espeso velo; en estas regiones no hay crepúsculo, no hay transición del día a la noche. Aceleramos el paso de nuestras mulas: afortunadamente el tambo no estaba lejos y ya había anochecido cuando

llegamos a La Portada. En este lugar existe una mina de sulfuro de cobre argentífero y una hacienda minera[72]. Nuestro día había sido de quince leguas. (pp. 234-235)

Durante nuestras excursiones nos topamos a menudo con apachetas: diré una palabra aquí sobre su entrenamiento. En todos los puntos más altos de la Cordillera del Perú y Bolivia, el viajero notará montículos de piedras cuya existencia se debe a la superstición de los indígenas, que nunca pasan cerca de una apacheta sin arrojarle una piedra. Me aseguraron que los indios, llegando a una altura, cerca de una apacheta, colocaban dos o tres piedras una encima de otra, atribuyéndoles una idea supersticiosa, para asegurar ciertos acontecimientos pasados fuera de su presencia, si, por ejemplo, una desgracia doméstica no les había sobrevenido en su ausencia. A su regreso, si no encuentran las piedras en la misma disposición, lo consideran como una prueba de su desgracia y, habiendo regresado a casa, se vengan abrumando a golpes y reproches a aquel que consideran culpable. (p. 235)

Nada iguala la desolación de los parajes desiertos en medio de los cuales se desarrolla tan penosamente el paso de la Cordillera al Paso de Tacora. Al verlos, ¿Quién podría resistirse a un profundo sentimiento de tristeza? Parece que el alma siente más vivamente en estas vastas soledades, donde nada perturba el solemne silencio de la naturaleza, excepto el viento que sopla violentamente y silba entre las rocas. No hay rastro de vegetación; sólo la nieve cubre las cumbres de los picos que se elevan hacia el cielo. El camino está sembrado aquí y allá de esqueletos y cadáveres de animales que han muerto en estas regiones inhóspitas. No le es dado al hombre poder soportar durante mucho tiempo el espectáculo de imágenes angustiosas sin tratar de escapar de ellas. Es en estos terribles desiertos donde se

[72] Nota original: Una hacienda mineral es una hacienda en donde uno se beneficia del mineral.

experimenta este sentimiento de debilidad humana; la mente, para escapar del presente, realiza un esfuerzo sobre sí misma que la retrotrae al pasado o la transporta al futuro. Entonces las ideas de religión, patria y familia vienen a asaltar al viajero; ¿Cuántos reproches no se hace a sí mismo por haber descuidado un día su felicidad, cuando, rodeado en su país natal por las comodidades de la vida, la seguridad perfecta, los cuidados más tiernos y devotos, se atrevió a quejarse de su suerte y dividió su existencia entre el descontento y el aburrimiento? Después de esta confesión en la sola presencia de Dios, ¡Cuántas promesas no hace el viajero para su futuro! ¡Cuánto pretende aprovechar, a su regreso, de una experiencia tan cara adquirida en sus peregrinajes! ¡Qué esperanza y felicidad en su imaginación! ¿Hasta dónde no llegaría por ese camino de felicidad, si su mula, al dar un paso en falso, no lo apartara de repente de tan dulces impresiones? (pp. 235-237)

Los jóvenes que disponen de tiempo y dinero para viajar renuncian valientemente, por unos años, a las comodidades del hogar y a las distracciones agotadoras de la capital. ¡Qué experiencia y verdadera felicidad no adquirirás para el resto de tus días! Quien no ha sufrido, quien no ha tenido privaciones, sólo experimenta placeres tediosos que se transforman en disgusto por la vida. El trabajo es la base de la felicidad; en este sentido, todos debemos pagar nuestras cuotas a la sociedad. (p. 237)

[…]

Bolivia es muy atrasada y las revoluciones que desde hace muchos años se suceden continuamente y a cortos intervalos se oponen a todo progreso. La situación geográfica de esta república es uno de los obstáculos más invencibles para su prosperidad y el desarrollo de la civilización: lejos de todo contacto con el extranjero, languidece en un estado de

letargo y somnolencia que bordea la muerte. Cobija, el único puerto que tiene sobre el océano, es insuficiente para un país grande; además, un desierto arenoso separa la costa de las provincias del interior y presenta una barrera casi insuperable para las relaciones comerciales del centro de la república con el mundo exterior. Además, la mayor parte de las mercancías que Europa envía a Bolivia pasan por Perú, descargadas en Arica, se embarcan por Tacna y el Paso de Tacora. Tacna, ciudad peruana, es el mercado de La Paz; su desarrollo proviene del comercio con Bolivia. Para que este último estado pueda recuperarse y crecer, la condición capital sería poseer Tacna y Arica; la vitalidad de la República Boliviana depende de ello. Hay además otra consideración que debe tenerse en cuenta y que ha impedido que el comercio adquiera la plena extensión deseable, a saber, la imposibilidad en que se encuentran Francia y otros gobiernos de hacer valer los intereses de sus nacionales, a menudo perjudicados y comprometidos por revoluciones o abusos de poder; no se ofrece ninguna garantía seria a los extranjeros que quieran establecerse en esta región, y nuestros cañones serían inútiles para apoyar las reclamaciones de los comerciantes franceses, injustamente despojados de su fortuna. Si Arica fuese cedida a Bolivia, ese país dejaría de ser casi invulnerable, y un desierto de cincuenta leguas de ancho ya no protegería tan lamentable estado de cosas. (pp. 239-240)

El descuido de la agricultura en estas regiones también es causa de debilidad para los gobiernos. Cuando la agricultura prospera, se convierte en una fuente inagotable de riqueza y bienestar. Trabajar la tierra moraliza a las poblaciones, las hace más estables, más afectuosas con la tierra y más fáciles de gobernar. La minería de oro, por el contrario, es desmoralizante y, como es sólo temporal, las poblaciones caen en una miseria tanto más difícil de soportar cuanto que han disfrutado de mayor comodidad y lujo. Si, como se hace

en Australia y California, los trabajos agrícolas y mineros se hubieran realizado simultáneamente en Sudamérica, Perú y Bolivia, en lugar de agotarse en revoluciones incesantes, gozarían sin duda hoy de una gran prosperidad. (pp. 240-241)

Ahora reanudemos el relato de nuestro viaje y regresemos a Perú. Desde el Paso de Tacora hasta Tacna siempre descendemos; la pendiente muy empinada al principio se va suavizando a medida que se llega a la llanura. Durante unas diez leguas caminamos por una quebrada entre dos médanos y el calor del sol es tan fuerte que el viajero casi se asfixia. Aquí y allá se ven cactus raros; un pequeño arroyo riega el fondo de la quebrada, su lecho está rodeado a cada lado de verde, en sus orillas crece maíz y alfalfa. Dejamos finalmente atrás la cordillera para llegar a una llanura salpicada de verdes oasis, y atravesamos bosques de granados e higueras; es un cambio total de escenario, el país empieza a poblarse, aquí y allá aparecen casas habitadas. Pasamos el pueblo de Calana, un pequeño desierto a una legua todavía nos separa de Tacna. A medida que nos acercamos a esta ciudad, el verdor reaparece, las vides crecen y vemos grupos de graciosas palmeras elevándose en medio de los suburbios y los jardines. (pp. 241-242)

El hotel Bola de Oro nos sirve de alojamiento para la primera noche; al día siguiente fuimos recibidos con la mayor amabilidad por el señor Jules Hay, un comerciante francés, para quien teníamos cartas de recomendación; aceptamos sus ofertas de franca hospitalidad. Me alegra poder agradecerle aquí su amabilidad y cordial acogida. (p. 242)

Tacna es un pueblito muy bonito; goza de un clima templado y, aunque allí caen fuertes nieblas durante cuatro meses al año, casi nunca llueve. La sociedad allí es amigable y uno encuentra recursos que hacen que la estadía sea agradable. Tiene un teatro y los extranjeros que viven allí han fundado un club inspirado en nuestros clubes europeos; tenemos así a

nuestra disposición una interesante colección de nuestros periódicos y revistas; también es un lugar de encuentro, donde la gente se encuentra en terreno neutral. Comerciantes franceses, ingleses y alemanes han establecido importantes casas comerciales en Tacna y reciben los productos de nuestras industrias para embarcarlos a Bolivia. Desgraciadamente, la actividad de las relaciones comerciales disminuye cada día, y el empobrecimiento de esta república ejerce una influencia fatal sobre el destino de Tacna; las quiebras se suceden rápidamente y entristecen a la población. En las circunstancias actuales, la prudencia exige no hacer más que negocios en efectivo con Bolivia, lo que es causa de ruina para el comercio francés, cuya especialidad es el tráfico de bienes de lujo. Lo útil prima sobre lo superfluo y, por falta de capital, los productos franceses se venden mal, a pesar del sabor que los distingue. Los ingleses, por el contrario, que tienen el monopolio de los bienes comunes y esenciales, venden sus mercancías con mucha más facilidad; el comerciante boliviano, que ha logrado reunir algunos fondos, sólo compra productos baratos y de primera necesidad en Tacna. (pp. 242-243)

Inglaterra tiene sobre Francia una ventaja innegable que le permite vender más barato: fabrica especialmente para exportar a América y opera en gran escala; puede así producir artículos adaptados al gusto de la población a la que están destinados. Las mercancías enviadas a Perú y Bolivia deben tener buena apariencia y ser baratas; lamentablemente la calidad es un lujo innecesario. A la mujer americana le gusta cambiar de outfit con frecuencia, muchas veces sólo usa el mismo vestido una o dos veces, basta con que la tela brille a los ojos y cause impresión; en estos países, nunca nos preocupamos por la vida útil de una prenda. Francia, con raras excepciones, fabrica para su consumo interno y sólo envía a los mercados extranjeros aquellos artículos que no han encontrado cabida en su

propio mercado. Este desafortunado sistema tiende a arruinar nuestra influencia comercial; adoptando el que indico, es decir fabricando especialmente para cada país según sus necesidades, no sólo competiríamos con Inglaterra en igualdad de condiciones, sino que, gracias a la superioridad de nuestro gusto, conseguiríamos con bastante facilidad sostener con ventaja la competencia de nuestro formidable rival. Ésta es una guerra de buena calidad, digna de dos naciones que marchan a la cabeza de la civilización; es glorioso para los dos pueblos que luchan por la supremacía en el campo de la industria y que allí libran un combate pacífico. (pp. 243-244)

El pasatiempo favorito de los habitantes de Tacna, los domingos y festivos, consiste en montar a caballo y pasar el día, a cuatro leguas de la ciudad, bajo un magnífico árbol de la familia de las acacias, conocido como vilca, y, a la sombra de su espeso follaje, se disfruta, a pesar del calor del sol, de un agradable frescor. (p. 244)

Un ferrocarril une Tacna con el puerto de Arica; el trayecto dura tres horas, lo que supone una gran mejora en la facilidad de las comunicaciones con la costa. Esto evita un viaje agotador y doloroso a través de un desierto arenoso de catorce leguas de longitud. (pp. 244-245)

Arica es un puerto frecuentado por barcos europeos; esta pequeña ciudad creció rápidamente y se convirtió en el principal almacén de todas las mercancías enviadas desde Europa a Bolivia. Un gran edificio, que forma parte de la aduana, recibe estas mercancías, que a menudo permanecen allí almacenadas hasta su venta; de esta manera, por un módico precio, evitarás tener que abonar con mucha antelación las considerables tarifas de entrada.

Hace unos años se construyó un hermoso embarcadero sobre el mar; para este propósito se cavó una colina cerca de la orilla y durante las excavaciones se descubrieron momias en abundancia.

Nuestro viaje interior había terminado; el vapor inglés estaba en el puerto, listo para levar anclas; zarpamos hacia Chile y el 1 de enero de 1859 nos despedimos definitivamente del Perú. (p. 245)

Terminaré aquí el relato de mi expedición; los países que iba a visitar presentaban muchas similitudes con el país que dejaba; Chile y la República Argentina son más conocidos que el interior del Perú por los relatos de viajeros que han recorrido el continente sudamericano. En cuanto a Brasil, también ha sido objeto de frecuentes descripciones; sin embargo, me reservo el derecho de hablar más adelante, en artículos separados, de las minas de oro de Morro Velho, de las labras de diamantes de Tijuco, de las costumbres de los salvajes Botocudos y de la colonia de Mucury. (pp. 245-246)

El Perú, y especialmente el interior de este país, había atraído particularmente nuestra atención; buscábamos lo desconocido, queríamos estudiar los vestigios de una gran civilización y, con el objetivo de proporcionar al nuevo mundo una amplia arteria que conectara las provincias centrales carentes de vías de comunicación con el Amazonas y el Océano, habíamos concebido la idea de poner nuestra juventud y nuestra salud al servicio de la ciencia y de nuestro país. Hemos intentado llevar a cabo esta tarea laboriosa y tal vez superior a nuestras fuerzas con los recursos limitados de que disponemos, con la esperanza de unir el nombre de Francia a esta peligrosa empresa. El éxito a menudo nos ha fallado; sin embargo, en medio de los peligros y de las desilusiones, el desánimo nunca nos venció, y si los resultados de nuestro viaje no responden enteramente a nuestras primeras

> esperanzas, al menos tenemos el consuelo de poder decir que la culpa es de las circunstancias de fuerza mayor que nos dominaron. (p. 246)
>
> El comercio en el Perú enfrenta ciertos obstáculos que le ocasionan graves perjuicios; Sería fácil remediarlo introduciendo algunas reformas esenciales. El gobierno debería primero prohibir la circulación del dinero boliviano; Esta medida sería bienvenida: la producción de esta moneda de mala calidad constituye un ingreso para Bolivia, pero Perú sufre una pérdida pura. Si el dinero tuviera título legal, los comerciantes extranjeros tendrían menos dificultades para realizar sus retornos a Europa y lo harían, si fuera necesario, en efectivo. El oro y los billetes en Londres o París se venden a un precio mucho más alto, debido al tipo de cambio forzado de esta moneda, cuyo valor real representa apenas la mitad de su valor nominal. En Lima sobre todo, el comerciante sufre pérdidas considerables, al no tener, como en Tacna o Arequipa, la posibilidad de obtener sus réditos en quininas, lana o cobre. (pp. 256-257) (**Fuente:** Grandidier, E. (1861)).

4.1.19. Mateo Paz Soldán (1860)

Breve biografía:

Funcionario, cartógrafo y geógrafo de amplia trayectoria. Sus desplazamientos por el sur peruano respondieron a labores oficiales de levantamiento de información territorial, demográfica y administrativa para sus proyectos cartográficos nacionales.

Descripción:

PROVINCIA DE TACNA

Límites

Limita por el N.O. con la provincia de Moquegua, por el Sur con la de Arica, por el E. con Bolivia y por el Oeste con el Pacífico. La capital es San Pedro de Tacna. Es lugar muy sano. (p. 501)

División política

Consta de siete distritos y cinco curatos

	Distritos	
El Cercado		Locumba y Sama
Tarata		Estique
Candarave		Pachia
Ilabaya		

	Curatos	
Tacna		Ilabaya
Sama		Candarave
Tarata		

Producciones

Es muy escasa de agua, de tal manera que las vertientes que descienden de la Cordillera del Barroso, siendo la principal Caplina, solo corren por el cauce del rio de Tacna doce horas los jueves, los sábados día y noche y los Domingos hasta las tres de la tarde. Los otros días

se emplea el agua en el regadío de la Quebrada. Es de muy mal sabor y corrosiva no pudiendo el forastero acostumbrarse a ella en mucho tiempo.

Por esta razón los productos del país no son suficientes para el consumo interior y es proveído de carne y otros artículos de la Sierra por Puno, por el valle de Sama y también por él de Azapa, cuando este ha tenido agua en el año, pues a veces no produce nada por falta de ella; y por Chile de Trigo, que antes lo daba Arequipa.

En punto a frutos los produce tan buenos o mejores que en cualquiera otro lugar. Son afamados sus melones, melocotones, abridores, sandías, peras bergamotas y otras muchas, que hay en casi todos los pueblos del Perú, como camotes, papas, maíz, zapallos, etc. (p. 502)

Los animales y pájaros no son tan variados ni tan abundantes como en los países montañosos.

Tampoco es rica en minerales esta provincia.

Obra de Uchusuma

Hacen como 25 años que se comenzó a construir un acueducto para traer a Tacna las aguas de la Cordillera de Tacora, que lleva un rio llamado Uchusuma; pero desgraciadamente no se ha dado cima a tan interesante empresa, ya por las grandes dificultades que ofrece su ejecución, ya porque habiéndose emprendido por accionistas particulares, a más del Estado, ha faltado siempre la armonía y unidad que son indispensables en negocios de tamaña consideración. En estos momentos (abril 15 de 1856) se va a sacar a remate la obra y se presentan a él, según se sabe tres postores europeos, entre ellos M. Hegan que corrió con la

construcción del ferrocarril de Arica a Tacna. Si se termina este colosal trabajo, Tacna ocupará un eminente lugar entre las ciudades del Perú.

Valles de esta provincia

Al Oeste de Tacna a diez leguas de distancia se halla el pueblo de Sama en el valle de este nombre que es en cierto modo la despensa de aquella ciudad. Produce este ancho hermoso valle, mucho maíz, zapallos, papas, leña y todos los frutos y hortalizas que se cosechan en los fundos de Pan-Llevar (así se llaman los que no se destinan al cultivo de la caña, viña y otras plantas análogas). (p. 503)

El Valle de Locumba es de suma importancia por su extensión y producciones. Desde sus cabeceras que forman el valle de Ilabaya, se produce en excesiva abundancia el vino y aguardiente de superior calidad, que exportan a Bolivia, la caña dulce en corta cantidad, un poco abajo de Mirave (conocido en la revolución del Perú), los zapallos, papas y demás frutos que se conocen en las tierras de pan-llevar, a excepción de muy pocos que no cultivan porque no quieren o no les deja cuenta, pues el terreno es de una extremada feracidad. Así es que las frutas son exquisitas, aunque no hay mucha variedad. Se encuentran chirimoyas, melocotones, melones, sandías, higos en grande abundancia, pues las higueras son por lo común las cercas de las haciendas; y otras muchas frutas. (pp. 503-504)

Hay en este valle un rio de agua salobre de regular caudal de aguas del que se saca poca ventaja por este defecto.

El clima en Ilabaya es delicioso y templado; pero a medida que se baja hacia el pueblo de Locumba crece el calor y la insalubridad, a causa de las fuertes tercianas que allí se sufren.

El Valle de Cinto es un valle transversal que corta casi perpendicularmente al de Locumba. Cerca del pueblo de este nombre desemboca en él. Es escaso de agua, pero de una fabulosa fecundidad. Todo él está sembrado, a excepción de las cabeceras, de viñas, de las que se extrae un excelente vino y aguardiente, para el comercio con Bolivia. Sus frutos son sazonados y sus uvas de Italia de prodigiosa magnitud, pues son casi del tamaño de un huevo de Paloma.

Ciudad de Tacna

Esta bella ciudad crece notablemente a causa del comercio con Bolivia. Desde el terremoto de 18 de septiembre de 1833, a las seis de la mañana, que arruinó a esta ciudad, ha cambiado ventajosamente de aspecto y solidez: hoy se construyen las casas con más regularidad y firmeza, de adobe las paredes y de madera los techos, no faltando algunas de fachadas de piedra de canto. Su población se eleva a la fecha como a 15,000 habitantes. (p. 504)

Tres son las calles principales de Tacna, paralelas entre sí. siendo la central muy ancha y como de una milla de largo. (pp. 504-505)

La longitud de las cuadras varía mucho y también el ancho, que es ya de ocho, ya de nueve o doce varas.

Tiene Tacna una plaza mayor y una de mercado en el centro, construida en su mayor parte por suscripción de algunos notables vecinos, que siempre solícitos, acuden con sus recursos y esfuerzos a hacer el bien posible a esta hermosa población.

La plaza nueva del Mercado, que allí la llaman Recova, es cuadrilonga, con dos portales a los lados y dos fachadas de piedra de cantería.

Hasta ahora no se ha podido construir un templo, por razones que aquí sería inútil exponer; en la actualidad hay uno en paredes, aunque se ha lastimado algo con los temblores. También se halla en paredes una capilla.

De igual modo se ha comenzado a construir un hospital, por suscripción de los vecinos.

El Colegio de la Victoria es solo un local, pues por falta de rentas aún no se ha establecido de un modo firme. En educación científica es Tacna de los lugares más infortunados.

Tiene esta ciudad una preciosa Alameda que corre paralela al cauce del rio en toda la longitud de la población. En cada cuadro hay un puente para pasar el rio que está cajeado, con una columna de mármol. Tiene los torniquetes necesarios para que no entren las bestias. (p. 505)

El segundo ferrocarril que se ha construido en el Perú, es el que va desde Arica hasta Tacna, recorriendo una línea de más de catorce leguas. Hace pocos años que se concluyó y el Gobierno del Perú facilitó y protegió con magnificencia, tan necesaria obra, llevada a cabo por el industrioso M. Hegan. Verdad es que por ahora los arrieros de Tacna han sufrido una baja considerable en su industria de transportar los efectos de uno a otro lugar; pero el país en general ha ganado mucho con esta colosal empresa y Tacna en especial que progresa de un modo asombroso, por hallarse en una ventajosa posición por ser el conducto casi indispensable del vasto comercio de Bolivia. (pp. 505-506)

La ciudad de Tacna ha tenido hijos de un gran talento y ciencia. A fines del siglo pasado florecieron el D. D. Isidoro de Herrera, cura de San Pedro de Buenavista, en el Arzobispado de Charcas, hombre erudito en ciencias y cánones en grado muy elevado. El D. D. Ignacio de Castro, cura de San Gerónimo del Cuzco y rector del Colegio de San

Bernardo, sabia con perfección ocho idiomas y parece que los hablaba todos, conocía a fondo la literatura y muchas ciencias, tenía una memoria tan prodigiosa, que es fama común que una sola y rápida lectura le bastaba para saberlo. Escribió algunas obras, pero sus «Fiestas del Cuzco» son la mejor apología que de su profundo saber, puede hacerse.

El virtuoso Señor D. D. Francisco de Paula González Vigil, es también un profundo sabio en ciencias eclesiásticas, como lo acreditan sus eruditísimas obras, tales como la Defensa de los Gobiernos y de los Obispos contra las pretensiones de la Curia Romana: prohibida por el Papa Pio IX, sin la menor razón ni fundamento, pues antes por el contrario este distinguido escritor ha bebido la doctrina de Jesu Cristo, en sus verdaderas fuentes, cuando estas no se habían corrompido; pero el tiempo y la civilización del siglo le han debido justicia. Este virtuoso sacerdote, es también un elocuente orador y escritor fluido y lógico en la hilación de sus pensamientos. En la tribuna del Congreso de 1834 se hizo muy notable por su arrebatadora elocuencia así como por su patriotismo y valor moral. (p. 506)

El movimiento de la población durante el segundo semestre de 1861 ha sido el siguiente:

	Nacidos	**Muertos**
Hombres	189	160
Mujeres	168	124
Total	357	284
Matrimonios		29

La Corte Superior ha condenado 56 reos criminales clasificados así:

Extranjeros	Nacionales
32	24

De estos: 29 eran condenados por hurto, 14 y los restantes por diversos crímenes. (p. 507)

(**Fuente:** Paz Soldán, M. (1862)).

Imagen 15: Plano topográfico de la ciudad de Tacna.

(**Fuente de imagen:** Paz Soldán, M. F. (1861)).

4.1.20. Antonio Raimondi (1864)

Breve biografía:

Llego al Perú en 1850 para emprender estudios científicos sistemáticos. Recorrió el país durante décadas realizando investigaciones mineralógicas, botánicas y geológicas. Su viaje por el sur del Perú fue parte de esta misión científica de largo aliento.

Descripción:

12:38 - Se deja a la izquierda el camino de Locumba. En esta pampa se experimenta el fenómeno del miraje, creyéndose ver agua en donde el terreno es completamente seco.

1:15 - Se baja a la quebrada de Sitana. En el punto en donde empieza la bajada el barómetro aneroide señaló 710.

1:25 - Dirección del camino al SE, SSE.

1:33 - Llegada a la pascana de Sitana, lugar que tiene es grandes alfalfares con algunas casitas diseminadas acá y allá. (p. 4)

Sitana pascana muy frecuentada por los arrieros que transitan entre Tacna y Moquegua hallándose en este lugar abundante pasto para sus mulas. Las casas no son sino miserables ranchos de totora.

El barómetro aneroide en Sitana señaló 722.

Salida de Sitana con dirección al NNE. grandes alfalfares.

Los cerros al pie de los cuales se marcha son de aluvión volcánico, esto es una roca blanca formada por la descomposición de las traquitas.

En el monte se nota abundancia de Tessaria legitima.

1:43 - Al N. Molle. Algodón en los cerros. Este algodón aunque se halla enteramente abandonado crece sin embargo con lozanía y es de muy buena calidad.

Descanso.

1:48 - Continúa la marcha. Quebrada seca 4 la izquierda. Camino al NNE.

2:00 - Se deja a la quebrada y se pasa detrás de unos cerritos; continúa el camino al NE, maíz en abundancia; aluvión formado casi enteramente de piedras rodadas que forman los cerros a un lado y otro de la quebrada.

2:12 - Se entra nuevamente al valle.

2:22 - Al N. 10 E., Chilco, Toñuz y Molle.

2:26 - Al N. ranchito.

2:36 - Se sube una cuesta dejando los enltivos.

2:43 - Punto más elevado. Desde este punto se ve Locumba al NE. Se baja nuevamente al valle.

2:57 - Quebradita seca a la izquierda del camino, viña, olivos, higueras, chirimoyo y luego casa de la hacienda grande.

3:03 - Llegada a Locumba.

Locumba es un pequeño pueblo que tiene muchas casas decentes, pertenecientes la mayor parte a los hacendados de viña. Su situación es en la orilla derecha del rio y en la misma confluencia del rio de Sinto con el rio que baja de Candarave. (p. 5)

El plano del pueblo es bastante irregular habiendo dos solas calles que son paralelas. La plaza es bastante grande. Su iglesia es pequeña, pero es aseada y le estilo simple pero agradable. Su torre es de madera. Las paredes de adobes y el techo de tablas barnizadas. Su interior es alegre y gracioso. En el altar hay una efigie de un cristo esculpido en madera bastante bien ejecutado.

Locumba no es cabeza de distrito ni de curato, siendo un anexo de Ilabaya.

En Locumba se han establecido algunos almacenes regularmente surtidos. Pero lo que admira es hallar en un pueblo tan pequeño tres fondas, cuando otros pueblos mucho más grandes no tienen una sola. Como el valle de Locumba tiene varias haciendas hay por consecuencia muchos peones para el trabajo y estos son los que sostienen las fondas.

El valle de Locumba tiene muchas haciendas de viñas, siendo el vino y el aguardiente su principal producto. Sin embargo, de que el valle produce mucho, todas sus haciendas son todavía montadas a la antigua y están muy mal organizadas necesitando de muchos brazos en operaciones que con una oficina bien organizada marcharían por sí solas. Además, la fermentación de los vinos se hace en grandes recipientes de barro. Así mismo el vino se conserva en estos recipientes y lo que es peor con el concho que deposita. Con este método, si el vino no es muy alcohólico se pica mucho y se pierde.

El mismo abrazo existe en los aparatos destilatorios los que son todavía primitivos. Estos aparatos que se llaman falcas consisten en grandes recipientes de barro que sirven de caldera y unos sombreros de estaño o de hojalata que se prolongan en un grueso tubo que pasa en el agua y que sirve de refrigerante. En estos aparatos se pierde una gran cantidad de vapores alcohólicos. (p. 6)

Al valle que llaman de Locumba tributan varias quebraditas, unas tienen agua dulce y otras aguas un poco salobres. Pero lo que es digno de notar es que donde agua dulce se da muy bien la parra, y al contrario en donde el agua es ligeramente salobre ya no se produce, y si en alguna parte produce se cubre toda la uva de unas escamas blanquecinas que llaman sarna y que hace perder toda la cosecha porque seca los granos.

No solamente la uva no se da bien con el agua ligeramente salobre sino que también la yuca y los árboles frutales; de manera que en las quebradas en donde hay esta clase de agua se cultiva solamente alfalfa, maíz, trigo, zapallo, los que no padecen como la uva.

En Locumba como hemos dicho más arriba se reúnen dos quebradas: una llamada de Sinto tiene agua dulce y la otra que toma su origen en Candarave tiene agua salada. La quebrada de Sinto tiene muchas haciendas de viña y al contrario la otra no tiene una sola. Las haciendas de viñas situadas más abajo de la confluencia de las dos quebradas son regadas solamente con el agua dulce, la que se procura tener aparte y no dejarla mezclar con la otra.

La quebrada de Sinto es la que tiene mayor número de haciendas de viñas. Hasta más de una legua de su desembocadura es inculta por falta de agua. A una legua de su desembocadura hay un lugar llamado Tres Piedras y a un cuarto de legua más arriba de este puesto se encuentra la primera hacienda que se llama Barrial. Desde Barrial hasta una legua y media más arriba hay nueve haciendas siendo la último la de Sinto.

El agua que sirve para el riego de todas estas haciendas es suministrada por una grande acequia cuya toma está situada a unas siete leguas más arriba de Sinto y recibe el agua de unos manantiales para llevarla a dos estanques situados algo más arriba de Sinto, en un lugar llamado Cauña. (p. 7)

La construcción de esta acequia que se conoce con el nombre de Tacalaya ha sido una de las más grandes obras en este género que se hayan emprendido en el Perú. El costo fue de 70,000 $; el primer director fue don Mateo Paz Soldán y el que la concluyó fue un indígena llamado Ildefonso Mamani. Toda la obra fue hecha a expensas del señor Mariano Ugarte.

En la misma quebrada de Sinto a unos dos días de camino a Locumba existe el antiguo mineral de Quiavaya y a unas dos leguas más arriba hay otro llamado de Mecalaco en donde se observa todavía una oficina en que se benefician los metales.

Siguiendo la misma quebrada de Locumba hasta el mar se encuentra a una legua más abajo de Sitana la hacienda de alfalfa llamada Cameara; a otra legua más abajo de Cameara y en la otra banda, se observa otra hacienda llamada Camearita; 3 leguas más abajo de ésta, y en la banda derecha, hay otra llamada Sopladera.

Más abajo de la Sopladera se está actualmente trabajando en ambas bandas para sacar una acequia con el objeto de regar una gran extensión de terreno que en la actualidad no produce. En la banda derecha la empresa es de un señor Montes, chileno, el que tiene ya cultivos de alfalfa, cebada, zapallo y 18,000 pies de algodón. En la banda izquierda la empresa del acequia es del señor Castro, dueño de la hacienda de la Sopladera.

En la capilla de la hacienda de Sinto existe un retrato del señor Ugarte en el que se halla escrito el costo de la acequia y además el número de los giros que han sido necesarios para abrirla, los que suman 180,000 pesos. (p. 8)

Cerca de Locumba en los altos de la hacienda de San Antonio existe un gentilar, esto es un lugar que sirvió de panteón a los antiguos habitantes del Perú. En este lugar se ven muchos hoyos de donde se han sacado cadáveres y varios objetos pertenecientes a los gentiles que

se habían enterrados. Los cráneos que se observan en este gentilar son muy desarrollados por detrás y muy poco por delante. Todos tienen una frente que huye y muchos de ellos presentan una forma piramidal. Pero lo que es más extraño es que mucho de estos cráneos presentan el frontal formado por dos huesos y reunidos por una sutura bien formada como la que reúne los parietales. A primera vista creí que fuera una casualidad el haber encontrado un cráneo con el frontal doble, pero registrando otras calaveras vi que no era tan rara esta anomalía y que en 20 cráneos habían 4 con el frontal doble.

Bajando de este alto a una quebradita se observan muchas piedras de diorita con dibujos esculpidos, como los que se notan en el alto de la Caldera, en el camino de Arequipa a Vitor. Solamente que los de Locumba están muy borrados y ofrecen casi el mismo color rojizo de la piedra, de manera que me parecen un poco más antiguas.

Para formarse una idea de estos dibujos véase algunas muestras figuradas en las últimas páginas del 7° cuaderno de estos apuntes.

Locumba día 8 abril 1864				
Hora	Termómetro libre	Termómetro húmedo	Aneroide	Cielo
11:30 (a)	25.2	18.6	714	Sol
05:00 (p)	24.4	18.4	713.5	Sol
08:00 (p)	19.3	16.3	714.5	Sereno
Valle de Locumba (Anales del cuerpo de ingenieros Tomo 1° pág. 152)				

(p. 9)

9 de abril. Salida de Locumba para ir a Ilabaya. 10 leguas.

7:55 a. m. - Salida de Locumba con dirección hacia el NE. faldeando unos cerritos de tierra arcillosa en capas horizontales, entrando a una quebradita que tiene un poco de agua más arriba.

8:00 - Se deja la quebradita llamada de los Yañez y la casa de la hacienda de don F. Yañez y se tuerce al E. y luego al NE.

8:13 - Al N. continuando la marcha en la orilla derecha de la quebrada de Sinto. Las haciendas situadas más abajo de la desembocadura de la quebrada de Sinto son regadas por el agua que sale de unas vertientes llamadas de Danode y situadas a la cabecera de la hacienda Conostoco. De esta agua se surte también la población de Locumba.

8:15 - Al NNE.

8:18 - Se pasa en la orilla izquierda de la quebrada de Sinto y poco a poco se va alejando de su cauce para dirigirse a otra quebradita. La quebrada de Sinto viene casi del N. Descanso.

9:17 - Continúa la marcha al N. 60 E. y al NE. subiendo una quebradita seca.

9:33 - Se baja y se marcha por un terreno ondulado al NE.

9:38 - Dirección del camino al E. Se sube ligeramente.

9:41 - Apacheta con cruz. Esta apacheta se llama del Mal Paso. El aneroide señaló 698. Se baja al rio Salado con dirección hacia el E. Capas alternadas de tierra arcillosa y otras de piedras rodadas.

9:51 - Llegada al plan de la quebrada. El aneroide señaló 705.5. Camino al NNE.

9:53 - Al NE. Tifa en abundancia. (p. 10)

10:05 - Ranchitos a la izquierda del camino. Se notan muchos árboles de algodón los que son muy elevados y tienen muchos capullos. Estas matas tienen 5 años y aunque están regados con agua salada están llenas de vigor, lo que prueba que para el algodón el agua ligeramente salobre es tal vez mejor que la dulce. En esta quebrada no sucede como en el norte, que la planta de algodón después de los 6 años ya no da la misma cantidad que antes. Aquí sucede lo contrario, basta chapodar las ramas de cuando en cuando para que una mata dure a lo menos 25 años, dando siempre con más abundancia. El algodón de esta quebrada es de muy buena calidad. (pp. 10-11)

A la izquierda se deja una quebradita seca con camino que va para Sinto. Al N.60 E.

El agua salobre de esta quebrada produce granadas, pero es contrario al cultivo de los duraznos, abridores, etc.

10:25 - Otra y quebradita seca y luego se baja al monte. Equ setum giganteum, sauce, pajarobobo o callacaz, caña brava, chilco y tonuz llamado en el sur desde Caraveli, Chilca gateadora. Dirección del camino al NE.

10:30 - Se baja al rio y se pasa por el vado llamada de Chipe. Se continúa el camino en la otra banda con dirección hacia el SE.

10:36 - Se marcha al pie de los cerros en la banda izquierda de la quebrada.

10:45 - Pampita pedregosa con varios ranchitos de totora y una casa de adobes. Este lugar se llama Chipe. El barómetro aneroide señaló 697.3. Quebrada seca que desemboca en el mismo lugar de Chipe.

10:52 - Otra quebradita seca con dos casitas en su desembocadura.

11:03 - Quebradita seca con ranchos en su desembocadura.

11:08 - Otra quebradita con casita. Se tuerce hacia el rio con dirección al N. 20 O, y luego se pasa el rio. Se continúa al NO., O.

11:14 - Al NO.

11:17 - Camino al pie de los cerros en la banda derecha. Quebrada seca con casitas sobre palos en su desembocadura. Camino al NE. (p. 11)

11:24 - Otra quebradita con casitas. Aneroide 693.

11:26 - Otra quebradita.

11:30 - Pequeño algodonal.

11:42 - Quebradita con Lloclla y algunas casitas: el lugar se llama Margarata. El aneroide señaló en este lugar 690.5. Al NE.

11:54 - Al NNE.

11:57 - Quebradita seca.

12:05 - Quebrada seca bastante ancha con cauce de Lloclla. Dirección del camino al NE.

12:28 - Camino al NEE.

12:33 - Se baja al cauce del rio y se marcha en él.

12:35 - Se pasa el rio y se continúa el camino al NE.

12:35 - Se marcha al pie de los cerros en la banda izquierda de la quebrada.

12:42 - quebrada seca y luego se sube una cuesta.

12:45 - Acaba la cuesta; se marcha al E. El barómetro aneroide señala en este punto 678.

12:49 - Al NE.

12:57 - Quebrada de Lloclla en la otra banda. Se baja. Punto en donde empieza la bajada. Aneroide señaló 675.5.

1:02 - llegada al pie de la cuesta. Quebradita seca. El barómetro aneroide señaló 650.7.

1:08 - Se pasa el rio. Descanso.

1:12 - Continúa la marcha. Al NE. caminando al pie del barranco de piedras rodadas.

1:16 - Se entra a una quebrada seca marchando al N.20 0. En esta quebrada tuvo lugar una batalla en la época de la Independencia.

1:27 - Al N. 20 E.

1:43 - Punto más elevado de la quebrada. El aneroide señaló en este lugar 663.6. Se baja insensiblemente.

1:47 - Se baja a una quebrada seca que viene del O. y luego se sigue el cauce de esta quebrada bajando al E. (p. 12)

1:49 - Marcha al NEE., NE. La quebrada que se sigue se estrecha mucho y a los lados tiene elevados barrancos de terrenos de aluvión formados de piedras rodadas que no dejan entrar el sol hasta el fondo de la quebrada sino pocas horas al día. (pp. 12-13)

1:47 - Se desemboca nuevamente a la quebrada cultivada que se seguía antes. Se continúa la marcha al NNE.

1:50 Llegada al caserío de Mirave. El barómetro aneroide señaló en este punto 670.

Al NEE. de Mirave, en la otra banda, se reúne el rio de agua dulce de Mirave, a otro que lleva el agua salobre y que inutiliza toda el agua del rio, para el cultivo de la parra. Los cerros por donde viene el agua salada presentan tierras de distintos colores.

Para los cultivos de la parra no dejan mezclar las aguas de los dos ríos.

En Mirave se notan varias casas con cultivos de parra.

También hay muy buenas crías de caballos, y hay algunos que sus dueños no los venden por 1000 pesos.

Al S. 10 O. de Mirave en la otra banda del rio, formado por los dos que hemos citado, se nota la cuesta de Chulia por la que pasa el camino que va directamente a Tacna.

A poca más allá de las casas de Mirave se nota una quebrada seca que baja casi al mismo pago. Dirección del Camino al NE, N. Luego se sube una cuesta.

11:53 - Se baja. Haciendas de viñas.

12:02 - Llegada a la hacienda del Cairo perteneciente al señor Manuel Vargas, gobernador del pueblo de Ilabaya. En esta hacienda el barómetro aneroide señaló 668.

Se marcha al SEE. por un callejón y luego al N. marchando en el cauce del rio por un camino pésimo.

2:20 - Camino al NNE.

2:34 - Casa y viña y luego callejón al E. en medio de las viñas.

2:37 - Camino al NE. (p. 13)

2:46 - Se entra a otro callejón con dirección hacia el NO.

2:50 - Se marcha al pie del barranco en la banda derecha de la quebrada, hacia el N. 20 E.

3:00 - Quebradita seca con casitas en su desembocadura, el barómetro aneroide señaló en este punto 659.5. Al NNE. viña, higuera.

3:04 - Quebrada seca con un trecho de terreno cultivado por medio del riego de una acequia sacada del rio. Ranchito. Camino al N.

3:08 - Hacienda de viña. Aneroide 658.8. Camino al NNE.

3:18 - Otra hacienda. Aneroide 654, y luego otra casita. Pacay.

3:30 - Cerro de arcilla ferruginosa endurecida y luego se entra al cauce del rio.

3:33 - Se pasa el rio y se continúa en el cauce al N. En la otra banda se nota todavía terreno de aluvión.

3:40 - Se pasa nuevamente el rio y se marcha al pie de los cerros en la banda derecha. En la otra banda se observa la arcilla endurecida cubierta por el terreno de aluvión.

En el camino se notan algunas masas de pórfido colorado.

3:47 - Se observan muchas matas de tuna.

3:49 - Camino al NO. se para un arroyo y se entra a Ilabaya. Este arroyo en tiempo de avenida amenaza a la misma población de Ilabaya.

Ilabaya es una población algo pequeño. Sin embargo, tiene algunas casas regulares.

La plaza es bastante grande. Su iglesia es fabricada de piedra y adobes y tiene una torre muy baja y maciza, siendo frecuentes los temblores.

Hay alguna pequeña tienda de comercio regularmente surtida.

La principal casa de Ilabaya es la de don Manuel Vargas, que es el vecino más acomodado de esta población. (p. 14)

En Ilabaya todavía se cultiva la parra para la fabricación de vinos.

Ilabaya casa de Don Manuel Vargas		**Día 9**
Hora 7 (pm)		
Termómetro	18	
Aneroide	649.3	Cielo sereno

Día 10 abril 1864	
Hora 6 (am)	
Termómetro libre	15.7
Aneroide	649.5
Cielo	Sol

Dia 10 de abril, 1864. Salida de Ilabaya para ir a Curibaya. 9 leguas.

Salida de Ilabaya al NNE.

7:08 - Se entra al cauce del rio y se marcha por un camino pésimo en el mismo cauce con dirección hacia el N. Luego se pasa el rio.

7:20 - Se vuelve a pasar el rio.

7:26 - Se pasa por una tercera vez. Se marcha en el cauce y en el mismo río luego se pasa una cuarta, una quinta y una sexta vez. Camino al NNE.

7:41 - Descanso.

7:45 - Continúa la marcha. Se pasa el rio y luego se pasa otra vez.

7:50 - Casas lugar llamado Colpalla. El barómetro aneroide señala en este punto 644. Se pasa el rio.

7:54 - Se pasa otra vez el rio (orilla izquierda) y luego se pasa dos veces.

8:00 - Se sube una cuesta. Camino al NNE.

8:04 - Termina la cuesta; cerros formados de tierra arcillosa de varios colores (blanco, amarillento, verdoso, gris, azulejo, morado y colorado Waltheria).

8:10 - lugar habitado con cultivos llamado Quejaya.

En este lugar el barómetro aneroide señala 637. (p. 15)

Se deja la quebrada grande de Ilabaya y se entra en otra banda que tiene un arroyo de agua, marchando hacia el E. (pp. 15-16)

8:15 - Camino al NEE. El camino no puede ser peor, marchando casi enteramente por el arroyo y en medio de monte.

8:22 - Descanso.

8:32 - Continúa el camino al N. 80 E.

8:45 - Se sube y luego se marcha por una ladera al NEE.

8:52 - Se deja la quebrada con el camino que va a Huanohuara, y se entra en una quebradita seca.

Descanso. En este punto el barómetro aneroide señaló 625.

8:54 - Se marcha por la quebradita seca, subiendo ligeramente al SEE, SE.

9:00 - Camino al SEE. cerros de detritus volcánicos. Cigofílea de Moquegua. Al S. 80 E. Yeso.

Las piedras de que se hallan formados estos cerros son de una roca de fusión de color gris, apareciendo de cuando en cuando masas de un color rojo vivo como la que se observa en el cráter del morro Putina. Esta última parece formada de fragmentos que se hallan soldados por medio de la fusión.

9:16 - Al SEE. Suncho y Malesherbia de flores blancas.

9:24 - Al S. SE.

9:25 - Se pasa una lomadita y se entra en otra quebrada seca. Camino al E.

9:30 - Al S.

9:33 - Descanso en una lomadita.

9:35 - Se baja a otra quebradita.

9:38 - Punto llamado la Cueva y que sirve de pascana a los arrieros. Corralito que sirve a los pastores en tiempo de lomas. El barómetro aneroide señala en este punto 605.

9:45 - Camino al E.

10:00 - Camino al S. 80 E.

10:14 - Al NE.

10:18 - Apacheta de Chintare. El barómetro aneroide señaló en este punto 588.6. Cruz pintada de verde. (p. 16)

10:21 - Se baja rápidamente al E.

10:24 - Continúa la bojada al SEE. caracoleando.

10:44 - Otra quebradita seca que viene por la izquierda a reunirse en ángulo agudo con la que se sigue.

11:10 - Acaba la quebradita seca y se faldea la quebrada grande que tiene agua salada. Casa con corral en la orilla derecha de la quebrada seca en la misma desembocadura. Este lugar se llama Chintare y el barómetro aneroide señala una presión de 623 mm.

Al E. de Chintare, en la otra banda del rio grande, hay dos quebraditas secas que se reúnen en el mismo punto de su desembocadura, al rio grande.

11:24 - Continúa la marcha al NE. Roca traquitica casi porfídica.

11:40 - Traquita blanquizca y conglomerado traquitico.

11:53 - Camino al N. Quebradita seca y luego al NNE.

11:58 - Pequeña formación de gres, en capas levantadas, trastornadas y metamórficas. Al NE.

12:05 - Camino muy pedregoso en lo misma orilla del rio, el que viene cayendo precipitadamente con mucho ruido y con un color blanco de leche.

12:12 - Conglomerado porfídico de color gris verdoso. Molle, Baccaris y Ginetteria.

12:20 - Punto llamado la Angostura. Roca de fusión cortada casi a pique y que parece haber sido depositada al estado líquido. Aneroide 605. Su color exterior es gris verdoso y parece una diorita, pero en su interior tiene una estructura cristalina y varia de color asemejándose a la roca de Condor. Un poco más allá se ve esta roca pasar a un conglomerado traquitico de color blanquizco.

Camino al NE. Cultivos de maíz en abundancia y un poco de trigo y alfalfa.

Sobre las ramas de los arbustos secos se notan numerosas arañas cuya tela no tiene la forma de disco sino de una bola y en el medio tiene un cilindro hueco que sirve de mansión a la araña. (p. 17)

12:46 - Se marcha al N. y luego llega a la rinconada con hermosos alfalfares, al pie de un morro. (p. 17-18)

Este lugar se llama Puquina-esquina, y el barómetro aneroide señaló 598 - Descanso.

12:52 - Salida de Puquina esquina. Ganado vacuno.

12:55 - Camino al NE.

1:07 - Al NNE.

1:11 - Lugar con ocho o diez casas en una pampa pedregosa en la falda del cerro en la banda derecha de la quebrada. Este punto se llama Curibaya-pampa. El barómetro aneroide señala 587.7

Dirección del camino al NE. Xantium en abundancia. Ganado vacuno que pace en los alfalfares. Se sube una cuesta.

1:26 - Morrito en medio de la quebrada llamada el Gentilar, porque hay entierros de los indios antiguos.

1:33 - Se baja al rio por un callejón con dirección hacia el E. dejando el camino grande que conduce al Candarave. Se pasa el rio y se continúa al NE.

1:35 - Entrada al pueblecito de Curibaya.

Curibaya es un pequeño pueblo situado en una llanura en la orilla izquierda de un riachuelo de agua salobre que sale por infiltración de una lagunita situada más arriba.

Curibaya es un anexo de Candarave, de manera que tiene un Teniente Gobernador. Su iglesia es algo mezquina.

Las casas no están dispuestas con mucho orden; algunas pocas son regulares, las demás tienen un aspecto miserable. En la plaza hay una casa bastante grande y es la única que tiene sus paredes blanqueadas de manera que se distinguen de lejos. (p. 18)

La industria de los habitantes de Curibaya es el cultivo de la alfalfa y la cría de ganado vacuno, el que vienen a pastar desde Tacna. En este año el comercio del ganado ha sido muy escaso a motivo de que las lomas han sido muy buenas y ha habido ganado hasta ahora mismo; además los de Cochabamba engordan su ganado y lo trasportan hasta Tacna en muy buen estado, sólo con la precaución de herrarlos para que no se maltraten en el camino. (pp. 18-19)

Esta nueva costumbre de los cochabambinos hace un perjuicio notable a los habitantes de Curibaya y Candarave.

Con las buenas lomas también no vienen recuas de mulas a invernar, de manera que los habitantes de Curibaya no saben que hacer de su alfalfa estando demasiado lejos los puntos que consumen alfalfa seca.

Las mujeres de Curibaya usan un vestido igual a las de Carumas, con la diferencia que usan montera en vez de gorra.

Curibaya casa de don	
Día 10 de abril 1864	
Hora	4 (pm)
Termómetro libre	16.8
Húmedo	11.9
Aneroide	582
Cielo	Sol
Hora	5 (pm)
Termómetro libre	15.4
Húmedo	11.3
Aneroide	582.2
Cielo	Sol
Hora	6 (pm)
Termómetro libre	14.2
Húmedo	11.2

Aneroide	581
Cielo	Sereno
Hora	9 (pm)
Termómetro libre	13. 6
Húmedo	9.5
Aneroide	578.5
Cielo	Sereno

Día 11 – Hora	7 (am)
Termómetro libre	9
húmedo	4.2
Aneroide	579.3
Cielo	Sol

(p. 19)

Día 11 de abril, 1864. Salida de Curibaya para ir a Candarave, 6 leguas.

8:12 - Salida de Curibaya al SO.

8:14 - Se pasa el río y se marcha al NO.

8:17 - Se llega al camino grande que conduce directamente a Candarave sin entrar a Curibaya. Dirección al NNE en la banda derecha de la quebrada.

8:30 - Dirección del camino al NE; Molle, Chiri chiri, Baccaris de muchas flores, Loasa de flores coloradas.

8:38 - Se pasa un grueso arroyo que atraviesa el camino.

Meseta con alfalfares, al pie de unos cerros. Lugar llamado Llangena. El aneroide señaló 562.5. Dirección del camino al NNE.

8:47 - Se sube una cuesta un poco parada con dirección al NE. Grama llamada Cortadera.

8:55 - Al NNE subiendo en la orilla derecha del riachuelo.

9:00 - Descanso. Lagunita de forma elíptica. Esta laguna tendrá a lo más dos cuadras de largo y se conoce con el nombre de Laguna Chiquita.

Está situada a pocos pasos a la derecha del camino. No se ve ningún rio que la tribute, tampoco se ve salir, pero más abajo sale por infiltración el riachuelo que baña Curibaya.

El barómetro aneroide señaló en este punto 549.

9:07 - Continúa la marcha subiendo al NNE. Malva de Arequipa, Ambrosia llamada romerillo, Lycopersicon de hojas menudas. Solanum mon tanum. Cactus de 12 a 13 ángulos y de espina grande blanquizca.

9:18 - Llano.

9:20 - Aparece una laguna grande y el camino sigue por una ladera con dirección al NNE.

9:25 - Al NNO. (p. 20)

Grandes masas de rocas de sedimento que se desprendieron de la cumbre de los cerros inmediatos.

9:43 - Punto situado a unas 10 varas sobre el nivel de la laguna grande. El aneroide señaló 548. Se sube una cuesta ladeando la laguna, al E.

9:53 - Descanso.

10:04 - Continúa la marcha subiendo al NE.

10:25 - Al ENE.

10:40 - Al E.

10:44 - Crucífera de Corralones en mucha abundancia. Botoncillo morado. Dirección del camino al NEE.

10:48 - Al NE.

11:00 - Alto del Barco. El aneroide señaló en este punto 505. Luego se sigue un trecho llano con dirección hacía el N.

11:03 - Descanso.

11:05 - Continúa la marcha al N. Roca de fusión rosada de estructura, cristalina y depositada en capas de grande espesor en todos los puntos elevados. Esta roca parece la misma que la de Sóndor. Mirabilis.

11:14 - Dirección del camino al NE.

11:23 - Al NEE Lycopersicon Dolycogyne.

11:38 - Camino llano al NE.

11:50 - Se descubre a la vista el volcán de Yucamani cubierto en parte de nieve, hacía el N 20 E. Camino al N 40 E, N 20 E.

12:00 - Dirección del camino al N 40 E. Plantas con flores en espigas, del camino entre Omate y Quinistaquilla.

12:09 - Dirección al N, N 20 E.

12:12 - Al NE.

Terrenos que forman un plano inclinado con varias casas y cultivos de alfalfa. Este lugar tiene su capilla y se conoce con el nombre de Quilahuani. El plano: inclinado se dirige del camino hacia la laguna con dirección de NO a SE. El barómetro aneroide señaló 509.7.

Se nota el chiri chiri en abundancia. (p. 21)

12:35 - Dirección del camino al NE.

12:50 - Descanso.

12:54 - Al N.

1:07 - Al NO.

1:12 - Al N. 10 E.

1:22 - Arroyo que baja del alto.

1:27 - Al NE.

1:35 - Llegada al pueblo de Candarave.

El pueblo de Candarave se halla situado en una lomada elevada rodeada de cerros por un lado, por el rio y la laguna por el otro.

El pueblo tiene una regular extensión y tendrá de 800 a 1000 habitantes. La parte principal del pueblo forma una larga calle que se extiende de un extremo a otro de la población. Sus casas son de adobes, con paredes rústicas sin blanqueo de ninguna clase y con techos de paja.

Los habitantes son casi todos indígenas que se dedican a la cría del ganado vacuno y un poco del lanar. Los cultivos principales son la alfalfa y las papas.

El pueblo aunque no muy elevado tiene sin embargo un temperamento frígido principalmente de noche. Lo que hace experimentar una sensación mayor de frio es la sequedad de la atmósfera la que favoreciendo la evaporación enfría la superficie del cuerpo de un modo notable.

Esta extrema sequedad es también muy perjudicial a la vegetación porque es la causa de muchas heladas aún en la época en que el agua no se congela. Candarave tiene la reputación de ser un pueblo malsano, pero no se sabe la causa, porque un pueblo con un temperamento bastante frio y situado en un lugar abierto, adonde la ventilación es enteramente libre, no tiene motivos de ser malsano.

Las únicas enfermedades temibles en este pueblo deberían ser las pulmonías si se atiende a la grande diferencia que hay entre la temperatura del día y la de la noche. (p. 22)

Desde un rincón del pueblo de Candarave se goza de la vista del Volcán Yucamani el que tiene una forma cónica bastante regular que se asemeja a la del volcán de Arequipa; solamente con dimensiones pequeñas.

El volcán Tutupaca no se ve desde Candarave.

Día 12 de abril, 1864.

Salida de Candarave para ir a los baños y a otro lugar llamado Caliente.

7 leguas	
Hora 08:00 antimeridianos – En Candarave	
Termómetro libre	10
Aneroide	514

8:20 - Salida de Candarave, al SE se baja.

8:23 - Al NEE. El agua de las inmediaciones de Candarave ha helado en la noche.

8:26 - Al E. Roca de fusión rosada y depositada en capas como la de Sóndor.

8:30 - Al NNE.

8:31 - Al NNE bajando. Lycopersicon, Chiri-chiri, llamado en Tarata, Chiñe, Baccaris compuesta de flores blancas de Yura, Perescia, Cactus de 10 a 13 ángulos, grueso, cubierto de lana poco densa y con grandes espinas amarillas, Artemisa, Romerillo. Flor en espiga del camino entre Omate y Quinistaquilla, Malva de Arequipa, ledocarpon, etc.

8:38 - Traquita blanca. Se baja al rio que entra a la laguna y se pasa. Se sube en la otra banda al NE. Solanum crucifera de Corralones. El rio baja del NNO a SSE.

8:50 - Al NNO, N.

8:55 - Barranco de aluvión volcánica Un poco más allá el terreno está cubierto de piedras sueltas de traquita porfiruide.

8:57 - Al NNE y luego acaba la subida y se marcha por una grande pampa un poco inclinada al pie del volcán Yucamani. (p. 23)

El aneroide en este punto señaló 512.

Lupinus de muchas ramas de flores en cada mata y dispuestas en largas espigas de forma cilindrica, Chiri chiri.

A un lado del camino aparece un pequeño monumento del tiempo de los Incas. Este consiste en un prisma de base cuadrada de altura de unos tres metros y construido de piedras y de barro. Exteriormente está cubierto de una capa de barro rojizo y se creería que este prisma fuera enteramente macizo sino hubiera sido destruido en uno de los ángulos de la base por donde se puede notar una cavidad interna. Estos pequeños monumentos servían de sepulcros a los antiguos indios y en el país se conocen actualmente con el nombre de Chulpas.

9:08 - Dirección del camino al NE.

9:11 - Se pasa una quebradita trasversal y seca que baja de los flancos del volcán.

9:15 - La pampa por donde se marcha, ha sido sin dula alguna, en otra época, el fondo de un lago. Las plantas que se observan son Tola y un Lupinus. El Lupinus aparece de

preferencia en los lugares pedregosos y un poco quebrados, al contrario la Tola en los lugares llanos.

9:20 - Se pasa otra quebradita seca.

9:24 - Se pasa otra seca.

9:27 - Dirección del camino al NEE.

9:30 - Vestigios de cultivos en andenes en una pequeña lomada.

9:41 - Al NE.

9:48 - Al NNE.

10:05 - Se pasa un arroyo que baja de los flancos del volcán.

10:20 - Se pasa una quebrada que tiene arboles de queñua en su cauce y que baja casi de N a S. Lupinis pequeño. El aneroide señaló en este punto 493. Dirección del camino al NE. Lupinus blanco. (p. 24)

10:30 - Se bajá una quebradita profunda al N.

10:36 - Al NO, NE. Escoria pomicea.

10:40 - Al SE

10:44 - Se pasa el río que tiene una regular cantidad de agua. Este río es el que recibe el agua termal que le da un gusto salobre a toda el agua haciéndola al mismo tiempo inútil para el cultivo de todas las frutas. Este mismo río es el que inutiliza toda el agua de la quebrada de Locumba para el cultivo de la viña, que se produce en las quebradas de agua dulce y cesa de producir tan luego como se riega el terreno con el agua que tiene una

mezcla con la que corre por este río. Admira el ver cómo una tan pequeña cantidad de agua puede inutilizar todas las demás. Ahora si se reflexiona que en Ica la uva da perfectamente en terrenos que tienen agua más salobre que la de este río tomada muy abajo, se debe deducir que no es la sal la que inutiliza el agua para el cultivo de la parra; de modo que es de presumir que la mala calidad de esta agua sea debida a la sílice, la que constituye el principio mineralizador más abundante que contiene el agua termal que entra al rio.

10:47 - Llegada a los baños.

En la orilla izquierda del río de agua salobre se encuentra un manantial de agua termal, el que sale en medio de un terreno de aluvión, pero es de presumir que su origen está en los terrenos traquíticos, los que se notan a diez pasos de distancia en la otra banda del riachuelo. Este lugar se halla situado al pie mismo del Volcán Yucamani, y aunque este volcán no hace erupciones, ni se le ve humear, la presencie de este manantial de agua termal al pie mismo del volcán es una prueba de la actividad volcánica de este lugar. (. 25)

El barómetro aneroide señaló en este lugar 487.8.

La temperatura del aire 12.8.

La del agua termal en el ranchito del baño 44.

La del manantial exterior 42.7.

Esta agua no tiene olor, su sabor es salobre, no tiene ácido carbónico libre.

Por donde corre deposita sobre las piedras unas pequeñas costras blancas que parecen formadas en su mayor parte de carbonato de cal con un poco de carbonato de magnesia.

En algunos puntos se nota en el agua una alga filamentosa de color blanco; otra más común es de color verde. En el punto en donde sale el agua en el manantial exterior, se observa una materia gelatinosa color café. Esta materia envuelta en un papel blanco ha producido una bella coloración azul y morada en el papel (ver si la materia tiene yodo).

En este lugar a más del ranchito del baño, el que es muy bajo, pequeño y oscuro, hay otros dos ranchitos contiguos, que pueden servir de habitación a los que vienen a tomar los baños.

11:21 - Salida de los baños, subiendo en la banda izquierda del rio al S.

11:27 - Al E.

11:28 - Se marcha sobre un terreno cubierto de arena y escoria pomice como la de Omate.

11:34 - Al NEE.

11:35 - Al N.

12:07 - Al NNE. No se ve otras plantas que la paja de las punas y la tola.

12:12 - Camino al NE.

12:15 - Se pasa una quebradita que baja de algunos nevados con dirección de NEE a SOO.

El volcán Yucamani queda al NOO. Camino hacía el volcán. (p. 26)

12:21 - Dirección del camino al N.

12:30 - Al NO.

12:40 - Al N 20 O, marchando a unas dos cuadras de la orilla izquierda del rio.

12:51 - Dirección del camino al NO.

1:01 - Al N.

1:03 - Se pasa el rio y se marcha entre este último y una acequia. Esta acequia es la que llaman de Totora, porque pasa por la hacienda del mismo nombre. Se ha buscado de reunir en esta acequia el agua que no está mezclada con la de los manantiales termales y para esto se ha ido a principiar la acequia más arriba del punto llamado Caliente.

La idea del empresario era la de echar esta acequia al rio de Sama no presentando mucha dificultad el terreno y después midiendo el agua que entra al rio de Sama por medio de esta acequia; tomar más abajo igual cantidad de agua del rio y llevarla hasta Tacna.

No sé por cual motivo se haya dejado esta empresa después de haber hecho muchos gastos en la excavación de un gran trecho de la acequia.

1:10 - Se pasa la acequia y se sube al O., hacía la falda que baja detrás del volcán.

1:13 - Llegada al camino grande que va a Puno. Descanso.

1:22 - Continúa el camino al N. Barómetro aneroide 459.5.

Sobre el camino se hallan diseminadas muchas piedras de posolana y traquita porfiroide.

1:38 - Dirección del camino al N 20 0. No se nota otra planta que la paja de las punas.

1:45 - Se pasa un arroyo que baja de NNO a SSE. Se continúa la marcha al N.

1:47 - Se pasa otro arroyo cuya agua es la que se reúne en la acequia de Totora.

Camino al N 10 E. (p. 27)

2:06 - Se pasa otro arroyo que viene del N. Pasto crespo muy pequeño.

2:12 - Se marcha sobre una materia blanca que parece haber sido depositada en otra época por el agua termal. Casi no hay vegetación.

2:15 - Primer manantial de agua termal.

Este manantial es pequeño y se halla cubierto con piedra. No se ve salir agua de este manantial y solo se oye el ruido del agua que hierve por debajo de las piedras, y se ve salir el vapor entre los intersticios que dejan las piedras; todas las piedras que cubren este manantial están enteramente cubiertas de una cristalización o más bien de pequeños cilindros de sílice diáfana que deposita el agua que continuamente salpica sobre estas piedras. Así que el agua de este manantial se asemeja al geiser en Islanda que también deposita sílice.

Un poco más allá se nota otro pequeño manantial cuya agua sale a la superficie y deposita por donde pasa un poco de óxido de fierro.

Atravesando la quebrada se llega al manantial más grande el que se puede considerar como un verdadero volcán de agua cuyo cráter está abierto a la superficie del suelo.

Aquí se observan varios ojos pero el más grande tiene doce varas de diámetro, y a un lado de este pozo se ve reventar con mucha fuerza el agua, la que se eleva a borbollones produciendo el mismo ruido que una gran caldera en ebullición. En este pozo no se descubre fondo a la vista y el agua aparece de color azul verdoso como la del mar. (p. 28)

Este grande pozo está en comunicación con otros dos laterales, uno de los cuales hierve con fuerza como el primero y el otro tiene agua tranquila. Estos pozos por debajo forman uno solo, el que abraza una superficie de muchas varas cuadradas. En la parte exterior no están separados sino por una delgada costra de materia silícea con un poco de carbonato de cal

que ha depositado el agua; pero si se mira por un lado se ve que el agua pasa debajo y basta en algunos puntos dar un golpe con un martillo para hacer un agujero en la costra a través del cual se ve salir el agua. (pp. 28-29)

Así que es muy peligroso el acercarse al borde de estos pozos porque podría romperse la costra con el peso del cuerpo y hundirse en esta enorme caldera de agua hirviente.

El agua que sale de estos pozos va siempre depositando la materia silícea en el borde, de manera que esta costra tiende continuamente a extenderse, de la circunferencia al centro y estrechar más y más las aberturas de los pozos, pero como el sedimento es lento pasará todavía mucho tiempo para que se cierren. El depósito de la materia silícea no se hace de un modo regular, de manera que el borde no es entero sino diversamente recortado, afectando las formas más caprichosas.

La temperatura del agua de estos pozos es de 86 grados la que corresponde exactamente a la temperatura de la ebullición del agua en este lugar, señalando el barómetro en la margen de los pozos una presión de 455 m.m. Si se coloca el termómetro en medio del surtidor se nota una temperatura de dos décimos de grado más elevada; esto es de 86.2 lo que es debido a la presión con que sale el agua a la superficie del terreno.

Los habitantes del lugar cocinan carne y pasan huevos en esta agua. El agua de estos manantiales es la que entrando al rio inutiliza el agua de este último para el cultivo de la fruta. (p. 29)

En este punto se dividen dos quebradas. El primer manantial se halla situado en la orilla derecha de la quebrada formada por la reunión de los dos y al pie de una acequia que es la

que se llama Totora. El manantial grande al contrario se halla en la quebrada del rio salobre, casi en el medio de la quebrada, corriendo el rio en la orilla izquierda de la misma.

Siguiendo la acequia a una cuadra más arriba se encuentra una estancia habitada.

3:02 - Salida de Caliente con dirección hacia el SO, SSO, marchando hacía el Volcán Yucamani.

3:07 - Al S.

3:12 - Se toma el camino de Moquegua, al S.40. O.

3:17 - Dirección del camino al SSO. 0.

3:25 - Se pasan unos atolladeros y luego se sube al NO.

3:37 - Al O.

3:54 - Se pasa el arroyo que baja a formar el atolladero y luego se continúa en su orilla izquierda al NOO.

4:10 - Se vuelve a pasar el arroyo y se continúa la subida al NOO.

4:23 - Al O.

4:26 - Punto culminante del camino. Barómetro aneroide 425.5

Se baja insensiblemente al SO. La aguja de la brújula se electriza y no quiere moverse. Traquita porfiroide de color moreno.

4:35 - Al SS0.

4:55 - Al S.

5:00 - Al SO, 0.

5:03 - Al SO. Grandes masas globulares de Yareta (Bolax). Se ladea una quebrada en su banda izquierda la que más abajo tiene una estancia. (p. 30)

5:09 - Dirección del camino al S.

5:11 - Al O.

5:20 - Al S 70 O. O.

5:22 - Roca ferruginosa. Casi puro óxido de fierro.

5:30 - Se marcha por una ladera al NOO.

5:35 - Al SOO.

5:39 - Se entra a un monte de quinuares dejando la quebrada. Dirección del camino al SO.

5:42 - Al S.

5:45 - Al SE, bajando sobre pedazos angulosos de traquita.

5:50 - Al S0. SSO.

6:00 - Pampa al pie del Yucamani. Al S.

6:15 - Se pasa un arroyo que baja de los cerros de Yucamani.

6:22 - Punto de donde se ve el Yucamani al N 85 E y el Tutupaca al NNO. Candarave queda casi al S. de este punto.

Desde este lugar parece el Tutupaca con esta forma.

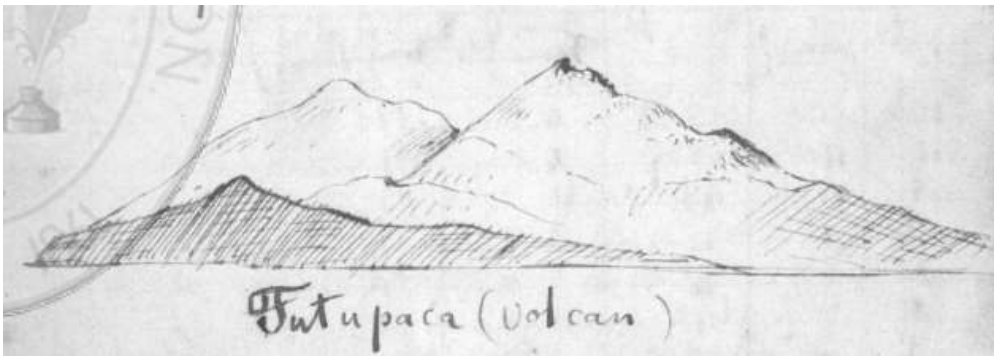

Imagen 16: Tutupaca (volcán)

(p. 31)

El Yucamani tiene la forma de un verdadero volcán pero el Tutupaca a la vista no parece serlo. Sin embargo muchas personas aseguran que el Tutupaca humea frecuentemente. Aunque yo no lo haya visto humear cuando pasé cerca de él, podría sin embargo, ser posible que este volcán desprenda vapores, porque también el Morro Putina visto de abajo parece enteramente extinguido y al contrario subiendo al mismo cráter vi desprenderse vapores en tres puntos distintos. (pp. 31-32)

En el punto señalado más arriba 6.22 el vidrio de la brújula se electrizó nuevamente y no hubo medio de hacer mover la aguja regularmente.

Después de tres leguas de marcha el camino baja al río y lo atraviesa marchando antes una legua casi en su orilla izquierda y pasando en este trecho dos arroyos que bajan al río.

A una media legua antes de pasar el río se le reúne otra quebrada que viene en ángulo agudo por su orilla derecha y a un ¼ de legua, más abajo del vado se reúne otra por su orilla izquierda que baja del Yucamani.

Subiéndose en la otra banda se marcha por más de media legua no muy lejos del rio y después poco a poco se va alejando para entrar a Candarave.

Observaciones meteorológicas					
Candarave – Abril 1864					
Día	Hora	Termómetro libre	Termómetro húmedo	Aneroide	Ciclo
13	10:30 (a)	12.4	4.2	513.2	Sol
13	11 (a)	12.9	4.5	513.2	Sol
13	12 (m)	14.0	5.0	512.8	Sol
13	1 (p)	14.4	5.1	512.5	Sol
13	2 (p)	15.2	5.8	512.2	Sol
13	3 (p)	15.0	5.8	512.0	Sol
13	4 (p)	14.8	5.8	512.0	Sol
13	5 (p)	13.8	6.1	512.2	Sol
13	6 (p)	12.2	4.8	512.4	Sereno
13	7 (p)	8.4	2.0	512.6	Sereno
13	8 (p)	7.6	1.7	512.8	Sereno
14	8 (a)			510.5	Sol
La temperatura mínima de la noche del día 12 al 13 ha sido 2.5 bajo de cero y la de la noche entre el 13 y el 14 ha sido de 2 grados bajo cero					

(p. 32)

Día 14 abril, 1864

Salida de Candarave para ir a Ticaco. 13 leguas.

8:09 - Salida de Candarave; se pasa un arroyito y se marcha al S.

8:15 - Continúa la marcha al SE. Roca de Sondor.

8:45 - Descanso.

8:52 - Continúa la marcha.

9:12 - Se baja.

9:21 - Meseta con dos casitas a la derecha del camino; lugar llamado Pallata. El aneroide señala en este punto 527.6. Dirección del camino al S 40 E.

9:25 - Otras casitas a la derecha y a la izquierda.

9:32 - Al S.

9:38 - Al S 20 E.

9:40 - Apacheta de donde aparece la laguna. El aneroide señaló 531.3. Se baja una cuesta con dirección al S.

10:00 - Llegada al rio. La última parte de la bajada es sobre escoria pómica. El aneroide señala 547.5. Descanso.

10:04 - Continúa la marcha, se pasa el rio de Candarave, laguna a 300 cuadras de distancia.

10:07 - Se pasa otro arroyo.

10:08 - Se pasa una lomadita y luego se continúa al NE.

10:23 - Al SEE.

10:25 - Al S, luego se pasa el rio que viene de Caliente y se sube al SE, SSE.

10:35 - Al S. E., camino llano.

10:38 - SSE.

10:41 - Al SE., pampa. Aneroide 541.

10:47 - Montón de piedra. Se marcha sobre traquita, al S.

10:51 - Al SSE.

10:52 - Apacheta, 540.5. Dirección del camino al E., ESE.

10:55 - Al SE. Crucífera de Corralones. Fabiana. Dirección del camino al S.

11:09 - Al S 20 E.

11:10 - Se atraviesa el cauce llano que se seguía en la orilla derecha. Descanso. (p. 33)

11:15 - Continúa la marcha al SE.

11:17 - Se sube. Se observa un huanaco solitario. Los huanacos aunque son animales sociables, que viven siempre en tropas de 8 a 12 individuos, tienen sin embargo la costumbre de vivir solitarios. Pero esto no sucede con los individuos de ambos sexos, sino solamente con los machos viejos.

El aneroide señala en este punto 545.5. Dirección del camino al SE.

11:25 - Apacheta. El aneroide señala en este punto 541. Se baja al SEE. Traquita porosa de color blanco gris y colorada exteriormente. Esta traquita se halla en masas diseminadas en medio de un terreno de aluvión.

11:34 - Se atraviesa una quebradita que baja al S. y se sube sobre cerros de traquita (conglomerado).

11:45 - Se marcha por un terreno quebrado con dirección al SE, (Fabiana)

11:58 - Terreno casi llano.

12:00 m. - Punto más elevado entre Candarave y Chaspaya. El barómetro aneroide señaló 541.5

El volcán Yucamani queda al N. 150. de este punto y el Tutupaca al N 40 O.

Dirección del camino al SE.. Llano.

12:08 - Dirección del camino al SEE.

12:19 - Apacheta. El aneroide señaló 544.8.

12:23 - Otra apacheta. Se baja por una quebradita seca al E, SE. Malesherbia de flores blancas.

12:32 - Quebradita seca que viene de SO.

12:55 - Aparece la vegetación y la hacienda de Chaspaya.

12:57 - Al N.

12:59 - Al E.

1:00 - Llegada a rio del Chaspava, que tiene agua salobre. El aneroide señala en su orilla 565.5.

1:02 - Llegada a la hacienda de Chaspaya. Esta hacienda se halla situada sobre una meseta de terreno entre la desembocadura de dos quebradas.

La hacienda tiene una capilla y varios ranchos. (p. 34)

El barómetro aneroide señala en este lugar 563.5.

1:35 - Salida de Chaspaya subiendo una cuesta al N.

1:41 - Dirección del camino al NE, SS0, NNE.

1:45 - Al S, NE.

La quebrada de Chaspaya tiene la dirección casi de N. a S.. Mucha, verbena rosada, compuesta amarilla casi sin hojas, de Yura, y pequeña compuesta amarilla de hojas canosas.

A unas 2 leguas más arriba de Chaspaya en la misma banda, se halla el pueblecito de Sitajara.

1:50 - Apacheta. El aneroide señala en este punto 551.5. Continúa la subida. Malva de Arequipa. Romerillo de Quicacha, Malesherbia blanca, Ginoxis, Tagetes pequeña.

1:52 - Al N.

1:54 - Al NE., faldeando una quebrada que se reúne con la principal al pie de Chaspaya.

1:59 - Apacheta. El aneroide señaló en este punto 546. Se continúa por una ladera al NNE, N. Conglomerado traquítico compacto. Planta de flores olorosas con espigas.

2:02 - Dirección del camino al NE. La quebrada que se sigue tiene vegetación.

2:08 - Se sube ladeando al E.

2:10 - Se marcha al NE., haciendo algunas entradas y salidas.

2:22 - En la otra banda de la quebradita se ve tunas y alfalfas. Terreno de aluvión y luego conglomerado traquítico.

2:35 - Cantúa de flores coloradas, Aliso, Tunas, Habas, Culén, Loasa trepadora.

2:38 - Se pasa al otro lado del arroyo, maíz, alfalfa. Descanso.

2:46 - Continúa la marcha.

2:50 - Se sube una cuesta. (p. 35)

3:00 - Llegada al pueblo de Challahuaya. Este es puramente de indígenas y de día no se ve una sola alma, por estar todos los habitantes en sus chacras. Las casas son de adobes, rústicas, con techos de paja. Además se notan pequeñas construcciones sin puertas, de forma rectangular y con pequeñas ventanitas en su parte superior. Estas construcciones se llaman trocas y sirven para guardar el maíz para que no sea atacado por los ratones. (pp. 35-36)

El cultivo principal de Challahuaya es la alfalfa.

El aneroide en este pueblo señaló 518.5.

3:15 - Salida de Challahuaya subiendo una cuesta.

3:19 - Estanque para reunirlas aguas de la quebradita que son muy pocas y distribuirlas con regularidad a los terrenos. El estanque se halla situado en la cuchilla que divide la quebrada de Challahuaya de otra quebradita con cultivo.

Se baja a otra quebradita al E. Clematis.

3:20 - Se pasa un arroyito que baña la quebrada y se sube en la otra banda; al E. Luego se deja la quebradita y se atraviesa faldeando al SE.

Chirichiri en abundancia llamado por acá «Chiche».

3:32 - Dirección del camino al NE. subiendo otra quebrada.

3:47 - Se atraviesa la quebrada y se sube al SE. La quebrada tiene un arroyito que más abajo se reúne con la señalada más arriba 3.20.

3:51 - Descanso.

3:55 - Continúa al SE. Mutisia Stellaria, Lupinus, Lloque. Roca que parece un Wake.

4:08 - Acaba la cuesta. Meseta un poco inclinada.

4:20 - Se marcha sobre traquita.

4:30 - Apacheta. El aneroide señala en este punto 492.

Desde este punto se ve el volcán Yucamani al N. 35 O y el Tutupaca al N. 40 O.

Dirección del camino al N. 55 O.

Dirección de una quebrada que baja de la apacheta a juntarse con la otra al N.60 O. (p. 36)

Punto más al sur de la cadena que se ve delante en el camino, al S. 55 E. Se marcha en la misma dirección. (pp. 36-37)

4:41 - Dirección del camino al SEE.

4:45 - Al E.

4:48 - Al SE.

5:00 - Se baja al E.

5:15 - Al SEE.

5:35 - Se atraviesa una quebradita con arroyo. Descanso.

El aneroide señala en este punto 518.

5:45 - Continúa la marcha al SE. Se entra a otra quebradita con arroyo. Diorita estratificada en capas verticales.

Se pasa el arroyo que baña la quebrada y se sube al SO, S, SSE. Colletia.

5:55 - Al SE.

5:58 - Llegada al pueblo de Ticaco.

El pueblo de Ticaco se halla situado sobre una meseta entre dos pequeños riachuelos. Sus casas están dispuestas en calles pero además hay muchas diseminadas, acá y allí sin orden alguno. Tiene bastante extensión pero su población no es muy numerosa. Los habitantes de Ticaco son casi todos indígenas, los que se dedican al cultivo de la alfalfa para la cría del ganado y a los sembríos de maíz, papas, habas, &.

Siguiendo la quebrada que baja a la izquierda de la población se encuentra a un ¼ de legua de distancia un baño de agua termal.

Este baño se halla situado en la orilla derecha del arroyo que baña a la quebrada la que en este punto es conocida con el nombre de quebrada de Cocsibaya; corre de N. 40 E a S. 40 O.

Para bañarse se ha construido en este lugar un pequeño ranchito bajo, el que tiene el pozo que se llena de agua, y otra pieza más grande para desnudarse o también para dormir habiéndose construido a propósito una meseta de adobes para colocar la cama. (p. 37)

El manantial por donde sale el agua se halla situado a pocos pasos más arriba de la misma falda del cerro el que es formado por una roca diorítica cuyo feldespato parece tener un poco de magnesia. (pp. 37-38)

Este manantial está encerrado por una pared actualmente sin techo. En 1846 estando acantonado en Tarata con tropas el coronel José M. López, hizo construir sobre el mismo manantial un pequeño rancho de piedra para que pudiese servir de baño de vapor. Pero más

tarde se cayó el techo y los habitantes del lugares no se dieron la pena de construir otro, de manera que en el día no queda más que las paredes que encierran el manantial.

La temperatura del agua termal de Ticaco, medida el día 16 de Abril de 1866 a las 10.30 de la mañana ha sido 49° 8 del termómetro centígrado, mientras que la de la atmósfera era de 15° 1.

El agua tiene un sabor salobre algo desagradable y se cría en ella en el mismo manantial unas algas filamentosas de color verde.

En el manantial no se nota desprendimiento de gas alguno.

Ticaco – Día 15 abril 1864 – Hora 7(am)	
Termómetro cerilijo	5.5
Aneroide	519.4
Cielo	sereno

Día 15 Abril. Salida de Ticaco Para ir a Tarata. 2 leguas escasas

8:27 - Salida de Ticaco al SE.

8:32 - Se baja en zig zag hacia al E. Mutisia. (p. 38)

8:44 - Puente sobre el riachuelo de Cocsibaya que en este punto se llama de Culata y se dirige de NNO a SSE. El puente es de palos pero se halla cubierto de piedras y tierra. El aneroide señala en el puente 531. Dirección del camino al SE. (pp. 38-39)

8:47 - Se baja a otra quebrada, marchando en zig zag hacia el SEE.

8:53 - Dirección del camino al SE. Rocas de fusión muy variadas. Conglomerado porfírico que pertenece al terreno Oolítico.

8:54 - Al S. NE.

8:55 - Llegada al puente. A pocos pasos más arriba del puente se encuentra una enorme piedra partida en dos y que se conoce con el nombre de «Piedra del Rayo», porque se dice haber sido partida por un rayo. Esta quebrada se llama de Ticalaco y tiene su riachuelo del que se sacan más arriba dos acequias una para Ticaco y otra para Tarata. La de Ticaco atraviesa el riachuelo del mismo nombre sobre un puente a pocos pasos antes de llegar a los baños. La quebrada de Ticalaco corre de N. a S, y a una cuadra más abajo se reúne con la de Culata, que acabamos de citar. Aneroide sobre el puente 507.8. Dirección del camino al S.

9:03 - Roca de fusión rosada que parece una traquita compacta.

9:08 - Dirección del camino al SE.

9:13 - Al S, E. Grandes maizales.

9:24 - Se baja a otra quebrada.

9:27 - Llegada a un puente. El aneroide señala 537.7. Esta quebrada se llama de Tarata, tiene un arroyo el que se dirige de NE. a SO.

Salida del puente al SO. en dirección de la quebrada.

9:31 - Dirección del camino al S.

9:35 - Llegada al pueblo de Tarata. (p. 39)

La población de Tarata es la capital del distrito del mismo nombre; sus casas ocupan una extensión de terreno muy grande, sin embargo toda la población no llega a 2.000 habitantes. Esta poca población en proporción a la grande extensión que ocupa Tarata, es debido a que hay muchos corrales, paredes, y casas arruinadas, las que ocupan terreno sin tener habitantes. La población de Tarata es formada de indígenas y mestizos y aunque es una población de tránsito, sin embargo la mayor parte conservan sus costumbres primitivas. En Tarata casi no hay sociedad. (pp. 39-40)

Los habitantes se dedican a los trabajos de la agricultura, siendo sus cultivos principales, el maíz y la alfalfa. El maíz es para ellos, el grano más indispensable, porque con él y un poco de coca se pasan del pan y de toda otra clase de alimento. El maíz por lo común lo usan tostado y para eso tienen una calidad superior, siendo muy tierno y de fácil digestión.

La alfalfa le sirve para alimentar su ganado y para mantener las recuas de mulas de los arrieros que transitan entre Tacna y Puno.

Algunas calles de Tarata son algo rectas, pero la mayor parte son tortuosas y en declive.

La iglesia es bastante grande, pero no tiene nada de particular; su fachada tiene algunos adornos de yeso de forma muy grosera.

Las casas de Tarata son de adobe rústicos y muy pocas se hallan blanqueadas.

Actualmente Tarata tiene algunas tiendas de efectos y unas pulperias regularmente surtidas. (p. 40)

Los indios de Tarata tienen mil preocupaciones, lo que muestra su ignorancia. Estas preocupaciones, la mayor parte son referentes a los muertos, como en todo pueblo

supersticioso; así por ejemplo tienen la extraña costumbre de que cuando muere un individuo en una casa hacen una fiesta lo que es común a todos los indios y cuando acompañan el cadáver para enterrarlo, entonces uno se queda para barrer la casa, empezando del punto más lejano de la puerta y retrocediendo hacia la puerta a reculones sin pisar en donde ha barrido. Después de haber barrido de este modo la vivienda, cierra la puerta y se va también a acompañar el cadáver. De regreso entran a la vivienda para ver si no hay pisadas y si encuentran algunas dicen luego, esta es la pisada de tal y de consiguiente se va a morir en el año. (pp. 40-41)

Así mismo creen que se puede con una sola mirada enfermar y hacer morir una persona o un animal. Cuando por ejemplo un indio tiene un niño y un animal bonito y que lo quiere mucho, si se le muere atribuye la causa a alguna persona envidiosa que se lo ha «ojeado», o se ha mirado de mal modo.

Los indios de Tarata como todos los de la sierra del Perú, en cierta época del año tienen pánico para ir a la costa por las tercianas que le acometen con mucha fuerza. En realidad es admirable el ver que basta bajen a Sama en el mes de abril (que es el más fuerte para las tercianas) para regresar a su tierra y morirse en pocos días. A veces bastan de dos a tres días para matarlos, parece que en esta raza las tercianas toman un carácter maligno que en dos o tres ataques se los lleva al sepulcro. La causa de tanto estrago existe principalmente en el medio distinto en que viven, al que se junta la mala alimentación que tienen y el uso inmoderado de las frutas cuando llegan a la costa. (p. 41)

Tarata casa de Roman cerca de la plaza						
Dia	Hora	Termómetro libre	Termómetro húmedo	Diferencia	Aneroide	Cielo
15	09:00 (p)	9.9	5.4	4.50	533.6	Sereno
16	07:30 (a)	7.4	4.0	3.4	533.5	Sol
16	08:00 (a)	10.4	5.3	5.1	533.8	Sol
16	01:00 (p)	16.7	8.2	8.5	533.6	Sol
16	02:00 (p)	17.5	8.7	8.8	533.3	Sol
16	03:00 (p)	17.5	8.7	8.8	533.0	Sol
16	06:30 (p)	11.3	6.4	4.9	533.3	Sereno
16	07:30 (p)	9.8	5.8	4.0	533.4	Sereno
16	08:30 (p)	8.8	4.8	4.0	533.6	Sereno
16	10:30 (p)	7.7	4.1	3.6	533.8	Sereno
17	06:00 (a)	6.6	3.9	2.7	533.6	Sereno

Día 17 Abril 1864.

Salida de Tarata para Coropuro. 9 leguas.

7:54 - Salida de Tarata al SO.

8:00 - Se deja un caminito a la izquierda y se toma un camino que baja marchando al O.

8:03 - Al SO, O.

8:07 - Se baja al S. marchando por una quebradita con arroyo, dividida de la quebrada principal por una lomada. El arroyo que baña esta quebradita es dado por el excedente de la acequia que riega las chacras de Tarata y que como hemos dicho más arriba es sacada de la quebrada de Ticalaco.

Terrenos de sedimento formados en su mayor parte de capas de arcilla que se hunden al NE. con un ángulo de 15 a 20°.

8:15 - Lugar pantanoso con atolladeros y trecho de camino muy malo. Descanso.

8:30 - Continúa la marcha. (p. 42)

8:33 - Se pasa un arroyo que baja por una quebradita en donde se hallan situados dos pueblos llamados Tarucachi y Estique.

Tarucachi está situado a una legua y media de Tarata en la orilla derecha del arroyo citado.

Estique está situado más arriba a otra legua y es capital de distrito, que pertenece a la provincia de Tacna. Entre Tarucachi y Estique, hay otro pequeño arroyo que baja a reunirse con el antedicho.

Estos pueblos tienen sembríos de alfalfa y papas y se hallan situados en el camino que conduce directamente de Tacna á Tarata.

El arroyo de Estique y Tarucachi baja de SEE. a NOO. para reunirse con la quebrada principal.

8:30 - Se sube por un quebradita seca al O.

8:45 - Apacheta. El aneroide señala en este punto 542.5.

Se continúa el camino por una ladera hacia el O, faldeando la quebrada principal.

8:51 - Se baja al S.

8:53 - Quebradita seca que baja de SEE. a NOO.

Dirección del camino al NO. NOO.

9:04 - Se marcha sobre gres metamórfico que pertenece al periodo Oolítico.

Dirección del camino al NOO. Grillos y Cigarras. Ambrosia romerillo.

9:18 - Se baja una cuesta con dirección al SO.

9:28 - Llegada al pie de la cuesta. Aneroide 578.

9:30 - Quebradita seca que baja de SE. a NO.

Dirección del camino al SOO.

Se marcha a 8 o 10 varas sobre el nivel del río.

9:36 - Se continúa el camino por algunos pasos en una acequia. (p. 43)

9:38 - Llegada a Tistala. Este lugar en un caserío situado en ambos lados de la quebrada, pero cuya parte principal se halla en la orilla izquierda. Sus casas son de adobes con techos de paja y tienen un aspecto triste y miserable. Una quebradita seca divide el caserío situado en la banda izquierda en dos partes. El barómetro aneroide señala en Tistala 571. Los cultivos de Tistala son maíz y alfalfa.

Al salir del caserío situado en la orilla izquierda de la quebrada se baja al rio con dirección al NO. y se pasa sobre un puente de palos, entrando a la otra parte del caserío de Tistala, situado en la banda derecha.

Árbol de molle completamente cubierto por unas plantas parasitarias del género Loranthus.

9:48 - Al SO. Descanso.

9:58 - Continúa la marcha.

10:15 - Dirección del camino al NO. Luego la quebrada tuerce. Pórfido verdoso post oolítico.

10:17 - Se baja al O.

10:22 - Llegada al río el que se pasa sobre un puente. El aneroide señala sobre este puente 577. Se continúa el camino en la banda izquierda de la quebrada al O.

10:28 - Al NOO.

10:37 - Se sube.

10:40 - Al N.

10:47 - Cruz. Empieza la bajada 4 Chucatamana. En el punto en donde empieza la bajada el aneroide señala 577.

Al NO.

10:50 - Pueblecito de Chucatamana, con iglesia situada en un punto un poco elevado y con fachada blanqueada. El barómetro aneroide señala en Chucatamana 582. (p. 44)

10:55 - Salida de Chucatamana al NO. Se marcha sobre gres metamórfico de la formación oolítica. (pp. 44-45)

11:04 - Al O. Myrsine de Arequipa. Higueras.

11:12 - Quebrada seca que se pasa.

11:45 - Llegada a Tala. Este lugar es un pago formado de varias casas dispuestas sin orden. Se halla situado en la orilla izquierda del río, a algunas cuadras más arriba de la desembocadura de la quebrada de Chaspaya. En Tala vive el teniente gobernador de la quebrada y el que está sujeto al gobernador de Tarata. En todos los demás pagos no vive sino un comisario.

El barómetro aneroide señala en Tala 586.6. En Tala además de la alfalfa y maíz se cultivan algunos árboles frutales los que un poco más abajo ya no producen, mezclándose a este río el que pasa por la hacienda de Chaspaya, que lleva agua salobre.

11:47 - Dirección del camino al S., SO.

12:00 - Al O.

12:03 - Puente de palos.

12:06 - Se pasa el rio y luego el de Chaspaya que viene del N. Dirección del camino al SOO. Descanso.

12:12 - Continúa la marcha.

12:20 - Al SO.

12:23 - Al S.

12:38 - Muchos cultivos de maíz y alfalfa. Al SO. Escalonia.

12:47 - Descanso. El barómetro aneroide señala 595.

1:13 - Se continúa la marcha. Se baja al río con dirección hacia el S.

1:16 - Se pasa el río á vado y se sube al S. para entrar luego al pago llamado Longaniza. El barómetro aneroide señala en este punto 597.5. (p. 45)

Cerca de este pago los terrenos forman en ambas bandas un hermoso plano inclinado hacia el río cubierto de cultivos de alfalfa y maíz. Estos terrenos son regados por dos acequias que pasan en la parte superior de los terrenos. Roca diorítica de estructura bastante cristalina. Dirección del camino al SO. (pp. 45-46)

1:28 - Se pasa una quebrada seca. Dirección del camino al O.

1:32 - Al S.

1:43 - Al O. y al ONO.

1:51 - Quebradita seca con acequia que la atraviesa sobre un puente.

2:00 - Pequeño caserío en la otra banda. El aneroide señala 604.

2:02 - Se notan dos casitas a la derecha del camino y a la izquierda de la quebrada con grandes cultivos de maíz y varias recuas de mulas en los alfalfares.

2:09 - Especie de Phtamita en capas que se hunden al SEE. Esta roca también pertenece a las producida por metamorfismo debido a la erupción de los pórfido y diorita en el período oolítico.

2:12 - Dirección del camino al NO.

2:15 - Pueblecito de Putina. En este lugar hay varias casas y actualmente se está construyendo una capilla. El barómetro aneroide señala en este punto 605.

2:33 - Dirección del camino al ONO. Roca de fusión de color gris verdoso obscuro y que se asemeja a un Trapp. En algunos puntos esta roca se hace porfiroide apareciendo en medio de sus masas pequeños cristales de feldespato.

En la otra banda se nota un barranco de terreno de aluvión de 20 a 30 varas sobre el nivel el rio, y más arriba se observan cerros de terrenos arcillosos.

2:39 - Descanso. (p. 46)

2:45 - Continúa la marcha. Se deja un camino que sube a la izquierda.

2:50 - Se pasa el río por vado. Se marcha al O.

2:57 - Se sube sobre la meseta de terreno de aluvión.

3:03 - Al NOO.

3:07 - Al O. Cerro de detritus.

3:23 - Llegada al paso de Coropuro.

El barómetro aneroide señala en Coropuro 620.

Este paso de Coropuro se halla situado en la banda derecha de la quebrada. Sus casas son algo miserables pero sus habitantes son más tratables pudiéndose ya considerar Coropuro como un punto de la costa.

Coropuro tiene una pequeña capilla.

En Coropuro se experimentan ya algunas tercianas.

El cultivo principal de Coropuro es la alfalfa, después el maíz.

Día 18 abril 1864.

Salida de Coropuro para Sama. 16 leguas.

1:38 - Salida de Coropuro bajando el río el que se pasa a vado. Se sigue en la otra banda ladeando una quebrada seca en su orilla derecha, subiendo.

2:10 - Se pasa la quebrada y se sube al SE.

2:15 - Se sube por un callejón al O., SSO.

En este callejón hay tradiciones que se defendieron los indios en tiempo de la invasión española, notándose todavía en un punto del callejón restos de paredes de piedras que cerraban completamente la entrada.

2:22 - Se tuerce a SEE; luego nuevamente al SOO dejando la quebrada que se seguía. (p. 47)

2:50 - Se entra nuevamente en la quebradita y se marcha al S. (pp. 47-48)

3:00 - Dirección del camino al SSO, S, SSE.

4:00 - Llegada a la apacheta o punto más elevado del camino. El barómetro aneroide señala en este punto 543. Dirección del camino al SO.

6:00 - Al O. Terreno de aluvión.

6:22 - Se deja el camino de Coruja y se marcha al E, S, SO, O, se sube.

6:33 - Se baja al S., SO.

6:47 - Al SS0. El barómetro aneroide señala en este punto 615. Dirección del camino al SSO.

7:20 - Al S.

8:38 - Se deja el camino de Sama grande y se sigue directamente por Buenavista al SE.

8:55 - Al SSE.

9:00 - Se entra a una quebradita seca y se marcha al SEE, subiendo.

9:07 - Descanso.

9:20 - Continúa la marcha bajando y ladeando.

9:30 - Al S.

9:48 - Al SS0.

10:10 - Se baja por una quebrada seca marchando por terreno casi llano hacia el SO. Bulimus.

10:27 - Al SOO; acaban los cerros y se marcha por una pampa ligeramente inclinada. Se atraviesa el camino que conduce directamente de Tarata á Sama grande.

10:32 - Se atraviesa otro camino.

11:10 - Al SO. Se ve un pedazo de acequia para traer agua a Tacna.

12:00 - Bajada al valle y entrada a un callejón marchando al NO, N. Luego llegada al rio. El barómetro aneroide en la orilla del río señala 725. Descanso.

12:07 - Continúa la marcha al NO.

12:09 - Llegada a Sama. (p. 48)

Sama Alfalfa, maíz, zapallos, higos y leña.

El valle de Sama se halla situado al NOO del de Tacna, de cuya ciudad se puede decir que es la despensa, porque la provee de frutas y alfalfa, de granos, &. Este valle de Sama es muy ancho y tiene muchos pagos, la mayor parte formados de ranchos de estera de totora. El pago situado más arriba de Coruca, el que se halla en la orilla izquierda del río y a un poco más de una legua más arriba de Sama grande.

Este pago tiene su capilla.

Sama grande es el pago más extendido y es el que da nombre a todo el valle. Sus casas no se hallan reunidas en pueblo sino que diseminadas acá y allá a cierta distancia una de otra. Sama grande como Coruca está situada en la orilla izquierda del río.

Más abajo de Sama grande se halla el pago de Poquera, el que es pequeño y en fin a dos leguas y media más debajo de Sama grande y en la orilla derecha del rio, se halla situado el pago de Buena Vista, el que aunque pequeño es tal vez el que tiene mejores casas. Además en Buena Vista hay un Hotel con cuartos con cama, lo que es muy raro en el Perú, cuando se sale de las capitales.

Más abajo de Buena Vista hay todavía algunos pagos de los que el principal es el que se llama los Yaras situado a una media legua de Buena Vista, y en la misma orilla derecha del río.

La iglesia de Sama se ha construido a fuera de la quebrada en un punto más elevado en la banda derecha y a una media legua más arriba de Buena Vista. Este templo ha sido hecho fabricar en 1798 por el señor Chaves de la Rosa. (p. 49)

El valle de Sama es uno de los más mentados por las tercianas las que son de carácter maligno; estas tercianas son sin duda debidas a los miasmas que se desprenden de los pantanos y aguas estancadas tan comunes en este valle. (pp. 49-50)

En la desembocadura del río de Sama en el mar, se ve muchos gentilares y parece que este lugar era muy habitado en tiempo de los incas, por los indios mitimaes, los que hallaron en este mar una pesca abundante. Cerca del morro de Sama se han encontrado momias muy bien conservadas y cadáveres de niños bajo el estado de momias encerrados en cántaros de

barro cocido y cuya boca es demasiado estrecha para hacer pasar la criatura. Como no he visto personalmente estos cántaros no puedo decir nada de cierto, sobre este particular.

En Sama se da muy bien el algodón y en algunos puntos se ven además de los arbolillos comunes en los cercos, unos pequeños cultivos de esta planta.

Dia 19 abril 1864 – Buena Vista en el Hotel

Valle de Sama

Dia	Hora	Termómetro libre	Termómetro húmedo	Diferencia	Aneroide	Cielo
19	11:00 (a)	22	18	4.0	726.0	Sol
16	12:00 (m)	23.3	18.9	4.4	725.7	Sol
16	01:00 (p)	23.9	19	4.9	725.0	Sol
16	02:00 (p)	24.2	19	5.2	725.2	Sol
16	03:00 (p)	23.7	19	4.7	725.0	Sol
16	04:00 (p)	23.5	18.8	4.7	725.0	Sol
16	05:00 (p)	22.4	17.4	5.0	725.4	Sol
16	06:00 (p)	20.1	15.3	4.8	725.6	Sereno

En los dias 18, 19 y 20 de abril las mañanas estaban cubiertas hasta las 9 del dia, hora que poco a poco se levantaba la capa de nubes y aparecia el sol.

(p. 50)

Día 20 Abril 1864. Salida del valle de sama para ir a Tacna. 7 leguas.

6:30 - Salida de Buenavista bajando al río, el que se pasa y luego se sube en la otra banda marchando enseguida hacia el E. por unas pampas llana ligeramente inclinada.

8:12 - El aneroide señala en este punto 707.5.

8:30 - En este punto el aneroide marca 699.5.

8:47 - Llegada a la cruz, la que se considera como situada en la mitad del camino. El aneroide cerca de la cruz señala 697.

10:00 - Al SEE.

10:10 - Llegada al alto de donde se ve Tacna al SEE. En este punto el aneroide señala 688. Se baja a Tacna dejando a la derecha una cantera de piedra de construcción la que es de traquita.

10:30 - Llegada a Tacna.

La Empresa de llevar agua a Tacna, empezada en Totora, había excavado un trecho de acequia que sale del río a poca distancia de Toquera y Sama grande, pero no se sabe por cual causa fue abandonada. Como entre Sama y Tacna hay unos terrenos elevados, la acequia debía seguir por largo trecho una dirección casi paralela a la del río de Sama y después atravesar hacia el E. para ir al valle de Tacna o tres leguas más abajo de la ciudad de Tacna, siendo esta última mucho más elevada sobre el nivel del mar que Buenavista. (p. 51)

Observaciones meteorológicas hechas en Tacna en los altos del Hotel Italiano

Abril 1864

Día	Hora	Term. libre	Term. húmedo	Diferencia	Aneroide	Temp. Mínima	Term. al Sol	Cielo
21	8 (a)	17.6	15.1	2.5	710.6			Cubierto sol apagado
21	9 (a)	18.2	15.6	2.6	710.6			Sol
21	10 (a)	19.8	16.7	3.1	710.7			Sol
21	11 (a)	21.6	16.8	4.8	710.4			Sol
21	12 (m)	22.4	17.1	5.3	710.0	14.0		Sol
21	1 (p)	22.5	17.5	5.0	709.8			Sol
21	2 (p)	22.7	17.8	4.9	709.4			Sol
21	3 (p)	21.2	16.2	5.0	709.5			Sol
21	4 (p)	19.9	16.1	3.8	709.9			Sol
21	10 (p)	16.2	9.4	6.8	711.2			Sereno
22	7 (a)	16.5	14.5	2.0	710.0			Neblina en los cerros
22	8 (a)	16.3	14.1	2.2	709.5			Sol muy apagado
22	9 (a)	18	15.2	2.8	710.0	13.7		Sol
22	10 (a)	19.1	15.6	3.5	710.0			Sol
22	11 (a)	20.8	16.5	4.3	710.0			Sol
22	12 (m)	21.7	16.6	5.1	709.8			Sol muy apagado

22	1 (p)	21.0	16.4	4.6	709.6			Casi enteramente nublado
22	2 (p)	20.8	16.4	4.4	709.3			Sol muy apagado
22	3 (p)	19.3	15.7	3.6	709.2			Sol muy apagado
22	4 (p)	18.8	15.7	3.1	709.3			Sol apagado
22	11 (p)	16.2	9.4	6.8	710.6			Medio cubierto
23	8 (a)	18.0	15.2	2.8	711.5			Sol muy apagado
23	9 (a)	17.6	15.1	2.5	711.6			Sol ligera capa de nube
23	10 (a)	18.3	15.5	2.8	711.8			Sol
23	11 (a)	19.9	16.0	3.9	711.4			Sol muy apagado
23	12 (m)	20.5	16.5	4.0	711.0	11.5		Cubierto
23	3 (p)	21.1	16.7	4.1	710.2			Sol muy apagado
23	4 (p)	20.5	16.5	4.0	710.0			Cubierto
23	5 (p)	18.7	15.1	3.6	710.1			Ligeramente cubierto
23	10 (p)	15.5	13.7	2.8	710.7			Ligeramente cubierto

24	8 (a)	17.4	14.5	2.9	710.3			Ligeramente cubierto
24	9 (a)	17.3	14.5	2.8	711.4			Ligeramente cubierto
24	10 (a)	18.6	15.0	3.2	711.3			Sol
24	11 (a)	20.3	16.0	4.3	711.2			Sol
24	12 (m)	21.0	16.1	4.9	711.0	15.0		Sol
24	1 (p)	22.3	17.0	5.3	711.4			Sol apagado
24	2 (p)	22.8	16.5	6.3	700.5			Sol
24	3 (p)	22.1	17.1	5.0	709.5			Sol
24	4 (p)	20.3	16.2	4.1	709.5			Sol muy apagado
24	5 (p)	18.4	15.2	3.2	709.5			Casi cubierto
25	07:30 (a)	16.8	14.6	2.2	710.5			Cubierto
25	9 (a)	16.9	14.4	2.5	710.5			Cubierto
25	10 (a)	18.9	15.8	3.1	710.5			Reflejo de sol
25	11 (a)	19.9	16.0	3.9	710.4			Sol
25	12 (m)	20.2	15.7	4.54	710.0	15.2		Sol
25	1 (p)	21.8	16.2	5.6	709.6			Sol
25	2 (p)	22.3	16.4	5.9	7095			Sol
25	3 (p)	21.8	16.2	5.6	708.7			Sol
25	4 (p)	21.3	15.8	5.5	708.5			Sol
25	5 (p)	18.7	14.8	3.9	709.0			Sol
25	12 (mn)	17.8	14.5	3.3	710.5	13.0		Medio cubierto

26	07:30 (a)	17.2	14.2	3.0	710.6			Casi cubierto
26	8 (a)	18.3	14.7	3.6	710.7			Sol apagado
26	9 (a)	17.8	14.4	3.4	710.6			Sol
26	10 (a)	19.0	14.8	4.2	710.4			Sol
26	11 (a)	20.2	15.3	4.9	710.0			Sol
26	12 (m)	21.7	16.0	5.7	709.8			Sol
26	1 (p)	22.8	16.5	6.3	709.2			Sol
26	2 (p)	22.2	16.4	5.8	709.0			Sol
26	10 (p)	17.5	15.2	2.3	711.4			Cubierto
26	11 (p)	16.3	15.0	1.3	711.5			Cubierto
27	8 (a)	17.4	15.6	1.8	711.5	11.2		Cubierto garua
27	12 (mn)	14.2	12.1	2.1	711.0			Sereno
28	7:30 (a)	15.8	13.4	2.4	710.8			Sol
28	8 (a)	16.6	14.2	2.4	710.8			Sol
28	9 (a)	18.2	14.8	3.4	710.8			Sol
28	10 (a)	19.6	15.8	3.8	710.7			Sol
28	11 (a)	20.7	16.3	4.4	710.5	15.0		Sol
28	12 (m)	21.8	16.6	5.2	710.0			Sol
28	1 (p)	22.6	16.8	5.8	709.5			Sol
28	2 (p)	22.8	17.0	5.8	708.9			Sol
28	3 (p)	22.0	17.0	5.0	708.4			Sol
28	4 (p)	20.0	16.2	3.8	708.5			Sol pasado
29	1 (a)	16.8	14.8	2.0	709.0	15.4		Cubierto
29	2 (a)	17.2	15.0	2.2	709.0			Cubierto

29	8 (a)	18.4	15.4	3.0	710.5			Sol con un poco de neblina
29	9 (a)	17.6	15.0	2.6	710.6			Sol
29	10 (a)	19.2	15.3	3.9	710.4			Sol
29	11 (a)	21.4	16.6	4.8	710.2			Sol
29	12 (a)	22.2	16.8	5.4	710.0			Sol
29	1 (p)	22.4	16.8	5.6	709.8			Sol
29	2 (p)	22.0	17.0	5.0	709.8			Sol
29	3 (p)	20.5	17.2	2.8	709.8			Sol
29	4 (p)	20.2	16.4	3.8	710.2			Sol
30	1 (a)	16.6	14.9	1.7	711.4			Cubierto
30	8 (a)	16.6	14.6	2.0	711.4			Cubierto
30	9 (a)	16.8	14.8	2.0	712.0			Cubierto
30	12 (m)	21.4	16.6	4.8	710.8			Sol
02	11 (a)	18.8	14.8	4.0	712.3			Cubierto con reflejo
02	12 (m)	20.0	16.1	3.9	712.0			Sol apagado
02	1 (p)	21.1	16.3	4.8	711.4			Sol
03	11 (a)	19.2	15.4	3.8	711.0			Sol
03	1 (p)	21.7	16.0	5.7	710.5			Sol
03	2 (p)	23.0	17.0	6.0	709.9			Sol
03	4 (p)	19.8	15.2	4.6	710.0			Sol
03	12 (mn)	16.8	14.2	2.4	711.5			Cubierto

04	9 (a)	18.6	14.2	2.4	711.5			Cubierto
04	11:30 (a)	19.2	15.2	4.0	711.4			Sol
04	1 (p)	20.3	15.8	4.5	710.5			Sol
04	2 (p)	20.8	16.0	4.8	710.4			Sol
04	4 (p)	19.2	15.3	3.9	710.2			Sol
04	11 (p)	15.2	14.2	1.0	711.6			Cubierto
05	10 (a)	16.0	15.0	1.0	711.8			Cubierto
05	2:30 (p)	18.3	15.0	3.3	710.5			Cubierto

(pp. 56-60)

Tacna

La ciudad de Tacna es la capital del departamento de Moquegua. Se halla situada en una quebrada muy escasa de agua pero con terrenos muy fértiles. La quebrada corre de N. 20 E. a S. 20 O., en medio de cadenas de cerros de aluvión con conglomerado traquítico.

Tacna tiene calles rectas de anchura muy variable. El piso es regularmente empedrado y sus paredes son hechas con piedras cuadradas de roca traquítica. Esta ciudad va embelleciéndose y progresando Cada día más y después de la construcción del ferrocarril que la pone en comunicación con el puerto de Arica, Tacna ha cambiado enteramente. En el día se construyen muy buenas casas de adobes, piedras o madera, la que ofrecen comodidad y buen gusto. La ciudad de Tacna por el activo comercio que tiene con Bolivia, adelanta continuamente y si no fuera la escasez de agua, entre poco tiempo podría ser la segunda ciudad de la República. Pero faltando éste tan útil elemento, los cultivos son muy limitados y las producciones no bastan para el consumo de sus habitantes, de manera que se

trae de la sierra carne, papas y chuño, de Arequipa y Chile harina y alfalfa, &, de los inmediatos valles de Azapa y de Sama.

La ciudad de Tacna cuenta en el día como 15,000 habitantes entre blancos y mestizos.

En Tacna se hallan establecido numerosas casas extranjeras: inglesas, francesas, alemanas e italianas, de manera que parece una ciudad europea más bien que peruana. Los almacenes de efectos de modas, son elegantes y bien surtidos, pudiendo competir con los de Lima.

Hay en Tacna tres hoteles y algunos restaurantes. (p. 61)

Entre los establecimientos públicos podemos contar dos teatros de regular construcción; uno pequeño es proporcionado a la población, otro más grande construido recientemente con el objeto de hacer competencia al primero. Pero lo que es extraño es ver la ciudad de Tacna con dos teatros y casi sin iglesia, porque hasta hace pocos meses no había más que una pequeña capilla y un templo empezado y no concluido, habiéndose cuarteado por sus malos cimientos. Actualmente se ha concluido una capilla de regular extensión casi al extremo de la ciudad y se está refaccionando otro en la calle más ancha que conduce a la estación del ferrocarril. (pp. 61-62)

Tacna por lo que toca a establecimientos de instrucción es muy desgraciada, pues no tiene ni un buen colegio y toda la instrucción se reduce a algunas escuelas de primeras letras, de modo que en este importante ramo, la capital está mucho más atrasada que Moquegua en donde hay un buen colegio.

Hace poco tiempo se ha construido un hospital por suscripción de los habitantes.

Pero si Tacna casi no tiene establecimientos de beneficencia, en desquite tiene dos teatros y una hermosa alameda en medio de la que pasa el riachuelo cuyo cauce es empedrado en forma de media caña. Varios puentes sirven para comunicarse entre una banda y otra, y además hay otros arcos a manera de puentes que sostienen pequeñas estatuas de mármol que representan las estaciones. Pero lo que es de sentirse es que el agua del río no corre perennemente y sólo entra al cauce 12 horas, los jueves, los sábados día y noche y los domingos hasta las 3 de la tarde. Esta distribución ha sido necesaria para economizar el agua a fin de tener lo suficiente para el regadío de los terrenos de las inmediaciones de la ciudad[73]. (p. 62)

Para el consumo de las casas es preciso que los vecinos recojan el agua en los días que corre y la depositen en barriles o tinajas, con el objeto de tener la necesaria en los días que el cauce está seco. (pp. 62-63)

El agua del río de Tacna no es de buena calidad y tiene en solución sales calcáreas y magnesianas y además una cierta proporción de sulfato de alúmina y hierro que le da un gusto astringente.

El agua que corre por la quebrada de Tacna tiene su origen de la cordillera del Barroso situada al NNE. de la ciudad y en los altos de Estique. Más arriba de Palca se reúnen dos quebradas que se conocen con los nombres de Caplina y Etoquela.

[73] Nota original: Tacna tiene una buena plaza de mercado llamada la Recova. Esta plaza tiene la forma de un rectángulo y abraza una cuadra de extensión. Se halla situada en el centro de la población y tiene dos entradas, una de las cuales da a la calle del Comercio. Las dos entradas tienen una fachada de piedra y en su interior, la plaza, tiene o dos portales uno en cada lado.

El agua de la primera quebrada es de regular cantidad y la de la Etoquela al contrario es muy mala y mezclándose con la primera da este gusto astringente al agua de Tacna.

Un fenómeno particular tiene lugar todos los años en los meses de setiembre, octubre y noviembre en los altos de la quebrada de Etoquela. Hay ciertos terrenos que en esta estación se hinchan poco a poco hasta dar lugar a una eminencia redondeada la que no tarda a reventar y dejar salir una materia pastosa de color amarillento de ocre, la que entra al río y enturbia sus aguas. En esta época el agua del río viene muy cargada de materias terrosas y es preciso filtrarla antes de usarla. En esta estación el agua deposita una gran cantidad de materia ocrácea y su gusto es más astringente, asemejándose un poco al de la tinta.

En los años que hay menos lluvias las reventazones son mayores.

La quebrada de Etoquela queda al O, de la de Caplina. (p. 63)

Tacna tiene dos imprentas en las que se salen dos periódicos semanales, «El Porvenir» y «La América», además se publican algunos folletos y pequeños textos para escuelas.

Las calles principales de Tacna son cuatro que corren paralelas. La del Comercio es la más larga y tiene casi media legua de un extremo a otro. Viendo la escasez de agua que se experimenta en Tacna y que impide a esta población tomar mayor ensanche por la falta de productos agrícolas, se establecieron algunas empresas particulares con el objeto de dar agua al valle sea más abajo o más arriba de la población. Estas empresas son las de Totora y la de Uchusuma. Al hablar de Candarave y del valle de Sama hemos ya citado la empresa de Totora, la que no se llevó a cabo, no se sabe por cuál el motivo, habiéndose ya hecho grandes gastos.

La segunda empresa, esto es la de Uchusuma, consiste en traer a Tacna por medio de acueductos y acequia el agua del riachuelo de Uchusuma, situado en la cordillera de Tacora. Esta empresa empezó hace ya más de 25 años y tampoco no se llevó a cabo por las grandes dificultades que presenta y por los ingentes gastos que se necesitaría hacer para llevarla a término.

Tacna como hemos dicho debe su progreso al activo comercio que hace con Bolivia, importándose y exportándose por el puerto de Arica casi todos los productos que se consumen y exportan, de esta República. Para los productos que se importan a Bolivia hay una garita en Palca a fin de que las mercaderías que se introducen para Bolivia y que de consiguiente no pagan derechos en las aduanas del Perú, considerándose como mercaderías de tránsito, no queden en alguna parte de esta última República. (p. 64)

Los principales productos que se exportan de Bolivia por Tacna y Arica son lanas de carnero y alpaca, barrillas de cobre de Corocoro, barrillas de estaño de Oruro y Cascarilla. (pp. 64-65)

De Tacna se ve el nevado del Barroso al NNE., el Tacora (Volcán) al N. 38 E. y otro nevado cónico, al NE.

Día 7 Mayo 1864. Salida de Tacna para Pachia. 3 leguas y ½.

1:22 - Salida de la ciudad al NE. dirigiéndose hacia el nevado situado más al S.

1:31 - Dirección del camino hacia el N. marchando en un cauce seco.

1:34 - Llegada al camino grande al N. 35 E.

1:42 - Al N. 30 E. Casas. El barómetro aneroide corregido señala 703.

2:04 - Al N.

2:06 - Al N. 15 E.

2:37 - Se marcha cerca de terrenos cultivados. Argemone, Chiri chiri, Vilca, Algodón.

2:42 - Se pasa un arroyo que parece ser el riachuelo que baña la quebrada y se entra al pueblo de Calana, el que es formado por una sola calle con casas de regular aspecto, muchas de las cuales tienen sus paredes blanqueadas. El barómetro aneroide señala 687. No se ve iglesia.

2:55 - Dirección del camino al N.

3:00 - Casas. El barómetro aneroide señala en este punto 682. Se entra a un camino sombreado por cercos de yerba santa, higueras y sauces. Al NNE.

3:05 - Se pasa un cauce seco.

3:22 - Casas. Dirección del camino al N. 40. E.

3:30 - Descanso. Aneroide 674.5 (corregido).

3:41 - Al NNE.

3:48 - Llegada a Pachia.

El pueblo de Pachia es formado por un pequeño número de casas diseminadas acá y allá sin orden alguno. Tiene una iglesia, pero no vive en el pueblo ningún sacerdote.

También tiene una escuela nacional. (p. 65)

En Pachia hay un tambo donde se encuentran algunos recursos aunque un poco caros. Los cultivos principales son maíz y un poco de alfalfa; sin embargo esta última es muy cara y

no siempre se encuentra verde. Como este lugar es una pascana que hacen casi todos los arrieros que de Tacna se dirigen a Puno o a Bolivia, sucede que la poca alfalfa que se cultiva en el lugar no basta y son obligados a traer alfalfa seca de Tacna. Esta se vende a cuatro reales la arroba en Tacna y a un peso en Pachia y como una bestia se come al menos una arroba resulta que sólo para la mantención de cada bestia se necesita un peso por cada noche. (pp. 65-66)

A una legua escasa de Pachia en un lugar llamado Caliente hay un manantial de agua termal que sirve para baños. El Prefecto Zavala hizo construir tres cuartos para los enfermos que van a bañarse.

En Pachia el barómetro aneroide señaló 668.5 (corregido). Más al S. de Caliente y de la quebrada que sigue el camino de Puno hay un pequeño ojo de agua muy buena, llamada Choscuco, cuya agua se piensa traer a Tacna por medio de cañería.

Día 9 Mayo 1864. Salida de Pachia para ir a la Portada. 9 leguas.

Salida de Pachia; aneroide 668.

5:24 - Empieza la marcha con dirección al N. 40 E.

5:27 - Se deja a la izquierda el camino de Caliente y se marcha al NE. dejando también a la izquierda los terrenos cultivados. La quebrada es muy ancha y se abre más todavía formando una grande pampa diseminada de piedras de todo tamaño.

6:07 - La quebrada de Caliente queda a la izquierda y el camino entra a otra quebrada. Este punto queda en frente de la confluencia de las dos quebradas y del lugar llamado Caliente

en donde se hallan los baños termales. Este último lugar queda en la banda derecha del riachuelo.

6:09 - Se llega a la orilla del cauce de la quebrada que se sigue. Este cauce tiene un pequeño arroyo que da origen a una pequeña acequia la que sigue paralela al cauce. El camino continúa remontando la quebrada en la orilla izquierda del cauce. Piedras dioríticas. (p. 66)

6:30 - Argemone, chiri chiri, chamico. Luego tambo de San Francisco a la izquierda del camino. Cerca de este tambo se ve una higuera, un molle y un pequeño depósito de agua. El aneroide corregido señala en este punto 638.5. Desde el tambo la quebrada se estrecha mucho entre cerros de terrenos de aluvión. Pequeño cultivo de maíz a la izquierda. (pp. 66-67)

Más allá se nota maíz y algunas higueras. Yaguato o mimbre y molles raquíticos. El camino es inclinado sin ser en cuesta.

6:39 - Rocas en capas perpendiculares debajo del terreno de aluvión y clasificadas por Forbes como pertenecientes al terreno Oolítico inferior. Estas capas se notan en la otra banda de la quebrada y luego varían de inclinación hundiéndose al SO. con ángulo de 65°.

6:51 - Quebradita seca a la derecha. Las capas en este punto son casi horizontales y onduladas, tienen poco espesor y son de naturaleza arcillosa.

En el camino se encuentran numerosas recuas de mulas cargadas de barrilla de cobre y de zurrones de cascarilla.

7:02 - Se entra a una quebradita seca.

7:04 - Otra quebradita seca que se deja a la derecha. Terreno de aluvión. Se sube.

7:12 - Se entra nuevamente a la quebrada principal y en la otra banda se observan las capas en posición casi horizontal.

7:25 - Se sigue por otra quebradita seca en cuyo cauce se observan algunas matas de ginoxis, ambrosía (romerillo) lycopersicon, cactus, con tronco espinoso en forma de arbolito, (como los del camino entre Sondor y Caravelí). Recuas de mulas y burros con barras de estaño que vienen de Oruro.

7:42 - Apacheta o gran montón de piedras. El barómetro aneroide señaló en este punto 613.3. Se entra nuevamente a la quebrada principal con arroyo que se había dejado a la izquierda. Piedras dioriticas con gravados como las de Locumba y la Caldera. Pequeño cultivo de maíz en el plan de la quebrada.

7:47 - Quebradita seca con arbustos en la otra banda. Terreno de aluvión.

7:52 - Se pasa el arroyó que baña la quebrada y luego se vuelve a pasar. Toñus, Molle.

7:58 - Se pasa el arroyo y se marcha en la orilla derecha. (p. 67)

8:00 - Diorita estratificada en capas casi horizontales. Luego diorita no estratificada debajo de la primera. Esta roca presenta núcleos de otra diorita más anfibólica y tiene la apariencia de una sienita por su estructura cristalina.

8:07 - Se pasa el arroyo. La dirección general del camino desde Pachia es hacia el NE., aunque tiene ligeras ondulaciones.

8:11 - Se pasa el arroyo (orilla derecha).

8:16 - Se pasa el arroyo.

8:22 - Arañas de Tarata. Se pasa el arroyo (orilla derecha), alfalfa.

8:37 - Al NNE.

8:40 - Al N.

8:47 - Al NNE.

9:00 - Al N. 40 E. Diorita compacta cubierta con aluvión.

9:21 - Quebraditas secas en ambas bandas. En la otra banda antes de la quebradita seca aparecen nuevamente los terrenos estratificados. A pocos pasos más arriba de la desembocadura de la quebradita se notan en la otra banda algunos ranchitos. Este lugar se llama Guanuní. El barómetro aneroide corregido señaló 578.2. Alfalfa, maíz y cebada.

9:24 - Ranchito en esta banda a la derecha del camino; culén, molle.

9:33 - Ranchos en la otra banda.

9:37 - Se pasa y repasa el arroyo (orilla izquierda). Escolonia. Ranchitos en la otra banda y casa grande a la derecha del camino en esta banda. Este lugar pertenece todavía a Guanuní. Aneroide 570. Rocas estratificadas metamórficas que se hunden al NOO. y luego roca de fusión gris verdosa a veces porfiroide.

10:05 - Al NNE. Aneroide 560. Malva de Arequipa.

10:12 - Se pasa y repasa el arroyo y luego se marcha en el cauce. Nicotiana de flores amarillas, tubulosas y de hojas lanceoladas (arbusto bastante elevado) Botoncillo. La quebrada se estrecha.

10:16 - Se sale del cauce a la derecha en la banda izquierda. Crucífera de Corralones con hojas más anchas. (p. 68)

10:20 - Se pasa el arroyo (orilla derecha). Rocas porfíricas por metamorfosis.

10:22 - Quebradita seca con arbustos a la derecha. Se sube entre las dos al NE.

10:48 - Al NNE.

10:51 - Al NE.

10:53 - Llegada a Palca, situado en la orilla derecha.

Palca es un pequeño pueblo con casas diseminadas. La mayor parte de las casas se hayan en una sola serie en la orilla derecha de la quebrada. En la otra banda está la iglesia. En Palca hay una especie de garita de aduana para todas las mercaderías que pasan de tránsito a Bolivia. Además hay otra que cobran a todos los pasajeros que tienen bestias de carga, 2 reales por cada mula. Las llamas cargadas de metal de cobre pagan 7 reales y medio por cada 33. Es extraño ver este número de 33 y el de 7 reales y medio, pero esto tiene su origen en una costumbre que cada tropa de llama se compone de 30, más como en el mineral de Corocoro por cada 10 llamas que cargan metal dan un quintal, esto es una carga de llama de regalo, resulta que los indios además de su tropa de 30 llamas llevan otras tres para la carga de yapa y de consiguiente una tropa de llamas se compone de 33.

Lo que se paga en esta garita constituye una renta de la Municipalidad de Tacna, para componer y limpiar el camino; pero a pesar de que este peaje se saca en remate por 7,000 $ la Municipalidad gasta una pequeña cantidad de esta suma y al restante le da otro giro.

En Palca el barómetro aneroide señala 542.

Se nota cultivo de alfalfa, cebada y un poco de maíz.

La alfalfa como en Pachia no basta para el consumo que hacen las numerosas recuas que transitan por este camino de manera que es muy cara. La alfalfa seca se paga 10 reales la arroba.

Cerca de Palca se observa en abundancia el Lycopersicum de Candarave y además la planta espinosa de flores tabulosas que se observa también cerca de la laguna entre Curibaya y Candarave. (p. 69)

También es abundante el chiri chiri.

En Palca hay un tambo en donde se pueden alojar los transeúntes, pero no está provisto. Sin embargo, se encuentra alfalfa seca para las bestias.

Los cerros de Palca, tanto de un lado cuanto del otro de la quebrada son formados de detritus de roca traquítica de diferentes dimensiones. Esta traquita es de color rosado y muy cuarcífera.

12:20 - Salida de Palca al NE., N. 40 E., Loasa de Tarata.

12:32 - La quebrada se estrecha mucho. Se pasa el arroyo. Al NEE. Roca de fusión dispuesta en capas diversamente inclinadas.

12:45 - Se pasa el arroyo y luego se repasa otra vez (orilla izquierda).

12:48 - Se marcha en el cauce. Mutisia, Equisetum.

12:50 - Se sale.

12:55 - Quebrada que viene del NE. Tambo en la desembocadura. Aneroide 532. Se pasa el arroyo y se continúa en la orilla izquierda.

1:05 - Gran casa con techo de zinc. Lugar llamado el Ingenio. Esta casa es de dos alemanes que hacen comercio con la barrilla de cobre de Oruro.

El aneroide señala en este punto 528.

1:10 - Se pasa el arroyo. Roca porfírica y conglomerado porfírico (Oblita inferior). Al N. 80 E. Orilla izquierda.

1:27 - Dirección del camino al NE. Chiri-chiri, Eycopersicum de Candarave de grande talla. Dos casas a la izquierda del camino con un depósito de barrilla de cobre.

1:33 - Se deja la quebradita con arroyo y se marcha por una quebradita seca con dirección hacia el E., SE. Conglomerado porfírico.

1:38 - Al E.

1:50 - Ledocarpon. Verbena de flores rosadas y botoncillo, cactus. Dirección del camino al SE., SSE. Capas que se hunden al NO., con ángulo de 30° a 40°. Un poco más allá la inclinación de las capas es mayor de 50°. (p. 70)

1:56 - Dirección del camino al S. 20 E.

2:03 - Capas delgadas de arcillas endurecidas y gres que se hunden al NE. con ángulo de 80°. Cactus ligeramente lanoso, grueso de 10 a 12 ángulos con espinas amarillas. Mutisia, Chuquiragua, Compuesta amarilla, acanto del camino entre Candarave y Chaspaya.

2:10 - Se pasa en la banda izquierda de la quebradita que se sigue crucífera de corralones. Aneroide 496.6.

2:30 - Arcilla blanca. Acaba la quebrada. Dirección del camino al NE.

2:31 - Apacheta. Aneroide 486.5. Ruinas de una casa a la izquierda del camino.

2:32 - Otra apacheta con piedras y esqueletos de animales.

2:35 - Se ladea otra quebrada. Camino al NE.

2:39 - Se pasa una quebradita con arroyito que baja al S. y más abajo al SSO. En la desembocadura de la quebradita y a la derecha del camino se nota una casa grande con depósito de barrilla de cobre. Aneroide 488. Se sigue faldeando al E. otra quebrada que baja a reunirse con la precedente. Camino llano.

2:48 - Al NEE. Roca metamórfica que parece una diorita compacta. Llamas cargadas de barrilla de cobre.

2:54 - La quebrada que se sigue tiene un arroyo de agua muy buena. Dirección al E.

2:57 - Se pasa el arroyo. Se nota nieve en un punto cerca del arroyo que no está expuesto al Sol. Aneroide 488.5. Orilla izquierda.

3:03 - Quebradita con arroyo que viene de SEE. y que se pasa. Roca arcillosa esquistosa que se hunde hacia el NE.

3:05 - Llegada al establecimiento llamado La Portada. (p. 71)

Este establecimiento es muy grande, tiene el aspecto de una hacienda mineral y como tal se puede considerar aunque no se beneficie metal ninguno. Pero como sirve para depósito y compra de barrilla, tiene su laboratorio para ensayos. Este establecimiento pertenece a una casa francesa establecida en Tacna y hace muy buenos negocios. De las minas de Corocoro se trasporta la barrilla de cobre en pequeños sacos de dos arrobas, por medio de llamas,

hasta este establecimiento, y de este punto se manda a Tacna con burros y mulas. (pp. 71-72)

En este establecimiento se compra también la barrilla que traen los indios y que como hemos dicho reciben en las minas un décimo para ellos.

El establecimiento de La Portada tiene también una posada para los transeúntes y vende alfalfa o cebada seca al precio do $ 5 el quintal.

El barómetro aneroide señala en la Portada a las 4 de la tarde 486.8 y a las 9 de la noche 488.7.

Día 10 Mayo 1864. Salida de La Portada para ir a Uchusuma. 10 leguas.

4:55 - Salida de la Portada con dirección hacia el E., subiendo y ladeando el arroyo en su orilla izquierda. (El arroyo en cuya orilla izquierda se halla el establecimiento de la Portada).

5:05 - Se pasa el arroyo en su orilla derecha y luego se deja.

5:45 - Pascana de arrieros sobre una lomada a la izquierda del camino. Quebrada que baja al SO. En la otra banda de esta quebrada se ve un camino. El aneroide en este punto señala 463. Traquita de Sondor al NE.

6:05 - Traquita rosada porosa, que parece haber sido depositada en capa horizontal.

6:11 - Dirección del camino al N., subiendo ligeramente.

6:15 - Apacheta. Aneroide 451. Este punto es conocido con el nombre de Paso de Huaylillas.

En el corte geológico de Forbes la formación de este lugar es señalada como perteneciente a los terrenos oolíticos inferiores; sin embargo si es verdad que debajo se hallan estos terrenos, el camino pasa sobre un banco traquítico que se asemeja mucho a la roca que cubre una parte de la pampa de Sondor en el camino de Caravelí.

Del paso de Huaylillas se baja al rio de azufre con dirección al NE. (p. 72)

6:40 - Llegada al rio de azufre el que tiene una regular cantidad de agua y puede considerarse como un fuerte riachuelo. El curso de este río es de O. a E. y su agua es muy mala teniendo en disolución una gran cantidad de sulfato de fierro y alúmina el que se deposita en esflorescencias sobre todas las piedras bañadas por el agua de este río. Esta agua es muy perjudicial a las bestias y los arrieros cuidan mucho de que sus bestias no tomen el agua, habiéndose ya tenido muchos ejemplos de bestias muertas por haber bebido del río llamado de azufre. (pp. 72-73)

Se pasa el río de azufre y se sigue al E., en su orilla izquierda. El aneroide señala en esta orilla del río de azufre 461.

6:49 - Dirección del camino al NE.

6:52 - Al NEE. y al E.

6:58 - Se deja el río de azufre que baja al SEE. y se continúa la marcha al E., NE. Se observan algunas vicuñas las que no se espantan al acercarse al NEE.

7:04 - Se ve de lejos dos picos nevados llamados Payachata al 5. 80 E. como los representa la siguiente figura.

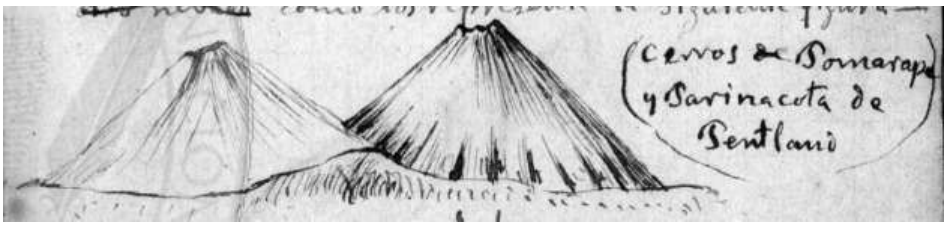

Imagen 17: Cerros de Pomarapa y Parinacota, de Pentland.

Se marcha por una grande llanura pedregosa.

7:15 - Al S. 80 E., en dirección hacia el volcán.

7:20 - Al E. en dirección a una especie de cráter que tiene la figura siguiente.

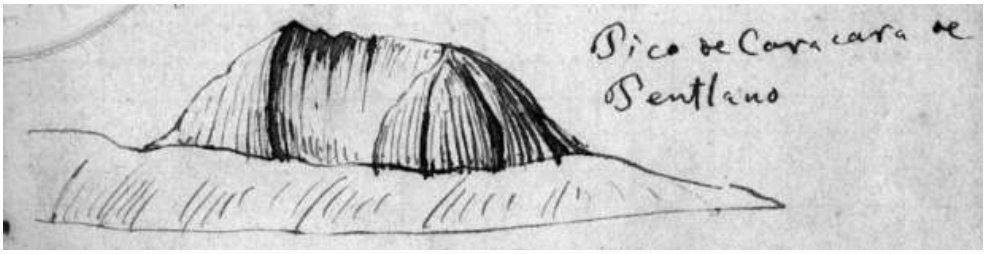

Imagen 18: Pico de Caracara, de Pentland.

8:05 - Al N. 80 E.

8:11 - Al NEE. Se va rodeando poco a poco el nevado Chipicani.

8:25 - Dirección del camino al NE.

8:34 - Pueblecito de Tacora situado en la misma cordillera. (p. 73)

Este pueblecito de Tacora se halla situado en una llanura en la cercanía de unos morritos. Es muy pequeño; sus casas son de piedras y adobes con techos de paja. Tacora no está en el mismo camino, si no que a unas tres cuadras a la derecha. La vegetación de este lugar es casi reducida una especie de planta, muy común en las punas, la que es conocida con el

nombre de Tola. El lugar es muy frío porque además de estar situado a una grande altura, señalando el aneroide 472, se halla rodeado de nevados.

Cerca de Tacora se ven numerosas llamas que pastean en unas pequeñas gramíneas.

Al NOO. de Tacora se halla situado el cerro volcánico llamado Chipicani el que se presenta de esta forma.

Imagen 19: Cerro nevado Chipicani visto de Tacora.

8:45 - Dirección del camino al NNE.

9:08 - Se sube suavemente pasando entre el Chipicani y el nevado en forma de cráter, el que queda más al E., de otros dos pequeños nevados.

9:15 - Al N.

9:19 - Llegada al tambo de Ancara. El aneroide señala en este punto 471.

El tambo de Ancara consiste en una casa con corral, situada a la derecha del camino.

En este tambo casi no se encuentra recursos de ninguna clase y cuando se encuentra un poco de alfalfa seca es a un precio exorbitante, pagándose este forraje en Ancara a 8 pesos el quintal. (p. 74)

El barómetro aneroide en Ancara señaló 471.

11:02 - Salida de Ancara al NNE., N. Capas de conglomerado.

11:05 - Al N., al NNO. Pantano o atolladero a la derecha. Al N. y al NNO.

11:20 - Al E., NE., NNE. Se marcha sobre terreno de aluvión. A la izquierda cadena de cerros volcánicos.

11:30 - NNO. Llanos ligeramente inclinados.

11:38 - Al NNE.

11:56 - Al N.

12:30 - Apacheta. Barómetro aneroide 457.

12:45 - Laguna blanca a la derecha. Nevados a la izquierda.

12:54 - Al NNE. Se marcha por una extensa llanura cubierta de una pequeña grama. Antiguo fondo de lago.

1:10 - Al N. 10 E.

1:16 - Otra laguna a la derecha.

1:53 - Se deja un camino a la derecha. Se marcha al N.

2:16 - Se pasa el río de Uchusuma.

2:20 - Llegada a Uchusuma.

El Uchusuma es una grande pampa por la que pasa un riachuelo que tiene una regular cantidad de agua, cuya dirección es de O. a E. Este riachuelo es el que pensaban desviar en

gran parte y hacerlo bajar a la quebrada de Tacna para dar agua a esta ciudad. Al hablar de Tacna hemos citado este trabajo.

La pascana de Uchusuma consiste en un pequeño rancho de piedra sin puerta, situado en la orilla izquierda del río. Esta pequeña choza sirve de abrigo a los pasajeros y arrieros que transitan por este camino.

En las inmediaciones del rancho hay regular pasto para las bestias. El lugar es muy frígido no tanto por su altura sino por estar muy abierto y sin abrigo de ninguna clase. (p. 75)

El barómetro a las 5 de la tarde del día 10 de mayo señalaba 459, siendo la temperatura de 3 grados sobre cero. En la noche del 10 al 11 el termómetro de mínima bajó hasta 16 grados bajo cero.

Día 11 Mayo 1864. Salida de Uchusuma para ir a la Hacienda llamada «Tres Ojos de Agua». 18 leguas escasas.

6:07 - Salida de Uchusuma al NEE, Astragalus.

6:15 - Llegada al camino que se dejó el día anterior para entrar a Uchusuma, al N 10 0.

6:35 - Al N.

6:53 - Al N. 10 O.; paja, lupinus, tola.

7:10 - Al N. subiendo insensiblemente.

7:50 - Apacheta, aneroide 449. Al N.10 O., N.

8:15 - Pascana de Pocamira. Corralito en la orilla derecha de un arroyo que baja al E., aneroide 449.

8:27 - Al N. 10 O.

9:20 - Pequeña apacheta, aneroide 454. Al N. 10 O. Huanacos.

9:48 - Apacheta, aneroide 455. Se baja. Algunos árboles de quinuares.

9:54 - Al NN. O.

10:07 - Al N. 10 O.

10:15 - Arroyito que baja de SOO. a NEE. Descanso.

10:33 - Continua la marcha al N., Roca traquítica. Alpacas, atolladero que se pasa.

10:45 - Ruina de casas y corrales, lugar llamado «Alpacote». Se pasa otro atolladero.

10:48 - Lagunita de Alpacote a la derecha. Camino al NNO.

11:10 - Al NO.

11:15 - 2 apachetas, aneroide 461. Se baja.

11:23 - Se pasa un gran arroyo que baja al NE. Aneroide 463. Se sube en la otra banda al NO.

11:52 - Aneroide 461. Se baja. A la derecha del camino se nota el río Mauri que viene caracoleando y baja al SE para torcer más abajo al E. (p. 76)

11:57 - Se pasan dos arroyos inmediatos que bajan al río a una cuadra de distancia del camino. Aneroide 464.5. Descanso. (pp. 76-77)

12:04 - Continúa la marcha subiendo al N. N. 40 O.

12:20 - Apacheta, aneroide 463. Se baja nuevamente al nivel del río Mauri.

12:22 - Se pasa una quebradita a pocos pasos del Mauri, aneroide 465.

12:26 - Orilla del río Mauri. Traquita y luego detritus traquítico. Al N.

12:33 - Se aleja del rio al N.

12:41 - Se baja nuevamente al río Mauri y se pasa un brazo de dicho río casi en el mismo punto de su confluencia con el otro, Estos dos brazos del río tienen casi una igual cantidad de agua. Al N. 20. O, siguiendo el primer brazo en su orilla derecha. Cuevas para pasar la noche.

12:55 - Se deja la orilla del rio. Llano sin piedra, camino muy bueno con dirección al N.

1:10 - Gran pampa sin tola ni grama y cubierta de un pequeño pasto. Ruinas de casas y corrales diseminados acá y allá. Algunas casuchas hacia los cerros, al O. Lugar llamado «la pampa de Ancomarca»: aneroide 461. Gran charca de agua.

1:23 - Se pasa un arroyo que baja al E, al rio Mauri.

1:53 - Encuentro del camino de Tarata a la Paz.

2:15 - Al N. 40 O.

2:53 - Llegada a un caserío abandonado y situado en la falda de un morrito a la izquierda del camino. Este caserío tiene su capilla y se llama Ancomarca. En el día está completamente desierto.

El aneroide en Ancomarca señala 459. AI N, subiendo ligeramente.

3:15 - Roca de fusión depositada horizontalmente y que parece igual a la de Sóndor.

3:23 - Al NNO. Tola y paja.

3:45 - Al NO; paja. (p. 77)

4:00 - Apacheta, aneroide 448. Al NOO.

4:34 - Al NO.

4:41 - Al NNO.

4:45 - Al NO.

5:00 - Se pasa un grueso arroyo que viene del S. y luego encuentro del camino que conduce de Tarata a Puno, aneroide 461. Al N. 20 O. marcha en la orilla izquierda del arroyo.

5:15 - Se pasan dos o tres arroyos que vienen del O.

6:00 - Se pasa dos veces el riachuelo el que tuerce al E.

6:30 - Llegada a «Tres ojos de Agua»; aneroide 474, Este punto lleva el nombre de «Tres ojos de Agua» porque realmente se encuentran tres manantiales de agua, los que reunidos dan origen a un arroyo. Como a una cuadra más abajo de los manantiales, existe la casa de hacienda que lleva el mismo nombre. Esta casa es bastante grande y los pasajeros hallan un lugar abrigado en donde pasar la noche. Para las bestias hay un regular pasto natural. (p. 78) (**Fuente:** Raimondi, A. (1864)).

4.1.21. E. George Squier (1865)

Breve biografía:

Fue comisionado de Estados Unidos en el Perú (1863), lo que le permitió viajar ampliamente por el país. Su presencia en el sur peruano estuvo vinculada a su labor diplomática y a su interés arqueológico y etnográfico en los Andes.

Descripción:

CAPITULO XIII

DE LIMA A TACNA

Partida hacia el sur para as exploraciones. – Viaje a lo largo de la costa. – Islay, puerto de Arequipa. – Arequipa y el terremoto de 1868. – Experiencias del autor con los terremotos en el Perú. – Arica, puerto de Tacna. – El terremoto de Arica. – Un ferrocarril peruano. – Tacna. – Su arquitectura y comercio. – La Alameda. – La Bola de Oro. – Preparativos para un viaje entre los Andes. – Berríos, nuestro arriero. – En camino. – Acerca de mulas.

[…]

Tacna – en términos precisos, San Pedro de Tacna – está situada unos 600 metros más arriba que Arica, y como la subida se realiza en 64 kilómetros, la pendiente del ferrocarril es muy pronunciada en algunos lugares, por lo cual la locomotora va subiendo muy lenta y trabajosamente. Nos llevó cuatro horas efectuar el ascenso, cuatro horas sobre un desierto de arena, suelta o endurecida, sin apariencia de vida o verdor, salvo en la casa o puesto a mitad de camino, El Hospicio, donde hay una corriente subterránea de agua y donde unos pocos arbustos achaparrados dan fe de su existencia en la profundidad de las arenas. (p. 124)

La entrada al valle de Tacna se caracteriza por una de esas transiciones súbitas de desierto despoblado a vegetación lozana que tanto impresionan al viajero en el Perú. Las acequias son llevadas siempre tan alto como sea posible en los confines de los valles y el agua se distribuye debajo de modo que constituyen un límite abrupto y muy marcado entre el arenal

árido y los campos cultivados, que están tan nítidamente definidos como si se los hubiera recortado con tijeras de una hoja de papel verde. (pp. 124-125)

Bajamos del tren en una estación muy respetable, con prosperas pilas de mercaderías, recién entregadas o en espera de transporte, en todas partes y entregue los «talones» de mi equipaje a un hombre que tenía una carreta, quien se comprometió a llevarlo a la Bola de Oro, el parador al que me habían enviado. Había una verdadera multitud alrededor de la estación y en las calles adyacentes, ya que el día había sido reservado a propósitos patrióticos, esto es, para escuchar denuncias contra los españoles y glorificar a Bolívar. En la estación había un escuadrón de soldados, totalmente borrachos de entusiasmo y cañazo, que parecía que de buena librarían a Tacna y podrían partir en medio de vehementes deseos de la población integra de que lograsen realizar la más alta aspiración del soldado: «¡Morir en brazos de la victoria!».

Tacna tiene poco del estilo oriental que predomina en las ciudades hispanoamericanas. La piedra y el adobe apenas entran en la construcción de sus edificios, que en su mayor parte son de madera traída de Chile, California o alrededor del cabo de Hornos, y están erigidos de acuerdo con la moda predominante en nuestras ciudades del oeste, que aparecen de la noche a la mañana. Las casas de Tacna, que por lo general son de un solo piso, recuerdan la descripción que hizo de Albany el excelente y anciano geógrafo Jedediah Morse: «Una ciudad de mil casas y diez mil habitantes, todas con sus gabletes orientados hacia las calles». Sin embargo, la población de Tacna es de unas 15.000 almas. La larga, baja y monótona línea de gabletes, sin ningún intento de relieve arquitectural, son pobres sustitutos de los pesados portales arqueados, los balcones moriscos y las celosías de las ciudades más antiguas que, por descuidadas y destartaladas que estén, siempre transmiten

una impresión de fuerza y respetabilidad. Tacna es excepcional no sólo por su arquitectura. Tiene dos teatros y tan sólo una iglesia.

Los edificios públicos son tan pobres como las casas privadas. Los teatros estuvieron cerrados durante mi vista y no tuve oportunidad de apreciar su acomodación o efecto, que se informa que es muy estimable. Por fuera son simplemente estructuras espantosas con forma de graneros, semejantes a mohosas cervecerías o curtiembres de madera. Hace muchos años se comenzó en la plaza principal de la ciudad una iglesia de piedra más bien aparatosa, la Parroquia, pero antes de que se pudiera terminarla los terremotos la despedazaron tanto que todo trabajo en ella fue abandonado. La piedra es una traquita de color claro que se encuentra en las cercanías y se adecua bien a la construcción.

El mercado es una plaza hundida, rodeada por una columnata, y se entra a él por arcadas desde calles paralelas. Los ocupantes se sientan en piedras y exhiben sus mercancías frente a ellos en canastas poco profundas o en géneros hace tiempo menesterosos de lavado. Si consideramos las dimensiones de la ciudad, los artículos en venta son escasos y sugieren dolorosamente raciones escasas. No obstante, Tacna es un centro comercial importante.

La prueba principal de espíritu cívico es la Alameda, que se encuentra bastante apartada en uno de los costados de la ciudad: un espacio largo y más bien angosto, en que se han plantado sauces, con una ancha acequia revestida de piedra, construidos a imitación de los representados en las pinturas chinas, cada uno coronado por una ordinaria estatua alegórica de mármol. Hay también asientos de piedra aquí y allá para los visitantes, pero en común con todas las alamedas o paseos públicos de las ciudades del Perú, la de Tacna es el lugar más desierto en relación con todos los demás. Desde aquí se tiene una hermosísima vista de

las pardas y desnudas montañas de Pachia, más allá de las cuales se elevan las nevadas cumbres del Tacora y del Chipicani. (p. 125)

Mi hotel, la Bola de Oro, era una posada curiosísima. Se entraba a ella por la tienda de la propietaria, rodeada por estantes alegres con botellas de estilos y etiquetas caprichosos, unas con vinos y licores y otras con confites y conservas. Cada espacio vació de la pared estaba cubierto por cromolitografías de las ultimas victorias francesas. Los cálidos colores de la puesta de sol de Solferino y los brillantes tintes de Magenta bastaban para provocar la transpiración en el día más frio. ¡Y luego las mesitas redondas consagradas al eau sacrée, café y dominós! Todo tenía un aspecto francés, sin omitir a la cómoda Madame la Propiétaire, que con su costura se sentaba detrás del mostrador y dispensaba sonrisas, bombones, agudezas, ajenjo y cigarros con igual alacridad y gracia. Detrás de la tienda estaba, por cierto, el inevitable billard, que daba a un patio rodeado estrechamente por casitas de madera, que se asemejaban, en escala ligeramente exagerada, a las que se venden en las jugueterías, todas las cuales tenían los gabletes orientados hacia el patio. Cada gablete estaba atravesado por una puerta y sobre la puerta había una ventanita suspendida de un pivote, que se abría y se cerraba mediante una cuerda desde adentro para dar aire y luz al interior: un único cuarto, con un catre, una pequeña mesa, un lavabo más pequeño aún, una sola silla y una alta vela. Desde el extremo más alejado del patio se eleva una permanente fragancia de cebollas y hay un suave y constante siseo de carnes que se fríen bastante apetitoso, pero que sufre cierto menoscabo por la circunstancia de que el camino a los retretes pasa por la cocina, tan sucia como lo son siempre las cocinas francesas, que sólo parecen limpias en comparación con las españolas. (pp. 125-126)

Podría suponerse que en Tacna existirían medios abundantes para viajar al interior y que no se encontraría ninguna dificultad para obtener las provisiones y equipo necesarios para ello. En Lima me aseguraron que en Tacna había «de todo»; pero, por suerte, era un viajero demasiado viejo para no tomar algunas precauciones para el viaje. Digo por suerte, porque tuve muchísimas dificultades para obtener los utensilios de cocina, sartenes, teteras, cafeteras y otros elementos indispensables para viajar por una región deshabitada o entre un pueblo que desconocía los artificios de la civilización. (p. 126)

Imagen 20: La Alameda de Tacna.

Después de una prolongada búsqueda encontré una cafetera rota, en la que se podía usar alcohol para hervir café. La reparé con mis propias manos, después que el chapucero hojalatero nativo abandonara la empresa por considerarla imposible. Y vino a ser mi mejor

amiga en muchas ocasiones cuando no se encontraba leña ni otros materiales para encender el fuego o calentar agua, a veces durante días seguidos. La hamaca – ese artificio supremo para el descanso, reposo y goce humanos, la siesta de la tarde o el sueño de medianoche, solaz y seguridad del viajero en América Central y México, en la que uno puede suspenderse, con alegre confianza, sobre la suciedad de su dormitorio y lejos del alcance de sabandijas – es inútil en las sierras del Perú. No hay árboles entre los cuales se pueda colgarla en las regiones deshabitadas, y las chozas de barro y piedras de los indios y lomeros, además de ser, por lo general, muy bajas, no tiene salientes a las que se pueda sujetarla. Por consiguiente, a menos que el viajero haya resuelto vivir sin comodidades en la forma más incómoda, envuelto únicamente en su manta de noche, o correr el riesgo de encontrar cada tanto una sucia badana como lecho, debe llevar literalmente su cama consigo, una necesidad impuesta también por el riguroso frio del interior. Por eso me hice confeccionar en Tacna un colchón, liviano y fácilmente manipulable, cubierto con cuero en la parte inferior para impedir la absorción de la humedad del suelo y como protección, al estar enrollado y sobre el lomo de la mula, contra la lluvia, lo cual sin duda me salvó de un reumatismo crónico, por no decir algo peor. Tuve que comprar la lana en un lugar, el cutí en otro, el cuero en otra parte, y cuando hube reunido todo esto, el lúgubre individuo que se dignó armarlos preguntó, en un tono de reproche a la par que imperioso: «¿Pero dónde están las agujas y el hilo?» Reconocí mi descuido, me disculpé de hecho y procedí a conseguirlos. Ahora lo único que me extraña es que el colchonero de Tacna me permitiera conservar el sombrero puesto en su augusta presencia. (pp. 126-127)

Sólo hay un modo de llegar desde Tacna al interior: a lomo de mula. Pero obtener mulas es tanto difícil como caro. Me habían recomendado a un arriero llamado Berríos, que había

tenido el honor de conducir al otro lado de la Cordillera al ministro norteamericano en Bolivia y que también había acompañado al señor Forbes en sus exploraciones geológicas y en su infructuoso intento de llegar a la cima todavía no hollado del Tacora. Pero Berríos tenía un aspecto amarillento y enfermo y se quejaba de que dos noches entre las nieves del Tacora casi habían acabado con él. Además, sus mulas no habían tenido todavía tiempo de recuperarse de las fatigas del último viaje que hicieron por las montañas dos meses atrás. Además, estaban en una dehesa en el valle de Lluta, a 60 kilómetros de distancia, más allá del desierto. Sin embargo, después de mucha diplomacia y una gran concentración de influencia mercantil, por no decir nada de la oferta de una tarifa salarial que era aproximadamente el doble de la usual. Berríos se comprometió, finalmente, a suministrarme mulas y a acompañarme él mismo, ayudado por dos mozos, hasta llegar a Puno.

Después de haberse fijado la fecha dos o tres veces y haberme desilusionado otras tantas, una tarde los ecos del patio de la Bola de Oro se sorprendieron con el martillero de cascos, el cascabeleo de espuelas a la acometida general de una docena de mulas que se apresuraban ante los restallantes látigos de Berríos y sus mozos. Debíamos haber partido al amanecer para dormir en Palca, la última aldea en el camino hacia el interior, antes de sumergirnos finalmente entre las montañas e ingresar en el Despoblado. Pero ahora no podíamos ir más allá de Pachia, distante 15 kilómetros. Después de haber esperado, con las botas puestas y provisto de espuelas, desde el alba, no tenía el mejor de los humores, y mi genio encolerizado no se calmó de ningún modo al descubrir dos mulas ya cargadas con equipaje que no era mío y enterarme de que pertenecía a un grupo de tres bolivianos, que habían hecho arreglos con Berrío para el viaje por las montañas después de su compromiso

conmigo. Para comodidad de ellos me vi demorado en Tacna y, además, ya habían ido a Pachia, donde sin duda monopolizarían las limitadas comodidades del pequeño tambo de ese lugar.

Confieso una decidida simpatía por las mulas, no menos por su paciencia, patas firmes y servicio fiel que por sus pequeños hábitos traviesos. La mula de carga piensa que cada instante que puede eludir su carga es una hora de felicidad ganada y si bien, cuando está de vuelta sobre su lomo, partirá resignada, si no contenta, recurrirá a cualquier expediente que su dura cabeza es capaz de idear para no recibirla. Fue divertido ver a Berríos y sus mozos perseguir por todo el patio a una mula que se movía rápidamente entre sus congéneres hasta quedar arrinconada y que entonces echó atrás sus orejas, apoyó su hocico en el suelo y coceó con arisca vehemencia, hasta que el lazo estuvo alrededor de su pescuezo, instante en que se rindió mansamente y recibió su carga, con una expresión tan apacible y grave en su cara como si se regocijara de su suerte y hubiera renunciado hace años a toda terquedad. Hubo una, sin embargo, la más grande y fuerte del lote, que no cejó hasta el fin, y nada se pudo hacer con ella, hasta que un poncho fue arrojado sobre su cabeza y atado debajo de su pescuezo, dejando sólo su hocico descubierto. Pero la inquina y malicia que temblaban en el labio superior retraído, destellaban desde sus anchos dientes amarillos y anidaban en cada arruga cuando las cinchas fueron ajustadas por dos hombres que tiraban de ellas a cada lado, con un pie apoyado en sus costillas, están más allá de toda descripción. Sin embargo, se tranquilizó bastante mucho antes de que llegáramos a Puno y se volvió tan humilde como el resto. (p. 127)

CAPITULO XIV

POR LA CORDILLERA A TIAHUNACO

Equipados para el viaje. – El tambo de Pachia. – Chupe. – La quebrada de Palca. – Palca. – Mulas en viaje entre las montañas. – Chulpas. – Un cráneo aymara. – El soroche. – Escalamiento de la cima. – La Portada. – Llamas. – Los Alpes y los Andes. – Tambos. – El paso de Guaylillos. – Efectos del soroche. – Río de Azufre. – Agua de verruga. – El pico de Tacora. – Disparo a una vicuña. – El tambo de Tacora. – Un posadero hospitalario. – La laguna Blanca. – […]

Un viajero equipado par aun viaje por los Andes es un personaje pintoresco, si no imponente, Provisto de gruesa ropa y botas; un sombrero de fieltro de ala ancha, que puede ser ceñido sobre las orejas con la doble finalidad de brindar calor y evitar que se lo lleven las ráfagas de viento, que aspiran a través de angostas gargantas o pasan sobre alturas que no ofrecen resguardo con fuerza huracanada; su cuello rodeado por una bufanda de alegres colores; sobre sus hombros un grueso poncho de lana de vicuña o llama, hecho por nativos, que cae hasta sus rodillas; un útil cuchillo metido en la caña de su bota; espuelas que parecen ruedas de carreta, sin sus perímetros y no mucho más pequeñas, que cencerrean cuando camina y retiñen cuando monta; un rifle que cuelga del arzón de su silla de montar y una alforja bien provista atada detrás de él: todo esto constituye el equipo del que se aventura entre las montañas, es decir, si tiene lo que los españoles llaman «sabiduría» y nosotros llamamos «juicio». Solo requiere la adición de un par de anteojos de camino verdes para proteger los ojos del resplandor del sol y de la nieve, y el mejor amigo de uno se vuelve irreconocible.

El camino de Tacna a Pachia cruza la línea recta el desierto arenoso, al que el viajero ingresa poco a después de abandonar la ciudad, en tanto que el angosto valle cultivable se desvía en curva hacia la derecha. La distancia es de 16 kilómetros y la subida de 496

metros, apenas perceptible a simple vista, probablemente por ser regular y constante. Había anochecido cuando llegamos al tambo, un montón de simples chozas, pero, a falta de un sitio mejor, lugar muy frecuentado por la jeunesse de Tacna, que galopa hasta aquí para comer dulces, beber chicha, hacer reñís a los gallos y satisfacer en otras formas la universal pasión española por el juego. (p. 128)

Como lo había previsto, los intrusos bolivianos ya estaban en el lugar y habían tomado posesión de los bancos de barro que rodeaban al solitario departamento del tambo y que, en todo el interior, son los únicos sustitutos de las cujas. Sin embargo, algunos jóvenes extranjeros, de vacaciones, que tenían una especie de casa de campo o choza de campo cerca del tambo, me invitaron a compartirla y a cenar con ellos, osa que tuve mucho gusto en hacer, y me sentí especialmente satisfecho al observar que mis bolivianos, todavía hambrientos después de su comida consistente en chupe sucio, se movían a hurtadillas cerca de la puerta de nuestra choza y miraban con ojos anhelantes nuestra mesa en la que se amontonaban los comestibles de tres continentes. (pp. 128-129)

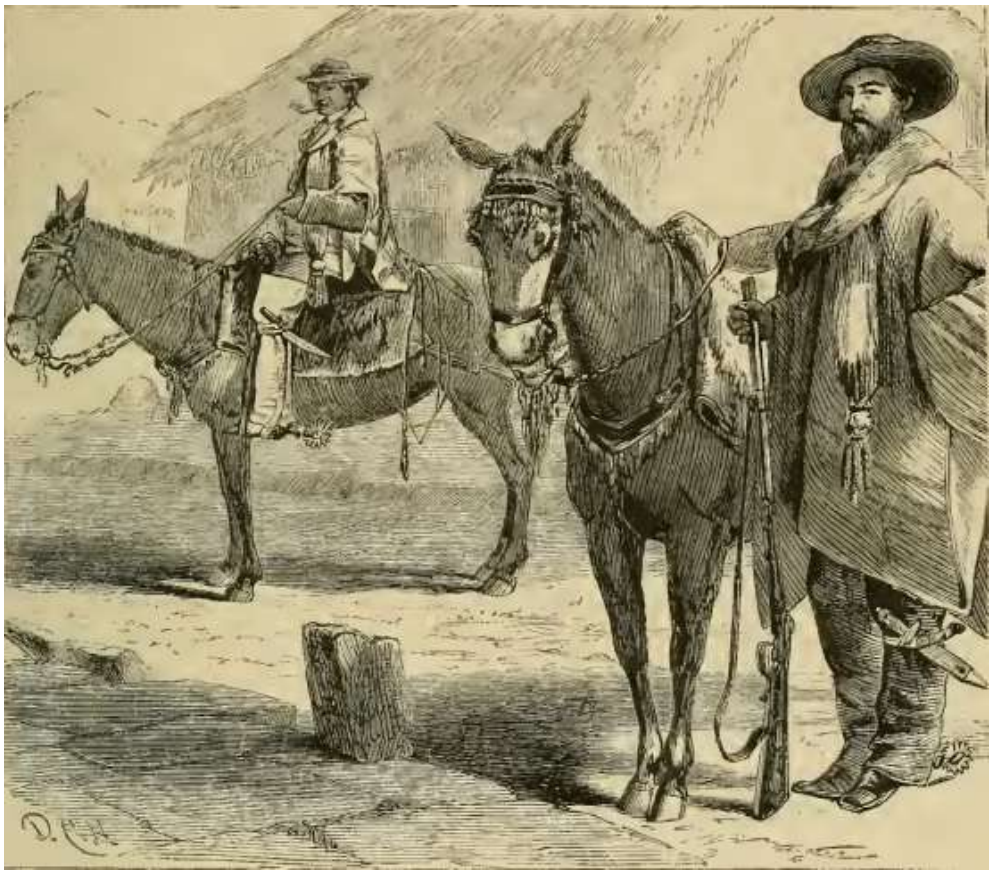

Imagen 21: Equipados para la Cordillera.

Y como el chupe es el eterno y casi siempre el único plato obtenible en el interior del Perú y en Bolivia, es mejor que me deshaga de él en seguida. Puede describírselo como una especie de guisado aguado, que en la costa y en las ciudades principales se hace con legumbres y trozos de diferentes clases de carne y pescado, que se hierven juntos y se sazonan con sal y ají o pimienta, y a veces es bastante sabroso o por lo menos comible. A medida que nos adentramos en el interior, disminuye su suculencia, ya que los ingredientes para prepararlo se vuelven más escasos y más duros, hasta que se compone tan sólo de unos pocos trozos cuadrados de carne magra de carnero y algunas papas pequeñas, duras, amargas y empapadas de agua, que flotan en una fuente de agua tibia que, cuando mucho, ha hervido un poco sobre un fuego sin llama y muy humeante, hecho con el estiércol de la

llama a la vaca, de cuyo humo ha absorbido su sabor predominante. Su único condimento es un poco de sal parda de las salinas nativas, en que está mezclada con una diversidad de otros ingredientes astringentes. Uno se pregunta cómo se puede mantener la vida en estas regiones frígidas con tan aguado e insustancial alimento. Desdichado el viajero que no ha llevado provisiones para las frecuentes ocasiones en que no se puede obtener otra cosa que el chupe más diluido y para las no infrecuentes ocasiones en que ni siquiera puede conseguir este pobre sustituto de comida. Yo, que lo detestaba en su mejor forma, literalmente lo odiaba en su degeneración y sólo lo comía con inexpresables protestas estomacales. (p. 129)

Salimos de Pachia a las tres de la madrugada. El aire estaba helado y ya experimentamos la utilidad de nuestros gruesos ponchos. Nuestra cabalgata se extendía en larga línea y, como nos seguíamos unos a otros silenciosamente por la arena que no hace eco, se nos hubiera podido tomar por una procesión espectral. Al amanecer nos encontramos ya estrechamente encerrados por las empinadas cuestas de la Quebrada de la Angostura, por la que desciende, con rápida corriente y muchos saltos, uno de los ruidosos afluentes del río que fertiliza el oasis de Tacna. Unos pocos molles enanos, que hasta cierto punto se parecen a nuestros sauces, pero que producen una baya de sabor muy semejante a la de nuestro cedro rojo, encuentran poco espacio para arraigar aquí y allá a lo largo de la corriente, muy por debajo de nuestro angosto sendero, que era poco más que una repisa hecha en la abrupta ladera por las pisadas de incontables mulas y llamas. La subida era empinada y la garganta angosta y desolada a lo largo de 10 kilómetros, hasta que llegamos a un punto en que la quebrada se ensancha en algo así como un valle. Justo antes de entrar a este valle, a la derecha del sendero de mulas, dimos con una roca o canto rodeado cubierto de figuras, que Berríos me

señalo como una rara reliquia antigua. Observé gran cantidad de círculos y semicírculos, algunas figuras angulares y toscas representaciones de llamas, mulas y caballos, burdamente talladas en la roca, que apenas penetraban en su costra ferruginosa. Las últimas no parecían más recientes o modernas que los primeros y todos daban la impresión de que podrían haber sido labrados en la piedra ayer por la misma mano ociosa e inexperta. (pp. 129-130)

En el angosto valle que ahora toma el nombre de Quebrada de Palca había muchos intentos desesperados de cultivo, particularmente de mielga, que siempre tiene gran demanda como forraje para las mulas que entran al Despoblado, y Berríos compró un poco aquí y un poco allí – no había mucho en total –, todo lo cual se acomodó en la acémila y las mulas poco cargadas y detrás de las albardas de los mozos. Se trató de una sabia previsión de Berríos, como comprobamos después.

A las once de la mañana llegamos a la vista de Palca, un pobre pero pintoresco pequeño caserío o aldea, con una pequeña iglesia blanca que resplandecía sobre el pardo apagado de la desnuda ladera de la montaña La aldea está a 25 kilómetros de Pachia y a 2950 metros sobre el mar. Había unos pocos campos de maíz y mielga alrededor de ella y las laderas más bajas de las montañas estaban escasamente salpicadas por los tallos del cato columnario. Aquí y allá en el valle, alzándose sobre pequeños oteros naturales o eminencias artificiales, vimos varias antiguas torres sepulcrales, que después llegaron a sernos familiares bajo el nombre de chulpas. Son de planta rectangular, de 1,8 a 3 metros en cuadro en la base y de 3 a 4,5 metros de altura.

Más allá de Palca la quebrada se volvió a angostar y el sendero se hallaba en un instante a gran altura en las laderas de las montañas, a una elevación vertiginosa sobre el agitado

torrente de abajo, y a continuación en el lecho mismo de la rápida y pedregosa corriente, con no poca frecuencia entre rocas que casi se cerraban sobre nuestras cabezas y daban a la atmosfera una sensación helada y sepulcral que nos hacía estremecer bajo nuestros gruesos ponchos. Aquí comenzamos a encontrar atajos o trenes de mulas que bajaban a encontrar atajos o trenes de mulas que bajaban del lugar de descanso de La Portada, cargados con fardos de barilla (mineral pulverizado de cobre o estaño) que son traídos por llamas. Los atajos son siempre guiados por un cabello adiestrado, a cuyo pescuezo se ha sujetado una sonora campana para advertir a los viajeros que se aproximan que deben detenerse en algún lugar en que el camino sea lo suficiente ancho para impedir que fueran derribados sin más o lanzados a los precipicios por el tren pesadamente cargado, que desciende dando tumbos tras el guía equino. El temor de ser arrollado de esta manera es lo que más inquieta al que viaja en la Sierra, donde hay muchos pasos largos y peligrosos, con senderos tan angostos que no permiten que dos animales se pasen. Es corriente gritar o lanzar un sonido agudo y penetrante en una flauta de Pan, que cada arriero lleva con este fin, antes de entrar en estas peligrosas secciones del camino, a lo que responde quienquiera que por casualidad esté avanzando penosamente por él. Si no hay respuesta, se supone que el camino está libre.

Al avanzar pasaos ante varias pilas de fardos de barilla y uno o dos depósitos de hierro acanalado y galvanizado para recibir la mena, y al seguir ascendiendo llegamos a un pequeño espacio abierto, donde en los estantes de las laderas que nos rodeaban observamos un conjunto de torres sepulcrales parecidas a las que habíamos visto 10 kilómetros más abajo, en Palca. Desmonté para examinarlas y en mi ansia por llegar a ellas me clavé en el pie, a través del grueso cuero de mi bota, una púa o espina de cacto, cuya extracción demandó media hora. (p. 130)

Estas chulpas constan, fundamentalmente, de una cámara o excavación de la tierra, de más o menos 1,2 metros de profundidad y 90 centímetros de diámetro, cerrada con un muro de piedras toscas. Un rústico arco de piedras convergentes y superpuestas, rellenadas o unidas entre si con arcilla, se elevaba sobre está cámara con una abertura apenas lo suficientemente grande para dejar pasar el cuerpo de un hombre, al mismo nivel de la superficie del suelo, hacia el este. Sobre este cono hueco se elevaba una masa sólida de arcilla y piedras, que en la chulpa particular que ahora estoy describiendo como representativa del conjunto, tenía 4,8 metros de altura, planta rectangular, de 2,3 metros en el frente y 1,8 metros en los lados. La superficie había sido revestida de arcilla y sobre esta había una capa de arcilla o estuco más fino y más tenaz, de modo que presentaba una superficie suave e incluso pareja. A una altura de 4,2 metros había una cornisa o saliente de 10 centímetros y de unos 15 centímetros de espesor vertical, formada con una capa de compacto ichu o gruesa hierba de la montaña, colocada horizontalmente y cortada en forma muy pareja, como con tijeras. Encima de esta reaparecía el cuerpo de la chulpa, algo desgastado por el tiempo y el clima, hasta la altura de 45 centímetros más o menos. (pp. 130-131)

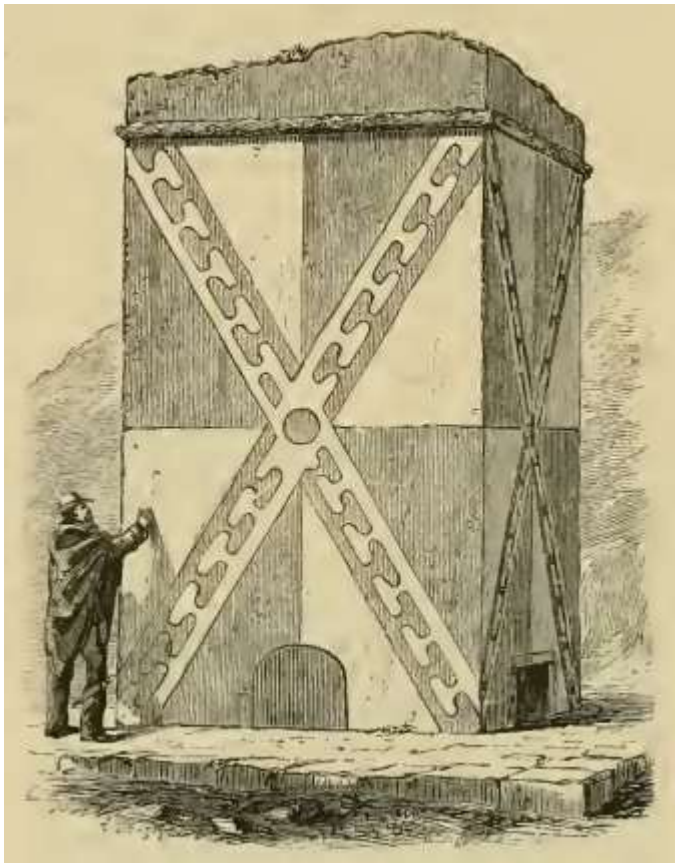

Imagen 22: Chulpa o torre sepulcral.

Toda la estructura descansaba en una plataforma cuadrada o más bien rectangular, de piedras toscamente labradas, que se extendía alrededor de 1,2 metros en torno de ella en cada lado.

La superficie estucada de la chulpa había sido pintada de blanco y rojo, como lo muestra el grabado, cuyas partes sombreadas representan el rojo y las claras el blanco del original. La abertura estaba hacia el este, a nivel con la plataforma, y tenía unos 45 centímetros de ancho y alto. Pero todas las demás caras de la chulpa tenían una abertura pintada, lo cual me llevó a pensar que la verdadera había estado alguna vez cerrada y también pintada, a fin de que todos los frentes tuvieran un aspecto similar. Sea como fuere, me deslicé con

dificultad por la abertura dentro de la cámara o bóveda, cuyo fondo estaba cubierto hasta la profundidad de 30 centímetros por huesos humanos y fragmentos de alfarería. En la cámara no había cráneos enteros, pero sí muchos fragmentos de ellos, una circunstancia nada sorprendente, ya que estos restos están cerca de un camino o sendero principal que va desde la costa hasta el interior y ha sido más o menos recorrido, durante trescientos años, por gente curiosa y vandálica. Aunque no obtuve un cráneo de estas chulpas, conseguí uno en otro lugar, a algunos kilómetros de distancia. Se trata de un magnífico espécimen de cráneo aymara, distorsionado y alargado artificialmente.

Imagen 23: Cráneo aymara.

Al llegar a las chulpas nuestras mulas habían comenzado a jadear y tambalear a causa del soroche o rarefacción del aire, pero Berríos insistió en que ello se debía a la veta o influencia de las sustancias minerales (vetas o venas de metal) en la tierra. Y en realidad, un poco más allá, aunque en el ínterin nuestra ascensión había sido constante, parecían haberse recuperado notablemente, si bien mostraban aún señales del soroche.

A las tres de la tarde nos desviamos abruptamente de la garganta del torrente que habíamos estado siguiendo, ahora reducido a un insignificante riachuelo, y comenzamos a subir la empinada ladera a nuestra derecha, zigzagueando hacia la cumbre o cresta. Dos horas nos demandó esta lenta y penosa ascensión y las mulas sufrieron mucho, deteniéndose frecuentemente para recuperar el aliento. Desde la cima de la cordillera – que era la divisoria entre dos de las fuentes del río Tacna –, aunque todavía se elevaban por sobre nosotros heladas montañas que ocultaban de la vista los nevados o montañas nevadas más altas, pudimos sin embargo divisar por encima del hombre, casi sin interrupciones, la gran meseta arenosa de la costa en que el valle de Tacna aparecía solamente como una manchita. Una calina blanca, tenue, pero enturbiadora, nos impedía ver el océano, pero el desierto intermedio, tedioso y monótono, estaba claramente definido. (p. 131)

En lo que puede llamarse el paso de la cresta hay restos de tambos o edificios de piedra, que los provisores incas erigieron como hospicios y refugios para los viajeros entre la costa y el interior. La así llamada civilización española no ha suministrado nada de este tipo. (pp. 131-132)

Al descender de esta cordillera nos encontramos en otra garganta o valle algo más ancho que aquél por el que habíamos subido, regado por un río más grande. Al seguirlo, como ya estaba por caer la tarde, comenzamos a sentir frio a causa de la gran altura a que nos hallábamos y a tomar conciencia de una anormal distensión de nuestros labios e hinchazón de nuestras manos de resultas de la presión atmosférica disminuida. En los lugares umbrosos colgaban carámbanos de las rocas goteantes y sobre los remansos de la correine se tendían puentes de hielo. De repente llegamos a un punto en que las rocas se cerraban tanto que sólo un animal cargado podía pasar por vez atravesando la corriente a los

tropezones entre piedras sueltas y esqueletos de mulas: ¡un lugar oscuro, frio y estremecedor! Afortunadamente el paso, que es el de La Portada, «El Portal», no es largo y pronto salimos de él, a la vista del gran corral y depósito de barilla que lleva el mismo nombre, situado en una especie de repisa de la ladera, cerca de la cual, a la izquierda, pasa la corriente desgastadora.

Imagen 24: La llama.

Los comerciantes de Tacna han construido aquí un tosco encierro para las recuas de llamas que vienen desde el interior con productos para la costa y aquí hay también un pequeño grupo de edificios para las personas relacionadas con el oficio, feos y pobres, pero refugio

bienvenido para el cansado viajero. Al avanzar hacia arriba pasó junto a nosotros para penetrar en el cierro del establecimiento una tropa de mil llamas, con pescuezos altivamente curvos, cabezas erectas, ojos grandes, inquisitivos y tímidos y orejas suspicaces proyectadas hacia adelante, como para recoger el más leve sonido de peligro, cada una con sus 45 kilógramos de mineral asegurados en sacos sobre sus lomos, conducidas, no arreadas, por indios curiosamente vestidos. (p. 132)

Obtuvimos hospitalidad en uno de los edificios de La Portada. Pero no confundan mis lectores el significado de la palabra hospitalidad. En el Perú consiste por lo general en permitir, con mayor o menos condescendencia, que uno extienda su propia cama sobre el suelo de barro de una habitación sin barrer, lleno de sabandijas, con una sola mesa destartalada como su principal y a menudo único artículo de mobiliario. Consiste en permitir a uno cocinar sus propios alimentos con combustibles por el que no estará obligado a pagar a su anfitrión, o al sirviente que actúa bajo su dirección, mucho más que cuatro veces su valor y que espera que le permita tomar la parte de león de sus carnes en conserva y una parte no insignificante de su última botella del estimulante a que más aficionado está, que no es posible reemplazar y que aquí a menudo resulta vitalmente necesario.

He cruzado los Alpes por las rutas del Simplón, el Gran San Bernardo y el San Gotardo, pero nunca vi en ninguna parte de ninguna parte de ellos una escena tan agreste y tan absolutamente desolada como la que se extiende alrededor de La Portada. No hay aquí ni un árbol ni un arbusto; el suelo helado no consiente la hierba, y los mismos líquenes encuentran escaso asidero en las rocas desnudas. Por lo que respecta a su altura, La Portada está a 3.800 metros sobre el mar, o sea unos 300 metro más arriba que el hospicio del Gran

San Bernardo y muy poco más abajo que la cima no hollada del Eiger. La noche era de un frio cortante. El aguardiente o ron nativo que había comprado para hacer café en mi cafetera no quería arder y apagaba el fósforo encendido arrojado en él como si se tratara de agua. Me vi obligado a sacar un poco del alcohol refinado de mis provisiones fotográficas, del que mis compañeros bolivianos dispusieron a sus anchas, además de apropiarse de los mejores sitios para sus lechos, dejándonos a H. y a mi únicamente la mesa y un angosto banco.

Antes de acostarme fui hasta el corral. Cada una de las llamas había recibido un puñado de maíz y estaban encogidas sobre sus vientres, con sus patas misteriosamente recogidas bajo sus vellones e invisibles, pero con sus cabezas erguidas y las orejas proyectadas hacia adelante, rumiando con una expresión de contemplación distante como la que a menudo observamos en los fumadores empedernidos. Si tuviera que pintar un cuadro del Descanso, no sería el de un niño dormido, de un Hércules apoyado en su cachiporra, ni tampoco de un cosechero reclinado junto a sus gavillas, sino de una llama en reposo. El grupo me impresiono a la luz de las estrellas como lo hicieron las esfinges al admirar la ruta de Luxor. Los indios que tenían a su cargo las llamas habían construido con los sacos de barilla una pared semicircular para protegerse del viento y habían encendido un humeante fuego de taquia o estiércol de llama, en el que de tanto en tanto introducían fragmentos de carne, que comían con los dedos, mientras que su pobre plato de chupe hervía a fuego lento sobre el poco fragante rescoldo. Se mantenían tan silenciosos y abstraídos como los animales que atendían y aparentemente hacían caso omiso de lo que ocurría alrededor de ellos.

Al amanecer ya estábamos montados y retomamos nuestro camino hacia arriba. El camino era angosto y resbaladizo, pues cada manantial, riachuelo o charco estaba congelado. El murmullo de la corriente que pasaba junto a La Portada se apagaba debajo de su corteza helada. A las ocho de la mañana estábamos cerca de la cumbre, pero recién a las nueve comenzaron a mostrarse los plateados picos del Tacora y del Chipicani y el sol a inundar nuestras caras desde el este, una confortante bienvenida aparición.

Media hora más tarde, con nuestras mulas forcejeando reciamente y deteniéndose momentáneamente para recobrar el aliento, llegamos al paso de Guaylillos, señalado como todos los demás pasos altos del Perú por una apacheta o gran montón de piedras erigido por los indios, cada uno de los cuales al pasar arroja en él una piedra o una mascada de coca. Esta apacheta tiene 6 metros de altura, está coronada por una cruz rudimentaria y sus pendientes se hallan cubiertos por los esqueletos y cuerpos desecados de mulas que sucumbieron aquí debido a la influencia del soroche. (p. 133)

El paso de Guaylillos está a 4.495 metros sobre el mar, o sea un poco menos que la altura del Mont Blanc y más del doble de la del Mount Washington. La vista hacia atrás desde este punto presenta sólo una serie de cordilleras desoladas de color castaño oscuro que irradian hacia el mar, con los contrafuertes de la elevada y quebrada llanura al frente, erizados de picos nevados, de algunos de los cuales se ven salir penachos de humo, que indican su carácter volcánico. Entre nosotros y los helados Tacora y Chipicani que se elevan 2440 metros sobre nuestras cabezas, sus puras cimas todavía no holladas por pie humano, hay un amplio y poco profundo valle, cubierto de resistente pasto de la puna, ahora seco y marchito, que proporcionaba, sin embargo, alimento a un rebaño de graciosas vicuñas que levantan mucho sus cabezas y nos miran fijamente cuando disparo mi rifle,

cuya detonación suena maravillosamente hueva y débil en la poca densa atmósfera. (pp. 133-134)

Imagen 25: Los Nevados de Tacora y Chipicani, desde el paso de Guaylillos.

Mientras permanecíamos sentados contemplando esta graciosa a la vez que sombría e invernal escena, al tiempo que los hocicos distendidos y los flancos jadeantes de nuestros animales nos indicaban penosamente cuan grande era su dificultad para respirar, nos sobresaltó la repentina caída de su montura de uno de nuestros compañeros bolivianos a causa de los efectos del soroche. Al levantarlo del suelo comprobamos que estaba casi inconsciente y que manaba sangre de su boca oídos, nariz y rabillos de los ojos. Luego vómito copiosamente y le suministramos los restaurativos habituales con bien resultado. Al hacer esto me quité los guantes y me sorprendí al encontrar mis manos hinchadas y cubiertas de sangre, que parecía haber manado de mil minúsculas picaduras. Salvo esto, una ligera tumefacción de los labios y ocasionalmente un leve vértigo, no sufrí mayormente a causa de la rarefacción del aire o de la veta mientras estuve en el interior del Perú, aunque

durante seis meses rara vez me encontré a menos de 4000 metros y a menudo llegué a estar a 5500 metros sobre el mar.

Bajamos por un sendero fácil y serpenteante al valle que se encontraba entre nosotros y la base del Tacora, en cuyo fondo llegaos al río Azufre. Sus márgenes, como su nombre lo implica, son de color amarillo y anaranjado, con depósitos sulfurosos, y a lo largo de ellas se alinean los esqueletos de cabellos mulas y llamas que se aventuraron a beber sus aguas venenosas. Probé el agua y la encontré abominablemente acre y amarga. A decir verdad, toda el agua del Despoblado, incluso aquella cuyo sabor no revela indicios de sustancias minerales o extrañas en solución, es más o menos purgante y a menudo produce efectos muy dañinos. En muchas partes del país el viajero sediento descubre manantiales tan límpidos y transparentes como los de nuestras colinas de Nueva Inglaterra; sin embargo, cuando desmonta para beber, su arriero se abalanza espantado con el grito premonitorio «¡Cuidado, es agua de verruga!» Se dice que el agua de verruga produce una terrible enfermedad, llamada con ese mismo nombre, que se manifiesta exteriormente tanto en hombres como en animales con grandes diviesos o carbunclos sangrantes, que ocasionan gran dolor y muchas veces producen la muerte. (p. 134)

Desde el río Azufre nuestro sendero serpenteó alrededor de la base del Tacora, que es de origen volcánico y tiene 6915 metros de altura, y gradualmente ascendimos a una amplia planicie, ligeramente inclinada hacia la derecha, cubierta de piedras, marchito pasto ichu y grupos de un bajo arbusto resinoso llamado tola. Por la planicie se esparcían grupos de vicuñas y en un lugar bajo y pantanoso, cerca del sitio en que un pedazo de terreno, blanco con la eflorescencia de algún tipo de sales, mostraba la existencia de un estanque en la época de lluvias, observamos una franja de pasto de color verde claro en que se alimentaba

una tropa de llamas. Estaban entremezcladas con vicuñas que pastaban a su lado, como si fueran miembros de la misma comunidad. (p. 135)

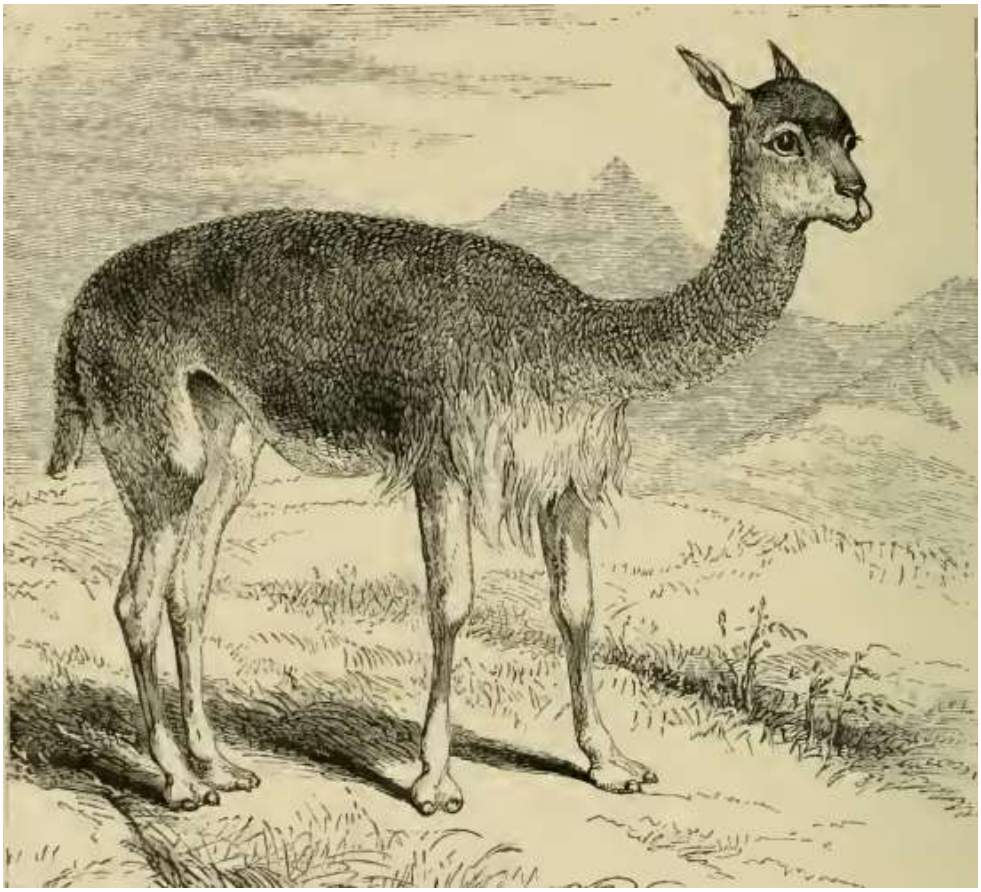

Imagen 26: La vicuña.

De más está decir que teníamos ansias de cazar una vicuña, pero éstas eran tímidas ansias de cazar una vicuña, pero estás eran tímidas y se mantenían lejos de nuestro alcance. Desmonté y traté de deslizarme de un grupo de arbustos a otro y de una roca a otra hasta llegar a una distancia razonable, pero siempre en el instante critico el macho de la familia – siempre andan en grupos de diez o doce, hembras y crías, bajo la dirección de un solo patriarca – daba una patada y emitía un sonido extraño, mitad relincho, mitad silbido, y el grupo integro partía con la velocidad del viento, sólo para detenerse, sin embargo, a una

distancia segura y misecución al pie del viejo solemne Tacora! El disparo había roto una de las patas delanteras de la vicuña, inmediatamente debajo de la rodilla, pero pronto comprobamos que con sus tres patas sanas era demasiado para nosotros en una decidida persecución. Después de media hora de dura carrera nos detuvimos para organizar una pequeña estrategia y la vicuña también se detuvo, como para decirnos: «¡Tómense su tiempo, caballeros! ¡Estoy algo dolorida, pero no tengo ningún apuro!» Pronto fijamos nuestro plan y nos separamos, desviándonos mucho, para rodear a nuestra víctima, a la que despacharíamos con nuestros revólveres cuando tratara de romper nuestra línea. Ella miraba con complacencia todo el procedimiento y no se movió nunca, salvo para contemplarnos uno tras otro a medida que íbamos estrechando lenta y cautelosamente el cerco alrededor de ella. Cada vez estábamos más cerca y, sin embargo, nunca se movió. Nos hallábamos casi a tiro de pistola, con nuestros dedos ya en los gatillos, cuando con un salto se lanzó entre mi persona y Berríos, que se había unido a la caza, con la velocidad de una flecha. Disparé rápidamente dos veces y Berríos descargo su mohosa pistola de arzón, cargada con 280 centímetros cúbicos de perdigones, sin ningún efecto, cuando nuestros excitados bolivianos, acercándose comenzaron una descarga irregular que había silbar sus balas alrededor de nosotros en una proximidad sumamente molesta. Sospecho que yo estuve más cerca de recibir un tiro que la vicuña y, no queriendo correr más riesgos, abandoné la cacería. Pero los bolivianos persistieron, en tanto que Berríos, H. y yo volvimos trabajosamente al sendero de mulas y desde allí continuamos hasta el tambo de Tacora. (pp. 135-136)

Imagen 27: Nevado y tambo de Tacora.

Este tambo, que es un tipo mejorado de lo que en Suiza se llamaría «refugios», consta de cuatro edificios bajos de piedra y barro, techados con ichu. Rodean un pequeño patio en que se reúne de noche a los animales de los viajeros. A veces para acomodar las tropas de llamas hay un gran corral o encierro suplementario, construido con piedras sueltas o piedras asentada en barro. A menudo estos tambos no tienen encargados, ocupantes o muebles de ninguna especie, pero el de Tacora sí contaba con una residente, que ocupaba el edificio principal, donde tenía una escasa provisión de alfalfa marchita y unos cuantos artículos alimenticios, principalmente carne de vicuña. Otro edificio servía de cocina, un terceo de depósito de la carga y dormitorio de los arrieros, mientras que el cuarto estaba reservado

para los viajeros No tenía más entrada o abertura que el vano de puerta, que se elevaba 60 centímetros sobre el suelo y era apenas lo suficientemente grande para que una persona completamente desarrollada pasara apretadamente por él. Se lo cerraba con una lonja de cuero sin curtir. El interior era oscuro e indescriptiblemente sucio. Dudo que en muchos meses haya sido barrido o se haya intentado limpiarlo. Este cuchitril no tenía ningún mueble y solamente se encontraban en él los habituales bancos de barro en cada lado, sobre los cuales el viajero podía extender su lecho. (p. 136)

El encargado del tambo, tocado con un sombrero gacho de fieltro y envuelto en una capa azul con un cuello de piel y un cierre dorado del tamaño de una mano, se avino orgullosa y hasta cierto punto altivamente a cumplir nuestro pedido de cebada para nuestras mulas e hizo señas a una de sus mujeres indias para que cocinara un poco de chupe para nuestros mozos. Nosotros preferimos abrir una lata de carne guisada y una caja de sardinas para nuestra cena. Observe que esta acción atrajo la atención de nuestro distante posadero, con quien no habíamos logrado entablar conversación por medio de señas, pero que ahora parecía haber sido llamado a bajar de sus contemplaciones para tomar conocimiento de lo que ocurría alrededor de él. Creo que nunca vi una mirada más fija y más ávida que la que clavó en nuestros comestibles y en nuestra botella de aguardiente. Sus ojos seguían a cada bocado desde el plato hasta nuestras bocas con una expresión de anhelo indescriptible. No había forma de evadir la conclusión de que el hombre tenía un hambre famélica; pero si hubiera habido alguna duda, la alacridad con que respondió a mi invitación de unirse a nosotros y el untuoso «¡Cómo no!» de su respuesta la habrían disipado. Ciertamente hizo honor a su comida, si no a nuestras personas ya que no hizo ninguna pausa hasta que el último bocado no hubiera desaparecido, lo cual ocurrió justo cuando nuestros bolivianos

llegaron, jadeantes y exhaustos, de su infructuosa persecución de la vicuña herida. (pp. 136-137)

Dadas las circunstancias, no pude dejar de abusar un poco de mis provisiones a favor de ellos y les di también una lata de carne y una caja de sardinas. Nuestro posadero no espero a que lo invitaran a unirse a ellos y cuando salí del tambo para pasear por los alrededores, observé que la mayor parte de este festín estaba desapareciendo también detrás del maravilloso cierre dorado. Pero todo esto no le impidió exigir por la cebada y el chupe un precio que dejó a Berríos mudo de asombro.

Más allá del tambo el suelo se vuelve un poco ondulante y quebrado, pero pronto se hunde en una llanura ancha, blanca con algún tipo de eflorescencia, en cuya parte inferior aparecía la laguna Blanca, extensión de agua considerable pero aparentemente poco profunda, a lo largo de cuyos bordes percibimos gran cantidad de aves acuáticas. Varios arroyos de montaña que descendían desde las vertientes a nuestra izquierda, alimentados por las nieves, habían tomado como cauce el camino de mulas y a lo largo de un kilómetro y medio o más chapoteamos en el agua helada. La llanura se volvió ahora menos pedregosa y se hizo más tupida la tola. También las vicuñas eran más numerosas y menos tímidas y hacia la tarde pudimos acercarnos tanto a ellas que, de haberlo querido, podría haber matado una docena con mi revólver. Nos contentamos con una sola, llevando con nosotros el cuarto trasero y dejando el resto a los cóndores.

El terreno por donde cabalgamos durante la tarde y después de dejar atrás la laguna blanca se elevó suavemente hasta convertirse en una amplia ondulación, que es aquí, a pesar de estar casi 300 metros por debajo de la cordillera Guaylillos, la verdadera divisoria que separa las aguas que fluyen hacia el Pacífico de las que descargan en los lagos de la gran

cuenca terrestre del Titicaca. Desde su cumbre se obtiene una magnifica vista que se extiende hacia el sur una distancia inmensa, con los conos humeantes de los volcanes no descritos de Pomarope y Sajama en el horizonte. Al pie de esta cordillera divisoria llegamos a la corriente rápida, límpida y considerable del Uchusuma, que fluye hacia el río Mauri, que a su vez cae en el Desaguadero o salida del lago Titicaca, río este que vierte su caudal en el misterioso lago de Aullagas[74]. (p. 137)

La noche comenzó a caer alrededor de nosotros poco después de pasar el río y doblamos abruptamente hacia nuestra derecha, a través de los tolares o campos de tola, para entrar en un bajo valle cercano a la corriente a la corriente de agua, donde según Berríos había pasto para los animales y unas casitas para nosotros. Pronto llegamos a un pequeño grupo de bajas chozas de piedra, apenas más grandes que las casas que construye el castor e igualmente primitivas. Habían sido construidas por un par de familias indias que se dedicaron a apacentar una manada de llamas en las orillas del Uchusuma, pero que murieron en su totalidad de viruela unos dos años antes de nuestra visita. Las casitas habían caído rápidamente en ruinas. El viento había abierto grandes orificios en la paja de los techos y la escarcha había abierto brechas en las rústias paredes. Nuestros bolivianos, que siempre se las arreglaban para adelantársenos, se posesionaron rápidamente de la choza mejor conservada y más grande y nosotros nos resignamos a tomar la segunda por orden de méritos que había sido la capilla. No era una estructura imponente: en el interior tenía apenas 2 metros de largo por 1,5 metros de ancho y era tan baja que una persona de estatura normal no podía mantenerse erguida. En el extremo más distante había un pequeño altar de barro y una crucecita de madera colgaba imperturbada de la tosca pared de piedra. Casi no

[74] Nota original: Lago Poopó, según mapas recientes. (N. del T.)

había lugar para acomodar nuestras monturas y alforjas y extender nuestras dos camas. Cerramos con una manta el orificio que pasaba por puerta y luego nos dedicamos a cocinar nuestro cuarto trasero de vicuña. Todos salimos a recoger tallos y raíces secas de tola, que arde intensa y rápidamente, y pronto tuvimos un fuego brillante encendido en una de las chozas medio destechadas que habíamos improvisado como cocina. Nuestro equipaje fue dispuesto en un cuadro y sobre él extendimos una lona para formar una especie de carpa que, de aquí en adelante, fue la única protección de Berríos y los mozos y que a menudo estuvimos más que contentos de compartir con ellos. (pp. 137-138)

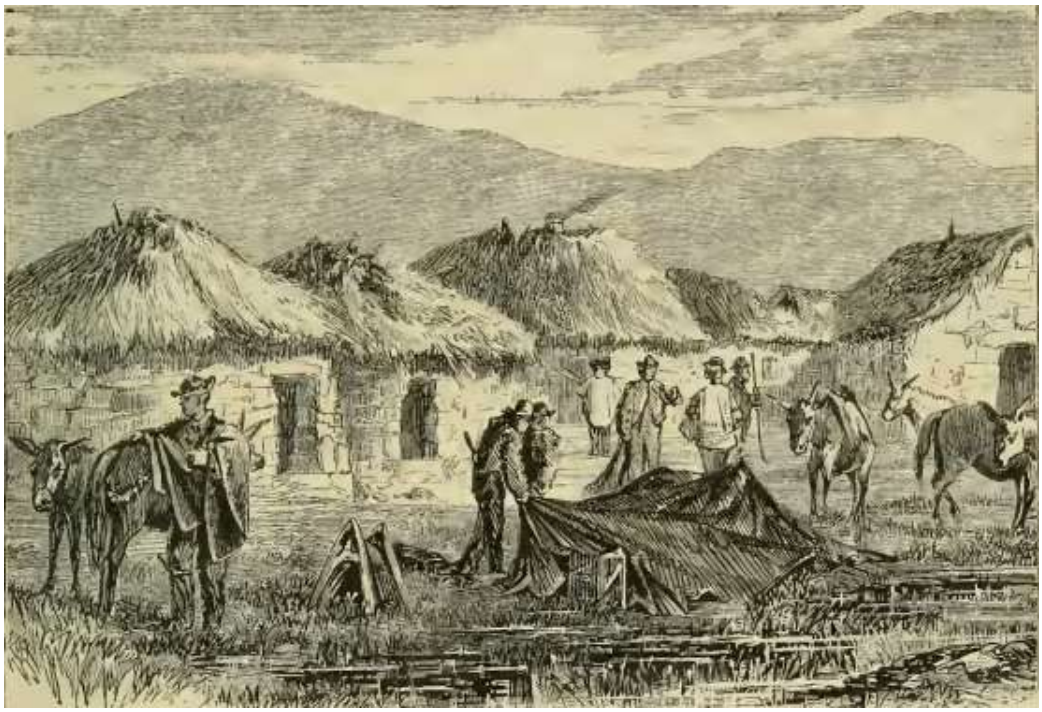

Imagen 28: Las casitas de Uchusuma.

No puedo decir mucho a favor de la carne de vicuña, porque la probada por primera vez y el animal acababa de ser sacrificado, pero preferiría a ella, en todo momento, un buen carnero. Sin embargo, comimos chupe de vicuña y biftecs de vicuña y podríamos haber comido una tajada de vicuña si hubiéramos podido tener un fuego suficientemente

constante para asarla. En general, no creo haber tenido bien apetito esa noche y recurrí temprano al café, el mejor amigo del viajero en toda circunstancia y en cualquier clima. (p. 138)

Imagen 29: Dormitorio en Uchusuma.

Habiendo quemado el último tallo de nuestra provisión de tola, nos metimos en nuestros lechos en la capilla. El cielo estaba oscuro como paño de ataúd y las estrellas brillaban en el aire calmo y cortante con lustre anormal. Las contemplé por las aberturas del techo de nuestro rustico dormitorio hasta la medianoche y entonces me dormí y soñé que eran lanzas con puntas doradas que se precipitaban desde el cielo. Berríos no nos despertó temprano a la mañana siguiente sino cuando el sol se encontraba en lo alto, porque todos estábamos congelados y tiesos y necesitábamos deshelarnos. Mi barba estaba entretejida con hielo y la manta que rodeaba mi cabeza resplandecía con la escarcha. (pp. 138-139)

> Ya nos habíamos adentrado bastante en la región fría y árida que se conoce como El Despoblado, esa triste, desolada y silenciosa región que forma la ancha cumbre de la Cordillera. Tiene el aspecto de una llanura irregular y está diversificada con cadenas montañosas y picos nevados y volcánicos, de imponentes proporciones, a pesar de que se elevan desde un nivel de 4200 metros sobre el mar. En todas direcciones se extienden amplios campos de tola, salpicados aquí y allá con manchas de pasto ichu, que crece en grupos y en esta época está seco y gris, endurecido y semejante a agujas. Hacia el mediodía llegaos a muchos amplios cauces o canales secos, entre lechos quebrados de traquitas, que indican que durante la estación de lluvias descienden volúmenes considerables de agua desde las montañas y cadenas de Ancomarca y Quenuta hacia el norte. Justo al mediodía llegaos al río Caño, una corriente más bien ancha y poco profunda, que corre por un lecho arenoso y que es aquí la frontera entre el Perú y Bolivia. (p. 139) (**Fuente:** Squier, E. G. (1974)).

4.1.22. Frederick James Stevenson (1868)

Breve biografía:

Ingeniero que recorrió el sur del Perú en la década de 1860 en misiones técnicas. Su visita se relaciona con actividades profesionales y observaciones científicas sobre fenómenos naturales y estructuras constructivas en la región.

Descripción:

> Lunes, 10 de agosto.
>
> Esta mañana logré que me entregaran el rifle y, con las cartas de recomendación prometidas por Don Ignacio Rey y Reisco, partí de Arica en tren a Tacna a las 3.

Había acordado con el joven Don Ricardo, hijo de Don Ignacio, quedarme en Tacna solo un día o dos, tiempo suficiente para gestionar el alquiler de mulas, etc., para mi proyectado viaje a través del altiplano boliviano hasta La Paz, y luego regresar a Arica para explorar las cuevas con él. (p. 181)

Propuse dejar casi todo mi equipaje en el hotel por el momento, pero a último momento el dueño me informó que no se hacía responsable de su seguridad, ya que el hotel cambiaría de dueño en uno o dos días, y que sería mejor que me lo llevara todo. Afortunadamente, lo hice, pues cuando volví a ver el hotel (un edificio de madera) al día siguiente del terremoto, estaba partido en dos, con sus mitades destrozadas muy lejos tierra adentro, entre las ruinas de las casas en la parte trasera del pueblo, arrastradas hasta allí por la irrupción de las grandes olas del terremoto en la fatídica tarde del 13. (pp. 181-182)

De Arica a Tacna —una distancia de 63 kilómetros— el ferrocarril corre hacia el norte durante unos ocho kilómetros casi paralelo a la costa y no muy lejos de ella, y luego se adentra en un verdadero desierto de arena, en el que no se veía ni una brizna de hierba ni nada verde, ni siquiera un cactus.

Durante dos horas recorrimos este cansado desierto, deteniéndonos sólo una vez en el albergue llamado «Hospicio», una especie de sala de refrigerio para pasajeros y locomotoras, donde hay cerveza para los primeros y agua para las segundas.

Observé algunos espejismos perfectos y engañosos, sobre todo cerca de la base de las cordilleras, donde parecía haber tranquilos lagos de agua cristalina donde incluso los reflejos de las colinas eran claramente visibles. Pero a medida que nos acercábamos a estos lagos fantasmales, sus contornos cambiaban gradualmente, y la hermosa agua, como una

escena en un paisaje que se desvanece, se disolvió lentamente en amplias llanuras de arena que brillaban con el calor.

Pensé en lo duro que sería tener que cruzar semejante desierto a pie y sin agua, sin imaginar jamás que estaba destinado a probar tan pronto esa amarga experiencia.

Al acercarme a las afueras del pueblo, el cambio del desierto absoluto a campos de alfalfa de un verde claro y huertos repletos de árboles frutales y hortalizas fue tan repentino que pareció casi obra de magia.

Al subir de la estación al hotel al que me habían indicado, me impresionó el aspecto comparativamente pintoresco del pueblo. Aquí, como en Arica, las casas de adobe de un piso tienen techos altos, con los hastiales hacia la calle; pero también hay en las calles principales muchas casas de dos pisos: el piso inferior siempre construido de adobe grueso y sólido, y el superior, ya sea completamente de madera o de «chincha», una estructura de madera cubierta con esteras de junco grueso, untada con un revoco de barro, paja picada y estiércol.

Tacna es un pueblo de calles estrechas como la mayoría de este país, pero con menos suciedad y menos olores que Arica; y tenía un aire de actividad que pocos pueblos del interior que he visto en Sudamérica pueden presumir.

En las calles encontré grandes grupos de mulas y burros cargados, y me interesaron tanto los extraños arreos de las mulas y los burros como los peculiares y pintorescos atuendos de los arrieros y peones a cargo de ellos. (p. 182)

Todo el tráfico entre La Paz y su puerto marítimo, Arica, pasa por Tacna, donde se realiza el transbordo del transporte a mulas al ferrocarril y viceversa. La única vía de

comunicación entre Tacna y La Paz es un camino de herradura que cruza un paso en la primera cordillera, a una altitud de 4500 metros. Observé una gran cantidad de indígenas de pura sangre (aymaras) en las calles.

En el hotel más frecuentado conseguí una habitación miserable y cené miserablemente, y como era demasiado tarde para presentar mis cartas de presentación, caminé por las calles hasta cansarme. Mientras escribía en mi habitación a las 9, sentí un ligero temblor, pero nadie le prestó atención, y no le di más importancia.

Pasé una noche casi sin dormir, presa de unos repugnantes insectos de tres letras, familias enteras que se colaron en mi catre de Crimea, que me vi obligado a instalar, ya que mi habitación no tenía ganchos para hamacas. No tengo en cuenta a la Pulex irritans (la pulga doméstica), que se encuentra a miles por todas partes en estos países, incluso en los desiertos arenosos a kilómetros de distancia de las viviendas humanas, y que, en comparación, es un caballero, pero este repugnante Cimex lectularius es una bestia repugnante y una abominación indescriptible. En cuanto a los mosquitos, no recuerdo haber visto ninguno desde que crucé la Cordillera desde la Pampa argentina.

Martes, 11 de agosto.

Lo primero que hice esta mañana fue trasladarme a otro hotel, donde conseguí dos habitaciones bastante buenas. La puerta de la sala daba a un callejón, una consideración fundamental en países con terremotos, como descubrí después, aunque en aquel momento no le di importancia. Entregué una carta de recomendación a Don José Prohias, quien amablemente se encargó de buscarme un arriero para mi viaje a La Paz. Pasé todo ese día y el 12 en el interesante pueblito y sus alrededores.

Aunque solo había llegado con dos cartas de presentación, enseguida me sentí como en casa con las familias de varios comerciantes ingleses y alemanes, e hice amistades muy agradables durante las tres semanas que estuve retenido en Tacna con los preparativos de mi viaje a Bolivia. (p. 183)

Miércoles, 12 de agosto.

En la tarde del 12 di un largo paseo por campos y jardines de regadío donde crecían olivos, naranjos, plátanos, guayabas y cañas de azúcar, además de algodoneros en plena floración. Allí vi algunos nidos de pájaros hechos completamente de algodón —los nidos con el aspecto más cómodo que he visto en mi vida—, pero no pude determinar qué tipo de pájaro los construía. (pp. 183-184)

Subí unas altas colinas arenosas al sur del pueblo, con la esperanza de obtener una vista panorámica del desierto hasta el océano lejano. Sin embargo, aunque el cielo estaba despejado, la habitual capa de nubes grises cubría el mar, y antes del atardecer se había adentrado gradualmente tierra adentro, arruinando por completo la vista que esperaba obtener de la Cordillera Boliviana.

Al cruzar el desierto en tren el día 10, noté con sorpresa un ligero matiz verde que impregnaba las suaves y redondeadas cimas de estas gigantescas dunas, que debían de tener al menos 900 metros de altura. Ahora descubrí que la escasa vegetación se debía a una multitud de pequeñas plantas con bonitas flores azules, que evidentemente deben su existencia a las nieblas marinas que, al pasar sobre el caluroso desierto arenoso, se condensan en las laderas y cimas relativamente frescas de estas montañas de arena. También encontré entre las plantas una gran cantidad de pequeños caracoles vivos de

algunas especies que desconozco. Justo después del atardecer, mientras aún estaba en la cima de la colina, un lamento extraordinario surgió de las afueras del pueblo. Comenzó con unos gemidos y quejidos agonizantes, pero a medias sofocados, y gradualmente se convirtió en un rugido abrumador, pero cómico, de cientos, quizás miles, de asnos rebuznando, mezclado con los ridículos y totalmente ineficaces esfuerzos de otras tantas mulas por combinar rebuznos con relinchos. El resultado fue un alboroto asombroso, incluso más alarmante que los aullidos, gritos y gruñidos de una manada de monos aulladores.

El pequeño arroyo sin nombre que da origen a toda la fertilidad de Tacna proviene del deshielo de las nieves de Tacora (también llamado Chipicani, del que se dice que es un volcán), que, aunque está a 64 kilómetros, parece estar a una corta distancia a pie del pueblo en una tarde. (p. 184)

Jueves, 13 de agosto.

Estuve ocupado toda la mañana haciendo arreglos con Ramón Suárez, el arriero, a quien me había recomendado Don José Prohias, para mi viaje a La Paz. Acepté pagarle $125.00 para que me llevara al sur, al gran volcán extinto Sajama, y de allí, por el altiplano boliviano, hasta La Paz, con cuatro mulas: dos de silla, una de carga y una de repuesto. Debo pagar además todos los gastos del camino para hombres y animales, que probablemente ascenderán a $50.00 más, y tengo la opción de pasar veinte días en el camino si me conviene. (pp. 184-185)

A las 4 p. m. di mi paseo habitual antes de comer y, siguiendo los cursos de agua que atravesaban el pueblo, pronto me encontré en la amplia llanura de grava que se extiende entre Tacna y las montañas.

Había recorrido unas dos millas cuando vi unos montones de rocas amontonadas en la llanura, y decidí examinarlas antes de regresar a Tacna. Mientras caminaba hacia ellas, me sentí repentinamente mareado y débil; el suelo parecía moverse bajo mis pies, como una alfombra mal tendida bajo la que se cuela el viento. Un instante después, me encontré tambaleándome de una manera inexplicable y alarmante, y creyendo que estaba a punto de desmayarme, me puse rápidamente a gatas para evitar caerme.

En ese momento, noté que las piedras se desprendían de los montones de rocas que había empezado a examinar, y entonces percibí un sordo estruendo que parecía provenir de toda la llanura, y, por supuesto, reconocí de inmediato que se trataba de un terremoto. Al levantarme para mirar a mi alrededor y observar lo que sucedía, rápidamente me convencí de que era un verdadero «terremoto» y no un simple «temblor» como los que ya había sentido en Valparaíso, Panulcillo y otros lugares.

Miré la hora en mi reloj en cuanto me puse de pie; eran exactamente las cinco menos dos. El suelo, que al principio solo se movía un poco, ahora empezó a temblar rápida y violentamente de un lado a otro, y me resultó tan difícil mantenerme en pie que preferí arrodillarme, sobre todo porque podía observar mejor en esa posición cuando mi atención no estaba ocupada en mantener el equilibrio. (p. 185)

Ahora veía claramente la amplia llanura ascendiendo y descendiendo en rápidas pulsaciones, pues miraba hacia un horizonte lejano de colinas bajas más allá del pueblo,

con las que podía comparar los movimientos del terreno, y creí reconocer ondulaciones distintivas provenientes de la Cordillera y que se dirigían hacia el oeste, rumbo al Océano Pacífico. Los truenos subterráneos, que aunque no muy fuertes ahora sonaban con un significado tan terrible y aterrador, también parecían seguir la misma dirección, pero no puedo afirmarlo con certeza, pues a veces el espantoso sonido parecía difundirse bajo toda la superficie del terreno, y los movimientos del terreno eran tan complejos y variados en dirección que parecían provenir de todos los puntos cardinales. Una gran palmera vieja que crecía junto al curso de agua, no muy lejos de mí, se sacudió tanto que el fuerte crujido de sus hojas secas me hizo mirar a mi alrededor, y entonces observé algo muy extraño y antinatural en el aspecto de la Cordillera, que hasta entonces no había notado, pues había estado mirando hacia otro lado. Porque a intervalos frecuentes, en el frente inmensamente largo de la Cordillera Occidental visible desde la llanura, nubes amarillas de lo que tomé como humo (aunque sin duda era simplemente polvo) estallaban desde las montañas y rodaban por sus laderas, un espectáculo maravilloso, pero muy aterrador, porque era evidente que la gran cordillera costera de los Andes estaba siendo desgarrada y sacudida por la terrible convulsión. (pp. 185-186)

Pero ahora, el suelo, ya terriblemente agitado, había iniciado un nuevo tipo de movimiento, más alarmante que cualquiera que hubiera sentido hasta entonces: una serie de bruscas sacudidas ascendentes, como si la corteza terrestre recibiera una sucesión de golpes repentinos y tremendos desde abajo, haciendo que piedras sueltas y cantos rodados chocaran de forma audible entre sí y que masas de grava cayeran de las orillas de los cursos de agua.

Una joven india que lavaba ropa cerca de la vieja palmera gritaba y corría sin rumbo, en todas direcciones, sujetándose su largo cabello negro con ambas manos, hasta que fue arrojada violentamente al suelo. Entonces vi algunas casas a unos cuatrocientos metros de distancia, en la llanura, que parecían derrumbarse, y nubes de polvo se alzaban de sus ruinas.

Una nube de polvo similar pero mucho más grande apareció ahora hirviendo desde la ciudad, y luego los gritos y lamentos distantes de miles de personas aterrorizadas, los gemidos y aullidos de los perros y otros sonidos de angustia se mezclaron con los terribles rumores del terremoto que parecía estar aumentando en violencia a cada momento. (p. 186)

Hasta ese momento no había experimentado emociones más allá de un profundo e intenso interés por lo que sucedía a mi alrededor y una cierta euforia silenciosa al pensar que habría tenido la fortuna de presenciar fenómenos tan extraordinarios. Pero la evidente destrucción que se estaba produciendo en el pueblo, y sobre todo el terrible aspecto de las montañas, que parecían humeantes, me convencieron de que realmente se trataba de un terremoto muy grave, y pensé que era posible que estuviéramos a punto de experimentar una terrible catástrofe, una convulsión de la naturaleza de una escala prodigiosa. No temía por mi seguridad personal, pues confiaba en que nada podría hacerme daño en la llanura, a menos que el suelo se abriera justo donde yo estaba, lo que, por supuesto, era muy improbable, pero la perturbación se había vuelto extremadamente alarmante y aumentaba en violencia de momento a momento, hasta que después de un tremendo trastorno que estaba seguro debió haber completado la ruina de la ciudad, acompañado de un rugido sordo, más fuerte y aterrador que cualquiera que hubiera oído hasta entonces, gradualmente se calmó y se convirtió en algo no más formidable que un mero temblor, cesando finalmente por

completo, al menos por un tiempo, y estaba realmente agradecido de que todo hubiera terminado por fin. (pp. 186-187)

Cuando miré el reloj que siempre había tenido en la mano, me sorprendió ver que marcaba solo las cinco y dos minutos y medio, por lo que las sacudidas habían durado solo cuatro minutos y medio, al menos desde que reconocí que era un terremoto. Sin embargo, debió de durar considerablemente más, ya que quienes lo habían observado en el pueblo, y quienes, al estar rodeados de puertas y ventanas que vibraban, por supuesto, notarían movimientos tan leves que serían imperceptibles para mí en la llanura, estiman que duró entre siete y diez minutos. Un caballero (el profesor alemán von Boeck), quien lo cronometró como yo, me asegura que duró al menos siete minutos y medio por observación real, pero al ver a un niño pequeño en peligro, acudió en su ayuda, y no sabe exactamente cuánto tiempo más pudo haber durado después de eso.

Me apresuré a regresar a Tacna, lleno de ansiedad por el destino del pueblo. Además, mi equipaje y todas mis pertenencias estaban en el hotel, probablemente sepultadas bajo sus ruinas.

Mientras avanzaba apresuradamente, sentía temblores cada pocos minutos, más o menos intensos, y me encontré con gente aterrorizada galopando a caballo, de quienes no podía esperar obtener ninguna información.

Pronto me acerqué lo suficiente a Tacna como para percatarme de que, en cualquier caso, la mayor parte del pueblo seguía en pie, pero nubes de polvo seguían elevándose sobre las casas, ocultando la magnitud de los daños. En la calle principal, donde se encontraba mi hotel, encontré una multitud de personas asustadas de pie, o más bien arrodilladas, junto a

la cuneta en medio de la calzada, lo más lejos posible de las casas que podrían derrumbarse en cualquier momento. Mujeres y niños lloraban lastimeramente, hombres se abrazaban y sacaban a los enfermos apresuradamente con ponchos, colocándolos junto a los crucifijos y las efigies de santos, adornadas con vistosos adornos, que ya se estaban colocando en la cuneta central o sobre ella; la gente se agolpaba a su alrededor como si buscara protección. (p. 187)

Aquí y allá, las ruinas de casas bloqueaban el paso; sus antiguos ocupantes lamentaban con gritos y gestos frenéticos la pérdida de sus propiedades, o se sentaban desconsoladamente sobre los polvorientos montones de escombros que habían sido sus hogares, la viva imagen de la miseria y la desesperación. Hombres y mujeres corrían desesperados llamando a sus hijos desaparecidos, otros gritaban desesperadamente o reían histéricamente, y se comportaban de maneras extrañas. Pero la gran mayoría estaban de rodillas, con la cabeza descubierta, repitiendo rápidamente una oración tras otra, implorando a sus santos que los protegieran. Y cuando se oía acercarse el estruendo de una nueva sacudida, el grito de «misericordia» se alzaba con más fuerza que nunca. Y, considerando la terrible naturaleza de la causa de toda esta emoción, creo que sería difícil imaginar una escena más impresionante y solemne. Pasé, supongo, unas veinte casas en ruinas antes de llegar al hotel, que me alivió encontrar aún en pie, pero bastante deteriorado y aparentemente desierto. En mi habitación, dos paredes estaban agrietadas, y el suelo y los muebles estaban cubiertos de polvo y yeso, desprendidos de las paredes y el techo. Por lo demás, encontré todo igual que lo había dejado. Sin saber qué podría pasar durante la noche, pensé que lo mejor sería guardar todo mi dinero en mi cinturón y en mis bolsillos. Al abrir mi caja, oí nuevos gritos de clemencia en la calle, e inmediatamente se produjo un repentino y violento

choque, seguido del estruendo de las paredes al derrumbarse. Mi habitación se tambaleaba y se balanceaba de un lado a otro de forma tan alarmante que salí corriendo con la caja en la mano, temiendo que las paredes me cayeran encima antes de poder escapar. En el callejón me encontré con la hija del casero, una joven viuda, retorciéndose las manos y llorando con angustia: «¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?». (pp. 187-188)

Me dirigí a toda prisa al barrio residencial del pueblo para buscar a algunos de mis amigos. Las escenas que ya he descrito aún se desarrollaban en las calles abarrotadas, pero algunos de los hombres más valientes ya se habían atrevido a entrar en sus casas para sacar muebles, ropa de cama, alfombras, etc., y estaban preparando algún tipo de refugio para sus familias en las calles más anchas y en la Alameda. En esta última encontré a la mayoría de mis amigos, y nos pusimos a trabajar para preparar el refugio posible para las mujeres y los niños antes del anochecer, pues la niebla marina ya había cubierto el cielo —al parecer, antes de lo habitual— y ya estaba oscureciendo. (p. 188)

Una mesa grande con algunos colchones debajo y alfombras o sábanas dispuestas a modo de cortinas alrededor, constituía un dormitorio bastante respetable para una familia pequeña, y después de conseguir la comida que se podía conseguir de las casas medio en ruinas, no se podía hacer nada más antes del anochecer para la comodidad de los extranjeros y la gente de bien del pueblo. (pp. 188-189)

Y como la mayoría parecía preferir rezar a trabajar, y yo tenía mucha hambre, pensé en volver al hotel a buscar algo de comer y beber, pues el terremoto no me había quitado el apetito. El posadero (un francés) había regresado y estaba ocupado tras la barra del salón reorganizando y colocando sus botellas rotas y volcadas, y al informar que el cocinero no había abandonado su puesto, algunos nos armamos de valor para pedir que nos sirvieran la

cena lo antes posible. Pero apenas nos habíamos sentado a la mesa, oímos el premonitorio estruendo de otro terremoto, y algunos de los más ágiles del grupo huyeron y no volvieron.

El impacto fue brutal, y ciertamente fue muy inquietante ver cómo el gran salón comedor se balanceaba visiblemente, y sentir claramente cómo el suelo y la mesa en la que estábamos sentados subían y bajaban. Solo cuatro de nosotros nos sentamos a cenar, muy incómodos, debo admitirlo, pues los ligeros temblores continuaron con intervalos de diez a quince minutos toda la noche.

No nos apetecía sentarnos más tiempo del necesario con el vino, y al volver a las calles encontré a toda la población preparándose para pasar la noche en medio de las calles más anchas, la plaza y, especialmente, en la hermosa Alameda. Ya se habían instalado algunas tiendas de campaña, pero la gran mayoría de los refugios de la primera noche eran improvisados, como los que ya he descrito.

A eso de las nueve, un repentino destello, como el de un gran cañón o un relámpago lejano, apareció en el noroeste, seguido al instante por un intenso resplandor rojo que cubrió por completo el cielo nublado, destellando y brillando con tanta fuerza que nos sobrecogió a todos el temor de algo aún más terrible que el terremoto que venía a destruirnos. La gente, aterrorizada, renovó sus súplicas al Cielo, y por todas partes se oían gritos y gemidos desesperados, mezclados con ladridos y aullidos de perros, y más aterrador que todo el espantoso grito de «¡El Volcán!». Corrí a una calle lateral para tener una vista ininterrumpida del punto de la cordillera de donde parecían provenir los reflejos, pero antes de que pudiera localizarlo, el fuego ya había disminuido considerablemente y finalmente se extinguió por completo, dejando el cielo aparentemente más negro que nunca. (p. 189)

Hubo muchas conjeturas sobre cuál de los volcanes había entrado en erupción con tanta violencia. Algunos pensaban que debía ser el gran «Misti» (de 6.000 metros de altura), cerca de Arequipa, a unos 240 kilómetros al noroeste; y otros, con más razón, el volcán Candarave, mucho más cercano, más pequeño y siempre más o menos activo. (pp. 189-190)

Desde entonces he comprobado que el mismo alarmante reflejo se observó desde Arica a la misma hora, y unas noches después (el 19) se volvió a ver, no solo desde Tacna y Arica, sino también desde las ruinas de Arequipa, donde se suponía que se debía a una erupción del Candarave. Pero como no teníamos noticias seguras hasta el momento de escribir esto (20 de agosto) de la erupción de ninguno de los volcanes, se empezó a atribuir la luz a algún fenómeno eléctrico, un meteorito o incluso una explosión de salitre[75].

Como estaba muy cansado, regresé al hotel y caminé por sus largos y desorganizados pasillos hasta mi oscura habitación, al fondo del edificio, sin encontrarme con nadie. Me tumbé en la cama para descansar, pero no para dormir. Pues los temblores de tierra continuaban, e incluso en los intervalos entre las sacudidas más fuertes, podía sentir claramente un temblor leve pero casi continuo. Tras una hora de observación ansiosa, atento a los espantosos sonidos que quizás indicaran la llegada de otro auténtico «terremoto», no pude soportarlo más y regresé a la Alameda, prefiriendo pasar el resto de la noche relativamente seguro con la ruidosa muchedumbre al aire libre, lejos del alcance de los muros que se derrumbaban.

[75] Nota original: Desde entonces se ha comprobado que se trató de una erupción del volcán Candarave.

Estuve sentado la noche del 13 al 14 en un banco de piedra de la Alameda de Tacna, intentando en vano, en los intervalos entre los constantes «temblores» recurrentes, conseguir un poco de sueño muy necesario, después de los terriblemente emocionantes acontecimientos de la tarde y noche anteriores. (p. 190)

Viernes 14 de agosto.

Hacia la mañana, corrió el rumor de que dos prisioneros, fugados de la prisión en ruinas de Arica, habían llegado, informando que lo que el terremoto había dejado en la ciudad había sido arrasado por el mar que la inundó, sin dejar ni una sola casa en pie. Aunque yo, al igual que algunos amigos que habían pasado una noche de horror conmigo en la Alameda, creíamos probable que el rumor fuera muy exagerado, me sentí bastante preocupado por mis buenos amigos, la familia Rey y Reisco, y al enterarme de que algunos comerciantes extranjeros y otras personas con intereses comerciales en Arica habían alquilado un tren especial para ir allí esa mañana, obtuve permiso para unirme a su grupo, y a las 7 de la tarde del 14 salimos de Tacna sin impedimentos de ningún tipo, con la intención de regresar por la tarde o por la noche. (pp. 190-191)

A su debido tiempo llegamos a El Hospicio, la estación de agua a mitad de camino, donde nos informaron de que sería imposible continuar en tren, ya que los terraplenes se habían derrumbado, las alcantarillas estaban dañadas, los rieles se habían desplazado y la vía permanente estaba gravemente dañada. También nos informaron de que, sin duda, Arica había sido completamente destruida por el terremoto y las olas subsiguientes, todos los barcos de la bahía habían naufragado y algunos habían quedado varados en la arena detrás del pueblo; que gran número de habitantes había perecido y que los supervivientes habían

huido al Morro, la alta roca escarpada que se alza en el extremo sur de la bahía, buscando refugio.

Mi ansiedad por el destino de mis amigos, especialmente de Don Ignacio, a quien sabía que estaba inválido, aumentó considerablemente con esta alarmante noticia. Además, estaba ansioso por ver con mis propios ojos qué había sucedido, y como no había mulas ni caballos disponibles de inmediato en El Hospicio, decidí recorrer a pie las 20 millas restantes por la vía férrea hasta el pueblo en ruinas, con tres o cuatro de los miembros más jóvenes del grupo, dejando a los demás a la espera de la oportunidad de conseguir mulas o caballos.

Habíamos salido de Tacna sin siquiera una taza de café, y como todo estaba completamente desorganizado y sumido en la confusión en El Hospicio, no había nada que encontrar allí más que café y unas galletas, con las que tuvimos que conformarnos. Desafortunadamente, a ninguno de nosotros se nos había ocurrido traer cantimploras de agua, pues nunca previmos que las necesitaríamos, pero cada uno cargó con tanta agua como pudimos en botellas; yo con una botella de medio litro en cada uno de los bolsillos de mi chaqueta Norfolk, y eran las 9:30 cuando iniciamos nuestra penosa caminata.

Aunque la temperatura a la sombra no era excesiva, el calor bajo el intenso sol del mediodía era terriblemente agotador; pero lo que más nos preocupaba era la necesidad de pasar de traviesa en traviesa a lo largo de la vía, ya que no podíamos caminar sobre la arena blanda y caliente, y al estar las traviesas colocadas a una distancia incómoda, la dificultad de caminar sobre ellas pronto se volvió casi insoportable. En muy poco tiempo me quedé solo con un compañero, un joven alemán, quien, sin embargo, tuvo que ceder tras unas quince millas, cuando ya avistamos el mar. Hacía tiempo que se había acabado la última

gota de nuestra preciada agua, cuando, a petición suya, lo dejé descansando en un cobertizo de herramientas para que emprendiera los últimos kilómetros con el fresco de la tarde hasta Arica, algo que no le resultaría difícil. (p. 191)

Seguí adelante con dificultad hasta que, alrededor de las tres, divisé bien la bahía en cuyas orillas debería haber estado Arica, pero donde ahora no se veía nada más que un campanario de iglesia medio en ruinas y dos partes de un edificio de madera bastante grande, a cierta distancia, que luego descubrí que eran las dos mitades del Hotel de Europa, donde había dormido hacía apenas una semana. Cerca también había una palmera grande, alta y solitaria en la que, según me informaron después, se había encontrado esta mañana el cuerpo de una mujer, arrastrado por las olas del terremoto y atrapado en sus hojas más altas.

Vi a poca distancia, caminando por la vía del tren hacia mí, con un paso inconfundiblemente achispado, a un hombre corpulento con un inmenso sombrero de paja en la cabeza. Al verme, empezó a gritar e intentó cantar, y al acercarnos noté su corpulencia, envuelta en sedas de colores chillones, con un machete desnudo y un par de revólveres metidos en su faja de seda roja y amarilla, y con ambas manos llenas de cestas de cuentas de cristal de mala calidad adornadas con cintas de colores. Resultó ser un negro horriblemente feo, un verdadero gigante, gloriosamente borracho y ruidoso, y probablemente pendenciero y peligroso. Le pregunté: «¿Dónde está Arica?», a lo que respondió: «¡Arica! ¡Hombre! ¡Arica no hay!». (p. 192)

[…]

Pequeños temblores habían sido muy frecuentes desde el gran «terremoto», y mientras escribo (Tacna, 25 de agosto) todavía continúan a intervalos de media a unas pocas horas, y siempre había el peligro de una nueva incursión del mar; pero el peligro no era tan grande ni los efectos de los temblores tan fuertemente sentidos en la ladera como aquí en las casas y calles de Tacna ya muy sacudidas. (pp. 201-202)

Domingo, 16 de agosto.

Me dieron permiso para embarcar en el Wateree casi al amanecer, y pasé toda la madrugada en el camarote del capitán Gillis escribiendo cartas para el correo europeo y norteamericano, junto con las del Wateree. Decidí regresar a Tacna hoy, ya que no había nada más que ver ni hacer en las ruinas de Arica, y sentí que sería muy injusto permanecer más tiempo como huésped de esta buena gente del Wateree, que ya tenía suficientes problemas y dificultades que afrontar, lo que los llenaba de ansiedad.

Perdí tiempo intentando en vano encontrar a alguien que regresara al interior con caballos, mulas o incluso burros tras el saqueo de Arica, con quien pudiera negociar que me llevara las 20 millas hasta El Hospicio, el abrevadero a medio camino del ferrocarril de Tacna, desde donde esperaba regresar a Tacna como había venido. Había algunos grupos que iban directo a Tacna, recorriendo 64 kilómetros por camino de herradura a través del desierto, pero sus animales ya estaban cargados con los bienes robados, así que tuve que decidirme a afrontar de nuevo una terrible caminata de 32 kilómetros por la vía férrea en ruinas que tan angustiosa me había resultado tan solo dos días antes.

Sabiendo que me esperaba un día de trabajo extremadamente agotador, no esperé el desayuno tardío del capitán Gillis, sino que, tras despedirme de él y de sus oficiales, y

agradecerles su gran amabilidad, que jamás olvidaré, dejé el Wateree en el desierto, donde creo que aún permanece, o lo que queda de él, y partí a pie a las 9 en punto, después de acabarme una botella de cerveza Allsopp's y comerme una galleta de barco dura a modo de desayuno.

Yo estaba en orden de marcha ligero, sin llevar nada más pesado que aproximadamente un cuarto de galón de agua en una cantimplora estadounidense que había encontrado con muchas otras entre los restos del barco almacén Fredonia en Playa.

Mi primera preocupación fue desenterrar mi preciado mapa de Bolivia de la zanja seca junto a la vía férrea donde lo había enterrado el día 14. Lo encontré bien, pero tuve que arrancarlo de sus largos rodillos de madera y partirlo por la mitad para hacer un rollo bastante portátil. (p. 203)

Era un día terriblemente caluroso, y la dificultad para pasar de una traviesa a otra me obligó a descansar unos minutos cada milla aproximadamente, y tardé casi siete horas en recorrer esas horribles 20 millas hasta El Hospicio. Mi reserva de agua se agotó mucho antes de llegar a la estación, más muerto que vivo de fatiga y sed, a las cuatro en punto, y sufriendo las agonías de las ampollas en los pies. Me sentí muy decepcionado al enterarme de que ya no había trenes a Tacna, ya que todo el carbón de locomotoras de los patios de la Compañía en Arica había sido arrastrado por el mar tras el terremoto y esparcido por la Playa. Recordé con tristeza que ayer mismo había llevado varias cestas llenas al Morro, al campamento de refugiados. (pp. 203-204)

Tuve la suerte de conseguir un buen plato de caldo de pollo, pan y toda la cerveza que quise, tras lo cual me dispuse a descansar y, si era posible, dormir unas horas, pero me

despertó la llegada, al anochecer, de unas personas con mulas cargadas con el botín de Arica. Conseguí convencer a uno de ellos para que dejara su botín en El Hospicio y me llevara de inmediato a Tacna, por 5 dólares, y me sentí muy afortunado. Pero, por desgracia, el hombre solo tenía una mula, y como no podía caminar las 19 o 20 millas hasta Tacna, tuve que consentir que me siguiera, lo cual no me gustó nada, pues llevaba todo mi dinero y mis cartas de crédito en el cinturón, y él era un mestizo de aspecto vil, con un cuchillo enorme y feo clavado en la faja, mientras que yo iba desarmado, salvo por la pequeña navaja que siempre llevo.

Sin embargo, le dije que solo podía pagarle $4.00 de su dinero de entrada, ya que era lo único que llevaba encima, y que tendría que pagarle el otro $1.00 al llegar a Tacna, donde le dije que había dejado todo mi dinero en el banco, lo cual le dejó bastante satisfecho.

Ya había anochecido cuando salimos de El Hospicio en compañía de un grupo de ladrones de Arica, que se llevaban el botín y los cadáveres de dos mujeres al interior. Solo tengo un recuerdo muy vago de lo que ocurrió durante esa larga noche de viaje, pero sé que nos perdimos por un tiempo en el desierto, porque no seguíamos la ruta del ferrocarril, y creo que debo haberme quedado dormido varias veces, y solo mi compañero de viaje me salvó de caerme de la mula. (p. 204)

Eran las cinco de la mañana del lunes 17 cuando llegamos a Tacna. Me alegré muchísimo de irme a la cama enseguida y dormí tan profundamente como me lo permitieron los frecuentes y leves temblores hasta bien entrada la tarde, pues estaba mortalmente cansado y ni siquiera me había quitado las botas en cuatro días. Mientras dormía, alguien dio la alarma de que el mar se acercaba en enormes olas sobre el desierto, y mucha gente, temiendo que Tacna estuviera a punto de correr la misma suerte que Arica, huyó a los

médanos vecinos. Pero yo, felizmente, no era consciente del supuesto peligro, pues solo un temblor real podría despertarme. (pp. 204-205)

Martes, 25 de agosto. Tacna.

Encontré Tacna prácticamente igual que la dejé la mañana del 14, al día siguiente del gran terremoto.

Casi toda la población seguía acampada en las calles más anchas y la Alameda, en refugios improvisados con alfombras, esteras, sábanas, etc. Solo unos pocos se habían atrevido a regresar a sus casas, pues incluso al escribir esto, doce días después del terremoto, seguimos sufriendo temblores muy inquietantes dos o tres veces al día.

Me he quedado en mi habitación del hotel, con la confianza de que si ocurriera algo grave, incluso durante la noche, podría escapar al callejón donde da la puerta de mi dormitorio, tomar un bulto de ropa y objetos de valor que tenía a mano junto a la cama y vestirme tranquilamente y con seguridad, aunque no muy cómoda, en la calle.

Es necesario tener una vela encendida toda la noche y mantener todo despejado para una carrera precipitada hacia la puerta, que por supuesto se mantiene abierta día y noche. Ya he tenido que salir corriendo tres veces: el 19 y el 20, y especialmente ayer por la mañana a las 5:30, cuando oí el estruendo espantoso, mucho más fuerte de lo habitual, y huí ignominiosamente, descalzo, al callejón. Fue la peor conmoción que hemos tenido desde la del 13, que derribó un viejo muro en el edificio contiguo al hotel y obligó a muchos de los que habían tenido la valentía de regresar a sus casas. (p. 205)

Sábado, 29 de agosto.

Hemos recibido noticias por barco de vapor de los pueblos costeros a gran distancia al norte y al sur de Arica, y tenemos información segura de que el terremoto se sintió con mucha intensidad a lo largo de una costa de más de 3200 kilómetros, desde Casma en Perú, a unos 1120 kilómetros al norte de Arica, hasta Valdivia en Chile, 2250 kilómetros al sur. Arequipa, la segunda ciudad del Perú (a 112 kilómetros tierra adentro desde Islay), con una población de 40 000 habitantes, está total y completamente en ruinas; y se dice que los muertos se cuentan por miles. Se consideraba una de las ciudades más sólidas del mundo, construida especialmente para resistir terremotos, con los muros de las casas construidos con grandes bloques de piedra y los techos abovedados con sólida mampostería. Y, sin embargo, nos enteramos de que tres cuartas partes de los edificios se han derrumbado, incluso la gran Catedral, considerada la más hermosa de Sudamérica, y los que aún se mantienen en pie están tan deteriorados e inseguros que probablemente tendrán que ser demolidos. (pp. 205-206)

No puedo comprender cómo Tacna ha sobrevivido con tan pocos daños. Los lugares que más han sufrido están a nuestro alrededor, y sin embargo, solo hemos sobrevivido con la ruina de algo debajo de cien casas antiguas. Quizás la peculiar construcción de las casas, cuyos pisos superiores están construidos completamente con entramado de madera o de chincha (véase pág. 182), haya sido la causa de su salvación. Afortunadamente, no hay grandes edificios públicos en la ciudad como los que quedaron completamente destruidos en Arequipa.

La pérdida de vidas directamente causada por el terremoto ha sido, por supuesto, muy grande, especialmente en Arequipa, Moquegua, Arica, Iquique y Tarapacá. Se ha estimado en hasta 50.000 a lo largo de las costas de Chile y Perú, pero es imposible hacer una

estimación precisa hasta que tengamos noticias de las vastas zonas del interior de Perú y Bolivia.

Afortunadamente, el gran temblor final que causó la mayor parte de la devastación estuvo precedido durante varios minutos por movimientos relativamente leves, lo que dio suficiente aviso y tiempo para escapar de las casas peligrosas.

También es cierto que la pérdida de vidas habría sido mucho mayor si el terremoto hubiera ocurrido una o dos horas más tarde, cuando la oscuridad habría agravado enormemente los horrores de la catástrofe. Hubo muy pocos accidentes mortales en Tacna. (p. 206)

TACNA A LA PAZ Y TIAHUANACO

3 DE SEPTIEMBRE AL 11 DE OCTUBRE DE 1868

Jueves, 3 de septiembre. Tacna.

Como ya no tenía excusa para pasar más tiempo en Tacna, le dije a Ramón Suárez, el arriero con quien había contratado el transporte de mí y mi equipo de viaje a La Paz, que tuviera sus cuatro mulas y su mozo listos en mi puerta a las 4 de la tarde del jueves 3. Como ya se mencionó, me proporcionará dos mulas de silla, una de carga y un animal de repuesto para que me lleve por el altiplano boliviano hasta La Paz, desviándome hacia el sur hasta el extinto volcán Sajama, por la suma de $125.00. Yo pagaré todos los gastos de viaje, tanto de hombres como de animales, y tengo la opción de dedicar veinte días al viaje si así lo deseo.

Pasé la mañana haciendo visitas de despedida a mis amigos, ajustando mis cuentas y haciendo algunos arreglos financieros necesarios con Don José Prohias, quien muy amablemente actuó como mi banquero, y salí de Tacna después del almuerzo.

Sábado, 5 de septiembre. Paso de Guavalillos.

Pasé la mayor parte de la noche despierto con palpitaciones y una extraña sensación que solo puedo describir como mareo (probablemente resultado de masticar coca), hasta la madrugada, cuando un pequeño y enérgico terremoto arruinó cualquier esperanza que pudiera tener de dormir una o dos horas antes del amanecer. Eran las 7 de la tarde cuando estábamos listos para partir desde el bastante anodino Ingenio de Palca. Lo encontré notablemente cálido y confortable durante varios kilómetros mientras ascendíamos por el tortuoso camino hacia Tacora. Había hermosos arbustos y flores y muchos pájaros pequeños, lo cual, considerando que debíamos estar a más de 10.000 pies sobre el nivel del mar, era bastante curioso. (p. 207)

Pasamos por tres torres funerarias de los incas, llamadas «chulpas», construidas de adobe (una mezcla de barro y estiércol de ganado) de forma rectangular, abiertas en la parte superior, de unos 15 o 20 pies de altura, con pequeñas aberturas de forma triangular a nivel del suelo, apenas lo suficientemente grandes para admitir el cadáver del ocupante, y exactamente orientadas al sol naciente. (pp. 207-208)

Viajamos hacia el norte y a las cinco avistamos el tambo, que a poca distancia parece una roca negra que ha rodado por la ladera de la montaña. Creo que se llama «Tambo de Chipicani».

El dueño del tambo, un joven español, me dio el único dormitorio que tenía, con dos bancos de adobe que hacían las veces de camas, pero sin ningún otro mueble, y hacía un frío glacial.

La temperatura en mi miserable habitación llena de humo era de dos grados bajo cero, así que hice la cama a las nueve y me acosté para entrar en calor. En cuanto me acosté, sufrí fuertes palpitaciones.

Domingo, 6 de septiembre. Tacora.

Tras una noche desastrosa, me levanté muy temprano con un terrible dolor de cabeza y dolores reumáticos en hombros y espalda, lo que me obligó a abandonar toda idea de escalar montañas. Mariano también había estado sintiendo los efectos de la soroche[76], pero ahora sangraba por la nariz, lo que probablemente pronto aliviaría los dolorosos síntomas de la cabeza. Mi pulso latía a cien por hora.

Salimos del pequeño y destartalado Tambo de Chipicani a las siete y el patrón tuvo la amabilidad de regalarme una perdiz serrana gorda y hermosa que había golpeado en la cabeza con una piedra. Viajamos hacia el sol naciente, y tanto Mariano como yo nos sentimos mucho mejor a medida que la mañana se hacía más cálida.

No vimos a nadie en todo el día, y hasta donde alcanzamos a ver en kilómetros a la redonda, no había señales de viviendas en la vasta llanura. Pero ahora, a cierta distancia al norte, divisábamos una gran bandada de llamas o alpacas que aparentemente pastaban, y, por supuesto, sabíamos que debía haber indígenas a su cargo. Así que envié a Mariano a preguntar si había algún refugio cerca antes del anochecer, y él galopó rápidamente,

[76] Nota original: Mal de montaña.

desapareciendo de la vista entre los arbustos en su pequeña mula, dejándome a mí solo para que me las arreglara como pudiera con la mula de carga y la vieja madrina.

A su regreso, Mariano informó que aproximadamente una legua más adelante encontraríamos un río que tendríamos que vadear, y un poco más allá encontraríamos unas chozas aymaras, donde posiblemente podríamos refugiarnos para pasar la noche. (p. 208)

Apuramos a los animales al máximo, pues ya oscurecía, y pensé que nunca había sentido un viento tan gélido. Tras cruzar un gran depósito de sal blanca y sucia, y un terreno pantanoso y difícil, llegamos a un arroyo que apenas merecía ser llamado río, en el que ya se había empezado a formar hielo cerca de cada orilla. Al vadearlo encontramos un terreno arenoso y ondulado, y Mariano comentó que al principio de un pequeño valle arenoso veía chozas indígenas. No pude distinguir nada más que unas grandes rocas negras con algunos objetos parecidos a grandes colmenas agrupados a su alrededor, salpicando las laderas del valle. El viento soplaba sin piedad sobre las dunas, más frío que nunca, y nos apresurábamos a buscar refugio cuanto antes, cuando, para mi gran sorpresa, oí gritos apasionados, como de un niño en apuros, que provenían de detrás de una mata de hierba alta, donde encontré a un niño indio horriblemente sucio, vestido únicamente con un miserable trapo viejo, usado como un poncho, con el que el viento se tomaba muchas libertades. El pobre niño sufría muchísimo, así que pensé que lo mejor sería enviar a Mariano a buscar gente de las chozas lo más rápidamente posible, mientras yo desmontaba y hacía lo que podía para protegerlo del viento, y no pasó mucho tiempo antes que Mariano regresara con dos mujeres, en cuyas manos dejé con mucho gusto al pobre niño. (pp. 208-209)

Al acercarnos a las cabañas, cabalgamos entre una bandada de alpacas y llamas que se habían acomodado para descansar y rumiar durante la noche. Al pasar, todas se levantaron solemnemente de sus lechos de arena, que ya habían calentado, como para saludarnos, y volvieron a acostarse tranquilamente en cuanto pasamos. Me dio un vuelco el corazón al ver en qué clase de lugar tendríamos que pasar la noche. Las cabañas de los aymaras estaban apiñadas indiscriminadamente en un desierto completamente árido de arena y grava, del que las llamas y alpacas habían arrancado toda brizna de vegetación hacía tiempo.

Hay en total ocho cabañas, techadas con paja basta, de planta ovalada, con gruesos muros de adobe inclinados hacia adentro, sin ventanas ni puertas. El único acceso al interior es un agujero a media altura del muro, que también sirve de chimenea para escapar del humo acre de las hogueras de estiércol de llama. (p. 209)

Mariano, que habla aymara[77] con fluidez, le preguntó a una vieja bruja dónde podríamos refugiarnos para pasar la noche, y ella le aconsejó que se quedara con la cabaña más grande y bonita, que estaba desocupada. Pronto descargamos las mulas y trabamos a la vieja yegua madrina, dejándolas que se las arreglaran solas, ya que no se podía hacer nada mejor -lo último de nuestra alfalfa que habíamos traído de Palca se terminó esta mañana-. Entonces trepé con dificultad hasta el agujero en la pared de nuestra cabaña y me adentré con las piernas hacia adelante en el oscuro interior; y al pisar algo redondo que rodó bajo mis pies,

[77] Nota original: Lengua de los indígenas aymaras, quienes originalmente ocuparon todo el territorio denominado "El Collao", incluyendo las regiones que rodean el lago Titicaca hasta el norte de Cuzco, en Perú, y extendiéndose hasta la parte central de Bolivia.
Fueron conquistados hace mucho tiempo por los incas, una tribu originaria del norte de Cuzco, cuya lengua se llama quichua, y que ahora ocupan el territorio aproximadamente hasta Puno, en la orilla sur del lago, donde se entremezclan ambas lenguas.

caí pesadamente en medio de un montón de ollas. Al encender la luz, encontré, además de las ollas, algunas bolsas de lana de alpaca, ovillos de soga (cuerda hilada con lana de llama), un poco de carne seca y dos enormes tambores rotos, toscamente construidos, colgados en la pared. Nada podía superar la miseria de este sombrío interior, al que ahora arrastrábamos nuestros sacos, petacas, alforjas y sillas de montar, levantando un polvo asombrosamente fino y asfixiante que temía no estar limpio. Sin embargo, preparé mi cama, y mientras Mariano iba a preparar un chupe en la tienda de la anciana, me acosté, muy agradecida por cualquier tipo de refugio del viento feroz. A su debido tiempo, Mariano regresó con un niño aymara con una olla de chupe humeante bien sazonado con cebolla y ajo, y una hierba dulce que llamaban «orégano», que creo que es mejorana silvestre. El Indiocito, como lo llama Mariano, nos informó que la choza pertenece a su tío, quien está de viaje, y temí que pudiera tener la idea de compartirla con Mariano y conmigo esta noche. Llevaba un gorro de dormir de lana con orejeras, una camisa áspera y ajustada de lana de llama, y pantalones que le llegaban casi al tobillo, pero abiertos hasta la rodilla, un poncho corto y harapiento sobre los hombros, y sandalias de cuero, pero no tenía zapatos ni medias. Llevaba el pelo negro trenzado en varias coletas largas, y la suciedad lo cubría todo. (pp. 209-210)

Pero pronto se fue y nos acostamos, temblando de frío, pues la temperatura en nuestra cabaña apenas superaba los cero grados, y como sentí los peores efectos de la soroche en cuanto me acosté, dormí poco o nada hasta la mañana siguiente, después de que Mariano fuera a buscar las mulas.

Lunes, 7 de septiembre.

Cuando Mariano salió temprano por la mañana a buscar las mulas, le dije que me llamara en cuanto las encontrara y dormí profundamente una o dos horas hasta que me despertaron los rayos del sol que se filtraban por el agujero en la pared de la cabaña.

Temiendo que algo hubiera salido mal, ya que aún no había señales de Mariano, salí a buscarlo y me encontré tambaleándome y mareado, con la sensación de que se me salían los ojos de las órbitas, además de otros síntomas angustiosos que he experimentado durante los últimos dos días, pero que ahora se han agravado tanto que no puedo hacer ni el más mínimo esfuerzo. (p. 210)

¡Esto es soroche en toda regla! Y lo peor es que no puedo hacer más que esperar con cierta ansiedad el regreso de Mariano con sus bestias, ya que estoy completamente indefenso sin él y sin ellas mientras dure este maldito mal de montaña.

Hacía mucho frío en la cabaña, pero estuve sentado tranquilamente afuera, bajo el agradable sol, tomando notas. Hasta la tarde, al ver a dos ancianas, las únicas personas que he visto hoy, intenté obtener información de ellas, pero como no sabían español y yo solo unas pocas palabras de aymara, no logré sacarles nada, salvo unos cuantos palos de leña y una olla de agua para hacer café, lo cual no pude hacer esta mañana. Asé la perdiz que me había regalado el patrón del Tambo de Chipicani, pero no pude comerla. Tomé la temperatura del agua hirviendo (192,8° C).

Afuera, bajo el sol, donde había encendido la fogata, el calor era bastante sofocante, mientras que dentro de la cabaña la temperatura era de solo 37° C, y el agua que había dejado en la tetera durante la noche estaba congelada esta mañana. Mientras cocinaba, las dos ancianas se agacharon en la arena, una detrás de la otra, y comenzaron esa práctica

repugnante y asquerosa, tan común entre los indígenas y salvajes de América del Norte y del Sur: buscar y comer piojos de la cabeza. (Es tan repugnante que no me gusta escribirlo en inglés). Me dicen que en la Sudamérica tropical se supone que cura la oftalmía.

¡Era horrible pensar que el agua con la que preparé mi café había estado en su cabaña toda la noche, y que probablemente habían metido sus horribles dedos en ella!

Pero el viajero en regiones tan remotas como esta no debe ser demasiado delicado. Debe cerrar los ojos ante muchas cosas desagradables y no ser demasiado curioso en cuanto a la preparación de su comida, y así comerá su pedacito de tierra una y otra vez a lo largo de un año de viaje, sin sufrir ninguna molestia.

Terminado este abominable asunto, las dos mujeres procedieron a cerrar la entrada de su choza con piedras, como veo que hicieron todas las demás, supongo que para evitar que los perros y yo entráramos, y luego se fueron valle abajo del riachuelo. En mi mapa descubro que ahora estoy en Bolivia, tras haber cruzado la frontera desde Perú ayer. (p. 211)

[…]

AREQUIPA A QUILCA, TACNA Y DE VUELTA

10 DE ENERO AL 15 DE MARZO DE 1869

Ya he descrito de forma muy breve e inadecuada la devastación que el gran terremoto del 13 de agosto de 1868 causó en la otrora hermosa ciudad de Arequipa, tal como la presencié cinco meses después del suceso.

La destrucción de la ciudad no fue tan completa como la de Arica, que, tras ser devastada por el terremoto, fue casi completamente arrasada y arrasada por la posterior irrupción del mar en una larga serie de tremendas olas sísmicas que apenas dejaron ruinas visibles.

En Arequipa, la destrucción era mucho más evidente, con las numerosas ruinas de calles, iglesias y edificios públicos que aún permanecían en pie, entre montones de mampostería rota, gran parte de la cual provenía de la demolición de muros y edificios peligrosamente tambaleantes, una obra que aún continuaba mientras estuve allí.

Los relatos que me dieron los Ryder y sus amigos sobre la terrible condición de la ciudad, y las privaciones, ansiedades y terribles experiencias de quienes, por alguna razón, no pudieron escapar al campo, fueron verdaderamente repugnantes. El hedor que emanaba de la gran cantidad de cadáveres enterrados bajo las casas derruidas era casi insoportable después de los primeros dos o tres días para quienes se dedicaban a rescatar a los vivos y desenterrar a los muertos. Y el destino de los muchos desafortunados que aún vivían, enterrados con los muertos bajo las ruinas, fue indescriptiblemente horrible; sus sufrimientos se intensificaron por el horror añadido de los ataques de ratas hambrientas y por los incendios latentes en los escombros, que la destrucción de los cursos de agua hizo imposible de extinguir. (p. 287)

Una de las angustias que agobiaba a quienes se vieron obligados a permanecer en la ciudad mientras persistían los temblores fue el temor y la expectativa constantes de una erupción del Misti, el enorme volcán que parecía amenazar a Arequipa con la destrucción que asoló Pompeya y Herculano, especialmente cuando, la noche del terremoto y seis días después, el relativamente insignificante pero no muy lejano volcán Candarave estalló violentamente,

cuyo reflejo en el cielo nublado aterrorizó tanto a los arequipeños como a quienes lo presenciaron, como yo, desde Tacna. (pp. 287-288)

Fui el afortunado y muy agradecido huésped del Sr. Ryder desde el 10 de enero (al día siguiente de mi llegada del lago Titicaca) hasta el 17, cuando partí de la ciudad hacia Quilca, un pequeño puerto marítimo que, según se decía, aún se mantenía a salvo del terrible azote de la fiebre amarilla que asolaba la costa del Pacífico.

Como Islay, el puerto habitual de Arequipa, era uno de los focos de infección más mortíferos, se cortó toda comunicación entre este y la ciudad, y los vapores de la Compañía de Navegación a Vapor del Pacífico dejaron de hacer escala allí.

Se creía que Quilca, donde los vapores de la Compañía no habían dejado de hacer escala, ofrecía una posibilidad de escapar de la costa. Pero no había certeza al respecto, y el brote de fiebre en el pequeño puerto, tan gravemente afectado por terremotos e inundaciones como Arica, podría cualquier día cortarle la comunicación marítima, como había ocurrido en Islay.

Fui recibido con gran amabilidad por el Sr. Ryder y su hermano, quienes, me temo que con grandes inconvenientes personales debido a la disminución de su alojamiento a causa del terremoto, nos trataron a mí y a sus demás huéspedes con la mayor amabilidad y hospitalidad posibles.

A sugerencia suya, acordé compartir los gastos del costoso viaje de dos días en caballos de silla y de carga a través del desierto hasta Quilca, con otro de sus huéspedes, el Sr. Schultze, un agente comercial suizo que tenía asuntos que atender en Tacna.

No tuvimos dificultad en conseguir arrieros y caballos, ya que el cierre de la ruta de Islay había liberado a muchos de los que se habían empleado en el tráfico entre Arequipa y su puerto marítimo, a la espera de la finalización del ferrocarril Arequipa-Islay. (p. 288)

Solo llevábamos tres caballos de equipaje entre nosotros, lo que con nuestros caballos de silla en circunstancias normales solo requeriría cinco caballos, pero como viajar por el desierto arenoso —para lo cual los camellos serían más adecuados que los caballos o las mulas— es extremadamente difícil para los animales, se necesitaría un número igual de caballos de repuesto. Y cuatro arrieros o peones montados, que serían absolutamente necesarios, requerirían dos cada uno, lo que elevaría el número total de caballos a 18.

El viaje de 70 u 80[78] millas tendría que hacerse en dos días, ya que solo hay una posta donde se puede conseguir agua, y por esta razón se prefieren los caballos, al ser más rápidos, a las mulas en esta ruta.

Salimos de Arequipa el domingo 17 de enero. El día anterior había llegado la noticia de Quilca de que el vapor de la Compañía P.S.N. que iba al norte se había detenido en la rada para comunicarse con el agente de la Compañía y había desembarcado algunos pasajeros, pero no se dijo ni una palabra sobre el desembarco de gente de la costa. Y cuando los Ryder, que nos habían acompañado por los suburbios para despedirnos, se despidieron de nosotros, nos desearon «au revoir» en lugar de «a Dios», ya que dijeron que esperaban vernos de regreso en unos días.

[78] Nota original: La distancia en línea recta desde Arica a Quilca es de 80 millas según el mapa del Gobierno boliviano y 70 según el de Markham.

Algunas millas más allá de las afueras irrigadas y cultivadas de la ciudad, salimos a un desierto arenoso y sin agua en el que no se veía una planta ni una brizna de vegetación de ninguna clase, y los caballos que habían comenzado a trote rápido pronto cogieron su ritmo en la arena suave y caliente: una especie de paso que los arrieros llaman «medio paso», fácil y agradable tanto para el caballo como para el jinete. (p. 289)

[…]

Pronto estuvimos en mar abierto, expuestos a la extensión de las largas y perfectamente lisas olas del Océano Pacífico, con la balsa subiendo y bajando con un movimiento suave y constante. Afortunadamente para nosotros, no había ni una brisa, pues si hubiera habido mar embravecido, la balsa, con su carga y pasajeros, habría sido arrastrada por el agua. (p. 295)

No habría sido una experiencia desagradable para alguien inmune al mal de mer, si bien tampoco estaba ansioso. La larga costa estéril con su franja de rompientes blancas que se perdían en la distancia, la inmensa extensión de enormes olas que brillaban bajo el sol abrasador, y los vuelos de innumerables aves marinas, que me alegró ver que habían regresado a la costa tras haber sido ahuyentadas por el terremoto, eran muy interesantes, mientras que el suave movimiento de la balsa subiendo y bajando sobre las largas olas era bastante placentero y placentero. Pero, por desgracia, para el pobre Herr Schultze, cuyos sufrimientos sin duda se vieron agravados por sus dos días de ayuno, ¡no pude hacer absolutamente nada para ayudarlo! (pp. 295-296)

Permanecimos en la ruta del vapor, a una milla aproximadamente de tierra, durante más de tres terribles horas sin ver rastro alguno, y temí sinceramente que Schultze muriera antes de su llegada.

Pero finalmente, alrededor de las cuatro, su humo apareció en el horizonte noroeste, y una hora más tarde, durante la cual estuve en una penosa y ansiosa espera, se detuvo a la altura de la voz, y recibimos órdenes de acercarnos al vapor, que resultó ser el Paita.

Con gran inquietud, entregué nuestros pasaportes y los pases del agente al sobrecargo, quien, sin embargo, se negó rotundamente a aceptar pasajeros sin órdenes del capitán, a quien le entregó nuestros documentos, quien enseguida apareció en la pasarela preguntando qué le pasaba a «mi amigo bajo el poncho».

Para mi gran sorpresa y profundo alivio, reconocí en el capitán a mi muy buen amigo, el capitán Williams, ex miembro de la SS. Valparaíso, con quien había navegado de Valparaíso a Ancud y de regreso hacía unos ocho meses.

Tuvo la amabilidad de decir que estaría encantado de volver a tenerme como pasajero, y aceptó de inmediato mi afirmación de que el señor Schultze solo sufría mareos y los efectos de la intemperie en la travesía por el desierto desde Arequipa.

Y como nuestros pasaportes estaban en regla y los permisos de embarque que nos había dado el agente de la Compañía eran explícitos e incuestionables, subieron nuestro equipaje a bordo, pero Schultze, que estaba casi desmayado, tuvo que ser subido por la escala de la pasarela. A petición del capitán Williams, el sobrecargo le asignó un camarote en cubierta al inválido, y yo con mucho gusto lo puse al cuidado del médico del barco.

Y así terminaron —más felices de lo que me había atrevido a esperar— tres días de constante y angustiosa ansiedad. Me mantuve despierto con dificultad durante la cena en la mesa del Capitán, y después de una hora de fumar y charlar con él en el puente, me fui a la cama muy temprano y dormí hasta que me despertó el ruido del cable de la cadena cuando anclamos en la Bahía de Arica, ya que había estado prácticamente sin dormir durante dos noches. (p. 296)

DE NUEVO EN ARICA

20 de enero.

El aspecto de la ciudad en ruinas había cambiado poco desde que la abandoné el 15 de agosto, dos días después de su destrucción por el terremoto y la abrumadora inundación del mar. Se habían erigido algunos edificios temporales con estructura de madera y chapa ondulada para servir de oficinas a funcionarios del gobierno estatal y local, así como a las compañías ferroviarias y de barcos de vapor. También había algunas tiendas, cobertizos y almacenes.

Pero, al parecer, no se había hecho nada para reconstruir las calles residenciales, y los habitantes que quedaban seguían viviendo en la ladera del cerro Moro, donde las tiendas de campaña y los refugios improvisados con alfombras, etc., que había ayudado a levantar al día siguiente de la catástrofe, fueron reemplazados por cabañas más sólidas de madera y hierro.

El gran buque de guerra peruano América, naufragado, y los restos destrozados del magnífico barco inglés Chañarcillo yacían donde las olas del terremoto los habían dejado, altos y secos en la orilla arenosa de la bahía, y más tierra adentro, el U.S.S. El Wateree, un

cañonero de fondo plano, yacía completamente erguido entre las dunas de arena, aún con la bandera de las barras y estrellas. Como se encuentra prácticamente ileso, se espera reflotarlo excavando un canal para acceder a él desde el mar.

El capitán Gillis, quien tan amablemente me había desayunado a bordo de su barco varado la segunda mañana después de que se encontrara en la arena, había dejado el Wateree con toda la tripulación, excepto una guardia de infantería de marina para mantener la bandera ondeando.

De los pocos barcos en la bahía, algunos estaban en cuarentena con la bandera de Yellow Jack, y tuvimos que esperar hasta bien entrada la tarde para obtener pratique.

Me despedí del capitán Williams, de quien había recibido tanta amabilidad en los tres viajes que he hecho con él, y desembarqué en el primer bote de tierra que se le permitió acercarse, con el señor Schultze y el médico, quien me dice que Schultze sin duda sufre de insolación. Llevamos al enfermo y todo nuestro equipaje a la estación de tren, parcialmente restaurada, y lo dejé a cargo del médico mientras visitaba al Sr. Nugent, el cónsul británico, a quien le había dejado unos documentos antes de partir hacia el interior.

Me aconsejó encarecidamente que me alejara de esta región azotada por terremotos y fiebres lo antes posible, y me dio un relato espantoso de la terrible rapidez de los ataques y la naturaleza mortal de la fiebre en algunos pueblos costeros, e incluso aquí en Arica, donde ya se habían dado algunos casos de rápida muerte. (p. 297)

Me contó que ayer mismo un soldado peruano había sido fusilado por un acto de horror indescriptible, relacionado con el entierro de los muertos, que ahora está bajo control militar directo del Gobierno. Viajé con Schultze a Tacna en el tren de la tarde y entregué a

mi desafortunado, pero muy agradecido, compañero de viaje a unos amigos alemanes a quienes había telegrafiado para que lo esperaran en la estación. Sentí una profunda pena por el pobre hombre, que estaba tan aturdido por los dolorosos síntomas de la cabeza que apenas pudo balbucear unas palabras de despedida.

Regresé a mi antiguo alojamiento y me alegré de encontrar mis antiguas habitaciones del hotel desocupadas. Me dijeron que muchas personas que podían permitirse irse —entre ellas la mayoría de mis amigos de Tacna— habían huido de la ciudad al aparecer la primera fiebre amarilla en Arica.

En la oficina de correos encontré cartas de Inglaterra y Estados Unidos que me obligaban a regresar a Londres lo antes posible y a abandonar el ambicioso proyecto que me había trazado de visitar las dos repúblicas del norte de Sudamérica (Ecuador y Colombia), además de Centroamérica, México y California, regresando a Europa vía Japón, China, India y Egipto.

Permanecí en Tacna hasta el jueves 28 de enero, un día antes de la llegada a Arica del próximo vapor de la Compañía P.S.N. que navegaba hacia el norte. Mi tiempo estuvo completamente ocupado con la correspondencia, redactando notas de viaje más completas a partir de memorandos fragmentarios y reempacando pieles de aves, nutrias y focas, y curiosidades de las pampas argentinas, la Patagonia y Chile, que había dejado en el hotel antes de dirigirme a La Paz; así como mi tienda de campaña, silla de montar, alforjas, rifle y las pocas curiosidades que había recogido durante mis viajes más recientes.

La adición más interesante a mi colección fue un martillo de piedra acanalado, del conocido modelo de la Edad de Piedra, con mango incorporado, que había visto usar a un

indio aymara para romper terrones en un campo cerca de Puno. Lo compré por unos pocos reales y me sentí muy afortunado de haber visto un instrumento de la Edad de Piedra en uso, sobre todo porque parecía resolver la cuestión del método para sujetar las cabezas acanaladas de los martillos a sus mangos, es decir, sujetándolas con correas de cuero crudo contra los lados, en lugar de en los extremos de los mangos, donde, al no haber un agujero en la piedra para fijar el extremo del mango (como en el caso de una almádena de hierro), sería imposible sujetarlos con suficiente firmeza. (p. 298)

Diariamente llegaban noticias de Arica de que la fiebre amarilla estaba aumentando en virulencia en la costa, y aunque no había aparecido ninguna notificación oficial en Tacna, era bien sabido que ya se habían dado algunos casos sospechosos en la ciudad. (pp. 298-299)

Un día, mientras estaba en la oficina de correos, oí un gemido horrible y otros ruidos muy angustiosos en la calle. Había algunas personas en la calle, contenidas por una serena de un niño pobre, que se aferraba con ambas manos a los barrotes de hierro de la ventana de la oficina, evidentemente sufriendo una agonía extrema, mientras un hombre —presumiblemente su padre— parecía intentar soltarse de los barrotes. El desafortunado muchacho debió de enfermarse de forma terriblemente repentina, pues yo no había notado nada inusual al llegar a la oficina apenas unos minutos antes.

Trajeron rápidamente una camilla y llevaron al pobre niño, sufriente, terriblemente acalambrado y contorsionado, al hospital; ¡la gente en la calle parecía rehuir acercarse a él! Fue un incidente extremadamente doloroso y, considerando la naturaleza del peligro que amenazaba al pueblo, aterrador.

Nuestras ansiedades aumentaron aún más esa tarde cuando el pregonero, con su escolta de cornetas y tambores, leyó en las esquinas una proclama que anunciaba que la comunicación con Arica y la costa se suspendería parcialmente el 28, al día siguiente, cuando solo se otorgarían permisos para salir de la ciudad, y que a nadie se le permitiría entrar a Tacna desde Arica ni la costa después.

Así que parecía estar completamente atrapado en la trampa de la fiebre, tras haber saltado del conflicto Arequipa-Quilca al mucho más peligroso conflicto Tacna-Arica.

El Sr. Nugent, el cónsul de Arica, me había dicho que le parecía muy improbable que el P.S.N. Los vapores de la Compañía aceptarían pasajeros de Arica, incluso si continuaban haciendo escala allí, y ahora tenía que elegir entre quedarme indefinidamente en Tacna hasta que pasara la fiebre o correr el riesgo de ser internado en las ruinas ya gravemente infectadas de Arica, donde, hasta donde yo sabía, no había hotel ni tambo disponibles para viajeros, pero donde, con suerte, podría encontrar la oportunidad de abandonar la costa por mar.

Ya había empacado y cerrado mis cajas y cajones, y no me quedaba más remedio que preparar mi equipaje personal, y decidí —en gran medida por razones económicas— afrontar el evidente riesgo de dejar Tacna sin posibilidad de regresar y arriesgarme en Arica. (p. 299)

Salí finalmente de Tacna a las 9:00 a. m. del jueves 28 de enero, llegué a Arica temprano por la mañana y, dejando mis maletas y equipaje en la estación, me dirigí directamente al Consulado. El Cónsul Nugent no se alegró en absoluto de volver a verme. Me aconsejó que bajo ningún concepto fuera al edificio temporal que servía de hotel, ni que pasara la noche

en tierra, ya que, según él, perjudicaría gravemente mis posibilidades de ser recibido en el vapor. Insistió en que mi única posibilidad era bajar todas mis cosas a tierra para esperar las lanchas que llegaban de buques que no estaban en cuarentena en la bahía, y conseguir que una de ellas me llevara a bordo para pasar la noche, o quizás más tiempo. (pp. 299-300)

En consecuencia, regresé a la estación y, con gran dificultad, logré transportar todo al embarcadero de las lanchas, que por alguna razón no utilizaban el muelle ni lo que quedaba de él.

Las tripulaciones de una o dos embarcaciones a las que me dirigí no contaban con nadie competente para coordinar mi viaje, y ya empezaba a desesperar de tener éxito, cuando el cónsul apareció en escena con el capitán del magnífico barco inglés Centurion, fondeado en la bahía, a quien me presentó. Ya le había explicado mi incómoda situación al capitán Harrison, quien había accedido a alojarme a bordo de su barco para pasar la noche y, de ser necesario, algunos días más, hasta que zarpara hacia Honolulu (en las Islas Sandwich), o si yo lo deseaba, incluso estaría encantado de llevarme como pasajero en el viaje hacia ese interesantísimo grupo del Pacífico medio. Había desembarcado en su bote, pero ahora regresaba al barco, prometiendo enviar uno de sus botes más grandes para recogerme a mí y a mi abultado equipaje.

El cónsul Nugent tuvo que regresar al consulado. Se interesó por mis dificultades y me ayudó de todas las maneras posibles en un momento en que sus propias ansiedades y responsabilidades debieron ser muy pesadas, y no podía agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por mí. (p. 300) (**Fuente:** Stevenson, F. J. (1930)).

4.1.23. J. W. Sloan (1868)

Breve biografía:

Religioso protestante que viajó por la costa sur andina en el siglo XIX como parte de su labor misionera. Sus desplazamientos por la región estuvieron ligados a la difusión de textos bíblicos y actividades evangelizadoras entre comunidades portuarias y poblaciones del interior, siguiendo la línea de las sociedades bíblicas anglosajonas activas en Sudamérica.

Descripción:

LA SUDAMERICANA

Revista Misionera

1 DE SEPTIEMBRE DE 1868

ARICA Y TACNA - PERÚ

Nuestros lectores saben que estos lugares se han convertido recientemente en estaciones de la Sociedad Misionera Sudamericana, y que el Rev. J. W. Sloan, Licenciado en Derecho, ha sido nombrado Capellán Misionero de las comunidades de habla inglesa. En nuestro último número (página 98) informamos que el Sr. y la Sra. Sloan llegaron sanos y salvos a Arica el 9 de marzo; ahora podemos brindar más información sobre su nuevo lugar de residencia y ámbito de trabajo. Durante algunos meses, o incluso años, no podemos anticipar grandes resultados. Mucho se logrará con la perseverancia en el bien, mediante la adopción sabia, seria y pronta de los mejores medios, con una confianza serena y fiel en el poder y la bendición de Dios. Si bien nuestros lectores no esperan recibir noticias apresuradas de tales resultados, estamos seguros de que estarán encantados de recibir toda la información que

nuestro excelente corresponsal pueda brindarles, tanto sobre su nuevo hogar como sobre su obra cristiana. En cuanto a las estaciones, recordamos a nuestros lectores (según el informe del Dr. Hume) que:

Arica y Tacna, aunque artificialmente se encuentran en Perú, están naturalmente en Bolivia; es decir, están situadas en una estrecha franja de tierra que debería haber formado parte de Bolivia cuando los países se dividieron. Las ciudades están conectadas por un ferrocarril de 60 kilómetros de longitud, y el desierto las separa. Cerca de la costa, la fiebre es ocasional, pero hay dos hermosos valles a orillas de los ríos, que producen casi todas las variedades de frutas tropicales y ofrecen un agradable cambio. Tacna es un pequeño y encantador lugar, un oasis de unas 400 hectáreas en medio de la aridez; y la nieve de las Cordilleras se puede ver desde sus calles o desde sus jardines repletos de una rica vegetación tropical. La población de Arica es de unos 4000 habitantes, y la de Tacna, de 10 000. (p. 125)

El Sr. Sloan escribe:

«Llegamos a nuestro destino el 9 de marzo, tras despedirnos de la señorita Meyer, a quien dejamos de buen humor y capaz de cuidarse sola, tras haber progresado mucho en inglés y haber adquirido confianza en su uso. Desembarqué solo a las 9, tras recibir un mensaje del Sr. Nugent para que viniera a desayunar. Me recibió muy amablemente. Después, desembarcó todo mi equipaje y me lo guardó. Luego me fui y lo bajé todo a tierra; el capitán me permitió usar su bote y nos acompañó. Nos alojamos en el hotel de Arica para pasar la noche y el martes partimos en tren a Tacna. La descripción del Dr. Hume de la línea de ferrocarriles es perfectamente correcta: un desierto de arena yermo, aquí y allá los huesos blanqueados de alguna mula pasada de peso, de cuyo cadáver se han dado un festín

los buitres, y numerosas botellas de cerveza vacías arrojadas desde las ventanas de los vagones por viajeros sedientos. El viaje de Arica a Tacna, y viceversa, es... Soporífero y monótono. El resplandor del sol se ve impedido por unas pequeñas celosías, pero ningún artificio impide la entrada del polvo, que pronto se hace visible y tangible en la ropa y en la persona». (pp. 125-126)

«En Tacna me recibieron con la misma amabilidad que al desembarcar en Arica. Nos alojamos en el Hotel Americano hasta que pudimos conseguir una casa. Logramos conseguir una pequeña al final de la Alameda, el paseo público o arboleda de álamos, que consta de cuatro habitaciones alineadas, y que se encuentran en proceso de amueblamiento. El primer domingo, 15 de marzo, fui a Arica con la intención de celebrar misa en casa del cónsul; pero al llegar, me encontré con que ya habían dado aviso para el domingo siguiente, ya que el 15 era día de vapor. Tuve la oportunidad de presenciar un domingo peruano; el día sagrado solo se conoce por el calendario, el comercio no es tan activo como otros días, pero la mayoría de las tiendas están abiertas, los dependientes están en sus escritorios; la inmortalidad del alma y el día del juicio parecen olvidados».

«Nuestro primer servicio (D.V.) se celebrará el domingo 22 de marzo por la mañana en Arica, ya que la sala de espera de la estación de tren ha sido elegida como capilla. Por lo que sé, según me informó un caballero que conoce bien a los españoles, y cuyo yerno es coronel al mando en Tacna, mi presencia, como clérigo protestante, no provocará indignación; y un militar dijo en una tienda la otra noche, refiriéndose a mi llegada: «Invitamos a los inmigrantes aquí; ¿por qué, entonces, no invitarlos a venir con toda su moralidad?»». (p. 126)

Tacna, 7 de abril de 1868.

«Desde que escribí mi última carta, se han iniciado las obras tanto en Arica como en Tacna. Mencioné en mi carta que íbamos a disponer de la sala de espera de la Estación de Ferrocarril de Arica como lugar permanente para el culto divino, y que nuestro primer servicio se celebraría allí el domingo 22 de marzo. Al llegar el domingo, me di cuenta de que habría un pequeño retraso en la obtención de la sala, ya que el asunto debía presentarse ante la Junta de Ferrocarriles, que no se reuniría antes de finales de mes. El Sr. Nugent había hecho los preparativos para el servicio a bordo de uno de los barcos de la Compañía P.S.N., «La Favorita», atracados en el puerto, y había proporcionado botes para transportar a los que quisieran ir. Asistieron dieciocho personas; varios no asistieron porque no soportaban el movimiento del barco sin marearse. Un caballero dijo ese día que había escuchado el primer sermón en inglés en veinticinco años, tras haber salido de Inglaterra hacía veinticinco años. Tal vez recuerden que también comenté que se había acordado un servicio vespertino en Tacna a las 8 p. m. después de mi llegada de Arica. Esto ha sido pospuesto por el momento por la propia gente, y tendrán un servicio matutino en domingos alternos, de modo que solo habrá un servicio en Tacna cada quince días y uno durante el mismo período en Arica. El domingo 29 de marzo, celebramos nuestro primer servicio en Tacna en la Sala del Sr. Hillmann. La asistencia fue bastante buena considerando todas las circunstancias. Quizás sepan que existe una ley vigente, promulgada en octubre pasado, fecha de la última Revolución, que prohíbe el ejercicio público de cualquier religión excepto la católica. El proyecto de ley fue presentado por el partido intolerante que había logrado incitar a la rebelión popular diciéndoles que su religión estaba siendo atacada porque un partido liberal —minoritario, pero aún poderoso— presentó un proyecto de ley para permitir la tolerancia de todas las formas religiosas: creo que fue el diputado por

Tacna quien encabezó el partido liberal. Algunas personas, por lo tanto, se muestran tímidas a la hora de ofrecer sus oraciones para el culto divino. Debido a estos impedimentos y a la distancia de mi residencia (aunque a solo quince minutos a pie del extremo del pueblo), estoy a punto de mudarme de la agradable casita que he alquilado desde mi llegada y alquilar una casa en el centro del pueblo. Pensé que la gente habría venido a la casita, que tiene una habitación lo suficientemente grande como para acomodar a nuestra congregación actual, pero la distancia es demasiado grande». (pp. 126-127)

«Quería quedarme aquí unos meses, ya que el alquiler es relativamente bajo y estamos cerca del río, para poder obtener agua gratis y ahorrarme gastos, lo que me permitiría abastecerme un poco más de lo que he podido hasta ahora. Pero veo que debo irme al pueblo, aunque la casa que voy a alquilar se considera cara: cuarenta y cinco dólares al mes. Es curioso que el dueño de la casa sea un sacerdote católico, que está informado de mi profesión y puede adivinar fácilmente por qué necesito una casa con una gran sala. Entiendo que está dispuesto a aceptarme como inquilino, aunque no creo que baje el alquiler por consideración a mi trabajo. Tengo la intención de destinar la sala más grande al culto y acondicionarla adecuadamente. No podré hacer mucho de una vez, sino que debo ir poco a poco, debido a lo caro de todo. El precio más bajo para las sillas de mimbre comunes es de 12 chelines cada una. Una mesa redonda común, que en casa vale 15 chelines, me costó 47». (p. 127)

«El domingo 5 de abril fui a Arica y descubrí que seguíamos excluidos de la sala de espera, ya que no se había recibido una orden escrita de los directores de Tacna, aunque todos habían dado su consentimiento verbal para que usáramos la sala. Recibimos servicio en la «Sala» del capitán Taylor, capitán de «La Favorita», quien reside en Arica. Entre los

asistentes se encontraban el capitán Gillis, del vapor de guerra estadounidense Wateree, y dos de sus oficiales. Creo que para el próximo domingo tendremos una orden para el uso de la sala. Lamento informarles que la fiebre amarilla está empeorando mucho en esta costa. El Wateree no pudo comunicarse con la costa del Callao debido a la prevalencia de la fiebre amarilla; y reportó setenta casos, que se dice fueron mortales en un solo día, el mismo día de su partida. Arica está libre de fiebre, y se dice que Tacna nunca ha sido afectada por la fiebre amarilla, aunque en los últimos días hemos tenido noticias de tres casos en el hospital. Esta es la época de la fiebre, el fin del verano y el comienzo del invierno. El invierno en esta latitud alcanza su punto álgido alrededor de julio. Actualmente, el termómetro marca 73° a la sombra en las casas como máximo, y 65° como mínimo por la noche. Las elecciones están en marcha y causan cierta agitación, una situación que generalmente termina en derramamiento de sangre. El Gobierno actual es solo un nombramiento temporal, realizado en octubre pasado, después de la revolución, y se elegirá un nuevo presidente. Como hay varios que aspiran a esta dignidad, se cree que habrá una lucha para resolver el caso. No se molesta a los extranjeros siempre que se mantengan en casa y no se presenten durante la contienda, aunque la construcción de las casas da testimonio de la dificultad de evitar las balas. No hay ninguna ley contra el soborno, y se dice que el dólar triunfa tanto entre civiles como militares. Se dice que se espera una revolución este mes de abril. Hemos tenido un terremoto desde nuestra llegada, pero leve». (pp. 127-128)

«Todavía no he usado nuestros himnarios; aún no hemos cantado la alabanza de Dios, ni en Arica ni en Tacna, pero espero que pronto se cante, al menos en la capilla de mi casa. Los libros de oración me han sido útiles, y quiero mencionar que es necesario que la letra sea un

poco más grande que la de los libros pequeños que saqué, porque la necesidad de proteger la habitación de los rayos del sol hace que la habitación esté muy oscura. Algunas habitaciones están iluminadas completamente desde arriba mediante un pequeño conducto. Ojalá hubiera sacado más libros de oración en español, ya que me han pedido algunos, y como solo tenía dos, me vi obligado a guardar uno para mí. La gente de aquí desconoce la religión cristiana; dicen que los protestantes son gente que protesta contra Dios, contra Jesucristo y contra todo lo bueno. Salvo por unas pocas damas que han residido mucho tiempo en Europa, quienes dicen saber inglés lo hablan muy mal, así que, hasta que no pueda hablar español, no podré comprender correctamente las opiniones de este importante sector de la sociedad, sobre el que se dice que los sacerdotes ejercen gran influencia. Creo, por una expresión de una dama española, que me fue interpretada, que los extranjeros, es decir, los ingleses y los alemanes, se han perjudicado enormemente al no haber mantenido al menos una apariencia de religión y al haber hecho algo desde hace mucho tiempo por la observancia de su práctica privada. Ella dijo: «Los protestantes son todos infieles». Ocupamos la posición más prominente como comerciantes; en consecuencia, todos nuestros defectos proyectan una sombra nefasta en proporción a nuestra elevada posición. Como es habitual, siempre que se ha presentado la oportunidad, he planteado la cuestión del Sabbath en conversaciones privadas con jóvenes, y siempre recibo las mismas respuestas desgastadas: «Trabajamos mucho durante la semana y nuestra salud requiere recreo dominical». Espero que, cuando la verdad se haya predicado un poco más entre ellos, se sientan impulsados a reflexionar sobre sus costumbres y a enmendarse». (pp. 128-129)

«En mi casa, tengo pensado celebrar el servicio vespertino, lo que quizá anime a algunos a asistir, aunque me han dicho que la cabalgata de la tarde, la cena de las seis (que termina a las 7:30) y las habituales reuniones y visitas nocturnas impedirán la asistencia de todos».

«Me alegra decir que todos gozamos de buena salud, aunque mi hijito sigue enfermo».

Tacna, 12 de abril de 1868.

«No hay mucho que contarles, pero lo poco que ha sucedido desde mi última carta puede ser interesante. Celebramos un servicio religioso en Tacna, en la Sala del Sr. Hillmann, la mañana del Viernes Santo, con una asistencia de dieciséis y catorce caballeros y dos damas. El Domingo de Pascua nos reunimos de nuevo para el culto divino en la casa del mismo caballero».

«Es muy probable que la peste azote estas zonas. Ustedes saben que la fiebre amarilla ha sido muy grave en el Callao. Según informes, hubo más de quinientas muertes durante el mes de marzo, con una distribución casi equitativa entre nativos y extranjeros. La semana pasada, una señora desembarcó en Arica y murió a los dos días de la fiebre. El domingo pasado hicimos una visita casa por casa en Tacna para ver si había casos de fiebre o si alguna casa estaba muy sucia. Esta visita el domingo no era necesaria ese día en particular y es un ejemplo de desprecio por el Sabbath. La gente de aquí generalmente teme mucho la epidemia que azota Arica y Tacna, y como la economía doméstica y las citas parroquiales, según nuestra concepción de la salud, están muy alejadas de las medidas sanitarias, existe la probabilidad de un ataque severo. El sábado pasado, a las ocho de la noche, sufrimos un fuerte terremoto y todos corrieron a la calle. Esta es la segunda vez desde nuestra llegada.

El domingo pasado tuvimos servicio religioso en Arica, en la sala del capitán Taylor, pues aún no nos permitieron usar la sala de espera». (p. 129)

«Adjunto tres vistas de Tacna y Arica. 1. Calle principal de Tacna (ver frontispicio N° 2), donde se encuentran las mejores tiendas y hoteles. La pequeña torre que se ve a lo lejos es, o lo que se pretendía que fuera, una catedral católica romana, pero durante su construcción un terremoto derribó la parte superior y la construcción se suspendió. En el centro de la calle corre un arroyo por una cuneta de unos dos pies de ancho y dieciocho pulgadas de profundidad; la cuneta confirma plenamente su nombre, y el inspector de molestias no permitiría que existiera en casa. Las calles están sólidamente pavimentadas con guijarros, con una losa de dieciocho pulgadas de ancho, que se considera el paseo de las damas». (pp. 129-130)

«2. La Alameda, un bosque de sauces que recorre toda Tacna. La imagen es mejor que la realidad. A la derecha está el río, que abastece de agua a Tacna e irriga los campos. Este río a veces es un arroyo de lodo, y el agua sabe a magnesia de lo sucia que está».

«3. Arica (ver frontispicio N° 1), lugar de desembarque. La Agencia de los Vapores es la sede del Sr. Nugent. El edificio más grande a la izquierda es el «Rustorus». La vía férrea marca el final de la línea de Arica y Tacna, y el espacio abierto es público, aunque la línea discurre por él; pero aquí la gente no corre peligro de morir atropellada por un tren». (130)

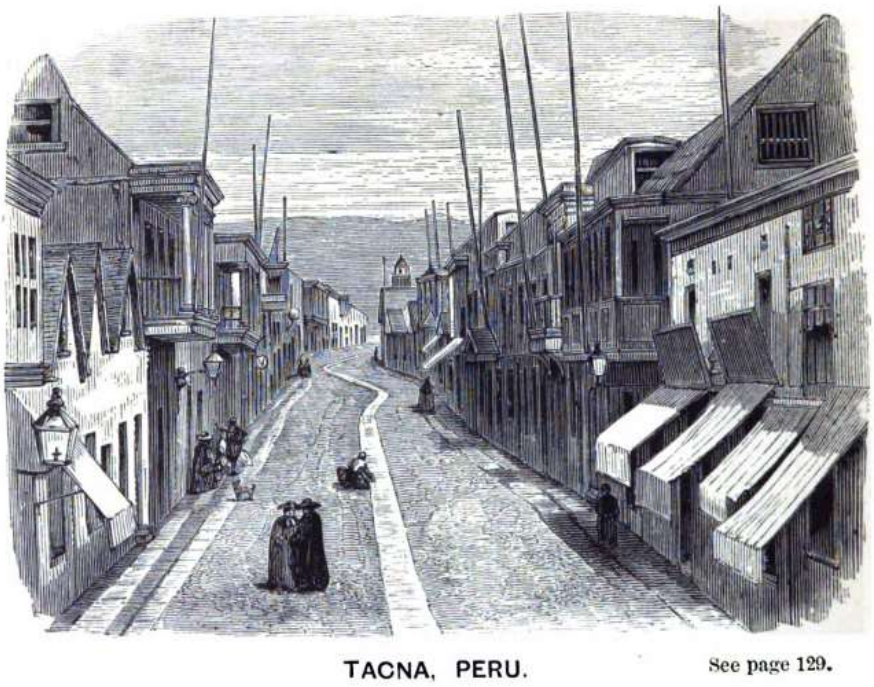

Imagen 30: Calle principal de Tacna

LA SUDAMERICANA

Revista Misionera

10 DE OCTUBRE DE 1868

LOS TERREMOTOS EN PERÚ Y ECUADOR

Desde el terrible terremoto de 1755, que devastó Lisboa y sepultó a 50.000 personas, ningún otro terremoto de esta naturaleza ha ocurrido tan terriblemente repentino, terrible y destructivo como el que tenemos el triste deber de referirnos, y que se ha sentido a lo largo de al menos mil doscientas millas a lo largo de la costa oeste de Sudamérica. Para nuestros lectores, el tema resulta sumamente interesante. Cuatro de nuestras estaciones ministeriales están situadas en Perú, Arica, Tacna, Callao y las islas de Chincha; mientras que otras ciudades de la misma República fueron visitadas el año pasado con el fin de ubicar allí a

clérigos o maestros protestantes: Iquique, Pisagua e Islay. De estas, Arica, Iquique y Pisagua fueron arrastradas por el mar. El 22 de agosto, Tacna aún temblaba y su gente temerosa; mientras que en el Callao, tras el terror de los habitantes por el temblor de tierra y el avance del mar, se dice que un incendio destruyó propiedades por valor de 2.000.000 de dólares. Luego está la gran ciudad de Arequipa, arrasada, y Cerro de Pasco, la ciudad más elevada del mundo, demolida. Bien podría esa parte de nuestro campo misionero, marcada como Perú, llamar la atención de ahora en adelante. Se dice que se perdieron 2.000 vidas. Esperemos que no sean tantas, pero debemos agradecer a Dios que el número no sea mayor y que todos nuestros agentes estén a salvo y en sus puestos cumpliendo con su deber. Pero, por desgracia, en Ecuador, cuya meseta es «una especie de burbuja monstruosa inflada por el Cotopaxi y sus conos hermanos», ¡no menos de 20.000 personas han muerto! Ibarra y Cotocachi, con casi toda su población, han desaparecido. Quito, que en 1857 perdió 5.000 vidas a causa de un terremoto, sigue en pie, pero se tambalea. Se reportan 300.000.000 de dólares como pérdida pecuniaria. Ciertamente terrible ha sido este juicio, y compartimos de todo corazón los sentimientos expresados por nuestro excelente contemporáneo[79]: (pp. 155-156)

«Los hombres, ante esta visita, se ven confrontados con esas formidables fuerzas de la naturaleza que a veces vanamente creen haber dominado, aunque, en realidad, apenas comienzan a comprenderlas; y, desconcertados por el conocimiento y paralizados los poderes del intelecto humano ante tan terrible catástrofe, se cree que solo la enseñanza divina puede permitirnos reconocer la poderosa y aún misericordiosa mano del Juez de toda

[79] Nota original: "Our Own Fireside", 1 de octubre de 1868. Aprovechamos la oportunidad para recomendar esta interesante revista mensual protestante, con literatura para el hogar, dirigida a la familia cristiana. Editorial: W. Hunt, 23, Holles Street, Cavendish Square.

la tierra, quien, en sus providencias más misteriosas e inescrutables, debe hacer lo correcto».

«No dudamos que, a pesar de lo distante que esté el escenario de este terrible desastre, el corazón de la caridad cristiana en Inglaterra responderá con una compasión práctica y abnegada a cualquier petición de ayuda necesaria para mitigar el sufrimiento de los supervivientes».

«Esperamos también que esta visita sirva para profundizar el interés de la Iglesia Cristiana en la gran obra de evangelizar el continente sudamericano».

«La siguiente correspondencia no necesita presentación, salvo la declaración de que la obra de la Sociedad en Arica y Tacna puede ser vista con especial interés, ya que se supone que el primer lugar fue el epicentro del terremoto, y el segundo está construido sobre la corteza de un volcán extinto. La carta de nuestro capellán misionero es la información más reciente recibida, por lo que la colocamos en primer lugar. El motivo por el cual el editor publicó un número adicional de la Revista es evidente. El siguiente y último número de 1868 se publicará el 1 de diciembre».

TACNA, PERÚ

«Del Rev. J. W. Sloan, Licenciado en Derecho, quien estuvo a cargo de las ciudades de Arica y Tacna, se han recibido tres cartas muy interesantes desde nuestra última publicación, que contenían un grabado de la calle principal de Tacna; pero indicamos la fecha más reciente como relacionada con el terremoto:» (p. 156)

Tacna, Perú, 22 de agosto de 1868.

«Lamento tener que informarles en esta carta sobre una terrible calamidad que ha azotado a Arica y Tacna. Arica está completamente destruida; Tacna ha escapado a la destrucción, pero ha sufrido graves daños. La causa ha sido un terrible terremoto que, al parecer, se extendió por la costa oeste, provocando el desbordamiento del mar y arrasando las ciudades portuarias, y derribando las casas en las ciudades del interior. Intentaré dar una descripción lo más clara posible de la calamidad, limitándome a los hechos que presencié y a otros basados en testimonios creíbles. Durante la semana anterior al jueves 13 de agosto, sentimos, a intervalos de varias horas, varios temblores leves, generalmente nocturnos. El jueves 13 de agosto, alrededor de las 5 p. m., la Sra. Sloan, que había estado paseando por la Alameda con nuestro pequeño hijo, entró apresuradamente en la casa y me rogó que huyera a un espacio abierto para ponerme a salvo. Mientras intercambiábamos algunas palabras, el terremoto aumentó en intensidad; el suelo se movió como la superficie de un río. Nos abrazamos para mantenernos en pie. Los muros a nuestro alrededor oscilaban, las vigas de la casa vibraban y se movían a través de los muros, derribando partes contiguas a la estructura de madera. Los edificios seguían los movimientos del suelo, amenazando a cada segundo con derrumbarse; y si el mismo temblor hubiera continuado unos minutos más, ni un solo edificio habría quedado en pie en Tacna. Este terremoto duró unos diez minutos, pero minutos de solemne pavor. En cuanto hubo calma, todos corrimos de la casa a la plaza. Como las calles eran estrechas, comenzamos en el centro de la calle. Apenas habíamos salido de casa cuando todos los habitantes corrieron al centro de la calle, gritando: «¡Temblor, temblor! ¡Terremoto, terremoto!». Al llegar a la plaza, situada a unos 300 metros de nuestra casa, encontramos el suelo cubierto de hombres y mujeres, muchos de ellos gritando, llorando, golpeándose el pecho y clamando «¡Misericordia!»; los más

serenos rezaban a la Virgen María; todos estaban arrodillados o postrados boca abajo. Los efectos del terremoto anterior, y de hecho el más severo de todos los que se han sentido hasta el momento, derrumbaron muchas casas y una de las torres del edificio inacabado que se pretendía que fuera una catedral católica romana, pero que probablemente nunca se terminaría. Es un gran milagro que el edificio no se derrumbara, ya que ha permanecido en su estado actual durante varios años y ha sufrido enormemente la influencia del clima y de terremotos anteriores. Al encontrar la plaza (una pequeña plaza de aproximadamente dos acres de extensión) ocupada, y al ver una parte cubierta de agua proveniente de una de las estrechas zanjas de la calle, por donde el paso del agua desde las colinas había sido bloqueado por los escombros de una casa derrumbada, nos dirigimos hacia la «Alameda», un paseo público de aproximadamente una milla de largo y 100 yardas de ancho, que ofrecía suficiente protección contra el derrumbe de las casas. La Alameda se convirtió en el punto de encuentro general. Muchos habían abandonado sus hogares sin tiempo ni ánimo para conseguir ropa de abrigo; y, como el clima era muy frío, se preveía mucho sufrimiento durante la noche. Se temía que la tierra se abriera y nos tragara a todos. Varios creían que había llegado el fin del mundo. Todos los rostros reflejaban distracción, consternación y terror. Cuando había una pausa entre las sacudidas, que ocurrían cada pocos minutos, pero con fuerza cada vez menor, los habitantes de las pequeñas casas a ambos lados de la Alameda corrían a sus viviendas y sacaban camas, sillas, mesas y esteras, con las que armaban tiendas de campaña; algunos, probablemente acostumbrados a viajar, tenían tiendas de campaña comunes, que usaban. Estuvimos caminando y sentados un par de horas, cuando, al volverse menos alarmantes las sacudidas, el Sr. Hellman nos invitó a cenar y a usar su vivienda, siempre que fuera seguro permanecer bajo techo. La fachada de

su casa se derrumbó durante la primera sacudida severa. Después de cenar, se consideró prudente abandonar la casa, ya que las sacudidas aumentaron un poco en fuerza y sacudieron el edificio violentamente, aunque sin «altos» o habitaciones superiores. Alrededor de las 8 p. m., durante el movimiento de la tierra, oímos repentinamente un grito aterrador y un lamento proveniente de cientos de labios; y, al mirar hacia el norte, vimos el cielo iluminado con un estallido de luz, que dejó a la vista las cordilleras. La impresión general era que el día del juicio final había llegado. La causa de la luz fue la erupción de un volcán. Como todo el país es propenso a este tipo de erupciones, y se dice que Tacna es la corteza de un volcán, el suceso no ofreció mucho consuelo, aunque se consideraba que la erupción del volcán era un medio para aliviar la tierra de algunas de las fuerzas que la hacen temblar. En todo el pueblo reinaba una fuerte sensación de alarma. En ese momento, un sacerdote católico romano subió por la Alameda entonando una oración, seguido por una multitud de indígenas de clase baja, que respondieron. El sacerdote iba precedido por dos niños con velas encendidas y un hombre con un crucifijo. El sacerdote pasó y volvió a pasar cuatro veces. Como la casa del Sr. Hellman era el centro de las noticias, y varias personas habían llegado para preguntar y compartir lo que sabían, nos reunimos en la sala y rezamos, usando la letanía. Durante toda la noche, todos nos sentamos en la puerta, saliendo a toda prisa cada diez minutos. Las sacudidas continúan hasta el momento, más o menos violentas; y, como nadie puede adivinar el resultado, todos permanecen en las mismas condiciones que la primera noche, acampando aún en la plaza, la Alameda, las chacras y las calles principales. Cocinan en braseros (estufas de carbón) y, de vez en cuando, murmuran una oración a la Virgen, cuya imagen se puede ver en muchas de las tiendas. Llevamos siete noches tumbados en el suelo sin desvestirnos, pues es necesario

mantenerse despiertos para vigilar y salir corriendo cuando hay peligro. Como es lógico, el negocio está paralizado; los tenderos tienen miedo de entrar en sus tiendas y la gente tiene pocas ganas de comprar nada que no sean artículos de primera necesidad. Durante el servicio religioso del domingo en mi casa, hubo una fuerte sacudida, pero la gente siguió sentada». (pp. 156-159)

ARICA

«Todos estábamos ansiosos por saber qué había sucedido en Arica (63 kilómetros). El jueves, a las 17:00, llegó a Tacna un telegrama desde Arica que comenzaba con «Terremoto fuerte, y», pero esto es todo lo que se recibió de ese telegrama. Diversos rumores llegaron a Tacna sobre el destino de Arica, y como muchas casas aquí tenían bienes valiosos en la aduana cerca del mar, y estaban interesadas en Arica, el Ingeniero en Jefe, Sr. Ansdell, quien llegó a Tacna por negocios el jueves, se dirigió el sábado por la mañana a Arica. Al llegar el jueves, el tren golpeó las vías con tanta fuerza que el maquinista se detuvo, pensando que había pasado sobre unas traviesas maliciosamente colocadas en la vía. Cuando el tren se detuvo, los pasajeros pronto descubrieron la causa del salto. Al llegar a la parada intermedia el sábado por la mañana, el Sr. Ansdell descubrió que la locomotora no podía avanzar más, ya que las vías estaban en mal estado y muchos... Retorcidos en forma de «S», los puentes también fueron destrozados por el «terremoto». Continuó una cierta distancia en una carreta cuando se encontró con uno de sus hombres que venía de Arica. Al llegar a pocas millas de Arica, el Sr. A. descubrió que el mar había arrancado las vías y las había arrastrado media milla tierra adentro. Esta es la condición de Arica: el terremoto derribó la mayoría de los edificios, y el mar irrumpió y completó la devastación. La estación de ferrocarril, las obras, la maquinaria, la extensa aduana, el

muelle para el desembarque de mercancías, las casas, las capillas, las tiendas y las calles están destruidas, ¡no quedando nada más que un montón de lodo y piedras! Se dice que el mar entró y se retiró una docena de veces, de modo que nada tuvo la posibilidad de mantenerse en pie sin ser engullido por las olas al retirarse. Se reportan muchos habitantes muertos y ahogados. Todos nuestros amigos escaparon, subiendo corriendo por el «Morro», la imponente roca que se ve en la fotografía de Arica (véase la ilustración de septiembre de la «Revista Misionera Sudamericana» - ED.). Pero todos están arruinados, sin nada más que la ropa que llevaban puesta. La gente de Tacna ha enviado comida y ropa. El Wateree, un cañonero de vapor estadounidense, se encuentra demasiado lejos de la costa como para volver a hacerse a la mar. El capitán Gillis ordenó a todos sus oficiales y hombres que regresaran a sus puestos y dirigió su barco mientras las olas lo arrastraban hacia la costa; con las calderas averiadas, solo podía esperar el efecto de las olas al moverlo. No perdió ni un solo oficial ni hombre. El Fredonia, un buque de almacenamiento estadounidense, zozobró con toda su tripulación, y solo dos escaparon. El América, un vapor de guerra peruano, está en tierra, tras haber perdido a muchos hombres y varios oficiales. Otros dos barcos están en tierra. El hedor es fétido por los cuerpos en descomposición bajo las ruinas, arrojados a la orilla por el mar. El domingo anterior al terremoto fue la segunda vez que se celebró un servicio en nuestra «Capilla de la Estación en Arica», donde tuvimos una muy buena asistencia, incluyendo al capitán y tres oficiales del Wateree. Ahora todo ha desaparecido: nuestra capilla, libros, túnicas. No podemos predecir el fin de esta visita. Mientras escribo, los temblores han sido repetidos y violentos, y sin duda peores que los de los últimos dos días. El Callao y Lima han sufrido en cierta

medida; Iquique está casi medio destruida, y muchas personas han muerto o se han ahogado. Se informa que Arequipa está totalmente destruida». (pp. 159-160)

«Uno de los efectos de esta visita ha sido el endurecimiento de muchos; indios y negros cometen robos día y noche dondequiera que encuentran dinero, bienes o muebles. Se han enviado hombres armados desde Tacna para proteger cualquier propiedad que se encuentre, y algunos de los ladrones se han vuelto tan violentos que los periódicos recomiendan el linchamiento. Los soldados enviados —y el Prefecto no quiere evitar que salgan de Tacna por temor a una revolución— son completamente inútiles, porque los ladrones los emborrachan y continúan con sus depredaciones... El Sr. Worms se rompió una pierna en la estación al caerle algo encima, y fue salvado por dos hombres que lo llevaron más allá del agua. La Sra. Johnson, esposa del capitán del Wateree, murió cuando una casa cayó sobre ella, y la esposa de otro oficial se ahogó en el Fredonia». (p. 160)

«Aún no he recibido el informe del ingeniero sobre el tiempo probable que se requerirá para renovar el ferrocarril, por lo que no puedo predecir cuándo podré reanudar mis funciones en Arica. Mientras tanto, prestaré servicio en Tacna, ya que la mayoría de los ariqueños han llegado aquí. Si se considera conveniente prestar servicio en Arica, porque la gente podría haberse reunido de nuevo, podré llegar al lugar en mula o a caballo. Tengo la intención de enviar algunas Biblias, libros de oración y tratados en cuanto sepa que tienen un lugar para guardar algo». (pp. 160-161)

«Nos alegrará mucho que la naturaleza vuelva a estar en paz con el hombre; y oremos para que esta visitación sea seguida por el arrepentimiento y la fe. Me ha impresionado durante la última semana la declaración de nuestro bendito Señor, en la que menciona los terremotos como precursores de su segunda venida; y ciertamente nada como un terrible

terremoto cansa el corazón de las vanidades del tiempo, fija la mente en la acción de una Deidad presente y muestra al hombre su propia nada. En estos momentos solemnes, todo dice: «Quédense quietos y sepan que yo soy Dios».

Atentamente,

J. W. SLOAN.

Al Rev. W. W. Kirby.» (p. 161)

«El hombre planea, pero Dios decide. El 23 de julio, poco antes de la catástrofe, el Sr. Sloan escribió con gran solemnidad sobre las miserables «cascarillas» de las que se alimentarían hombres y mujeres, incluso cuando «el pan de vida» estuviera a su alcance. Y después de orar para que el Espíritu vivificara a todos los encomendados a su cuidado, añadió:»

«Hay algunas cosas alentadoras. Ahora podemos decir que se han establecido dos pequeñas iglesias. En Tacna, la «Capellanía Inglesa» es una capilla muy pulcra, es decir, la gran sala de mi casa. Contamos con un atril, una mesa de comunión, asientos adecuados, mandamientos, textos apropiados de las escrituras, etc. La sala tiene capacidad para ochenta personas».

[…]

«¡Ay! «Ahora todo ha desaparecido: nuestra capilla, libros, ropas», todo arrastrado al mar. El Wateree, donde se había celebrado el servicio divino y se había administrado la Santa Cena, ha naufragado, y aunque el Sr. Sloan, «en su propia casa alquilada» en Tacna, había «recibido con alegría a todos los que acudían a él», sin embargo, cuando escribía su última

carta, los temblores eran repetidos y violentos: él y su familia habían pasado «siete noches tirados en el suelo sin desvestirse», por lo que estaremos ansiosos de recibir más detalles en el próximo correo. […].» (p. 169)

LOS INDIOS DEL PERÚ.

«El reverendo J. W. Sloan, siempre deseoso de transmitir información, nos ha enviado dos excelentes fotografías de este pueblo, de las cuales presentamos ahora a nuestros lectores una copia». (p. 171)

Indian Mother and Child—Peru.

Imagen 31: Madre e hijo indígenas – Perú.

El Sr. Sloan escribe:

«Usted preguntó por los indígenas en los alrededores de Tacna. En Tacna hay dos barrios, uno en la parte alta y otro al final de la calle principal, ocupados por indígenas que se ganan la vida trabajando como porteadores, vendiendo en el mercado, lavando y ofreciéndose como sirvientes. También se encuentran pequeños grupos de indígenas a lo largo de la ruta que va de Tacna a los pueblos más cercanos. Muchos de ellos tienen mulas, burros y llamas, con las que transportan desde Tacna las mercancías compradas por los comerciantes y traen de las montañas a Tacna plata, cobre, lana, vino, etc. Estos indígenas son muy similares en color, vestimenta y fisonomía a algunos de nuestros peores gitanos. Visten calzones o pantalones, con o sin zapatos y medias, llevan el pelo muy largo y trenzado, visten un sombrero de ala ancha y un poncho. Su estatura es generalmente inferior a la media de los que llamamos hombres bajos, y sus cabezas parecen más grandes de lo que corresponde a la proporción de sus cuerpos. Pertenecen a una clase degradada. Como sirvientes, son estúpidos, ladrones y holgazanes; vivir en la inmundicia es su elemento. Son capaces de un estatus intelectual mucho más alto que el negro; pero, al igual que el africano, no desarrollan los sentimientos más nobles. Aquí los padres venden a sus hijos. Nos recomendaron, al llegar, que enviáramos al asentamiento indígena y compráramos una niña de unos nueve años, que podía conseguirse por cuarenta pesos (6 libras). La niña comprada se convierte entonces en sirviente del comprador para siempre, o hasta los veintiún años, si este decide conservar la compra durante tanto tiempo. Hace unos días, una india vino a nuestra casa y ofreció en venta un niño en brazos de unos doce meses. La madre elogió las buenas cualidades de su bebé, no para demostrar lo mucho que lo apreciaba, sino para convencernos de que se lo compráramos.» (pp. 171-172)

«Nuestro Capellán Misionero, el Reverendo J. W. Sloan, está a cargo de esta Estación, junto a Tacna, a sesenta kilómetros tierra adentro. Él, al igual que los habitantes del distrito, ha experimentado la pérdida de las comodidades del hogar temporalmente, pero se mantiene como un soldado cristiano en su puesto de deber, sosteniendo el estandarte de la Cruz y proclamando que Dios en Cristo es tan poderoso en la manifestación de su misericordia como se le reconoce manifiestamente en estas devastadoras visitas. Nuestra Sociedad se adentró en este nuevo terreno con paso firme, habiendo reclutado los servicios de alguien que comprende que el punto de peligro es el lugar del deber. Él necesita urgentemente nuestras oraciones y compasión por él mismo, su familia y aquellos a quienes atiende». (pp. 189-190)

TACNA, PERÚ

7 de septiembre de 1868

«Aunque solo han transcurrido catorce días desde mi última carta, le escribo de nuevo para que sepa cómo nos va y qué otros detalles hemos recibido sobre la terrible calamidad ocurrida. Desde que le escribí el 22 de agosto, hemos sufrido una constante sucesión de temblores, más o menos fuertes, pero de breve duración, que se repiten a intervalos muy indeterminados día y noche. Hasta el momento de escribir esto, no hemos estado en cama ni desvestidos; pasamos la noche envueltos en mantas cerca de la puerta exterior, listos para correr en caso de un temblor amenazante. Las tiendas de Tacna permanecen cerradas; no hay actividad comercial, ya que la gente del interior teme mudarse, y los más pobres del pueblo obtienen lo que necesitan a muy bajo precio de los ladrones que han saqueado las ruinas de Arica».

«Casi todas las casas de Tacna han sufrido algún daño por el terremoto del 13, pero muchos se mantendrán en buen estado con una pequeña reparación. Solo he sabido de tres muertes por el derrumbe de las casas. El relato que di sobre la destrucción total de Arica (véase pág. 159) se confirma mediante investigaciones posteriores. Nadie puede determinar aún el número de muertos en Arica; la presencia de muchos cadáveres bajo las ruinas es evidente por el progreso de la descomposición, y ocasionalmente «el mar entrega a sus muertos». Se ha visto necesario incinerar los cuerpos en Arica, ya que no hay madera para hacer ataúdes ni trabajadores dispuestos a trabajar, y animales hambrientos y buitres exhuman los cuerpos una vez enterrados». (p. 195)

«Como evidencia de la violencia de la inundación, puedo mencionar que piedras pertenecientes al molino harinero, que pesaban varias toneladas, fueron arrastradas a una distancia de 300 yardas o más; las locomotoras, que se encontraban a cubierto en la estación de ferrocarril al momento de la entrada del mar, fueron arrastradas una y otra vez por el agua, arrastradas cierta distancia mar adentro, y quedaron retorcidas y destrozadas, completamente inutilizadas. Los vagones, que no fueron destruidos del todo, fueron llevados al punto más alto del pueblo y depositados entre las casas en ruinas. Algunos incidentes ocurridos durante la inundación pueden ser interesantes, especialmente porque se refieren a personas que pertenecían a nuestro pequeño grupo de fieles en Arica. Un joven permaneció en la oficina hasta el último momento, sin esperar que el mar rompiera sobre el muelle cerca del cual se encuentra la oficina. Al ver el mar rodeándolo, se subió a una lancha utilizada para desembarcar mercancías, y fue llevado al mar tres veces, y arrojado a la orilla con la misma frecuencia. La última vez, la lancha se enredó en un muro, lo que le permitió saltar y escapar a las colinas. A ese joven noruego lo convencieron al fin de asistir

a nuestros servicios, y así lo hizo las dos veces que celebramos el culto en la Capilla de la Estación». (p. 195-196)

«Otro joven, con una buena posición económica en la calle principal de Arica, estaba muy enfermo. Lo visité y, después de las visitas, le conseguí que prometiera asistir al servicio divino. Lo hizo el domingo anterior al terremoto. También escapó en el último momento. Estaba haciendo preparativos para su boda; la joven venía de Inglaterra, y el vapor llegará aquí hoy o mañana. ¡Qué escena! Desembarcará entre las ruinas; el joven está completamente desamparado; y un caballero, que regresó ayer de Arica, me dijo que camina por la playa, sin abrigo y con un hacha al cinto para protegerse».

«El capataz de la fundición de la obra ferroviaria lo perdió todo, incluyendo la casa que había construido con sus ahorros. Al examinar las ruinas, encontró su Biblia. Todos los demás hombres perdieron lo que tenían, pero la casa de Ainsworth y Cía., en Tacna, que les pagaba el salario, tras abrir una caja de ahorros, aún conserva algo, pues dejaron la mayor parte de sus ganancias en el banco. La esposa y el hijo de H. pasaron dos días y dos noches sin pan, agua ni techo; H. estuvo sin sombrero, abrigo ni zapatos, hasta ayer, cuando alguien le dio un abrigo».

«La señorita H. estaba con la señora Johnson, la desafortunada que murió minutos antes de la inundación. Al parecer, el señor Johnson y su esposa estaban a punto de salir de la casa después de que la señorita H. se marchara, y al hacerlo, un sobresalto derribó la puerta de la calle, separando a la pareja, que quedó sepultada bajo las ruinas de la casa, que se derrumbó inmediatamente». (p. 196)

«El «Wateree» ha prestado un servicio esencial desde la catástrofe, brindando protección a personas en peligro de ser asesinadas por ladrones y proporcionando comida y ropa a los desposeídos. Todos elogian la bondad del capitán Gillis, sus oficiales y hombres en esta emergencia, y lamentan profundamente su pérdida, ya que otro buque de guerra estadounidense llegó y embarcó al capitán y la tripulación del «Wateree». Si el «Wateree» se hubiera hundido, habría habido otra historia conmovedora; pues el capitán Gillis me comentó, después del servicio divino del domingo 9 de agosto, que esperaba regresar a casa todos los días y que, sin duda, estaría fuera en menos de un mes, dado que su período de servicio había expirado por el momento y se avecinaba una temporada de descanso y felicidad doméstica en tierra». (pp. 196-197)

«Arica se encuentra actualmente en un estado de semianarquía. El Gobierno es totalmente incapaz de prevenir el robo con violencia; En consecuencia, cada uno va armado de la mejor manera posible según sus circunstancias, y todos los visitantes de Tacna y alrededores llevan revólveres. Los negros —restos del antiguo sistema esclavista, importaciones recientes de otros países tropicales— y los trabajadores indígenas, llamados peones, son el terror del lugar y la vergüenza del Gobierno. Están atentos a cualquier caja o paquete que el mar pueda arrojar a la costa, lo abren y, si el contenido es licor embriagante, se emborrachan de inmediato. El Gobierno de Lima ha enviado barcos con provisiones y ropa, y la distribución de estos artículos de primera necesidad sin la debida discriminación solo aviva los desórdenes ya existentes. Se alimenta a los ladrones, y los peones, que consiguen provisiones a petición, se niegan a trabajar, por lo que los comerciantes no pueden construir cobertizos. Un buque de guerra inglés, el «Malacca», ha llegado y ha enviado a su carpintero a tierra para ayudar».

«Espero que podamos descansar un poco ahora. La alarma constante es muy agobiante y, socialmente, lo trastorna todo».

«Temo que la reciente calamidad pueda afectar las contribuciones a los fondos de la Sociedad, especialmente en Arica, ya que la mayoría de las personas se verán obligadas a pedir préstamos para poder reanudar sus negocios. Los habitantes de Tacna son grandes perdedores, pues muchas de las casas de Arica están hipotecadas. Pero espero que la noticia anime a nuestros amigos en casa a ser más generosos, pues sin duda el Evangelio debe ser difundido y mantenido entre nuestros compatriotas, quienes, además de las vicisitudes habituales de la vida, están a cada momento en peligro por causas que ningún ojo humano puede prever ni ninguna mano humana puede evitar. En los momentos de mayor calma, tenemos un terremoto como promedio cada semana, y cualquiera puede lanzar en nuestros oídos la llamada: «¡Volved, hijos de los hombres!».» (p. 197)

«Los siguientes extractos del «Libro de deberes del capellán», enviado por el reverendo J. W. Sloan, resultarán interesantes si consideramos las fechas y lugares mencionados:»

«Libro de deberes del capellán - Arica.

1868» (p. 197)

[…]

«13 de agosto... Arica destruida por un terremoto y una inundación.

23 de agosto... Servicio en Tacna ..... Sin transporte; vías destruidas.

6 de septiembre... Servicio en Tacna ..... Ídem.

Libro de deberes del capellán - Tacna.

1868

21 de junio... Oración de la mañana, sermón ..... Capellanía inglesa (es decir, en casa del Sr. Sloan).

5 de julio... Oración de la mañana, sermón ..... Ídem.

19 de julio... Oración de la mañana, sermón ..... Ídem.

26 de julio... Oración de la mañana (Sr. Abell) ..... Ídem.

1 de agosto, sábado... Bautismo (en casa de Burchard) ..... Bautizado en su casa.

2 de agosto... Oración de la mañana, sermón ..... Capellanía inglesa.

2 de agosto... Santa Comunión .....

9 de agosto... Oración de la mañana (Sr. Abell) ..... Capellanía inglesa.

13 de agosto (17:40) ... Tacna sufrió un terrible terremoto.

13 de agosto (noche) ... Letanía ..... En la «Alameda» del Sr. Hellmann.

14 de agosto (noche) ... Oraciones ..... Idem.

15 de agosto (noche) ... Oraciones ..... Idem.

16 de agosto... Oración de la mañana, letanía, sermón, capellanía inglesa.

16 de agosto (noche) ... Oraciones ..... En la «Alameda» del Sr. Hellmann.

17 de agosto... Oración ..... Idem.

18 de agosto... Oración ..... Idem.

19 de agosto... Oración ..... Idem.

23 de agosto... Oración de la mañana, sermón ..... Capellanía inglesa.

30 de agosto... Oración ..... Idem.

6 de septiembre... Oración ..... Ídem.

J. W. SLOAN». (p. 198) (**Fuente:** South American Missionary Society. (1868)).

7 de marzo de 1869: La Fiebre Amarilla

Desde que escribí mi última carta en febrero, la muerte ha recibido su comisión para golpear a Arica y Tacna... Hace solo un año la fiebre amarilla se desataba con furia en Callao y Lima y se temía que la pestilencia podría llegar a Arica. La comunicación frecuente entre Arica y Callao hizo que tal ocurrencia fuese probable y con el temor que sucediese tal calamidad muchos se consolaban con la esperanza de encontrar refugio en Tacna que, desde el año 1854, ha sido inmune a tal flagelo. La pestilencia parece que nunca se alejó de la costa desde su brote en Callao y con el brote en Pisagua en el sur e Islay en el norte, ambos afectados en diverso grado, parecía imposible que Arica pudiese escapar sin caer en los brazos de la muerte. Las condiciones sanitarias –más bien insalubres– de Arica desde el terremoto del 13 de agosto fue suficiente para generar, y más aún, para invitar, un ataque de fiebre del tipo más fatal. La atmósfera en el puerto, según muchos que se han visto obligados a visitarlo últimamente, es aquella de una morgue y algunos lugares emiten un hedor tal que las personas que van en tal dirección se ven obligadas a dar un rodeo para eludir el miasma venenoso. Creo que no se ha hecho nada fuera de lo que hicieron hace mucho tiempo las tripulaciones de los buques de guerra británicos en la bahía limpiando y despejando la ciudad. La ineficiencia en lo que se ha hecho para salvar a los habitantes de esta enfermedad se deduce por los estragos que ha causado la fiebre entre ellos... La

mortalidad aumentó a cuarenta diariamente en una población de 2000. Muchos murieron por falta de una atención oportuna. A principios de febrero la fiebre amarilla se declaró en modo definitivo en Tacna... [que] es ahora un lugar de lamentos... Hay una docena de carretas de dos ruedas para llevar a mano hacia las pampas gente y muebles que pudieran necesitarlo y la ciudad quedó casi vacía pero muchos se fueron solamente para fallecer durante el camino… (pp. 548-549)

Hasta el momento la fiebre parece incontenible y, para aumentar la calamidad, casi todos los médicos están enfermos o se han ido. Por lo general, todos los enfermos fallecen después de cinco días del contagio.

7 de abril, 1869. [Tacna] La muerte ha hecho y continúa haciendo sus espantosos estragos entre nosotros. La fiebre amarilla muestra pocas señales de amainar: de una población de 5000 (el resto de la gente de Tacna escapó al principio del brote de la enfermedad) 2000 han fallecido...

He estado prestando mis servicios desde el primer día del ataque hasta el momento en que mi presencia se hizo inútil porque los pacientes estaban completamente insensibles. He acompañado los cuerpos al cementerio para extranjeros y he oficiado los servicios funerarios en sus tumbas. Es tal el horror experimentado por amigos y parientes de aquellos que mueren por esta enfermedad que no van al cementerio y, en la mayoría de los entierros he tenido junto a mi solamente a los peones que excavan las tumbas. También el camino desde la ciudad hasta el cementerio es muy desagradable: uno puede encontrar doscientos o trescientos montículos negros de cenizas, algunas todavía humeantes y que emiten un olor desagradable, con los restos de camas y muebles de las habitaciones de la gente que ha muerto. Algunos han botado incluso los somieres de las víctimas. Algunas familias

completas han desaparecido. Ustedes pueden hacerse una idea de la naturaleza de la fiebre con lo que les puedo informar, que en la sola familia de [del señor] Salir once personas han muerto más su sobrino, su jefe administrativo y otras ocho personas relacionadas con su empresa...

No puedo pensar en circunstancias más deplorables para los seres humanos que aquellas a las que todos estamos sometidos por la misteriosa providencia de Dios. Por casi dos meses ha reinado la muerte. Las calles están vacías, excepto cuando pasan las carretas mortuorias con su carga de humanidad terminada o cuando pasan niños galopando para encontrar un doctor o comprar medicinas...

21 de abril, 1869. Esta nota es breve y triste. Ha placido a nuestro Padre Celestial conducir a nuestra pequeña familia bajo el yugo de la aflicción y ha llamado a su eterno reposo a mi querida esposa Ellen. Yo caí con fiebre amarilla el viernes en la noche del 9 de abril, mi empleado Brooks cayó el domingo 11 de abril y mi querida esposa, luego de atendernos a ambos, cayó el lunes 12. Se mantuvo hasta el lunes 19 de abril cuando se durmió en el seno de su bendito Redentor a las 2 de la tarde en sus veintidós años de edad...

No estoy en condiciones de escribir más al momento. Pude dejar mi lecho y atender a mi querida esposa el sábado y domingo en la noche. Cuando en mi espíritu crezca la calma escribiré otras líneas acerca de sus momentos finales.

p.s. Pueden observar que casi todos en mi pequeña congregación se encuentran en sus tumbas.

7 de mayo, 1869. He recibido todas vuestras cartas. El harmonio no será de gran uso. La organista, mi esposa, que planeaba tocarlo y dirigir el coro –ya no está; tampoco lo están aquellos que iban a formar el coro. (p. 549)

Mr. Nugent dice que la última cuenta de muertes por fiebre amarilla solo en Arica es tan alta que llega a 1750, lo que es uno de cada dos habitantes de toda la población.

[Después de recibir esta última carta el director de la Sociedad Misionera para América del Sur escribió: «En consecuencia de la enorme prueba a que se ha sometido la capacidad mental y física de Mr. Sloan, el Comité le ha escrito solicitándole que cambie inmediatamente de aire y de escenario por seis meses, visitando nuestras misiones en Chile y también otros lugares donde estamos seguros que un servidor tan fiel de su Maestro, y en nombre de su Maestro, recibirá una fraternal bienvenida». Sin embargo, al parecer el reverendo J.W Sloan optó por permanecer en su puesto ya que en septiembre de 1869 todavía estaba escribiendo sus cartas-informes, como se deduce de la siguiente cita del director de la Sociedad Misionera en que se refiere a un nuevo terremoto en Arica].

Lima 13 de septiembre de 1869. La información más reciente recibida del Rev. J. W. Sloan, capellán en Arica y Tacna, no puede sino confirmar los siguientes hechos:

No es demasiado afirmar que las noticias que se reciben de las provincias del sur causan la mayor consternación.

Unas pocas horas después del arribo [al Callao] del vapor el día 6, en una edición especial de El Nacional se informaba a la gente –que aún estaba atemorizada– de nuevos y violentes terremotos en los días 20, 21 y 22. En este último día, se informaba que los remezones fueron pavorosos, derribando murallas y casas pero, afortunadamente, sin pérdidas de

vidas. El peor movimiento (de carácter vertical) se produjo a la una y diez minutos. En Iquique y Arica el mar se retiró con espantosa velocidad, llevándose consigo un gran número de botes, regresando más tarde hasta seis pies más allá de la línea habitual de marea. Esto se repitió varias veces y se puede imaginar cómo los habitantes pusieron los pies en polvorosa sin alguna pérdida de tiempo y en un estado al borde del delirio. Los pocos habitantes que ahora viven en Arica viven en tiendas, expuestos a todas las vicisitudes del tiempo. Las actividades comerciales están completamente paralizadas y se describe a Arica como una ciudad muerta. Todas las mercaderías en depósito provisorio en la Aduana se están transfiriendo a Tacna, donde los terremotos son igualmente fuertes pero, en todo caso, están exentos de ser barridos por una monstruosa ola del mar. (p. 550) (**Fuente:** Fernández Canque, M. (2016)).

4.1.24. Sebastián Ramón Sors (1869)

Breve biografía:

Párroco radicado en el sur del Perú durante el siglo XIX. Su presencia en la región estuvo motivada por su labor pastoral, administrativa y social, así como por su participación en obras religiosas y asistenciales.

Descripción:

Memoria histórica de la fiebre amarilla que sufrió la ciudad de Tacna en el presente año de 1869 por el cura párroco de la misma D. D. Sebastián R. Sors

Memoria histórica de la fiebre amarilla

I

Parecerá sin duda extraño que la pluma de un sacerdote se ocupe en escribir la memoria de una epidemia, que con tanta fuerza dejó sentir su pesada mano en la ciudad de Tacna. Mas, cuando han pasado ya algunos meses desde que desapareció por nuestra fortuna, pero que puede amagarnos otra vez, y repetir sus rudos ataques; y sin embargo ninguno que con mejores conocimientos, y tal vez por deber de oficio, hubiera debido ocuparse de esta obra, haya escrito una sola línea, que al mismo tiempo que pudiera dejar un recuerdo a la posteridad, haría a la humanidad sin duda un gran bien, indicando el tratamiento que debe practicarse en una enfermedad que no se contenta jamás con pocas víctimas; confío que se me disculpará el atrevimiento de escribir sobre lo que, confieso, no es de mi competencia: pero el haber asistido en cumplimiento de mi ministerio a casi todos los que fueron víctimas de aquel terrible azote, me proporcionó hacer algunas observaciones que juzgo no serán perdidas para los que lean este escrito; mientras que se impondrán de las amarguras que inundaron el corazón de una ciudad que por el espacio de tres y medio meses, vio campear ufana la muerte dentro y alrededor de su recinto, diezmando, si no concluyendo sus familias. (p. 3)

II

El buen temperamento;—las buenas condiciones climatéricas, por la altura que ocupa Tacna sobre el nivel del mar—por las puras corrientes de aire, que renuevan constantemente su atmósfera:—las brisas del mar, y el airecillo de la cordillera, que parece se comparten el cargo de limpiar de día y de noche su cielo:—el estar rodeada de una vegetación lozana y que despide abundante perfume de la multitud y variedad de flores que crecen en sus campos:—todo hacía creer, que la fiebre amarilla no posaría su maléfica planta en la misma. Así halagados, y diríamos mejor, engañados, los que hubieran debido

contraer todas sus miras y esfuerzos a prevenir, y levantar obstáculos a la venida del fatídico huésped, que hacía sentir su peso en los puertos de Islay y Pisagua y empezaba a insinuarse en Arica, miráronlo con cierto desprecio, y aun las pocas medidas que se tomaron, fueron con tal flojedad, que parecía tratarse únicamente de lo que se llama, llenar el expediente. (p. 4)

Es sabido que la fiebre amarilla en los lugares donde no es endémica, cuando allí aparece, es siempre importada, o por pájaros, —o por géneros de comercio, —o por las mismas personas, que han venido de lugares epidemiados. Afianzando en este principio, hubo individuo de la junta de sanidad de esta capital que expuso la necesidad que había, que, primero en Arica, cuando todavía esa desgraciada población no estaba invadida, pero sí amenazada por la epidemia que devastaba sus puertos vecinos, así por el Norte como por el Sur, se sujeta en á rigorosa cuarentena cuantos vinieran de aquellos puertos, y se fumigasen, y se tomasen las demás medidas que la experiencia ha acreditado producir buenos resultados, los efectos de comercio; y luego, cuando no pudo caber duda, que Arica estaba infestada, que se estableciese fuera de esta ciudad un cordón sanitario que impidiera la comunicación inmediata con aquel puerto. Las medidas propuestas eran:—Que el tren fijase su término en la segunda milla,—que de allí pasasen los pasajeros, que viniesen de Arica, a la cuarentena:—los bultos puestos en tierra, fumigados y ventilados toda la noche.—Que para la ejecución de esta disposición, se estableciese allí un cuerpo de vigilancia compuesto de paisanos, y mandado por una persona respetable que designarían el Sr. Subprefecto y Síndico, y cuyo servicio debería turnar entre los magistrados, Eclesiásticos, Jefes de las casas de comercio y otras personas padres de familia respetables.—Multa fuerte al que hospedase a alguno que no hubiese cumplido la

cuarentena, y entonces que éste y cuantos hubiesen comunicado con él fuesen conducidos a la casa de dicha cuarentena. (pp. 4-5)

Más el proyecto fue mirado como utópica poesía:—mereció sin embargo los honores, que dictaminase sobre él una comisión nombrada del seno de la junta de sanidad: lo que dictaminase, no lo sé; pero el público sabe, que no se hizo nada:—los intereses comerciales pesaban sobre todo, y aun ciertos pusilánimes temores de promover conflictos internacionales, dieron al traste con todo proyecto, que de un modo radical, único que debía realizarse en aquellas circunstancias, si de veras se quería impedir la importación y desarrollo de la fiebre, y salvar así la inmensa responsabilidad que tenía contraída la junta, tratase de cerrar la puerta al indígena de las Antillas. (p. 5)

III

Ya a primeros de Enero no pudo dudarse, que habían casos, y bien pronunciados de fiebre en Arica. —El que suscribe esta Memoria fue contagiado allí, donde estuvo el treinta y treinta y uno de Diciembre, y atacado luego el once de Enero en esta ciudad. Es cierto, que no se presentó el caso tan de manifiesto, qué fuese caracterizado de fiebre: pero lo fue sin duda alguna, de lo que pude convencerme posteriormente.—En el mismo mes murió en ésta, y de fiebre, una señora hermana de los señores farmacéuticos de La Flor, venida de Arica:—en la calle del Callao el veinte y cuatro hubo un caso de contagió, y que fue de muerte, por haberse alojado en la misma casa un joven venido de Arica con la fiebre, y cuya familia concluyó durante la epidemia. Se repitieron algunos otros casos, aunque se calificaron de terciana: Más en Arica el estado era ya grave. Entonces la Prefectura creyó conveniente cortar la comunicación con Arica: pero de un modo tan poco premeditado, que no pudo evitar la crítica del público; y lo peor, que con sus disposiciones no solo no cerró

la puerta a la fiebre, sino que se la abrió de par en par; para que por espacio de algunos días viniese con toda holgura. Tal fue el bando de la Prefectura del 20 de enero. Se vinieron más de doscientas personas de Arica, entre ellas, muchas contagiadas, y de las que murieron algunas dentro pocos días. Sobrevino el Carnaval; disposición la menor se tomó para moderar los desórdenes, y entre estos desórdenes, que no fueron pocos, se ampollaron los huevos traídos de Arica, y no se hizo esperar mucho la fermentación y nacimiento de aquellos fetos. —En la misma semana en la esquina de la calle, llamada de doña Camila, murió el primero—una joven de diez y ocho años venida de Arica, y en la misma calle otros tres. A mediados del mes fue desarrollando en mayor escala: el día 20 se abrió el Lazareto: —Tacna pudo declararse en estado de epidemia. Así lo comprendieron los lugares circunvecinos, que tomaron sus disposiciones, para precaverse del azote, manifestando con esto mejor sentido común, que el que se había tenido en Tacna para librarse del mismo, cuando amenazaba desde Arica. (pp. 5-6)

IV

El centro de la población fue el teatro, donde desenvolvió la fiebre toda su fuerza, y donde dejó sentir primero la clase de enemigo que la había tomado, no por asalto; sino alojándose pacíficamente en sus hoteles. De estos establecimientos salió, y estalló como una granada, cuyos cascos alcanzaron hiriendo, toda la zona, desde la Botica Alemana, hasta la Villa de Paris, y en su anchura, desde la Alameda a los Teatros. Como quince días estuvo estacionada en aquellas cuadras, cebándose en sus moradores, así del país como con los extranjeros, y amontonando víctimas, que serán jamás bastante lloradas……Jóvenes llenos de vida y de porvenir. —Madres de familia que eran el ornato de la ciudad—Comerciantes

honrados—Artesanos laboriosos fueron los primeros que sucumbieron, doblando la cerviz a los rudos hachazos de la fiebre. (p. 6)

Y ¿Qué hacían los médicos?... Asistir, desvelarse sobre los enfermos, apurar los recursos de la ciencia de Galeno é Hipócrates: más Hipócrates y Galeno con toda su ciencia por cabecera, parece que dormían, y se negaban a vencer el mal. Era este poderoso sin duda, y más, cuando poderosos agentes favorecían su saña. —El pánico que se apoderó de las familias, pudiendo asegurar, que algunas personas murieron de puro miedo: —el terror al contagió, que privaba al enfermo de la asistencia interesada, que tanto necesitaba. Sin duda que la falta de asistencia fue la causa de que murieran muchos: —manos mercenarias jamás son movidas por claridad; contaban las horas por soles, y sin empeño por la vida de los que luchaban con la muerte, difícilmente les proporcionaban el trato puntual y esmerado que tanto requiere aquella enfermedad. Y, ay! si sobrevenía la más pequeña hemorragia! peor, si el vómito:—el enfermo era abandonado…..Era en vano, que el que suscribe se esforzase en persuadir, que el caso no era todavía desesperado:—que era la ocasión de combatir el mal, y con más esfuerzo:—que era la ocasión de combatir el mal, y con más esfuerzo:—que no debían temer el contagió:—el miedo era superior a toda consejo: el enfermo no tenía que esperar más que de la Providencia Divina: de la tierra, solo el desamparo y una humacion precipitada.

Mucho hemos oído quejarse de la insuficiencia de la Medicina: —debemos dejar consignado en justicia, que los Señores médicos manifestaron entonces como siempre, mucha abnegación, mucha contracción, —indolencia o desentendencia de los enfermos, jamás la notamos. ¿Salvaban pocos: muy raros? ¿esto debido a la ignorancia de los Profesores? Recuérdese lo que tenemos dicho de la poca asistencia, y esta las más veces

por manos mercenarias. Añádanse la dificultad de obtener las medicinas a tiempo en una enfermedad, en la que, lo que podrá salvar tomado a las nueve de la mañana, matará administrado a las doce del día: —la imposibilidad de estar el médico repetidas veces para ver el resultado de los remedios, por la multitud de enfermos que reclamaban sus servicios; y sobre todo, los pasos agigantados con que la fiebre obra la destrucción de la vida. Ténganse en consideración todas estas circunstancias, y la responsabilidad de los médicos aparecerá menor, y perderá el eco la crítica. (p. 7)

Cuando hablamos de poca asistencia, y de manos mercenarias, salvamos honrosas excepciones, que con placer recordamos, de madres, hermanas, y aun de personas menos allegadas, que sin más interés que el de la caridad, asistían con la mayor abnegación a sus respectivos deudos, y más de una vez tuvimos que separar a las mencionadas personas de la cabecera de agonizantes, ya porque en los momentos de la agonía es más probable el contagio, ya para evitarles un pesar, que no sirviendo de auxilio al paciente, es de consecuencias las más de la veces funestas, para los relacionados. (pp. 7-8)

V

Mientras estas escenas pasaban dentro de la ciudad: el Lazareto se llenaba cada día más y más de contagiados. Este piadoso establecimiento se hallaba dirigido por el socio de Beneficencia D. Serapio Guerra en cuanto a la parte puramente material D. Juan de Mata Palacios, que animado de la caridad cristiana se ofreció desde el principio a servir gratis, ejercía el cargo de contralor y ecónomo: aunque haciéndole la justicia merecida; lo era todo, y el serlo todo, tal vez le impedía llenar cumplidamente ninguno de los oficios: sin embargo es digno de todo elogio, y preciso es que jamás se olviden sus servicios, su aplicación y desinterés, arriesgando la vida, que por fin le fue recibida por Dios, como en

sacrificio en el último tercio del período de la epidemia. El Director de Beneficencia coronel D. José María Arias, mañana y tarde y a veces de noche estaba en el establecimiento, y aunque sea ofendiendo su modestia, es necesario dejar consignado, que era el verdadero Inspector del Lazareto, en todo lo que se refería al servicio de los enfermos: lo vimos más de una vez ayudando a descargar enfermos de las carrozas y conducirlos a las salas, y cargando muertos, manifestando un interés efectivo, que a veces rayaba en delirio, para que fuesen los enfermos cuidados con el esmero y atención posibles. El que suscribe trató de llenar del mejor modo posible su cometido, prodigando los consuelos de la Religión a los que la epidemia había obligado a acogerse a aquellos salones. El Dr. Bobillier como médico y el practicante D. Pio Arce asistían a los enfermos con la contracción propia de los que comprenden y saben llenar la augusta misión de restablecer la salud, y dulcificar cuando menos los padecimientos de la humanidad. Hasta el día 20 de Marzo sirvió el señor Bobillier, en este día se hizo cargo el Dr. Carbonera mandado por el Supremo Gobierno. Si el tan recomendable joven practicante hubiese necesitado de estímulos para continuar y aumentar su contracción en el servicio del establecimiento, ningún medio mejor que el desvelo y empeño que manifestó el Dr. Carbonera para neutralizar los efectos aterrantes de la fiebre en los que gemían bajo aquellos techos: más en el señor Arce se descubrió desde un principio, que el móvil de todos sus actos en el establecimiento eran la caridad cristiana, y el sincero deseo de economizar lágrimas a los hijos de su mismo pueblo……Esto bastaba. (pp. 8-9)

VI

A mediados de Marzo había entrado la epidemia en su período del más completo desarrollo. Tres días de lluvia habían secundado de un modo muy significativo, y fuertes

solazos que sucedieron completaron su obra expansiva. Más de dos mil enfermos yacían en el lecho del dolor: y contrayéndonos por ahora al Lazareto, era ya insuficiente para contener los enfermos, que en mayor número cada día, acudían. Cuando se trabajaron las dos salas, una para ahombres, y la otra para mujeres, se creyó, que con veinte camas en cada una de ellas, habría lo suficiente.—Error craso; pero proveniente del engaño en que se descansaba, creyéndose que Tacna era inhospitalario para la fiebre…..«Añádase un cero a 40, había dicho el que escribe al Sr. Guerra, cuando le dijo que 40 serían suficientes.»—Sí, ponga U. y constrúyase el edificio de modo que pueda contener cuatrocientas: de lo contrario, tendremos trabajos, y trabajos tuvimos. Los dos saloncitos estaban materialmente repletos de epidemiados; a toda prisa se improvisaron otros dos con lona y esteras: pero no alcanzaban ni de mucho; la concurrencia aumentaba; haciéndose necesario construir dos grandes salas de madera, bien acondicionadas, capaces de contener cada una ciento veinte y cinco enfermos. A pesar de los obstáculos que ofrecía sobre todo lo escasez de operarios, y su resistencia hasta todo punto justificada, a trabajar en el Lazareto, los salones se levantaron, y luego se llenaron, y en donde se medicinaron, y algunos murieron de los que trabajaron Empezaron una semana diez y ocho oficiales de carpintería, y el sábado ya catorce de ellos estaban enfermos. Con esta medida mejoraron las condiciones de los enfermos, la mortandad disminuyó relativamente, y con ello ganó la humanidad: mientras que para los médicos, capellán y serviciales era menos incómodo y menos peligroso el trabajo. En aquellos días, y por espacio de un mes, el número de enfermos en el Lazareto variaba de ciento cincuenta á ciento ochenta. Y nótese, que como no había lugar para convalecientes, estos luego que eran declarados como tales, recibían su alta, salían del establecimiento, algunos pasaban al hospital, otros se iban, o a sus casas, si las tenían,

o….a morirse en alguna chacra.—El Lazareto con cuatrocientas camas habría salvado mayor número de vidas…..Que lo tenga presente la junta de Beneficencia; complete el Lazareto, que no lo está, construya otra sala para convalecencia; entonces el establecimiento será en algún modo perfecto. Los socios que tocaron estas necesitadas tan de cerca, que promuevan la obra…que no se duerman. (pp. 9-10)

La mortandad era en aquellos días, de diez. —de quince—de veinte—de veinte y cinco—uno solo de treinta y dos. —Algo menos numerosa en la población: tanto en esta como en aquel, en los Novilunios y Plenilunios, el número de muertos era mucho mayor. (p. 10)

VII

En estos mismos días, y estando ya lleno de cadáveres el Panteón, previa autorización eclesiástica, se bendijo un local al Norte, y a un cuarto de milla del Lazareto, en donde desde el día veinte y uno de Marzo se empezó a enterrar los cadáveres. Debemos dejar consignado que escasos de peones para abrir las zanjas; el señor D. Fernando Hugges proporcionó treinta con su mayordomo, de los que tenía ocupados en el trabajo de la cañería para conducir el agua a la pila de la plaza, con lo cual prestó un gran servicio; pues de lo contrario, y muy difícil se habrían hecho las excavaciones. Mas la igualdad que para la fiebre era una verdad práctica: puesto que lo mismo atacaba al pobre que al rico: los hombres la volvieron mentira en el sepelio de cadáveres. Para el pobre una fosa común era su sepulcro; para el que podía sepultarse con cajón, se le permitió éste, y luego sepultura particular, bajo el especioso pretexto, y luego sepultura particular, bajo el especioso pretexto, que a tiempo oportuno los trasladarían a un nicho en el Panteón. Historiamos, no criticamos: pero seamos permitido observar, que ya que lo dicho es un hecho existirá por mucho tiempo, que no nos atrevemos a señalar, la corrupción encerrada en el cajón, y que

muy temibles podrían ser las consecuencias, si se permitiese la exhumación hasta después de un plazo menos limitado, que el que señalan las leyes canónicas y civiles. Si se hubiese dispuesto y mandado que sobre el cuerpo dentro del cajón se hubiesen esparcido diez o doce libras de cal, el peligro se habría evitado, y esta dificultad no existiría. Se nos dirá, y con verdad, que entonces no había cal; pero no podrá asegurarse, que no pudiera haberla habido: más sea lo que fuere; ya que hubo facilidad para permitir sepelios con cajones, que no la haya después para permitir prontas exhumaciones; y que sirva de lección para lo sucesivo. (pp. 10-11)

VIII

Hemos dicho que a mediados de Marzo la fiebre empezó a estar en toda su pujanza, y añadiremos, que la conservó hasta mediados de Abril. Invadió todos los puntos de la ciudad, y con más fuerza al Oeste de la misma. Los alrededores es, que por estar llenos de vegetación, se creían asegurados, fueron también ocupados por el invasor; más, por la parte del Sur y Oeste. La parte Este se conservó sin contagió, y lo mismo el Nordeste; de manera que en esta sola murieron, cuatro. ¿Se contagiaron con los que salidos de la ciudad, estaban inficionados? No lo creemos: porque la mayor parte emigró hacia Pocollay y Calana, en cuyos lugares murieron algunos: pero sin que se contagiasen aquellos puntos: la causa debe estar en otra parte, y cuando observamos, que el Ayllo de Tonchaca inmediato al Lazareto y panteones, por donde pasaban las carretas que conducían los muertos y enfermos, fue sin embargo donde menos casos hubieron; mientras que los Ayllos de Aymara, Silpay, Humo, Aica, y Olanique fueron tratados con tanta dureza, no sabemos a qué atenernos. (p. 11)

Entre los mismo puntos infestados, y en la misma ciudad, hubieron ciertas localidades, que lo fueron de un modo más notable, y fuerza es no perderlo de vista, para lo que pueda

sobrevenir en lo sucesivo. La curtiembre de pieles situada detrás de la Alameda, fue seguramente el foco de infección quedaron asolados; familias, y numerosas, casi enteras desaparecieron, como la de los Sotos, y esto así en las habitaciones inmediatas, como en toda aquella parte de la Alameda, y en las chacras hasta una distancia considerable. Cuando se permitió por la H. Municipalidad localizar allí el establecimiento, fue después del informe de una comisión de su seno, y en la que hubo un farmacéutico, la que opinó, no ser en algún tiempo perjudicial. Cuando en Mayo del año anterior por temores a la fiebre que grasaba en Lima é Islay, se practicaron visitas domiciliarias, nos consta que la comisión que visitó aquel establecimiento informó a la Junta de Sanidad contra la permanencia en aquel lugar de la curtimbre; más la comisión informo, la junta oyó, y la corrupción quedó en su lugar. El expediente se había llenado. La comisión de la H. Municipalidad no se fijó sin duda, en que la fábrica no podía disponer de bastante agua corriente, y diremos mejor de ninguna, que se llevase los deshombes de los pozos, donde se hacían las corrupciones de las pieles, y que por lo mismo después de arrojados quedaban sujetos á la acción del sol que necesariamente los evaporaba, cuyas emanaciones no podían menos de malear la atmósfera. El año anterior en algunas víctimas. Ojalá que no se olvide esta lección que recibió el dueño del establecimiento, mientras que dos días antes de su muerte ofrecía como lugar de refugio contra la fiebre, las piezas de su establecimiento. Una señorita fue víctima del engaño.

Los lugares y casas inmediatas a las caballerizas y baños tibios por el agua detenida que se tenía, sufrieron igual contraste. La calle de doña Camila, la plaza de Armas y calles limítrofes, lo atestiguaron, lo propio que las casas cerca de los mataderos. (p. 12)

Maleada ya del todo la atmósfera é invadida toda la población, en toda ella se hicieron sentir sus efectos. Debemos consignar que los lugares donde la desmoralización y el abuso del licor era más frecuente, era también más en número e intensidad los atacados. (pp. 12-13)

No podemos menos que recordar el triste panorama que presentaba la población en tan triste días……Pocas puertas se veían abiertas de día: establecimientos de comercio cerrados; pocos solamente abiertos de artículos de primera necesidad. Los pocos hombres que andaban las calles, parecía temían pisarlas: ligeros en sus pasos como si les mordieran los talones las puntas de los pies de la muerte. Solo las boticas se veían llenas de gente que acudía en demanda de medicinas: feliz el que a fuerza de codazos lograba abrirse paso: una demora de tres o cuatro horas para ser despachados era la común.—Se acercaba la noche, y no había ella tendido su tenebroso manto, cuando se notaba un silencio sepulcral:—Las puertas todas cerradas, y no se oía más ruido, que el crujir de las calles por el peso de las carrosas que conducían muertos o enfermos, y el golpe de los herrajes de los caballos de los Médicos, que eran detenidos a cada paso, y teniéndose que apear para visitar nuevos enfermos. (p. 13)

Hubo noche que permanecimos en oscuras por no haberse encontrado quien encendiese los faroles del gas. ¡Todo respiraba desolación y muerte! La Prefectura abandona: la Tesorería, del administrador al portero, muertos, enfermos, o emigrados: la Superior Corte de Justicia en Pocollay—Los celadores, ¡de cuarenta reducidos a ocho—El escuadrón de caballería a doce hombres—La columna gendarmes a veinte! Eclesiásticos, solo el Cura, los demás, huidos, muertos o gravemente enfermos. —Quería un enfermo testar? No se encontraba escribano. Testigos, pocos y caros. Aun para casamientos escaseaban los testigos. —Entre

las repetidas y muchas veces que el mismo que escribe debió celebrar un matrimonio de un desahuciado, fuere preciso andar una cuadra, y con trabajos y muchos ruegos pudo conseguir dos que presenciasen la toma de manos, Tacna parecía una Ciudad que Atila hubiese tomado por asalto, y saqueada, ¡y la hubiese abandonado! Es indecible el terror que infundía en aquellos días, cuyo recuerdo arranca lágrimas todavía. (pp. 13-14)

Pero pasemos adelante.

A fines de Abril creímos que se hallaba la peste en su período descendente: más sobrevino la fiesta de la Cruz, el sol esforzó se en quemarnos, y recrudeció, volvieron a aumentarse las entradas al Lazareto, los sepelios en el Panteón. Sábese como se festeja la Cruz por los indígenas, y aunque la policía se empeñó en poner algún correctivo, fue inútil toda medida.

A mediados de Mayo, empezó a declinar sensiblemente, el Lazareto no contó ya más que treinta o cuarenta enfermos, cuyo número fue disminuyendo, hasta que el 5 de Junio, se clausuró definitivamente, pues solo había cinco convalecientes que fueron llevados al Hospital.

Hasta esta fecha, según todos los datos que pudieron reunirse, 6,000 habían sido los atacados, de estos habían muerto, poco más o menos, dos mil quinientos. Tacna habrá perdido una cuarta parte de su población! Número tan excesivo de defunciones hace sin duda fijar la consideración de todo hombre, que teniendo sentimientos de humanidad, procura indagar las causas de un hecho así aterrante, para poder atenuarlas en lo sucesivo. Debe anotarse aún más, que si bien en un principio abrió brecha en la clase más culta y que gozaba de mayores comodidades en la sociedad; descendió luego hasta la más ínfima: lo mismo entró en casas donde el aseo era esmerado hasta la pulcritud; las fumigaciones

diarias;—lo mismo atacó a ancianos que a jóvenes: desde uno que de tres semanas de nacido murió con el vómito negro, hasta personas de noventa: con todo, el número mayor fue de quince a treinta años: párvulos pocos: así como las mujeres solo figuran en una tercera parte entre los finados. (p. 14)

Entre los extranjeros avecindados, los franceses tuvieron mayor número de víctimas, así de hombres como de mujeres, luego los italianos: ingleses y alemanes, pocos. Los naturales de Bolivia, que en tan crecido número están avecindados en esta ciudad, sufrieron pérdidas muy numerosas, y cuentan una docena de víctimas entre las personas caracterizadas que la política tiene alejadas de su país. (pp. 14-15)

IX

El término de la enfermedad en los atacados; o más bien las crisis que determinaban su vida o su muerte eran muy variadas. Así como la fiebre se presentó bajo síntomas o caracteres distintos, muchos excepcionales, y de los que no tenía noticia la medicina: así fueron las crisis que precedían a la muerte, o a la convalecencia. Esmeró se aquella en manifestar, que sabía ejercer su oficio de muy distintas maneras. Hubieron muertes desesperadas, y en mayor número en el primer período—muertes las más tranquilas: se desconocía la agonía, la muerte parecía un sueño:—Hemorragias cutáneas—por las encías—por las narices—por los oídos, hasta por los ojos.—Observamos que las Hemorragias por las narices fueron las más de las veces favorables, mayormente si no eran cuantiosas, y lo propio lo de las encías, debiendo tener cuidado en lavar la cara y boca con agua tibia, para impedir que la sangre no se corrompa.

Hemos confesado en los primeros párrafos de esta memoria nuestra incompetencia, y lo repetimos; no podemos tratar científicamente esta materia, ni criticar mucho menos el tratamiento que se diera a los atacados por la fiebre—hemos apuntado, y concluiremos apuntando lo que vimos observamos. (p. 15)

Creemos que toda la curación depende del trato que recibe el atacado en los dos primeros días; así como la muerte asegura en el quinto conforme hubiese sido el tratamiento, Si se aprovechan aquellos, cuidando que el enfermo sude, y que con bebidas y lativas de cocimientos de yerbas frescas se puede impedir la descomposición de la sangre; la fiebre minorará su fuerza, y un cortante cualquiera hará espontáneo y copioso en el primer día, la fiebre tomará muy pequeñas proporciones. Que no se prive de alimento al enfermo desde el primer día; aunque medido, y no de mucha sustancia: pero desde el quinto, débese aumentar la cantidad y mejorar la calidad. Limonadas con aceite puro en alguna cantidad, como el sumo de cuatro a seis limones con dos o tres cucharadas de aceite en los dos primeros días, no deben omitirse. La muerte en el quinto día es casi segura, sino habiendo precedido la preparación indicada para los primeros días, se toma la quina en el cuarto. Referimos lo que hemos observado en muchísimos casos. Muchos que el día cuarto aparentaban estar casi salvos, tomaron el cortante de quina por la noche: —la primera toma les causaba gran trastorno; la segunda promovía el vómito negro, y si no se acudía luego con aceite, emplasto de yerbas y bebidas frescas, eran victimas en el día. El aceite y las yerbas salvaron a muchos. (pp. 15-16)

X

En el Lazareto luego que el mal resultado de las píldoras hizo convencer su ineficacia para curar el mal, se suprimieron, y minoró la mortandad, y donde al mentó a los enfermos

desde el primer día, y a más, café, vino y aun coñac, podemos asegurar, que nueve décimas partes de los que entraron en el primer día de la enfermedad, salvaron su vida. Fue grande sin duda el número de muertos que hubo; pero debe tenerse en consideración, que muchos eran conducidos ya en estado de agonía; otros morían al bajarlos de los carros, cuyo movimiento aceleraba su muerte, y el mayor número en estado ya casi de completo aniquilamiento, y después de medicinados, y mal medicinados, en sus casas.

El Lazareto, cuando no hubiese servido más que para disminuir el número de enfermos de la ciudad, y por consiguiente el foco de infección, habría ya prestado un gran servicio; y si a estos se añade, el número tan crecido de forasteros, y éstos lo más pertenecientes a la clase menesterosa, que existe siempre en Tacna, y a quienes con preferencia atacaba el mal, y otros tantos que carecían de todo auxilio y asistencia, bien puede decirse, que fue un manantial de recursos para la humanidad. (p. 16)

Diremos de paso, que el servicio del Lazareto; aunque lo menos peor posible: no era bueno por parte de los sirvientes. Hombres asalariados, sin conocimiento alguno teórico, solo asistían por amor a los soles: —huían del trabajo, cuanto les era posible, y jamás se notaba una acción de simpatía hacia los enfermos que luchaban con la muerte. Solo la asidua asistencia del señor director de Beneficencia, del Inspector y las advertencias del Capellán, conseguían que tomasen un aparente interés para la curación de los enfermos; a fin de que estos tomasen los alimentos y no permaneciesen a veces caídos en el suelo, Cuatro hermanas de la Caridad habrían servido mejor el establecimiento que la caterva de holgazanes que se mantenían. Que no se olvide esta lección, trátase de conseguir la introducción de aquellas señoras en el Hospital de San Ramon; para que si en otra ocasión tuviere que abrirse el Lazareto, haya el consuelo, que la caridad personificada en esos

Ángeles que nos ha deparado el Catolicismo, preside el servicio de los desgraciados. (pp. 16-17)

XI

Los medios que arbitró la H. Municipalidad, émula de lo que había ya hecho la Prefectura, fue de algún alivio a la clase necesitaba: hablamos de las papeletas que distribuyó a los Médicos; para que las llenasen con las recetas que dieran a los pobres, y que serían pagadas por los fondos de la Corporación, distribuyendo a los Médicos por cuarteles para que curasen a los pobres y para lo cual les señalaron un honorario: en esto último fueron originales: merecieron con esto bien de la humanidad, y nuevo lauro habrían conquistado, si se hubiese extendido su celo a visitar dichos cuarteles, para cerciorarse si sus disposiciones eran cumplidas. Mas no eran medicinas solamente lo que necesitaban los pobres; necesitaban alimento también; y permítasenos que confesemos, que esta parte fue descuidada. Con cuatro sopas o cocinas que se hubiesen colocado frente el tambo de Alaiza una: otra en la plaza del Teatro, otra en la glorieta de la Alameda y otra en la plaza de Armas, donde con papeletas de los Médicos se hubiesen distribuido alimentos para los enfermos y convalecientes, se hubiera hecho un gran bien, y tal vez socorrido la más apremiante necesidad. El arroz que en meses posteriores mandó el Supremo Gobierno, si se hubiese recibido en Marzo, Abril y Mayo, y si se hubiese invertido en sostener aquellas cocinas: ¿cuántas necesidades no se habrían conjurado; y aun añadiremos, cuántas vidas no se habrían salvado? ¿Cuántos murieron por falta de alimento, y más en la convalecencia? ¿Y para los que convalecientes salían del Lazareto? Todos ellos habrían tomado un alimento sano y nutritivo, logrando así reparar sus fuerzas y restablecer su salud. No se verían hoy día los talleres sin oficiales, y toda industria sin brazos. (pp. 17-18)

XII

Vamos a terminar la presente memoria, recordando, que no se olviden las lecciones, bien tristes, las más de ellas, que nos ha dejado escritas con sangre y lágrimas la pasada epidemia del presente año. Para prevenir o impedir su introducción: —interrupción de comunicación inmediata con el lugar limítrofe que estuviere contagiado; —mucho aseo y limpieza en las casas, población y sus alrededores. Lejos de la ciudad todo lo que se juzgue pueda ser foco de infección. Impedir las orgías y trasnochadas—Y desde ahora en la fabricación de casas, procurar que los dormitorios sean espaciosos y bien ventilados, lo mismo que siempre, limpios los interiores y corrales.

Si burlándose de las previsiones, invade la fiebre; asistencia esmerada al enfermo conforme al régimen indicado: no temer el contagió, evitando el dormir en la misma pieza y mucho menos al suelo; pues el contagió es de noche. Cuidar que alguna puerta o ventana esté siempre abierta, por donde pueda fácilmente renovarse el aire. Alimentarse con comidas sanas en cantidad moderada, teniéndose presente que el abuso en la bebida de licores alcohólicos es el más poderoso atractivo de la fiebre: lo mismo las trasnochadas. La medida de huir pronto y lejos, es sin duda el mejor preservativo: más ni todos pueden hacerlo, ni quieren hacerlo todos; y para estos no hay más que arreglo en la comida y bebida, y sobre todo dejarse de preservativos, que no lo son, ridículos e impotentes, para luchar con tan gigantesco enemigo. Las fumigaciones han probado mal, y en algunos lugares y casas parece, que han promovido el desarrollo de la epidemia. (p. 18)

No queremos dar por terminado nuestro trabajo, sin dejar consignados los nombres de los ciudadanos que merecen bien de la Patria y de la Humanidad por los servicios que prestaron durante la epidemia. El Sr. Subprefecto Navarrete, llegado a esta ciudad a

mediados de Marzo,—recibióse en el día: y en el mismo dejó comprender, que conocía su misión, que sabía y quería cumplirla, y la cumplió.—El Director de Beneficencia, Coronel D. José María Arias, abnegado hasta el heroísmo, a quien ni la muerte de dos queridas hermanas pusieron el más pequeño paréntesis en su contracción al servicio.—D. Serapio Guerra Inspector del Lazareto, quien desoyendo consejos y ruegos de la Madre, fue víctima de su celo.—D. Juan de Mata Palacios que murió en su oficio.—Los individuos de la H. Municipalidad que quedaron en sus puestos—que luego fueron todos ellos atacados de la epidemia, muriendo firmes en el desempeño de sus deberes.—El Alcalde interino D. Pablo Basadre, síndico Dr. Ampuero y secretario Sr. Molina. Merece también un recuerdo de gratitud el Presbítero D. Felipe Mazuelos socio de Beneficencia, cuidando de la movilidad de enfermos y muertos. El Párroco trató de llenar su deber. Los SS. Médicos DD. Monge Ledesma, Bonetti, Macklean, Rodríguez y el Sr. Carbonera, mandado por el Supremo Gobierno, combatieron la fiebre con constancia y abnegación, mereciendo la gratitud del pueblo. (pp. 18-19)

No faltaron algunos jóvenes que terciaron en los trabajos y en los peligros, asistiendo enfermos, encajonando y enterrando muertos. D. Luis Cauvillier y D. Pastor Barrón que murieron víctimas de su ardor cristiano. Manuel Alcalde y Manuel Granier, más felices que sus compañeros, sobrevivieron: a unos y a otros debe Tacna gratitud; y que la posteridad recuerde á tan beneméritos ciudadanos, y sirvan de modelo a los que vengan, para que arda siempre vivo el fuego de la CARIDAD CRISTIANA!!

FINIS. (p. 19) (**Fuente:** Sors, S. R. (1869)).

4.1.25. Eugenio Bobillier (1869)

Breve biografía:

Médico autor de una memoria sobre la fiebre amarilla en 1869. Su presencia en la región se da en el contexto de estudios médicos y observaciones clínicas necesarias para elaborar su trabajo académico.

Descripción:

PATOLOGIA. Monografía de la fiebre amarilla desarrollada en Tacna (Perú) en 1869. – Memoria leída el 19 de noviembre de 1869 por don Eugenio Bobillier para optar el grado de licenciado en medicina.

Testigo de la aciaga época de la fiebre amarilla que lleno de consternación y luto a los habitantes de la ciudad de Tacna al principio de este año, conservo vivas aun las impresiones que hizo en mi espíritu el triste cuadro que tenía a la vista. Mi posición de médico del lazareto me sirvió de estímulo para que estudiara detenidamente esta enfermedad. El resultado de mis observaciones forma el objeto de esta memoria. Al emprender este corto trabajo con más voluntad que suficiencia, me asiste la esperanza de encontrar jueces indulgentes, y de hacer algún bien si puedo adelantar algo la solución de uno de los problemas más difíciles de la patología.

En la historia de la fiebre amarilla de Tacna, seguiré el orden siguiente: 1° investigaré el origen, las causas y el modo de propagación de esta epidemia; 2° describiré los síntomas, formas, curso y terminaciones que presentó el tifo icterodes en Tacna; 3° referiré el tratamiento que fue más eficaz para combatir esta enfermedad.

I.

Con el objeto de esclarecer algunos puntos de la etiología de la calentura amarilla de Tacna, tengo necesidad que llamar la atención sobre unos acontecimientos anteriores a su

desarrollo, y que tienen con la patogenia de esta enfermedad una conexión incontestable. (p. 209)

Todos recuerdan aun la espantosa catástrofe del 13 de agosto del año pasado. Al tiempo que un terremoto sin igual derribaba las ciudades del sur del Perú, desastres inauditos ocurrían por las costas del golfo de Arica, causados por las inundaciones del mar. Una vasta extensión del país quedó sumergida por tres veces consecutivas, y las olas al retirarse dejaron empapados y removidos desde su base diformes muladares que tres siglos habían amontonado en los puertos. Por la poca declividad de los terrenos, sucedió que en muchos lugares se formaran de improviso grandes pantanos de agua salobre; y con especialidad el puerto de Arica, distante de Tacna solo diez leguas, se convirtió de esta manera en inmenso foco de infección, tanto por las aguas estancadas, cuanto porque muchos cadáveres de animales permanecieron medio sepultados debajo de los escombros. Después de tantas desgracias, los habitantes, sin refugio, sin más asilo que miserables toldos, se vieron expuestos a la intemperie y a toda clase de privaciones. Para colmo de desgracias se anticipan los calores estivos; y desde noviembre, notanse muchos casos de fiebres intermitentes con síntomas biliosos, cuyo carácter pernicioso revela una perturbación grave en la constitución médica del lugar. Un mes más, y el vómito negro desplegaba todo su furor en el puerto de Arica. En Tacna los primeros casos aparecieron dos meses después, en febrero. (pp. 209-210)

Acerca del origen de una epidemia, no pueden formarse más hipótesis que la importación o la espontaneidad; y respecto del modo como se propaga, todos saben que esto se verifica por contagio o por infección.

Paso a examinar si en el modo con que se ha desarrollado y propagado la fiebre amarilla en los dos pueblos vecinos, Arica y Tacna, hay datos que pueden ilustrar una cuestión de etiología tan debatida y todavía irresoluta: si es o no contagiosa la calentura amarilla. Pero conviene antes recordar la distinción que se establece entre los dos modos de trasmitirse de las enfermedades, entre el contagio y la infección.

Hay contagio, dice M. Lefort en su memoria sobre el no contagio, donde un individuo enfermo comunica su enfermedad a un individuo sano, sea por contacto inmediato, o sea por contacto indirecto, es decir, mediante ropa, mercancías, o aun el aire impregnado de gérmenes salidos de este enfermo. Estos gérmenes trasmisibles por diversos medios producirán la enfermedad en todos los lugares a que sean trasportados; y la enfermedad así producida, es una enfermedad contagiosa, como son la viruela, el sarampión, la sarna, la sífilis y otras enfermedades virulentas.

Hay infección donde unos hombres sanos caen de repente en gran número acometidos por una enfermedad que no puede ser trasportada fuera del lugar infestado, ni por los enfermos, ni por ningún efecto de su uso. Para ser acometido por tal enfermedad, es preciso ir a exponerse a las causas locales que la producen; y para preservarse de ella, basta quedarse distante del lugar infestado. (p. 210)

Ahora bien, la aparición de la fiebre amarilla en Arica no coincidió con la llegada de personas o mercaderías procedentes de otros lugares infestados, por razón de que en esta época la costa toda del Pacífico, a excepción de Tacna, Arica e Iquique, un poco más al sur, se hallaba libre de la epidemia. No veo, pues, cómo ni de dónde hubiere venido el contagio; y desde luego, me parece inadmisible la idea de la importación como origen de la fiebre. Pero si ella no ha venido de fuera, preciso es buscar su origen en condiciones locales

capaces de producirla. Todos los autores están conformes sobre las causas siguientes de la calentura amarilla: situación inmediata al mar, posición geográfica intertropical, la reunión en cantidad considerable de materias animales y vegetales expuestas a la fermentación pútrida por la influencia simultánea de la humedad y del calor. No puede negarse que el puerto de Arica reunía todas estas condiciones en sumo grado: inundaciones, terrenos removidos, pantanos marítimos, calor sostenido a 25 grados centígrados. Si además se consideran las mutaciones climatológicas, los cambios profundos originados en la atmósfera, y aun en el moral y habito de los habitantes por los trastornos del 13 de agosto, se hallarán reunidos a profusión elementos capaces de engendrar una epidemia. Por estas razones, y sin admitir la necesidad de la importación de un agente misterioso, el contagio, me inclino a creer que la fiebre amarilla de Arica se ha desarrollado espontáneamente, a la manera de las fiebres de pantanos, en virtud de causas locales poderosas, y por la influencia de un agente tóxico o miasma deletéreo sui generis; en una palabra, por infección. El receptáculo y vehículo de estos miasmas es el aire, susceptible de trasmitirlos a distancias más o menos considerables, y de ensanchar así la esfera de actividad de la infección. (pp. 210-211)

Que el miasma productor de la fiebre amarilla en Arica haya podido trasmitirse hasta Tacna, cuestión es esta que no me atrevo a ventilar. Diez leguas separan a las dos poblaciones, pero diez leguas de llanuras desiertas, abrasadas por los rayos del sol, sin vegetación, ni colina, ni cerro que pueda detener o amortiguar el viento que sopla del mar. Con sus quince mil habitantes, careciendo de agua la mayor parte del año, ceñida por una cintura secular de muladares, panteón de todos sus animales domésticos, Tacna encerraba

en su seno el fermento dormido que bastó para que se animara la centella partida quizá de Arica. (p. 211)

El modo cómo se propagó la fiebre por la ciudad de Tacna, habla en sentido de la infección. Citaré algunos hechos. Entre las medidas de profilaxis que tomaron las autoridades de esta población para resguardarla contra la epidemia reinante de Arica, se estableció un cordón sanitario y suspendiéndose las comunicaciones entre ambos puntos por el ferrocarril, medidas que, sea dicho de paso, eran impotentes para detener miasmas trasmisibles por medio del aire y del viento. No faltaron personas que, huyendo de Arica y burlándose de la vigilancia, se introdujeran en Tacna; pero no hay razón para acusarlas de haber importado el contagio, porque estas personas llegaron sanas, y según sé, solo dos de ellas enfermaron en una época ya avanzada de la epidemia. Los primeros individuos acometidos por el mal no habían tenido relación alguna ni con el puerto ni con sus habitantes, eran oriundos del lugar y extranjeros establecidos en él desde poco tiempo. Apareció la fiebre como por explosión, en medio de calores excesivos y poco después de las diversiones del carnaval, haciendo sentir sus primeros estragos en el barrio más inmundo para converger de allí al centro de la población en los hoteles, cafés, fondas, donde hizo numerosas víctimas. Si fuera contagiosa la fiebre amarilla, habían de contraerla con preferencia las personas que por su estado o profesión están en contacto repetido con los enfermos; pero en Tacna no sucedió así. Éramos ocho médicos; solo dos contrajeron la fiebre. De doce empleados que servían en el lazareto, cuatro enfermaron. El capellán, venerable eclesiástico que llenó sus deberes con ejemplar abnegación, debió contagiarse mil veces a la cabecera de los moribundos, si fuera contagiosa la fiebre amarilla. Varias familias se habían refugiado en un pueblo poco distante, con el objeto de huir de la

epidemia. Dos personas de ellas, que hacían repetidos viajes a la ciudad, regresaron acometidas por la fiebre, y sucumbieron sin comunicarla a nadie en el lugar de la emigración. Estos hechos y otros que paso en silencio, tienden a probar que la fiebre amarilla no se comunica del individuo enfermo al individuo sano por medio de un agente mórbido o producto de la misma enfermedad; en otras palabras, que no es contagiosa. (pp. 211-212)

Diré algo de las causas predisponentes. Los individuos robustos y sanguíneos formaron el principal contingente a la epidemia. La mortalidad fue grande entre los extranjeros europeos, en los que predomina una constitución pletórica. El número de casos ha sido con poca diferencia el mismo en ambos sexos; pero en las mujeres era la fiebre en general más benigna. Observáronse muchos casos en niños de más de siete años, pocos entre los ancianos, y el mayor número entre personas de diez y ocho a treinta años. Las variaciones atmosféricas tenían también cierta influencia en el curso de la epidemia. Llovió dos veces, y en las dos observé en seguida un aumento sensible de enfermos. Principio la epidemia al fin del mes de febrero, se hizo muy mortífera en abril y cesó en el mes de junio. En cuatro meses hizo perecer a más de mil personas. La mortalidad en el lazareto fue treinta por ciento. (pp. 212-213)

II.

La calentura amarilla presenta síntomas variables según los tiempos, lugares e individuos, a tal punto que cada nueva epidemia tiene su fisonomía propia. Yo haré la descripción sintomatológica de la fiebre amarilla de Tacna, tal como la he observado en el lazareto y en mi practica civil. Para facilitar esta descripción, dividiré los síntomas en dos períodos correspondientes a otras tantas faces bien caracterizadas de la enfermedad, y describiré las

modificaciones más notables que constituyen, hasta cierto punto, formas distintas de la misma afección.

1.° En el mayor número de casos, la invasión de la fiebre amarilla era repentina; en algunos había pródromos bastante bien marcados, como abatimiento, brillantez de ojos, malestar general. Empezaba el mal por calofríos más o menos intensos de duración muy variables, a los que sucedía una rección febril con el calor vivo, piel seca y árida, pulso frecuenta de 100 a 130, pero sin la plenitud ni dureza que en las inflamaciones francas. Desde la invasión del mal, sienten los enfermos un violento dolor de cabeza localizado en la frente, las regiones temporales y orbitarias, y al mismo tiempo dolores contusivos en la espalda, cintura y extremidades inferiores. En la mayoría de casos, la cara está encendida, las conjuntivas inyectadas, los ojos lagrimosos, brillantes y con cierta expresión de asombro. Hay dolor moderado el epigastrio, mucha sed, anorexia, lengua muy variable, vientre algo estreñido, falta de sueño. Este estado dura dos o tres días, algunas veces menos, hasta que o principia a ceder el mal, o aparecen otros síntomas más graves, en especial el vómito, que anuncia una nueva faz o nuevo periodo de la enfermedad. (p. 213)

2.° Desde entonces, los cambios se suceden con asombrosa rapidez: persistencia de la fiebre, dolor de cabeza, dolor epigástrico intenso, sed viva, vómitos al principio, de un líquido sucio, agrisado y teñido por estrías o filamentos parecidos a las telas de araña. No tardaban estos vómitos en volverse negros, unas veces asemejándose al sedimento del café, otras a una disolución de brea u hollín disuelto. (pp. 213-214)

Al mismo tiempo, había deposiciones negras de igual naturaleza, pero sin dolor ni molestia de los enfermos. El vómito se verificaba unas veces con mucha fatiga, otras sin ella. El esta época, del tercero al cuarto día, y a veces antes, aparece la ictericia, principiando por las

escleróticas e invadiendo el resto del cuerpo. La orina empieza a escasear y toma casi siempre un color oscuro. En seguida, en los casos de extrema gravedad, se manifestaban síntomas atáxicos: delirio las más veces tranquilo, hipo pertinaz, sobresaltos de tendones, convulsiones. Persisten los vómitos negros y se hacen más continuos. Hay cámaras involuntarias, diminución y muchas veces supresión total de la orina, respiración difícil, agitación espantosa en el enfermo. Por fin, cuando se aproxima el éxito fatal, la respiración no se hace más que por suspiros lentos y profundos que producen un ruido nasal muy intenso, que es síntoma precursor de la muerte. Este término tenía lugar inevitablemente del cuarto al sexto día.

Digamos luego que el mal no se presentaba siempre con este grado de violencia y con la forma aterradora que se acaba de describir. En casos felices, pasados los dos o tres primeros días en medio del aparato más o menos alarmante del primer período, se notaba una remisión duradera de todos los síntomas, y un sudor copioso inauguraba la convalecencia. Sucedía algunas que esta remisión era engañosa y que, después de uno o dos días de una mejoría aparente en el estado del enfermo, sobrevenían nuevamente los calofríos y una serie de síntomas graves y de fisonomía distinta: pulso lento y depresible, abatimiento del calor animal, gran postración, evacuaciones y vómitos negros, epistaxis rebeldes. Las encías y la lengua trasudaban una sangre fluida y negra. Además de la coloración ictérica, aparecían con frecuencia manchas petequiales al pecho, vientre y extremidades; a veces escaras gangrenosas al escroto, a la vulva etc. La inteligencia en el mayor número de enfermos permanecía despejada. En esta variedad se prolongaba el mal dos o tres setenarios. Los enfermos sufrían poco, y los más lograban el restablecimiento de la salud. (p. 214)

Si bien es idéntica la naturaleza de la enfermedad en estas diferentes formas que presentó el tifo icterodes de Tacna, ellas suponen una modificación profunda en el modo de obrar de la causa morbífica, modificación originada sin duda por la idiosincrasia de los individuos, y por otras circunstancias particulares que tanto influyen en el curso de una enfermedad. En la primera de las formas descritas, notanse reacción febril, aumento de calor, inyección de los ojos, a veces delirio; en una palabra, síntomas de una verdadera hiperestesia. Esta forma era las más veces mortal y acometía de preferencia a los individuos sanos y robustos. La otra, caracterizada por una gran debilidad, diminución del calor, hemorragias pasivas, y en fin, por un fondo de adinamia, de verdadera hipostenia, ha sido la forma dominante en Tacna y peculiar de los indígenas y de las personas endebles. Tomados en tiempo oportuno, sanaba el mayor número de enfermos, siendo de notar que su convalecencia progresaba con mucha lentitud. (pp. 214-215)

No siempre se presentaban todos los síntomas a la vez en un mismo enfermo, pues muchas veces faltaban algunas de ellos o se presentaban confundidos los del primer periodo con los del segundo. Otras veces, comenzaba el mal con ligeros síntomas que no daban mucho cuidado, para tomar más tarde un carácter grave y mortal. Frecuentes han sido las decepciones de este género. En un comerciante alemán no hubo más síntomas que un hipo persistente, una cefalalgia moderada y evacuaciones negruzcas, sin fiebre, ni vómitos, ni el más ligero desorden de la inteligencia; y sin embargo, este señor sucumbió del cuarto al quinto día de la enfermedad. A las ocho de la mañana, vino a buscarme un carpintero del país para que asistiera a una hija suya. A la visita de la tarde del mismo día, encuentro al padre en cama, arrojando ya el vómito negro y la sangre por boca y narices. Un hecho que me pareció de alta importancia para la terapéutica es que de ordinario seguía la enfermedad

el curso remitente, con exacerbaciones marcadas, sin que fuese siempre fácil observar alguna regularidad en la vuelta de los accesos. Por lo que he visto en la fiebre amarilla en Tacna, me atrevo a decir que no conozco otra enfermedad más insidiosa y que presente más incoherencia entre sus síntomas, su curso y su éxito.

Entre los síntomas de un pronóstico fatal, señalaré la supresión de la orina, la presencia de la albúmina en este líquido (la observe en cuatro casos), y la respiración ruidosa. El vómito negro, la ictericia y las hemorragias no tenían por si solos un valor de pronóstico tan grave.

El aumento de la orina, la aparición del sueño y una remisión verdadera de todos los síntomas eran indicios de mejoría.

Para los extranjeros la fiebre ha sido incomparablemente más mortífera que para los indígenas. (p. 215)

Respecto a la naturaleza de la enfermedad, no haré más que repetir, con Louis, Bally, Dutroulau y otros patologistas, que la calentura amarilla es ocasionada por la acción especifica de un agente séptico o un veneno miasmático que obra sobre la economía y en especial sobre la sangre, que se altera más o menos profundamente, originándose así cambios morbosos que deben varias en número y violencia según los órganos afectados, según la constitución médica, los climas y los temperamentos de los individuos.

En cuanto a la esencia misma de este agente, de esta materia morbífica, no la conocemos.

La gravedad de los síntomas y su generalización en la economía toda, prueban con evidencia que de la alteración patológica de la sangre provienen los desórdenes graves que se desarrollan con tanta rapidez. Según el doctor Louis, la materia negra del vómito y de las cámaras, que él llama melanemo, es fibrina mezclada con los principios colorantes de la

sangre, o en otros términos, es sangre alterada. Parece que la coloración amarilla de la piel no debe atribuirse a la presencia en la sangre de los elementos de la bilis, como sucede en la ictericia idiopática, sino al mismo principio colorante de la sangre que se infiltra en los tejidos. El doctor Audouard la considera como una equimosis general. En las hemorragias que se verifican a veces por todas las mucosas, en la presencia de la albúmina en la orina, en la tendencia a gangrenarse de las llagas de los vejigatorios, reconocemos los efectos de una causa oculta que descompone la sangre, la disuelve y aniquila las fuerzas radicales de la vida. Por las investigaciones analíticas de Laugier, sabemos de un modo positivo que esta alteración consiste en la diminución de la fibrina y la disociación de los elementos plásticos de la sangre, cuyos glóbulos se separan de la materia colorante disuelta en el suero.

Como todas las enfermedades de una naturaleza séptica, la fiebre amarilla no puede asemejarse a las flegmasías. La coloración anómala del hígado y las inyecciones observadas en las membranas del tubo digestivo, que algunos médicos, Rochoux, Pariset y otros han mirado como vestigios de inflamación, son lesiones secundarias y nada menos que constantes; así lo declaran Lefort, Chervin y Cornilliac, médicos muy versados en el estudio de esta enfermedad. El estado actual de la ciencia no permite considerar a la fiebre amarilla como una gastritis, o una hepato-gastritis, según Tommassini; ni, según el doctor Catel, como un gastro-entero-cefalitis. (p. 216)

Una vez familiarizado con el roce de los enfermos de fiebre, cuando pude estudiar con serenidad las complicaciones tan movibles que presentan los síntomas de esta enfermedad, entonces reconocí cuan exacto es lo que dice Chervin en su tratado De Videntité de nature des fiévres paludéenne, de diférents tipes (Paris 1848, pág. 95) respecto a las analogías

esenciales que existen entre el tifo amarillo y las fiebres de accesos. Poniendo en paralelo estos dos órdenes de enfermedades, estudiándolas comparativamente en sus causas, localidades, síntomas y tratamiento es como este autor llega a convencerse de su identidad, y concluye diciendo: «Si se compara una calentura remitente intensa con una calentura amarilla de mediana intensidad, no se encuentra diferencia entre los síntomas de ambas afecciones, y llega vez en que estas fiebre se confunden de tal manera que parece fueran una sola y misma enfermedad con formas o grados diferentes». Valentin, Deveze, Pugnet, que observaron por largo tiempo la fiebre amarilla en las Antillas, y Cornilliac, que ha descrito la epidemia de la Martinica en 1856, hablan del mismo modo y todos ellos afirman que en cierta época del año, de intermitentes las fiebres pasan a remitentes, después a seudocontinuas, tomando por fin el tipo continuo y se manifiesta entonces la calentura amarilla. He dicho que en noviembre, un mes antes que apareciera la fiebre de Arica, se presentaron muchas fiebre intermitentes y remitentes graves, precursoras de la epidemia.

¡Cuántos motivos para atribuir al tifo amarillo una naturaleza idéntica a la de las calenturas intermitentes, y considerarlo, con Chervin, como una perniciosa en su último grado de intensidad! Tal ha sido mi convencimiento. Gracias a él, lo digo con franqueza, me salve del abatimiento moral que todo médico experimenta al acercarse a un enfermo presa de una de estas enfermedades cuya naturaleza aún no ha llegado a penetrar la ciencia. Poseía a lo menos un principio, una norma segura que me guiara por el terreno escabroso de la terapéutica.

III.

En el primer período, luego que invadía el mal: frotaciones en todo el cuerpo del enfermo con vinagre tibio; sinapismos volantes a los brazos, muslos y piernas; alguna bebida diaforética, con preferencia al acetato de amoniaco en una infusión de tilo. (p. 217)

Estando la piel ya madorosa, el pulso más blando, prescribía sin perder tiempo, tres gramos de sulfato de quinina en diez cucharadas de agua convenientemente acidulada. De esta poción tomaba el enfermo una cucharada cada hora, o sea tres decigramos de sulfato por dosis. Al mismo tiempo: agua de nieve con ácido de limón o tisana de tamarindos; lociones generales y repetidas con agua sedativa de Raspail; compresas empapadas con la misma al rededor del cráneo, del cuello y sobre el vientre; enemas con conocimiento de quina y vinagre, dos o tres veces al día.

Puedo asegurar que por medio de esta medicación empleada a tiempo, en las primeras veinte y cuatro horas, hemos logrado mis colegas y yo muchísimas curaciones. Pero sucedía con frecuencia, sobre todo en el lazareto, que se encontrase al enfermo en el segundo período de la fiebre y con síntomas ya graves: vómitos, evacuaciones, hemorragias, etc. En tal caso, se daba el extracto blando de quina a dosis elevadas (15 gramos en infusión de raíz de serpentaria 180 gramos) por cucharada cada hora.

Para contener el vómito negro y la licuación de la sangre, los astringentes comunes eran de poca utilidad, y mejor resultado se obtuvo con el percloruro de hierro (1 grama en 125 gramos de vino de Madera con 10 gotas de láudano) a cucharadas repetidas según lo permitía el estómago. Se insistía en los enemas de quina y en las bebidas heladas. Contra los dolores epigástricos: fomentos de agua sedativa, sinapismos; en último caso, un vejigatorio.

En el segundo período, cuando se anunciaban las hemorragias con la debilidad concomitante, era entonces muy eficaz el aceite esencial de trementina por la boca, 4 a 8 gramos en una poción aromatizada, y en lavativas asociado al decoctado de quina. La trementina obra como estimulante y hemostática a la vez para contener la gastrorragia y las deyecciones negras. Muchas curaciones se debieron a este remedio. Mi hijo mayor, niño de 12 años muy robusto, al tercer día de su enfermedad arrojó el vómito negro, las evacuaciones negras, con pulso lento y pequeño, las encías vertiendo sangre, las extremidades frías, el espíritu muy abatido. Su estado era alarmante. Mediante los enemas de trementina, las bebidas con extracto de quina y un régimen tónico, logré el restablecimiento de su salud. En manos de los médicos de Lima, en la epidemia de 1856, el aceite de trementina obró también efectos sorprendentes. Si el sulfato de quinina era el remedio heroico en el primer período de la enfermedad, la trementina lo ha sido en el segundo. (p. 218)

La indicación más importante consiste en despertar y reanimar a todo trance la fuerza vital mal alterada, con el objeto de contrarrestar el movimiento de disolución que se hace en el organismo. Esta indicación se llenaba dando el enfermo caldos cada dos horas y vinos generosos.

En caso de postración profunda de las fuerzas, se prescribía el uso del café, del cognac. Se recurría por fin a los excitantes más enérgicos: a las preparaciones con valeriana, éter, capsicum, al carbonato de amoniaco, a las fricciones con linimentos amoniacales. Contra los fenómenos atáxicos: árnica, alcanfor, almizcle y otros antiespasmódicos.

Sea cual fuere el estado de gravedad del enfermo, no perdía esperanza, porque mediante esta terapéutica se lograron casos desesperados.

De todos los enfermos en que se suprimió la orina, lo digo con tristeza, ninguno salvó. En este estado, parece que todos los resortes de la vida orgánica estuvieran paralizados bajo la influencia de la intoxicación mórbida. La absorción de los medicamentos se hace entonces imposible.

Antes de concluir, añadiré que, tanto en el lazareto de Tacna como en las casas particulares, tuve especial cuidado de mantener alrededor de los enfermos un grande aseo, un aire fresco y frecuentemente renovado; en fin, de no omitir ninguna de las precauciones que prescribe la higiene en un tiempo de epidemia.

Santiago, noviembre 19 de 1869.

La comisión examinadora que suscribe ha acordado la publicación de la presente memoria en los Anales de la Universidad. - W. Diaz. - A. Valderrama. - José R. Elguero. - P. Zorrilla. (p. 219) (**Fuente:** Bobillier, E. (1869)).

4.1.26. André Bresson (1872)

Breve biografía:

Realizo una misión científico-técnica en Sudamérica en la década de 1870 con objetivos de evaluar recursos naturales, yacimientos mineros y caminos. Su viaje por el sur del Perú se enmarca en estas exploraciones vinculadas a minería, geografía y economía.

Descripción:

Desde Tiahuanaco me dirigí hacia el Desaguadero, que crucé por un puente de totora, para internarme en la montaña, donde caminé con dificultad, y sobre todo con frío, porque

estaba congelado por un viento helado que me azotaba la cara. En tres días llegué al paso de Tacora, desde donde, en pocas horas, descendí a Tacna.

Tacna es una hermosa ciudad construida en medio de un oasis, en un país de naturaleza desértica y árida, el verdor que la rodea se debe a un pequeño río que desciende de la montaña a cuyos pies está construida la ciudad.

Las calles de Tacna, que tiene alrededor de 10.000 habitantes, son sumamente animadas; esto se debe a que es sede de un comercio extraordinariamente activo, siendo esta ciudad fronteriza el almacén natural de los productos con destino o procedencia de Bolivia. Es a través de Tacna y su puerto, Arica, conectados por ferrocarril, que se exportan la mayor parte de los productos extractivos de Bolivia, y es también a Tacna que los comerciantes y mercaderes de La Paz, Cochabamba, Oruro, Sucre, Potosí y otras ciudades bolivianas vienen a abastecerse y reponer sus suministros.

Las chacras o chacras, del oasis de Tacna, han tenido el efecto de dar un clima agradable al país. Son fértiles y verdes, y mirándolas uno nunca creería que no hace mucho tiempo estas tierras fértiles parecían destinadas a la eterna aridez. Con el agua se logró este cambio de manera visual, lo que se pudo lograr en gran parte de los desiertos de la costa norte del Perú.

Toda la importancia de Tacna se debe al tránsito boliviano; de hecho, el comercio todavía prefiere el transporte, a lomo de mula, por el paso de Tacora, a la ruta vía Cobija, que implica cruzar el desierto de Atacama, o incluso al ferrocarril de Mollendo, donde el desembarco es tan difícil, donde el ferrocarril funciona mal y transporta cargas elevadas,

donde finalmente los vapores del Titicaca están expuestos a tormentas más peligrosas que las del mismo Océano. (p. 126)

Arica, está separada de Tacna solamente por un valle de unas catorce leguas, por donde serpentea un buen ferrocarril; Es un puerto bien resguardado por una montaña, -el Morro-, todo blanqueado por el guano moderno con que los pájaros lo cubren continuamente.

Al pie del Morro, a unos 200 metros de altitud, se encuentra la ciudad de Arica, o más bien las ruinas de Arica. Antes del terremoto de 1868, Arica, que aún cuenta con 5.000 habitantes, era considerado el puerto más bonito del Perú; Hoy no es más que un montón de escombros entre los que encontramos, aquí y allá, algunos edificios, oficinas o sucursales de las casas comerciales de Tacna.

Gracias a su ferrocarril, Arica es hoy sólo un suburbio de Tacna. Tiene un magnífico muelle de hierro, construido por los constructores franceses señores Eiffel y Cía., y una aduana cuya importancia corresponde al extraordinario movimiento a que da lugar el comercio de Bolivia[80]. (p. 127)

[80] Nota original: El Perú, por el artículo 3 del Tratado de Ancón (octubre de 1883), cedió a Chile, hasta el 28 de marzo de 1894, las provincias de Tacna y Arica. Este territorio limita, al norte, con el río Sama, desde su nacimiento, en la cordillera en la frontera con Bolivia, hasta su desembocadura; y al sur, con la Quebrada y el Río de Camarones.
Una ley chilena del 31 de octubre de 1884 unió las dos provincias en una sola, dividida en dos departamentos: Tacna y Arica, cada uno con la ciudad del mismo nombre como capital.
Véase Segunda Parte, Capítulo II, El conflicto chileno-peruano-boliviano.

Fig. 28. — Tacna. — Indienne aisée des frontières péruvo-boliviennes.

Imagen 32: Tacna, mujer india adinerada de las fronteras peruano-bolivianas.

(**Fuente**: Bresson, A. (1886)).

4.1.27. Santiago Estrada (1873)

Breve biografía:

Según Núñez Hague (2013), Estrada emprendió en 1873 un recorrido marítimo por el Perú que incluyo diversas escalas y posteriores desplazamientos hacia el interior mediante el ferrocarril de Lima a La Oroya. Su viaje respondió al interés por conocer el país y dio lugar a observaciones críticas pero cordiales sobre la realidad peruana de la época.

Descripción:

Un camino de hierro[81] que se extiende por la playa y el costado de las chacras, conduce a la ciudad de Tacna. Esta vía es la salvación de los que, de tránsito para Bolivia, o en viaje para Tacna, alojan en un hotel pomposamente denominado del Universo, pero que debería llamarse del mundo invisible. El sanguinario Broussais y sus secuaces, no han derramado tanta sangre de enfermos, como de sanos han chupado en aquella posta de la muerte los pequeños vampiros. (p. 159)

Los americanos que recorren la América, tienen de común con el gato el cariño por el lugar en que nacieron. Uno de sus ojos, ojo de Heráclito, ve al través de lágrimas todos los pueblos que no son el suyo; el otro, ojo de Demócrito, ve al través de sonrisas todo lo que a su país pertenece, desde el jigote de la mesa hasta el campo de abrojos. La nostalgia que los domina, y que raras veces es la del genio, extiende el amarillento velo de la ictericia sobre los lugares que visitan. Confieso que he desertado de sus banderas. Por más que ame mis pampas, mi hermoso río, mi ciudad y mi hogar, siempre contemplo con ojos desprevenidos lo que encuentro en mi camino de viajero de las montañas y soledades de América. Todo lo bello me sorprende ó fascina, y me arranca palabras justicieras. (p. 160)

A mi derecha, en el corre del ferrocarril, llevaba un compañero que se sorprendió del alborozo con que le señalé, al caer la tarde, en las inmediaciones de Tacna, el fresco paisaje dominado por la cima helada del Tacora, cubierta en ese momento por una nubecilla blanca. El, hombre de arenales y llanuras, creyó que cometería un delito de infidelidad, saludando aquel magnífico cuadro y la nube que lo coronaba, último y helado aliento del

[81] Nota original: Empezado en 1851 y terminado en 1854. Mide treinta y nueve millas.

día, que se condensaba en las alturas, para incorporarse inmediatamente a la eterna nieve de los Andes. (pp. 160-161)

Las cañas de azúcar, los plátanos, los granados y los algodoneros mecidos por el aura de la tarde, parecían inclinarse para dar la bienvenida a los viajeros que entraban en Tacna, y que fueron recibidos en la estación por un numeroso grupo de indios, grandes y pequeños, que se disputaron los equipajes y los abrigos, que en el brazo llevaban los asustadizos de las tercianas.

Tacna, sencilla, aseada y bulliciosa población, lugar de tránsito para los pasajeros bolivianos, y centro comercial de la Paz, entregada en ese día, 2 de Mayo, a la celebración del aniversario del bombardeo del Callao, me recordó los barrios antiguos de la ciudad de Montevideo. Algunas calles angostas dan a conocer el origen moriscohispano de los primitivos pobladores, revelado a las claras por la arquitectura de las casas y las celosías de los balcones. (pp. 161-162)

Los hoteles, holgados, limpios y concurridos; el teatro, sencillo pero cómodo, las tiendas y almacenes, lujosos y provistos, la alameda, estrecha pero bien plantada de álamos y sauces, la inmigración extranjera, y el aseo y compostura de los naturales, preconizan cultura, progreso y cierto grado de riqueza.

El ir y venir de los indios, que charlan y charlan sin cesar; las indias con sus trajes nacionales y sus hijuelos cargados a la espalda; el incesante rodar de carros y coches, y los vendedores de sabrosas frutas y bellísimas flores, imprimen á Tacna un sello particular, que se viene a la memoria con frecuencia después de abandonarla. (p. 162)

Desde la alameda, son visibles el Tacora y los caminos de Torata, Sama y Moquegua. Hacia el Norte empiezan los huertos y las campiñas atravesadas por un río, que dos veces a la semana[82], cuando a la ciudad le llega el turno, pasa por ella a darle lo que a otros puntos acaba de repartir. El pino, el chirimoyo, el granado y el naranjo, ostentan en los alrededores de Tacna una lozanía tropical. A sus plantas, cual amigos de confianza, hermosas rosas de Alejandría, vistosos cactus, cedrones y algodoneros, exponen sus flores, tan diversas en colores como en formas, tan bellas como perfumadas, aguardando, sin esperanza, en aquel certamen de la naturaleza, que alguien conceda la palma a las unas sobre las otras. (pp. 162-163)

Mi guía ponía mucho empeño en hacerme oír la quena; pero desgraciadamente, según me dijo, había sido prohibida por la policía. «Cuando el indio la toca o la escucha, agregó, se apega a ese instrumento, y se desapega de la autoridad». Me explico ambas cosas, porque siempre he creído que la música de la quena, como el baile de los africanos, formado por movimientos de personas que, arrastrando cadenas tratan de romperlas, son reveladores del infortunio de razas esclavas, que se quejan incesantemente de sus implacables opresores. El indio debe tornarse huraño y fiero, cuando la flauta de sus padres evoca ante sus ojos la imagen de su pasada grandeza, ahogada en las ondas rumorosas de la laguna de Manco Capac y Mama Ocllo. (pp. 163-164)

[82] Nota original: Los indios llaman mita a la servidumbre del agua, que se les reparte por horas, como a todos los moradores de Tacna. Las indias, cuando las necesidades de sus plantíos lo requieren, luego que se les ha vencido el plazo, sustraen agua al vecino, formando taco con el propio cuerpo en las acequias. Por este medio, que no da lugar a cabeza de proceso, desvían la corriente en su provecho.

La ciudad de Tacna, además de ser un centro comercial de mucha importancia, es también un centro social, culto y hospitalario. Su población era mayor antes que la fiebre amarilla, reinante en 1869, alejara algunas familias.

Contemplando el nevado Tacora, bañado por la pálida luz de la luna, mi imaginación de viajero recorría la hermosa tierra escondida entre las montañas, en que asienta su planta el coloso, y pensaba que la mayor parte de sus productos yacían sepultados en las minas, las yungas y las selvas, esperando que la industria los arrastrara hasta las riberas del mar lejano.

Bolivia es la tierra del cobre y el hierro, del oro y la plata, del carbón y el salitre, del café y el cacao, del algodón y la caña de azúcar, de la cochinilla y la quina.

Rica como una reina del Asia, sus verjeles contienen las flores de los trópicos y los frutos del Paraíso terrenal. (p. 164)

Meditaba en su fuerza inerte, en su riqueza estéril, mientras el pueblo de Tacna, entregado al regocijo, cantaba himnos patrióticos, cuando una voz amiga, acertando a dar forma a mis pensamientos, vino a revelarme un proyecto grandioso.

Trátase de ligar las orillas del Plata con Bolivia y el Perú, por medio de un ferrocarril interoceánico, denominado «Americano del Sud», que partiendo del Rosario, en el río Paraná, recorra un espacio de trescientas veinte leguas hasta la Quiaca, en la frontera argentina, ciento noventa desde la Quiaca a la Paz, y ciento treinta desde la Paz hasta el mar Pacífico, en el puerto de Mollendo.

De esta línea de seiscientas cuarenta leguas de longitud, están en construcción ochenta y cinco de Mollendo á Puno, y ciento noventa y dos del Rosario a Tucumán. (p. 165)

El camino debe atravesar territorios de diversas zonas, sanos y poblados, sin indios en el plano, ni nieve en las alturas; recorrer las regiones carboníferas de las planicies altas; ser único canal de comunicación y comercio para dos millones de hombres; conducir millares de inmigrantes a Bolivia, dar salida a los productos de Puno y del Cuzco; traer a los mercados del Plata las riquezas de la parte más rica del Pacífico, y estrechar con vínculos inquebrantables tres importantes secciones de la América que fue española, realizando, por medio de la industria, la alianza salvadora rechazada por una política miope. (pp. 165-166)

Los niveles de la altiplanicie boliviana no presentan dificultades. Los puntos más elevados de la vía serían la plaza de Potosí, situada a cuatro mil ciento diez y seis metros sobre el nivel del mar, y la plaza de la Paz, que se halla a los cuatro mil ciento ochenta y nueve metros sobre la superficie del Pacífico.

Como se debe aprovechar la navegación del lago Poopó y el ferrocarril del Cuzco á Mollendo, la extensión del «Americano del Sud» disminuiríase en ciento cuarenta leguas, y el valor de la línea en veinte millones de pesos fuertes. (p. 166)

El costo del camino del Rosario de Santa Fe a la Paz de Bolivia, ha sido calculado por el iniciador del pensamiento, que es el uruguayo don Eduardo de las Carreras, en cincuenta y cinco millones de pesos fuertes, de los cuales corresponderán veinticinco a la parte argentina y treinta a la parte boliviana. (pp. 166-167)

Construido el ferrocarril de San Francisco, roturado el istmo de Suez, perforados los Alpes, terminado el camino de la Oroya, en vía de abrirse el istmo de Panamá, ¿por qué no ha de realizarse esta obra aconsejada por los intereses políticos y económicos de tres naciones?

¿por qué no hemos de ver a Buenos Aires convertido en el último punto de un plano inclinado, por el cual descenderán al Atlántico las riquezas del Perú y Bolivia?

El ferrocarril del Pacífico va a cambiar los rumbos comerciales de tres pueblos hermanos, derramando en los mercados del Plata, los imponderables tesoros de los valles ignorados, de las minas desconocidas y de las selvas vírgenes de los Andes. (p. 167)

Aquellos que en el momento presente se hallan entregados a las rudas labores de la guerra, favorecidos mañana por la paz, se consagrarán con ahincó a esta tarea, ruda también, pero fecunda, recordando que todo afán tiene su corona. (pp. 167-168)

El labrador que cultiva la tierra volcánica de Nápoles, a pesar de la lava y de las cenizas del Vesubio, que a cada momento cubren sus vides, exprime los racimos y llena sus ánforas de vino generoso.

La anarquía no ha de ser más poderosa que la erupción del volcán, ni ha de conseguir ahogar, siquiera momentáneamente, las ideas y las empresas, llamadas a engrandecer los pueblos, que ha tratado de amarrar como bueyes de labor al carro de sus conquistas.

¡Elevemos el corazón al que concedió todos los dones de la naturaleza al Perú y Bolivia, y después de pedirle que les conserve, como el mejor, su gloriosa independencia, hagamos votos porque el ferrocarril Americano del Sud, estreche con brazos de hierro la pampa y las montañas, el mar Atlántico y la cordillera de los Andes! (p. 168) (**Fuente:** Estrada, S. (1890)).

4.1.28. Charles D'Ursel (1876)

Breve biografía:

Visitó el Perú en 1876 durante un viaje diplomático que lo llevo a recorrer Mollendo, Arequipa, Puno y posteriormente las rutas de Tacna y Arica. Su itinerario formó parte de sus funciones oficiales en la región andina, y registro impresiones críticas sobre la situación económica del país. (Núñez Hague, 2013)

Descripción:

> Finalmente, aquí está el Tambo (refugio) de Tacora, y allí, a unos cientos de metros, ¡comienza el descenso! Se recorre un camino en zigzag, sembrado de piedras rodantes y lleno de un polvo atroz levantado por el viento; pero uno apenas le presta atención, tan feliz es sentirse revitalizado al regresar a un clima más templado: por la mañana, temblaba bajo mis ponchos acumulados, y por la noche ya me acomodaba en la puerta de nuestra cabaña para respirar, durante mi sueño, el aire cálido y puro de la noche en el trópico. (pp. 259-260)

> Tacna, construida al pie de la montaña, está rodeada de verdes jardines a los que un arroyo que nace en la Cordillera les otorga una fertilidad beneficiosa. Caminando por sus animadas calles, bordeadas de grandes casas comerciales, bazares y tiendas de todo tipo, se reconoce un importante centro comercial: esta ciudad, aunque ya pertenece a Perú, resulta ser el principal almacén de productos destinados a Bolivia; Aún hoy, para el transporte comercial, la gente prefiere seguir la ruta que acabo de recorrer, en lugar de tomar la larga y costosa ruta ferroviaria que une Arequipa y Puno. (p. 260)

> Europa tiene en Bolivia un vasto campo abierto a sus productos manufacturados de todo tipo, pues, al carecer este país de industria, todo debe provenir del extranjero. El intercambio de estos artículos podría realizarse por plata, cobre, quina, lana y cueros; debo

> mencionar en particular las minas, que quizás algún día se encuentren entre las más abundantes del mundo; pero hoy en día se las conoce de forma imperfecta y se las explota relativamente poco. En este momento, el comercio alemán parece haber comprendido la importancia de un mercado así, donde debe abastecerse todo y donde se exportan tantos productos de alto valor: numerosos puestos comerciales se están extendiendo rápidamente en los principales centros y tienden a absorber, en poco tiempo, todo el comercio de Bolivia. (pp. 260-261)
>
> Dejé La Paz, entregada a un gobierno revolucionario, solo para encontrarme en Perú durante la revolución! En Tacna, los habitantes se preguntan con ansiedad si la ciudad será saqueada por Piérola, un líder insurgente que, tras salir de Arequipa con un puñado de hombres, acaba de tomar Moquegua, ubicada a unas veinte leguas de aquí. El ejército regular lo persigue, y se teme que el rebelde venga y requise dinero de las cajas fuertes de los principales comerciantes para apoyar sus intereses y poder mantener la campaña por un tiempo.
>
> Pero no esperaré estos acontecimientos; la gente finalmente se está cansando de los pronunciamientos, y me preparo para partir hacia Arica, desde donde un vapor costero me llevará al Callao. (p. 261) (Fuente: D'Ursel, C. (1879)).

4.1.29. Charles Wiener (1877)

Breve biografía:

Llegó al Perú en 1875 como enviado oficial del gobierno francés para estudiar antigüedades, recursos naturales y geografía. Su recorrido por el sur del Perú formó parte de esa misión diplomático-científica.

Descripción:

La última excursión a la pequeña ciudad de Tacna[83], depósito de mercancías que, por las alturas del lugar, se transporta directamente a La Paz, me hizo conocer una ciudad encantadora, de carácter europeo, habitada en su mayor parte por comerciantes de nuestro continente, en medio de una población de negros, mulatos e indígenas.

Imagen 33: India casada de Tacna.

[83] Nota original: Almagro, al volver fue probablemente el primer europeo que pasó por esta región. Debió descubrir entonces Pisagua, Camarones, Arica, Tacna, Sama, Locumba y Tambo antes de llegar al sitio llamado Arequipa.

¿Es que el bien humor que experimentaba por el termino de mis trabajos me hacía ver todo a través de cristales color de rosa, o bien la ciudad de Tacna es superior a todo lo que había visitado en las zonas altas? Lo cierto es que la plebe, bien adiestrada por la población rica, es cortés, limpia y casi coqueta en su atuendo. Cerca de la ciudad, al borde de una alberca, asistí a un espectáculo natural entre nosotros, inaudito en el Perú: mujeres que se bañan. Eran dos negras de trece y catorce años. Si se considera que los indios no se lavan jamás, y que contagian este mal hábito a los negros que los rodean y a las mezclas colaterales, la cosa era para asombrarse. Mi sorpresa aumento cuando advertí que mi presencia no asustaba a las ninfas negras, y que proseguían a mi vista sus caprichosos retozos con ingenuo impudor. Como estaba acompañado por mi cámara fotográfica, por la intención de tomar una vista panorámica de Tacna, resolví aprovechar la ocasión. A cambio de unas monedas y de dos collares de perlas rojas, obtuve de las Venus de ébano permiso para «apuntarlas con mi objetivo». (p. 479)

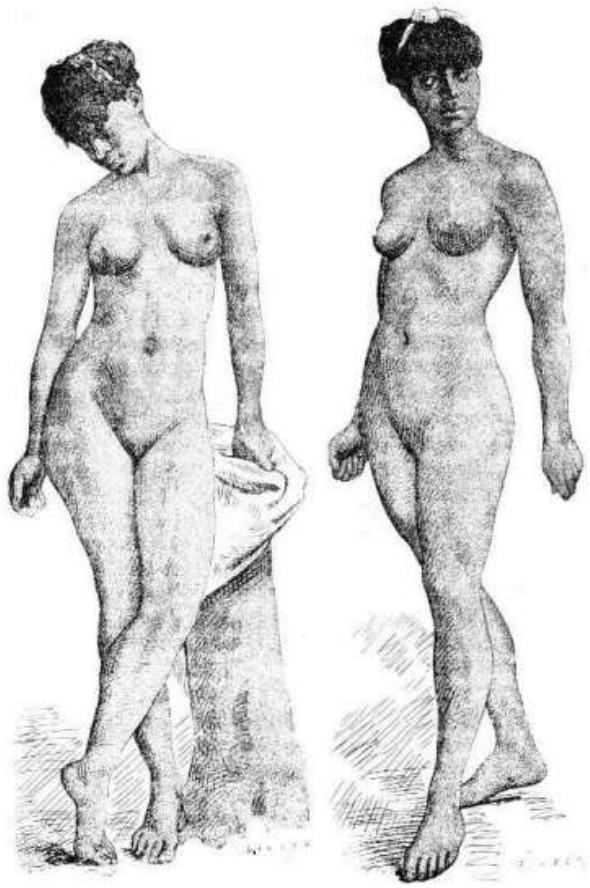

Imagen 34: Negras rabonas, mujeres soldados de la guarnición de Tacna.

Al día siguiente entregué, a cada una, la copia que me habían solicitado, y lamentare siempre que mi inmediata partida no me permitiese saber a que Marte negro, con pantalones colorados, miembro titular de la guarnición de Tacna, estaba destinado el precioso retrato.

Las indias, más blancas de tez que las de la mayor parte de las tribus que yo he visto, recuerdan por su vestido la ropa pintoresca de las napolitanas. Me lleve, pues, una última impresión simpática de esta raza en medio de la cual acababa de pasar tantos meses. Dos días más tarde, me encontré a bordel del Eten, que me condujo a Lima.

Alimentado, en este barco inglés, con roastbeef sangrante, papas y legumbres sancochadas, y tomando té en cantidades, podía creerme ya en esa Europa a la que debía dirigirme en pocos días. (p. 480)

Imagen 35: Mulata casada de Tacna.

Imagen 36: Tocado de india de Tacna

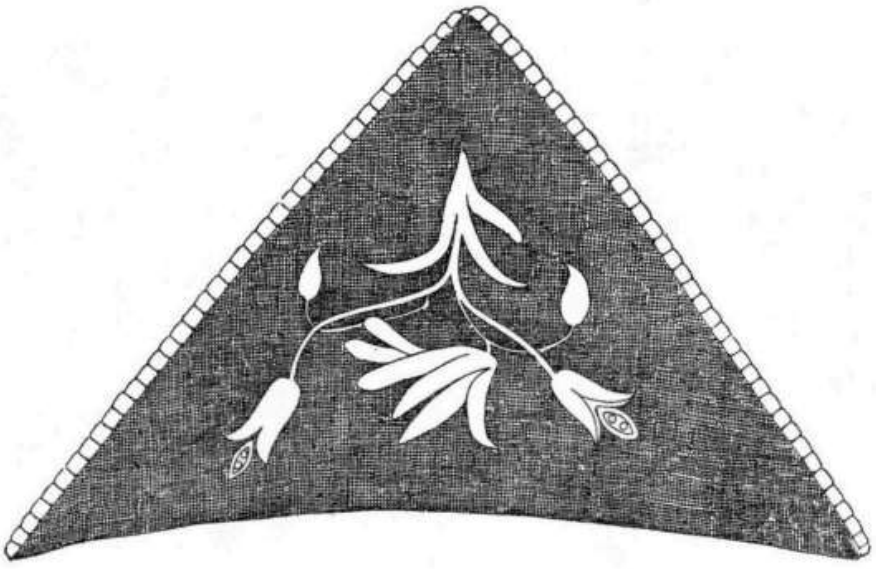

Imagen 37: Paño, tela con que se cubrían las indias de varias regiones, y se cubren indias de hoy. Tacna. Ayacucho.

(p. 706) (**Fuente:** Wiener, C. (1992)).

4.1.30. William Taylor (1878)

Breve biografía:

Viajero y predicador metodista estadounidense del siglo XIX. Su paso por el sur peruano corresponde a sus labores misioneras y educativas en distintos países de Sudamérica.

Descripción:

ARICA Y TACNA.

El 8 de enero, atravesamos la turbulenta servidumbre de Mollendo y embarcamos en el vapor Ayacucho, de 2.200 toneladas, y en quince horas fondeamos en la rada de Arica, 900 kilómetros al sur del Callao. Presento mis documentos al Geo. H. Nugent Esq., cónsul británico y estadounidense, un hombre alto, imponente y de buen aspecto. Me recibe muy amablemente, pero no ve ninguna esperanza de contratar ni a un maestro de escuela ni a un predicador en Arica, y considera imposible que haga algo en Tacna. Me asalta un pensamiento: «Será mejor que no pierda el tiempo aquí, sino que regrese al vapor y me dirija a Iquique, el siguiente punto en mi lista de lugares por visitar»; pero habiendo oído en el Callao que los comerciantes de Tacna eran una clase de hombres emprendedores y nobles, no podía consentir en pasar de largo sin esforzarme por hacerles un bien. (p. 116)

No había tren a Tacna hasta las 3 p. m., y con varias horas libres por delante, debía hacer algo; así que, bajo el calor abrasador de un sol tropical, con la arena caliente casi quebrando el cuero de mis zapatos, subí una montaña con vistas al mar. Su cima me sumerge en la influencia de los vientos alisios del suroeste que soplan a diario por esta costa. ¡Qué refrescante para el viajero cansado! Aquí tenemos una magnífica vista de las lejanas alturas de los Andes y el desierto que las separa. Bajo nuestros pies se encuentra la ciudad de

Arica, con una población de unos 3000 habitantes. Contamos cinco calles principales en ángulo recto desde la costa, interceptadas por aproximadamente la misma cantidad. A unas tres millas al norte, en una llanura árida, vemos el vapor de guerra estadounidense Wateree. Como maravilla en esta tierra desértica, en el límite norte de la ciudad vemos unas pocas hectáreas de huerto cubiertas de hortalizas y una variedad de árboles frutales tropicales. Las aguas filtrándose de un río invisible, que busca un paso subterráneo desde las montañas hasta el mar, son captadas mediante pozos y aprovechadas por los jardineros. (p. 117)

Las casas y los patios son, como es habitual en este país, de estilo oriental, construidos con adobes y ladrillos secados al sol, la mayoría de ellos de una sola planta. Entre las excepciones a este tipo de edificios se encuentra la gran mansión de dos plantas del Sr. Alexander McLean, construida con piedra labrada. El Sr. McLean es un caballero escocés que ha residido aquí más de cuarenta años; su esposa es un magnífico ejemplo de dama nativa, de carácter robusto y vigoroso, que, a pesar de ser una abuela anciana, luce la frescura y el vigor de una joven escocesa. Estos son los distinguidos cabezas de una numerosa y respetable familia que reside en esta región. (pp. 117-118)

[…]

A las 3 p. m. del 9 de enero, tomé el tren a Tacna, a treinta y nueve millas de distancia, a una altitud de 2000 pies sobre el nivel del mar. Un viaje caluroso y polvoriento por el desierto, hasta que divisamos a lo lejos los verdes jardines y huertos de Tacna. (p. 127)

Es un pueblo de unos 14 000 habitantes. Arroyos vivos, frescos de los Andes, fluyen por algunas de las calles principales y riegan los viñedos y huertos vecinos; es un oasis en el desierto. (pp. 127-128)

Llegamos a las 6 p. m. Tenía una carta de presentación de nuestro cónsul en Arica para el Sr. A, de Tacna, así que contraté a un muchacho para que llevara mi maleta y me acompañara a su casa. Apenas habíamos recorrido unas pocas varas, cuando mi porteador contrató a un muchacho más pequeño para el transporte, mientras que él, como contratista original, debía hacer el papel de caballero y cobrar una tarifa para él y otra para el pequeño cholo que llevaba la carga. Al llegar a un hotel, dejé mi equipaje, salí del pueblo y encontré al hombre que buscaba. Le di la carta y le expliqué el propósito de mi misión. Fue amable, pero bastante incrédulo. Estaba convencido de que no podía hacer nada en Tacna, así que lo dejé y regresé al hotel. Durante la cena conocí a un joven inglés e intenté averiguar cuántas familias angloparlantes residían en el pueblo y cuáles eran las perspectivas de trabajo educativo. No pudo animarme. Más tarde, por la noche, caminé hacia la plaza, donde muchos caballeros y damas paseaban, y otros descansaban en los bancos públicos preparados, esperando a los cansados; así que me senté en uno junto a un alemán, quien me informó que había algunas familias inglesas y muchas alemanas en Tacna, y creía que una buena escuela inglesa era una de las grandes necesidades de la ciudad. Me alegré de encontrarme con ese alemán; me hizo bien. (pp. 128-129)

Regresé y me acosté a las 9 p. m., pero no a dormir. Fue una de esas noches de visiones despiertas como las que solía tener en Bombay, cuando Dios le reveló su camino a su pobre siervo ignorante. No me refiero a visiones milagrosas, sino a una manifestación inteligible de la voluntad de Dios, mostrándome el camino del deber a través de regiones inexploradas donde no había señales ni árboles que indicaran el camino correcto. Las revelaciones de esa noche ampliaron mi campo de operaciones, redujeron mi trabajo y acortaron mi estancia por el momento en Sudamérica, de modo que tuve que regresar a Nueva York a principios

de mayo de este año. Mi camino se amplió tanto que pude enviar buenos maestros de escuela donde los predicadores no serían recibidos en absoluto; mi trabajo se redujo, de modo que en lugar de quedarme plantando iglesias, como hice en la India, primero envié hombres a sentar las bases; luego, después de un período de años, regresé a construir; el tiempo se acortó al extender rápidamente mi trabajo preparatorio a lo largo de la costa y apresurarme a casa para encontrar y enviar a los trabajadores. (pp. 129-130)

Tacna iba a ser mi primer paso desde la antigua línea de trabajo puramente evangelizador hacia la nueva línea de trabajo escolar, donde nada más es posible por el momento. Lo tenía todo planeado antes de la mañana, y por lo tanto, lo primero fue escribir mi propuesta para que los comerciantes de Tacna fundaran una escuela inglesa. La expliqué claramente, para que pudieran ver el objetivo y la manera de lograrlo de un vistazo, y no tuvieran que hacer nada más que suscribir los fondos y firmar los documentos. Entré en la sala de café y me senté junto a un joven que pensé que podría entender inglés. Descubrí que era un caballero inteligente de ascendencia francesa, pero nativo de Minnesota. Fue mi hombre providencial por el momento. (p. 130)

Le expuse mi caso y me dijo: «No creo que pueda hacer nada en Tacna, pero el hombre al que debería ver es el Sr. Wm. Hellman. Si logra que vea como usted, tendrá éxito. No vendrá a su oficina hasta las 11 de la mañana; pero ahora mismo voy al centro y le mostraré su negocio». (p. 130-131)

A la hora señalada, me presenté ante el Sr. Hellman, le expliqué mi objetivo y le mostré mis propuestas por escrito.

Me respondió: «Es algo muy necesario aquí; pero todo el país está muy desmoralizado y me temo que no se puede hacer nada».

Bueno, mi querido señor, no está usted preparado para dejarlos a todos en manos de los viejos sin al menos un esfuerzo más por la educación de la nueva generación. Si logra dar una buena educación y una buena formación moral a un niño de los miles que andan sueltos por aquí, podría ser el hombre ideal para elevar este país a un nivel superior. Lo que propongo, además, no es como una gran aventura ferroviaria, que implica un desembolso arriesgado de fondos, sino una empresa muy económica, con la promesa de grandes beneficios para el bien del país.

«He traído institutrices de Inglaterra en diferentes momentos, pero se desaniman y no sirven de mucho». (p. 131)

«Ahora, por último, mejor intenta que un estadounidense vivo te ayude a fundar una buena escuela de inglés en Tacna». (pp. 131-132)

«Pero no soy el hombre indicado para liderar semejante movimiento; deberías acudir al Sr. Outram».

«Muy bien; si el Sr. Outram lidera, ¿lo seguirás?»

«Sí, haré mi parte».

«¿Voy solo a atender al Sr. Outram, o me acompañas?»

Para entonces, ya se había puesto el sombrero y dijo: «Ven, vámonos».

Justo afuera se encontró con el banquero, el señor Don Basadre, y comenzó a explicarle el proyecto. Le dije: «Que venga». Así que vinieron, y me presentaron al señor Outram, un

príncipe comerciante. Mi amigo, el señor H-, me ahorró la molestia de contar mi historia, exponiendo él mismo el caso y defendiéndolo con elocuencia.

Al cabo de unos momentos entró el señor Jones, y el señor H- le dijo: «Señor Jones, ¿recuerda que el otro día hablábamos de la gran necesidad de una escuela inglesa en esta ciudad y estábamos pensando cómo lograrla? Aquí tenemos a un caballero tan generoso que ha venido a ayudarnos precisamente en esto». (p. 132)

El Sr. O. - dijo: «¿Cuánto tiempo puede quedarse con nosotros?»

«Espero regresar a Arica mañana por la mañana».

«Hoy es nuestro día de correos para Bolivia, y todos estamos muy ocupados, pero nos parece bien su propuesta y creo que le escribiremos una respuesta favorable a Valparaíso, si eso le parece bien».

«Gracias, señor, con eso basta, si no puede hacerlo mejor; pero este es un caso muy sencillo, que no le consumirá mucho tiempo, y mi éxito aquí me ayudará a abrirme camino a lo largo de la costa».

No respondió, sino que tomó su pluma y firmó el convenio.

Entonces el Sr. Jones firmó. Mientras tanto, el Sr. H- hizo una alusión a California y dijo que vivía en San Francisco en 1853.

«¿Recuerda a un hombre llamado Padre Taylor, que predicaba todos los domingos por la tarde en la plaza a las masas?»

«Sí, recuerdo muy bien al Padre Taylor». (p. 133)

«Ese mismo Padre Taylor ha venido ahora a ayudarles aquí en Tacna». Nos levantamos y nos dimos la mano como viejos amigos. Así que procedimos y completamos nuestros preparativos en aproximadamente media hora más. Solicité una suscripción de 30 libras esterlinas para pagar el pasaje de un hombre soltero de Nueva York a Tacna, y una garantía de 100 dólares mensuales para su manutención hasta que la escuela pudiera autofinanciarse al menos hasta esa cantidad. Ocho generosos caballeros firmaron los documentos, comprometiéndose voluntariamente a dar 90 libras esterlinas para el pasaje y una garantía de 200 dólares mensuales para un profesor y una profesora, un buen hombre y su esposa; nuestro compromiso cubriría un período de al menos tres años. (pp. 133-134)

Tacna mantiene un importante comercio con Bolivia, principalmente de lana y cobre, transportado a través de la cordillera cercana de los Andes a lomos de llamas y mulas. La llama lleva una carga de cien libras, la mula, trescientas libras. Arica es el puerto de entrada, y sus listas de importaciones y exportaciones dan una idea de la fuerza de esta corriente comercial.

Sus importaciones consisten en algodones, lanas, linos, sedas, muebles, artículos de ferretería, loza y cristalería, provisiones para petroleros, vinos, licores y aguardientes de malta, y medicinas. (p. 134)

Las fuentes y el valor de estas importaciones para 1876 son los siguientes, en monedas de plata:

Chile		$116,652 48
Francia		545,995 99
Alemania		455,325 35
Gran Bretaña		686,800 77
Estados Unidos		116,652 48
	Total	$1,854,171 08

Las exportaciones de Arica consisten principalmente en corteza peruana, mineral de cobre, mineral de estaño, estaño en barras y lingotes, lana de oveja, lana de alpaca, llama y vicuña, café, tabaco, aguardiente, cueros y pieles en gran variedad, etc. El valor total en dólares de plata para 1876 asciende a $4,816,686.09; más de la mitad de esta cantidad correspondía a lingotes y monedas de oro y plata. Agradezco la generosidad de nuestro Cónsul por estos hechos. Perdió $50,000 —todo lo que poseía, excepto un terreno— por el terremoto de 1868. Con una familia numerosa que mantener y educar, que ahora contaba con doce hijos robustos y saludables, decidió cavar un hoyo en el terreno de su propio pueblo y «compensar con agua dulce lo que había perdido con la sal». Felizmente, encontró el «río invisible», que mandó abundantes suministros de agua clara y pura, ya filtrada por su filtración a través de los escombros y la arena. Fundó una compañía de agua con un capital de 200.000 dólares. Emplean dos vapores para transportar agua ciento ocho millas al sur, hasta Iquique, y a otros puertos secos aún más remotos. Antes de esto, Iquique dependía de la destilación de agua dulce a partir de agua salada, que se vendía a ocho centavos el galón. Arica la entrega a los ibicencos a dos centavos el galón. (pp. 135-136)

El tanque de agua de Iquique tiene una elevación de sesenta y siete pies y contiene mil toneladas de agua. Aunque el Sr. N. extrae el agua de su propio terreno, debe pagar al

municipio un impuesto de $4,000 anuales y $964 de derechos portuarios para su extracción, y paga a Iquique $1,200 anuales de impuestos para su entrada; sin embargo, el negocio genera buenos dividendos. Me prometieron un pasaje en el vapor María Luisa, del capitán Wm. Taylor, a Iquique el viernes 11, y de ahí mi prisa por regresar de Tacna; pero dicho vapor no zarpó hasta el lunes por la tarde, así que tuve que pagar $1 por noche por un alojamiento precario y esperar pacientemente. Sin embargo, fui recibido en la mesa por nuestro amigo consular y su amable familia. Que Dios los bendiga. Las obras ferroviarias del ferrocarril de Arica y Tacna, destruidas dos veces en nueve años por maremotos, se han trasladado recientemente a Tacna, a dos mil pies sobre el nivel del mar, donde esperan no sufrir más molestias del mar. (pp. 136-137)

P. D. - Nueva York, 5 de junio de 1878. Fieles a su compromiso, mis príncipes comerciantes de Tacna enviaron los fondos para el pasaje, y he designado al profesor Alexander P. Stowell, a la Sra. Stowell y, además, a un profesor de música para fundar la escuela. Zarpará de Nueva York hacia Tacna el 30 de este mes. (p. 137) (**Fuente:** Taylor, W. (1878)).

4.2. Contrastación de hipótesis

Viajero	Caminos, clima y paisaje:	Agua, riego, agricultura y minerales:	Elementos etnográficos y arqueológicos:	Costumbres, religión, gastronomía y vestimenta:	Gente, comercio y arquitectura:	Epidemias, terremotos y otros eventos:
General William Miller (1821)	- Sama/Morro Sama (pp. 123-124): Paisaje: desierto, «mar de arena sin marcas de vegetación», escarpado, subida de tres millas. Agua: pozo salobre, «escasamente había para media docena de hombres». Clima: sol «fuerte y abrazador» que agotó a los soldados.	- Sama (p. 123): Agua: presencia de agua suficiente para restablecer a la tropa (no se menciona riego). - Mirave (pp. 126-129): Agua: arroyo que corre por el valle. Agricultura: tierras cultivadas, «cercas», viñas espesas.			- Tacna (pp. 124–126): Población: «cuatro mil almas». Comercio: en aduana se hallan mercancías: crespones de Cantón, géneros de la India, vinos y aguardientes franceses, cerveza inglesa. Descubren fraudes comerciales con documentos falsos (pp. 124–125).	Enfermedades/epidemias: soldados con «calenturas intermitentes» (fiebres) antes de desembarcar en el Morro de Sama (p. 123).

	- Buena Vista (p. 126): Paisaje: «romántico sitio al pie de la cordillera». Clima: «sensaciones de un tiempo casi de invierno». - Mirave (pp. 126-128): Paisaje: valle con arroyo; cercas, viñas, malezas. Camino: incluye el «Mal Paso», bajada estrecha entre precipicios. - Sitana (p. 134):				Gente: mezcla de patriotas, realistas y comerciantes ingleses implicados en fraudes. - Locumba (p. 131): Gente: habitantes «amantes de la causa de su patria» que dan raciones. - Sitana (p. 134): Arquitectura: «doce chozas».	

	«pueblo que se compone de una docena de chozas».					
William Bennet Stevenson (1821)	El viajero describe que las tropas desembarcan en Arica, marchan doce leguas hasta Tacna, donde toman posesión de la ciudad, y luego avanzan hacia Moquegua, teniendo un encuentro en Mirave. Finalmente, Lord Cochrane baja a Ilo para unirse al cuartel general de Miller.	Se la describe como situada en un valle fecundo, lo que sugiere abundancia de agua y buena irrigación natural. (p. 152–153)			- Arquitectura: se mencionan casas grandes, cómodas y bien amuebladas, algunas con pianos, lo que indica cierto nivel cultural y económico. (p. 152–153) - Comercio: la principal fortuna de los habitantes consiste en rebaños de mulas dedicadas al transporte de mercancías entre Arica, el Alto Perú y Lima.	Se describe el bombardeo y la ocupación militar de Arica (pp. 149–150). Se menciona la toma de Tacna sin resistencia (p. 150). También se narra un enfrentamiento militar en Mirave entre las tropas patriotas de Miller y las realistas del coronel Sierra (p. 151).

	- Clima y paisaje: Tacna, se encuentra en un valle grato y fecundo, con un aspecto más riente (alegre y verde) que Arica. (p. 152–153)				Se compara el vínculo Tacna–Arica con el de Piura–Paita, resaltando la relación comercial entre puerto y ciudad interior. (p. 152–153)	
Jean Lartigue (1822)	- Morro de Juan Días: Paisaje: se ve desde Arica hacia el N.O. ½ O. Forma una punta redonda, poco saliente. Hay peñascos muy cercanos. (pp. 20–21) - Morro de Sama:					

	Paisaje: la costa entre Morro de Juan Días y Morro de Sama es elevada. El Morro de Sama es una punta redondeada, más alta y más saliente que Juan Días. Está rodeado de rocas cercanas a la orilla. (p. 21)					
Capitán Joseph Andrews (1825)	El viajero recorre una sucesión de montaña y valle rumbo a Tacna, avanzando por una garganta profunda donde la luna	- Tacna: Describe el riego como modelo de industria e ingenio indígena: el agua del río que bordea la ciudad se distribuye	En el desierto, el viajero menciona haber visto numerosos cementerios antiguos cerca de donde crece	- Tacna: Al llegar presencia los festejos por el aniversario de la batalla de Ayacucho, con fuegos artificiales en la plaza, una	- Tacna: Se señala que tenía unos 7000 habitantes, de los cuales una tercera parte eran indios (p. 217).	

	ilumina parcialmente el camino (p. 209). Al pasar por el desierto, describe el paisaje árido, con terrenos planos, médanos, rocas y escasa vegetación. (p. 210). Observa matas globulares de musgo, junquillos y una zarza espinosa en forma de bola (p. 210). Nota la presencia de la tola, una planta resinosa usada por los indios para	mediante acequias y canales menores, con turnos fijos y un uso riguroso para evitar el desperdicio (p. 218). Menciona que los indios pagan un canon anual de agua, administrado por dos caciques; el primero recibe toda la corriente el jueves y el segundo por la noche (p. 218). Las principales producciones agrícolas son maíz, alfalfa, papas, algodón (en pequeñas cantidades), higos,	la planta tola (p. 210). Supone que en torno a esos antiguos cementerios existieron ciudades hoy desaparecidas, posiblemente destruidas por los remolinos de arena (p. 211).	comida oficial, y un baile organizado por los ingleses (p. 216–217). Describe la diversidad racial de los asistentes como «grupo abigarrado de mestizos», comparándolo con las reuniones mineras de Potosí (p. 217). Critica los modales en la comida, mencionando que la gente comía con desorden y sin ceremonia, incluso guardando comida en los bolsillos (p. 217).	Comenta que había una fuerte presencia inglesa, tanto que la ciudad le parecía «más colonia inglesa que española» (p. 216). Destaca la actividad comercial, con muchos interesados en minas y exportación de guano (p. 217–218). Indica que se emplean más de 50 buques en el comercio del guano, transportado desde las islas de barlovento (p. 217–218). Menciona que los indios son industriosos,	

	tintura y para hacer fuego (p. 210). También describe los remolinos de arena del desierto, que levantan columnas verticales de polvo acompañadas de un ruido aturdidor y zumbante, lo que le causa incomodidad durante el trayecto (p. 211). Más adelante, al salir de Tacna hacia Arica, menciona una ruta de cerros arenosos, sin vegetación alguna,	melones, peras, uvas, bananas, naranjas, granadas y legumbres (p. 217–218). La tierra se concede por «topos» (70 x 25 yardas), y los terrenos más valiosos son los que tienen viñas, caña de azúcar y olivos (p. 218). Sugiere que el valle de Tacna podría ser mucho más fértil si se completara un canal desde el arroyo de Ancomarca (p. 218). En cuanto a minerales, menciona que los cerros cercanos		Asiste a misa el domingo siguiente, observando la ausencia de platería y candeleros, pues habían sido usados por los proveedores militares (p. 217). Describe el paseo vespertino de los tacneños, en un cauce arenoso cubierto de vegetación (vides, palmeras, granados, bambúes e higueras), usado como retiro y abrigo del sol (p. 217–218).	vigorosos, limpios y decentes, con viviendas cómodas, en comparación con los del Alto Perú (p. 218–219). Gracias a la proximidad al puerto y al comercio marítimo, los tacneños tenían acceso a mercancías británicas, y aun en ranchos del desierto se veían utensilios de fabricación inglesa (p. 219). Las tierras agrícolas y propiedades con viñedos o caña de	

	con intenso calor solar (p. 221).	abundan en azufre, y que el viajero tuvo tratos relacionados con minas de estaño en Oruro (p. 218). - Sama: A ocho leguas, produce algodón de primera clase (p. 219). - Locumba: A dieciocho leguas, es fértil y célebre por sus viñedos y caña dulce, con producción de espíritus (aguardiente) y chancaca (p. 219–220).			azúcar eran las más rentables (p. 218–219). - Los valles de Sama y Locumba: Sostenían un comercio activo con el Alto Perú, especialmente mediante el transporte de vino y aguardiente por mulas y llamas (p. 220).	
Heinrich Witt (1828)	- Tacna (1828): Paisaje: árido desierto arenoso;	- Tacna (1846):	- Tacna (1846): Cementerio británico o protestante, con	- Tacna (1828):	- Tacna (1828):	

	poca vegetación; aspecto miserable de las casas (pp. 266-267). - Sama (1828): Calor sofocante y muchos insectos (pp. 271-272). - Sitana (1828): Viento fuerte por las tardes que refresca la temperatura; por la noche no hay brisa (p. 272).	Riachuelos abastecían Tacna solo cuatro días por semana. El agua se absorbía totalmente antes de llegar al mar (p. 542). Riego: irrigaban fincas lejanas, pero el agua no alcanzaba más allá (p. 542). Agricultura: se cultivan algunas tierras con árboles y arbustos. Se menciona plantas de algodón (p. 544).	muros de barro encalado (p. 544).	Religión: patrono de Tacna: San Pedro (p. 266). Solo había una iglesia (p. 266). Gastronomía: chupe preparado durante el regreso por Sama (p. 271-272). - Tacna (1846): Costumbres: hay bailes, visitas sociales, cenas; vida social activa entre extranjeros (pp. 543-545).	Gente: población aproximada: 5000 habitantes (p. 266). Muchos extranjeros (ingleses) residentes: Atherton, Swinburne, Martindale, Hegan, Wilson, etc. (pp. 268-270). Comercio: varias casas comerciales de ingleses y alemanes: Huths Gruning & Co., Withington Crooke & Co., Hegan Hall & Co. y Gibbs Crawley & Co. Arquitectura: casas de adobe, encaladas, tipo chingana arequipeña,	

					techos pintados (p. 266). Pocas casas respetables, habitadas por extranjeros (p. 270). No había plaza mayor (p. 270). - Tacna (1846): Calles largas y bien pavimentadas. Algunas casas de dos pisos con puerta grande y sin ventanas, pisos de barro (p. 542). Cementerio británico (p. 544). Teatro improvisado como granero, con	

					andamios y velas (pp. 544-545).	
Alcides D'Orbigny (1830)	- Tacna: Llegada desde Arica, atravesando: río de Arica (aguas claras, camarones) (p. 947) Pantano y dunas móviles (p. 947) Desierto arenoso sin vegetación por 12 leguas (p. 947) Quebrada de los Gallinazos, Quebrada del Escrito, Quebrada de los Malos Nombres (p. 948)	- Tacna: Depende totalmente del riego artificial (p. 951). Administración compleja para distribuir el agua entre la ciudad y los villorrios (p. 951). El agua corre solo dos horas por el río cuando toca a la ciudad (p. 951). Proyecto de desviar el río Uchusuma/Ancomarca para Tacna (p. 951).	- Pachia: Mención de chanchillos de la India criados junto a las casas (p. 954). - Palca: Apachetas a lo largo del camino (pp. 955–956). Piedras esculpidas con figuras humanas, soles, llamas, perros (p. 955). Chulpas numerosas alrededor del villorrio (pp. 957–958).	- Tacna: Domingos: misa; permite observar población (p. 951). Mujeres: falda amplia de lana, cabellos en múltiples trencitas, sombrero blanco boliviano (p. 952). - Palca Indígenas guardan majadas, silban (p. 958). Tropas de llamas guiadas por mujeres y niños; hábitos de carga y descanso (pp. 958–959).	- Tacna: Población: 10 a 12 mil habitantes, muy mezclada (español, indígena, africana) (p. 951). Comercio: las mercaderías de Arica se negocian en Tacna antes de descargarse (p. 949). Casas consignatarias: francesas, inglesas, alemanas, peruanas (p. 949). Arquitectura: calles anchas y empedradas; casas blancas de un	

	Cuesta de Muelles y Quebrada de Muelles (p. 948) Paisaje: valle fértil en su parte central; alrededores áridos (p. 949) Clima: muy intenso a mediodía, brisa fría por la tarde. Muy sano; término medio entre cálido y templado (pp. 950–951) - Pocolualle [Pocollay]: Paisaje: casas en parte sobre loma estéril y otras junto al río, zona cultivada.	Agricultura: melones, sandías, pimientos, alfalfa, algodón, vid, banano, olivo, granado (pp. 949–950). Minerales: sal marina bajo la arena (p. 948). - Pocolualle [Pocollay]: Tiene vegetación y cultivos por el río (p. 953). - Calana: Valle bien regado; agricultura activa (p. 953). - Pachia: Campos cultivados alrededor del río (p. 953).	Chozas antiguas redondas de tierra y ramas, tipo época prehispánica (p. 958). - Tacora: Costumbre de apachetas con significado religioso (pp. 960–961). Montículos de piedra para comprobar la fidelidad conyugal (pp. 961–962). Chacu incaico descrito históricamente para caza de vicuñas (pp. 963–964).	Costumbre de apachetas vinculada a agradecimientos y oraciones (pp. 955–956). - Tacora: Aymaras usan señales de piedra «de fidelidad» (pp. 961–962). Pastores muy ágiles; vida en altura (pp. 962–963).	piso con techos inclinados, sin lluvia (pp. 949–950). - Pocolualle [Pocollay]: Casas sencillas; agricultores y arrieros (p. 953). - Calana: Caseríos agrícolas (p. 953). - Pachia: Agricultores y arrieros (p. 953). Casas dispersas, cabañas de caña, chozas pobres (p. 953). - Palca:	

	- Calana Vegetación: sauces altos, cultivos. - Pachia «Hermoso villorrio», valle fértil junto al río (p. 953). Montañas abruptas, vistas al Tacora nevado (p. 954). Torrente de Calientes y entrada a la torrentera de Palca visibles desde allí (p. 954). - Palca: Paisaje árido, montañas secas, sin vegetación al inicio (p. 955).	Aguas termales en la torrentera de Calientes (p. 954). - Palca: Pequeños campos irrigados en el fondo de la quebrada: alfalfa, maíz, papas (p. 956). Agua de riego llega por canales desde la cordillera (p. 956). - Tacora: Río de Azufre baja del Tacora, saturado de sulfatos; animales mueren al beberlo (p. 962). Eflorescencias aluminosas y salinas			Último poblado de la ladera occidental de los Andes (p. 957). Tambo para viajeros; casas dispersas; agricultores (p. 957). - Tacora: Poblado: 10–12 casas con capilla; habitantes pastores de llamas (p. 963).	

	Luego aparecen cactus, flores, plantas en zonas húmedas (p. 956). Palca está en anfiteatro, orilla izquierda de la quebrada (p. 957). - Tacora: En la cordillera: nieve perpetua, planicies amplias (pp. 960–961). Valles con llamas y pastores (p. 964). Vicuñas numerosas (pp. 963–964).	en la zona (pp. 962–963). Posible actividad volcánica antigua por presencia de azufre (p. 962).				
Franz J. F.	- Tacna: Ruta: llega a Tacna desde la costa	- Tacna:	- Tacna: Etnográfico: comercio de lujos	- Palca:	- Tacna: Comercio: venta de artículos de lujo	

Meyen (1831)	(Arica), porque el barco debía permanecer en Arica y luego subir a Islay. Desde Tacna inician viaje hacia la Cordillera y el lago Puno. (p. 443) Clima: «El cielo estaba tan puro y claro… los rayos del sol muy poderosos». (p. 444) Paisaje: valle del río Tacna, media legua de ancho, rodeado de cordilleras desnudas. Vegetación muy escasa cerca del río. (p. 444)	Agua: el valle tiene un río con escasa vegetación. (p. 444) Riego: acequias pequeñas cerca de Caleo que riegan árboles frutales. (p. 444) Agricultura: olivos, higueras, granados, maíz y papas en pueblos cercanos. Minerales: se comercializa cobre nativo de Corocoro. (p. 441) - Caleo [Calana]: Agua: pequeñas acequias rodeadas de	bolivianos; presencia de extranjeros. (pp. 441–442) - Palca: Etnografía: indígenas tratados como esclavos, retenidos por monjes franciscanos. (p. 449) Niños «traídos desde la meseta» y retenidos. (p. 449) Arqueología: torres cuadradas llamadas «Casas del Rey»; posiblemente bultos de piedra incaicos. (pp. 448–449)	Costumbres: músicos se tiran al suelo a tocar (p. 449). Esposos se tratan como «Señor / Señorita», incluso casados. (p. 449) Religión: Monasterio franciscano. (p. 448) Gastronomía: chocolate y cordero asado en el camino (p. 446).	bolivianos (filigrana en plata, mantas bordadas). (pp. 441–442) Precios elevados: papas vendidas por unidad; café carísimo. (p. 443) Gente: comerciantes extranjeros. - Caleo [Calana] / Pachia: Arquitectura: casas dispersas; haciendas grandes en Caleo [Calana]. (p. 444) - Palca: Gente: indígenas esclavizados; monjes	

	- Caleo [Calana]: Ruta: a dos leguas de Tacna. (p. 444) Paisaje: pueblo lindo; haciendas con largas hileras de árboles altos (parecidos al sauce / Salix humboldtiana). Vegetación: Gynerium sagittatum, Baccharis, Nolana, Datura arborea, olivos, granados e higueras. (p. 444) - Pachia: Ruta: después de Caleo [Calana], en el	olivos y higueras. (p. 444) Agricultura: olivos, higueras, granados, plantas frutales. - Pachia: Agua / Riego: punto de acceso a baños termales de Calientes. (p. 444) - Palca Agua / Riego: quebrada fértil con abundante agua. (p. 448) Agricultura: papas, maíz, alfalfa. (p. 448) - Tacora:	- Tacora / Lago / Uchusuma / Chipicani: Arqueología: más «Casas del Rey», estructuras prehispánicas (p. 456)		franciscanos; arrieros; músicos. (p. 449) Arquitectura: monasterio de San Francisco. Pequeñas cabañas; fonda del pueblo; torres cuadradas («Casas del Rey»). (pp. 448–449) - Tacora / Uchusuma / Chipicani: Arquitectura: casas del Rey, muros de piedra. (p. 456) Monasterio franciscano en Tacora. (p. 455) Gente: pueblos despoblados; indios ya	

	lado izquierdo del valle. (p. 444) Paisaje: punto del camino hacia los baños termales de Calientes; zona de casas dispersas. (p. 444) - Palca: Ruta: llegan tras el ascenso inicial de la Cordillera, al borde de una quebrada. (p. 448) Clima: zona fría; diferencia térmica notable entre día y noche. (p. 446) Paisaje: quebrada angosta y profunda	Agua: meseta con zonas pantanosas salinas. (p. 456) Minerales: pórfido, cuarzo, cornalina gruesa, arenisca roja. (pp. 455–456) - Lago de Tacora: Agua: lago grande. (p. 455) - Río Uchusuma: Agua: congelada completamente. (p. 457) Proyecto histórico de desvío del río hacia Tacna. (pp. 457–458) - Chipicani: Agua: fuente del río Uchusuma. (p. 458)			no existen en esa zona. (p. 455)	

	con vegetación rica y hermosa. Colibríes y zorzal negro. Cultivo de papa por primera vez en Perú; también maíz y alfalfa. (p. 448) - Pueblo de Tacora: Ruta: tras cruzar la meseta desde el Nevado de Tacora y el Río del Azufre. (p. 455) Clima: altitud extrema; frío permanente. (p. 456) Paisaje: meseta estéril de pórfido; presencia de estepas salinas y pequeños	Minerales: traquita meteorizada, rocas volcánicas. (p. 458)				

	manantiales. (pp. 455–456) - Lago de Tacora: Ruta: a tres leguas detrás del monasterio de Tacora. (p. 455) Paisaje: «Multitud de aves de gran tamaño» en sus orillas. (p. 455) - Río Uchusuma / Casa del Rey: Ruta: dos leguas más allá del lago de Tacora. (p. 456) Clima: frío extremo, hielo grueso, rocío que se congela. (p. 457)					

	Paisaje: meseta helada; el río nace del Chipicani; zona árida con escasa vegetación. (p. 458) - Nevado de Chipicani: Ruta: cerca del campamento en Uchusuma. (p. 458) Clima: nieve perpetua a 200 pies sobre la llanura. (p. 458) Paisaje: traquita meteorizada; ausencia de flora grande; solo plantas alpinas muy pequeñas. (p. 458)					

Anónimo (1833)	El viajero menciona que Tacna está a cuarenta millas de Arica y situada «en un valle similar, pero por lo menos a unas nueve leguas del mar». Describe un paisaje de valle cultivado y saludable, con una zona circundante «más cultivada» que la de Arica. El clima se deduce más saludable que el del puerto (posiblemente menos húmedo o más templado).	Se refiere a que la parte circundante de Tacna era más cultivada, lo que implica disponibilidad de agua y un sistema agrícola más desarrollado que el de Arica. No menciona riego ni minerales de manera explícita.			- Arquitectura: Tacna y Arica se parecían en estilo: «casas blanqueadas y las mejores con un jardín en la parte delantera.» - Gente y comercio: es «más grande, sus habitantes se veían más ricos, y los comerciantes extranjeros normalmente residían aquí.» También señala que era el punto de encuentro de los comerciantes, porque «tenían un horror instintivo respecto a	

					Arica», prefiriendo establecerse en Tacna por su mayor salubridad y prosperidad económica.	
Mathie Hamilton (1833)	- Arica-Tacna: El paisaje es un desierto continuo, sin caminos ni vegetación, salvo en los valles donde hay agua (Tacna, Sama, Locumba, Moquegua y Tomba) (p. 233). En la franja desértica entre Arica y Tacna, no hay una gota de agua ni una brizna de vegetación, y el	El desierto costero carece totalmente de agua, salvo en los valles irrigados por ríos de los Andes (p. 233). - Tacna: Río: nace en la quebrada de Palca y abastece a toda la población (p. 238). Agua: se distribuye rigurosamente por personas encargadas;			- Tacna: Es descrita como un pueblo indígena de cierta antigüedad (p. 238). En 1828, la provincia de Arica (que incluye Tacna) tenía 14000 habitantes, de los cuales 5000 vivían en el valle de Tacna (p. 239).	Se mencionan fiebres intermitentes comunes en Tacna, especialmente en otoño, así como disentería (p. 239). El viajero atribuye estas enfermedades a los miasmas generados por la descomposición de vegetales (p. 239). Señala que los terremotos son menos frecuentes y menos severos en Tacna que en Arica.

	terreno emite un sonido hueco al pisarlo (p. 238). Desde Equesta, el viajero ve Tacna como un «islote verde en medio del desierto» (p. 238). - Tacna: El clima es encantador, con temperaturas entre 70° y 90° F; cálido pero moderado por la cercanía de los Andes (p. 239).	el curso del río se cambia cada dos días para asegurar un riego completo (p. 238). Ninguna parte del agua llega al mar porque se consume en la irrigación y lo demás se evapora o absorbe el desierto (p. 238). Agricultura: produce maíz, alfalfa, melones, granadas, melocotones, higos, olivos e higueras (p. 238–239). El exceso de vegetales no consumidos se				El terremoto del 30 de marzo de 1828, que destruyó Lima, se sintió levemente en Tacna (p. 239).

		descompone y genera miasmas (p. 239). - Sama y Locumba: Valles con agua proveniente de los Andes, vegetación y miasmas, pero con poca población (p. 239).				
Anónimo (1833)		Se menciona únicamente que en Locumba «la totalidad de la producción de vino del año pasado se ha perdido» porque «los envases que lo contenían se han roto».		Se menciona la costumbre religiosa de permanecer dentro de las iglesias durante los temblores, debido a la «ignorancia y superstición de la gente que permaneció en el interior de la iglesia pensando que estaba segura».	- Arquitectura: se señala la destrucción de casi todas las casas, «escasamente alguna casa ha quedado con pocos daños», y el derrumbe de las iglesias y la Casa de Aduana de Arica, descrita como «elegante y nueva».	Se describe el gran terremoto del 18 de septiembre de 1833, considerado «uno de los más pavorosos que esta ciudad jamás haya experimentado». Duró alrededor de medio minuto, causando grandes pérdidas humanas y materiales.

				Muchas víctimas murieron dentro de los templos.	- Comercio: los comerciantes extranjeros participaron en una suscripción de ayuda para las víctimas («los extranjeros han iniciado una subscripción... incluyendo la totalidad de ellos»). Se indica que los negocios están interrumpidos y que los compradores de Arequipa, Moquegua, Cochabamba y otras partes del interior viajaron a verificar la situación de sus	Hubo réplica a los quince minutos y colapso de iglesias durante la misa. El gobernador y los soldados trabajaron en el rescate y demolición de viviendas en riesgo. Pueblos afectados: se mencionan Calana, Pachía, Sama y Locumba, suponiendo daños «iguales a los nuestros en proporción al tamaño».

					familias, lo que evidencia el papel de Tacna y Arica como nodos comerciales regionales.	
John Reid (1833)	- Paisaje y clima: describe el entorno como «una tierra sin esperanzas... a la que la naturaleza, por negarle sus lluvias, ha impreso un sello de esterilidad eterna», lo que indica un paisaje árido y seco. También menciona que, antes de los terremotos, «la atmósfera estaba muy densa y parecía	Se menciona que, después del terremoto, «desde varias vasijas que estaban semienterradas el agua fue derramada en gran cantidad hacia afuera de los bordes» y que «todos los perros del lugar corrieron a beber en el lugar más cercano con agua». (pp. 453-454)		Se observa una costumbre popular en regiones sísmicas: «En países expuestos a terremotos la gente adquiere el hábito de observar cualquier cosa que se considere como un indicio y tienen muy refinada la percepción del más pequeño remezón». (p. 453)	Menciona que «muchas de las casas se derrumbaron y las murallas de las demás se destrozaron... dejando intactas las demás partes de los edificios», y que el terremoto «destruyó por lo menos 1000 de las 1200 casas de esta desgraciada ciudad» (Tacna). (pp. 452-453)	- Describe dos grandes terremotos: El del 8 de octubre de 1831, que arruinó Arica y se sintió desde Camaná hasta Chuquisaca. El del 18 de septiembre de 1833, que destruyó casi toda Tacna y los pueblos de la provincia, incluyendo Arica. Detalla la duración (43 segundos), el tipo de movimiento (horizontal y ondulatorio), la magnitud

	prevalecer una siniestra e inexplicable quietud... el viento sin dirección fija» (p. 453).					de la destrucción, la muerte de mucha gente pobre, y la huida al desierto circundante en busca de seguridad. (pp. 452-453)
Coronel Camilo Carrillo (1833)	Se hace referencia a «la elevada cuesta que domina el valle» y a las llanuras cercanas donde se encontraban los ranchos temporales de los sobrevivientes (p. 16). También se menciona que llovía constantemente después del terremoto (p. 5), lo	El texto menciona los daños en las acequias y bocatomas, señalando que el terremoto afectó gravemente el sistema de riego y la producción agrícola: «Las acequias igualadas con el terreno principal, y las bocatomas derrumbadas, a más de sus casas caídas, todo	Se menciona el «Santo de los Santos» en la plaza mayor (p. 5), trasladado temporalmente después del terremoto, lo que indica una preocupación por conservar los objetos religiosos.	Tras el terremoto, los habitantes se reunían en la plaza mayor para orar, donde se había improvisado una capilla: «El Santo de los Santos tiene su mansión en la plaza mayor... los fieles, reunidos allí con semblante macilento… imploran gracias del Padre de	Gente y sociedad: se menciona que murieron más de 18 personas y que «muchas deben existir sepultadas entre los escombros» (p. 3). Se destaca la ayuda del Regimiento Dragones de Honor bajo el mando del comandante Carrillo, quien rescató a numerosos habitantes (p. 3).	- Terremoto: ocurrió el 18 de septiembre de 1833, a las 6 de la mañana, y duró «un minuto y medio». Fue más fuerte que el de 8 de octubre de 1831 (p. 3). Causó «más de 18 muertos», «un sinfín de heridos y contusos», y destruyó completamente la ciudad. Hubo más de 20 temblores consecutivos

	que afectaba las viviendas de esteras y cañas.	lo que demanda crecidos gastos para su reparo.» (pp. 6–7) Además, el Síndico indica que los frutos agrícolas «parecen cortados de propósito por una mano destructora» (p. 6), lo que evidencia el colapso de la agricultura local.		las misericordias.» (p. 5) En la procesión final se alude a la Eucaristía llevada a los enfermos («el pan de los ángeles y el aceite místico») (p. 19). - Costumbres y ceremonias: se describe una ceremonia cívico-religiosa de despedida al comandante Carrillo en la alameda y campo de la Constitución, con participación de toda la población, jóvenes,	El texto refleja una población diversa, donde participan «señoras respetables», «juventud escogida», «venerada senectud» y «niños tiernos» (p. 9). También se menciona un doméstico inglés («hijo de la soberbia Albión») (p. 15), evidencia de la presencia de extranjeros en Tacna. Se hace notar la unidad comunitaria y la emoción colectiva tras el desastre. - Comercio: el terremoto destruyó los	en los tres días siguientes (p. 3). Las lluvias posteriores agravaron la situación, provocando riesgo de enfermedades por falta de viviendas adecuadas (p. 5). Los habitantes construyeron ranchos temporales de madera y cañas en el campo (p. 5). También se menciona la destrucción de los Andes cercanos, cuyas nieves se precipitaron «hasta sus faldas» (p. 11).

				ancianos, mujeres y niños (pp. 9–12). Se lanzaron flores simbolizando la inocencia, el pudor, el agradecimiento y la ternura, en una especie de ofrenda simbólica (p. 10).	bienes comerciales: «Los ricos muebles que el comercio libre había proporcionado… sirven hoy de pábulo al fuego.» (p. 4) Se pide al gobierno que los productos de la Aduana de Arica sean destinados a la reconstrucción de Tacna (pp. 7–8), lo cual muestra el vínculo económico entre Tacna y Arica. - Arquitectura: el texto describe con detalle la destrucción arquitectónica: «El Templo magnífico…	

					hoy se mira destruido… no hay una sola casa habitable; las que están de pie intimidan al propietario.» (pp. 4–5) Además, menciona que las viviendas improvisadas eran de madera, cañas y esteras de totora (p. 5). Se hace referencia a la Alameda y la columna conmemorativa del primer grito de independencia (p. 10), obras urbanas significativas.	
Johann Moritz	- Imagen 1:	- Imagen 3:	- Imagen 3:	- Imagen 3:	- Imagen 1:	- Imagen 2:

Rugendas (1844)	Se aprecia un camino rural que se dirige hacia un valle rodeado de montañas. Hay vegetación escasa, árboles alineados al camino. El paisaje denota aridez semi–desértica, cielo despejado: clima seco. - Imagen 3: Espacio urbano concurrido.	Mercado a cielo abierto con productos en el suelo (producción local).	Se observan costumbres comerciales tradicionales: venta al aire libre, personas sentadas en el suelo sobre mantas.	Vestimenta andina: mujeres con polleras amplias, mantos y sombreros. Presencia de animales de carga: apoyo al comercio interregional. - Imagen 4: Vestimenta femenina andina: pollera amplia, manto sobre la cabeza, ropa sin calzado. Marca la presencia indígena en la configuración social de Tacna. - Imagen 5:	Casas pequeñas, de adobe con techos inclinados, alineadas al camino. - Imagen 2: Arquitectura religiosa de gran escala. Viviendas más simples alrededor, adobe y techumbre ligera. Espacio organizado socialmente en torno al templo: centralidad eclesiástica en la vida urbana. - Imagen 3: Se observa diversidad social: mujeres indígenas y hombres con atuendo más	Torre parcialmente derruida: huella visible del terremoto de 1833.

				Sombrero de ala, falda amplia, manta: vestimenta chola mestiza de la región andina con cierta elegancia.	«occidental» (posibles mestizos o criollos). Comercio activo: economía de intercambio. Arquitectura: casas de adobe, algunos balcones de madera, influencia colonial. - Imagen 5: Rol femenino visible en la vida pública.	
Leónce Angrand (1849)	- Imagen 7: Se observa una gran extensión desértica y árida. Vegetación muy reducida: cactáceas y arbustos dispersos. - Imagen 8:	- Imagen 7: Sugiere uso de riego concentrado, el agua no es abundante.	Representación de identidad étnica femenina.	- Imagen 6: Vestimenta femenina tradicional: manto cruzado sobre el pecho Vestido de una pieza amplia en la parte inferior.	- Imagen 7: Se distingue un asentamiento distante: núcleo urbano aislado en medio del desierto. - Imagen 8:	- Imagen 8: Se aprecia la ausencia de una de las torres, consecuencia del terremoto de 1833.

	Valle urbano con poca vegetación y suelo pedregoso. - Imagen 11: Locumba como parte de su recorrido regional cercano a Tacna.			- Imagen 9: Visten sombreros anchos. Mujer descalza. Manta cruzada para cargar objetos o niños. - Imagen 10: Mujer montada de lado: costumbre ecuestre hispano–criolla adaptada al contexto local. Sombrero, falda amplia y manta: estética chola. - Imagen 11: Falda amplia, manta cruzada, sombrero. Vestimenta aymara local, descalza.	Viviendas alineadas, de adobe y una torre eclesiástica dominante. - Imagen 9: La vestimenta enfatiza a la población popular/indígena de la ciudad. - Imagen 10: Relevancia económica de las mujeres montadas, comercio y movilidad. - Imagen 11: Refleja la población indígena de los valles. - Imagen 12: Posible actividad económica: transporte	

				- Imagen 12: Vestimenta tradicional. - Imagen 13: Sombrero de ala ancha, manta cruzada, faldas amplias. - Imagen 14: Falda amplia, manta cruzada, sombrero.	de productos/personas entre pueblos.	
Hugh A. Weddell (1851)	Tacna está a 14 leguas de Arica (p. 57). El desierto entre la costa y Tacna «se eleva gradualmente hacia el interior» y Tacna alcanza 550 m s.n.m.; «no cae lluvia» y la región parece destinada a	- Tacna: Agua y riego: se intentó un pozo artesiano hasta 160 m sin éxito; se considera explotar la lámina de agua con bomba (intento por don José Santiago Basadre y el	Apachetas (montículos de piedras sagradas): múltiples apachetas a 3.870 m. y en otros puntos altos; señaladas por montículos de piedras (pp. 74–75, 78).	Religión / ceremonias: en Tacna presencian la procesión nocturna de la víspera del Viernes Santo (gran procesión: figura de Cristo cargando la cruz, escenas de la pasión, monjes con máscaras, largas filas	- Tacna: Gente y comercio: comerciantes extranjeros residentes (ej. Charles Hertzog – francés, Hugues Wilson – inglés; ex cónsules/comerciantes) a quienes visitan; Tacna dispone de	Soroche (mal de altura): los viajeros sufren soroche al alcanzar altitudes (Palca 2,900 m), con síntomas de dificultad respiratoria (pp. 75–77). Temblor/terremoto: un temblor ocurre durante la noche en el tambo de

	«eterna aridez». (pp. 57–58) - Hospicio (posada de madera, mitad de ruta): Existe una posada llamada «Hospicio» en la mitad de la ruta; los viajeros la alcanzan tras penurias por animales malos (pp. 58–59). - Valle de Tacna (entrada nocturna): Después de descender a una hondonada (lecho de corriente primitiva) y caminar aún dos	general Santa Cruz). (pp. 57–58) A la entrada del pueblo notan canales de irrigación que cruzan el terreno y un canal mayor a lo largo del paseo público; el agua se extrae del río (pequeño río de Tacna) y se usa principalmente para el riego de cultivos; el reservorio/curso llega a desaparecer por sucesivos préstamos (p. 60; pp. 63–64). - Alrededor de Tacna: Huertas y árboles frutales (sauces,	Chulpas / tumbas antiguas: se observan tumbas cuadrangulares ensanchadas en la parte superior construidas en tierra (chulpas) en la quebrada antes de Palca (pp. 74–75). - Tambo: En Palca se alojan en un tambo, «casa pública» /caravasar heredada de tiempo de los Incas — estructura y función etnográfica. (pp. 75–76)	de hombres con antorchas, mujeres vestidas de negro con mantones), con la participación de indios disfrazados que dan un carácter particular (pp. 65–67). Gastronomía / provisiones del viajero: provisiones para la travesía: cordero fresco, papas, cebollas, arroz, pan, chocolate, azúcar, condimentos y ají; describe el chupé (sopa con papas, cebolla y cordero). (pp. 67–68)	establecimientos como hoteles («Bola de Oro») y oficiales (pp. 62–63). Arquitectura: mayoritariamente casas de un piso, encaladas, construidas con adobes (ladrillos secados al sol); algunas casas de piedra en la parte baja y otras de madera (para resistir terremotos). Techos con tablones y cubierta de tierra. Calles empedradas con guijarros, aceras de losas y un pequeño	Palca (alrededor de 1:30 a.m.); el autor y compañeros lo oyen y perciben su breve duración (p. 77). Climas extremos y nevadas: en la puna se enfrentan a fuertes nevadas, temperaturas muy bajas (hasta −3 °C mencionado), camas y hospicios llenos de nieve, y dificultad para seguir el camino (pp. 90–93). Plagas/animales: presencia de chinches en el hotel (p. 60–61) y ratones en los dormideros del Hospicio de altura (pp. 92–94).

	horas, distinguen «grandes masas oscuras» formadas por bosques de sauces, perales, granados y pacayas alrededor de Tacna; inmediatamente entran en terreno más húmedo cortado por canales de irrigación (pp. 59–60). - Tacna (paisaje y clima): Valle fértil en medio del desierto; «terreno más húmedo, cortado por canales de irrigación»; en el desierto el suelo es	perales, granados, pacayas), producción de alfalfa y maíz (para alimentar mulas), hortalizas; las chacras suburbiales son hoy fértiles gracias al riego (pp. 60, 63–65). Intentos de aumentar el caudal del río Tacna con aguas de otro río de la cordillera han fracasado por dificultades técnicas (p. 64). - Palca: En el barranco quedaban cultivos de maíz en lugares privilegiados del	Prácticas de caza y organización social: descripción etnográfica del chacus (cacería colectiva de vicuñas en época incaica) y del método moderno de captura con redes/cuerdas y la matanza; procedimientos de esquila y distribución de lana (pp. 84–88). Vestigios de pastoreo y sacrificio de animales en Gualillos: Alrededor de la apacheta de	Vestimenta: los viajeros usan sombreros de fieltro grandes, botas grandes y ponchos rayados; esos elementos los hacen parecer «bandoleros» en Europa pero son apropiados en Perú (p. 68). También se describe vestimenta ceremonial: hombres con cabeza descubierta y vestidos de gala en la procesión; mujeres con mantones negros cubriéndose la cabeza (pp. 66–67).	canal/acequia en el medio que lleva agua dos veces por semana para saneamiento; cerca del pueblo hay baños fríos alimentados por esa agua (p. 63). Hotelería y servicios: Hotel «Bola de Oro» y hospedajes; el autor comenta la calidad inferior en comparación a hoteles de Lima pero valora la existencia de tales establecimientos en el interior (pp. 60–62). Precios y comercio de transporte:	Muerte de animales por fatiga: en el Paso de Gualillos hay numerosos esqueletos de burros, mulas y llamas; son víctimas de la fatiga (pp. 78–79).

	«blando» y hace calor de día, frío por la noche; la atmósfera nocturna puede ser muy clara (luna) (pp. 59–60, 59). - Calana y Cercado: Pasan por Calana a 2 leguas de Tacna; «Cercado» es un caserío inmediato (pp. 72). - Pachia: Pasan por un pequeño caserío llamado Pachia antes de entrar en la quebrada	barranco; más arriba los cultivos desaparecen (pp. 74–75). - Puna / Tacora región: Vegetación típica de puna. La tola se emplea como combustible vegetal (pp. 79–80). - Uchusuma: Almuerzan a orillas del río, pantano con gencianas en flor (p. 82).	Gualillos yacen esqueletos de burros, mulas y llamas (pp. 78–79). Vicuñas (biología y domesticación): descripción etnográfica-natural de usos, domesticación y economía de la vicuña (pp. 84–89).	Hospedaje / costumbres de ventana: las ventanas profundas forman pequeñas alcobas donde las mujeres se arrojan para trabajar y mirar las procesiones (pp. 65–66). Comportamientos locales: observaciones sobre delincuencia menor y raridad de asesinatos (p. 69–70).	alquiler/compra de mulas: ofrecen mulas a 25 piastras cada una; alquiler de siete mulas Tacna–La Paz costó 115 piastras + 15 piastras para comida; proveedores y arrieros cobran por servicios (pp. 67–68). Criminalidad y sociedad: se menciona que robos existen pero son de poco valor; asesinatos son raros y a menudo por disputas; ejemplo de ejecución de un homicida (p. 69–70).	

	dependiente del río de Tacna (p. 74). - Palca (quebrada y altitud): Palca ocupa la ladera derecha de la quebrada; elevación 2,900 m; clima «aire infinitamente más fresco» y efectos del soroche (mal de altura) en los viajeros (pp. 75–77). - Ascenso a Tacora / Paso de Gualillos / Puna: Suben a grandes alturas (p. 74–80). El Paso de Gualillos es el punto más alto				- Pueblo de Tacora y aldeas: Tacora estaba deshabitada en gran parte, casas sin techos (p. 81). - Hospicio y tambos: Uso de tambos como alojamiento tradicional (p. 75–76).	

	referenciado (4,500 m según barómetro del autor/Sr. Pentland); después descienden hacia la puna, mesetas frías y con nieve en épocas (pp. 78–80, 91–93). - Tacora (pueblo): Al llegar encuentran restos de un pueblo (deshabitado, casas sin techo), iglesia respetada, viento helado (pp. 81). - Uchusuma (río): Almuerzan a orillas del río Uchusuma en un pantano con gencianas; luego					

	caen nevadas fuertes (pp. 82–91). - Hospicio (nuevamente, en la alta ruta): El «Hospicio» que encuentran más adelante está en ruinas y lleno de nieve (pp. 90–91). - Río Maure (frontera Perú–Bolivia): El descenso los lleva al río Maure, que marca la línea de demarcación entre Perú y Bolivia; barranco con rocas extrañas y presencia de vizcachas (p. 95).					

William Bollaert (1854)	El viajero describe el trayecto desde Arica hacia Tacna y luego hacia Arequipa, mencionando también el camino entre Locumba y Moquegua (p. 253). Clima y paisaje: entre Arica y Tacna: el camino atraviesa una estepa de grava y arena, un desierto sin plantas ni animales (p. 254). - Tacna: Aparecen árboles y arbustos, y más allá olivos, granados e higueras (p. 254).	- Tacna: En las zonas cercanas a los arroyos provenientes de la cordillera, la vegetación es densa, pero esta misma humedad genera paludismo (p. 151).	- Tacna: Se menciona un cementerio indígena en la ladera de una montaña, y en su base, enormes caracteres trazados en la arena, parecidos a escritura pictórica o ideogramas gigantes, similares a los de Tarapacá (p. 153).			

	- Locumba y Moquegua: Se observan numerosas conchas marinas en la arena, indicando antiguos cambios geológicos (p. 253).					
E. W. Middendorf (1855)	El viajero llegó por el puerto de Arica (Perú en ese entonces) y desde allí se dirigió hacia Tacna, situada a 40 kilómetros del puerto y a 550 metros sobre el nivel del mar (pp. 23–24). - Clima y paisaje: Tacna está ubicada	- Tacna: La ciudad se encuentra en un valle irrigado por un arroyo de montaña, lo que indica la presencia de agua dulce y riego agrícola (p. 23).			- Comercio: el centro comercial donde se encontraban las casas comerciales que manejaban el tráfico de mercancías con el interior, no en Arica, aunque este último era el puerto de desembarque (pp. 23–24).	Se menciona la existencia de «fiebres malignas» en la región de Arica, razón por la cual los arrieros indígenas evitaban bajar a la costa (p. 23).

	en la desembocadura de un valle irrigado por un arroyo de montaña, lo que la convierte en una ciudad agradable, en contraste con la costa de Arica, donde prevalecían fiebres malignas debido al clima insalubre (pp. 23–24).				- Origen de los habitantes: la ciudad creció a partir de una aldea habitada por pequeños terratenientes, mientras que los arrieros indígenas evitaban la costa por las fiebres (p. 23). - Mención de extranjeros: en 1856, el viajero menciona la llegada a Arica de trabajadores chinos para la construcción del ferrocarril entre Arica y Tacna, obra dirigida por el ingeniero	

					norteamericano Walton Evans, contratada por la firma inglesa Joseph Hegan & Co. (pp. 23–24; 243–244).	
Ernest Grandidier (1858)	El viajero cruza la cadena principal de los Andes por el Paso de Tacora, última barrera hacia la costa (p. 234). Describe la Cordillera como árida y desolada, sin vegetación, con nieve en las cumbres y viento violento (pp. 235-237).	- Paso de Tacora y Tacna: Hay un pequeño arroyo que riega el fondo, permitiendo el cultivo de maíz y alfalfa (p. 241). Al llegar a la llanura, aparecen oasis y zonas verdes con granados, higueras y vides (pp. 241-242). - La Portada:	Durante sus excursiones observa apachetas en los puntos más altos de la Cordillera del Perú y Bolivia (p. 235). Explica que los indígenas colocan piedras en ellas como acto supersticioso: si al volver las piedras están movidas, lo	- Tacna: El pasatiempo favorito los domingos y festivos es montar a caballo y pasar el día bajo un gran árbol «vilca» a cuatro leguas de la ciudad, disfrutando del frescor de su sombra (p. 244).	- Tacna: Es descrita como un «pueblito muy bonito», con sociedad amigable y recursos que hacen agradable la estadía (p. 242). Hay comerciantes franceses, ingleses y alemanes que han establecido importantes casas comerciales para	

	- Paso de Tacora y Tacna: El camino es en descenso constante. Al principio muy empinado, luego más suave hasta llegar a la llanura (p. 241). El trayecto incluye una quebrada entre médanos, con un pequeño arroyo, cultivos de maíz y alfalfa en sus orillas y cactus raros (p. 241). Posteriormente atraviesan bosques de granados e higueras, hasta llegar	Menciona una mina de sulfuro de cobre argentífero y una hacienda minera (p. 235). Comenta en general el descuido de la agricultura en estas regiones, considerándola una causa de debilidad para los gobiernos, en contraste con la minería (pp. 240-241).	interpretan como señal de desgracia y castigan al supuesto culpable (p. 235).		enviar productos a Bolivia (p. 243). Tacna es el mercado de La Paz; su desarrollo depende del comercio con Bolivia (pp. 239-240). El viajero observa que la actividad comercial disminuye por el empobrecimiento boliviano, causando quiebras y preocupación entre los pobladores (p. 243). Menciona que en Tacna hay teatro, club europeo con periódicos y revistas, y que los	

	al pueblo de Calana, a una legua de Tacna (p. 241-242). - Tacna: Llanura con oasis, vides y palmeras en los suburbios y jardines (p. 242). Tiene un clima templado, con fuertes nieblas cuatro meses al año, y casi nunca llueve (p. 242).				extranjeros se reúnen allí (p. 242). Destaca el ferrocarril entre Tacna y Arica, que evita un viaje por el desierto arenoso de catorce leguas, mejorando las comunicaciones con la costa (pp. 244-245).	
Mateo Paz Soldán (1860)	- Valle de Sama: Se encuentra a diez leguas al oeste de Tacna y es descrito como un valle ancho y hermoso, considerado la	- Tacna: Sus aguas: es «muy escasa de agua», y las vertientes del río Caplina solo corren por el cauce de Tacna en días específicos:		Religión: se mencionan los curatos de Tacna, Sama, Tarata, Candarave e Ilabaya como divisiones eclesiásticas. (p. 501)	- Tacna: Población: la población asciende a 15000 habitantes (p. 504). Arquitectura: después del terremoto del 18 de	Se menciona la insalubridad en Locumba por las «fuertes tercianas» (probablemente paludismo) (p. 504).

	despensa de la ciudad de Tacna (p. 503). - Valle de Locumba: Es de «suma importancia por su extensión y producciones» y forma parte de las cabeceras del valle de Ilabaya (pp. 503–504). - Ilabaya: El clima es «delicioso y templado», pero más cálido e insalubre conforme se desciende hacia Locumba, debido a	jueves (12 horas), sábados (día y noche) y domingos (hasta las 3 p. m.) (p. 502). El agua es de «mal sabor y corrosiva», difícil de acostumbrar para los forasteros (p. 502). Se menciona la «Obra de Uchusuma», un acueducto proyectado para traer aguas desde la Cordillera de Tacora, pero inconcluso. Su culminación sería de gran beneficio para Tacna (p. 503).		Menciona que no se ha podido construir aún un templo principal en Tacna, aunque se encuentra en paredes y existe también una capilla en construcción (p. 505).	septiembre de 1833, Tacna fue reconstruida «con más regularidad y firmeza», con paredes de adobe y techos de madera, y algunas casas con fachadas de piedra de canto (p. 504). La ciudad posee tres calles principales paralelas, una de ellas «muy ancha y como de una milla de largo» (pp. 504–505). Tiene una plaza mayor y una plaza de mercado (Recova) con dos portales laterales y	

	las «fuertes tercianas» o fiebres (p. 504). - Valle de Cinto: Es «escaso de agua, pero de una fabulosa fecundidad», con viñas y uvas de gran tamaño (p. 504). - Tacna: Es descrita como «lugar muy sano», con clima templado y «bella ciudad» en progreso (pp. 501, 504).	Agricultura: debido a la escasez de agua, los productos locales no alcanzan para el consumo interno, y se abastecen de carne y otros artículos desde Puno, Sama, Azapa y Chile (p. 502). Se destacan productos como melones, melocotones, sandías, peras, camotes, papas, maíz y zapallos (p. 502). - Valle de Sama: Produce maíz, zapallos, papas, leña y hortalizas (p. 503).			dos fachadas de piedra de cantería (p. 505). Existen proyectos de templo, capilla y hospital, todos aún en construcción (p. 505). Se menciona el Colegio de la Victoria, aunque sin funcionamiento estable (p. 505). Posee una Alameda paralela al río, con puentes y columnas de mármol (p. 505). Comercio: Tacna crece «a causa del comercio con Bolivia» (p. 504). Se construyó el ferrocarril de Arica a	

		- Valle de Locumba e Ilabaya: Se cultivan vides y se produce vino y aguardiente de excelente calidad, exportados a Bolivia (pp. 503–504). - Valle de Cinto: Aunque con poca agua, tiene viñedos muy fértiles y produce uvas de Italia de tamaño prodigioso, vino y aguardiente para el comercio boliviano (p. 504).			Tacna, de más de catorce leguas, facilitando el transporte y consolidando a Tacna como conducto del comercio boliviano (pp. 505–506). El ferrocarril fue ejecutado por M. Hegan, quien también era postor en la obra del acueducto de Uchusuma (p. 503). Tacna es descrita como un centro comercial en progreso asombroso, aunque con una baja en la	

					arriería local debido al ferrocarril (p. 506). - En cuanto a la composición social, el movimiento demográfico de 1861 muestra 357 nacimientos y 284 muertes; hubo 29 matrimonios. En materia criminal, 56 reos fueron condenados, de los cuales 32 eran extranjeros y 24 nacionales (p. 507). Se mencionan figuras intelectuales de Tacna como Isidoro de Herrera, Ignacio de	

					Castro y Francisco de Paula González Vigil, destacando la formación eclesiástica y erudición local (p. 506).	
Antonio Raimondi (1864)	- Sitana: Se baja a la quebrada de Sitana. Cerros de aluvión volcánico y traquitas; vegetación: Tessaria legítima. - Locumba: Paisaje: quebradas, suelos de aluvión, vegetación escasa. - Ilabaya: Descrito como zona de valle con cultivos.	- Sitana: Agricultura: grandes alfalfares. - Locumba: Minerales: presencia de rocas metamórficas y dioritas en zonas cercanas. - Ilabaya: Tiene cultivos agrícolas. - Candarave: Presencia de plantas de altura (puna).	- Tarata: Etnografía: supersticiones sobre muertos y «ojos» (mal de ojo). Costumbre de barrer la casa del difunto en retroceso. - Sama: Gentilares (sitios prehispánicos) en la desembocadura. Momias, cadáveres de niños en cántaros.	- Tarata: Costumbres sobre entierros. Gastronomía: maíz tostado.	- Sitana: Casas: ranchos de totora. Sitana es pascana muy usada por arrieros entre Tacna y Moquegua. - Tarata: Población: indígenas y mestizos; unos 2000 habitantes. Arquitectura: casas de adobe rústico, pocas	- Tarata: Epidemias: miedo a las tercianas (malaria) en Sama; al bajar mueren en pocos días. - Coropuro: Epidemia de tercianas - Sama: Tercianas malignas (malaria) muy frecuentes.

	- Curibaya: Paisaje: quebradas angostas, suelos arcillosos, rocas volcánicas. - Candarave: Clima frío de altura (implícito por la vegetación de puna). - Ticaco: Paisaje: quebradas profundas, terrenos volcánicos y metamórficos. - Challahuaya: Paisaje de altura, quebradas. - Tarata:	Minerales: menciona dioritas, pórfidos, rocas metamórficas. - Tarata: Agua: acequia que baja de la quebrada de Ticalaco. - Ticalaco: Riego: por acequia, exceso forma arroyos. Agricultura: maíz, alfalfa. - Tarucachi: Agricultura: alfalfa y papas. - Estique: Arroyo compartido con Tarucachi. Cultivos: alfalfa y papas.			blanqueadas; iglesia grande pero simple. Comercio: tiendas de efectos y pulperías. - Tarucachi: Pueblo pequeño asociado al camino directo Tacna–Tarata. - Pistala: Casas de adobes con techos de paja, aspecto triste y miserable. El caserío dividido por una quebradita seca. - Chucatamani: Iglesia blanca. Pueblo pequeño. - Pago Longaniza: Rancherías y áreas cultivadas.	

	Paisaje: quebradas, cerros, suelos arcillosos. Clima: temperaturas medidas el 15–17 abril 1864 con termómetro y aneroide. - Tarucachi: Se encuentra a 1.5 leguas de Tarata, en la orilla derecha del arroyo que baja hacia la quebrada principal. Paisaje: quebrada con arroyos provenientes de Estique y Ticalaco. - Estique:	- Pistala: Cultivos: maíz y alfalfa. Minerales: gres metamórfico. - Tala: Cultivos: alfalfa, maíz y algunos árboles frutales. Suelos afectados aguas abajo por agua salobre de Chaspaya. - Pago Longaniza: Riego por dos acequias. Cultivos: alfalfa y maíz. - Putina:			- Putina: Varias casas; se está construyendo una capilla. - Coropuro: Casas miserables. - Sama: Casas dispersas (Sama Grande). - Buena Vista: Hotel con cuartos y camas, donde Raimondi se aloja. - Tacna: 15000 habitantes. Ciudad con almacenes extranjeros, hoteles, restaurantes. Dos teatros, alameda con estatuas.	

	Situado una legua más arriba de Tarucachi. En la misma quebrada. - Pistala: Ubicado en una quebrada; casas a ambos lados. Paisaje: quebrada estrecha con gres metamórfico. - Chucatamani: Pueblecito con iglesia situada en un punto elevado. - Tala: Pago ubicado en la orilla izquierda del río.	Zona de roca porfiroide y terreno de aluvión. - Coropuro: Cultivos principales: alfalfa y maíz. - Sama: Cultivos: alfalfa, maíz, zapallos, higos, un poco de algodón. Suelos muy fértiles, pero con pantanos. - Buena Vista: Cultivos compartidos con Sama: alfalfa, maíz, etc. - Tacna: Agua escasa; río con sales calcáreas y magnesianas.			Calles empedradas con piedras traquíticas. Construcción de casas de adobes, piedras o madera. Dos imprentas (El Porvenir y La América). Aduana en Palca por comercio con Bolivia. - Calana: Casas blanqueadas. - Pachia: Tambo para viajeros, pero caro. - Guanuni: Ranchitos dispersos, casa grande en la banda derecha. - Palca:	

	Cercano a Chaspaya. - Pago Longaniza: Pago cercano al río; plan inclinado fértil. - Putina: Pueblecito que encuentra subiendo por la quebrada. - Coropuro: Paso ubicado en la banda derecha de la quebrada. Clima con tercianas. - Sama: Gran valle ancho, poblado de muchos pagos: Coruca, Sama Grande, Poquera, Buena Vista, Yaras. - Buena Vista:	Riego limitado. Agricultura mínima: dependiendo de Sama y Azapa. Proyectos fallidos: Totora y Uchusuma. - Calana: Terrenos cultivados cercanos. - Pachia: Cultivos: maíz y poca alfalfa (escasa y cara). Manantial termal en Caliente. Mas al sur se encuentra el Ojo de agua Choscuco. - Tambo de San Francisco: Pequeño depósito de agua cercano.			Garita de aduana para mercaderías rumbo a Bolivia. Se cobran derechos a mulas y llamas. Ingreso municipal de 7000 pesos, mal administrado según Raimondi. Tambo para viajeros. - Ingenio: Propiedad de dos alemanes dedicados al comercio de barrilla de cobre de Oruro. Sirve como punto de depósito. Casa grande con áreas de almacenamiento. - La Portada:	

	Parte baja del valle, casas mejores. - Tacna: Ciudad principal del departamento. Quebrada de aluvión con terrenos fértiles. Clima: detallado en extensas tablas meteorológicas (abril–mayo 1864). - Calana: Pueblo de una sola calle. - Pachia: Casas dispersas; pascana importante del camino Tacna–Puno.	Pequeño cultivo de maíz. - Guanuni: Cultivos: alfalfa, maíz y cebada. - Palca: Cultivos: alfalfa, cebada y un poco de maíz. Alfalfa muy cara (10 reales la arroba). - Tacora: Pastos naturales para llamas. - Uchusuma: Riachuelo abundante; proyecto de derivarlo hacia Tacna. - Tres ojos de agua:			Gran depósito de barrilla de cobre de Corocoro. Cuenta con laboratorio para ensayos. Compra barrilla a los indios (cobran un décimo de yapa). Venta de alfalfa y cebada seca: 5 pesos el quintal. Posada para viajeros. - Tacora: Casas de piedra y adobe con techo de paja. - Tambo Ancara: Tambo de una casa con corral. - Uchusuma:	

	- Tambo de San Francisco: Se ubica subiendo la quebrada desde Pachia rumbo al NE. Paisaje: quebrada angosta entre cerros de aluvión. - Guanuni: Está más arriba de San Francisco, en la misma quebrada. Ranchos en ambas bandas del camino. - Palca: Pueblo situado en la orilla derecha de la quebrada; la iglesia en la banda izquierda.	Buen pasto natural para las bestias.			Pascana: pequeño rancho sin puerta. - Ancomarca: Ruinas de casas y corrales. Algunas casuchas hacia los cerros. - Tres ojos de agua: Hacienda grande, abrigo para viajeros.	

	- Ingenio: A 1:05 pm Raimondi llega a una gran casa con techo de zinc. - La Portada: Establecimiento grande, tipo hacienda minera. Se encuentra en la orilla izquierda del arroyo. - Tacora: Situado en una llanura, cerca de pequeños morritos. No está en el camino principal; queda unas tres cuadras a la derecha.					

	Rodeado de nevados (Payachata y Chipicani). Muy frío. - Tambo Ancara: Ubicado entre nevados. - Uchusuma: Gran pampa fría, sin abrigo. - Pascana Pocamira: Situada en un corralito a la orilla de un arroyo que baja al E. Descanso de arrieros. - Alpacote: Ruinas de casas y corrales. Lagunita cercana.					

	Terreno con atolladeros. - Ancomarca: Gran pampa con pasto pequeño. Pueblo completo abandonado, con capilla. - Tres ojos de agua: Tres manantiales que forman un arroyo. Casa-hacienda a una cuadra más abajo.					
E. George Squier (1865)	- Tacna: Llega desde Arica por ferrocarril (p. 124). Viaje ascendente: desierto arenoso, sin vegetación, salvo	- Tacna: Riego: acequias elevadas distribuyen el agua y generan un límite claro entre el arenal y los campos	- Palca: Chulpas (torres sepulcrales prehispánicas) en los alrededores (pp. 130–131).	- Tacna: Festividad patriótica el día de su llegada: discursos contra los españoles y celebración de Bolívar (p. 125).	- Tacna: Población de 15000 habitantes (p. 125). Arquitectura: casas de madera, estilo norteamericano;	- Tacna: Menciona los terremotos de Arica y Arequipa (p. 124). - Uchusuma: Viruela: familias que habitaban Uchusuma

	pequeños arbustos en El Hospicio (p. 124). Entrada al valle: transición súbita del desierto a la vegetación por efecto del riego (pp. 124–125). - Pachia: Paisaje: valle angosto, cuestas empinadas cercanas. - Palca: Valle angosto y frío; senderos estrechos sobre torrente rápido (pp. 129–130). Pequeño caserío con una iglesia blanca (p. 130).	cultivados (pp. 124–125). Agricultura: zonas cultivadas dentro del valle. - Palca: Cultivos: maíz y mielga (p. 130). Venta de mielga para mulas (p. 129). Minerales: barilla (cobre o estaño) transportada en fardos (p. 130). - Tacora: Minerales: río Azufre con depósitos sulfurosos (p. 134). Agua tóxica («agua de verruga») peligrosa	Describe estructura, pintura, cámara funeraria y huesos humanos (pp. 130–131). Obtiene un cráneo aymara (p. 131).	Soldados borrachos de cañazo (p. 125). Gastronomía en el hotel: ambiente francés; consumo de café, licores y confites (pp. 125–126). - Pachia: Es visitado por jóvenes tacneños para comer dulces, beber chicha, peleas de gallos y juegos (p. 128). Gastronomía del lugar: chupe (p. 128–129). - La Portada: Consumo de chupe (p. 132–133).	gabletes orientados hacia la calle (p. 125). Solo una iglesia en funcionamiento. Una parroquia de piedra inacabada destruida por terremotos (p. 125). Comercio: Tacna es un centro comercial importante (p. 125). Mercado escaso en productos (p. 125). Alameda con diseño «chino», estatuas y acequia revestida (p. 125). - Pachia: Tambo simple, chozas de barro (p. 128).	murieron por esta epidemia (p. 137).

	Campos de maíz y mielga (p. 130). Cactus columnares en laderas (p. 130). - La Portada: Zona desolada y fría de alta montaña, 3800 msnm (p. 133). Rocas desnudas, sin vegetación, hielo y carámbanos (p. 132–133). - Tacora: Paisaje altoandino: tolares, ichu, planicies, vicuñas, estanques salinos (p. 135). - Uchusuma:	para animales y humanos (p. 134). Recursos: carne de vicuña ofrecida en el tambo. - Uchusuma: Río Uchusuma: agua clara y fuerte corriente (p. 137). - El Despoblado / Frontera Caño: Agua del río Caño es clara pero poco profunda.		Refugio incaico reconstruido para viajeros (p. 132). - Tacora: Gastronomía: chupe de vicuña, sardinas y carne enlatada de viajeros. Vestimenta del encargado: sombrero gacho, capa azul con cuello de piel y cierre dorado (p. 136). - Uchusuma: Cocina de tola; consumen vicuña (pp. 137–138). Capilla con cruz de madera (p. 138).	Mochileros y arrieros, viajeros jóvenes extranjeros (pp. 128–129). - Palca: Aldea pobre y pequeña (p. 130). Casas dispersas y presencia de chulpas (p. 130). - La Portada: Depósito y corral de barilla (p. 132). Choza de piedra tipo tambo (p. 132). - Tacora: Tambo rústico de piedra y barro (p. 136).	

	Laderas frías; chozas abandonadas por altura extrema (pp. 137–138). Viento, escarcha, noches heladas (pp. 138–139). Tola y pastos de puna (p. 137). - El Despoblado / Frontera Caño: Región fría, árida, silenciosa; 4200 msnm (p. 139). Llanura irregular con volcanes y campos de tola e ichu (p. 139).				Comercio de cebada y alimentos para viajeros (p. 136). Encargado indígena del tambo (p. 136). - Uchusuma Chozas de piedra muy pequeñas y primitivas (p. 137). Población que vivía allí murió de viruela (p. 137).	

	Llegan al río Caño, frontera Perú–Bolivia (p. 139).					
Frederick James Stevenson (1868)	- Hospicio (1868): Parada obligatoria del tren. (p. 182) Meseta desértica; espejismos. (p. 182) - Tacna (1868): Paisaje: oasis agrícola repentino tras el desierto; alfalfa, huertos, naranjos, plátanos, guayabas, algodón. (pp. 183–184) Clima: más fresco que Arica; zona fértil gracias al arroyo del	- Hospicio (1868): Punto de agua del ferrocarril. (p. 182) - Tacna (1868): Riego por acequias desde un arroyo que baja del Tacora. (p. 184) Agricultura: alfalfa, olivos, frutales. (p. 184)	- Tambo de Chipicani (1868): Tres chulpas incas rectangulares. (pp. 207–208)	- Tacna (1868): Solo menciona escenas religiosas en el terremoto (crucifijos, santos). (p. 187) - Tambo de Chipicani (1868): Chupe preparado por indígenas. (p. 209–210)	- Hospicio (1868): Albergue de paso. - Tacna (1868): Comercio activo; tránsito de mulas y burros. (p. 182) Casas: adobe, algunas de dos pisos con segundo piso de «chincha». (p. 182) Muchos extranjeros en Tacna (amigos ingleses, alemanes). (pp. 181–183) - Tambo de Chipicani (1868):	- Tacna (1868): Temblores continuos después del terremoto. (pp. 201–206) - Tacna (1869): Casos sospechosos de fiebre amarilla en Tacna; cierre de ingreso desde Arica. (pp. 298–299)

	Tacora. (pp. 183–184) - Palca (1868): Cálido y agradable al inicio; luego más frío en la noche. (p. 207) - Tambo de Chipicani (1868): Clima/paisaje: frío glacial; cuarto lleno de humo; temperatura -2 °C. (p. 207) - Tacora (1868): Altura mayor a 10000 pies; arbustos, flores, pájaros; frío extremo. (p. 207)				Tambo administrado por un joven español. (p. 207) - Tacna (1869): Muchos habitantes huyeron por miedo a la fiebre amarilla. (p. 297)	
J. W.	El Rev. Sloan llegó a Arica el 9 de marzo y	- Tacna (1868):		- Tacna (1868):	- Tacna (1868):	- Tacna (1868):

Sloan (1868)	viajó desde Arica a Tacna en tren. «El martes partimos en tren a Tacna. La descripción del Dr. Hume de la línea de ferrocarriles es perfectamente correcta: un desierto de arena yermo...» (pp. 125–126) - Arica-Tacna (1868): Clima y paisaje: durante el trayecto entre Arica y Tacna, el paisaje era desértico y árido, sin vegetación, y el	Agua y riego: menciona la presencia de un río que abastece de agua a Tacna e irriga los campos, aunque con mala calidad y aspecto lodoso. «A la derecha está el río, que abastece de agua a Tacna e irriga los campos. Este río a veces es un arroyo de lodo, y el agua sabe a magnesia de lo sucia que está.» (p. 130) También indica que su casa estaba cerca del río, lo que le permitía obtener agua		Religión y costumbres: describe el ambiente católico y la falta de tolerancia religiosa, además de las prácticas devocionales: «Existe una ley... que prohíbe el ejercicio público de cualquier religión excepto la católica.» (p. 127) «Durante la procesión... el sacerdote iba precedido por dos niños con velas encendidas y un hombre con un crucifijo.» (p. 158)	Gente: menciona que Tacna tenía 10000 habitantes, y Arica, 4000. «La población de Arica es de unos 4000 habitantes, y la de Tacna, de 10000.» (p. 125) Se refiere a la presencia de ingleses, alemanes y españoles en la sociedad local: «Los extranjeros, es decir, los ingleses y los alemanes, se han perjudicado enormemente al no haber mantenido al	Epidemia: menciona la fiebre amarilla como una amenaza en la costa, aunque Tacna no había sido gravemente afectada: «Arica está libre de fiebre, y se dice que Tacna nunca ha sido afectada... aunque en los últimos días hemos tenido noticias de tres casos en el hospital.» (p. 128) «Es muy probable que la peste azote estas zonas... la gente teme mucho la epidemia que azota Arica y Tacna.» (p. 129) Terremotos: describe dos sismos leves y luego el

	clima muy caluroso y polvoriento. «Un desierto de arena yermo... el resplandor del sol se ve impedido por unas pequeñas celosías, pero ningún artificio impide la entrada del polvo...» (p. 126) - Tacna (1868): El entorno era más fértil, con vegetación tropical y vista a las montañas nevadas. «Tacna es un pequeño y encantador lugar, un oasis de unas 400 hectáreas en medio	gratuitamente: «Estamos cerca del río, para poder obtener agua gratis y ahorrarme gastos.» (p. 127) Agricultura: menciona que en los valles cercanos se cultivan frutas tropicales. «Dos hermosos valles a orillas de los ríos... producen casi todas las variedades de frutas tropicales.» (p. 125)		También menciona cómo los domingos no se observaban como día sagrado: «El día sagrado solo se conoce por el calendario... la mayoría de las tiendas están abiertas, los dependientes están en sus escritorios.» (p. 126) Se mencionan indígenas de clase baja participando en procesiones religiosas después del terremoto: «Un sacerdote católico romano subió por la Alameda	menos una apariencia de religión...» (p. 128) También menciona indígenas de clase baja en las procesiones (p. 158). Comercio: dice que los extranjeros ocupan la posición más prominente como comerciantes: «Ocupamos la posición más prominente como comerciantes.» (p. 128) Arquitectura: describe detalladamente la calle principal, la Alameda y las construcciones:	gran terremoto del 13 de agosto de 1868, que destruyó Arica y causó graves daños en Tacna: «Hemos tenido un terremoto desde nuestra llegada, pero leve.» (p. 128) «El jueves 13 de agosto... el suelo se movió como la superficie de un río... los muros a nuestro alrededor oscilaban... muchos creían que había llegado el fin del mundo.» (pp. 156–157) Relata también la erupción de un volcán visible desde Tacna esa noche: «Vimos el cielo

	de la aridez; y la nieve de las Cordilleras se puede ver desde sus calles o desde sus jardines repletos de una rica vegetación tropical.» (p. 125) - Tacna (1869): Camino al cementerio extranjero: describe la ruta como muy desagradable, llena de «dos cientos o tres cientos montículos negros de cenizas», algunos aún humeantes, que contienen restos de			entonando una oración, seguido por una multitud de indígenas de clase baja, que respondieron.» (p. 158) - Tacna (1869): Prácticas religiosas y funerarias: como capellán, oficia entierros en el cementerio extranjero (p. 549). Familiares y amigos no asisten por miedo a contagiarse (p. 549). Costumbres durante la epidemia: las familias queman todas las	«La pequeña torre que se ve a lo lejos es, o lo que se pretendía que fuera, una catedral católica romana, pero durante su construcción un terremoto derribó la parte superior y la construcción se suspendió.» (p. 129) «Las calles están sólidamente pavimentadas con guijarros, con una losa... que se considera el paseo de las damas.» (p. 130) «La Alameda, un bosque de sauces...	iluminado con un estallido de luz... la causa de la luz fue la erupción de un volcán.» (p. 158) - Tacna (1869): Fiebre Amarilla: Sloan afirma que la epidemia llegó a Arica debido a las malas condiciones sanitarias tras el terremoto de 1868 y al continuo tráfico marítimo con Callao, Pisagua e Islay (pp. 548–549). Tacna: la epidemia se declara «en modo definitivo» a inicios de febrero (p. 548). La ciudad se vacía; muchos huyen y algunos

	camas y muebles quemados de las víctimas de la fiebre amarilla (p. 549).			pertenencias de los fallecidos (camas, muebles, somieres), dejando montículos de ceniza a lo largo del camino al cementerio (p. 549). Muchas familias huyen de Tacna hacia las pampas llevando muebles y enseres en carretas de dos ruedas (p. 548).	recorre toda Tacna.» (p. 130) - Tacna (1869): Población y sociedad: en Tacna, al declararse la fiebre amarilla en febrero, la ciudad «quedó casi vacía» por las huidas masivas (p. 548). De la población restante (5000 personas), 2000 fallecen (p. 549). Las calles están vacías, salvo carretas mortuorias o niños corriendo a buscar médicos (p. 549).	mueren en el camino (p. 548). Sloan informa que 2000 personas han fallecido desde el inicio del brote (p. 549). Médicos enfermos o huidos; la mayoría de enfermos mueren al quinto día (p. 548). Impacto personal: Sloan cae enfermo el 9 de abril; su empleado Brooks el 11; y su esposa Ellen el 12, falleciendo el 19 de abril de 1869 (p. 549). Declara estar «inútil» ante la magnitud del sufrimiento y las muertes.

					Sloan informa que «casi todos los de mi pequeña congregación se encuentran en sus tumbas» (p. 549). Comercio: menciona que la ciudad está paralizada por la peste. En relación al sur peruano, reporta que en Arica el comercio está igualmente paralizado (p. 550).	Prácticas relacionadas con la epidemia: quema de pertenencias de las víctimas (p. 549). Enterramientos casi sin asistencia (p. 549). Terremotos (septiembre de 1869): fuertes terremotos los días 20, 21 y 22 de septiembre (p. 550). El del día 22, a la 1:10 p.m., fue de movimiento vertical y derribó murallas y casas (p. 550). En Arica e Iquique el mar se retiró violentamente y regresó más allá de la línea de

						marea, repitiéndose varias veces (p. 550). Arica queda como «ciudad muerta», habitantes viviendo en tiendas y comercio paralizado (p. 550). Las mercaderías en la Aduana se trasladan a Tacna para evitar daños por una ola (p. 550).
Sebastián Ramon Sors (1869)	Indica que algunos habitantes emigraron hacia Pocollay y Calana, donde murieron algunos, «pero sin que se contagiasen aquellos puntos» (p. 11).	Menciona que el señor Fernando Hugges trabajaba en la cañería para conducir el agua a la pila de la plaza de Tacna (p. 11), lo que indica la existencia de obras hidráulicas.		Se menciona la fiesta de la Cruz, celebrada por los indígenas con mucha devoción, a inicios de mayo: «Sábese cómo se festeja la Cruz por los indígenas, y aunque la policía se empeñó en	- Composición social: señala que la fiebre atacó «a todas las clases sociales» (p. 14), pero destaca que, entre los extranjeros avecindados, los franceses fueron los más afectados,	- Tema central: epidemia de fiebre amarilla que azotó Tacna entre enero y junio. Describe cómo el contagio se introdujo desde Arica (pp. 5–6), propagándose en Tacna

	- Clima y paisaje: describe las condiciones de Tacna antes de la epidemia como de buen temperamento, con puras corrientes de aire, brisas del mar y de la cordillera, cielo limpio, rodeada de vegetación lozana y campos llenos de flores (p. 4).	En relación al agua en general, se menciona la falta de agua corriente en una curtiembre ubicada detrás de la Alameda: «no podía disponer de bastante agua corriente, y diremos mejor de ninguna» (p. 12).		poner algún correctivo, fue inútil toda medida» (p. 14). Señala que él mismo, como sacerdote, oficiaba matrimonios de moribundos y daba consuelos religiosos en el Lazareto (pp. 8, 13).	seguidos de los italianos, y en menor medida ingleses y alemanes. También menciona numerosos bolivianos avecindados en Tacna, de los cuales «una docena de personas caracterizadas» murieron (pp. 14–15). - Comercio: hace referencia a establecimientos de comercio cerrados durante la epidemia, quedando abiertos solo los de artículos de primera necesidad (p. 13). Antes de la peste,	durante tres meses y medio (p. 3). - Relata la mortalidad: alrededor de 6000 infectados y 2,500 muertos, es decir, una cuarta parte de la población (p. 14). Se detallan medidas de cuarentena fallidas, la apertura del Lazareto, la labor médica y religiosa, la desolación de la ciudad, y la clausura del lazareto el 5 de junio (pp. 5–15).

					menciona que Tacna tenía hoteles, boticas y casas de comercio (p. 6). - Arquitectura: describe la ciudad de Tacna con calles, alameda, plaza de armas, curtiembres, caballerizas, baños tibios y mataderos, así como chacras con vegetación alrededor (pp. 11–12). - Clases sociales: indica que en un inicio la epidemia golpeó a la clase más culta, pero luego descendió a la más ínfima (p. 14).	

Eugenio Bobillier (1869)	El texto señala que la fiebre amarilla se originó en Arica y llegó luego a Tacna, pueblos «vecinos» separados por «diez leguas de llanuras desiertas» (p. 211). - Clima y paisaje: entre Tacna y Arica hay «llanuras desiertas, abrasadas por los rayos del sol, sin vegetación, ni colina, ni cerro que pueda detener o amortiguar el viento que sopla del mar» (p. 211).	Menciona que Tacna «carecía de agua la mayor parte del año» (p. 211).		- Costumbres: indica que los primeros casos en Tacna aparecieron «poco después de las diversiones del carnaval» (p. 212), señalando así una costumbre festiva popular previa al brote. - Religión: menciona al «capellán, venerable eclesiástico que llenó sus deberes con ejemplar abnegación» asistiendo a los enfermos (p. 212).	- Gente y nacionalidad: la población de Tacna era de «quince mil habitantes» (p. 211). Afirma que «la mortalidad fue grande entre los extranjeros europeos» (p. 212) y que la enfermedad afectó más a «individuos robustos y sanguíneos». Añade que «para los extranjeros la fiebre ha sido incomparablemente más mortífera que para los indígenas» (p. 215).	- Terremoto y maremoto: cita «la espantosa catástrofe del 13 de agosto del año pasado», cuando «un terremoto sin igual derribaba las ciudades del sur del Perú» y el mar inundó las costas del golfo de Arica (p. 209). Describe «pantanos de agua salobre», «cadáveres de animales» y un ambiente de «infección» en Arica (pp. 209–210). - Epidemia: señala que el «vómito negro desplegaba todo su furor en el puerto de Arica» y

	En Tacna hubo «calores excesivos» al inicio de la epidemia (p. 212).				- Comercio y arquitectura: solo menciona que los primeros contagios se dieron «en los hoteles, cafés, fondas» (p. 212), lo cual evidencia actividad comercial urbana.	que «en Tacna los primeros casos aparecieron en febrero» (p. 210). La epidemia «principió al fin del mes de febrero, se hizo muy mortífera en abril y cesó en junio» (p. 213). Causó «más de mil muertes en cuatro meses» y una mortalidad del «treinta por ciento en el lazareto» (p. 213). Bobillier indica también que «llovió dos veces, y en las dos observé un aumento sensible de enfermos» (p. 213).

André Bresson (1872)	El viajero partió desde Tiahuanaco (Bolivia) hacia el Desaguadero, cruzando un puente de totora, para luego internarse en la montaña y llegar, tras tres días de camino, al paso de Tacora, desde donde descendió a Tacna. Clima y paisaje: montaña (camino entre Desaguadero y Tacora): clima frío y ventoso («viento helado que me azotaba la cara»). - Tacora:	- Tacna: El viajero señala que el verdor del oasis de Tacna se debe a un pequeño río que desciende desde la montaña. Indica que las chacras del oasis son fértiles y verdes, y que este paisaje fue posible gracias al agua, que transformó la aridez del lugar en tierras productivas. Se menciona que este riego permitió un «cambio visual» del entorno desértico. (p. 126)	Se presenta una ilustración titulada «Mujer india adinerada de las fronteras peruano-bolivianas», que muestra un elemento etnográfico sobre la población femenina local y su estatus social. (p. 127)	- Tacna: Solo hay referencia visual a la vestimenta a través de la figura mencionada: una «mujer india adinerada», lo que sugiere que existía una población indígena fronteriza con cierto nivel económico. (p. 127)	- Tacna: La ciudad tiene alrededor de 10000 habitantes. Es descrita como sumamente animada debido a su comercio activo, sirviendo de almacén natural para productos de o hacia Bolivia. Se indica que los comerciantes y mercaderes de La Paz, Cochabamba, Oruro, Sucre, Potosí, entre otras ciudades, acudían a Tacna para abastecerse. (p. 126)	

	Paso altoandino, zona de montaña. - Tacna: Descrita como «una hermosa ciudad construida en medio de un oasis, en un país de naturaleza desértica y árida». (p. 126)				Se menciona como el puerto de Tacna, separado por catorce leguas y conectado por un ferrocarril. Luego del terremoto de 1868, Arica quedó en ruinas, con solo algunos edificios y oficinas comerciales en pie. (p. 127)	
Santiago Estrada (1873)	El viajero llegó a Tacna por ferrocarril, viniendo desde la costa («un camino de hierro que se extiende por la playa y el costado de las chacras, conduce a la	Se menciona la existencia de huertos y campiñas atravesadas por un río, que «dos veces a la semana, cuando a la ciudad le llega el turno, pasa por ella a darle lo que a	En la estación ferroviaria, el viajero describe la presencia de un «numeroso grupo de indios, grandes y pequeños», que disputaban los	El viajero llegó el 2 de mayo, día en que la ciudad celebraba el aniversario del bombardeo del Callao, lo que revela una festividad patriótica local. (pp. 161–162)	Ciudad sencilla, aseada y bulliciosa, centro comercial de La Paz y punto de tránsito para los pasajeros bolivianos. (p. 161) - Comercio: describe tiendas y almacenes lujosos y bien	Señala que la fiebre amarilla de 1869 redujo la población, «alejara algunas familias». (p. 164)

	ciudad de Tacna»). (p. 159) Menciona los caminos de Torata, Sama y Moquegua, visibles desde la alameda de Tacna. (p. 162) - Clima y paisaje: en el trayecto hacia Tacna, el paisaje es descrito como fresco y fértil, dominado por la cima helada del Tacora, cubierta por una «nubecilla blanca». (pp. 160–161) A la llegada, el viajero contempla un	otros puntos acaba de repartir». (p. 162) Se observa riego por turnos, lo que indica un sistema de distribución del agua. En los alrededores crecen el pino, chirimoyo, granado, naranjo, rosas de Alejandría, cactus, cedrón y algodoneros, lo que demuestra una agricultura diversa y fértil. (pp. 162–163)	equipajes de los viajeros. (p. 161) Menciona la quena como un instrumento tradicional indígena, prohibido por la policía porque «cuando el indio la toca o la escucha, se apega a ese instrumento y se desapega de la autoridad». Interpreta la música de la quena como expresión del infortunio y la resistencia indígena. (pp. 163–164)	Menciona la vestimenta de las mujeres indígenas: «las indias con sus trajes nacionales y sus hijuelos cargados a la espalda», lo que refleja una costumbre andina tradicional. (p. 162)	provistos, muestra de un comercio próspero. (p. 162) - Gente: población diversa; presencia de indios, inmigración extranjera y naturales limpios y compuestos, lo que indica mezcla social y progreso. (p. 162) - Arquitectura: calles angostas de origen morisco-hispano, con celosías en los balcones; casas ordenadas y limpias. (p. 162) Menciona hoteles holgados y limpios,	

	paisaje tropical: cañas de azúcar, plátanos, granados y algodoneros mecidos por el aire de la tarde. (pp. 161–162) Desde la alameda se observan huertos, campiñas y un río que pasa por la ciudad dos veces por semana. (pp. 162–163)				teatro sencillo pero cómodo, y alameda plantada de álamos y sauces, lo que refleja urbanidad y vida social. (p. 162)	
Charles D'Ursel (1876)	El viajero desciende desde Tacora hacia Tacna, y luego continúa de Tacna a Arica para embarcarse rumbo al Callao.	- Tacna: Posee «verdes jardines» alimentados por «un arroyo que nace en la Cordillera», el cual otorga «una			- Tacna: Gente y comercio: «Caminando por sus animadas calles, bordeadas de grandes casas comerciales, bazares y tiendas de	- Tacna: Evento político: al llegar a Tacna, el viajero encuentra la región en medio de una revolución: «Dejé La Paz, entregada a un gobierno

	- Tacora: Clima y paisaje: el camino de descenso desde el tambo de Tacora es «en zigzag, sembrado de piedras rodantes y lleno de un polvo atroz levantado por el viento». Describe un cambio de clima: pasa del frío intenso («temblaba bajo mis ponchos acumulados») al calor tropical («aire cálido y puro de la noche en el trópico») (pp. 259–260). - Tacna:	fertilidad beneficiosa» (p. 260).			todo tipo, se reconoce un importante centro comercial» (p. 260). Es descrita como el principal almacén de productos destinados a Bolivia, siendo un punto clave del comercio internacional entre Perú y Bolivia. Menciona la presencia del comercio alemán, que «ha comprendido la importancia de un mercado así» y está instalando «numerosos puestos comerciales» (pp. 260–261). - Arquitectura: se habla de «grandes	revolucionario, solo para encontrarme en Perú durante la revolución» (p. 261). En Tacna, la población teme que la ciudad sea saqueada por Piérola, quien había tomado Moquegua, a veinte leguas de allí. Se menciona que el ejército regular lo persigue y que podría requisar dinero a los comerciantes para financiar su campaña (p. 261).

	Se encuentra «construida al pie de la montaña, rodeada de verdes jardines», gracias a un arroyo que la vuelve fértil (p. 260).				casas comerciales» (p. 260), lo que sugiere construcciones amplias y bien establecidas, propias de un centro mercantil.	
Charles Wiener (1877)	Menciona que Tacna es un depósito de mercancías que se transportan directamente a La Paz, lo cual indica que siguió la ruta comercial Tacna–La Paz (p. 479).	Menciona que cerca de la ciudad, «al borde de una alberca», observó a mujeres bañándose (p. 479). Esto indica la existencia de reservorios o estanques de agua cercanos a la ciudad, aunque no se menciona su uso		- Costumbres: observa con asombro una costumbre inusual en el Perú: mujeres bañándose en público, «dos negras de trece y catorce años», lo que califica como un «espectáculo natural inaudito» (p. 479). - Vestimenta: dice que la plebe (pueblo) es «cortés, limpia y casi	- Población: es descrita como una ciudad de carácter europeo, habitada «en su mayor parte por comerciantes de nuestro continente, en medio de una población de negros, mulatos e indígenas» (p. 479). Esto indica diversidad étnica y una fuerte presencia	

		agrícola ni el sistema de riego.		coqueta en su atuendo» (p. 479). Las indias «recuerdan por su vestido la ropa pintoresca de las napolitanas» (p. 480). También se menciona un «tocado de india de Tacna» (p. 706) y que las mujeres se cubrían con un paño o tela, igual que en otras regiones como Ayacucho (p. 706).	extranjera vinculada al comercio. - Gente: la plebe es «cortés, limpia y casi coqueta en su atuendo» (p. 479). - Comercio: es un depósito de mercancías destinadas a La Paz (p. 479). - Arquitectura: se la llama «una ciudad encantadora, de carácter europeo» (p. 479), lo que sugiere un urbanismo y construcciones inspiradas en el modelo europeo.	

William Taylor (1878)	El viajero parte de Mollendo (8 de enero) y llega en vapor «Ayacucho» a Arica, luego viaja en tren desde Arica a Tacna (p. 116, p. 127). - Arica–Tacna: Clima y paisaje: en la ruta: viaje «caluroso y polvoriento por el desierto» hasta divisar los verdes jardines y huertos de Tacna, descrita como «un oasis en el desierto» (p. 127–128).	- Tacna: Indica que por algunas calles principales fluyen arroyos vivos y frescos provenientes de los Andes, que riegan los viñedos y huertos vecinos (pp. 127–128). Minerales: menciona que el comercio de Tacna con Bolivia incluye el transporte de lana y cobre (p. 134).		- Tacna: Costumbres: describe la vida social: por las noches, «muchos caballeros y damas paseaban» y otros descansaban en la plaza pública (p. 128–129), lo que refleja una costumbre urbana de reunión social vespertina. Religión: aunque el viajero es misionero protestante, no se mencionan prácticas religiosas locales; solo su intención de fundar una escuela inglesa con formación moral	- Tacna: Población: estima 14000 habitantes (p. 127). Composición social: menciona la presencia de familias inglesas y alemanas, además de la población local, con quienes interactúa (pp. 128–129). Comercio: Tacna mantiene importante comercio con Bolivia, principalmente de lana y cobre, transportados a través de la cordillera en llamas y mulas (p. 134).	

				y educativa (pp. 130–134).	Arquitectura: en Tacna, no se detalla el estilo arquitectónico, pero menciona plazas, calles principales y jardines (p. 128).	

CAPÍTULO V:

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

5.1. Conclusiones

El análisis de los relatos de viajeros del siglo XIX permitió demostrar que estas narraciones constituyen un insumo fundamental para comprender cómo se configuró la imagen general de Tacna durante la etapa republicana. A partir de sus testimonios fue posible responder al problema planteado, evidenciando que los viajeros contribuyeron a perfilar una visión amplia de la región como un espacio articulado a rutas comerciales, caracterizado por la movilidad constante y por su posición estratégica en el sur peruano. Estos hallazgos coinciden con la hipótesis que señalaba la existencia de una ciudad dinámica y vinculada a diversos circuitos de intercambio.

Del mismo modo, se logró identificar en sus escritos referencias claras sobre la diversidad social y étnica de la población tacneña. Las menciones a indígenas, mestizos, criollos y migrantes permitieron cumplir el primer objetivo específico, mostrando que, aunque los viajeros no ofrecieron datos estadísticos, sí percibieron una sociedad heterogénea y en constante interacción. Esto confirma la hipótesis que señalaba una composición social compleja y nutrida por la circulación de personas procedentes de distintos territorios.

Asimismo, se reconocieron descripciones sobre costumbres, practicas económicas y dinámicas cotidianas que permitieron alcanzar el segundo objetivo específico. Los relatos consignan escenas que van desde celebraciones religiosas hasta actividades agrícolas y comerciales, pasando por formas de sociabilidad que los viajeros consideraron relevantes. Aunque estas observaciones fueron breves, resultan suficientes para comprender cómo se proyectaba la vida local y que rasgos culturales llamaban la

atención de quienes visitaban la región. Estos elementos contribuyen a explicar la construcción de una identidad tacneña asociada al trabajo, la continuidad de tradiciones y la apertura al intercambio.

En conjunto, los resultados muestran que los viajeros actuaron como transmisores de una imagen general de Tacna, elaborada desde experiencias individuales, pero con puntos de coincidencia que reafirman la hipótesis central de la investigación. Su aporte radica justamente en la posibilidad de reunir estas miradas fragmentadas para construir una interpretación integrada del contexto social, económico y cultural de la región durante el siglo XIX.

5.2. Recomendaciones

Se recomienda que futuras investigaciones desarrollen con mayor detalle temas que en esta tesis solo se han podido abordar de manera general. Entre ellos destacan la presencia de migrantes, el papel, de las rutas comerciales entre costa y altiplano, el rol de los arrieros o las transformaciones del entorno urbano. Un tratamiento más especializado permitiría ampliar el alcance de lo observado por los viajeros y profundizar en aspectos específicos.

Asimismo, es recomendable complementar los testimonios de viajeros con documentación local procedente del archivo regional, prensa de la época o registros notariales. El contraste entre fuentes internas y externas permitiría elaborar lecturas más equilibradas, evaluar los sesgos de las descripciones y enriquecer la comprensión histórica de la región.

Finalmente, se considera útil que los futuros investigadores exploren de forma sistemática los repositorio y bibliotecas digitales del extranjero, ya que el acceso a fuentes históricas locales y nacionales aún presentan limitaciones. En esta tesis se

evidencia que gran parte de los testimonios de viajeros del siglo XIX se conserva en archivos internacionales; por ello, dominar sus herramientas de búsqueda y modalidades de consulta permitirá ampliar el conjunto documental disponible y desarrollar investigaciones más rigurosas y comparativas sobre la historia departamental.

Fuentes de Archivo

Archivo General de la Nación

Internet Archive – https://archive.org/

Bibliografía

Andrews, J. (1920). *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826*. Administración General Vaccaro / La Cultura Argentina. https://books.google.com/books?id=7cc-AAAAYAAJ

Angrand, L. (1972). *Imagen del Perú en el siglo XIX: Obra gráfica*. Lima: Editor Carlos Milla Batres.

Anónimo. (1833). *Terremoto de Tacna*. Imprenta Pública de Francisco Valdés y Hurtado.

Barriga, V. M. (1952). *Memoria para la historia de Arequipa*. Arequipa: Tipografía Quiroz.

Bobillier, E. (1869). *Patolojía. Monografía de la fiebre amarilla desarrollada en Tacna (Perú) en 1869: Memoria leída el 19 de noviembre de 1869 por don Eujenio Bobillier para optar el grado de licenciado en medicina*. *Anales de la Universidad de Chile*. https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/20432

Bollaert, W. (1860). *Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Peru and Chile: With observations on the pre-incarial, incarial, and other monuments of Peruvian nations*. Recuperado de https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/10317

Bresson, A. (1886). *Bolivia: Sept années d'explorations, de voyages et de séjours dans l'Amérique australe, contenant une étude générale sur le canal interocéanique et la statistique commerciale de la Bolivie* (Tome I). Paris: Librairie de la Société de Géographie / Challamel Aîné, Éditeur. Recuperado de https://books.google.com.pe/books?id=48QRqGUHQlUC&printsec=frontcover

Carrasco, S. I. (2021). *Arequipa, visita general, siglos XVI–XX: Crónicas, testimonios, reseñas.* Arequipa: Fondo Editorial de la Universidad Católica de Santa María.

Cavagnaro Orellana, L. V. (2010). *Materiales para la historia de Tacna: República* (Tomo VII). Tacna: Caja Municipal Tacna.

D'Orbigny, A. D. (1945). *Viaje a la América Meridional: Brasil, República del Uruguay, República Argentina, La Patagonia, República de Chile, República de Bolivia, República del Perú: Realizado de 1826 a 1833* (Tomo 3; A. Cepeda, Trad.; E. Morales, Prólogo). Buenos Aires: Futuro. Recuperado de https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9528.html

D'Ursel, C. (1879). *Sud-Amérique: séjours et voyages au Brésil, à la Plata, au Chili, en Bolivie et au Pérou*. E. Plon et Cie. Recuperado de https://books.google.com/books?id=u07eJeHcfMUC

Estrada, S. (1890). *Viajes de Santiago Estrada: de Buenos Aires al Tandil y el Paraguay, de Valparaíso a La Oroya* (3.ª ed., tomo II). Barcelona: Henrich. Recuperado de https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=hvd.32044094166196&seq=1

Estrada Turra, B. (2022). *Los relatos de viajeros como fuente histórica: Visión de Chile y Argentina en cinco viajeros ingleses (1817-35).* Revista De Indias, 47(180), 631–666. https://doi.org/10.3989/revindias.1987.i180.631

Fernández Canque, M. (2016). *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables, siglos XVI–XIX*. Arica, Chile: Ediciones Altazor, Salesianos Impresores S.A.

Fuentes, M. del C. (2020). *La ciudad de Lima en los relatos de los viajeros del siglo XIX*. Instituto / Archivo (PDF). Disponible en:

https://patrimonioculturalperu.com/wp-content/uploads/2021/02/viajeros-en-lima-siglo-xix.pdf

Grandidier, E. (1861). *Voyage dans l'Amérique du Sud*. Recuperado de https://books.google.com.pe/books?id=xpDK6Oi4r-EC&printsec=frontcover

Guamán Gómez, V. J., Espinoza Freire, E. E., León González, J. L., Ugarte Armijos, M. F., & Peña Nivicela, G. E. (2020). *La enseñanza de la historia: una herramienta clave para la construcción de la identidad nacional.* Revista Universidad y Sociedad, 12 (5), 492–499. Recuperado de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2218-36202020000500492&lng=es&tlng=es

Hamilton, M. (1832). *On the medical topography of some parts of Peru, relative to dysentery and intermittent fever*. Recuperado de https://pmc.ncbi.nlm.nih.gov/articles/PMC5776335/

Instituto Nacional de Cultura. (1992). *Serie: Historia de Tacna (viajeros)*. Tacna: INC Tacna.

Lartigue, J. (s. f.). *Descripción de la costa sur del Perú*. COFIDE.

Larraín, J. (1994). *La identidad latinoamericana: teoría e historia.* Estudios Públicos, (55), 31–64. Recuperado de https://www.estudiospublicos.cl/index.php/cep/article/download/1247/2079

López Beltrán, C. (2016). *La Ruta de la Plata: De Potosí al Pacífico, caminos, comercio y caravanas en los siglos XVI al XIX*. La Paz: Plural Editores.

Macera, P. (1976). *La imagen francesa del Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Meyen, F. J. F. (1834). *Reise um die Erde ausgeführt auf dem königlich-preußischen Seehandlungsschiffe Prinzess Louise, commandirt von Captain W. Wendt, in den Jahren 1830, 1831 und 1832*. Berlin: Sander'sche Buchhandlung. Recuperado de https://archive.org/details/bub_gb_oEgSAAAAYAAJ/page/n5/mode/2up

Middendorf, E. W. (1973). *Perú: Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años* (Tomo I). Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuperado de https://books.google.com/books?id=igo0EKFKjFMC

Miller, J. (2020). *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*. Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú. https://bicentenario.gob.pe/biblioteca/detalle-libro/memorias-miller

Núñez Hague, E. (2013). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú: Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos* (2.ª ed.). Lima, Perú: Universidad Ricardo Palma.

O'Phelan Godoy, S., & Lomné, G. (Eds.). (2017). *Viajeros e independencia: La mirada del otro*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Paz Soldán, M. F. (1861). *Atlas geográfico del Perú*. Imprenta del Estado.

Paz Soldán, M. (1862). *Geografía del Perú: obra póstuma del D. D. Mateo Paz Soldán. Volumen 1* (M. F. Paz Soldán, Ed.). F. Didot. Recuperado de https://books.google.com.pe/books?id=ETMNAAAAIAAJ&printsec=frontcover

Porras Barrenechea, R. (1957). *Los viajeros italianos en el Perú*. Lima: Librería-Editorial Ecos S. A.

Raimondi, A. (1864). *Provincia de Tacna*. Archivo General de la Nación del Perú, Colección Antonio Raimondi, Libreta N.º 36.

Riviale, P. (2016). *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821–1914)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).

Rugendas, J. M. (1975). *El Perú romántico del siglo XIX*. Lima: Editor Carlos Milla Batres.

South American Missionary Society. (1868). *The South American Missionary Magazine* (Vol. II). Londres: South American Missionary Society. Recuperado de

https://www.google.com.pe/books/edition/The_South_American_missionary_magazine_a/Mx0FAAAAQAAJ

Sors, S. R. (1869). *Memoria histórica de la fiebre amarilla que sufrió la ciudad de Tacna en el presente año de 1869*. Imprenta de "El Porvenir" de José H. Molina.

Squier, E. G. (1974). *Un viaje por tierras incaicas: Crónica de una expedición arqueológica (1863–1865)* (J. D. Guevara, introd.; R. Porras Barrenechea, pról.; R. Peña Higginson, trad.). Buenos Aires: Leonardo Impresora.

Stevenson, F. J. (1930). *A traveller of the sixties: Being extracts from the diaries kept by the late Frederick James Stevenson of his journeyings and explorations in Brazil, Peru, Argentina, Patagonia, Chile and Bolivia during the years 1867–1869* (D. Timins, Ed.). London: Constable & Co., Ltd. Recuperado de https://books.google.com/books?id=ZaDVAAAAMAAJ

Stevenson, W. B. (s. f.). *Memorias de William Bennet Stevenson sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú* (versión castellana de Luis de Terán). Editorial América. https://es.scribd.com/document/631292826/Memorias-de-William-Bennet-Stevenson-sob-pdf

Taylor, W. (1878). *Our South American Cousins*. New York, NY: Nelson and Phillips; London: Hodder and Stoughton. Recuperado de https://www.google.com.pe/books/edition/Our_South_American_Cousins/tx2UqC5sMdYC

Universidad Nacional del Altiplano. (2015). *Impresiones de viajeros sobre Puno* (Tomo I y II). Puno: Universidad Nacional del Altiplano.

Weddell, H. A. (1853). *Voyage dans le nord de la Bolivie et dans les parties voisines du Pérou: ou, Visite au district aurifère de Tipuani*. P. Bertrand. Recuperado de https://books.google.fr/books?id=CB0eAAAAMAAJ

Wiener, C. (1992). *Perú y Bolivia: Relato de viaje* (E. Rivera Martínez, trad.). Lima: Institut français d'études andines / Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Witt, H. (2015). *The diary of Heinrich Witt* (U. Mücke, Ed.; 10 vols.). Leiden: Brill. Recuperado de https://library.oapen.org/handle/20.500.12657/37803

APÉNDICE

MATRIZ DE CONSISTENCIA

Título: Tacna narrada por viajeros: construcción de identidades y perfil sociodemográfico en el siglo XIX (1821-1878)

Problema	Objetivo	Hipótesis	Variables e indicadores	Metodología
Problema general: ¿Cómo los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) contribuyeron a la reconstrucción del perfil sociodemográfico y a la construcción de identidad en la ciudad de Tacna? **Problemas específicos:** ¿Qué aspectos sociodemográficos de Tacna - composición étnica, social y migratoria- se pueden identificar en los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878)? ¿De qué manera los viajeros representaron las costumbres,	**Objetivo general:** Analizar cómo los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) contribuyeron a la reconstrucción del perfil sociodemográfico y a la construcción de identidades en la ciudad de Tacna. **Objetivos específicos:** Identificar los aspectos sociodemográficos de Tacna (composición étnica, social y migratoria) presentes en los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878).	**Hipótesis general:** Los relatos de viajeros del siglo XIX presentan a Tacna como una ciudad fronteriza dinámica y diversa, cuyo perfil sociodemográfico y representaciones culturales contribuyeron a la formación de una identidad departamental antes de la Guerra del Pacífico. **Hipótesis especifico:** Los relatos de viajeros del siglo XIX (1821-1878) revelan que la población de Tacna presentaba una composición social heterogénea, en la que convivían comunidades indígenas, grupos criollos y mestizos, junto con migrantes extranjeros que impulsaron el desarrollo urbano y comercial de la ciudad.	**Variable 1:** Viajero • Perfil sociodemográfico • Representaciones culturales	**Tipo de investigación:** Investigación básica **Diseño de investigación:** Histórico-Descriptivo, no experimental. **Enfoque de investigación:** Cualitativo **Técnica de investigación:** Análisis documental, análisis bibliográfico, fichaje de fuentes. **Instrumento de investigación:**

actividades económicas y dinámicas sociales de la población tacneña en sus descripciones durante dicho periodo?	Examinar cómo los viajeros del siglo XIX representaron las costumbres, actividades económicas y dinámicas sociales de la población tacneña en sus testimonios.	Las descripciones de los viajeros reflejan las costumbres, prácticas culturales y actividades económicas de la sociedad tacneña, construyendo representaciones sociales que, pese a sus sesgos y miradas externas, contribuyeron a la formación de una identidad departamental diferenciada en el contexto del sur peruano.		Fichas bibliográficas (libros) y hemerográficas (periódicos, boletines y revistas).